



4327







HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.



# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1500

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA.

---

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

---



TOMO III.

MADRID

Imprenta de Manuel Tello, calle de San Mateo, 12.

1851.



ESPAÑA

---

Esta obra es propiedad de sus autores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima, tanto en España como en los demás puntos á que alcance la ley de derecho internacional, según está prevenido por las reales órdenes relativas á la propiedad literaria.

---

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1860,

REINO DE NAVARRA Y ARAGON.

INCLUSA LA GLORIOSA GUERRA DE ÁFRICA,

POR

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO III.

MADRID.

Imprenta de Manuel Tello, calle de Hita, núm. 5.

1861.

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

HASTA FINES DEL AÑO 1800

INCLUYE LA GLORIOSA GUERRA DE AFRICA.

POB

D. DIONISIO S. DE ALDAMA Y D. MANUEL GARCIA GONZALEZ.



TOMO III

MADRID

Imprenta de Manuel Tello, calle de San Mateo, núm. 3.

1861

# HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

## REINO DE NAVARRA Y ARAGON.

AÑO DE 1100 Á 1134.

Reinaba en Navarra y Aragon D. Pedro I, hijo del esforzado Sancho I Ramirez, cuando comenzó á correr el siglo XII. El joven soberano, no menos esforzado, activo y enérgico que su padre, ocupó los dos primeros años del nuevo siglo arrancando la plaza de Barbastro á los moros (1100), con los fuertes de Velilla y Ballovar: por consecuencia, segun dijimos en el tomo II, quedaron en poder del glorioso D. Pedro I los últimos baluartes musulmicos del emirato de Huesca.

No reposaba un momento el activo soberano, ni daba un punto de reposo á los enemigos: recorrió con sus tropas las lineas fronterizas de Cataluña, quitando á los mahometanos los puntos defendibles que aun conservaban (1102); y siguiendo animoso su propósito de reducirles á la nada, se dirigió á Zaragoza en el año 1104, llevando la destruccion y el terror hasta el mismo pié de las murallas de la célebre y antigua *César Augusta*.

Desgraciadamente el comienzo del reinado de D. Pedro I, que parecia la hermosa y risueña aurora de un dia de gloria y de felicidad, fué solamente una ilusion más, desvanecida como tan frecuentemente sucede en este triste mundo: aquella magnífica y brillante aurora dió paso á un dia de tristísima y aterradora borrasca.

El joven y glorioso rey, despues de haber llevado sus invictas ar-



mas hasta Zaragoza, regresó á Huesca; y poco despues experimentó el acerbo disgusto de perder á su hijo único, habido en Berta su esposa. Aquel monarca invicto, superior á todos los horrores de la guerra, á las heridas, á las muertes, á la desolacion y á los lamentos, no pudo hacerse superior al lacerante dolor de la pérdida de su hijo: ella le hizo detener en el camino de la gloria, sumiéndole en una desgarradora y dolorosa tristeza, que en la flor de sus dias, llenos de gloria y de magnificos recuerdos, le arrebató prematuramente al sepulcro, siguiéndole el dolor y las lágrimas de la gente de armas y del pueblo todo. El heroico conquistador de Barbastro y de Huesca falleció el día 28 de Setiembre del año 1104, cuando apenas contaba treinta años de edad, y solo llevaba diez, tres meses y veinticuatro dias de reinado.

No habiendo dejado hijos el glorioso D. Pedro I, fué inmediatamente proclamado su hermano D. Alfonso, con gran alborozo de los aragoneses y navarros, porque habia dado ostensibles muestras de no ser menos esforzado que D. Pedro. Tanto era esto cierto, que la historia le conoce por el epíteto de *el Batallador*; empero en el carácter fueron muy desemejantes ambos hermanos, como el lector ha visto ya al tratar del reinado de doña Urraca (Castilla y Leon, años 1109 á 1126).

Era, en efecto, D. Alfonso I hombre de esfuerzo, inteligente general y valerosísimo soldado; mas al lado de tan buenas circunstancias descollaban en igual grado la ambicion, el genio turbulento, y el carácter poco escrupuloso para llevar á cabo el fin que se proponia, sin reparar en los medios que habian de guiarle al término de sus deseos. Puede creerse de Alfonso I que abrigó siniestros proyectos respecto de su entenado, Alfonso el Emperador, el hijo de doña Urraca; empero tambien puede decirse de él lo que de Berenguer Ramon II, el Fratricida: ambos tuvieron grandes defectos como hombres; mas como soberanos fueron esforzados, enérgicos, y dieron inmensa gloria á sus respectivos dominios, y por consecuencia á España en general.

Empleó Alfonso I los primeros años de su reinado en continuar la obra tan gloriosamente comenzada por su hermano, haciendo ver palpablemente á los mahometanos que nada habian ganado con la prematura muerte de D. Pedro I. No tardó mucho, sin embargo, en desviarse de tan gloriosa senda, para seguir la de la reprobable é injustificada ambicion: deseaba ensanchar los límites de su reino; pero dejando sosegar á los musulmanes, y á costa de los dominios de Castilla.

Mostró tan á las claras sus intenciones, que dieron márgen á que los nobles castellanos pensasen en el funesto matrimonio del ambicioso soberano con la reina doña Urraca. Ya sabe el lector con



cuánta repugnancia accedió la reina á unirse á D. Alfonso, cuyo matrimonio se realizó en el castillo de Muñon, en el mes de Octubre de 1109.

Los mismos que habian influido más directamente para que se realizase el enlace, estaban poco tranquilos; porque el temor á la ambicion del enérgico aragonés les habia decidido, y no el esperar que terminasen los recelos á consecuencia del régio enlace: por decirlo así, eligieron entre dos males el que les pareció menor. Por otra parte, los prelados y el clero se habian opuesto decididamente á la realizacion del matrimonio, en razon del parentesco de ambos esposos: este partido era el más fuerte, porque se apoyaba en un impedimento que no habia desaparecido ni podia desaparecer.

Sabido es ya que en el año 1110 hizo D. Alfonso I una expedicion por Nájera y por Zaragoza, así como todos los sucesos que tuvieron lugar desde que se celebró el enlace de la reina de Castilla con el rey de Aragon. Dedicado el bizarro rey á sus ambiciosos proyectos, descuidó durante algunos años la importante y loable guerra contra los mahometanos; y se ve claramente que abrigaba siniestras ideas contra el príncipe D. Alfonso Raimundez, puesto que siendo ya, puede decirse, rey de Castilla, tomó con fuerzas aragonésas las plazas y fuertes de aquel reino: acaso trató de asegurarse para lo porvenir, por el temor del efecto que pudiera producir la prision de la reina que ya meditaba y que sucedió inmediatamente (1111), según en su lugar hemos referido.

Despues de haberse verificado la batalla del Campo de la Espina; la de Villadangos, en la cual puso Alfonso I todo su conato en apoderarse del tierno príncipe de Castilla; pasado el sitio de Astorga por el mismo soberano, y el del castillo de Peñafiel, en el que aquel á su vez fué sitiado; y despues, en fin, de haber roto el rey de Aragon los pactos solemnemente acordados á consecuencia de la venida á España del legado del Sumo Pontífice, dió treguas Alfonso I á sus proyectos ambiciosos respecto de Castilla, la cual tenia bastante con la civil guerra ocasionada en una parte de los dominios de doña Urraca por los que habian tomado por bandera el nombre del príncipe.

En tanto el rey de Aragon, empleando de más digno modo su valor y sus armas, tenia á raya á los mahometanos: por manera que tal vez sin decidida voluntad hizo un inmenso bien á Leon y Castilla, en cuyo reino se hubieran centuplicado los peligros y disgustos, si á la guerra civil se hubiera agregado la aparicion de los moros por los puntos limítrofes.

Debemos, al tratar del ilustre y esforzado Alfonso I el Batallador, hacer abstraccion de los defectos que en él se advierten, y que el lector ha podido ver al tratar del reinado de doña Urraca. Procu-

rando olvidar aquellos, puede decirse de este monarca que fué uno de los más dignos de empuñar el cetro.

Dando de mano por entonces á sus proyectos de ambicion, ocuparon su ánimo sin par los justos y loables de la reconquista; y más rápido que el rayo recorrió el territorio poseido en su reino por los moros, arrebatándoles á Egea, Tauste y Castellar. En este último punto hizo entrar guarnicion de *almogávares*, magnífica tropa que llegó á ser el terror y el espanto de los hijos de Mahoma.

Los *almogávares* eran soldados voluntarios, montañeses todos de Aragon y Navarra; gente infatigable, aguerrida, esforzada hasta un punto increíble; sóbria hasta el caso de no tomar alimento durante muchas horas, y serles despues suficiente el más ligero é insignificante manjar. Su vestuario era tan rudo como su carácter y costumbres: su traje estaba compuesto de pieles de diversos animales; en vez de capacete cubrian y defendian su cabeza con un tejido de hierro, á modo de alambreira; calzaban abarcas de cuero, y usaban de un estoque de cruz, corto y muy ancho, en forma de machete, llevando en la diestra un aguzado chuzo, y á la espalda varios venablos.

Puede decirse que eran unos batallones francos, como hoy diriamos, que dependian exclusivamente de los respectivos jefes y caudillos. Estaban siempre prontos á obedecer á la voz de su rey; pero si este no les llamaba porque no tuviese necesidad de ellos, ó por otra razon cualquiera, no por eso reposaban un instante; continuamente estaban en accion, sin más dependencia que la de sus jefes, haciendo terribles correrías por el territorio de los mahometanos, á quienes intimidados tenian.

Para que nada de extraño faltase á la organizacion de los *almogávares*, se les permitia llevar á todas horas consigo á sus mujeres é hijos: estos desde sus primeros años se habituaban á los horrores y destrozos de la guerra, y aquellas los alentaban y animaban durante los combates.

Despues de haber tomado D. Alfonso I á Egea, Castellar y Tauste, en cuya toma es fama se debió gran parte del buen éxito al célebre D. Bacallá, guerrero insigne, dió el bizarro monarca nuevo y mayor esplendor á su corona, arrebatando la ciudad de Tudela á los mahometanos. Fué más notable este glorioso triunfo por haber costado la vida á Almostain, rey moro de Zaragoza, el aliado del Cid. Batiéndose como simple guerrero en lo más fuerte y reñido de la pelea, á la cabeza de su más escogida caballeria, recibió una mortal lanzada en el pecho, que le privó instantáneamente de la vida. El rey de Aragon concedió la conquistada Huesca en feudo de honor al conde de Alperche, á quien se atribuye el triunfo y la conquista.



Después de haber ordenado cuanto era conveniente al buen gobierno de la ciudad y de haber dispuesto que para juzgar á los ciudadanos rigiese el antiguo fuero de Sobrarbe, comenzó á llamar la atención del infatigable rey una conquista mayor y más difícil que cuantas con tanta gloria suya habia realizado. Lejos de cansarle los trabajos de la guerra, esta le daba vigor y desarrollaba en él el deseo de nuevos peligros, camino inevitable para llegar al triunfo: la conquista de la gran Zaragoza, que estaba hacia cuatro siglos en poder de los mahometanos, fué desde aquel momento su pensamiento dominante.

Desde entonces comenzó una irresistible persecucion contra los moros, ya dividiendo el rey sus fuerzas militares, bien reuniéndolas segun más conveniente creia; y llevó sus gloriosas armas á todos los confines de su reino, dando en que entender á los emires de Fraga y Lérida, y haciendo sentir los horrores de la guerra en las fronteras de Valencia.

Corria el año 1116, cuando la fama del Batallador volaba por toda Europa; y entendido su irrevocable propósito de conquistar á Zaragoza, de todas partes acudian príncipes y nobles que como auxiliares del glorioso y esforzado monarca querian tomar parte en la notable empresa, como si una nueva cruzada se formase. Es fama que se presentaron á Alfonso I, el conde de Cominges, Gaston de Bearne, el obispo de Lascars, Anger de Miramont, el conde Centullo de Bigorra, el vizconde de Gabartet y otros infinitos señores y nobles gascoñes y del Bearn; pero lo que dió más gloria y renombre al ilustre Batallador, fué la llegada á sus reales del ilustre y valeroso conquistador de Trípoli; hablamos de D. Beltran de Tolosa, nieto del memorable Alfonso VI de Castilla y Leon, como hijo de la infanta doña Elvira, esposa de D. Ramon, conde de Tolosa.

Al presentarse al rey de Aragon no se limitó á querer tomar parte en la guerra; pidió le admitiese por su vasallo, deponiendo á sus piés su condado y todos los señorios que le pertenecian. Este hecho que tanto honraba al soberano, le dió nuevo renombre: admitió la oferta, dejando, empero, á D. Beltran la posesion de cuanto le ofrecia, con reconocimiento de vasallaje y á título de feudo.

El brillante ejército aragonés se puso en marcha tomando la vuelta de Zaragoza, siendo tan notable por su fuerza numérica como por el brillante estado en que se hallaba; empero lo que más llamaba la general atención era la vista del glorioso soberano que tantas victorias habia ya obtenido, y cuya áurea corona estaba casi oscurecida por los multiplicados laureles que la circuián, acompañado de los primeros nobles de su reino y de los extranjeros que á merced tenian el servir bajo los invencibles estandartes de Alfonso I.

Aun corria el año 1116 cuando Zaragoza estaba ya sitiada: por

la muerte de Almostain Abu-Giafar, había subido al trono Abdelmelik ó Amad-Dola; y el emperador de los almoravides, que había sabido el trance en que su correligionario se hallaba, mandó en su socorro un escogido y numeroso cuerpo de buenas lanzas y caballos, bajo las órdenes de Abu-Mohamed Abdallah.

No debió creer el emir en la buena fé del emperador almoravide cuando, á pesar de haber levantado el sitio el rey de Aragon, prefirió Abdelmelik Amad-Dola evacuar la ciudad con toda su familia, y proponer á Alfonso I un tratado de alianza contra los almoravides. Estos quedaron por entonces dueños de los campos de Zaragoza; pero los ciudadanos llevaron muy pesadamente la alianza propuesta por el emir y aceptada por el rey Alfonso, y á consecuencia de esto llamaron apresuradamente al wali de Valencia.

Sin embargo, los almoravides se prepararon á tomar la ciudad, curándose muy poco de la resistencia que esta pudiera hacer; y para llevar á cabo su propósito con más segura facilidad, reforzaron sus líneas; así como tambien pudieron adquirir refuerzos los defensores. Entonces comprendió el Batallador que era forzoso comenzar de nuevo, destruyendo á los almoravides; y supo hacerlo conforme se lo propuso. Innumerables son las batallas que dió á sus enemigos en los campos de Zaragoza, en las cuales diezmandolos paulatina y sucesivamente, concluyó por derrotarlos; y viéndose triunfante y dueño de las líneas, por efecto de su genio arrebatado y poco firme en sus amistades y contratos, propuso al emir le entregase la ciudad, puesto que el comun enemigo habia desaparecido.

Tambien el emir demostró en aquella ocasion que habia apelado á la propuesta y aceptada alianza por temor de los almoravides; porque viéndose libres de ellos, entró en Zaragoza desentendiéndose de la peticion del aragonés, y fortificándola de nuevo se preparó á la defensa.

Alfonso I á quien no se ofendia impunemente, y que por ofensa tomó la resolucion del emir, mandó reunir todo su ejército de Aragon y Navarra, al cual acompañaba un cuerpo auxiliar de francos; y atravesando las riberas del Ebro, y vadeando el Gállego, despues de haber tomado á Gurra, Almudevar y cuantos pueblos quedaban á su espalda, se dirigió decidido y animoso á Zaragoza.

Corria ya el año 1118 cuando se verificó este segundo cerco; y en el mes de Mayo se acercó el rey á la amenazada ciudad para dirigir por sí mismo las operaciones y activar el sitio. Sin embargo de esto y de haberse hecho dueños de los arrabales extramuros pocos dias despues de haber establecido las líneas de circunvalacion, terminaron los meses de Mayo y de Julio sin que la ciudad diese señales de rendirse; por el contrario, la defensa era cada dia más vigorosa y desesperada.



En esto el cuerpo de francos ó franceses dió claras señales de descontento, aparentemente por quejarse de que el rey no les consideraba bastante; en realidad porque se cansaban ya de lo dilatado de aquel sitio, que no llevaba camino de terminar pronto. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que Alfonso I los dejó retirar sin muestra de disgusto ni de sentimiento, quizá para hacer ver que eran suficientes sus tropas, sin necesidad de extraño auxilio, y que solo con ellas podia rendir aquella célebre y fuerte ciudad: casi todos los nobles francos permanecieron firmes en el campamento del rey.

El activo Alfonso mandó en seguida batir la ciudad con las formidables máquinas de guerra; y unidos los destrozos que estas causaban, lanzando enormes piedras y destructores proyectiles, á la no menos destructora hambre que ya se hacia sentir entre los moradores de Zaragoza de muy dolorosa manera, comenzó la desunion, y los proyectos de resistencia eran mucho menos fuertes.

El rey, que sabia muy bien todo cuanto en la ciudad pasaba, no quiso desaprovechar la oportuna ocasion. Hizo pasar un parlamento ofreciendo seguridad para las vidas de todos, en general, y para las respectivas haciendas, concediendo á los habitantes la eleccion del sitio donde hubieran de morar en lo sucesivo, sin excluir la misma Zaragoza: esto era cuanto podian desear en la triste situacion en que se hallaban, y no quisieron irritar más con una negativa al esforzado y terrible Batallador. Admitidas las proposiciones, el emir Abdelmelik Amad-Dola evacuó la ciudad melancólico y dolorido, para dirigirse á Rota-<sup>l</sup>-Yuhud, en tanto que Alfonso I de Aragón y Navarra entraba triunfante por la puerta de Toledo, para alojarse en el alcázar real de la *Azuda*, situado cerca de aquella.

No hay para qué decir el realce que tan grande conquista daría á la gloria, ya muy refulgente y magnífica, del gran Alfonso I; gloria no menor que la de Alfonso VI de Castilla que reconquistó la gran Toledo, memorable córte de los godos, y la de Berenguer Ramon II, que tomó á Tarragona, brillante y antigua metrópoli de la España Citerior; ciudades todas tan importantes como de gloriosos y dignísimos recuerdos.

Dueño ya el rey de la ambicionada y hermosa ciudad, dejó exentos de tributos á los moradores, los declaró *infanzones*, y los concedió, en fin, varios notables privilegios é inmunidades: no fué menos grato al pueblo cristiano el órden que el glorioso rey puso en los asuntos religiosos. Nombró obispo de Zaragoza á D. Pedro Librana, reputado por hombre de tanta virtud como saber, cuyo prelado fué consagrado despues por Gelasio II, Sumo Pontífice, y tomó posesion de su iglesia, la cual durante más de cuatro siglos habia sido mezquita dedicada á la falsa religion de Mahoma.

Apenas habia ordenado Alfonso I los asuntos religiosos y civiles,



cuando mal avenido con el ocio y el reposo, recomenzó á recorrer el camino de la gloria, demostrando más y más cada dia que merecia bien el dictado de Batallador. En 1120 conquistó el intrépido monarca á Calatayud, despues de haber tomado á Zaragoza, Alagon y Mallen, Borja y Magallon, Epila y otros pueblos, siguiendo despues apoderándose sucesivamente de Alhama, Bubierca y Ariza: por manera que dejó limpios de musulmanes todos los pueblos cercanos al Ebro y al Jalon.

El terror de los hijos de Mahoma era sin límites; antes de pelear ya se creían vencidos: así como los aragoneses antes de entrar en batalla entonaban el himno de victoria, y solo deseaban se les llevase á la lucha, y solo luchar deseaba el esforzado rey. Por esto sin reposar un punto se dirigió á Daroca, á cuya ciudad denominaban justamente *llave de Valencia*, y que entonces estaba muy defendida y fortificada.

Termin, wali de Valencia, valiente y entendido caudillo musulman, acudió con un buen ejército, y se encontró con el de Alfonso I en las inmediaciones de Cutanda, no lejos de Daroca; y en el acto comenzó la batalla, que fué porfiada, reñidísima y por demás sangrienta. En ella perecieron *veinte mil* voluntarios mahometanos *sin perder la vida ni un solo aragonés*: advierta el lector que el resultado de esta batalla y la enorme cifra antes escrita están tomados de las crónicas árabes, cuyos autores ni aumentarían su pérdida ni la importancia del glorioso y extraordinario triunfo.

Ya el gran guerrero y fortísimo rey veía regocijado que en su poder estaban casi todos los dominios que en otro tiempo formaban el emirato de Zaragoza; veía asimismo ensanchados los límites de su reino por Valencia y por otros puntos, tan ensanchados en verdad, que no los reconociera el primer rey de Aragon, Ramiro, si al mundo y á su reino hubiera entonces vuelto. Sin embargo, aun no era esto suficiente para su genio guerrero y emprendedor: creyendo que habia hecho bastante en su reino, y deseando esperar á los musulmanes de Murcia y de Valencia si repuestos en parte de su justificado terror trataban de verificar sus acostumbradas algaras, fundó una poblacion en las fuentes del Jiloca que fortificó egregiamente, y que sirvió de mucho para el objeto que el memorable rey y digno caudillo se propusiera: el rey denominó *Monreal* á este pueblo-fortaleza.

Hecho todo lo que de referir acabamos, atravesó el Pirineo y penetró en la Gascuña (1122), y despues de haber hecho una gloriosa expedicion por el territorio franco, cuyo objeto no explican los antiguos escritores, regresó á España para hacer de nuevo sentir el peso de su enojo y la fuerza de sus armas á los mahometanos, verificando una expedicion gloriosísima y que tocó en los límites de lo

fabuloso, por las hazañas que llevó á cabo, aunque tan cierto es y averiguado está cuánto vamos á manifestar.

Entró el glorioso Alfonso I en España y recorrió á sangre y fuego todo el territorio bañado por el Segre y por el Cinca; tomó á Alcolea; destruyó á los moros de Fraga y de Lérida; entró en el reino de Valencia; taló completamente el territorio y la vega de Denia; pasó á Murcia, se dirigió á Almería, y despues de plantar el glorioso pendon aragonés junto á Alcaraz, levantó su campo para socorrer á los mozárabes andaluces, que habian implorado el auxilio del invicto y glorioso monarca de Aragon.

Corria el año 1125 cuando Alfonso I se hallaba á la cabeza de un lucido ejército en la poética y vistosa vega de Granada, y tan pronto como se vieron reflejar en las limpidas aguas del tranquilo Genil las agudas moharras de las lanzas aragonesas, los valerosos guerreros mozárabes se presentaron al rey y formaron desde aquel momento una importante parte del temido ejército de Aragon.

«Cuánto seria el pavor que se apoderó de los mahometanos, que puestos en confuso desórden acudieron apresuradamente á la mezquita, y en ella rezaron la *azala del miedo!* «oracion que, segun el erudito Lafuente, solo se rezaba en los trances apurados, abreviando las postraciones y ceremonias, y asistiendo á las mezquitas con armas.»

Es creible, segun opinion de entendidos escritores, que hubiera el glorioso Batallador intentado tomar la ciudad; empero el irresistible temporal de nieves y de lluvias se opuso á los deseos del rey, no sin haber resistido inútilmente más de quince dias. Convencido de que no era posible hacerse superior al rigor de los elementos, levantó sus reales y se dirigió á la Alpujarra, abriéndose camino por entre la nieve, y llegó á Velez-Málaga, en cuyo mar entró en una barquilla; y aun se asegura que por su misma mano pescó, haciendo desprecio de los enemigos, y como si en sus dominios y muy resguardado estuviese.

Esta larguisima y gloriosa expedicion, en la que el caudillo, lo mismo que su aguerrido y bizarro ejército tuvieron que luchar con las inclemencias del cielo, con las enfermedades, con las escaseces y con innumerables enemigos, fué tan notable que ella traía preocupados los ánimos de todos; y para deshacer el camino andado, tuvo que reluchar con los mismos peligros é incomodidades, y con inmensas fuerzas de la media luna que se oponian de continuo á su paso. Sin embargo, despues de haber vencido y derrotado á once buenos caudillos enemigos, llegó á su reino lleno de gloria y cubierto de laureles, acompañando á sus esforzados guerreros, partícipes de sus laureles y de su gloria, diez mil mozárabes que, como ya dijimos, se le incorporaron en Andalucia.



La entrada en Aragon del rey y de su ejército, fué notable por el entusiasmo con que fueron recibidos: el alborozo y el júbilo con que todos veian á aquellos denodados guerreros, tanto tiempo ausentes de su patria y tan expuestos como habian estado á la muerte, rayó hasta un punto inexplicable. El feliz regreso del rey con sus soldados se verificó en el año 1126, en el cual falleció su esposa doña Urraca, reina de Castilla y Leon, segun en su lugar hemos dicho. Entonces fué cuando viendo el ambicioso rey á su entenado, casi niño, en el trono, y cansado de hacer la guerra á los mahometanos, volvió la vista hácia Castilla, recordando sus antiguas é injustas pretensiones. Ya ha visto el lector el resultado de estas, y cómo el imberbe rey Alfonso VII hizo frente al veterano Alfonso I y dejó ilusorias todas sus esperanzas.

Terminadas las diferencias con Castilla, sosegó el Batallador el territorio de Cuenca y de Molina, dejándole sujeto á sus armas, despues de lo cual atravesó el Pirineo y puso sitio á Bayona, habiendo antes cedido á los condes y soldados franceses, que en otro tiempo estuvieron á sus órdenes como auxiliares, un barrio de Pamplona.

No se sabe á punto fijo qué objeto se propuso el rey de Aragon al determinar poner sitio á Bayona. Se ignora si tal decision fué hija de su carácter guerrero é inquieto, ó si, como algunos sientan, tomaria tal determinacion en favor de su aliado el conde Centullo de Bigorra, que estaba á la sazón ofendido por el duque de Aquitania. Aquel fué uno de los que abandonaron á Alfonso en el sitio de Zaragoza; empero al presentarse el rey de Aragon (en 1122) en la Gascuña, Centullo se apresuró á rendirle pleito-homenaje, reconociéndose su vasallo y asegurando que sus dominios y los que en lo sucesivo obtuviese los poseeria en nombre del rey Alfonso I.

Fuese cualquiera de ambos el motivo de haberse internado en Francia, es lo cierto que sitió y tomó á Bayona, haciendo ver que eran sus armas tan fuertes dentro de su reino, como fuera de él y de España.

En tanto aprovecharon su ausencia los musulmanes para levantar el grito de guerra en diversos puntos de Cataluña y Valencia; mas como quiera que no estuvo ausente mucho tiempo Alfonso I, poco tardó en poner á raya á los mahometanos, imponiéndoles de nuevo el acostumbrado pavor, que se aumentó considerablemente con la toma de Mequinenza (1155).

El refulgente sol de la gloria del Batallador iba ya tocando á su ocaso; mas no comprendiendo su belicoso espíritu que tan cerca estuviese el triste momento del descenso, ideó una nueva empresa, de muy difícil y peligrosa ejecucion. El belicoso ánimo del Batallador le hizo volver su mirada de águila hácia la ciudad de Fraga, punto

naturalmente defendible y casi inexpugnable, por los accidentes del terreno en que estaba construido.

Dos veces acometió inútilmente el ejército; mas en vez de hacer los malgastados esfuerzos que el bizarro rey desistiese, le animaban más y daban nuevo vigor para estrechar á los sitiados. Se asegura que llegado el caso de hacer aquellos proposiciones de entrega, Alfonso I no quiso oírlos; y este desprecio, unido á fuertes amenazas, los obligó á pedir auxilio. Pudo muy bien ser así; porque consta que los de Fraga pidieron socorro, y que para dárselo se presentó en el campo el walí de Lérida, llamado Aben-Ganya, seguido de algunos millares de escogidos almoravides.

Terrible y sangrienta fué la accion que tuvo inmediatamente lugar, y que llenó de desolacion y de luto á los aragoneses. No solamente perecieron en la batalla los hijos del conde de Bearne, el obispo de Jaca, el de Rosas, el conde Centullo de Bigorra y otros muchos nobles é infinitos soldados, sino que para desgracia de aquel reino ya tan poderoso, perdió la vida el glorioso Alfonso I el Batallador, rigiendo las esforzadas huestes como consumado caudillo, y peleando como valeroso soldado.

Tal fin tuvo este heróico y memorable soberano, cuyo valor rayó siempre en la temeridad y en lo fabuloso. Él dió á las armas aragonesas y navarras más gloria que la dieran todos sus antecesores, aunque no por esto queremos decir que no fueran muy dignos y valerosos soberanos Sancho Ramirez, Pedro I y el mismo Ramiro, el Bastardo; emperó, especialmente aquellos, no tuvieron el tiempo que el primer Alfonso para demostrar de cuánto eran capaces como reyes y como guerreros. Alfonso, este gran monarca, encontró su reino, si no tan menguado como el de Ramiro I, pequeño en demasía; y conquistando á Tarazona, Calatayud, Daroca, Tudela, Zaragoza y otros infinitos puntos importantes, convirtió en exiguo é insignificante el emirato ó reino poderoso de los antiguos musulimes.

Este rey gloriosísimo, aunque ambicioso, tomó tambien á Mequinenza, á Bayona; venció en más de ochenta batallas; tomó más de cuarenta fuertes y castillos, y se hizo tan temible á los hijos de Mahoma, que hubo tiempo en que se alejaban apresuradamente cuando sabian que el Batallador se acercaba, aunque contasen con duplicadas fuerzas. La ambicion y no muy buenas artes que demostró respecto de Castilla afean algun tanto su memoria; mas en cambio fué siempre mortal é irreconciliable enemigo de la media luna, y jamás hizo con los secuaces de aquella alianza alguna, ni quiso transigir absolutamente con ellos. Pocos soberanos fueron en esto, antes ni despues, tan escrupulosos y firmes como el gran Alfonso I, el Batallador. Pereció gloriosamente en la batalla de Fraga, en el mes de Julio del año 1134.



Un apreciable, raro y antiguo manuscrito que tenemos á la vista, y al cual en más de una ocasion nos hemos referido, dice que Alfonso I llevó en su ejército *una gran boca de fuego*. «Iba la negra boca arrastrada por muchos y tardos bueyes, y cuando de ella hacian uso, se oian fuertes y espantosos truenos y lanzaba entre fuego y humo la destruccion y la muerte, sembrando el terror y los dolores en los infieles. La vez primera que se vió en España este instrumento de desgracia y desastres, fué en el sitio de Zaragoza, año 1118.» Así dice el manuscrito.

No dejó el gran Alfonso ningun hijo; pero se encontró un testamento extraordinario y raro que habia hecho en el 1131, cuando estaba en el sitio de Bayona, y que ratificó en el castillo de Sariñena en el 1133. Hemos calificado de raro y extraordinario el testamento del glorioso Batallador, porque nombró herederos de todos sus reinos y señorios, por partes iguales, á los templarios ó caballeros del Temple, á los Hospitalarios de Jerusalem, y al Santo Sepulcro, legando asimismo á varias iglesias y conventos multitud de ciudades y pueblos, castillos y respetables rentas.

Como este testamento, que no parecia dictado por un entendimiento sano, concedia á los legatarios las mismas atribuciones, derechos y poder de la corona, produjo en todos los magnates el mal efecto que era de esperar: ni sabemos cómo llegó á pensar Alfonso I pudiese ser gobernado el reino en paz, órden y justicia por los medios que por su última voluntad dejaba establecidos. Por esto los nobles de Aragon y Navarra se juntaron en Córtes, reuniéndose en Borja; y hubo en aquellas de notable el que además de los magnates, ricos-homes y principales caudillos, asistieron tambien por la vez primera representantes de todas las ciudades y villas, en calidad de procuradores.

El objeto principal ó único, más bien dicho, de aquellas Córtes, fué el de anular el peregrino testamento de Alfonso I, y elegir un sucesor que pudiera regir el reino y empuñar el cetro con vigorosa mano, tal y conforme exigian las apremiantes circunstancias de aquella época.

Existia en aquel entonces un caballero llamado D. Pedro de Atarés, que era señor de la ciudad en que las Córtes se celebraban. Tenia muy grande partido, y aun algunos deslindadores de alcurnias le hacian descendiente de Ramiro I, quizá para lograr su ascension al trono; empero unos caballeros aragoneses que conocian los defectos de Atarés, impidieron la eleccion, ganando las voluntades á consecuencia de sus razones, mediante las cuales todos se convencieron de que en vez de favorecer al reino iban á perjudicarlo.

Quitado este obstáculo, todos volvieron la vista al monasterio de Saint-Pons de Thomieres, situado en las inmediaciones de Narbona,



en donde residia y era monje un hermano del difunto Alfonso I, llamado Ramiro; pero no todos creyeron reunia el electo las condiciones necesarias para ser rey y para suceder dignamente al Batallador. Entre los que recibieron mal la determinacion se contó á los navarros, no parcialmente sino en masa; y comprendiendo seria de todo punto inútil cuanto sobre el particular pudieran decir, abandonaron en silencio el reino de Aragon y pasaron á Navarra. Llegados á Pamplona y reunidos en esta ciudad los principales, eligieron y proclamaron á D. Garcia Ramirez, nieto de D. Sancho III, el Despeñado, ó el de Peñalem; determinacion que fué sin duda muy grata á la generalidad, ganosa siempre de recobrar su independencia, acostumbrada como estaba á creer extranjeros á cuantos no habian nacido en la misma provincia.

### REINO DE ARAGON.

#### SEPARACION DE ESTE DEL DE NAVARRA.

DESDE 1134 Á 1150.

Libres y desembarazados los aragoneses de la oposicion, aunque templada, que hicieran los navarros, proclamaron libremente á D. Ramiro II, el Monje; y en las Córtes que celebraron en Monzon fué el nuevo rey solemnemente aclamado, prévia la vénia del Soberano Pontífice, que dispensó al electo los votos formulados como monje, y el sagrado carácter sacerdotal.

A pesar de lo antes manifestado, fué sobradamente extraño que teniendo recibidas las sagradas órdenes y á pesar de la precitada dispensa contrajese matrimonio, como en efecto lo verificó, con una hija del conde de Poitiers y hermana del duque de Aquitania, que doña Inés se llamaba. El régio enlace se verificó en el mes de Octubre del mismo año 1134.

Miró de reojo Alfonso VII de Castilla y Leon la determinacion de los aragoneses, porque tenia su pensamiento fijo en una parte de aquellos dominios. Entonces fué cuando el bizarro emperador pasó á Zaragoza, y cuando el monje Ramiro le cedió la ciudad con una buena parte del reino; entonces fué tambien cuando este último soberano rindió pleito-homenaje á Alfonso, y cuando se retiró á Huesca trocando el glorioso título de rey de Aragon por el de Sobrarbe y Ribagorza.

No pudieron escoger peor ocasion los aragoneses y navarros para

dividirse: los primeros, como Navarra se había en otro tiempo refundido en Aragon, miraban siempre á aquel reino como una parte del suyo y querian ejercer sobre él cierto predominio; al paso que los navarros, avezados á la guerra y acostumbrados á la incomparable bizarría del Batallador, no podian avenirse á reconocer por rey á un hombre tan débil y poco apto como Ramiro II; empero unos y otros reconocieron la urgente necesidad de no estar discordes si no querian ser absorbidos por el coloso de Castilla.

Para conciliar los extremos y conjurar en tiempo los males que á los dos reinos amenazaban, y que ya se comenzaban á sentir en los lugares fronterizos ó rayanos de Aragon y Navarra, los prelados y algunos nobles lograron se nombrasen tres jueces árbitros por cada uno de ambos reinos. Los seis nombrados se reunieron en Valduengo, y allí acordaron: «que gobernasen cada uno de los dos soberanos el respectivo reino; que D. Ramiro fuese considerado como padre, y D. García como hijo; que los limites ó términos de los dos reinos serian los mismos que designara en otro tiempo D. Sancho el Mayor; y por último, que D. Ramiro mandara sobre todo el pueblo y D. García sobre los nobles y el ejército.» Esta última cláusula no la aseguran todos los autores.

Aparente ó realmente, los dos reyes aceptaron la decision de los árbitros; y D. Ramiro se dirigió á Pamplona para solemnizar el convenio: hecho muy raro, cuando segun aquel habia de desempeñar el papel de *padre*, y hubiera sido mucho más puesto en razon que el *hijo* hubiera pasado á Aragon.

Con ostentosa pompa y grande aparato recibió García en su reino á Ramiro; empero no permaneció este en Pamplona ni un dia completo. El jóven García quizá soñaba en la posesion de un reino tal como le habia regido el gran Batallador, y no se avenia á reinar únicamente en una parte. Pudieron ser más ó menos fundadas las sospechas; mas es lo cierto que Ramiro salió de Pamplona en la noche del mismo dia en que se verificó su llegada, apresuradamente y casi de oculto, á consecuencia de un reservado y confidencial aviso que recibió al comenzar la noche: segun se le dijo, D. García trataba de prenderle antes de amanecer.

Corria el año 1136 cuando D. Ramiro II, encerrado en Huesca, hacia disponer su ejército para entrar en campaña; pero su autoridad decrecia visiblemente, y se le miraba con tanta indiferencia que por desprecio le denominaban el *Rey Cogulla*. Tenia muy débil carácter, y para crearse un partido hacia donaciones extraordinarias á la gente de valia, demostrando con esto su ánimo poco enérgico, y manifestando su debilidad; que en los reyes y hombres de mando el contentar de este modo á los que pueden mucho, prueba es de debilidad y de impotencia: lejos de lograr crearse partido con



tan fatal método, solo consiguen manifestar ostensiblemente su nulidad y falta de energía; y aumentando su descrédito, concluyen por ser despreciados de los favorecidos y de los desatendidos. También las iglesias y monasterios experimentaron los efectos de su poco prudente prodigalidad.

Se ha llevado hasta la exageracion la cobardía que á Ramiro II se ha atribuido, llegando á decir que puesto á caballo no podia avenirse con el manejo de las armas, ni sabia hacer uso de la lanza y escudo, necesitando manejar las riendas de la brida con la boca; cosa que solo ha podido consignar quien sea absolutamente extraño á la equitacion y desconozca la manera rápida y precisa con que es forzoso manejar el caballo, cuando en ello va la vida ó la muerte: por otra parte, autores que conocen muy bien los antecedentes de la vida del monarca en cuestion, tampoco creen que la cobardía é ineptitud de Ramiro llegase hasta semejante extremo.

Ya conoce el lector la entrevista del rey de Aragon con Alfonso VII, los pactos que acordaron en Alagon, y los proyectos de matrimonio entre el primogénito del de Castilla, y doña Petronila, hija de Ramiro: mas como ya hemos manifestado, el propuesto enlace no llegó á realizarse, ni se volvió á hablar de él; por el contrario, despues hemos visto que el matrimonio de D. Sancho de Castilla con doña Blanca, hija de D. Garcia de Navarra, quedó solemnemente acordado.

En el mismo año 1156 convocó el rey de Aragon Cortes en Huesca, y ante aquellas manifestó su decision de renunciar la corona, y regresar á la soledad del claustro. No tenia hijo varon, y como en virtud de su abdicacion habia de subir al trono la infanta doña Petronila, se trató de darle un esposo que fuese capaz de llenar el vacío que habia dejado el gran Alfonso I. Dicese que entonces fué cuando se desistió del proyectado matrimonio del infante de Castilla con la infanta de Aragon, porque Alfonso VII era muy mal mirado por los aragoneses, á consecuencia de la invasion y toma de Zaragoza. No queriendo el partido contrario á Castilla, que estaba formado por una inmensa mayoría, que esta se uniese á Aragon, indicaron al rey la conveniencia de hacer una alianza íntima con Cataluña, desposando á la infanta doña Petronila con D. Ramon Berenguer IV, conde de Cataluña. Dicese que estos deseos de los aragoneses estaban de acuerdo con los de los catalanes, á consecuencia de lo cual en el ajuste del precitado matrimonio tomó una parte muy activa y directa el senescal de Cataluña, llamado D. Guillen Ramon de Moncada.

Llegó el mes de Octubre de 1157, y hallándose la córte en Barbastro se declaró solemne y oficialmente el matrimonio de la infanta de Aragon con el mencionado conde de Cataluña, *cediendo don*

*Ramiro todo el reino de Aragon* á D. Ramon Berenguer IV, tal como le habian poseido D. Sancho Ramirez, D. Pedro I y D. Alfonso el Batallador, padre y hermanos de D. Ramiro, reservándose este el título de rey.

El dia de San Bartolomé (24 de Agosto) prestaron los aragoneses en Huesca el juramento de obediencia y fidelidad al nuevo rey de Aragon D. Ramon Berenguer I, y IV de Cataluña, si bien se le denominó príncipe, por continuar llevando D. Ramiro el dictado de rey. Cuatro dias despues de realizarse esta ceremonia hizo el expresado soberano su abdicacion, que ratificó en Zaragoza el dia 15 de Noviembre del mismo año, renunciando el cetro en favor de don Ramon Berenguer, y cediéndole hasta los dominios que al solemnizarse la estipulacion del matrimonio, pocos meses antes, se habia reservado.

Despues se retiró D. Ramiro á continuar su interrumpida vida monacal, pasando primero á San Pedro el Viejo, de Huesca, y despues á otros conventos, aunque en aquel pasó casi todo el resto de su vida. Se cree dejó de existir en 1154, y consta que no volvió á ocuparse de los asuntos públicos.

Antes de pasar adelante debemos ocuparnos brevemente de un notable y creido suceso, cuya certeza estaria muy en contradiccion con el carácter dulce é irresoluto de D. Ramiro. Vamos á hablar de la célebre *campana* de Huesca, y referiremos lo que manifiestan los más competentes en el asunto.

Dícese que el rey monje envió una persona muy de su confianza á visitar al abad del monasterio de Saint-Pons de Thomieres, cuyo abad fué en otro tiempo el superior de D. Ramiro, encargándole al propio tiempo consultase con el sabio y prudente religioso lo que deberia hacer el perplejo y afligido rey con los ricos-homes y magnates, que le despreciaban y traian intranquilos aquellos dominios.

Llegado el mensajero á la presencia del venerable abad, este hizo pasar á aquel á la huerta del monasterio; y tomando una hoz, fué cortando en silencio la cabeza de cada una de las plantas y hortalizas que eran más hermosas, y que más sobresalian por encima de las otras. Terminada aquella muda y significativa escena, el abad despidió al mensajero, limitándose á encargarle refriese al rey la escena que habia presenciado.

Tan pronto como el soberano oyó lo que su enviado le referia, dispuso una reunion de Córtes en Huesca; y reunidas en efecto aquellas, D. Ramiro manifestó habia decidido fundir una campana tan grande y de tan sonoro eco, que habia de oirse de un punto á otro del reino. Las palabras del rey excitaron una mal disimulada hilaridad, que se convirtió muy pronto en terror cuando inopinadamente, y valiéndose el rey de lo inesperada que era para los mag-



nates su sangrienta disposicion, se apoderó de quince de aquellos, y despues de hacerlos degollar dispuso fuesen colgados los cuerpos formando un círculo. En seguida y antes de que circulase la terrible noticia, mandó llamar al obispo; y al verle sorprendido ante aquel horroroso espectáculo, le dijo: «Mirad, mirad, obispo, qué »campana he fundido; reconocedla bien y decid si le falta alguna »cosa.» El obispo, atónito de terror y sin poder articular palabra, permaneció inmóvil y silencioso: entonces el rey continuó diciendo: «Ved que la campana está bien hecha; mas para que suene le »falta el badajo, cuyo oficio os he reservado.» Y diciendo y haciendo dispuso degollaran al obispo y que fuese colgado en el centro del círculo, mandando despues se dejase franca la entrada en aquel luctuoso y repugnante aposento, á fin de que sirviese de ejemplo á los demás la imponente vista de aquella sigilosa ejecucion.

Este hecho está reputado como apócrifo por los más entendidos escritores, por dos razones á cual más poderosas. La primera se funda en el carácter de D. Ramiro, tan contrario á una resolucion sanguinaria y terrible, que pudiera creerse si se tratase de D. Alfonso el Batallador, ó de D. Sancho II de Castilla; no porque estos fueran sanguinarios, sino porque su carácter enérgico y fuerte les hubiera decidido á tomar una resolucion análoga, si para ello hubieran dado los magnates motivo; mas tratándose de un soberano tan apocado y pusilánime, que persuadido de no tener vigor para empuñar el áureo cetro voluntaria y decididamente resignó el mando, haciendo una abdicacion y renuncia tan ilimitadas y amplias, no se hace creible el que llevase á cabo la ejecucion de la terrible *campana*.

La segunda razon es más fuerte aun que la primera: la conseja en cuestion, que así puede calificarse, no está consignada en ningun documento histórico contemporáneo, no siendo posible que á ser cierto el suceso, le hubiesen omitido: por otra parte, los escritores de más recto criterio y vasta erudicion la refutan. Creemos que esto baste; pero hemos hecho mencion de ese supuesto suceso, porque siendo tan conocido, el guardar silencio sobre él seria sin duda alguna inconveniente.

Las Córtes en que, segun han supuesto algunos, manifestó el rey su decision de mandar fundir la célebre *campana*, se reunieron en efecto en Huesca; empero fué para indicarles su pensamiento de abdicar la corona y retirarse al claustro, segun en su lugar dejamos consignado.

El reinado del Monje fué pernicioso para el reino de Aragon, tan opulento y poderoso merced á los grandes monarcas que le habian precedido en el trono. En tiempo del segundo Ramiro perdió la corona á Navarra; se hizo feudataria de Castilla, y se incorporó ó refundió en la de Cataluña.

Poco tiempo despues de haber abdicado Ramiro II, recibió el conde de Barcelona la formal renuncia que en nombre de las respectivas órdenes hacian los jefes supremos ó grandes maestros del Santo Sepulcro y del Hospital de Jerusalem, del original legado que en su testamento les hiciera el rey Batallador; renuncia, si se quiere, de escasa ó de ninguna importancia, porque era bien conocida la voluntad y decision de todo el reino. Tambien la órden del Temple imitó el ejemplo de aquellos; mas supo sacar mejor partido de su posicion, logrando con sus oportunas y calculadas diligencias establecer en Aragon la órden militar de la caballeria de templarios. Dicese que estando poco dispuesto á ceder motu proprio su legado, el príncipe de Aragon, que necesitaba de grandes recursos para hacer frente á la tormenta que amenazaba estallar á consecuencia de la reciente alianza entre el navarro y el castellano, propuso á los templarios el establecer su órden en Aragon. Sea de esto lo que quiera, es positivo que aquella se estableció poco despues, y que don Ramon Berenguer cedió á la expresada órden los castillos de Moncayo, Barberá, Monzon, Chalamera, Corbins y Remolins. Recayó la aprobacion sobre la órden del Temple en una asamblea verificada en Gerona.

El nuevo soberano de Aragon continuó ocupándose de sus empresas guerreras, segun se verá al tratar de Cataluña, sin que debamos consignar cosa alguna notable respecto del reino de que nos venimos ocupando hasta el año 1149, en el que ocurrió un suceso escandaloso; porque hubiera sido mal hecho, aun ejecutado por simples particulares; y lo fué mucho más aun, siendo actores de él dos príncipes gloriosos, que ceñian corona y empuñaban cetro.

Aprovechando el rey de Navarra la oportuna circunstancia de hallarse Ramon Berenguer ocupado en los sitios de Lérida, Tortosa y Fraga, no vaciló en invadir el reino de Aragon. Era temible D. Garcia como caudillo y como soldado: por otra parte, el de Barcelona necesitaba todo su ejército y su atencion toda para las empresas en que á la sazón estaba ocupado; mas sin embargo, esto, en nuestro concepto, no le excusa si detenidamente se considera la falta de buena fé en que incurrió, lo mismo que el navarro.

Hizo este último proposiciones de paz, que á nadie más que al príncipe de Aragon convenian; empero puso por condicion D. Garcia el que se casase aquel con doña Blanca la infanta de Navarra. Esta estaba desposada con D. Sancho de Castilla, aunque sin duda no se había consumado el matrimonio, así como lo estaba D. Ramon Berenguer con doña Petronila de Aragon; sin embargo, la condicion fué aceptada y la paz quedó establecida, firmando ambos príncipes un solemne tratado el día 1.º de Julio del año 1149.

Hemos llegado al año 1150, debiendo solamente añadir que en



este año se avistaron el emperador Alfonso VII y Ramon Berenguer IV en Tudela de Navarra, en donde firmaron un tratado mediante el cual se repartían los dominios del expresado reino, ratificando el convenio estipulado años antes en Carrion, y aun dividieron tambien los que aun estaban en poder de los mahometanos.

Debemos consignar aquí una cláusula del convenio tan sumamente extraordinaria y rara, que de puro singular parece increíble; empero no puede dudarse de su certeza: «el emperador prometió al conde de Barcelona que desde la festividad de San Miguel en adelante tendria el infante D. Sancho en su compañía á doña Blanca la infanta de Navarra; pero que la dejaría cuando el conde lo exigiese, y que se apartaría de ella cuando fuese la voluntad de aquel, para no volver á reunirse con ella.»

Esta condicion que tanto rebajaba á la princesa Blanca, ya huérfana, no está en armonía con el carácter de los príncipes que la firmaron, de quienes no podía suponerse aceptasen una cosa tan contraria al propio decoro. No tardaremos en ver si se llevó ó no á cabo tan peregrina condicion.

## REINO DE NAVARRA.

AÑO 1134 Á 1150.

Á consecuencia de la union de Navarra y Aragon verificada por la muerte de D. Sancho el Despeñado, corrieron igual fortuna las gloriosas armas de ambos reinos: de ambos fué la gloria, y á los dos corresponden los notables triunfos que al tratar de la época precedente hemos referido.

Ya sabe el lector el motivo que para separarse tuvieron Aragon y Navarra, y conoce asimismo la eleccion de D. Garcia Ramirez, hijo de un infante llamado D. Ramiro, que lo era de D. Sancho el Despeñado.

Era el nuevo rey animoso y entendido; monarca muy á propósito para las circunstancias en que los reinos cristianos se encontraban; mas como quiera que se conocía flaco de fuerzas para hacer frente al colosal poder de Alfonso VII de Castilla, fué á buscar á este á la córte y se presentó en Leon para declararse vasallo de Alfonso, del cual fué muy bien recibido.

Esta debilidad del reino de Navarra, que era idéntica á la que experimentaba Aragon, hacia que los soberanos de uno y otro reino se temiesen y se inspirasen mútua desconfianza. De parte de Ramiro II no habia ambicion, habia temor; pero no sucedia lo mismo en

cuanto al navarro, que deseaba que su reino fuese ni más ni menos que le había dejado á su muerte el gran Batallador.

García no tenía temor ni podía tenerle á un rey anciano ya, irresoluto, tímido, y educado y crecido en la tranquila soledad del claustro; empero estaba indeciso, porque sabía muy bien que del lado en que se colocase Alfonso VII, de aquel sería el triunfo, y no estaba seguro de que no favoreciese al rey Monje. De los temores de uno y otro monarca nació la reunion de Vadoluengo, de que en otro lugar dimos cuenta, y en la cual se nombraron jueces árbitros que dieron el carácter de *padre* á Ramiro y el de *hijo* á García, con todo lo demás que ya el lector conoce.

El proyecto descubierto que concibiera el rey de Navarra contra el de Aragon, hizo que la aparente concordia por completo se destruyese; y D. García dispuso sus tropas para entrar en campaña, haciendo grandes mercedes y donaciones á sus ricos-homes y gente de valía. El prelado y cabildo de Pamplona estuvieron por el extremo liberales con el rey, deseando contribuir al engrandecimiento del reino; porque le autorizaron para hacer uso de todos los tesoros de la Iglesia, á fin de que pudiese invertirlos en las necesidades de la guerra (1136).

Tambien D. Ramiro se preparaba á entrar en la lucha; mas era muy poco belicoso, aunque no en los términos que algunos refieren, haciendo llegar á la ridiculez y á la nulidad las dotes guerreras del rey de Aragon. Sin embargo, no parecia hermano del Batallador y de D. Pedro I, ni tampoco hijo del gran Sancho Ramirez; y temiendo al navarro, hizo en Alagon su pacto de alianza con Alfonso el emperador, segun en su lugar hemos manifestado.

En tanto el esforzado García Ramirez estaba pesaroso de haber buscado el yugo de Castilla, viendo que no por esto podia creerse libre de que el emperador favoreciese al rey de Aragon. Veía, por otra parte, que Ramiro habia abdicado y que el expresado reino iba á estar regido por un hombre belicoso, entendido y enérgico como Ramon Berenguer IV, y comprendiendo la necesidad de hacer una alianza con quien sin ser más fuerte que él pudiera darle importante auxilio y tuviese directo interés en ser contrario al emperador, buscó la amistad de D. Alfonso Enriquez de Portugal, hijo del conde D. Enrique y de la infanta doña Teresa, tia de Alfonso VII de Castilla.

Hizose en efecto la alianza; y animado García Ramirez, porque ya no se veia aislado, se manifestó franca y abiertamente enemigo del emperador, llevando sus armas en son de guerra á los dominios orientales de aquel gran monarca. No tuvo fortuna en esta injusta lucha, y recibió de Alfonso VII muy duras y severas lecciones; y como casi al mismo tiempo procediese el emperador de



idéntica manera con su primo hermano el de Portugal, este se incapacitó para continuar aliado con García Ramírez; porque se vió en la imprescindible necesidad de pedir la paz al glorioso emperador, aliándose con él y jurando auxiliarle y defenderle contra cuantos fuesen sus enemigos.

Llegó el año 1140 sin que hubiese ocurrido cosa notable, fuera de las ya referidas, y el emperador, que no olvidaba el mal comportamiento de García Ramírez y su alianza con Alfonso Enriquez, dispuso hacer una invasion en Navarra. Entonces fué cuando llegó á Nájera el caballero D. Alfonso Jordan de Tolosa, cuando estaba el emperador haciendo los preparativos para entrar en campaña: este ilustre peregrino negoció la paz entre Castilla y Navarra, verificándose la entrevista de ambos monarcas entre Calahorra y Alfaro, segun ya dejamos referido; y entonces fué tambien cuando se acordó el matrimonio del infante D. Sancho de Castilla con doña Blanca de Navarra, hija de García (1140), quedando completa y al parecer sinceramente reconciliados Alfonso VII y García Ramírez.

Algun tiempo despues decidió el gran emperador la conquista de Almería, á la cual como aliado asistió personalmente García Ramírez, al frente de un fuerte y valeroso ejército navarro, el cual, lo mismo que su ilustre caudillo, hizo prodigios de valor, contribuyendo de muy eficaz manera á la entrega de la plaza, que se verificó en 17 de Octubre del año 1147.

Dos años despues invadió el rey de Navarra los dominios de Aragon, porque no habia desistido de sus antiguas ideas y pretensiones. El conde de Barcelona y principe de Aragon se hallaba ocupado en la gloriosa y árdua tarea de la reconquista, la cual llamaba toda su atencion y exigia todas las fuerzas y recursos de que á la sazón podia disponer. Como el navarro era belicoso, y aunque con poca fortuna, quizá debida á que sus fuerzas materiales no estaban en relacion ni armonía con su ánimo y vigor, habia dado en que entender al emperador y á todos aquellos que se le habian opuesto, Ramon Berenguer se avino á hacer un pacto con el tenaz García, á consecuencia del cual se ajustó el célebre matrimonio del primero, desposado ya con doña Petronila, con doña Blanca de Navarra, desposada asimismo con el principe D. Sancho.

Poco despues (1150), prematura y casi repentinamente falleció García Ramírez. Sus hechos, si no grandes, notables por el amor patrio que revelaban, aunque no destituidos de ambicion, le hicieron adquirir el sobrenombre de Restaurador de Navarra. Su inesperada muerte hubiera hecho variar completamente el estado del reino, á no haber sido porque le sucedió en el trono un rey que mereció el epíteto de *Sabio*, y por otras circunstancias que veremos al ocuparnos de la segunda mitad del siglo XII.



## CONDADO DE CATALUÑA.

AÑO 1100 Á 1150.

La union de Aragon y Navarra nos ha hecho anteponer los sucesos ocurridos en el primero de ambos reinos, con el objeto de evitar la confusion que inevitablemente resultaria de haber colocado una série de años (hasta 1134) en el acostumbrado lugar, y el resto hasta el 1150 despues de tratar del condado de Cataluña: además, hemos tenido otra razon de no menor fuerza, puesto que muy en breve Cataluña y Aragon formaron un solo estado.

Al terminar el undécimo siglo era conde de Barcelona el jóven Ramon Berenguer III, hijo de Ramon Berenguer II, Cabeza de Estopa, y sobrino de Berenguer Ramon II, el Fratricida.

Animoso y enérgico era el nuevo conde, y fué tan digno de memoria su gobierno, que mereció el tercer Ramon ser apellidado el *Grande*. Educado entre el estrépito de las armas y la animacion de los campamentos, sus instintos guerreros adquirieron una inmensa fuerza y un precoz desarrollo. Su carácter belicoso y ardiente le hizo preferir la amistad de los esforzados y animosos; por esto no fué extraño el que estrechase una íntima amistad con el conde de Urgel y con el de Pallars, heróicos catalanes, terror y espanto de la morisma.

Dedicóse el bizarro conde de Cataluña á perseguir y acosar á los descreidos hijos de Mahoma, despues de haber sosegado con su talento y teson algunos disturbios civiles ocurridos en los primeros años de su reinado, últimas chispas del fuego encendido en tiempo de su tío el Fratricida.

Llegó un día en que Temin hizo pasar á Cataluña á Mohammed-ben-Alhag, el cual entrando á sangre y fuego en los dominios de Ramon III, hizo infinitos daños; empero al querer regresar de su destructora invasion cargado de despojos, fué sorprendido por los bizarros catalanes. Trabóse en el acto una sangrienta lucha, quedando el campo por los cristianos; la inicua invasion costó la vida á Mohanmed-ben-Alhag y á más de una tercera parte de la fuerza que acaudillaba, con gran número de nobles mahometanos que habian tomado parte en la expedicion (1109).

A guisa de quien quiere vengar la derrota se presentó en Cataluña Abu-Berk, wali de Murcia, el cual en su brusca acometida no fué menos pródigo de destrozos y horrores que Mohammed; mas por su desgracia, de la misma manera que el caudillo de Temin, fué acometido en la retirada, y sufrió un terrible descalabro. La pérdi-



da de gente que experimentó la hacen llegar á algunos millares: los escritores árabes dicen que perecieron setecientos mahometanos, y bien puede suponerse que si marcan esta cifra serian muchos más los muertos.

Despues de obtener estas victorias tuvo Ramon Berenguer III la pena consiguiente á la pérdida de doña Almodis, su esposa, á quien entrañablemente amaba; y era por cierto desgraciado en este punto el animoso conde, puesto que siendo aun tan jóven, era esta la segunda esposa que le arrebatava la inexorable muerte.

De tamaña desgracia resultó un gran bien para aquellos dominios. En 1112 casó en terceras nupcias con doña Dulcia, la cual era heredera del conde de Provenza, el célebre pais de la gaya ciencia, como oportunamente recuerda un ilustre y moderno historiador.

Grande fué el ensanche que recibió aquel condado con el nuevo enlace de Ramon III; y como lo que llamamos fortuna ó todo lo da ó todo lo quita, casi coincidió con este suceso la muerte de Bernardo, conde de Besalú, el cual no dejó ningun hijo, y en cumplimiento de un pacto que hacia tiempo existia, fué agregado el condado ya dicho al de Cataluña; y poco tiempo despues hizo Ramon que el vizeconde de Carasona y Roger, su hijo, á quien la historia califica de hombre feroz, se declarasen sus feudatarios y como vasallos le prestasen obediencia, comprometiéndose á servirle y auxiliarle en paz y en guerra.

Corria el año 1115, cuando para coronar tantos triunfos y tan gratos sucesos, arribó á la costa oriental de Cataluña una armada que la república de Pisa mandaba á las Baleares, con el objeto de vengar los desmanes y atropellos que consumaban los mahometanos de aquellas islas.

Con grande aparato se preparó aquella gloriosa campaña, á cuya expedicion concedió el Sumo Pontífice Pascual II los *honores de Cruzada*: una deshecha borrasca que la imponente escuadra sufrió la hizo tocar en las costas catalanas, creyendo que se hallaba á vista de Mallorca. De esta manera guia la Providencia los sucesos que á nuestra limitada vista y desagradecido natural parecen casualidades.

Los catalanes, de suyo valerosos y entusiastas por la gloria, no quisieron permanecer ociosos; la religion les hacia mirar como meritorio el ir á afrontar la muerte llevando en el pecho la roja enseña de los cruzados; el amor á las hazañas y el deseo de vengarse de los fieros secuaces de la media luna, les hacia anhelar el tomar parte en la imponente expedicion; y Ramon Berenguer, el Grande, que no era menos piadoso y esforzado que sus súbditos, condescendió con el deseo de estos.

Para hacer la propuesta y acordar el modo de dar felice cima al

importante proyecto, el conde de Barcelona celebró una conferencia con los caudillos de la república de Pisa. Estos admitieron agradecidos el importante refuerzo que se les ofrecía, y en muestra de su contento eligieron caudillo supremo al mismo Ramon Berenguer el Grande. Esto prueba el alto concepto que del ilustre y valeroso conde se tenía.

Corría el mes de Setiembre cuando la escuadra pisana, por efecto de una equivocación providencial, arribó á Cataluña: el tiempo invertido en remediar las averías ocasionadas por la borrasca, en concertarse catalanes y pisanos, y en preparar de nuevo la expedición, hizo que llegase el invierno; y esperando á más bonancible tiempo, continuaron ocupándose de que nada faltase á la respetable flota, hasta que en el mes de Junio del año 1114 la expedición tomó rumbo hácia las Baleares.

Arribó la armada felizmente, y deseando inaugurar la terrible lucha con la toma de una de las islas, se posesionó muy en breve de Ibiza; y despues de enseñorearse sucesivamente de todos los fuertes y defensas, se dirigió Ramon el Grande á Mallorca, en cuyo territorio hizo felizmente el desembarque.

Sitiada la capital observando todas las reglas que á la sazón prescribía el arte de la guerra, los enemigos se prepararon decididamente á la defensa, y cumplieron bien su propósito. Hicieron rudas salidas que ocasionaron sangrientos choques; los cristianos dieron varios asaltos inútiles, y se derramó copiosa sangre de ambas partes: el ilustre y valeroso conde se distinguió como notable general, y se acreditó de fortísimo soldado siendo el primero en las brechas y en las escalas.

De este modo trascurrió el tiempo, que harto tardo y perezoso se hacia á los sitiadores, durando el sitio desde fines de Agosto hasta los primeros días de Febrero de 1115, en uno de los cuales ordenó el conde de Barcelona un bien meditado asalto, que se dió simultáneamente por tres distintas partes de la muralla.

Los sitiados procuraban multiplicarse acudiendo animosamente á todas partes: estaban, empero, diezmadados á consecuencia del largo sitio y de las multiplicadas salidas; y diremos en honor de estos y de los sitiadores, si el teson para sostener la carnicería y el destrozo merece grandes encomios, que diez asaltos se verificaron sin resultado alguno, pues fueron rechazados los cristianos con bastante pérdida. Sin embargo, enardecidos estos con la tenaz resistencia de los enemigos redoblaron su valor y su decision, y lograron penetrar en la ciudad, desde cuyo momento la lucha fué desfavorable á los mahometanos, siendo inexplicable la escena que despues siguió á la entrada de los vencedores. Dicese que fué horrible la mortandad de los vencidos musulmanes, así como presentaba un cuadro intere-



sante y tierno el ver correr á los innumerables cautivos que allí encerrados estaban, deseosos de arrojar en brazos de sus valerosos hermanos que á costa de su preciosa sangre acababan tan gloriosamente de rescatarlos.

Bien comprendió el esforzado conde que era inconveniente y aun imposible conservar aquella conquista: por una parte no le era posible dejar en aquellas islas fuerza suficiente para defenderlas, puesto que él y los suyos hacían falta en Cataluña y los italianos habían de regresar á su patria; y por otra veíase ya surcar sobre no muy lejanas aguas una fuerte armada, que enviaba Yussuf de socorro. No obstante, la memorable conquista no fué escasa en buenos resultados. Prescindiendo de las incalculables riquezas y despojos que dió por fruto, dió la amada libertad á los infinitos cautivos que comían el duro, negro y amargo pan de la esclavitud; enflaqueció las fuerzas de los enemigos del nombre cristiano; acreditó hasta lo infinito la importancia y valor de las armas catalanas; dió eterno renombre al valeroso y entendido Ramon Berenguer el Grande, y le hizo comprender cuán necesario era el cuidar con afán y desvelo del fomento y desarrollo de la marina.

Abandonadas las islas, cuyo feraz suelo quedó regado con generosa sangre catalana, regresó el vencedor á Barcelona, en donde fué recibido de una manera tan satisfactoria, que no es posible describirla dignamente. Sirviéndonos de una locucion vulgar, diremos que la aparicion en la capital de Cataluña del heróico conde y de su valeroso ejército fué un verdadero *dia de juicio*.

El primer cuidado de Ramon III tan pronto como se vió tranquilo, fué el de aumentar el número de sus naves; y no tardó mucho tiempo en darse á la vela, siguiéndole una formidable armada que surcaba imponente y magestuosa por las aguas del Mediterráneo, la cual llevaba un numeroso ejército, y al conde acompañaban los prelados y principales nobles de su condado.

Dirigióse el esforzado caudillo á Génova y desde este puerto á Pisa: no es posible recibir una ovacion más completa, solemne y satisfactoria que aquella de que fué objeto el valeroso conde cuando llegó á los dominios de sus aliados en la gloriosa empresa de las Baleares. Diremos únicamente que hizo una entrada triunfal, y que los naturales de aquel bello país, los prelados, los nobles, los caudillos, toda la gente de valía, en fin, salieron procesionalmente á recibirle, haciéndole todos los honores imaginables, obsequiándole á porfia y entregándole multiplicados y riquísimos presentes.

No era fácil calcular el primordial objeto de aquel viaje: pudiera creerse había deseado el vencedor de Mallorca hacer una visita á sus poderosos auxiliares; mas no tardó mucho en enviar una solemne embajada al Sumo Pontífice (Pascual II), para rogarle concediese



los honores de la Cruzada á cuantos le auxiliasen en la guerra que pensaba emprender contra los mahometanos.

Despachó el Pontífice favorablemente la embajada, y Ramon Berenguer, satisfecho de haber logrado su objeto, tomó la vuelta de su patria, habiendo ocurrido en el camino un incidente que aumentó de nuevo el grande crédito de que ya gozaba el conde. La fortaleza de Castellfoix se habia sublevado; empero tomándolo el valeroso Ramon como un incidente poco importante, desembarcó con la fuerza que le pareció necesaria; sitió la ciudad toda; tomó á viva fuerza la fortaleza, y volvió á embarcarse tranquilo y como si no mereciese aquel suceso la pena de ocuparse de él.

Ocupábase Ramon III el Grande en madurar la empresa magna que le hiciera pedir al Sumo Pontífice los honores de Cruzada para los que en aquella tomasen parte, cuando un nuevo condado vino á enriquecer con una perla más la rica corona de Cataluña. El conde de Cerdaña, Bernardo Guillermo, falleció sin sucesion, y sus dominios pasaron á incorporarse al conde de Cataluña. Bernardo heredó el condado de su hermano Guillermo Jordan, el cual se le legó con una cláusula expresa en que disponia se verificase la predicha incorporacion si al morir Bernardo Guillermo no dejaba sucesor legitimo.

Sin embargo del proyecto que á toda hora estaba fijo en la imaginacion de Ramon III, se dedicó ante todo al arreglo de los asuntos más importantes de sus dominios, especialmente á mejorar el estado de la gran Tarragona, reconquistada por su tío el Fratricida. Dícese que permanecía destruida y casi deshabitada; y quiso restaurarla y poblarla, en cuya loable tarea le sirvió de mucho el obispo D. Olaguer.

Hecho esto, decidió poner por obra el proyecto que ya hemos anunciado: anhelaba reconquistar á Tortosa, y con este objeto se puso en campaña, llevando sus gloriosas armas hasta las murallas de Lérida, cuyo wali viéndose amenazado y no creyéndose bastante fuerte para hacer frente al esforzado soberano de Cataluña, celebró con él un pacto declarándose tributario del conde por ambas ciudades de Lérida y Tortosa, cediéndole además los mejores y más fuertes castillos. El conde por su parte le otorgó algunas gracias honorificas en Cataluña, y ofreció auxiliarle con veinte galeras y algunos barcos para que se trasladase á Mallorca.

La brillante estrella de Ramon III se oscureció algun tanto en la siguiente campaña. Aunque tan activo y valeroso como ya se ha visto, no podia por sí solo hacer frente á los almoravides; y como los soberanos que pudieran haberle auxiliado estaban á la sazón ocupados en otras empresas, se vió el conde aislado para resistir á los innumerables enjambres de africanos que cargaron sobre Torto-

sa y Lérida, ganosos de vengar la deshonra que sobre ellos había recaído á consecuencia del convenio celebrado entre el conde y el wali.

No fué tan perjudicial, aunque lo fué mucho, el brusco y terrible ataque de los almoravides, como el haber declarado la guerra al esforzado conde, el de Tolosa, D. Alfonso Jordan: el motivo fué el derecho al condado de Provenza.

Despues de haber sufrido Ramon III una grande derrota entre Lérida y Balaguer peleando con los almoravides, y de haberse prevenido para hacer frente á Jordan, terminó con una avenencia este pleito que tan sangriento desenlace anunciaba. Pactaron ambos contendientes la exacta division de los estados de Avignon y Provenza, mitad para cada uno de ellos, con la expresa cláusula de que si moria sin sucesion cualquiera de las condesas esposa de uno ó de otro, la que sobreviviese heredaría por entero el condado. Este pacto se solemnizó en 15 de Setiembre de 1125.

Por aquel tiempo á nadie se temia con mayor fundamento que al emperador: todos los monarcas cristianos estaban recelosos, y, con razon, dudaban de sus fuerzas militares para hacer frente al colosal poder de Alfonso VII. Esta verdad obligó al conde de Barcelona y al rey de Aragon á establecer una estrecha alianza: era esta union muy importante y ofrecia dar muy grandes resultados; porque el de Barcelona se habia hecho bastante poderoso por mar, y sus fuerzas terrestres, unidas á las de Aragon, pudieran hacerse respetar.

Habia crecido tanto el poder marítimo de Ramon Berenguer III, que llegó el caso de celebrar un convenio con el principe de Sicilia, llamado Roger, en el cual ofrecia el conde facilitarle cincuenta galeras (1127) para auxiliarle en sus empresas; y dice la historia, en corroboracion del ya citado poder, que llegó el caso de encontrarse bastante fuerte el de Barcelona *para imponer leyes á la república de Génova*, que estaba en guerra con la de Pisa.

Del mismo modo que se hizo respetar este gran soberano de los musulmanes y de los extranjeros, tuvo á raya á sus inquietos convecinos. Si alguna vez alzó la cabeza la rebelion, ó la ambicion quiso perjudicarle, supo cortar el mal en su misma raiz. Esto lo vió muy á su costa Hugo Ponce, conde de Ampurias, contra el cual fué Ramon III en son de guerra para castigar los desmanes del altivo conde; y despues de humillarle y hacer que le reconociese por soberano, mandó derribar todas las fortalezas que aquel recientemente habia hecho erigir, contra lo que las leyes catalanas prevenian.

En 1128 se verificó el enlace de Alfonso VII de Castilla con doña Berenguela, hija de Ramon III, que fué por entonces el iris de paz y la garantía de union entre el emperador y el conde. Este



sentia ya en sí los destructores efectos del tiempo; veia que la edad le agobiaba; estaba melancólico á consecuencia del fallecimiento de su tercera esposa, y se decidió á abandonar la corona que con tanta gloria y esplendor habia ceñido, y á profesar como individuo de la órden de templarios.

Decidido á llevar á cabo su resolucion, profesó en efecto en manos de un caballero de la indicada órden, llamado Hugo de Rigal (1129). Dos años contaba en aquella, cuando conoció que su última hora se acercaba; y lleno en sus postreros instantes de aquel valor que jamás le faltó en la plenitud de su vida, se hizo vestir pobrísimamente y mandó le llevasen al hospital de Santa Eulalia, y colocado, segun su voluntad, en una humilde cama, falleció cristiana y animosamente en 19 de Julio de 1131.

Ya ha visto el lector los hechos de este heróico soberano, y por ellos habrá comprendido que eclipsó la gloria de sus predecesores. Es en efecto incomprensible la naturaleza humana: el animoso Ramon Berenguer I tuvo por hijo á Ramon II, Cabeza de Estopa, dulce y amable soberano, empero inhábil para asuntos de guerra y destituido de carácter enérgico y activo; y el esfuerzo del primer Ramon, perdido en el segundo, se renovó con mucha ventaja en el tercero, que fué hijo del segundo, tan poco animoso y esforzado.

El nombre de Ramon III será siempre querido de los catalanes; ellos en otro tiempo le dieron el renombre de *Grande*, y todos reconocieron que le merecia. Él fué el heróico conquistador de Mallorca; él impuso pavor á los mahometanos, y se hizo respetar de propios y de extraños; él aumentó considerablemente sus estados, y cuidó de la religion al par que del bien y prosperidad de sus pueblos. Á su muerte, tan sentida de sus soldados y de sus súbditos todos, se componian sus dominios del condado de Barcelona, y de los de Tarragona, Manresa, Vich, Besalú, Perelada, Cerdaña, Gerona, Fenollet, Conflent, Perapertusa, Vallespin, Redes, Carcasona y Provenza. Dicese que poseia tambien diversas y muy buenas posesiones en Noguera Ribagorzana.

Hechos los regios funerales al difunto y memorable conde, fué aclamado su hijo primogénito, á quien legó Ramon III todo el condado, á excepcion de la Provenza que donó á su hijo segundo llamado Berenguer Ramon.

Llamábase el nuevo soberano Ramon Berenguer como su glorioso padre, y fué el cuarto de su nombre; comenzó acreditándose de hombre de gobierno y de amante de la justicia, pues segun documentos fidedignos refieren, la hizo administrar rectamente aun para ventilar sus propios intereses. Es fama que teniendo el nuevo conde un pleito importante con una poderosa familia del condado, cuyo apellido era Castellet, no quiso proceder arbitrariamente ni



valerse de la fuerza material de que podía disponer: por el contrario, mandó se convocase un tribunal, en el cual se vió, sustanció y falló el mencionado pleito.

Después de haber dispuesto el establecimiento definitivo de la orden del Temple en Cataluña, pensamiento que ya su padre había comenzado á poner por obra, cedió á los caballeros de la predicha milicia el castillo de Barberá (1133); comenzó su tratado de alianza con el emperador, alianza temible para Aragon y Navarra, porque ya había muerto gloriosamente Alfonso I de Aragon en el campo de batalla (1134), en la de Fraga, y sobre haberse dividido ambos reinos, el soberano que sucediera al gran Batallador era tan inepto como en su lugar se ha visto. El lector conoce ya estos hechos, así como no ignora la renuncia de Ramiro II, su abdicación en favor de Ramon Berenguer IV, y el enlace ajustado entre este y la infanta de Aragon doña Petronila.

Después de estos sucesos, los subsiguientes están consignados á la historia de Aragon. En 1139 celebró el conde una entrevista con el emperador, en la cual se unieron para mover guerra á don Garcia de Navarra, y sin esperar la decisión de las armas comenzaron por repartirse los despojos y los dominios que pensaban arrebatar á su contrario.

En virtud de la anticipada repartición quedaron por el emperador los dominios de Rioja y la ribera del lado de acá del Ebro; del territorio de Pamplona la tercera parte, inclusa Estella, y por el conde de Barcelona quedaron el territorio de Aragon en la misma forma que lo poseyó D. Pedro I; las dos terceras partes de los dominios de Pamplona, inclusa la ciudad de este nombre, prestando homenaje y reconociendo el señorío del emperador, como hicieran tiempo atrás los reyes de Aragon.

Á este convenio sucedió el rompimiento de hostilidades; pero el conde de Barcelona sufrió una derrota, y los castellanos cogieron el precio de la victoria sin haber llegado á pelear, segun en su lugar hemos referido.

Á consecuencia de otros sucesos ya consignados al ocuparnos de Castilla y de Navarra, se confederaron los soberanos de ambos reinos sin noticia del conde de Barcelona á pesar del tratado de Carrion, mediante el cual no podía ni este ni el emperador pactar treguas con el navarro, sin mútuo consentimiento de ambos.

Después de este hecho fué cuando los caballeros de las órdenes á quienes legara el reino de Aragon Alfonso el Batallador en su original testamento, hicieron su cesion al príncipe Ramon Berenguer IV, segun el lector ya conoce: después se ocupó en mantener en paz y justicia sus dominios haciéndose respetar de los musulma-

nes; hasta que llegado el año 1147, asistió como auxiliar del emperador en el famoso sitio y rendición de Almería.

En esta gloriosa reconquista hizo un brillantísimo papel Ramon Berenguer IV: asistió á ella como jefe supremo de las fuerzas navales, siendo el caudillo general de las naves de Cataluña y de las repúblicas de Genova y Pisa. Este fausto suceso no solamente dió inmensa gloria á Ramon Berenguer IV, si que tambien le hizo comprender hasta qué punto era fuerte, y cuán grande era la importancia marítima de Cataluña. Se veía dueño de una numerosa y respetable armada; contaba con la alianza de Génova y de Pisa, y examinando bien todos los recursos de que disponia, se decidió á dar un mortal golpe á los descreidos hijos de Mahoma. Creyóse obligado á realizar el gran pensamiento de su digno padre y predecesor, que murió con el sentimiento de no haber arrancado á los musulmanes la respetable plaza de Tortosa, último y formidable baluarte de la España musulmica en la parte oriental.

Antes de que su intencion pudiese adivinarse, impetró del Sumo Pontífice Eugenio III una bula, pidiendo los honores, gracias y privilegios de Cruzada para aquella proyectada expedicion, y para cuantos tomasen parte en ella: el Santo Padre accedió á la solicitud de Ramon Berenguer IV.

Tan pronto como se supo la determinacion del esforzado conde y la concesion del supremo jefe de la Iglesia, se presentaron infinitos voluntarios, entre los cuales se contaban no pocos títulos y nobles catalanes, aragoneses, italianos y francos. Entre los que quisieron tomar parte en la santa y gloriosa empresa figuraban los obispos de Barcelona y Tarragona; y para dar más fuerza moral y material á la formidable expedicion, tambien acudieron á defender la santa Cruz los valerosos caballeros templarios.

El gozo y la animacion con que caminaba aquella reunion de fuertes y esforzados varones, parecia anunciaba un triunfo tan glorioso como importante: apenas dió el ejército vista á la ciudad, el animoso caudillo dispuso las líneas de circunvalacion; y preparadas las máquinas de guerra, dió orden de batir la plaza por tierra y por mar simultáneamente. Los sitiados iban perdiendo ya la esperanza de poder defender la codiciada ciudad; y cuando hubieron agotado todos sus recursos con tanto valor como decision, acudieron á la piedad del sitiador para pedir una tregua de cuarenta dias á fin de solicitar el socorro del emir de Valencia.

No vaciló el valeroso Ramon IV en acceder á la humilde súplica de los semi-vencidos; empero, por desgracia para estos, trascurrió el plazo sin que llegase el socorro, y la plaza se rindió al conde de Cataluña, el cual posesionado de la ciudad, tomó título de marqués de Tortosa; y los mahometanos abandonaron melancólicos y afligi-



dos aquella ciudad que durante tantos siglos habia estado en su poder, habiendo cabido al glorioso Ramon IV la gloria de conculcar la ignominiosa media luna y ensalzar la santa enseña de la Cruz sobre los baluartes de la reconquistada plaza (Diciembre de 1148).

No se detuvo el valeroso conde más tiempo del que fué absolutamente necesario para poner en orden los asuntos religiosos y civiles de la rendida ciudad; y despues de distribuirla, dando un tercio á los genoveses y otro al ilustre y denodado senescal de Cataluña D. Guillen Ramon de Moncada, que fué una de las más fuertes columnas de aquel esforzado ejército, salió de Lérida tremolando enorgullecido el temible pendon de Cataluña, y se dirigió á la reconquista de Lérida y de Fraga.

El ejército del conde llevaba la ventaja del reciente y notable triunfo que le hacia considerarse invencible; y los musulmanes, por el contrario, se creian vencidos sin haber entrado en combate. Resistieron, sin embargo, cuanto les fué posible; pero tuvieron al fin que sucumbir y rendirse á las gloriosas armas catalanas (1149); quedando en poder de Ramon Berenguer IV, en menos de un año, Tortosa, Lérida, Fraga, Mequinenza y varias plazas, fuertes, y castillos.

Aun corria el año 1149 cuando celebraron un pacto de alianza el conde de Cataluña y el rey D. García de Navarra, estableciendo como prenda de paz el matrimonio del primero con doña Blanca de Navarra, la prometida de D. Sancho de Castilla. Ya tiene el lector conocimiento de este hecho, en que, segun se supone, tomó parte Ramon Berenguer IV á consecuencia de una injustificada invasion que hizo D. García en los estados de Aragon; y como de haber acudido á defenderlos el conde hubiera tenido que desistir de sus empresas de Lérida y Fraga, aplazó la entrevista, pero accedió á los deseos del navarro, y solemnizaron el contrato el primer dia de Julio del ya citado año (1149). Lo que ignora el lector es que aquel no se realizó; por el contrario, en cuanto Ramon Berenguer vió terminadas felizmente sus empresas militares verificó su matrimonio con la infanta doña Petronila de Aragon, su verdadera prometida, cuando esta señora acababa de cumplir quince años.

De este modo terminó la primera mitad de' siglo XII, quedando definitivamente reunidas las coronas de Aragon y Cataluña.

## ESPAÑA ÁRABE.

AÑO 1100 Á 1150.

Al terminar el undécimo siglo corrian los mahometanos muy mala ventura: todos los reinos cristianos de España les daban en

que entender más ó menos, y en dicho tiempo fué humillada completamente la media luna en Aragon, á impulso de la energía y valor del esforzado D. Pedro I.

Habia fallecido Yussuf de edad muy avanzada, segun en su lugar se ha referido; empero su hijo y sucesor no era menos temible enemigo del nombre cristiano. El emir de Zaragoza veia reducidos sus dominios hasta tal punto que no eran sombra de lo que fueron; y si consideramos lo ocurrido en el condado de Cataluña, veremos á los musulmanes igualmente vencidos, y con el doloroso recuerdo de la inolvidable pérdida de Tarragona: por manera que estaban desanimados y temerosos, tanto los musulimes como los almoravides; y unos y otros doblemente alarmados, porque mutuamente se miraban, y debian mirarse, como mortales enemigos.

Pudieron, sin embargo, reponerse algun tanto en los primeros años del siglo XII; porque el rey cristiano que más hubiera podido contribuir á la destruccion de los enemigos, lamentablemente se ocupaba de llevar la guerra y los estragos á los dominios castellanos; y en estos reinaba una débil mujer, destituida de las condiciones necesarias para haber enfrenado la osada ambicion del valeroso y gran monarca aragonés.

Comprendiendo los mahometanos las infinitas ventajas que podian reportar de estas sangrientas discordias, que muy bien pueden llamarse civiles, hicieron diversas invasiones en los dominios castellanos; y para complementar los medios de reparar lo perdido, llegó á España el hijo y heredero del difunto emperador de Marruecos, llamado Ali-ben-Yussuf, que habia sucedido á su padre en aquel imperio y en el emirato de España.

Acompañaba á Ali un formidable cuerpo de ejército: los escritores árabes dicen que le seguian *cien mil caballos*; enorme cifra de la cual creemos podrá rebajarse algo; no obstante, debió ser un respetable ejército, por mucha exageracion que quiera suponerse.

El emir se detuvo en Córdoba un mes, poco más ó menos, desde donde en son de guerra se dirigió á Toledo. Su camino fué señalado con todo género de horrores: á la manera del violento y desencadenado huracan que en dia de horrorosa borrasca saca de cuajo los árboles, y troncha y rompe y arrebatá cuanto se opone á su velocísima é impetuosa fuerza, así Ali quemó, taló y deshizo mieses, árboles y casas.

Un año despues se acercó á la magnífica y venerable córte de los monarcas godos (1110), y la puso sitio, decidido á tomarla. Era gobernador de esta ciudad el valeroso y denodado Alvar Fañez, de quien ya el lector tiene conocimiento, y se preparó á la defensa, armado de todo su valor y sólita energía.

Despues de haberse apoderado los sitiadores de los bellos pensiles



situados á la orilla derecha del caudaloso Tajo, aproximaron á la ciudad las formidables máquinas de guerra. Nada hay comparable al esfuerzo y decision de los sitiados, ni al valor y teson del insigne Alvar Fañez: baste decir que durante una entera semana se multiplicaron los ataques, que rechazaron victoriosamente los cristianos. Entonces usaron ya los almoravides de proyectiles incendiarios; porque se asegura en documentos fidedignos, que arrojándolos en diversas direcciones, prendieron fuego en una de las principales torres de la muralla. Alarmados con las voraces llamas que hácia la bóveda celeste se elevaban, los sitiados acudieron velozmente y no sin pronta fortuna: poco tiempo despues estaba apagado el incendio, á beneficio de una gran cantidad de vinagre que arrojaron sobre aquel.

Desesperado el caudillo almoravide con el infructuoso resultado de aquella inusitada tentativa, repitió los ataques; empero siempre fué rechazado. El mal éxito hizo desanimar á los sitiadores, y el entendido y valeroso Alvar Fañez comprendió muy bien que la ocasion era oportuna para acabar de intimidar al enemigo. Para lograrlo, reuniendo las mejores fuerzas militares de que disponia, hizo una salida de la plaza; salida arrolladora y terrible como la avenida de un caudaloso rio cuando el sol del comienzo del estio derrite las enormes masas de blanca nieve, y aumentando instantáneamente el ya grande caudal de las veloces aguas, sobrepuja los puentes, invade las llanuras, rompe los diques, y destroza y arrastra y destruye cuanto á su destructor paso se opone. Tal fué el terrible efecto de la poderosa salida del denodado Alvar Fañez y de su esforzado ejército: los almoravides huyeron despavoridos, pereciendo muchos á impulso de las afiladas lanzas y buidas espadas de los españoles, perdiendo el bagaje y todas las máquinas de guerra, que fueron quemadas sobre el mismo sitio en que habian servido para batir la respetable ciudad.

Quisieron los almoravides, segun sientan diversos escritores, vengar tan vergonzosa derrota, y se dirigieron hácia Talavera, revolviendo sobre diversos puntos, entre otros Guadalajara y Madrid. Dícese que en esta ocasion fué encontrada la imágen de Nuestra Señora de la Almudena que se venera en la iglesia parroquial de Santa María de esta córte; y un simulacro suyo existe en el sitio en que fué hallada la venerada imágen, á la entrada del nuevo paseo de la Vega. Afortunadamente la asoladora peste se declaró en el ejército africano y tan rápidamente le diezmba, que el feroz Alí se dirigió á Córdoba apresuradamente, y no paró hasta embarcarse con rumbo á las playas africanas.

Enorgullecido el valiente Alvar Fañez con tan notable triunfo, quiso dar otro fuerte golpe á los mahometanos: para lograrlo se di-

rigió á Cuenca, cuya ciudad tomó por fuerza de armas (1111).

Los años siguientes (1112, 13 y 14) continuaron los almoravides su obra de destruccion en diversos puntos: uno de los tenientes de Alí, Seir-Abu-Bekr, llevaba sus armas por el Algarbe con buena fortuna; y otra parte de ellos se dedicaba á hacer multiplicadas incursiones en Castilla, destruyendo cuanto podian con sus acostumbradas algaras, no queriendo desaprovechar la propicia ocasion que les ofrecian las alteraciones á que daba márgen la discordia que reinaba entre Alfonso de Aragon y la reina doña Urraca.

Aun no habia espirado el año 1115 cuando los africanos comenzaron á aparecer de nuevo por el territorio toledano. Venia el ejército mandado por un feroz caudillo llamado Mazdali, segun algunos Amazaldi; y es inútil decir que la reaparicion de los almoravides fué seguida de todos los destrozos y desmanes que siempre y en toda ocasion anunciaban su llegada y su estancia.

Despues de haber tomado la fortaleza de Oreja, degollando á cuantos dentro de ella encontraron, se dirigieron de nuevo á Toledo, no cejando en su propósito de apoderarse de la codiciada ciudad. Sus esfuerzos, sin embargo, se estrellaron en el valor de los soldados españoles y en la decision y firmeza de Alvar Fañez, que nuevamente hizo proezas, en union con aquellos, y los feroces almoravides tuvieron que huir otra vez, perdiendo mucha gente en su derrota. Tambien los españoles tuvieron setecientas bajas en las bizarras salidas que hicieron (1114). Por desgracia el fin del heroico Alvar Fañez no correspondió á su valor y muchos merecimientos: este guerrero insigne, de quien en otra ocasion hemos dicho que fué entre los castellanos la más grande figura de aquel siglo, despues de Alfonso VI y del Cid, era tenido por partidario del rey de Aragon; y hallándose en Segovia, en una revuelta parcial le asesinaron villanamente los partidarios de Castilla (1114).

No corrian los mahometanos mejor fortuna en Aragon y Navarra. En Tudela pereció el mismo rey de Zaragoza, Almostain Abugiafar, como en su lugar hemos referido: hombre notable, porque supo sostener dignamente su cetro defendiéndose de los españoles, sin ceder ante el impetuoso furor de los almoravides. Llevaron los musulmes el cadáver de su rey á Zaragoza, en donde con gran pompa le enterraron, y para sucederle fué aclamado su hijo llamado Amad-Dola, y cuyo verdadero nombre era Abdelmelik (1114). En Tudela se hicieron los almogávares temibles á los moros: estos esforzados aragoneses, catalanes y navarros, nacidos y criados todos ellos en las montañas, jamás estaban en reposo: si alguna vez se hallaba un país en paz temporalmente, iban á otro á buscar la ocasion de batirse con los mahometanos.

Los sucesos ocurridos en Zaragoza, con motivo de haberla sitia-



do el Batallador, ya el lector los conoce, así como la llegada de los almoravides (1116); y en los años siguientes, hasta el 1118, siguieron descendiendo, lo mismo los árabes que los almoravides, sufriendo casi siempre terribles derrotas, y perdiendo plazas, fortalezas y castillos, según se ha visto en su respectivo lugar. En 1120 perdieron á Calatayud; pérdida de gran consideracion, despues de haber tenido que entregar á Zaragoza: por manera que el valeroso Alfonso el Batallador expulsó despues de tantos siglos á los musulimes del reino de Aragon, reduciendo su dominio á la nada, y agrandando bizarramente los propios.

Siguieron en decadencia los mahometanos, sin obtener más que algun triunfo parcial, hasta la horrorosa batalla de Fraga, desastrosa para el ejército cristiano. Tuvo lugar en el año 1134, como al tratar de Aragon hemos dicho: la pérdida fué inmensa, y por efecto de la muerte del gran Alfonso el Batallador se deshizo la pujanza del respetable reino de Aragon, y dió margen aquella á que este y Navarra se separasen, quedando ambos por consecuencia debilitados y expuestos á ulteriores pérdidas y desastres.

Este triunfo costó á los musulmanes no poca sangre, porque le vengó terriblemente el rey de Castilla y de Leon, Alfonso VII, emperador de España, no dejando reposar un momento á los mahometanos; entrando á sangre y fuego por todas partes, y en todas recogiendo despojos y haciendo cautivos: por manera que la primera mitad del siglo XII fué muy fatal para las armas mahometanas; en su trascurso perdieron las Baleares, Zaragoza, Almeria, Tortosa, Lérida, Fraga, que costó la vida al gran Batallador; Huesca, cuyo sitio tuvo á su cargo la vida del insigne Sancho Ramirez; Calatayud, y otros infinitos puntos fortificados é importantes. Los musulmanes, por su parte, amedrentados con tanta y tan reiterada pérdida, que habia dejado exíguo é insignificante su imperio, en otro tiempo floreciente y poderoso, solo tuvieron para compensar tantos y tan sangrientos desastres la primera batalla de Fraga, contra los aragoneses, otra con los catalanes, no lejos del castillo de Corbins, y algun triunfo parcial, pero de escasa importancia.

Desde que el gran imperio musulímico, hábilmente regido por los omniaditas, se habia fraccionado á consecuencia de la extincion de aquella dinastía, notable por la inteligencia, ilustracion y valor de casi todos sus individuos, la ambicion y las pretensiones de muchos wadies y caudillos, que estaban comprimidas porque respetaban el derecho de aquellos, habiéndolos visto desaparecer, no encontraban rémora que fuese bastante poderosa á contenerlos; porque cada uno se creía apto para empuñar el cetro, y todos merecedores de ceñir la corona de los califas. Cierta es que en reemplazo de los omniaditas habian aparecido los almoravides; empero aquellos tenian ya estableci-

do y centralizado su colosal poder, y sus hechos les habian proporcionado una aureola que les realzaba á los ojos de sus súbditos, al paso que los almoravides tenian que habérselas con los españoles, que de muerte los odiaban, y eran aborrecidos como usurpadores por los musulimes: de modo que el centralizar su poder era obra imposible, y no lo era menos el volver á reunir un imperio grande y poderoso, uniendo todos los infinitos emiratos, que estaban prontos á desunirse ó aliarse, segun las maniobras de los invasores africanos lo exigian.

Todas estas circunstancias reunidas hacen que la historia de la *España árabe* correspondiente al periodo de tiempo de que nos venimos ocupando, no presente el interés que la de las épocas anteriores. Su importante poder habia comenzado el periodo de descenso, y anunciaba de visible manera su definitiva, aunque no inmediata ruina.

Ya vemos elevarse magestuosamente otro coloso entre los monarcas españoles, que se aproxima al trono para arrancar la bellisima Sevilla y casi toda la Andalucía á los mahometanos, dejándolos reducidos al reino de Granada, y aun esto haciendo que le rindan párias. Hasta llegar este caso aún los veremos brillar alguna vez; mas el fulgor de su gloria será tan efimero y pasajero como el resplandor del fugaz relámpago que instantáneamente aclara los objetos, para hacer que despues la oscuridad aparezca más tenebrosa y densa.

Anudando el quebrado hilo de nuestra narracion, diremos que los mahometanos tuvieron mejor suerte en la Lusitania: en ella lograron algunos triunfos, tomando casi por sorpresa la fortaleza de Leiria, dentro de la cual degollaron á cuantos se albergaban en su recinto; y despues vencieron tambien un ejército portugués, cerca de Thomar.

Muy caro pagaron, sin embargo, estos triunfos: el bizarro emperador de España, en su notable y atrevida expedicion á Andalucía les causó tantos daños, que despavoridos por todas partes huian; y aunque despues tuvieron más fortuna en Coria, en cambio tuvieron la pérdida de Aurelia, poco antes de la cual se vieron forzados á levantar el sitio de Toledo, en donde moraba la emperatriz, de todo lo cual tiene ya noticia el lector.

Todos los sucesos que á la España árabe corresponden en el periodo de tiempo de que venimos hablando fueron tan ventajosos en general para las armas cristianas, que ha sido forzoso colocarlos en el reino cuyo fué el triunfo. Aun los pocos desastres que experimentaron aquellas tuvieron tan trascendental importancia para la España cristiana, como el de Fraga, que tampoco estarian bien colocados en este lugar.

Los años siguientes tuvieron los musulmanes diversos y sérios



choques con el ejército del emperador, con notable detrimento de la gente pacífica; porque las cabalgadas de los cristianos y las algaras de los moros todo lo destruían y nada dejaban en pie; ni mieses, ni árboles, ni planta que no segasen; ni hombre ni mujer que no hiciesen cautivo.

Después de infinitos choques, escaramuzas, encuentros é invasiones de una y otra parte, el emperador sitió de nuevo á Coria (1142): el resultado de este sitio, ventajoso para las armas cristianas, ya le conoce el lector.

En los diversos hechos de armas de que más arriba nos hemos ocupado, hizo un distinguidísimo papel un valeroso guerrero de Castilla, cuyo nombre fué Nuño Alfonso. Era gobernador de la fortaleza de Mora, de la cual se apoderaron los mahometanos; y esta pérdida pesó tanto en el ánimo del esforzado militar y pundonoroso caballero, que formando una legion, comenzó á guerrear por su cuenta, y decidió no presentarse al emperador hasta haber lavado la mancha que, según él, oscurecía su honra y sus anteriores hechos.

Tales y tan grandes fueron las proezas del famoso castellano, que el emperador, motu proprio, le nombró alcaide segundo de la ciudad de Toledo: satisfacción espontánea y más que suficiente para dar á entender á Nuño que lejos de estar airado contra él el emperador, comprendía que no había tenido culpa en la pérdida de Mora.

Animado con aquella muestra de benevolencia y de cariño, y deseoso de acreditar más y más que la merecía, el intrépido caudillo, con una hueste muy escasa y poco á propósito por el número de que se componía para emprender grandes hechos, se internó en Andalucía, hasta casi llegar á las murallas de la misma Córdoba.

El emir, aunque consideró la pequeñez del ejército que se acercaba, receloso por el renombre del caudillo que le conducía, salió á encontrarle, reunido con el de Sevilla. Hasta dónde llegó el valor, la astucia, la intrepidez, la energía y la inteligencia de Nuño Alfonso y el fabuloso valor de sus soldados, no hay para qué decirlo: bastará consignar aquí que la pequeña hueste deshizo absoluta y completamente los dos ejércitos de Sevilla y de Córdoba; que ambos emires quedaron muertos sobre el ensangrentado campo de batalla, y que las cabezas de ambos fueron llevadas á Toledo, clavadas en las agudas moharras de dos largas picas. El emir de Córdoba llamábase Aben-Azuel, y Aben-Zeta el de Sevilla (1142).

La entrada de Nuño en la imperial ciudad fué un verdadero y extraordinario triunfo; triunfo tan notable como se habían visto pocos. Hallábase allí, como en otra ocasión hemos dicho, la emperatriz, quien rodeada de toda la pompa de la corte y del real apa-

rato, acompañada de damas y magnates le recibió como sus proezas merecian. Despues pasaron á la venerada y magnífica catedral, en donde el arzobispo, en union con el clero, entonó un solemne *Te Deum* en accion de gracias por tan maravillosa victoria.

Doña Berenguela envió un mensajero al emperador, que á la sazón se hallaba en Segovia, el cual se apresuró á trasladarse á la córte. La emperatriz salió, rodeada de la mayor pompa y acostumbrada ostentacion de la córte castellana, llevando á su lado al héroe Nuño, que era el héroe de la fiesta, precedida de los gloriosos y temidos pendones reales. Afeó aquella grata y magnífica ceremonia el repugnante y feroz espectáculo de las cabezas de los dos emires de Sevilla y de Córdoba, que fueron llevadas en las picas como importante trofeo. El emperador dispuso que los sangrientos despojos fuesen clavados en lo más elevado de la torre del alcázar; empero la piadosa emperatriz no sosegó hasta lograr que desapareciesen, y dispuso que envueltas ambas cabezas en riquísimas estofas, fuesen llevadas á las viudas de los emires.

Por desgracia no gozó mucho de su triunfo el valeroso Nuño Alfonso. Corria el año 1143, cuando el emperador dispuso que el precitado héroe pasase al castillo de Piedra-Negra, con el único objeto de impedir que los musulmanes fortificasen el fuerte de Mora.

Apenas habia llegado con su huéste, llevando como segundo ó teniente á otro insigne guerrero llamado Martin Fernandez, cuando se comenzó una terrible y porfiada lucha con los mahometanos que salieron al encuentro mandados por Farax, alcaide de Calatrava. En la ruda pelea fué herido Fernandez, quien á pesar de su mucho valor tuvo que retirarse á la fortaleza. Nuño Alfonso resistió bizarramente cuanto le fué posible, á pesar de la desigualdad de sus fuerzas militares respecto de las que traia el enemigo; mas siendo imposible el vencer, se replegó á una altura denominada Peña del Ciervo, desde donde logró hacer grande estrago en los descreidos infieles, hasta que cosido por innumerables saetas, perdió heroicamente aquella vida tan preciosa que fué una continuacion de hechos heroicos é inmarcesibles.

Muertos tambien los pocos soldados que le habian acompañado, el infame Farax mandó coger el cadáver de Nuño Alfonso; y despues de disponer le cortasen la cabeza, la pierna y el brazo derechos, hizo colgar los sangrientos despojos de la más elevada torre de Calatrava. Pasados algunos dias remitió dichos repugnantes objetos á las viudas de Aben-Azuel y Aben-Zeta. Tal fué la venganza que tomó Farax del inmortal Nuño Alfonso, cuya temida diestra con la pierna y cabeza fueron por último llevadas á Marruecos, y presentadas al feroz emperador Tachfin.



Poco despues, con notable ventaja de los reinos cristianos, comenzó la civil y destructora guerra entre los musulmanes. La raza musulmíca, blanco casi siempre de las iras de los almoravides ó víctimas de su artera intriga y de su infame socordia, llevaba cada vez más pesadamente el yugo de aquellos invasores, y maldecia la memoria del emir de Sevilla, Al-Motamid, que los llamó como auxiliares. Tales fueron sus desmanes contra sus correligionarios y tanta la opresion, que agotado el sufrimiento de los árabes izaron la bandera de la rebelion, decididos á perecer con las armas en la mano antes que consentir en que siguiesen las violaciones, los despojos y los asesinatos.

Comenzó la insurreccion por el Algarbe, extendiéndose muy pronto hasta Mérida y desde allí á Andalucía; y como tomase la sublevacion instantáneamente colosales proporciones, el mismo Abengania, caudillo almoravide, walí de Córdoba, salió con respetable fuerza á encontrar á los que llamaba rebeldes.

Aprovecharon oportunamente los árabes dentro de Córdoba la ausencia del walí y de sus tropas, para secundar el movimiento que iba haciéndose general, y comenzaron por la proclamacion de Abu-Giafar-Hamdain, que fué elegido emir. No sabiendo Gania si retroceder á sujetar á los que se rebelaban en Córdoba, ó si continuar su camino para batir á los que se acercaban, se decidió por este último extremo; emperó pocos pasos retrógrados habia dado cuando recibió aviso de que Valencia, Almería, Murcia y Málaga habian tambien seguido el impetuoso movimiento contra los opresores: esto desconcertó al caudillo, el cual quedó indeciso y abrumado con tan imprevistos golpes.

No duró mucho en Córdoba el mando de Abu-Giafar: los mismos que le proclamaron, le depusieron; y llamaron para reemplazarle á aquel Safad-Dola, último emir de Zaragoza, que retirado á Rota-l'Yuhud, se hizo vasallo del emperador: elegido emir de Córdoba, fué tambien depuesto á los pocos dias, y á su vez reemplazado por el ya nombrado Abu-Giafar.

El emir Safad-Dola tenia gran prestigio; y despues de destituido del emirato de Córdoba, pasó á regir los de Murcia y Valencia, en donde fué proclamado. Este hecho fué ventajoso para el reino de Castilla y Leon; porque Safad-Dola en otro tiempo habia reconocido el vasallaje del emperador de buena fé, y cuantas conquistas hizo las puso á disposicion del emperador, á título de feudo. Debemos advertir, empero, que este emir llevaba consigo, como súbdito de Alfonso VII y desposeido de su primitivo reino, un buen número de tropas españolas, las cuales fueron por él despedidas cuando se consideró dueño de la parte del oriente de España. No lo hizo de brusca manera, ni rompiendo con el emperador: por el contrario,

demonstró al verificarlo el mayor respeto, protestando de su inmutable adhesión y significando hacerlo así por no ser necesarios aquellos soldados.

No creyeron los españoles que semejantes palabras eran sinceras; y aunque de suyo francos y generosos, mal sufridos también al creerse burlados después de tantas penalidades y peligros, diciendo y haciendo se dirigieron á Játiva y la pusieron estrecho cerco. Acudió Safad-Dola personalmente á libertar la sitiada ciudad, y para lograrlo empeñó con los castellanos una reñida batalla en la que fué derrotado su ejército y el mismo emir perdió la vida, con gran sentimiento de Alfonso VII que le apreciaba mucho, aunque á fuer de español celebró que los suyos hubieran dado de sí tan buena muestra.

Poco después falleció en África Tachfin, el emperador de Marruecos, y le sucedió Ibrahim Abu-Ishak, su hijo, cuyo imperio fué de efímera duración: el nuevo emperador fué asesinado al entrar en su alcázar, pocos días después de haber empuñado el cetro.

Estas revueltas, aunque ocurridas en Africa, eran muy ventajosas para la España cristiana, en donde el emperador aprovechaba toda ocasión de acosar á musulimes y almoravides. Aquellos agitaban más cada día la insurrección, y el que estaba á la cabeza de la sublevación del Algarbe de España, llamado Ahmed-ben-Cosai, imitando al difunto Al-Motamid de Sevilla, llamó á Abdelmumen para que se presentase en España á auxiliarle contra los almoravides.

Abdelmumen, que deseaba más que otra cosa alguna asegurar en sus sienes la corona del imperio de Marruecos, no aceptó la invitación en cuanto á venir personalmente; empero mandó un grande ejército, bajo las órdenes de Abu-Anrâch Muza, ben-Said.

Desembarcaron los nuevos invasores en Algeciras y se apoderaron de Tarifa; pasaron á Jerez, después tomaron á Sevilla, y sucesivamente se posesionaron de otros puntos menos importantes. Los precitados nuevos invasores eran almohades, cuyo origen es el siguiente, según los más eruditos y entendidos.

Corría el primer tercio del siglo XII, cuando Mohammed-Abu-Abdallah, hijo del encargado de encender las lámparas de la aljama de Córdoba, pasó desde esta á Oriente, anhelando instruirse en la religión mahometana. Llegó á la célebre ciudad de Bagdad y se hizo inmediatamente alumno en la escuela de uno que era tenido por célebre filósofo, llamado Abu-Hamed Agazali, cuya doctrina entre los musulmanes puros era poco aceptable, porque pasaba por demasiado libre y nada pura.

Fijose Agazali en el nuevo discípulo, cuyo trage dicen le chocó sobremanera; y haciéndole diversas preguntas al saber que ha-



bia ido á Bagdad desde Córdoba, supo por él que su célebre obra titulada *Del renacimiento de las ciencias y de la ley* habia sido condenada al fuego por la academia cordobesa, como impura y contraria á las verdaderas doctrinas de los islamitas; y que Alí habia mandado llevar á debido y puntual efecto la sentencia de la academia, en virtud de la cual todos los ejemplares habian sido reducidos á cenizas, no solamente en Córdoba, si que tambien en Marruecos y en todas las academias de Occidente.

Pálido de ira el filósofo pidió al cielo vengase tamaña iniquidad segun su parecer, y destruyese aquel imperio como su jefe habia aniquilado su querido libro; y el nuevo discipulo Abu-Mohammed Abdallah, rogó que fuese él el destinado por Allah para que se cumpliera la peticion de su nuevo maestro.

Mohammed desde entonces, creido de ser el predestinado para llevar á cabo aquel terrible pensamiento, fanático hasta la supersticion y ambicioso como el que más, pasó decidido al África y comenzó á predicar la nueva doctrina de su maestro Algazali. Se anunció, por supuesto como hombre inspirado, y se manifestó encargado de aquella alta mision por inspiracion divina, y para que nada faltase, segun costumbre de los mahometanos, adoptó el sobrenombre de el Mahedi, que significa el *conductor*.

Uno de los primeros prosélitos que hizo fué un jóven osado y emprendedor, que reunia á estas circunstancias la de ser hombre de no vulgar talento y el estar dotado de muy bella figura. Unido estrechamente con el fanático predicador pasó á Marruecos, siguiendo con el mayor ardor su expuesta tarea en la misma córte del emperador Alí, llegando á tal extremo su osadía, que una vez se presentó en la mezquita mayor y subiendo al sitio destinado para hablar á los *fieles*, tomó asiento *en la misma tribuna del emir*, sin que bastase ninguna advertencia ni amonestacion para hacerle abandonar aquel puesto, tan sagrado y respetable para los musulmanes.

Dicese que el emperador le creyó más bien demente que un decidido y peligroso dogmatizador: quizá tambien, supersticioso como todos ellos, se intimidaria creyéndole uno de los predilectos de Mahoma. De un medo ó de otro, es lo cierto que se limitó á condenarle á destierro, por un desacato que muy fácilmente pudo y debió costarle la vida. Antes de esto, segun se asegura, engreido con haber visto que su predicacion habia intimidado al pueblo, habia dejado bastante pensativo al emperador, y le habia proporcionado no pocos prosélitos, continuó declamando públicamente contra la corrupcion de costumbres; y un dia encontró en un sitio principal á una hermana de Alí que iba á caballo, y contra las prescripciones del Koran llevaba descubierto el rostro. Acercóse á ella el Mahedi y reprimiéndola con la mayor acritud, pasó á vias de hecho, hasta el

feo é indecoroso punto de hacerla caer del palafren. Entonces fué cuando el emperador decretó el destierro del fanático; y esto mismo nos hace creer que estaba intimidado, más que otra cosa, cuando se contentó con tan pequeño castigo, á pesar del desacato cometido en la mezquita, y de este último tan grande y desusado.

Queremos hacer gracia al lector de todos los hechos subsiguientes, ridiculos hasta la demasia, como el de predicar la próxima venida del *Mesias*; cuyas solemnes palabras hicieron que varios de sus discípulos presentes al bien estudiado sermón, y preparados probablemente *ad hoc*, se levantasen entusiasmados y fervorosos para manifestar que él y no otro era el anunciado Mesias.

El embaucador se dejó proclamar sin demostrar la menor modestia ni repugnancia; se hizo jefe y fundador de un nuevo pueblo; nombró primer ministro á su fiel Abdelmumen, y despues de organizar el gobierno con no pequeña habilidad y con notable ingenio, llegó á reunir un respetable ejército de cerca de 30,000 hombres, de los cuales 10,000 eran buenos ginetes. Los secuaces de *el Mahedi*, tomaron el nombre de *almohades*, y en diversos encuentros y batallas que sostuvieron contra las tropas del emperador, tuvieron de su parte á la fortuna.

Venció el Mahedi al caudillo Ibrahim, hermano del emperador; venció al emperador mismo que acaudillaba un grande ejército; y viendo Ali cuán impróspera se le mostraba la suerte, hizo pasar de España al África á Temin, su hermano, que era tenido por valeroso soldado y consumado general; y puesto el nuevo caudillo al frente de un gran ejército, fué á encontrar á los almohades, que se habian preparado oportunamente, tomando por parapetos y trincheras las formidables asperezas y elevadísimas alturas del Atlas.

Sangrienta fué la lucha; empero sin embargo de la decision y valor de los almoravides, que hicieron inauditos esfuerzos por subir á la cumbre, cayeron muchos de ellos rodando y arrastrando en su rápido descenso á los que les seguian; y entrando la confusion y el desórden en las filas de los almoravides, los almohades salieron rápidamente de sus naturales parapetos para aumentar con los dardos, ballestas y cimitarras el desórden y la confusion.

El pueblo llegó á persuadirse, en vista de tantos y tan notables triunfos, de que el verdadero Mesias acaudillaba á los almohades, y no faltaron á la costumbre eterna é infalible de agruparse en torno del astro que brilla, á fin de no ser arrastrados en la muerte del que se eclipsa para del todo desaparecer; y como tan prósperamente caminase el Mahedi que despues de haber fortificado á Tinmal, de suyo y por naturaleza inexpugnable, lograrse derrotar un ejército de Ali, fuerte de cien mil combatientes, acercáronse los almohades á



Marruecos, conducidos por Abdelmumen; porque á la sazón estaba el Mahedi enfermo.

Entonces experimentaron un fuerte desastre los almohades: menos vigilantes de lo que siempre debe estarse en campaña, aunque se crea destruido al enemigo, se dejaron sorprender en su campamento, y una gran parte de ellos, quizá la mayor, fué pasada á cuchillo. Costó no poco tiempo á Abdelmumen el reparar tamaña pérdida; pero al fin logró aumentar su ejército, reponer el destrozo y salir de nuevo á campaña, venciendo otra vez á los almoravides.

La enfermedad del *Mestas*, agravada de alarmante manera á consecuencia de la gran pesadumbre del degüello de los suyos, le hizo comprender que su fin se aproximaba; y mandando reunir al pueblo y al ejército, hizo muy fervorosas exhortaciones en pró de su *pura doctrina*, y resignó el mando en su querido Abdelmumen, legándole el nuevo imperio que con tanto riesgo, fatiga y talento había adquirido. (Murió en el mes de Diciembre de 1129.)

Hemos creído oportuno y conveniente dar al lector una exacta idea de quiénes eran los almohades, y de quién era Abdelmumen, el que, como no há mucho dijimos, fué llamado por Ahmed-ben-Cosai, caudillo de los insurrectos del Algarbe de España, para que viniese á favorecerle contra los almoravides. Abdelmumen, como en su lugar hemos dicho, no quiso abandonar el imperio africano, en donde su presencia era sumamente necesaria á los intereses de su conquista; empero mandó un respetable ejército, el cual se apoderó de todos los puntos que tambien hemos indicado.

Esta invasión era lo único que faltaba en la parte de la España árabe para acabar de disolver el exiguo poder de los musulimes: el de los almoravides, tan desquiciado tambien, vacilaba de manera que anunciaba una inminente ruina; porque estaban aun peor que aquellos, puesto que si á estos favorecian, en la apariencia y por entonces, los almohades, á ellos ambos los hacian guerra, así como los cristianos. Por esta razon Aben-Gania, supremo caudillo almoravide, pidió auxilio al emperador, el cual se le dió, y en virtud de él recuperó algunos de los puntos que había perdido y puso sitio á Córdoba.

Reinaba en este punto Hamdain y habiendo encontrado medio de fugarse se encerró en Andújar, é imploró tambien el socorro del emperador. Mas las tropas de este en union con las de Aben-Gania tomaron á Córdoba, en donde el ejército de Alfonso VII hizo uso de la mezquita mayor, convirtiendo parte de ella en caballerizas, haciendo cuanto fué posible para menospreciar el templo mahometano, en memoria, segun se cree, de las inauditas profanaciones hechas por los musulimes en tiempo de Almanzor en la

gran basilica de Santiago. Despues de esto fué cuando el glorioso emperador decidió y llevó á cabo la memorable reconquista de Almería (1147), á favor de la disolucion y desórden que reinaba entre los mahometanos.

Como ni las tropas del emperador ni las de Aben-Gania permanecieron largo tiempo en Córdoba, esta cayó por fin en poder de los almohades; y aquel caudillo imploró de nuevo el socorro de Alfonso VII, el cual mandó en su auxilio un buen número de ginetes á las órdenes del conde Manrique de Lara, y á su favor pudo obtener algunos triunfos. No obstante, solo ya, y habiendo llegado á creer le convenia dejar el éxito decisivo al resultado de una batalla general, se la presentó á los almohades; y aunque en ella hizo prodigios de valor, su ejército fué derrotado y él mismo cayó muerto á consecuencia de infinitas heridas. Pagó su merecido; este fué el caudillo que ganó la batalla de Fraga, en que pereció el gran Alfonso I de Aragon, el Batallador. La antedicha batalla se dió en los campos de Granada.

Los años siguientes hasta el 1150 pasaron sin que ocurriese cosa notable, fuera de lo manifestado al tratar de los reinos cristianos de España; porque el emperador, que era sin duda alguna quien más hubiera podido contribuir á la completa destruccion de los mahometanos, permaneció en una completa inaccion, á consecuencia del fallecimiento de su amada esposa, la bella y prudente doña Berenguela.

## REINO DE CASTILLA Y LEON.

AÑO 1151 Á 1157.

Un fausto suceso se verificó al comenzar á correr la segunda mitad del siglo XII. En 1151 se realizó y solemnizó por fin el enlace del príncipe D. Sancho de Castilla con la hermosa doña Blanca de Navarra, á pesar de todos los pactos hechos y anulados alternativamente. El matrimonio se verificó en Calahorra con extraordinaria pompa y magnificencia, á presencia del emperador y de los reyes de Aragon y de Navarra, y de la reina madre de la desposada, viuda de D. Garcia de Navarra é hija del emperador. Despues pasó esta señora á Asturias, cuyo gobierno la dió su padre á fin de que pudiese mantenerse con el esplendor que á su elevado rango correspondia: dicha señora fué denominada doña Urraca la Asturiana.

En 1151 hizo el emperador una expedicion á Andalucía, á con-



secuencia de la cual tomó y saqueó á Jaen, llevando el terror por todas partes y haciendo huir despavoridos á los musulmanes.

Poco tiempo despues (1152) se casó nuevamente Alfonso VII con una hija de Ladislao rey de Polonia y de doña Inés de Austria, llamada doña Rica. Para recibir á la futura esposa se dirigió don Alfonso VII á Valladolid, en donde el fausto acontecimiento se solemnizó con toda suerte de regocijos y festejos; y para que todo se adunase contribuyendo al júbilo comun, el primogénito del emperador, el principe D. Sancho, fué armado caballero.

A consecuencia de haberse tratado un año despues (1153), además del matrimonio de la hija del emperador y de doña Berenguela con el rey de Navarra, hijo del difunto D. Garcia, el de doña Constanza, tambien hija de ambos monarcas, con el rey de Francia, llamado Luis VII, el Jóven, ocurrió un nuevo suceso que dió muy grande realce á la córte de Castilla, como muy pronto veremos.

Corría el año 1155 cuando el emperador, deseoso de no dejar en sosiego á los mahometanos, hizo una nueva expedicion, que dió por resultado la toma de Andújar, Pedroche y Santa Eufemia, y despues de haberse una vez más cubierto de inmarcesible gloria, se dirigió á recibir á Luis rey de Francia, el cual iba á llegar á España de un momento á otro.

Parece que comenzaron á circular voces ofensivas á la nueva esposa del rey de Francia, propalando que era ilegítima, así como deprimiendo al emperador y su córte, de la cual decían que era pobrísima de esplendor y grandeza y muy escasa de gloria. Es por lo visto muy antiguo y usual el que se calumnie por los de allende el Pirineo á la España y á los españoles.

Anduvo el tiempo; las voces tomaron consistencia y cuerpo, y el rey Luis determinó salir de toda duda, presentándose en España. Hizolo así en efecto, y despues de visitar diversas poblaciones acompañado del emperador al recorrer el trayecto hasta la antigua córte de los godos, pasó á esta, en donde se le reservaba, más que el salir de sus dudas ofensivas á la dignidad y grandeza de Castilla, una verdadera y grata sorpresa.

En Toledo le esperaban todos los principes mahometanos tributarios del emperador; el conde de Barcelona, principe de Aragon, todos los prelados, los ricos-homes, los magnates y caudillos; todos ostentando la más inusitada magnificencia en sus trages y en los de sus servidores, y todos desparramando la riqueza, la finísima pedrería y el apreciado oro. No hay para qué detenerse en manifestar los torneos, juegos y fiestas que se realizarían; hasta dónde llegó la destreza, valor y pujanza de los siempre valientes y caballerosos españoles, y cuán sorprendido y satisfecho quedaria el

rey francés. En su boca se ponen las siguientes palabras: «¡Por Dios vivo, que jamás vi una córte tan brillante y magnífica, y dudo mucho exista otra igual en el universo!»

La grata sorpresa convenció al rey Luis de la calumnia inventada por la maledicencia; y como además comprobase plenamente la legitimidad de la hija de Alfonso VII y de doña Berengueta de Cataluña, se ausentó con gran sentimiento de España, colmado de riquísimos presentes, y hasta la raya de Francia, por la parte de Jaca, le acompañó una magnífica y numerosa escolta de caballeros y escuderos, á cuya cabeza iban los dos príncipes hijos del emperador y cuñados del rey Luis.

Por aquel tiempo se habian apoderado de Granada los almohades; y deseosos de arrancar á Almería del poder de los cristianos, se dirigió á sitiarla por mar y tierra Cid-Abu-Said, hijo del Emir de África, el cual habia venido á España con este expreso encargo.

Tan pronto como llegó á saber el emperador que el hijo y delegado de Abdelmumen habia sitiado á Almería, cuya ciudad podia caer de un momento á otro en poder de los almohades, partió sin dilacion con buen ejército á reforzar al que se hallaba en la amenazada ciudad. Llevó consigo á su primogénito, el príncipe D. Sancho, y tambien le siguieron los principales caudillos, prelados y nobles de su reino.

El ejército enemigo se habia hecho formidable; porque á los almohades se reunieron por entonces los demás musulmanes, haciendo lo que debieran haber hecho siempre los cristianos: dejar rencillas y rivalidades mezquinas ante el general interés de la causa comun. Cid-Abu-Said, animado con el formidable ejército de que disponia, salió sin detenerse á esperar á los cristianos; mas el emperador, que lo supo oportunamente, enterado del camino que mas pronto podia llevarle á encontrar á los mahometanos, se dirigió apresuradamente á buscarlos sin darles tiempo para esperar demasiado.

En el momento de avistarse ambos campos, comenzó una ruda y sangrienta pelea, en que unos y otros demostraron tanto valor como teson; empero fué el triunfo del emperador. Todo lo mejor y más temible del ejército de los almohades quedó sobre el campo sin vida; el resto huyó despavorido, dejando sembrado el suelo de armas y pertrechos, y el vencedor quedó dueño del sitio en que se habia dado la gran batalla.

Por desgracia el bizarro y memorable emperador no pudo impedir que Almería cayese en poder de los enemigos; porque se vió repentinamente acometido por una aguda fiebre, que no le dió tiempo para volver á su reino. A pesar de su ánimo sin par y de haber comenzado el camino, se vió obligado á detenerse en Fres-



neda, cerca del puerto de Muradal; y como en dicho punto no hubiese medio de alojarle, formaron del mejor modo posible un pabellon debajo de una encina, en donde terminó aquella vida tan gloriosa y llena de magníficos recuerdos. El arzobispo D. Juan de Toledo le administró los santos sacramentos, despues de lo cual con la mayor fortaleza y resignacion pasó á mejor vida, en 21 de Agosto de 1157, cuando solo contaba cincuenta y un años de edad. Es imponderable el sentimiento que ocasionó la prematura pérdida del memorable emperador de España: sinceras y sentidas lágrimas le acompañaron al sepulcro, y con toda la pompa correspondiente á su elevadísimo rango condujeron el cadáver á Toledo, en donde fué sepultado. Hé aquí lo que dice un escritor *extranjero* de este gran monarca:

«Poseia Alfonso en alto grado las cualidades de un gran rey. »Sabio y prudente, gobernó sus súbditos con dulzura y con bondad: consagró sus cuidados y vigalias á la exaltacion de la religion »cristiana..... Bajo su reinado fué severamente castigado el vicio; »sus enemigos cedieron á su valor; Navarra y Aragon tuvieron á »honor rendirle homenaje, como la mayor parte de los príncipes »mahometanos.» (Laf., tomo V, cap. VII, pág. 83.) En prueba de la energía con que se dedicó á castigar á los culpables, refiere Sandoval lo siguiente:

Un labrador se dirigió desde Galicia á Toledo para pedir justicia al emperador, por los fuertes agravios que le habia inferido un rico infanzon; y fuertes debian ser, en efecto, cuando en aquellos tiempos hizo el ofendido tan largo viaje. Oyóle el emperador inmediatamente con su acostumbrada bondad, y dispuso que el ofensor satisficiese al momento al agraviado; y para que su determinacion tuviese puntual cumplimiento, dirigió la orden al merino del reino, encargándole de la ejecucion. D. Hernando, que así se llamaba el infanzon, fiado sin duda en su riqueza y poder, despreció el mandato; y el merino, escaso allí de fuerza para contrarrestar la del poderoso, no pudo compelerle á que obedeciese. Entonces el labrador de nuevo acude en queja á Alfonso VII, y en el instante mismo el soberano sale de Toledo y toma de incógnito y disfrazado el camino de Galicia, guardando tal sigilo, que nadie supo su marcha: por manera que D. Hernando no pudo huir ni prepararse de modo alguno.

Llegó el emperador, y en cuanto supo que el infanzon se hallaba en su casa, le cercó en ella con algunos hombres de armas; él mismo le prendió, y dispuso, despues de no haber duda respecto de la ejecucion del crimen, aumentado con la desobediencia y desacato, que pusiesen una horca en la misma puerta de la casa de D. Hernando, en donde este fué privado de la vida: acto continuo hizo Alfon-



so VII reintegrar plena y debidamente al ofendido de cuanto le habia usurpado el ofensor. Hecha la justicia, regresó D. Alfonso VII á Toledo.

Segun opinion de propios y extraños, fué el emperador un modelo de soberanos, como justiciero, bondadoso y recto; y si le consideramos como guerrero, si no fué más que cada uno de los que le habian precedido, ninguno fué más que él; y no es fácil saber hasta dónde hubiera llegado y cuánta gloria hubiera dado aun á su reino, si la despiadada muerte no hubiera cortado su gloriosa vida cuando aun pudiera haber vivido muchos años. Por su muerte volvieron á dividirse los dominios de Castilla y de Leon, subiendo al trono de aquel reino el principe D. Sancho, y al de este último don Fernando.

### Nueva separacion de Castilla y de Leon.

#### REINO DE CASTILLA.

AÑO 1157 Á 1200.

D. Sancho III de Castilla subió al trono en el año 1157, por muerte de su padre D. Alfonso VII, el emperador. Denomináronle el *Deseado*, porque todos anhelaban que el gran emperador tuviese un hijo á quien legar la corona; y como doña Berenguela, la esposa de este glorioso y digno monarca, hubiese tardado más de cinco años en dar sucesion á D. Alfonso, el ejército y el pueblo, que tanto anhelaban la realizacion del famoso suceso ya dicho, apellidaron el *Deseado* á D. Sancho que fué el primero de los hijos del emperador.

Hallábase el nuevo monarca haciendo la guerra á los moros fronterizos, cuando tuvo que regresar á Toledo para presenciar los régios funerales de su glorioso padre; y acto continuo tomó las riendas del Estado, dando á entender que no tenian los pueblos por qué lamentarse de la pérdida del difunto soberano, si en el justo sentimiento tenia parte el temor de que el sucesor no le reemplazase dignamente; empero el reinado de D. Sancho fué como todas las cosas que mucho se desean y se buscan: su duracion fué como la del meteoro, que apenas encanta con su grata luz, cuando desaparece de la complacida vista que suspensa le contempla.

Al retirarse D. Sancho de las fronteras de Andalucía con motivo de la muerte de su padre, los almohades cobraron nuevo vigor y



mayor osadía. Después de haber recuperado algunas plazas de las antes perdidas, manifestaron al descubierto sus intentos de hacer una invasión en los dominios de Toledo.

Entre las plazas que se veían amenazadas se contaba la de Calatrava, cuya posesión era muy deseada por los mahometanos. A la sazón la tenían, entre otras, los caballeros templarios; y como no creyesen que sus fuerzas materiales eran suficientes á salvarla, buscando un término medio entre perderla por fuerza de armas y dejar de poseerla voluntariamente, antes de llegar aquel deshonesto y sensible caso, la entregaron al rey á fin de que proveyese lo más conveniente y oportuno.

D. Sancho III que comprendió claramente la dificultad de salvar á Calatrava, contra la cual preparaban los almohades su formidable poder, mandó publicar un edicto á voz de pregon, cediendo la plaza, con los honores y dependencias correspondientes, á quien quisiera encargarse de defenderla contra los musulmanes. Entonces fué cuando San Raimundo, abad del monasterio de Fitero, en Navarra, y Fr. Diego Velazquez, que fué en otro tiempo buen guerrero, y á la sazón era monje de la misma orden que San Raimundo, pensaron en pedir al rey la plaza para defenderla. Parece que el pensamiento fué de D. Diego, á consecuencia de no haberse presentado pretendiente alguno, y apurar demasiado el tiempo, que no perdían seguramente los almohades. Dícese que el santo abad se arrodó algun tanto con la atrevida proposición de Fr. Diego; empero tan grande fué el ánimo que el valeroso monje supo inspirarle, que al fin se decidió á pedir la plaza, la que acto continuo le fué otorgada.

Tan pronto como se supo la resolución del abad de Fitero y la concesión del monarca, comenzaron á presentarse voluntarios á fin de coadyuvar al logro de la santa empresa; mas el fervor, uníon y elocuencia con que públicamente predicaba San Raimundo completaron la obra, presentándose más de 20,000 guerreros, que se reunieron en Calatrava, con animoso corazón y firme propósito de defender la codiciada plaza.

El ejemplo del santo abad y del valeroso Fr. Diego animó á otros monjes, quienes tomaron también parte en la santa empresa, pasando á Calatrava y llevando consigo gran copia de provisiones, ganados y otros objetos no menos necesarios que las armas.

Viendo D. Ramiro cómo se habían multiplicado los voluntarios, creyó oportuno unirlos por medio de un solemne voto religioso; y para lograrlo redactó el proyecto de fundación de la *orden de Calatrava*, á la que dió la regla de su misma orden, y sobre la cual recayó la aprobación del monarca y la de la Santa Sede. Tal fué el origen de la insigne orden de Calatrava.

BIBLIOTECA

Un año antes se había establecido la no menos insigne de Alcántara: D. Suero, caballero salamanquino, fué su ilustre fundador. Deseoso de adquirir renombre y ser útil á la causa de la religion, invitó á varios caballeros á fin de que le acompañasen en la árdua empresa de arrancar una plaza, cualquiera que fuese, á los mahometanos. Juntáronse en efecto muchos nobles castellanos y comenzaron su heroica guerra contra los musulmanes, deseando encontrar un lugar fuerte y á propósito que les sirviese de centro y, por decirlo así, de cuartel general.

En una de sus expediciones encontraron un virtuoso ermitaño, el cual les designó un sitio tal y conforme le deseaban, en el mismo lugar en que tenia Amando su ermita, que de ese modo se llamaba el solitario. Dirigiéronse allá los caballeros y allí se establecieron aclamando por su caudillo supremo á D. Suero, y poco tiempo despues, tambien por indicacion de Amando, solicitaron del obispo les diese una forma regular. Este prelado, que era del órden cisterciense, les dió la regla del Cister, en la que profesaron los caballeros, siguiendo siempre valerosamente su propósito de hacer guerra á los enemigos de la fé católica, guiados por el esforzado D. Suero; hasta que muerto este en una batalla, le sucedió en el cargo uno de los más principales entre aquellos caballeros, llamado D. Gomez. Tiempo adelante recibieron grandes mercedes del rey D. Fernando II, entre otras la fortaleza ó castillo de Alcántara, de cuyo nombre tomaron el de la órden.

Corria el año 1158 cuando el rey de Navarra, viendo que habia desaparecido el temible emperador, hizo una invasion en tierras de Rioja; empero fué bizarramente rechazado por el conde D. Poncio ó Ponce de Minerva, caudillo esforzado de D. Sancho III, el cual deseando dedicar todo su cuidado á hacer la guerra contra los almohades, tuvo una conferencia en Naxama (se cree fuese Osma) con su cuñado el rey de Navarra, y con el principe de Aragon su tio. En dicha conferencia se firmó un tratado de paz, sirviendo de base el arreglo de los limites de ciertos dominios: quedó por Aragon la parte de la orilla derecha del Ebro; pero reconociendo el dominio ó vasallaje de Castilla, y aceptando el rey de Aragon la prerogativa de tener el estoque real desnudo, en la coronacion de los soberanos de Castilla.

Poco tiempo habia trascurrido cuando el rey ordenó que un ejército saliese á hacer frente al que bajo las órdenes de un hijo de Abdelmumen, cometia todo género de desmanes en los dominios sevillanos. Terrible batalla siguió al encuentro de las fuerzas cristianas con las de los musulmanes: bastará decir que en ella murieron dos de los principales caudillos mahometanos, y por consecuencia muchísimos guerreros. No fué corta la pérdida de los castellanos,



si bien ni fué tan grande ni tan importante como la que sufrieron los enemigos.

Gozosos estaban los pueblos al contemplar que su rey anunciaba seguir las huellas de su glorioso padre; empero aquel placer y las buenas esperanzas fueron bien pronto y por completo destruidos: el día 31 de Agosto de 1158 falleció muy jóven D. Sancho III, el Deseado, á consecuencia de una enfermedad que en breves días le arrastró al sepulcro, con general sentimiento de sus tropas y de sus súbditos todos. Dicese por algunos que la temprana muerte de don Sancho el Malogrado, más bien que Deseado, fué ocasionada por le irresistible pesadumbre que en él ocasionara la pérdida de su amada esposa doña Blanca de Navarra; mas otros muy respetables rechazan esta idea, por haber fallecido la reina dos años antes que el rey. Sin embargo, como la amaba tanto, pudo la melancolia minar lentamente la existencia del rey, y anunciarse el estrago seguido inmediatamente de la ruina; á la manera que un edificio va sufriendo el deterioro paulatina é interiormente, y cuando el daño sale al exterior es para manifestar todo el horror de su estrago, derrumbando hasta en los cimientos el fuerte edificio.

No es tampoco extraño el que D. Sancho amase mucho á su esposa. En el epitafio que colocaron sobre el sepulcro de la expresada reina, en Nájera, la llamaron Blanca en nombre, en alma y en cuerpo: dicen que era de singular hermosura, de angelical genio, y de grande virtud: murió de sobreparto.

A la muerte de D. Sancho III heredó el trono su hijo D. Alfonso, VIII de su nombre, apellidado *el de las Navas*; mas por desgracia solo contaba tres años no cumplidos, y aunque tan pronto como falleció su padre fué proclamado, su falta de edad no le permitia empuñar el cetro.

Habia dejado el difunto rey nombrado tutor de su hijo á un caballero llamado D. Gutierre Fernandez de Castro, mandándole expresamente no hiciese alteracion ninguna ni quitase las tenencias á los que las poseian, hasta que Alfonso fuese mayor de edad; y aunque Castro era hombre muy digno de la tutela, tenia un opositor llamado D. Manrique de Lara, el cual miraba con envidiosos ojos el honor de que disfrutaba D. Gutierre.

Vióse con este motivo un raro ejemplo de inusitada abnegacion y loable amor patrio. Fernandez de Castro, hombre de gran poder y no menos recursos, que vió le rodeaba un gran partido que diariamente se aumentaba, y que Lara iba juntando otro no menos numeroso, dividiéndose por consecuencia la nacion en dos bandos, comprendió cuántos males podia acarrear el encono de los partidos; y no queriendo que á su nombre sufriese la patria comun ningun perjuicio, dió un rarísimo y peregrino ejemplo de civismo re-

nunciando espontánea y libremente la tutela en favor de D. García de Aza. Era este caballero pariente de los Laras, tan cercano que era hermano de madre de D. Manrique; y tuvo por padre al conde D. García de Cabra, ayo del infante D. Sancho, que pereció heroica y lealmente en la batalla de los *siete condes*, ó de Uclés.

La eleccion de D. Gutierre fué acertada; porque era D. García un leal caballero, mas de muy dócil carácter, á favor de cuya circunstancia D. Manrique de Lara se apoderó de la tutela, que era el blanco á que se dirigian todos sus deseos. Abusó este ambicioso de la elevada posicion que se creara; y no correspondiendo á la nobleza con que Fernandez de Castro procediera renunciando en un hermano del ambicioso la tutela, se aprovechó de esta para perseguir á los Castros, hasta el punto de privarles de todos sus honores.

Quizá si Lara hubiera sido menos ambicioso y hubiese rivalizado con Castro en desinterés, los bandos se habrian extinguido; empero sus desmanes é inmotivada venganza hicieron renacer los partidos, más adormecidos y latentes que extinguidos en realidad. D. Fernando Ruiz de Castro, sobrino de D. Gutierre, se colocó á la cabeza del partido de los suyos para hacer frente al de los Laras; y no contentó con esto, invocó el auxilio de D. Fernando II de Leon, quien como hermano del difunto D. Sancho III y tio de D. Alfonso VIII, no podria menos de mirar con grande interés el mal estado en que se encontraba á la sazón el hermoso y respetable reino de su sobrino.

Oyó la súplica favorablemente y entró con una escogida hueste en el territorio castellano, para pedir le fuese entregado el rey; mas este fué llevado por los Laras á Soria, desde donde ofrecieron al rey de Leon entregarle su sobrino, si les aseguraba que al llegar este á ser mayor de edad les serian devueltos á los ambiciosos todos sus dominios, y que en tanto llegaba aquel caso, D. Manrique seria el administrador de todos ellos.

No podemos decir que Fernando II tuviese algun secreto motivo para intervenir en los negocios de Castilla, de más poderosa fuerza que el simple interés por el bien de su sobrino; empero puede sospecharse, visto el enojo que tomó cuando, al llegar á Soria para tratar con los Laras, desapareció repentinamente Alfonso VIII.

Estaba en dicha ciudad el de Leon cuando le presentaron al tierno rey de Castilla, el cual, como viese los rostros, extraños y desconocidos para él, de su tio y de los caballeros que le acompañaban, comenzó á llorar muy oportunamente; porque valiéndose del fundado pretexto de alejarle de allí para ver si lograban calmarle, le sacaron de la ciudad apresurada y ocultamente, dando márgen á que pueda sospecharse que emplearon algun medio di-



simulado y eficaz para que el rey niño llorase. No habiendo ocurrido cosa alguna que pudiera alarmar á los castellanos en la entrevista con el rey de Leon, parece probable que no queriendo entregarle al tierno soberano, ni pudiendo eludir la entrevista, buscasen algun medio de alejar á Alfonso VIII del alcance de su tio: de un modo ó de otro, es lo cierto que sin esperar al término del sentido llanto, fué aquel sacado de Soria por un caballero llamado D. Pedro Nuñez de Fuente-Almexir, el cual debajo de una capa le llevó de pronto á San Estéban de Gormaz, mientras el rey de Leon esperaba; y luego fué llevado á la ciudad de Avila (1160).

Tambien Fernando II calificó aquel suceso de engaño de antemano meditado: rayó muy alto el enojo que tomó por aquella burla que juzgó muy afrentosa á su real carácter, y retó de traidor y perjuro á D. Manrique de Lara. Este, segun la historia, contestó al reto diciendo: *Habré sido aleve, pero libré al rey mi señor*; cuyas palabras prueban de evidente manera que fué el lance muy pesado, y muy oportuno el llanto del rey niño, si es que no usaron de ningun artificio para hacerle llorar.

Este hecho dió motivo para que el rey de Leon, bajo el pretexto de castigar la ofensa, se apoderase de algunas buenas plazas de Castilla, y fué el principio de una guerra entre ambos reinos, en la cual la fidelidad castellana se mostró poco dispuesta á aceptar las especiosas razones de Fernando II y á favorecer sus ambiciosas miras. Distinguiéronse mucho en la lealtad los caballeros de Avila, quienes unidos á los demás castellanos fieles, no solamente arrancaron del poder del rey de Leon muchos de los puntos que habia usurpado al de Castilla, si que tambien le sirvieron de fuerte rémora para el logro de sus deseos. La conducta de Fernando nos induce siempre á creer que desde luego abrigó siniestras miras respecto de su sobrino, y que hizo muy bien D. Manrique, sin que por esto tratemos de excusar sus defectos, en libertar á Alfonso del poder de su tio.

Por aquel tiempo se instituyó la célebre orden de la caballería de Santiago. Los primeros individuos de ella fueron doce aventureros, los cuales se habian distinguido tanto por su valor como por la vida licenciosa que habian llevado. Arrepentidos de sus excesos juveniles, y deseosos de expiar sus faltas observando una vida mejor, se reunieron haciendo el propósito de formar una congregacion dedicada á defender los dominios cristianos de los ataques de los musulmanes. La congregacion se aumentó progresivamente, y fué elegido su jefe supremo un caballero llamado D. Pedro Fernandez, de Fuente-Encalada, valeroso y entendido como era menester. El rey D. Fernando de Leon aprobó la institucion de la orden, establecida en su reino; y siguiendo el ejemplo dado por

las órdenes fundadas anteriormente, adoptó esta la regla de San Agustín, bajo la protección del apóstol Santiago, adoptando este nombre para la nueva orden (1161). Fernando II la dió en posesión varios lugares y terrenos en la diócesis de Astorga, y la orden tomó un rápido vuelo, acreditando que era muy digna de las mercedes que recibía, siendo el terror y espanto de los mahometanos.

Luego que el rey de Leon dejó establecida la precitada orden de caballería, continuó en sus propósitos guerreros contra su sobrino Alfonso VIII; y llegando á Toledo, entró en la ciudad sin exposición alguna (1162).

De ese modo y continuando la guerra de más ó menos importante manera, llamando especialmente la pública atención la inveterada rivalidad entre Castros y Laras, trascurrieron cerca de dos años. Llegado el 1164, hallábase en Toledo de gobernador D. Fernando Ruiz de Castro, partidario decidido del rey de Leon; mas tuvo necesidad de pasar á Huete, y D. Manrique, creyendo aquella ocasión muy oportuna para dar un golpe decisivo á su rival, como partidario y defensor del rey de Leon, se dirigió á su encuentro seguido de un buen ejército castellano.

Dióse con este motivo una sangrienta y empeñada batalla, primer hecho de armas en que se halló Alfonso VIII, terror despues de la morisma, que solo contaba á la sazón ocho años de edad; empero D. Manrique, comprendiendo cuánto seria el entusiasmo del ejército viendo á su frente al tierno rey de Castilla, le llevó en su compañía armado y á caballo. Tan loable como expuesta y aventurada fué la determinación del tutor de Alfonso VIII: la suerte de las armas favoreció á su contrario; los castellanos fueron vencidos, y sobre el campo quedó cadáver el mismo D. Manrique, siendo milagrosa la salvación del rey, que pudo muy fácilmente caer en poder de los pareiales de su tío.

Con la muerte del jefe de los Laras se encontraron más y más los dos partidos: aquellos eligieron para reemplazar á D. Manrique á su hermano D. Nuño, el cual, ganoso de vengar la muerte de su hermano, comenzó una encarnizada persecución contra los Castros.

Preciso es confesar que á vuelta del exceso de ambición de la casa de Lara, tuvieron sus individuos una incontestable fidelidad al rey de Castilla, sin cuya fidelidad tal vez el de Leon hubiese usurpado á su sobrino la corona. D. Nuño, no menos valeroso, activo é infatigable que D. Manrique, ideó y meditó el proyecto de apoderarse de Toledo, ciudad usurpada por Fernando II; y para lograrlo se puso en combinación con un caballero toledano fiel á Castilla, llamado D. Estéban Illán. El más grande sigilo presidió á todas las operaciones de ambos caballeros, tanto que ninguno



de los parciales del leonés supieron cosa alguna del gran golpe que les amenazaba.

Corría el año 1166 cuando se dió el atrevido paso de realizar el proyecto. Llegóse una noche el valeroso D. Nuño con el tierno rey á Maqueda, y reunido poco despues con D. Estéban, entraron tutor y pupilo en Toledo, merced á haber aquel facilitado la manera. Fuéronse derechos á la torre de San Roman, y prevenidos oportunamente los parciales del monarca de Castilla, á deshora y cuando menos podia esperarse, el mismo Illan proclamó desde la torre de San Roman, de inusitada manera, á Alfonso VIII, gritando con estentórea voz: *¡Toledo, Toledo por el rey de Castilla!*

Clavó al mismo tiempo sobre lo alto de la torre el real pendon de Castilla; y aunque Ruiz de Castro, pasada la primera impresion de la sorpresa, quiso resistir y aun trató de tomar á viva fuerza la torre, los muchos parciales del rey D. Alfonso, que se veian auxiliados para salir de la opresion en que vivian, le obligaron á desistir de su propósito.

Viéndose perdido D. Fernando apeló á la fuga y terminó de muy indigna manera: buscó asilo entre los secuaces de Mahoma; y con la ausencia de aquel caudillo y la proclamacion de D. Alfonso en Toledo, la injusta causa del rey de Leon llevó un golpe de muerte. Es indudable el que D. Nuño de Lara salvó al rey, y al reino de Castilla de ser absorbido por el de Leon; y los fieles súbditos de aquel continuaron la obra, desposeyendo al usurpador de algunos puntos importantes que en los dominios castellanos habia tomado.

Sobre el castillo ó fuerte de Zorita, junto al rio Tajo, hubo una reñida lucha. Era su gobernador D. Lope de Arenas, teniente de Castro, y supo oponer á los castellanos una tenaz y activa resistencia; empero uno de sus domésticos, ó por vengarse de su amo, si tenia algun motivo de enojo contra él, ó comprado por los partidarios de Lara que parece lo más probable, asesinó á D. Lope dentro del fuerte, con lo cual quedó resuelta la sangrienta cuestion en favor de Castilla, y sin lo cual tal vez no hubiera sido igual el resultado.

Llegado el año 1169, se convocaron las Córtes castellanas; porque se comprendió la urgente necesidad de que terminase la minoria del rey. Cierta es que desde su proclamacion en Toledo, ya, puede decirse, no tenia tutela; mas carecia su ejercicio de la necesaria legalidad, y era conveniente y forzoso ocurrir á este grave inconveniente.

Ya corria el año 1170 cuando se verificó la reunion de Córtes, y en ellas fué declarado mayor de edad Alfonso VIII. Contaba á la sazón catorce años de edad, y tambien en las Córtes se trató del casa-

miento del monarca, acordando aquellas el matrimonio de este con la hija de Enrique II, rey de Inglaterra, llamada Leonor. Preparábase el joven soberano para dirigirse á Aragon con el objeto de recibir á su futura esposa la princesa de Inglaterra, cuando determinó avistarse con el monarca aragonés á fin de transigir las diferencias que entre ambos existían.

Realizóse la entrevista en Sahagun, y de ella resultó un tratado de alianza, garantizado con la cesion provisional de ciertas fortalezas castellanas que debian quedar en poder del aragonés, así como otras aragonesas en poder del castellano, á fin de que sirviesen de prenda ó fianza del puntual cumplimiento del tratado de paz; porque las cuestiones versaban sobre la fijacion de fronteras ó de límites.

En el mes de Setiembre de 1170 se celebró el matrimonio de Alfonso VIII con Leonor: llegó la princesa á Tarazona, en donde se verificó el desposorio, acompañada de D. Nuño de Lara que había sido el encargado de ir á buscarla; y á la solemne ceremonia asistió el rey de Aragon, el arzobispo de Toledo, y la flor de la nobleza castellana y aragonesa.

En 1171 ya tuvo el rey de Castilla una hija, cuando apenas había él mismo salido de la infancia; quince años apenas contaba de edad, y casi la misma tenia doña Leonor, su esposa. Pusieron Berenguela por nombre á la recién nacida; y como más adelante veremos, fué una de las más célebres y dignas princesas de cuantas han existido, y sus hechos han tenido muy digno lugar en las páginas de la española historia.

Talento y ánimo esforzado demostraba el soberano de Castilla, el cual, apenas nacida, puede decirse, la princesa doña Berenguela, la hizo jurar heredera del trono castellano.

A pesar de la corta edad del monarca, no tardó mucho en demostrar sus instintos guerreros: aliado con el rey de Aragon, declaró la guerra al de Navarra, el cual durante la menor edad de Alfonso VIII le había usurpado algunas posesiones. Alfonso de Aragon hizo su invasion por Tudela, y simultáneamente el de Castilla verificó la suya por Logroño, llegando hasta Pamplona.

No mucho tiempo despues volvieron á enemistarse los soberanos de Castilla y de Aragon: el motivo de esta desunion fué el siguiente:

Era señor de Albarracin un caballero llamado D. Pedro Ruiz de Azagra: el emir de Murcia fué quien le hizo cesion del expresado dominio. Dicho caballero, que se consideraba como jefe independiente de aquel pequeño estado, arregló á su gusto y manera su dominio; y deseando darle importancia, logró, entre otras cosas, que el templo de Santa María fuese convertido en iglesia catedral,



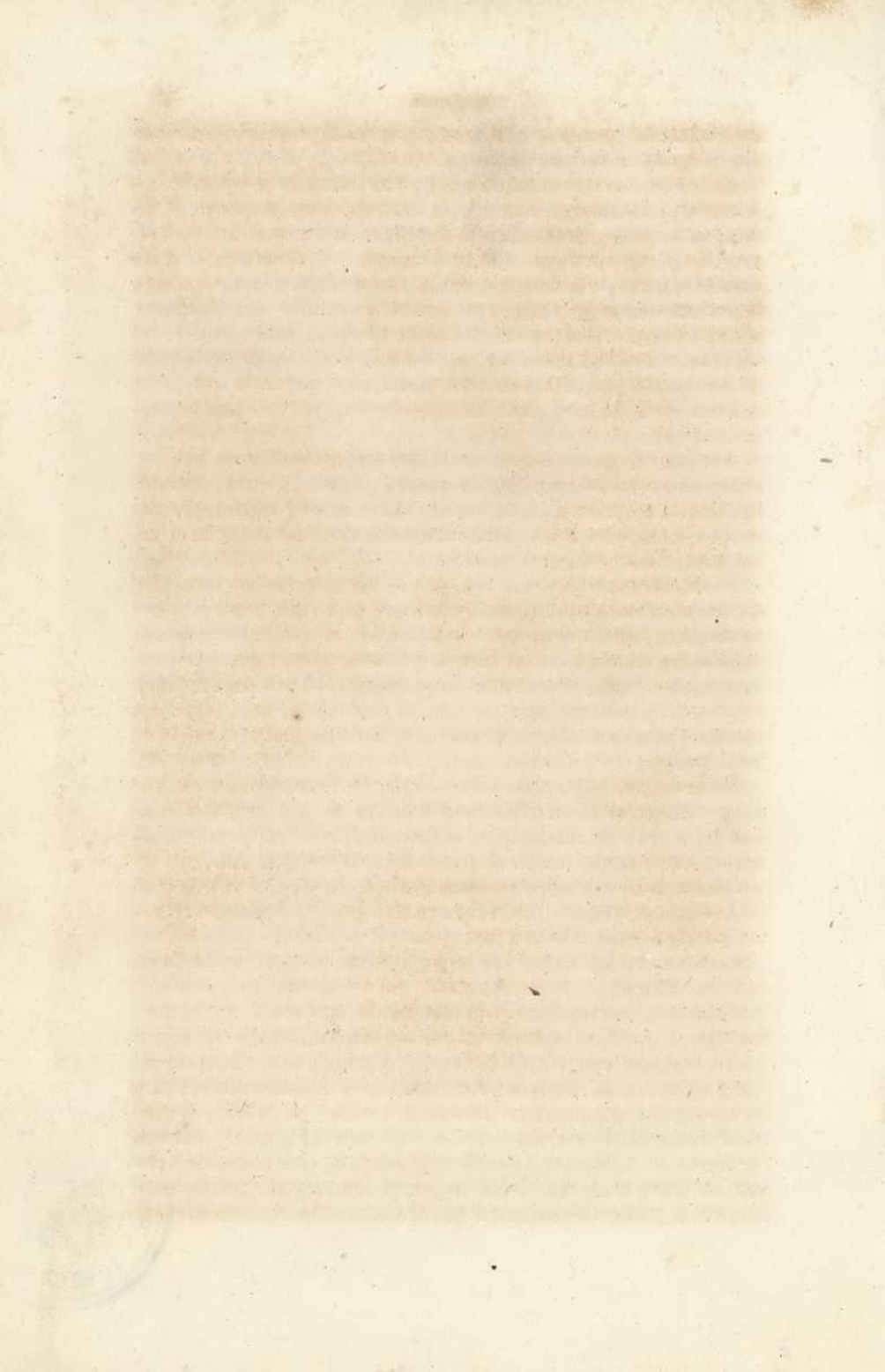


Ht. de la Riva Horaleza 26

Madrid. J. Acevedo d.

ALFONSO VIII. (EL DE LAS NAVAS)







por concesion pontificia hecha por medio del cardenal Jacinto, nuncio ó legado en España del Sumo Pontífice.

El rey de Navarra protegia clara y abiertamente al señor de Albarracin; y esta razon, unida á la independencia en que vivia, dió márgen á que los reyes aliados dirigieran sus armas contra Azagra. Hecho un nuevo pacto entre el aragonés y el castellano al incluir el señorío de Albarracin en la emprendida conquista, cambiaron en mútua garantía tres fuertes ó castillos de cada parte; empero aunque la duracion del plazo prefijado para devolver las expresadas prendas debia ser de tres años, el alcaide de la plaza de Ariza, una de las tres comprendidas en el pacto, la entregó á Alfonso VIII cuando aun faltaban dos años de los tres prefijados (1172).

Avenidos despues, segun veremos al tratar del reino de Aragon, reanudaron con su amistad la guerra contra Navarra, teniendo término la perjudicial lucha cuando Alfonso VIII logró recuperar cuanto le habia injustamente quitado durante su minoría el navarro (1176).

Entonces volvió el jóven rey de Castilla su perspicaz vista á los dominios de los musulmanes; y era hora ya de que recordase que teniendo en España enemigos verdaderos de su religion é independencia, no debia gastar las fuerzas y tesoros de su reino en derramar sangre española: cierto es, sin embargo, no hizo otra cosa que recuperar lo que era suyo, y que no procedió de él la verdadera causa de aquella guerra, sino del que le habia usurpado parte de sus Estados.

En tanto que esto hacia Alfonso VIII, los mahometanos no desaprovechaban la ocasion que las discordias de los príncipes cristianos les ofrecian. Como entre todos se distinguiesen los musulmanes de Cuenca, que tenian aterrados á todos los cristianos residentes en las inmediaciones de aquella parte de España, el rey de Castilla creyó oportuno dirigir á Cuenca sus armas, tratando de reconquistar aquella ciudad á toda costa.

El lugar era fuerte de suyo; su posicion natural le hacia en aquellos tiempos casi inexpugnable; sus defensores eran infinitos; el clima muy destemplado, y la estacion la más cruda y rigorosa del año. A pesar de tantos y tan fuertes inconvenientes, se puso el sitio á la ciudad: era mayor el corazon y más grande el ánimo del jóven soberano de Castilla que todos los obstáculos predichos, y otros mayores que pudieran presentarse, como, en efecto, se presentó uno más grande que todos: el jefe de los almohades vino con buen ejército á socorrer á sus correligionarios; mas el rey de Aragon, de quien en honor de la verdad puede decirse que fué muy fiel para el de Castilla, impidió que el importante socorro surtiese

el necesario efecto. Despues de nueve meses cumplidos de haber establecido el sitio, y despues de haber hecho ambos ejércitos prodigios de valor, se rindió Cuenca, entregándose al esforzado monarca castellano el dia de San Mateo, 21 de Setiembre de 1177.

La primera providencia de Alfonso VIII se dirigió al bien entendido arreglo del órden religioso y civil. La mezquita mayor fué consagrada y convertida en iglesia, erigiéndola en catedral; y el rey de Castilla, no menos agradecido al de Aragon que este le habia sido fiel, le alzó en Cuenca la obligacion del feudo y pleito-homenaje prestado al cetro castellano por los reyes de Aragon, desde el tiempo del glorioso Alfonso VII, el emperador, abuelo de Alfonso VIII.

Como era muy natural, á la conquista de Cuenca siguieron las de Alarcon y otros puntos importantes que poseian los mahometanos en aquellos dominios; empero fué lástima que la guerra contra estos no continuase, sucediéndola nuevas diferencias con el rey de Navarra, á causa de la posesion de algunos puntos de Rioja.

Tan porfiadas y perjudiciales se iban haciendo estas tristes luchas, que ambos soberanos, convencidos en virtud de fuertes exhortaciones hechas por los prelados y magnates de ambos reinos, se decidieron á elegir un árbitro que libremente decidiese y pusiese un término á aquellas asoladoras diferencias. Fijaron sus miras en el suegro del rey de Castilla, y fué en efecto elegido árbitro Enrique II, rey de Inglaterra.

Firmada una tregua de siete años, y despues de cederse mutuamente cuatro fortalezas que habian de garantizar el tratado de paz, partieron á Inglaterra los legados de ambos reyes, á fin de presentar á Enrique II la demanda del castellano y el navarro. El rey de Inglaterra los recibió en Westminster, y ante una escogida reunion de prelados y magnates oyó á los embajadores españoles, y se enteró minuciosamente de las quejas y razones que en nombre y representacion de sus soberanos expusieron; siendo muy de notar que unos y otros refrieron con verdad y lisura cuanto habia ocurrido, sin omitir lo bueno ni atenuar lo malo de cuanto habian hecho el rey de Castilla y el de Aragon, en lo concerniente á los sucesos que motivaban aquella embajada: circunstancia que encomia por sí sola la imparcial veracidad española.

Como no puede haber fallo injusto cuando hay buena fé en el juez y los que litigan son defendidos por personas que separándose de arteras y miserables argucias hablan verdad y presentan verdaderas razones, Enrique II falló que cada uno de ambos soberanos contendientes restituyese á su contrario cuanto por fuerza de armas le hubiera quitado, y que *por bien de la paz diese el rey de Castilla al de Navarra 3,000 maravedís cada año por espacio*



de diez de estos, cuya cantidad anual debia ser entregada en Búrgos, dividida en tres plazos.

Conformáronse los reyes contendientes con la sentencia del de Inglaterra, y firmaron su avenencia en la abadía de Fitero, ajustando además una tregua de diez años. Sin embargo de esto, en el siguiente, que fué el 1178, volvió el soberano de Castilla, unido con el de Aragon, á invadir las posesiones del navarro. A consecuencia de esta nueva guerra, se avistaron Alfonso VIII y el rey de Navarra entre Logroño y Nájera, y allí sin agena intervencion se convinieron de una manera más sólida y eficaz que las anteriores. Logroño, Navarrete y Entrena quedaron en dominio por el rey de Castilla; empero por espacio de diez años habian de permanecer en poder de la persona que designase el rey de Navarra, como garantía de la alianza que habian á la sazón pactado.

Después de este hecho dió de mano Alfonso VIII á los negocios de la guerra para atender á los asuntos de la paz, y á los puntos concernientes al gobierno de sus Estados. Después de recorrer todos sus dominios y de dar ostensibles muestras de su piedad y generoso desprendimiento, fundó la ciudad de Plasencia; fundó y dotó régia y espléndidamente la catedral de la expresada ciudad, en el año 1186, y en el siguiente (1187) fundó y dotó también el grandioso, magnífico y célebre monasterio de las Huelgas, en la ciudad de Búrgos. También fué objeto de su solicitud la ciudad de Santander, en donde hizo construir un magnífico palacio para habitarle cuando á la ciudad fuese, después de haber dispuesto lo conveniente á fin de repoblar la ciudad, haciendo construir los muelles y la muralla con muy buenos castillos.

Durante este periodo de tiempo las armas de Castilla, aunque el rey estaba dedicado á cuanto ligeramente acabamos de referir, no estuvieron en completo descanso, puesto que recobraron el territorio denominado *Infantazgo de Leon*, que habia sido usurpado á Alfonso VIII por Fernando II.

Llegado el año 1188 celebró Córtes el rey de Castilla en Carrión: en ellas con toda pompa y solemnidad armó caballero á su jóven primo Alfonso IX, nuevo rey de Leon. También antes de terminarse las referidas Córtes, fué armado caballero por Alfonso VIII el hijo del emperador de Alemania Federico Barbaroja, que murió ahogado al dirigirse á la conquista de Tierra Santa, cuyo príncipe se llamaba Conrado de Suavia, y habia venido á España á celebrar sus esponsales con la princesa doña Berenguela, hija primogénita de Alfonso. Este matrimonio no llegó á consumarse: la princesa manifestó decididamente su aversion á aquel, haciendo ver que no se la habia préviamente consultado; y fuese por esto ó por otra razón poderosa, es lo cierto que el matrimonio sin

haberse consumado fué anulado solemnemente, á causa del parentesco, remoto, segun dicen, de ambos contrayentes.

En la visible repugnancia de doña Berenguela á unirse al príncipe alemán, y por consecuencia á marchar de España y residir á tan enorme distancia de la tierra que la viera nacer, se nota de visible manera la mano de la Providencia. Era el enlace de la princesa castellana con la casa de Alemania de grande importancia política, y habia sido deseado y preparado; sin embargo, debia quedar en Castilla la excelsa doña Berenguela; porque en Castilla habia de hacer inmortal su nombre, y habia de dar el ser al gran rey Fernando III, que hoy veneramos en los altares.

Disuelto legalmente el matrimonio por el legado del Sumo Pontífice y por el arzobispo de Toledo, regresó á su país Conrado de Suavia, y la princesa quedó en aptitud de contraer matrimonio con otro príncipe, segun más conveniente pareciese á los intereses de la corona.

Corria el año 1189 cuando algunos soberanos españoles comenzaron á tratar de confederarse contra el rey de Castilla. Contábase entre ellos el de Portugal, que era ya rey, como en su lugar veremos: Sancho se llamaba este monarca, el cual propuso un tratado de alianza al rey de Aragon, hallándose este en Huesca, ocupado en la celebracion de Córtes. Alfonso II de Aragon quiso hacer extensiva la alianza al rey de Navarra, lo que logró sin necesidad de grande empeño; y para que nada faltase á la imponente coalicion, tambien tomó en ella parte el rey leonés. El motivo ó pretexto que se buscó para formar la expresada liga, fué el engrandecimiento que en Castilla se notaba; y aun, segun se dice, tachaban á Alfonso VIII de poco exacto en el cumplimiento de los pactos que firmaba.

El bizarro y entendido monarca castellano, apenas fijó su atencion en la tormenta que bramadora amenazaba; por el contrario, desentendiéndose de la formidable alianza, y como para hacer ver que le importaba muy poco el verse aislado, se dedicó á hacer la guerra á los enemigos de la Cruz, llevando sus armas á los dominios de Andalucía, y siendo el terror de los mahometanos de Jaen, Andújar, Úbeda y otros puntos. En estas expediciones se hizo justamente célebre D. Martin de Pisuerga, arzobispo de Toledo, como caudillo en aquellas, así como los caballeros de Calatrava, que acompañaron al monarca y colocaron muy alto el nombre de su órden.

No contento con esto Alfonso VIII, avanzó denodadamente; y atravesando por el centro de los puntos más importantes que estaban en poder de los mahometanos, llegó á las playas de Algeciras. Hallándose tan distante de su reino, se dirigió á Jacob-ben-Yussuf, emperador de Marruecos, remitiéndole una carta, la cual por el in-



terés que encierra, por la gráfica manera con que retrata el esforzado carácter del rey de Castilla, y por su enérgico y elegante laconismo, no podemos menos de insertar, creyendo complacer al lector. Hé aquí la expresada carta:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso.—El rey de los cristianos, al rey de los musulimes.—Puesto que segun parece no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás, y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condicion; que si me vencieres seré tu cautivo y tendras grandes despojos, y tú serás quien dé la ley: mas si yo soy el vencedor, entonces todo será mio y seré yo quien se la dé al Islam.»

No hay para qué decir el efecto que produciría en el altivo Yusuf el animoso reto del castellano: mandó que la carta de este se leyese á todas las kabilas, cuya determinacion produjo naturalmente el efecto que el emperador deseaba, causando imponderable indignacion. Todos, clamando venganza del inusitado insulto, pedian pasar á España; y cuando el emperador comprendió que podia contar con los suyos, dispuso que su hijo Cid Mohammed contestase al rey de Castilla, escribiendo la repuesta en la misma carta de Alfonso. Dicha contestacion merece asimismo el ser consignada; porque tambien caracteriza de perfecta manera á los secuaces del Koran, siempre favorecidos, segun ellos, por su *poderoso* profeta, y siempre afectos al lenguaje simbólico y á las alegorias. La carta del emperador decia de esta manera:

«Dijo Alá todopoderoso: «Revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé.» (1194).

En tanto un mensajero traia á España desde Africa la carta, el emperador proclamó solemnemente la guerra santa; y haciéndola extensiva á todas las comarcas de Al-Magreb, de todas partes acudieron á tomarla en aquella expedicion que habia de proporcionarles facilísima entrada en el paraiso, si tenian la fortuna de matar algun *infel*.

Ya habia comenzado el año 1195 cuando se embarcó aquella innumerable muchedumbre, que jamás se vió otra igual, ni aun en los tiempos de Tarik y de Muza. Alfonso VIII hallábase en Toledo, y sabedor de las inmensas fuerzas que á España amenazaban prontas á responder á su valeroso reto, comprendió que era necesario ponerse de acuerdo con los demás monarcas cristianos, para resistir á tan tremenda invasion. Al efecto les hizo saber la llegada de las colosales fuerzas mahometanas, manifestándoles que era interés de toda la cristiandad el derrocar á los soberbios islamitas, y que es-

taba mucho más alta la causa de la verdadera religion que los celos de poder y las particulares discordias.

Todos los monarcas cristianos se ofrecieron á coadyuvar á la santa empresa, asegurando á Alfonso de Castilla que irian á reunirse en Toledo, tomando personalmente parte en la guerra.

Por desgracia tardaban en reunirse; y los almohades, no queriendo dar tiempo á que formasen un plan de campaña los cristianos, se internaaban en España sin perder dia, hora ni momento. Entonces Alfonso VIII, cansado de esperar á sus aliados, se puso en marcha con el único intento de observar al enemigo; y cuando solo contaba con un pequeño ejército, al llegar á Alarcos se encontró con todo el grueso del de Yussuf, que era tal y tan numeroso que apenas podia sostener su peso la oprimida tierra.

Se tacha con sobrada razon de imprudente al rey de Castilla en haber salido solo y aislado de Toledo, y en haber empeñado una accion sin haber dado tiempo á que llegasen el leonés ni el navarro, contra lo que le aconsejaban sus caudillos y allegados; empero tiene disculpa, ya puesto por efecto de su poca prudencia en aquel trance: creyó deshonoroso á su dignidad y al valor de su ejército volver la espalda al enemigo, y al tomar aquella resolucion, muy propia del proverbial valor español, no tuvo en cuenta la escasez de sus fuerzas materiales ni otra circunstancia alguna, por importante que fuese.

Increible parece el que á pesar de ser tan desproporcionadas las fuerzas militares de los españoles, supiesen sostenerse y aun poner en balanzas el resultado de la accion. La batalla y la derrota debieron ser una cosa misma; y sin embargo, tres magnificas cargas dieron los bizarros ginetes castellanos, desordenando á los musulmes y diezmando sus huestes.

El calor era sofocante: alumbraba á unos y otros el ardoroso sol del estío (19 de Julio); los hijos de Mahoma tenian extendidas sus líneas por las llanuras poco distantes de Alarcos.

A la primera carga de los ginetes castellanos, se desordenaron los musulmes, rehaciéndose poco despues. Tuvo la segunda igual resultado; y al preparar los cristianos la tercera, el caudillo Ben-Senanid animó á los musulmanes con su voz y su ejemplo, y preparados á todo esperaron denodadamente; mas aquella carga fué mucho más terrible y violenta que las dos anteriores, siendo doble el efecto, triple el destrozo, y ocasionando la muerte de Yahia, caudillo musulman. Los mismos árabes confiesan que fué horrible el destrozo hecho por los cristianos en las tribus de Motavah y de Houteta, á cuyos individuos llama *mártires* la crónica árabe.

Entonces desplegándose aquella incalculable y feroz muchedumbre, sin guardar regla ni observar precepto, rodeó á los cris-



tianos como pudiera hacerse en una aventura de encrucijada, y aquello no fué batalla, no fué facción de guerra; fué una confusa lucha en que todos mezclados peleaban; nadie obedecía; cada uno era su propio jefe; y todo el proyecto y realización consistían en matar y en destruir.

Por el principio de la pelea puede juzgarse del valor de los castellanos, tan infinitamente desiguales en número; empero este por aquel día prevaleció. Después de deshechas las huestes que estaban en la llanura, subieron los musulimes al collado en que estaba el monarca, en donde se portaron dignamente los caballeros de las órdenes militares y los caballeros de Castilla, pereciendo muchos, después de haber tendido á infinitos musulimes; y fué lo peor de este sangriento suceso el que habiendo tratado de replegarse los restos del ejército cristiano que estuvo en la llanura, para reunirse en el collado en que se hallaba el rey, fueron cortados en su retirada por los enemigos.

Había permanecido en su tienda el feroz Yussuf, apellidado Almanzor, y viendo destrozado ya al ejército enemigo, creyó acreditarse saliendo en persona á aumentar la confusión, el desorden y el desastre: cosa que á la verdad no dice mucho en pró de su valor. Sin embargo, salió, en efecto, de la purpurada tienda en que había permanecido simple espectador durante la sangrienta refriega, seguido de los almohades; y trató de arrollarlo todo y deshacer cuanto encontraba á su paso.

Débase advertir que todavía luchaba heroica y bizarramente el valerosísimo Alfonso VIII, y continuó esgrimiendo con poderoso brazo el fuerte acero y derribando enemigos á derecha é izquierda, hasta que vista la imposibilidad de sostenerse, y menos aun con la llegada de los muchísimos almohades que descansados y de refresco venían, se dirigió á Alarcos, en cuya fortaleza no se detuvo, ni hizo otra cosa que entrar por una puerta y salir por la contraria, con harto sentimiento y disgusto de Yussuf que la mandó cercar, suponiendo que estaba en ella el bizarro rey de Castilla.

Diremos en pró del emperador de Marruecos que dió en Alarcos generosamente libertad á 20,000 cautivos, con notable enojo de sus secuaces (1195). En la batalla murieron igual número de cristianos, y las órdenes militares, cuyo valor jamás será bastantemente alabado, quedaron en cuadro.

Cuando el desconsolado y animoso Alfonso llegaba á Toledo con los pequeños restos de su ejército, halló al rey de Leon seguido de sus huestes, que iba á buscarle en cumplimiento de su promesa. En aquella triste entrevista ocurrió lo que debía naturalmente esperarse: aun en los asuntos que no rebasan los límites de las desgracias particulares, nadie quiere tener parte en ellas, ni ser su causa eficien-

te; por el contrario, cada uno desea hallar una razon en que poder apoyarse para cargar toda la culpa y responsabilidad sobre los otros. Con más razon sucedería en el caso de que nos venimos ocupando, cuando el desastre de Alarcos fué tal que no habia ocurrido otro que se le pareciese desde el de Zalaca, que tuviera lugar más de un siglo antes.

El diálogo entre los reyes de Castilla y de Leon se redujo á achacarse mutuamente la culpa del horroroso desastre; el primero tachó al segundo de moroso, y este á aquel de ligero por no haberle esperado, y de poco prudente por esta causa, y por haberse aventurado á tanto estando solo. El resultado de esta entrevista fué el quedar de nuevo enemistados, aunque débese sospechar que jamás por parte de algunos soberanos fueron sinceras las diversas y reiteradas reconciliaciones. Además, hemos no há mucho visto que envidiosos los de Leon, Navarra, Aragon y Portugal del creciente poderio del de Castilla, establecieron contra este una alianza; y si bien no es posible afirmar el que anduviesen de intento remisos para auxiliarle, porque esta suposicion es muy fuerte para hacerla gratuitamente, puede creerse, no obstante, que despues de sucedido el desastre de Alarcos, no les pesaría el ver menguado aquel mismo poder que les sobresaltaba y excitaba su envidia. De un modo ó de otro, apenas habia pasado tiempo despues de la terrible catástrofe, cuando vemos al rey de Leon y al de Navarra que invaden como enemigos y en son de guerra los dominios castellanos, obligando á Alfonso á imitar su ejemplo, invadiendo el territorio leonés. Es sumamente sensible el tener que consignar aquí que duró la destructora guerra entre Castilla y Leon tres años cumplidos, sin que tuviese de ello la culpa Alfonso VIII, de cuya parte estaba toda la razon, así como favorece muy poco á la buena fé de los otros monarcas, para probar que no anduvieron de intento remisos antes de la funesta batalla de Alarcos, el que sin dejar á Alfonso VIII reposar y reponerse, procuraron enflaquecer más y más sus menguadas fuerzas, llevando la guerra á sus dominios; y esto fué tanto más punible cuanto que favorecieron los planes de los invasores, dejando ancho campo al marroquí para seguir posesionándose del terreno y cometiendo todo género de excesos y desmanes.

Tres años duró la guerra, sangrienta en sus resultados, entre el rey de Castilla y el de Leon, en la que tomó varias veces parte el de Navarra contra el primero de ambos soberanos. Aprovechando el jefe supremo de los almohades la propicia ocasion, llegó hasta Madrid, talando y destruyendo cuanto al paso encontraba, recorriendo las ciudades de Cuenca y Uelés, Alcalá, Maqueda, Santa Olalla, Talavera, Trujillo y Plasencia, cuyos territorios quedaron asolados; y destruyéndose miserablemente Castilla y Leon



y enorgulleciéndose el mahometano con unos triunfos que en realidad solo debia á las miserables é incalificables enemistades de los príncipes cristianos, llegó el caso de que los prelados y magnates de ambos reinos, no pudiendo permanecer impasibles, instasen á los respectivos soberanos á fin de decidirles á que se avistasen y terminasen tan perjudiciales y escandalosas discordias.

Con este motivo se acordó el matrimonio del rey de Leon con la princesa doña Berenguela, hija de Alfonso VIII, la cual debió ser esposa del príncipe de Alemania. Segun está averiguado, entró en este concierto con más gusto el rey de Leon que el de Castilla, lo que se atribuye al vivo recuerdo que este tenia de las ofensas demasiado recientes que el primero le habia hecho; mas segun las crónicas, tambien disgustó, principalmente, á Alfonso VIII la circunstancia de ser parientes los futuros esposos, en grado prohibido. No miró de la misma manera este asunto la reina doña Leonor, que influyó en el ánimo de su esposo con todo el grande ascendiente que sobre él tenia, comprendiendo con sobrada razon que si por aquel medio no se terminaban las fatales diferencias, por ningun otro se terminarian. Dicese, pues, que doña Leonor escribió al rey de Leon llamándole á Valladolid, en donde habia decidido esperarle para realizar el desposorio, y á donde acudió, en efecto, aquel y se unió á doña Berenguela (1197).

Por fin se dejó ver el iris de la paz con el matrimonio de Alfonso IX de Leon y de doña Berenguela de Castilla; empero muy pronto comenzó á susurrar el triste rumor de que el Sumo Pontífice pensaba en disolver el expresado enlace, á consecuencia del inmediato parentesco de ambos esposos. Era en efecto dolorosa para el rey de Leon esta noticia, que ya iba pasando á ser positiva y oficial; porque amaba mucho á la hermosa, virtuosa y discreta doña Berenguela.

Para negociar este asunto en pró de los intereses de ambos reinos cristianos, habian acudido á Roma el arzobispo de Toledo y el prelado de Palencia, como legados de Alfonso VIII; mas el Pontífice, conservando con el mayor rigor su severidad, no quiso oírlos, ni los recibió siquiera, y aun trató de excomulgar al rey y al reino de Castilla, no habiéndolo hecho al propio tiempo que lo verificara con el de Leon, en consideracion á la repugnancia que este último soberano habia presentado en un principio al enlace del leonés con la princesa castellana.

Casi al terminar el siglo XII tomó Alfonso VIII las armas para invadir el reino de Navarra. Don Sancho, soberano de este reino, habia pasado al Africa; y aprovechando aquella ausencia injustificada, como en su lugar veremos, el de Castilla y el de Aragon determinaron vengar las no olvidadas injurias. El rey de Castilla

añadió entonces á su corona diversos puntos, entre otros á Guipúzcoa, y acto continuo se dirigió á Vitoria, poniendo á la ciudad estrecho sitio: la resistencia de los defensores fué valerosa y obstinada; mas como los castellanos les colocasen en el último extremo, pidieron aquellos á estos un plazo, como leales á su señor, á fin de exponer lo que ocurría y consultar su voluntad: hecho que honra muchísimo á la fidelidad de los vitorianos.

Era representante del rey de Navarra y gobernador del reino en ausencia del rey el prelado de Pamplona; y no queriendo recomendar á nadie la importante mision, él mismo pasó al África para dar á D. Sancho verbalmente cuenta de lo que ocurría. El rey, sin vacilar, dispuso que se entregase Vitoria al rey de Castilla; y al regresar el prelado, se dispuso todo como el rey de Navarra lo mandó, entregándose Vitoria al rey Alfonso VIII. Poco despues quedaron incorporados á la corona de Castilla todos los dominios de Álava y de Guipúzcoa, prestando el nuevo señor solemne juramento de guardar todas sus leyes, y mantener los fueros y privilegios de los moradores de aquellos nuevos é importantes dominios (1200).

Estaba espirando el siglo, cuando ocurrió un suceso de alta importancia para la gloria del reino de Castilla. Hallábanse á la sazón en guerra el rey de Francia, Felipe Augusto, y el rey de Inglaterra, Juan Sin-Tierra, hermano del valeroso Ricardo I, Corazon de Leon. Vinieron despues á proposiciones y tratos de paz, y entre las condiciones del convenio fué una el que el heredero de la corona de Francia, el delfin, contrajese matrimonio con doña Blanca, hija menor de D. Alfonso VIII de Castilla, como sobrina que era del rey de Inglaterra, por doña Leonor, princesa de este reino y reina de Castilla.

Reuniéronse los dos monarcas contendientes entre Boutavant y Gaillon: doña Leonor de Castilla llevó personalmente á su amada hija y la entregó al monarca inglés, y despues de realizarse entre ambos las condiciones de la paz, que no referimos porque no hacen á nuestro propósito, doña Blanca de Castilla fué unida en matrimonio al delfin de Francia, celebrando la sagrada ceremonia en Portmort de Normandía el arzobispo de Burdeos.

La hermosa, virtuosa y discreta doña Blanca fué despues madre de San Luis, rey de Francia, como lo fué de San Fernando, rey de Castilla y de Leon, la discreta, virtuosa y bella doña Berenguela. Notable gloria para el gran Alfonso VIII, *el de las Navas*, el haber tenido dos hijas adornadas de tantas y tan relevantes circunstancias, que llegaron á ser madres de dos grandes monarcas, ambos gloriosos, y santos ambos.

De tan feliz manera concluyó el siglo XII para Castilla; y puesto que al terminar aquel nada más ocurrió de notable, pasaremos á ocuparnos del reino de Leon.



## REINO DE LEON.

AÑO 1157 Á 1200.

Al ocurrir la muerte del gran emperador Alfonso VII (1157), subió al trono de Leon Fernando, II de su nombre, hijo de aquel excelso monarca, y hermano de Sancho III, el Deseado, que ascendió al de Castilla, segun ya hemos visto. No parece sino que estaban condenados los más grandes monarcas españoles á ser en su muerte perjudiciales á sus reinos, y esto tanto mas, quanto durante su vida habian sido más celosos de su poder y más afectos á engrandecer su reino y aumentar sus dominios. Verificóse de nuevo por la muerte del emperador y con arreglo á su última voluntad la separacion de los reinos de Castilla y Leon; empero afortunadamente ambos se dividieron por última vez.

Durante el corto tiempo que reinó D. Sancho de Castilla, su hermano el monarca de Leon no le inquietó ni suscitó la guerra en los dominios castellanos: muerto el primero, los bandos entre Castros y Laras hicieron necesaria la intervencion del segundo en los asuntos de Castilla. De todo quanto ocurrió con este motivo, tiene ya el lector conocimiento.

No es fácil averiguar si el rey de Leon abrigaba siniestras y ambiciosas miras respecto del reino que fué de su hermano, viendo el cetro en la débil é inútil diestra de un niño apenas nacido. Cierto es que al aspirar abierta y decididamente Fernando II á la tutela de su sobrino, lo hizo en virtud de haber solicitado su intervencion los Castros; empero no lo es menos que entró en Castilla con decidido propósito de apoderarse del tierno rey; que concibió inexplicable enojo al verse burlado, y que en despiques de la burla se apoderó de las más importantes plazas de los dominios de Alfonso VIII (1160).

Despues tuvo lugar la creacion de la órden de Santiago, cuyo notable suceso hemos consignado al tratar de los asuntos de Castilla, por hallarse en aquella época siendo *rey de hecho* Fernando II, aunque su sobrino lo era de derecho; porque no solo era dueño de las más importantes plazas, si que tambien entró en Toledo despues de haber sancionado la predicha fundacion, y por consiguiente era por entonces suya la respetable é importantísima córte de los monarcas godos, tan disputada y codiciada por los cristianos y musulimes.

No mucho despues tuvo que abandonar á Toledo para dirigirse á sus propios y verdaderos dominios, á fin de dedicarse á repoblar

muchos puntos de ellos y ponerlos en estado de defensa: entonces fortificó egregiamente los principales puntos situados en la ribera del Esla.

Poco tiempo habia pasado cuando tuvo que reprimir con la fuerza una sublevacion de los salamanquinos. El rey habia hecho restaurar á Ciudad-Rodrigo y Salamanca; mas como los habitantes de esta última habian en otro tiempo comprado ambas ciudades, se creyeron perjudicados y despojados por el rey, que restauraba y disponia de lo que miraban como cosa propia. La sublevacion, sin embargo, fué muy en breve sofocada, y luego de terminado este desagradable incidente decidió el monarca unirse en matrimonio á la hija de D. Alfonso Enrique, rey de Portugal, llamada doña Urraca (1164).

Con la proclamacion del rey de Castilla llevaron un mortal golpe las pretensiones del rey de Leon, si, como parece probable, las abrigaba. Quizá tambien detuvo sus naturales ímpetus y vehementes deseos el haber notado en Alfonso de Castilla, desde sus primeros pasos, el genio belicoso, la actividad y la inteligencia que muy pronto supó manifestar: de modo que bien fuese por haber cesado las discordias intestinas con la mayoría del rey castellano, ó bien porque este hiciese ver que no era fácil llamarle á la guerra sin que contestase de una manera muy digna del sucesor de Alfonso VII y de tantos ilustres y valerosos reyes, es lo cierto que Fernando II de Leon llevó hácia otra parte sus armas, desistiendo de todo proyecto respecto de Castilla.

A pesar de estar casado Fernando con una hija del rey de Portugal, tuvo necesidad de marchar hácia este reino en son de guerra. El soberano portugués habia llegado á recelar que la repoblacion de Ciudad-Rodrigo, de que en su lugar hemos hablado, tenia por objeto el hostilizar los dominios de su reino; porque además de repoblar la ciudad, la habia egregiamente fortificado. El rey de Portugal, sin más motivo que su recelo, mandó una expedicion contra Ciudad-Rodrigo, bajo las órdenes del príncipe D. Sancho, su hijo.

Esta injustificada agresion obligó á Fernando II á tomar las armas; y como no era posible que el jóven y bisoño D. Sancho pudiese ni supiese resistir al veterano y entendido rey de Leon, quedó aquel derrotado y prisioneros muchos portugueses, salvándose de experimentar el príncipe igual suerte apelando á la fuga.

Fernando II se mostró por el extremo generoso, tal vez por considerar que el rey de Portugal era su suegro, ó quizá por seguir sus naturales y buenos instintos: de un modo ó de otro, tan pronto como se terminó la batalla puso en libertad á todos los prisioneros, sin rescate ni condicion ninguna; lo que favorece mucho la



memoria de este monarca, puesto que él era el ofendido, y pudiera haberse vengado, ó cuando ménos, haber reservado los principales prisioneros por si acaso no terminaba la agresion.

El rey de Portugal, irascible, impetuoso y arrebatado, lejos de agradecer el noble y generoso comportamiento de su yerno el rey de Leon, picado con la derrota determinó continuar en el mal camino que habia emprendido. Dispuso una segunda invasion, que verificó personalmente, llevando en su compañía á su hijo D. Sancho; y entrando por Galicia tomó á Tuy, y se apoderó de los dominios de Toroño y de Limia.

La innata ira del rey de Portugal le hizo no variar de propósito; y aunque por entonces se dedicó á hacer la guerra á los mahometanos, aun en esto demostró su ambicion; porque llegó hasta Badajoz, ciudad que de perderla los musulmanes no debia ser de Portugal, sino de Leon. No bastó la consideracion de que, segun la situacion de la expresada plaza y los pactos y antiguos convenios que mediaban, nunca debia ser suya, sino de los dominios leoneses.

Viendo Fernando II que ninguna consideracion era bastante poderosa para detener al portugués en su ambiciosa carrera, se dirigió á Badajoz seguido de un respetable ejército; y llegó á las lineas cuando su suegro era dueño ya de más de la mitad de la asediada plaza. Entonces comprendió el rey Alfonso Enriquez todo lo critico de su posicion, puesto que tenia dentro de la ciudad, aunque estrechados, á los mahometanos, y fuera el hizarro ejército de su yerno.

Entonces experimentó el predicho soberano el merecido premio de su ambicion y altivez. Viendo que si persistia en su propósito, mahometanos y leoneses habian necesariamente de unirse, aunque momentáneamente, en contra suya, apeló á la fuga; y era ya hora de que tomase una determinacion, puesto que los del ejército de Fernando II habian penetrado en Badajoz, y batiéndose en las calles y plazas como verdaderos leones, llevaban en derrota á los portugueses.

En aquel conflicto puso el rey Enriquez á escape su caballo, con el objeto de salir de la ciudad; empero tal era su precipitacion, que al llegar á la puerta por donde pensaba evadirse, en vez de salir por el centro de ella dió contra uno de los extremos con tan terrible violencia, que vino el corcel al suelo, habiéndose fracturado una pierna por efecto de la terrible y violenta colision: una partida de ginetes leoneses hizo prisionero al rey de Portugal.

Fernando II demostró en aquella ocasion, más que en otra alguna, cuánta era la generosidad que abrigaba su nobilísimo corazón. Tan pronto como vió prisionero al rey su suegro, hizo que le

curasen y asistiesen con cuanto necesario le fuese, y despues le devolvió generosísimamente la libertad. La historia dice que sin hacerle recriminacion alguna; sin echarle en cara, como vulgarmente se dice, la injustificable manera con que habia faltado á todos los pactos y á la consideracion que su inmediato parentesco exigia, se limitó á decirle estas palabras: «Devolvedme cuanto me habeis usurpado, y marchad libre á vuestro reino.»

Al ver tan irrefragables pruebas de la bondad y generosidad de Fernando II, casi no podemos creer que un dia hubiese tratado de usurpar la corona á Alfonso VIII, su sobrino. Ciertamente es que algunas de sus acciones prueban lo contrario; á no ser que le obligase á proceder del modo que lo hizo, primero, los bandos de Castros y Laras; despues, el creerse escarnecido cuando en Soria, en vez de entregarle á su sobrino para que fuese su tutor, le arrancaron de sus brazos con pretexto de acallarle, y le llevaron á la ciudad de Avila. Tambien pudo el trascurso del tiempo mitigar su ambicion y amortiguar su irritable genio; si bien creemos que sobre los instantos ambiciosos no tiene accion ninguna el veloz caminar del incesante tiempo.

D. Alfonso Enriquez de Portugal, no pudiendo ser indiferente á la notable generosidad de su yerno, correspondió como debia, entregándole veinte y cinco fuertes y castillos que le habia quitado: hizo, además, un regalo de veinte hermosos corceles de batalla, dejándole en plena posesion de Badajoz.

Corria el año 1175 cuando los mahometanos intentaron apoderarse de Ciudad-Rodrigo. Pequeño ejército comparativamente al de los moros pudo reunir Fernando II, si bien puso sobre las armas todas las fuerzas disponibles de Leon, Galicia y Zamora; empero el valor suplió al número, y el valeroso Fernando logró un completo triunfo sobre la media luna. Dicese que valió á los cristianos la intervencion de Santiago Apóstol, cuyo favor «fué anunciado á un venerable canónigo de la iglesia de Leon por boca de San Isidoro, que se le apareció antes de la batalla.» Consignamos el hecho tal como ha llegado á nuestra noticia, sin que pretendamos dar ni quitar fuerza á su exactitud. Así está consignado en las antiguas crónicas; y como que á fuer de cristianos creemos en el innegable poder que Dios tiene de obrar sobrenaturales prodigios, no hemos querido guardar silencio sobre este punto, á fin de que los piadosos no le echen de menos en esta historia.

En la batalla se hicieron por los leoneses no pocos cautivos; y entre ellos lo fué D. Fernando Ruiz de Castro, el que gobernaba á Toledo cuando fué proclamado Alfonso VIII en la torre de San Roman. Grande fué el regocijo del caballero al verse entre los leoneses, y tambien fué grato á Fernando el haber encontrado á un guer-



rero que tan bien le habia servido. Incorporóse D. Fernando á las banderas leonesas y dejó de guerrear bajo los estandartes de la media luna. Por cierto que este caballero no debió ser tan bueno como de su origen debía esperarse; porque nunca podremos encontrar razon bastante fuerte para que un cristiano se refugie entre moros. Si la desgracia ó cualquier causa poderosa le obligaba á abandonar su patria, otros reinos cristianos y muy inmediatos tenia; mas de estos tristes hechos hay por desgracia bastantes ejemplares. En quanto á este individuo de la familia de los Castros, debemos creer fué discolo y descontentadizo; porque apenas vuelto al ejército leonés (1174), ya le encontramos renovando la lucha civil hasta el punto de venir á las manos con los parciales de la casa de Lara, encendiendo de nuevo las apagadas y antiguas discordias. Ambos bandos se dieron una formal batalla en que perecieron muchos de uno y otro de aquellos, sin exceptuar algunos caballeros cuya vida hacia falta á su patria. Entre estos se contó el suegro del mismo D. Fernando Ruiz de Castro, que lo era el conde Osorio, y pertenecia á la parcialidad de los Laras, á pesar de ser padre de la esposa de D. Fernando. Segun la historia refiere, la infeliz señora pagó inmerecidamente la insana altivez del furioso é inquieto caballero; porque como si ella tuviese la culpa de que su padre fuese adicto á los Laras, sufrió la vergüenza de verse repudiada por su esposo D. Fernando, despues de lo cual este se casó con doña Estefanía, hija ilegítima del emperador Alfonso VII, á quien gustoso se la concedió Fernando II.

También este monarca tuvo que separarse, y no sin grande sentimiento, de su esposa doña Urraca de Portugal. Parece que el Pontífice, sabedor de que entre ambos esposos mediaba el vinculo de parentesco en tercer grado, dictó la separacion en 1175. Fernando II era nieto de doña Urraca de Castilla, madre del emperador; y doña Urraca de Portugal era nieta de la infanta doña Teresa de Castilla, tia del emperador, y hermana de la madre de este soberano.

Era desgraciado el rey de Leon en sus enlaces; porque contrajo nuevas nupcias con doña Teresa de Lara, hija del conde D. Nuño, la cual solo vivió cinco años, para desgracia del reino. Deseando el monarca asegurar la sucesion á su corona, se desposó con doña Urraca Lopez, hija del conde D. Lope Diaz, que era señor de Vizcaya, de Haro y de Nájera. La nueva consorte era de intrigante carácter y por el extremo ambiciosa; y como hubiese dado al rey dos hijos, llamados D. Sancho y D. Garcia, trató desde luego de encontrar la manera de anteponerlos al principe Alfonso, hijo de Fernando y de doña Urraca de Portugal. Basaba sus pretensiones la ambiciosa señora en la ilegitimidad del precitado principe, co-



mo procedente de un matrimonio que habia sido anulado por el Sumo Pontífice; y con este desagradable motivo, ocasionó al buen rey graves disgustos.

Tuvo, sin embargo, el reino algunos años de paz, durante los cuales el monarca se dedicó al gobierno de sus pueblos, por cuyo bien miraba siempre con especial solícito cuidado, y principalmente en aquel periodo de tiempo durante el cual estuvo en paz con todos los demás soberanos.

Llegado el año 1184, dió Fernando II una ostensible prueba de su grande valor. Con motivo del sitio de Santarén, del cual hablaremos cuando nos ocupemos del reino de Portugal, se pusieron en movimiento las fuerzas de diversos puntos de la España cristiana. En lo más fuerte del ardoroso estío llegó al campamento mahometano la alarmante noticia de que el belicoso rey de Leon se dirigia hácia las líneas del sitio (24 de Julio). El valeroso Fernando, segun entre los almohades se decia, no limitándose á querer medir las fuerzas de su bravo ejército con las del enemigo, reataba á personal combate al mismo feroz emperador.

El rey de Portugal, siempre suspicaz, y receloso como quien era mudamente argüido por la propia conciencia, temió que el rey Fernando, en vez de llegar para auxiliarle en el apurado trance en que se encontraba, intentase vengar las ofensas que tiempo antes le habia inferido: como si no hubiera tenido la ocasion en la mano, á haber sido el leonés menos generoso, cuando le tuvo prisionero en Badajoz.

Ni esta clara y convincente razon le hizo disipar sus temores: por el contrario, envió un mensaje á Fernando II, por medio del cual le rogó no tomase parte en la guerra. El noble y generoso monarca contestó al que fué su suegro rogándole le hiciese justicia y creyese que el deseo de ir en su auxilio le habia obligado á penetrar en Portugal en son de guerra; y el rey Alfonso Enriquez no pudo dudar de las buenas intenciones de Fernando, despues de haber recibido la expresada respuesta: le era demasiado notoria la veracidad del monarca de Leon, para que pudiese temer le dijese una cosa sintiendo otra.

El desenlace del sitio de Santarén fué tan extraño como inesperado. Preparábase el ejército de Yussuf para recibir al de Leon, y todo anunciaba la proximidad de una batalla sangrienta y horrible: el alarmante fragor de las guerreras trompas; el siniestro crujir de los ferrados arneses; el agudo relinchar de los fogosos corceles, todo, en fin, anunciaba que ver al esperado enemigo y comenzar los horrores, el estrago y el destrozo, serian una cosa misma. Sin embargo, no hubo batalla, sino fuga de mahometanos, y carnicería hecha por las buidas lanzas de lusitanos y leoneses.





El feroz Yussuf, viendo que se acercaba ya el brillantísimo y fuerte ejército de Leon, y que á su frente llegaba el bizarro rey que le habia dirigido el valeroso reto, quiso montar á caballo; empero no pudo. Al poner el pié en el estribo, cayó desplomado sobre la tierra, quedando instantáneamente sumido en el sueño eterno.

Con la muerte del emperador quedó aterrado su formidable ejército: al momentáneo terror siguió el temor invencible, y poniéndose en precipitada fuga, fué acosado en todas direcciones por los soldados de Fernando II y los de Alfonso I de Portugal.

Lástima grande fué que un rey tan valeroso, benéfico y magnánimo como el de Leon, á quien con sobrada razon tanto amaban sus súbditos, no disfrutase en los últimos años de su vida del sosiego y tranquilidad que merecia. Doña Urraca Lopez, su última esposa, no le dejaba momento de reposo á consecuencia de sus ambiciosas pretensiones. Luchaba el bondadoso rey sufriendo todas las tristes consecuencias de una guerra doméstica, y á pesar de su bondadoso carácter, sostenia enérgicamente los derechos de su primogénito Alfonso, su hijo, y de su primera esposa Urraca de Portugal; mas este príncipe, que venia sufriendo uno y otro día los acerbos disgustos que su madrastra le proporcionaba, y que veia sucederse los años sin que cesasen sus tormentos, determinó alejarse de la corte.

Quizá la ausencia de Alfonso precipitó el desenlace de una enfermedad que aquejaba á Fernando II. Aquel partió en direccion de Portugal, sin otra intencion ni deseo que el de vivir sosegado y tranquilo; pero aun no habia llegado al término de su camino, cuando recibió el aviso del fallecimiento de su querido padre. Ocurrió esta desgracia para Leon el dia 21 de Enero de 1188, con extremado dolor del ejército, que perdía un valeroso y consumado general, y del pueblo que se veía huérfano de un padre amoroso y solícito. Habia podido experimentar bien cuán bueno era Fernando, durante el largo espacio de treinta y un años que reinó en Leon.

La pesadumbre de la reina no fué tan grande que la impidiese el querer aprovechar la oportuna y triste circunstancia, para obrar en favor de sus hijos; pero los prelados y magnates de Leon previnieron sus intentos con tanta actividad como decision, haciendo proclamar inmediatamente al fugitivo príncipe Alfonso, IX de su nombre. Este regresó al momento, y ciñó la régia diadema: doña Urraca, desistiendo por fuerza de su injustificable pretension, se retiró á Nájera.

ALFONSO IX.—1188.—Tenia diez y siete años Alfonso IX cuando empuñó el cetro de Leon; y su primer paso, despues de haber ascendido al trono, fué para dirigirse á Castilla, en donde reinaba su primo

el valeroso Alfonso VIII. Estaba este soberano en Carrion, celebrando Córtes (1188), y allí fué á buscarle su primo Alfonso IX para pedirle le armase caballero, lo que el rey de Castilla verificó gustoso, como el lector habrá visto al tratar de este último reino. Y ya que encontramos oportuna ocasion, manifestaremos, aunque será para muchos excusado, que el ser el rey de Leon, IX de su nombre, y VIII el de Castilla, consiste en haber estado tantas veces reunidos ambos Estados, que en diversas ocasiones ha sido uno mismo el Alfonso que ha reinado en Castilla y Leon, como sucedió con el VII, el emperador. La misma razon hay para llamar Fernando *Segundo* al último monarca leonés; porque Fernando *Primero*, el Magno, fué rey de Castilla y de Leon: por manera que ha sido forzoso adoptar un mismo orden de numeracion para Leon y para Castilla, reinos que tan pronto han estado separados como reunidos, y cuya desunion fué siempre de duracion muy corta. No creemos que esta digresion parezca inoportuna, puesto que si para muchos es completamente excusada, no lo será para algunos; y basta que pueda aprovechar, aunque sea á pocos, para que no la omitamos. Nuestro deseo es evitar confusion y dudas; y al que sea poco práctico en la historia, no dejará de ofrecérsele alguna confusion al ver reunidos á un Alfonso IX en Leon, primo del Alfonso de Castilla, VIII de su nombre.

El paso dado por el nuevo rey de Leon parecia anunciar una estrecha union y fuerte amistad entre ambos primos; empero en este mundo frecuentemente se ve suceder lo contrario de aquello que racionalmente debe esperarse. Dícese que Alfonso IX sintió despues haber pretendido de su primo le ciñese la espada y calzase la espuela de caballero; porque Alfonso VIII, lejos de mirar este paso como una prueba de amistosa deferencia, creyó ver un *reconocimiento de homenaje*; y que engreido el uno y resentido el otro, vinieron tiempo adelante á enemistarse.

Corria el año 1189 cuando Alfonso IX entró, con Portugal, Navarra y Aragon, en la confederacion contra Castilla; y siendo como era el rey de Portugal el verdadero motor de esta alianza contra Alfonso VIII, dió más firmeza á su proyecto consintiendo en el matrimonio de su hija doña Teresa, que dicen era muy hermosa, con el jóven rey de Leon, cuya alianza era de más importancia que ninguna otra. Esta infanta de Portugal, segun un respetable historiador, «arrebataba la atencion de cuantos la miraban; á sus »gracias naturales unia un juicio y una discrecion superiores á su »edad, con unas dotes y prendas sobrenaturales en el alma, que la »hacian parecer una imagen pintada por mano del Soberano Artífice, para tener en ella sus delicias.» (Florez.—Tomo I de las *Reinas católicas.*)



Estaba para terminar el año 1190, cuando se desposó Alfonso IX con doña Teresa de Portugal; y poco despues de comenzar el 1191 firmaron los monarcas leonés, aragonés y lusitano un tratado de amistad, comprometiéndose á no hacer guerra, establecer paz, ni pactar tregua ninguno de por sí, y sin la prévia aquiescencia de los demás soberanos aliados.

Ya sabe el lector que á pesar de haberse reunido en contra de Castilla por efecto de la precitada alianza, depusieron sus iras, en vista de la invitacion de Alfonso VIII, cuando el emperador de Marruecos desembarcó en España para contestar al reto del monarca castellano. Tampoco ignora cuán remiso anduvo el de Leon en acudir, y que por esta razon creció la enemistad entre ambos primos; y conoce, por fin, que el monarca leonés y el de Navarra, sin dejar que se repudiese Alfonso VIII del desastre de Alarcos, invadieron el territorio castellano.

Llegado el año de 1196, el Sumo Pontífice Clemente III supo que entre el rey de Leon y su esposa doña Teresa de Portugal mediaba un inmediato parentesco; porque eran hijos de dos hermanos: Alfonso IX era hijo de doña Urraca de Portugal, hermana de D. Sancho I, á la sazón rey de este último reino, y padre de doña Teresa.

El de Leon, que amaba entrañablemente á su esposa, se resistió á cumplir el mandato de la Santa Sede, y no se opuso ménos su esposa; mas como el cardenal Jacinto, legado del Pontífice, les conminase con las terribles censuras eclesiásticas si no se mostraban dóciles y sumisos, vacilaban entre el deseo de obedecer y el dolor que les ocasionaba el separarse amándose tanto, cuando falleció Clemente III. Por muerte de este Pontífice, ascendió el que en España era su legado, el mismo cardenal Jacinto; empero el nuevo Pontífice, que adoptó el nombre de Celestino, y fué tercero de él, trató de llevar á cabo la disposicion de su predecesor, mandando á España con el propio objeto al cardenal Gregorio de Sant'Angelo.

El nuevo legado se mostró severo al ver la resistencia que presentaban ambos esposos, favorecidos por algunos prelados leoneses: fulminó la excomunion sobre los reyes de Portugal y de Leon, sobre los obispos que apoyaban la resistencia, y el entredicho sobre los dos reinos. Puede juzgarse fácilmente á cuánta alarma y tristeza daría lugar este suceso entre los súbditos de aquellos soberanos, católicos todos, y todos angustiados por efecto de aquel conflicto. Á tal punto llegó el pesar y la inquietud general, que Alfonso IX, con muy grande dolor, porque amaba tanto á su esposa cuanto merecian su virtud, talento y hermosura, se decidió á consumir el sacrificio, á los seis años de su desposorio, plazo que para los dos esposos solo pareció de seis dias (1196).

Este triste incidente dió márgen á la union de Leon y Castilla, mediante el matrimonio de Alfonso IX con la hermosa y virtuosísima doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla. Aquel monarca tenia tanta suerte para obtener esposas llenas de perfecciones del espíritu y del cuerpo, como desgracia para vivir durante largo tiempo con ellas.

Apenas habia verificado su enlace con doña Berenguela, cuando la Santa Sede le mandó separarse de ella, porque tambien tenia parentesco con esta princesa en grado prohibido. Mas el término y desenlace de este nuevo y fatal incidente no tuvo lugar hasta despues de comenzado el siglo XIII; en virtud de lo cual y de no haber ocurrido en Leon al terminar el XII ningun suceso que merezca referirse, suspendemos aquí la narracion, para pasar á referir los correspondientes á otro reino.

## REINO DE NAVARRA.

AÑO 1151 Á 1200.

Por la muerte de García III, el Restaurador, subió al trono su hijo Sancho V Garcés, apellidado el Sábio. En bien acriagas circunstancias empuñó el cetro este jóven soberano, puesto que apenas habia sido sepultado su padre, cuando ya los de Castilla y Cataluña se preparaban de nuevo á invadir el territorio navarro. Repartiéndose anticipadamente los dominios que pensaban quitar al nuevo rey, cedia en su tratado el emperador al conde de Cataluña y príncipe de Aragon varios puntos que se incluian en el convenio, reconociendo este el pleito-homenaje al soberano de Castilla y Leon, en los mismos términos que Sancho Ramirez, y Pedro I, hijo de este.

Tambien tomó parte en esta alianza el príncipe D. Sancho de Castilla, despues Sancho III, el Deseado, el cual prometió dar auxilio al soberano de Cataluña para la conquista de Navarra; y Berenguer ofreció á D. Sancho que si su padre moria, le reconoceria todas las tierras de su posesion, así como en el caso de morir el mismo D. Sancho, haria el reconocimiento en favor de su hermano D. Fernando, que luego fué Fernando II de Leon.

Corria el año 1151 cuando se realizó el enlace de doña Blanca de Navarra con D. Sancho de Castilla, asistiendo Sancho V á los desposorios, que se verificaron en Calahorra. Este hecho debió sin duda paralizar los proyectos de nuevas invasiones; y no debía



temerlas D. Sancho de Navarra, cuando sin el menor recelo abandonó su reino para invadir los dominios de Ramon Berenguer IV, el cual estaba á la sazón en Provenza, á donde le habian llamado algunas turbaciones que sin su oportuna llegada pudieran haber tomado mucho cuerpo é importancia (1156).

De escasos resultados debió ser para Navarra la invasion hecha por su rey en los dominios de Berenguer, puesto que no se refiere ningun hecho notable á este propósito.

Poco despues ocurrió en Leon la sentidísima muerte del emperador (21 de Agosto de 1157), y aprovechando la oportuna ocasion el rey de Navarra, penetró en la Rioja, á la cual creía tener incuestionable derecho; y muerto el valeroso Alfonso VII, creyó el navarro fácil cosa el apoderarse de lo que tanto deseaba. No correspondió á su creencia el resultado: D. Ponce ó Ponce de Minerva salió á su encuentro por orden de D. Sancho el Deseado, hijo y sucesor del emperador, y derrotando á D. Sancho V de Navarra, le hizo replegarse y volver á su reino. Sin embargo, logró despues en parte realizar su deseo adquiriendo por sorpresa y por fuerza de armas algunos puntos de la Rioja, valiéndose de las aciagas circunstancias en que se hallaba el reino de Castilla, ocasionadas por la minoría de Alfonso VIII, y por los bandos de Castros y Laras.

Esto dió motivo á que los reyes de Castilla y Aragon se confederasen contra Sancho V, tan pronto como el primero salió de la menor edad, segun en su lugar hemos dicho, así como hemos referido la parte concerniente al señorío de D. Pedro Ruiz de Azagra, que tambien fué objeto de las miras de los soberanos confederados contra el de Navarra. Afortunadamente para este, la poca escrupulosidad en el cumplimiento de los artículos del precitado convenio hizo que este casi se destruyese por sí mismo; empero no por esto dejó el valeroso castellano de disminuir el territorio del navarro, deseoso de resarcir lo que este le habia usurpado en la tan disputada Rioja, durante el tiempo de su menor edad.

Esta continua lucha entre Castilla y Navarra dió márgen á que ambos monarcas, á instancias de los prelados y magnates, decidiesen el venir á un acomodamiento amistoso, para lo cual juzgaron conveniente nombrar un juez árbitro, quedando elegido el suegro de Alfonso VIII, Enrique II de Inglaterra, segun el lector ya habrá visto, así como el resultado de este real pleito, y la sentencia del árbitro.

De nada sirvió esta decision, y de nuevo volvió á levantar la cabeza la destructora guerra, sin que uno y otro pueblo saliesen de aquel estado de ansiedad durante muchos años. Ya habia llegado el 1179 cuando cansados ambos príncipes, y doliéndose al fin de que sus pueblos careciesen del bien inapreciable de la benéfica paz,

se reunieron entre Nájera y Logroño, y allí sin agena intervención se concertaron, bajo las cláusulas que hemos manifestado al tratar del reino de Castilla.

También Sancho V de Navarra tomó parte en la confederación contra Alfonso VIII, propuesta por el rey de Portugal y admitida por los de Leon, Aragon y Cataluña. Estaba Sancho V á la sazón indispuerto con el rey de Aragon; mas como este le propusiera el entrar en la liga, y como jamás anduvo remiso para perjudicar al de Castilla, á pesar de tantos y tantos pactos y reconciliaciones, se avistaron ambos monarcas en Borja, en cuyo punto reanudaron su amistad; y para más afirmarla y como garantia del cumplimiento del mútuo compromiso, cambiaron cierto número de castillos.

El rey de Navarra estaba muy distante de imaginar que se acercaba el fin de su vida, cuando el de Castilla remitió su enérgica carta retando al emperador de Marruecos. En el mismo año (1194) falleció Sancho V Garcés, el Sábio, sucediéndole en el trono Sancho VI, denominado el Fuerte.

SANCHO VI, *el Fuerte*.—1194.—Al empuñar Sancho VI el cetro de Navarra, no habia tenido ningun choque ni disgusto con Alfonso VIII de Castilla; más sin embargo, parece que habia heredado de su padre Sancho V la mala voluntad que siempre abrigó contra aquel magnánimo rey. Este fué invitado por Alfonso, cuando la innumerable muchedumbre marroquí invadió la peninsula española, para responder al reto hecho por el bizarro monarca de Castilla al emperador de Marruecos. También como los demás soberanos ofreció acudir personalmente con su ejército á donde le llamaban los caros intereses de la santa Cruz y el bien de la España; empero habiendo obrado también con la lentitud que los demás monarcas, contribuyó á que se consumase la terrible pérdida que tuvo lugar en Alarcos.

Después de esta procedió de una manera impropia de un rey cristiano, invadiendo el territorio castellano, aunado con el de Leon, cuando debia comprender que estaban harto menguadas las fuerzas de Castilla á consecuencia de la expresada derrota; falta que borró cumplidamente en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, según veremos después, al tratar nuevamente de los asuntos de Castilla.

Entretanto y como no cesase la agresion del navarro, agresion que, por otra parte, era rechazada y á veces motivada por el de Castilla á consecuencia de antiguos resentimientos, el Sumo Pontífice creyó debia intervenir directamente en aquellas terribles discordias, que tanto perjudicaban á una gran parte de la cristiandad, á fin de que tuviesen un término.



Sancho V, en su afán de adquirir fuerzas militares para hacerse más temible á los que miraba como enemigos, dió el falso y reprochable paso de aliarse con el emperador de los almohades: cosa que siempre hemos reprobado y debe reprobarse, aunque tantos fueron los que dieron y siguieron el ejemplo.

El Sumo Pontífice Celestino III tomó decidido empeño en poner un dique al impetuoso torrente del arrebatado genio de Sancho VI. A este fin envió á España al cardenal Gregorio: lo mismo hizo despues Inocencio III, mandando por su legado al cardenal Raynerio, y ambos mandaron al rey de Navarra, bajo pena de excomunion y entredicho, pusiese término á la guerra contra el castellano, separándose de la bochornosa alianza que tenia establecida con el jefe supremo de los infieles.

De poco sirvieron las buenas diligencias de la sede pontificia: Sancho VI, lejos de separarse de su amistad con Yacub-ben-Yussuf, emperador de los almohades, pasó personalmente á África, á fin de avistarse con su aliado y disponer de comun acuerdo cuanto fuese más conveniente al mútuo empeño de hacer la guerra á los soberanos de Castilla y Aragon, ó mejor dicho, para continuar la que ya tenia comenzada (1199).

Llegó en ocasion desgraciada: Yacub acababa de espirar, y le habia sucedido en el imperio su hijo Mohammed-ben-Yacub. Avistáronse el navarro y el marroquí, y continuaron la amistad que el primero habia tenido con el padre del segundo; mas dilatándose un dia y otro dia el determinar las cláusulas del convenio ó pacto de alianza, permaneció en África Sancho VI tomando activa parte en las guerras civiles, favoreciendo á Mohammed con su temible espada y con su incuestionable valor, que le hizo merecer el dictado de Fuerte: la historia prueba que mereció este epíteto mucho mejor en nuestro concepto que su padre el de Sábido, con que la misma historia le designa.

Su intempestivo viaje, que fué, como era justo, muy mal mirado por todos los monarcas cristianos, le hizo perder la parte que formaba en otro tiempo la Ruconia, con Aybar, que pasó á poder del rey de Aragon; Alfonso VIII le tomó á Guipúzcoa, con todo lo demás que hemos consignado al tratar del reino de Castilla.

Entonces fué cuando pasó al África el obispo de Pamplona, para hacer presente á Sancho VI la situacion de Vitoria, y que sus fieles vasallos esperaban su órden para resistir ó para entregarse al rey de Castilla. D. Sancho mandó que optasen por este último extremo, segun en su lugar hemos consignado (1200), con cuyo sucesó terminan los ocurridos en el reino de Navarra durante la segunda mitad del siglo XII.

## REINO DE ARAGON Y CONDADO DE CATALUÑA.

AÑO 1151 Á 1200.

Un año despues de haberse unido en matrimonio Ramon Berenguer VI, conde de Barcelona y príncipe de Aragon, con doña Petronila, infanta de este reino, se sintió esta señora próxima á dar á luz un hijo. Antes de que llegase el crítico instante determinó hacer testamento, como lo verificó en efecto, dejando todo el reino de Aragon al hijo que habia de nacer, en los mismos términos que lo habia poseido su tio D. Alfonso I, el Batallador, con la cláusula de que su esposo Ramon Berenguer poseeria la administracion y usufructo durante su vida; empero en el caso de ser princesa la que naciese no disponia lo mismo, puesto que se limitaba á recomendarla á su esposo el príncipe, á fin de que la dotara de digna y conveniente manera, procurando hacerla contraer un enlace honorífico: de este modo, como sienten varios autores, excluyó tácitamente, ó sin disposicion expresa, la sucesion de las hembras á aquella corona. Tambien dejó consignado que si Ramon Berenguer sobrevivia al hijo, aquel seria dueño absoluto del reino.

Llegó el momento, y la reina dió á luz felizmente un infante á quien se puso por nombre el mismo que llevaba su padre, aunque despues le trocó en el de Alfonso, como en su respectivo lugar verá el lector (1152).

Luego que Berenguer vió libre á su esposa de todo peligro, salió á campaña, que fué para sus armas brillante. Quitó á los mahometanos varias fortalezas, y entre otros puntos importantes les arrebató tambien la villa de Ciurana. Dejó libre de enemigos todo aquel territorio, incluso las montañas de Cataluña; y despues de hacer poblar de cristianos todos los sitios des poblados por los moros á fuerza de armas, pasó al Bearne, y á Provenza, en donde cumplió como valiente hasta que le hizo regresar á sus dominios la injustificable invasion del rey de Navarra, con cuyo motivo entró precipitadamente en Cataluña y llegó hasta Lérida, en donde se avistó con el emperador (1156) Alfonso VII de Castilla, y ambos ratificaron el tratado que en contra del navarro hicieron en Tudela seis años antes, concertándose además el matrimonio de la infanta doña Sancha de Castilla, que apenas contaba dos años de edad, con el príncipe Ramon, hijo de Ramon Berenguer, que apenas habia cumplido cuatro.



En tanto el conde de Cataluña y príncipe de Aragón, que había ajustado diversos tratados con el emperador, según ya hemos visto, los ratificó con el hijo de este último soberano, Sancho III, el Deseado; y llegado el año 1158, terminaron afortunadamente, y con gran ventaja de los reinos cristianos, las guerras con Navarra, merced á las oportunas y reiteradas diligencias é instancias de algunos respetables varones é importantes personas.

Libra de este cuidado, dedicó todo el suyo á sosegar las continuas inquietudes de Provenza, en donde existía la familia de los *Baucios*, cuyos individuos turbulentos é inquietos la traían agitada. En esta guerra de la Provenza adquirió grande gloria Ramon IV: quitó á los Baucios gran número de castillos, que, según algunos, pasaron de treinta; y en la toma del fuerte de Trencataya desplegó recursos que en aquel entonces fueron muy admirados. Entré otros, hizo construir un grande castillo movible, á modo de las antiguas máquinas de guerra, de tan grande tamaño y capacidad, que iban dentro de la inmensa mole más de doscientos guerreros.

Grande fué la admiracion que causara en el ánimo de cuantos miraban el inmenso castillo, al ver cómo era magestuosamente conducido por las aguas del Ródano; y no fué menor el pasmo y aun el temor que impuso á los sitiados, puesto que sin más que ver acercarse á la imponente fortaleza el formidable aparato guerrero, se rindieron sin esperar un momento. Ramon Berenguer IV, indignado con la pertinaz resistencia del fuerte, y para castigar la reiterada infidelidad de los Baucios, mandó demoler la gran fortaleza de Trencataya, sin dejar ni aun los cimientos, ni el menor vestigio.

Tambien sostuvo el conde de Cataluña y príncipe de Aragón muy buenas alianzas con príncipes extranjeros. Estaba aliado con el rey de Inglaterra, Enrique II, suegro de Alfonso VIII de Castilla, al cual dió auxilio en la conquista de Tolosa; y llegó á tanto su intimidación con él, que ambos concertaron el matrimonio de una de sus hijas con el príncipe Ricardo de Inglaterra, hijo de Enrique II, que despues fué rey, primero de su nombre y apellidado *Corazon de Leon*. Tambien se alió despues con Federico, llamado Barbaroja, emperador de Alemania: parece que el entablar esta amistad fué á consecuencia de haber negociado el matrimonio de la emperatriz doña Rica, viuda de Alfonso VII de Castilla, con el conde de Provenza. Este era sobrino de Ramon IV, y doña Rica tenia parentesco con el emperador de Alemania, como hija que era de Ladislao, rey de Polonia.

Al concertar este matrimonio se estipuló que en el mes de Agosto se trasladarian Ramon Berenguer IV y el conde de Provenza á Italia, para ratificar el tratado. Emprendieron ambos príncipes,

tio y sobrino, el proyectado viaje, llevando en su compañía el barcelonés una gran comitiva, para hacer ver la importancia y opulencia de su córte.

Llegaron felizmente á Génova; de allí se dirigieron á Turin; empero en el Burgo ó aldea de San Dalmacio se sintió enfermo Ramon IV, y no pudo proseguir su camino. La enfermedad ganó tan instantáneamente terreno que en pocos momentos se vió á las puertas del sepulcro, al cual descendió al tercer día de haber enfermado, sin poder hacer testamento escrito. Sin embargo, manifestó verbalmente su última voluntad, mediante la cual legó á su primogénito, el hijo de doña Petronila, todos los dominios de Aragon y Cataluña, con cuanto fuera de estos poseia, exceptuando el señorío de Carcasona, Narbona y Cerdaña que dejó al infante don Pedro, su hijo segundo. Mandó que este reconociese el pleito-homenaje á su hermano mayor por los expresados señoríos, y que hasta salir de la menor edad y armarse caballero, administrase el mayor los señoríos. Para suceder en la corona, en caso de fallecimiento de los hijos mayores, dejó dispuesto heredasen, por orden de nacimiento, á Ramon, Pedro; y á Pedro, Sancho, hijo tercero; y por último, á su esposa señaló la villa de Rivas y la de Besalú, manifestando que dejaba sus hijos y dominios *bajo la tutela y amparo de su amigo el rey de Inglaterra*.

Tal fué el testamento verbal que hizo Ramon Berenguer IV, despues de lo cual espiró con entero ánimo y grande fortaleza, el día 7 de Agosto de 1161. Fué uno de los príncipes notables, especialmente en Cataluña, cuyos naturales le apellidaron el *Santo*, á consecuencia de su amor á la justicia, sus inmejorables costumbres, su piedad y celo por la religión, la exactitud en cumplir sus promesas, y todas las muchas y muy notables circunstancias de que estuvo adornado, entre las cuales figuraba un valor muy probado y nada comun, y una clara inteligencia en asuntos de gobierno y de guerra.

Fué extraño en verdad que siendo doña Petronila la verdadera reina de Aragon, y habiendo el difunto príncipe amado tanto á su esposa, no la hubiese tratado de más mirada manera en su última disposicion. Cierta es que ella misma, reina propietaria, excluyó á las hembras de la sucesion á la corona, pocos momentos antes de ser madre, segun hemos visto no hace mucho: acaso estarian de acuerdo en este punto ambos consortes, quienes siempre mantuvieron la mayor union y afectuoso acuerdo entre sí. Sea por esta causa, sea porque el grande y noble ánimo de aquella señora fué superior á mezquinos resentimientos, es lo cierto que despues de regresar á Cataluña el conde de Provenza, doña Petronila hizo una convocacion á Cortes generales.



Celebráronse estas en Huesca, con asistencia de todos los preladados, magnates, ricos-homes, caballeros, y los procuradores de las ciudades y villas del reino. En aquellas Córtes la magnánima señora aprobó plena y completamente la última disposicion de su esposo, encomendando el cuidado y gobierno de Cataluña, durante la menor edad de su primogénito, á D. Ramon Berenguer, conde de Provenza y sobrino de su difunto esposo: tambien *dispuso que en lo sucesivo se llamase Alfonso su hijo*, en vez de Ramon (1162). Poco tiempo despues, hallándose en Barcelona, hizo una cesion solemne de todos los dominios de su primogénito, y ratificó en favor del nuevo soberano el testamento de su esposo Ramon Berenguer IV (1164), del mismo modo que lo habia hecho en Aragon, á fin de no dejar puerta abierta á las discordias y turbulencias.

El nuevo rey, á quien ya llamaremos Alfonso II, pasó muy pronto á Zaragoza á celebrar Córtes. Reuniéronse tambien en estas los preladados, ricos-homes, mesnaderos, infanzones, y los procuradores de Huesca, Tarazona, Calatayud, Daroca y Jaca.

Era de ver un rey de esbelto talle, noble fisonomía y buenas proporciones, que solo contaba á la sazón doce años de edad, presidiendo aquella reunion de príncipes de la Iglesia, de hombres encanecidos en las nobles faenas del gobierno y de la guerra, y de todo lo más principal y florido de aquellos reinos.

Ante las Córtes prestó el tierno rey solemne juramento, manifestando que desde aquel día hasta el en que fuese armado caballero, expulsaria de sus dominios á toda persona que no entregase las tenencias, castillos y propiedades de la corona, sin consideracion á la categoria de la que á su deber faltase, retirándola cuanto poseyese *por heredad y por merced de honor*. Juraron á su vez todos los presentes cumplir lo dispuesto por el soberano, y se disolvieron las Córtes, en medio de la popular alegría; porque todos esperaban mucho, con el caminar del tiempo, del nuevo soberano.

Desde sus primeros pasos sobre el trono fué muy afortunado. Corria el año 1166 cuando vió agregado á sus dominios el condado de Provenza, porque su primo Ramon habia fallecido sin dejar sucesor directo (1166); despues de lo cual, segun ya conoce el lector, fué llamado Alfonso II de Aragon por el VIII de Castilla, para convenir con aquel soberano en los medios de poner un definitivo término á las discordias que entre sí tenian, principalmente por cuestiones de límites territoriales. Entonces fué cuando se avistaron en Sahagun; acordaron lo conveniente al propósito que los habia reunido; cambiaron entre sí y en garantia algunos castillos, y despues se dirigieron juntos á Zaragoza; porque el de Castilla iba á esperar á su futura esposa la princesa Leonor de Inglaterra, hermana de Ricardo Corazon de Leon y de Juan Sin-Tierra.

Después de verificado el matrimonio de los reyes de Castilla (1170) en Tarragona, recibió el de Aragón la placentera nueva de haberle reconocido la vizcondesa de Bearne el feudo y vasallaje por dichos estados y por los de Gascuña (1170); y no mucho después renovó Alfonso II su amistad con el castellano para hacer la guerra al rey de Navarra, el cual había quitado á Alfonso VIII varios puntos de la Rioja: entonces tuvo lugar la invasion del rey de Aragón por Tudela, tomando á Arguedas, y del de Castilla por Logroño, llegando hasta Pamplona (1171).

Después del enlace de Alfonso VIII con Leonor de Inglaterra, aquel tomó sobre sí el empeño de obligar al rey moro de Murcia Aben-Lop (conocido en las crónicas por el *rey Lobo*) á que pagase á Alfonso de Aragón el tributo debido, por el reconocimiento de feudo y homenaje hecho á D. Ramon Berenguer, padre de Alfonso. Aben-Lop, cuando el rey de Aragón se dirigió á Provenza, dejó de cumplir aquel deber; y la promesa del castellano agradó mucho á Alfonso II, pues que por el extremo le convenia. En tanto él, como valeroso monarca, se dirigió al Guadalaviar, en donde sometió á los mahometanos y les arrebató los castillos que en aquella comarca poseian. Desde allí marchó animoso á las montañas de Prades, limpiándolas de musulmanes, y sometiendo á su poder todo aquel territorio.

Mirando siempre Alfonso II al engrandecimiento de su reino, y muy deseoso de sojuzgar á los moros valencianos, pobló y fortificó egregiamente á Teruel, dándole en feudo á un valeroso caballero, rico-home de animoso corazon, llamado D. Berenguer de Entenza; y á los pobladores concedió el fuero de Sepúlveda.

Por este tiempo murió Aben-Lop de Murcia, y Alfonso II decidió llegar animosamente hasta las murallas de Valencia, talando la vega y colocando en tal conflicto al emir, que entró en proposiciones con el aragonés. Una injustificada invasion del navarro en los dominios de Alfonso II obligó á este á retirarse á sus estados, abandonando su empresa (1172).

Después de esto comenzó la nueva enemistad entre los dos Alfonsos, á consecuencia de lo ocurrido contra el caballero Azagra, que no reconocia la soberanía de ninguno de los dos monarcas y estaba apoyado y protegido por el de Navarra; mas como en el cange de castillos entre ambos Alfonsos estuviese incluida la plaza de Ariza y esta fuese entregada al de Castilla por Nuño Sanchez, se disgustó el aragonés y se vengó de una manera poco acertada y justa: renunció la mano de la princesa doña Sancha de Castilla, con quien desde la infancia tenia ajustado el enlace, y pidió la de una hija de Manuel, emperador de Constantinopla.

El emperador de Oriente aceptó complacidísimo la propuesta de



Alfonso II, y su hija, llamada Eudoxia, vino á España acompañada de un prelado y de algunos magnates griegos. Tambien vinieron en su compañía el obispo y ricos-homes aragoneses que pasaron á Constantinopla á solicitar la mano de la princesa de Oriente. ¿Quién no habia de creer que el regio enlace se verificaria muy en breye? Sin embargo, al llegar á Mompeller la princesa recibió la noticia de que Alfonso II se habia ya desposado con doña Sancha de Castilla (1174), hija de Alfonso VIII.

Grande fué el desaire que recibió el emperador Manuel, y se conoce que trató de remediarle de cualquier manera, puesto que allí mismo se ajustó y efectuó el matrimonio de la princesa Eudoxia con D. Guillen, conde de Mompeller. La diferencia de uno á otro esposo, prueba la prisa que tuvo el emperador para no dejar que volviese al imperio desairada su hija.

Reanudadas las amistosas relaciones entre los dos Alfonsos de Castilla y de Aragon, determinaron continuar guerreando contra el navarro. Este fué perdiendo todos los puntos que habia usurpado á Alfonso VIII; y llegaron á cercarle tan estrechamente en el castillo de Leguin, que hubiera caido seguramente en poder de los aliados si no hubiese salido de incógnito, aprovechando el favor de las nocturnas tinieblas.

Dos años despues de haberse verificado el matrimonio del de Aragon con doña Sancha terminó la guerra con Navarra, á consecuencia de haber recuperado Alfonso VIII todo cuanto injustamente se le habia usurpado. En el mismo (1176) hizo el conde de Tolosa solemne renuncia de los derechos que pretendia tener á los estados de Provenza, y mediante aquella quedó Alfonso II, sin opositor ninguno, dueño de aquellos dominios.

Tambien dió Alfonso II muy importante auxilio á su suegro Alfonso VIII en la conquista de Cuenca, por cuyo auxilio este soberano libertó del feudo y alzó el pleito-homenaje al de Aragon, segun hemos referido al tratar del reino de Castilla (1177).

Continuó despues Alfonso de Aragon peleando contra los mahometanos, y recibiendo cada dia nuevo aumento en sus dominios y mayor seguridad en los ya adquiridos. El conde del Rosellon, que falleció sin dejar ningun hijo, legó al rey de Aragon y conde de Cataluña sus estados: poco tiempo despues llevó sus armas contra Athon, vizconde de Nimes, y Roger que lo era de Carcasona, los cuales, sublevados contra Alfonso, fueron por fin sometidos y obligados á rendirle pleito-homenaje (1181).

Hasta 1187 se ocupó de la guerra contra los infieles, ya en Murcia, ya en Valencia, ya en los límites de Cataluña; y en el mismo año el vizconde Gaston, hijo de la vizcondesa de Bearne, ratificó el juramento hecho por su madre, reconociendo tambien al de Aragon

el feudo y vasallaje por sus estados. Por manera que el afortunado y bizarro Alfonso II llegó á titularse y ser rey de Aragon, conde de Barcelona, conde del Rosellon y marqués de Provenza, teniendo por sus vasallos y feudatarios á muchos condes y señores, segun hemos visto, tanto dentro como fuera de las fronteras y límites naturales de España.

Tambien este soberano fué invitado por el de Castilla para tomar parte en la cristiana cruzada contra los marroques que habian desembarcado en Algeciras; y tambien como los demás monarcas tardó en aparecer, dando lugar á la formidable derrota de Alarcos.

Quede al buen juicio del lector el investigar si de intento dejaron los soberanos cristianos aislado al de Castilla, celosos de su creciente poder y deseando que se aminorasen sus fuerzas, ó si la casualidad hizo que ninguno se apresurase. Para acontecimiento *casual*, lo fué muy grande; mas sin embargo, todos aquellos monarcas eran bizarros y enemigos de los mahometanos. El de Aragon, de cuyos hechos nos venimos ocupando, ni pudo ser más valiente ni dar más en que entender á los musulmanes: desde el año 1187, sin que pueda de él designarse ningun hecho importante, se sabe, no obstante, que continuó la guerra contra los moros, y que al mismo tiempo cuidó de aumentar y asegurar sus dominios, hasta el 1195 en que ocurrió la funesta jornada de Alarcos.

Despues de esta poco pudo hacer. Estando en Perpiñan enfermó gravemente, dejando de existir el dia 25 de Abril de 1196. Su muerte fué sentidísima del pueblo y del ejército, y acompañado de bien sinceras y sentidas lágrimas fué su cadáver trasladado al monasterio de Poblet, el cual habia sido elegido por él para descansar eternamente, y al que legó su corona y la dominicatora de Vinaroz. De entonces data el haber sido el expresado monasterio destinado para panteon de los reyes aragoneses, en lugar del de San Juan de la Peña que hasta entonces habia estado destinado para el mismo objeto.

Dejó tres hijos, llamados D. Pedro, D. Alfonso y D. Fernando. Legó al primero el reino de Aragon y el condado de Cataluña, los del Rosellon y Pallás, con todos los estados comprendidos entre Bitierres y el puerto de Aspe; dejó á D. Alfonso, su segundo hijo, los condados de Provenza, Gabaldá, Redón y Amiliá, con más ciertos derechos en el señorío de Mompeller; y al tercero, D. Fernando, nada dejó sino el mandato de que entrase en el monasterio de Poblet. Finalmente, despues de expresar otros pormenores relativos á la sucesion de varon en varon, y en caso de fallecimiento de todos ellos á sus hijas, dispuso quedase como tutora la reina doña Sancha hasta que cumpliese el mayor veinte años, y diez y seis don Alfonso.

tambien hecho por su madre, reconocido tambien al de Aragon



Por sus escrupulosas y puras costumbres dieron á este rey el nombre de *Casto*, como al Segundo Alfonso de Leon. Fué valeroso, entendido, activo y muy celoso por la religion, demostrando su piadosa munificencia haciendo grandes donaciones á los templos y monasterios, así como á los caballeros templarios y á los de San Juan.

Magnificas fueron las exequias que al gran rey hicieron en Zaragoza, despues de las cuales, el mismo dia, hizo D. Pedro la solemne confirmacion de todos los fueros y privilegios del reino; confirmacion que ratificó en el último tercio del año (mes de Setiembre), ante las Córtes reunidas en Daroca, con asistencia de todos los prelados y magnates, mesnaderos y procuradores de las ciudades y villas.

Entonces fué cuando el nuevo rey D. Pedro II tomó posesion de su reino, por acuerdo mútuo de las Córtes y de doña Sancha, madre y tutora del nuevo soberano; y terminada la solemne é imponente ceremonia, se preparó para pasar á Castilla en auxilio de Alfonso VIII, que sostenia guerra contra el rey de Leon y contra el emperador de Marruecos, y terminó el siglo para Aragon apoderándose el rey de Aybar, y de toda la parte de la antigua Ruconia, en tanto que el de Castilla tomaba á Guipúzcoa, segun en su lugar dejamos referido.

## REINO DE PORTUGAL.

### ORÍGEN Y FUNDAMENTO DEL ESTADO DE PORTUGAL, HASTA CONSTITUIRSE EN REINO INDEPENDIENTE.

Pocas líneas dedicaremos á manifestar á nuestros lectores el origen del reino de Portugal; porque de no hacerlo así, sobre faltar á nuestro firme propósito de ser tan lacónicos y concisos cuanto sea posible, quizá en vez de presentar la debida y necesaria claridad podria resultar confusa la narracion.

La antigua Lusitania, hoy Portugal, fué siempre, porque no es posible deje de serlo, una parte de la península ibérica. Con España corrió en remotos tiempos todas las buenas y malas fortunas, y con ella sufrió tambien todas las dominaciones y pugnó por romper todos los yugos que sucesivamente le fueron por la fuerza impuestos.

En la Lusitania vió la primera luz el gran Viriato, á la sazón tan español como el Cid, y como los renombrados caudillos nacidos

en Castilla, Leon, Navarra, Aragon, Cataluña y demás dominios de esta península: inmortal héroe, que sin la repugnante traicion y malas artes de la romana república, quizá, auxiliado por los demás caudillos españoles, hubiera logrado que huyesen por el ancho espacio despavoridas y para siempre las orgullosas águilas latinas.

Cuando ocurrió la formidable invasion de los descreídos mahometanos, tambien sufrió la Lusitania la misma suerte que la España toda; y como muy inmediata aquella á la gloriosísima cuna de la restauracion de la antigua monarquía gótica, tambien fué muy pronto objeto de las miras de los bizarros monarcas de Asturias y Leon, casi todos muy dignos sucesores del memorable y heróico D. Pelayo.

Créese que Lusitania cambió su nombre cuando ya corria el siglo X, tomándole de uno de sus más importantes distritos situado sobre el Duero y denominado *Portu-Cale*, llamado tambien *Terra Portucalensis*.

No necesitamos consignar aquí las conquistas hechas en Portugal cuando era dominado por los musulimes, conquistas, ó reconquistas más bien, que tanto y tan inmortal renombre dieron á Fernando I el Magno; porque el lector las conoce, así como tambien las que llevaron valerosamente á cabo otros monarcas sus sucesores. Sabe asimismo que el precitado y memorable soberano, al dividir sus reinos entre sus hijos, legó á D. García la Galicia con la parte que poseía en Portugal, y que formando ambos dominios un mismo reino, los adquirieron ó poseyeron los demás monarcas, llegando á formar la parte de Portugal un estado tan vasto que fué preciso nombrar para regirle condes ó gobernadores, sujetos ó dependientes de otro conde, que generalmente era denominado duque (*dux*) por la superioridad que tenia y por ser el encargado del mando de las armas, el cual tenia á su inmediato cuidado la vasta provincia de Galicia. Tambien los condes de Portugal estuvieron á las veces sujetos á la inmediata autoridad del soberano.

Como se hallaban muy distantes de la córte, era forzoso pensasen en mandar, sin querer obedecer á superior alguno; y si bien se comprende que la misma razon pudo militar en Portugal para hacerse independiente, que aquella que militara en Castilla y en otros puntos de la península, en cambio debió haber tenido la expresada razon igual fuerza para Portugal que para Castilla y demás reinos independientes de España, al procurar la reincorporacion de todos ellos, para formar con todos la magnánima y poderosa nacion española.

Débese en gran parte la independenciam de Portugal á Alfonso VI de Castilla y Leon: falta en él imperdonable, y tanto menos disculpable cuanto que fuera de esto fué un gran monarca y de los más



dignos de empuñar el régio cetro. El exceso de su cariño á doña Urraca y doña Teresa, hija legítima la primera é ilegítima la segunda, le cegó hasta el punto de colocar involuntariamente la piedra angular de la independencia portuguesa; porque al exceso de cariño que á sus hijas profesaba unió el dispensar un desmedido favor á dos condes francos, D. Ramon y D. Enrique de Borgoña, á los cuales las unió en matrimonio, dando al primero el condado de Galicia, y el de Portugal al segundo; pero ya con cierta independencia y soberanía, puesto que el feudo y el vasallaje para quien disponia de gente armada y avezada á la guerra era en aquel entonces lo mismo que ser árbitro y dueño de las propias acciones: el juramento se observaba mientras era conveniente; y cualquier pretexto, y ninguno muchas veces, bastaba para quebrantarle si habia esperanza de que un buen suceso coronase la deslealtad y el perjurio.

D. Enrique, el esposo de doña Teresa, hija ilegítima, como ya hemos dicho, de Alfonso IV, fué el primer conde de Portugal, cuyo condado, como más de una vez hemos tambien indicado, dió en dote el rey de Castilla y Leon al verificarse el matrimonio de su hija con el precitado D. Enrique. Este príncipe era entendido y valeroso; empero estaba lleno de ambicion, la cual le obligaba á observar una conducta tan ambigua y dudosa como es, por regla general, la de todos los ambiciosos. Por esto le hemos visto unas veces favoreciendo ó auxiliando á su suegro el rey de Castilla y Leon, y otras demostrando á mano armada sus aviesas intenciones respecto del mismo reino y sus proyectos de usurpacion, despues de muerto su suegro, fundados en estar unido á una hija del rey; como si nada significase la ilegitimidad de su esposa, y más aun viviendo la hermana de esta, doña Urraca, que era hija legítima. Todo esto lo conocerá bien el lector, porque lo habrá visto en la narracion relativa á los sucesos ocurridos en Castilla.

En cuanto al valor de D. Enrique, podemos decir que lo demostró muy á las claras, no solamente al procurar llevar á cabo sus proyectos ambiciosos, si que tambien peleando bizarramente contra los mahometanos. Detúvose de pronto en el camino de la gloria que le hacia adquirir renombre en la península, para ir á buscar nuevos laureles en los lugares santificados con la sagrada planta del Redentor del mundo. En el año 1101 publicó una nueva cruzada el Sumo Pontífice Pascual II, y D. Enrique se apresuró á tomar la roja cruz para dirigirse á la Palestina.

Cinco años estuvo ausente, durante los cuales su esposa doña Teresa gobernó el condado por su esposo, con tanto acierto como podia esperarse de ella: demostró que eran su ambicion y su energía y su actividad tanto ó más grandes que las de su esposo D. En-

rique, dando á entender por sus hechos despues de estar viuda, que quizá ella era el alma de todos los proyectos y la que movia á su placer la voluntad de su esposo.

Este, fuera instigado por sus propios deseos ó aconsejado por su esposa, se mostró muy desagradecido al rey de Castilla, á quien era deudor del condado que poseia. Puesto de acuerdo con su primo el conde de Galicia, tan desagradecido como él, se propusieron ambos llevar á cabo la incalificable deslealtad de anular la sucesion incuestionable y legitima del infante D. Sancho, el malogrado príncipe que pereció apenas cumplidos los dos lustros en la *batalla de los siete condes* ó de Uclés. Esta desgracia, unida á la coincidencia de haber muerto el conde de Galicia, motivó la suspension de los reprobables proyectos ya expresados, si bien fué aquella momentánea; porque la muerte de uno de los confederados no hizo otra cosa que dar ánimo al que habia sobrevivido para continuar caminando por la mala senda adoptada, quizá gozoso por la muerte del conde D. Ramon, que le evitaba el tener que repartir con otro lo que lograra adquirir.

Muerto Alfonso VI, y reinando ya doña Urraca su hija, continuó D. Enrique observando la misma desigual conducta, como ya el lector habrá visto: tan pronto se le encuentra confederado con su cuñada la reina de Castilla, como con el belicoso é inquieto Alfonso I de Aragon, ó con los magnates de Galicia; empero siempre le vemos aliado con el soberano ó partido de cuya alianza espera mas fácil y hacedero triunfo, para llegar á la realizacion de sus designios.

Por fin logró el turbulento conde que la reina doña Urraca le hiciese la promesa de concederle algunos puntos y fuertes en Castilla y Leon; mas llegó antes la última hora del ambicioso D. Enrique que la realizacion de la expresada promesa. El día 1.º de Mayo de 1114 falleció en Astorga el conde de Portugal, dejando un hijo varon llamado Alfonso; mas poco bien resultó de dicha muerte; porque su viuda dió ostensibles muestras de ser tan ambiciosa é inquieta como la de D. Enrique.

Ya ha visto el lector que doña Teresa sitió en Soberoso á su hermana la reina doña Urraca; sabe tambien el resultado de este sitio, y no conoce menos cuanto ocurrió entre ambas hermanas; porque de todo esto nos vimos precisados á dar cuenta al tratar del reino de Castilla. Debemos añadir á lo ya expuesto, que la condesa viuda de Portugal sacó alguna ventaja de las continuas revueltas ocurridas en el reino de su hermana, y logró por efecto de aquellas que los dominios portugueses se aumentasen considerablemente por la parte de Galicia. Muerta doña Urraca (1126) y reinando ya D. Alfonso VII, varió el aspecto de los asuntos políticos: el nue-



vo rey no veía con gusto la independiente manera con que obraba su tía, y se avistó con esta en Zamora; mas sin embargo, tuvo el soberano que pasar á Galicia en son de guerra, obligando á que reconociese doña Teresa el poder y dominio del rey de Castilla y Leon, de quien dependía inmediatamente.

Parece que á la sazón ya se murmuraba mucho de las relaciones demasiado íntimas, según suponían, de doña Teresa, con un hijo del conde de Trava, llamado D. Hernando ó Fernando Perez; porque daban lugar aquellas á que este, usando del grande ascendiente que tenía en el ánimo de la condesa, ejerciese una autoridad casi suprema. Esto dió márgen á una sublevación; y los jefes de ella tomaron por bandera al hijo del difunto conde D. Enrique, llamado D. Alfonso Enriquez, á la manera que tiempo atrás lo hicieron en Galicia con D. Alfonso Raimundez, el hijo de doña Urraca.

El jóven D. Alfonso Enriquez estaba bastante disgustado; porque su ambiciosa madre le tenía oscurecido y relegado de una manera indigna de un príncipe: no fué extraño, por lo tanto, aceptase las proposiciones de los sublevados.

Tomó muy pronto grandes proporciones la revolución, y crecieron tanto los prosélitos que hacían los caudillos, que no tardaron en romperse las hostilidades entre los que seguían á doña Teresa, y los que se afiliaron en el partido de su hijo.

Corría el año 1129 cuando se dió una batalla en los campos de San Mamed, en las inmediaciones de Guimaraens (ó Guimaranes), venciendo el ejército de D. Alfonso, y quedando deshecho el de doña Teresa. Á esta derrota siguió la expulsión de dicha señora que salió del territorio portugués, así como su favorito; y no hay para qué decir si todo el país se declaró por el vencedor: lo contrario hubiera sido faltar una sola vez á la miserable costumbre de apoyar al vencedor, para acabar de oprimir al vencido. Tenía la condesa en contra suya el despotismo que había dejado ejercer á su valido; y el príncipe en su favor las más ventajosas circunstancias.

Era D. Alfonso Enriquez jóven de buena presencia; activo y enérgico; entendido y valeroso; y para secundar las miras de los portugueses, que deseaban ser independientes, tenía también el afán de gloria, además del punzante deseo de hacer ver había estado injustamente recluido.

Inauguró su mando haciendo diversas invasiones en los dominios de Galicia; y desde el año 1130 hasta el 1137 sostuvo la guerra contra Alfonso VII de Castilla, con tesson y con inteligencia, aunque no siempre con buena fortuna; porque tenía que haberse las con uno de los soberanos más entendidos, enérgicos y belicosos de cuantos han ceñido la régia diadema. Sin embargo, debía atender este gran monarca á muchas partes simultáneamente, según

hemos visto al tratar de los demás reinos de España y de los dominios de los mahometanos; y estos graves cuidados le hicieron descuidar en algunas ocasiones más de lo conveniente los asuntos de Portugal.

Ya sabe el lector que en 1137 celebró el emperador un tratado con Alfonso Enriquez, hallandose en Tuy, calificado de humillante para el portugués, con muy justa razon; empero los mismos que de tal manera lo califican, manifiestan oportunamente que aunque humillante, no correspondió á lo que podia haber exigido el monarca castellano despues de haber obtenido una completa victoria sobre su contrario, el cual tenia en su contra el haberse batido contra su legítimo soberano, negándole ostensiblemente la debida obediencia.

Mostró Alfonso Enriquez su poca fé y puntualidad en el cumplimiento de lo que firmaba, despreciando lo pactado en Tuy y preparándose para renovar la guerra. En tanto, aprovechándose de la situacion de los mahometanos, atravesó el Tajo para invadir los puntos que estos dominaban. Existia un magnífico castillo llamado Orik (Ourique), y en sus inmediaciones se avistaron los dos ejércitos portugués y musulman. Alfonso Enriquez estaba al frente del suyo, y á la cabeza del de los sarracenos se hallaba el caudillo Ismar. Dióse allí una gran batalla en que de una y otra parte se peleó con bizarría y decision, quedando el campo por los portugueses, quienes derrotaron completamente á los hijos de Mahoma. Dicese que pelearon hasta las mujeres de los almoravides, de las cuales se encontraron muchas sin vida sobre el campo entre los infinitos cadáveres de aquellos, contándose entre los que perecieron cinco de los primeros caudillos almoravides: la batalla se verificó en el día 25 de Julio de 1139.

El entusiasmo del ejército subió tan de punto, que sobre el campo de batalla proclamó el ejército rey de Portugal á Alfonso Enriquez; proclamacion que no pasó de allí por el momento, puesto que subsistia el tratado de Tuy, y no era fácil que Alfonso VII reconociese el acto espontáneo é ilegal que tuviera lugar en Ourique.

Entonces fué cuando Alfonso Enriquez dió una clara muestra de su carácter turbulento, ambicioso y falaz: faltando á lo que debía, al decoro de su propia palabra y á su legítimo soberano el emperador D. Alfonso, rompió de incalificable manera el solemne pacto de Tuy y penetró en Galicia. No quedó menos malparada la hidalguía portuguesa en aquella ocasion, puesto que el tratado antedicho fué solemnizado con la presencia de varios obispos y de cincuenta caballeros portugueses que como testigos asistieron y confirmaron el *solemne juramento* de D. Alfonso Enriquez. No se nos



diga que tenían disculpa puesto que procuraban declararse independientes; esto pudiera estar en su lugar si alguna vez lo hubieran sido y los monarcas castellanos les hubieran privado de su independencia. Ni salió bien librado Alfonso Enriquez en esta expedición: el bizarro Fernando Yañez (segun otros Joannes), que á la sazón era alcaide de Allariz, le puso en dispersion y en fuga más de una vez, habiendo quedado herido el mismo conde Enriquez, de un bote de lanza (1140), en uno de los diversos choques habidos entre ambos ejércitos.

Viendo el emperador tan palpablemente el mal proceder del protegido de los reyes de Leon, porque á ellos debió el padre del ambicioso Enriquez el condado que poseia, determinó dirigirse á Portugal seguido de un buen ejército. Penetró en efecto D. Alfonso VII por las ásperas sierras que guian de Galicia á la provincia de Tras-os-Montes, y continuó su marcha hasta fijar su campamento cerca del fuerte ó castillo de la Peña de la Reina.

Es indudable que en todos los momentos solemnes de la vida el más pequeño incidente suele acobardar ó dar ánimo; porque se le mira como un fatal ó felice agüero, que anuncia el término feliz ó desgraciado de la angustiada crisis por que se atraviesa. Si esto es así en los asuntos de la vida particular, con mucha más razon sucede en la guerra, en la cual la fuerza moral vale, por lo menos, tanto como la física; y en donde, segun una máxima del grande é inmortal Alejandro Farnesio, *el vencimiento siempre entra por los ojos*. El conde Ramiro imprudentemente avanzó impulsado por su excesivo valor más de lo que debia, y fué hecho prisionero por los portugueses. Este incidente dió tanto disgusto á los guerreros de Leon, como ánimo á sus contrarios.

Embravecidos estos últimos con aquella ventaja que sin vacilar calificaron de infalible signo de victoria, avanzaron á Valdevez; y puesto el un ejército á la vista del otro, dicen que á la manera que pudieran haberlo hecho en plena paz y en tiempo de regocijo y fiesta, mantuvieron diversos combates personales varios caballeros de ambos ejércitos, á guisa de justas y torneos, para manifestar en cuál de los dos habia más fuertes mantenedores y más bizarros guerreros. Á consecuencia de estas marciales lides se denominó la vega en que tuvieron aquellas lugar el *Juego del Bofordo*, por llamarse así esta clase de juegos militares; y aunque despues la ampulosa manera de hablar, peculiar de los portugueses, le denominó *campo de la matanza*, un cronista portugués lo refiere así y manifiesta no comprender el motivo, puesto que la historia no dice muriese ninguno de los que justaron.

No se esgrimieron las armas despues de aquellas parciales lides ó combates: el pronóstico tomado en diverso sentido por cada uno

de los dos ejércitos al caer prisionero el conde Ramiro no se realizó; y después de temerse que corriese la sangre de los leoneses y lusitanos, hermanos siempre á pesar de sus rencillas que nos abstengamos de calificar por ahora, todo terminó con las expuestas luchas que á la vega cercana á Valdevez dieron el nombre de Juego del Boffordo.

Cuando todo anunciaba el próximo comienzo de una terrible y destructora batalla, en vez de los pavorosos toques de guerra lanzaron los bélicos clarines sonoros ecos de paz. Alfonso VII y Alfonso Enriquez habian ajustado esta, sin que pueda decirse á punto fijo quién de ambos primos la pidió, dando al tratado un carácter de provisional en tanto que se establecian las bases de otro definitivo; empero salieron garantes de la paz los más respetables caudillos de una y otra hueste. Dícese que el tratado en cuestion era menos desfavorable al conde de Portugal; mas aun siendo así, ni este nuevo tratado destruía el de Tuy, ni el emperador firmó condicion alguna que explicita ó implícitamente diese á entender reconocia la independencia de Portugal. Sin embargo, Alfonso Enriquez, dando de mano á la fingida modestia, á la antigua indecision, y sin tener en cuenta que nuevamente faltaba á su solemne juramento y á todos sus compromisos, comenzó á usar desde entonces el título de rey, estampándole en los diplomas y en todos los más importantes documentos.

Regresó Alfonso VII á su reino, y el conde de Portugal se ocupó de la guerra contra los mahometanos con desigual fortuna, pero siempre demostrando su inteligencia y su ardimiento; empero uno de los hechos que mas renombre dieron á Alfonso Enriquez fué el sitio de Santarén. Apareció oportunamente una armada francesa, en la que iban algunos cuerpos de cruzados con rumbo á la Tierra Santa, la cual, perdido el derrotero á consecuencia de un temporal, llegó al inmediato rio.

Era fuerte la armada; se componia de sesenta velas, y Alfonso Enriquez invitó á aquellos valientes para que se le uniesen y ostentasen el incuestionable valor de los soldados de la roja cruz. Aceptaron la invitacion; y aunque la ciudad por entonces no fué tomada, la pericia, valor y hechos del portugués pusieron muy alto su nombre.

Pasado algun tiempo y disfrutando Castilla y Leon de algun reposo, el emperador quiso avistarse con el conde de Portugal, para dar un corte definitivo á las antiguas diferencias que entre ambos mediaban. Á este fin se reunieron en Zamora, á presencia del cardenal Guido, legado de Inocencio II, Sumo Pontífice, reinando en aquella entrevista la mejor amistad y armonía. Dícese que entonces fué cuando Alfonso VII reconoció el título de rey que el conde de



Portugal llevaba, pero no la independencia del reino: lejos de esto le concedió el señorío de Astorga, á título de feudo y para hacer constar la dependencia política, y en una palabra, el vasallaje en que el nuevo reino quedaba. Poco importa el que dejase llamar conde, duque, ó rey á Alfonso Enriquez, siempre que este fuese su vasallo, lo mismo que, por una consecuencia muy legítima, los habitantes todos de Portugal.

Solemnizado aquel arreglo que lisonjeó por entonces la vanidad del portugués, y agradó al emperador creyéndole prenda segura de duradera paz, ambos al parecer se retiraron satisfechos, y el primero nombró á Fernando Captivo, que era su alférez, gobernador de Astorga. No sabemos en qué pudo fundar el emperador la esperanza de paz duradera: quizá seria que no habia estudiado bien á los ambiciosos, parecidos absolutamente á los revolucionarios, sea cualquiera el objeto que á serlo les impulse. Unos y otros son insaciables; no reciben un beneficio, sin pretender una nueva concesion; la benevolencia y el perdon no les obliga al reconocimiento y á la enmienda; por el contrario, la bondad, la impunidad y el perdon los animan y dan osadia, á la manera que el avaro hidrópico de oro que delira por acumular apelando á las más perversas artes, y preparando una nueva iniquidad que suceda inmediatamente á cada una de las que impunemente ejecuta.

Alfonso Enriquez, sin cumplir nada de lo ofrecido y jurado, sin contentarse con usar el título de rey, y aspirando á libertarse del feudo y á declararse completamente independiente y libre, meditó el modo y escogió la manera de justificar su resolucion. Á este fin aprovechándose de cierta doctrina que databa del pontificado de Gregorio VII, respecto de reconocer en el Sumo Pontífice el derecho de legitimar los poderes temporales como juez supremo en la tierra de quien derivan los derechos de los reyes, remitió una suplicante carta al Pontífice Inocencio II rindiéndole homenaje por el reino de Portugal, y ofreciendo, por sí y por sus sucesores, pagar un censo anual de cuatro onzas de oro á la Iglesia romana. Ofrecia además no reconocer más poder que aquel á que se acogia, suplicando en cambio el necesario auxilio para consolidar su nascente autoridad real, y la independencia de su reino.

De este modo creyó obtener cuanto deseaba y caronizar su injustificable é inalicable usurpacion; empero no solamente le quitó por el pronto toda esperanza la muerte del Pontífice, si que tambien el sucesor de este, Celestino II, no contestó á Alfonso (1144).

Créese que repitió su instancia y oferta al sucesor de ambos, que llevó el nombre de Lucio II: al menos se sabe que este Pontífice le contestó «absolviéndole por no haber acudido personalmente á



Roma, segun fórmula adoptada en casos análogos, y alabándole excesivamente por haber rendido homenaje á la Santa Sede.» En cuanto á la parte principal é importante, que era la única que á Alfonso Enriquez daba cuidado, guardaba silencio el Santo Padre: eludia, por lo menos, el contestar directamente ó, más bien, negaba lo solicitado, más ó menos tácitamente; porque callaba sobre tan importante extremo; nombraba á Alfonso *Dux portucallensis*; y en el hecho de darle otro título que el de rey, sobradamente decia sobre el punto en cuestion.

Era ya Pontífice romano Eugenio III, cuando llegó á noticia del emperador la falta de palabra y el perjurio de su primo (1147). Alfonso VII escribió al Pontífice, cuyo antecesor dirigió su contestacion á Alfonso Enriquez por mano del arzobispo de Braga, quejándose de que este prelado se negaba á reconocer al arzobispo de Toledo como primado, y tambien de otros pormenores no menos importantes.

El Sumo Pontífice no desoyó la queja del emperador; por el contrario, ordenó que los arzobispos de Braga reconociesen la primacia del de Toledo; pero en cuanto á los demás extremos que afectaban más directa y fuertemente la cuestion política, Eugenio III, lo mismo que Lucio II, eludió el tratarla de una manera explícita y dejó la cuestion en pié, sin omitir por esto el prodigar grandes elogios y afectuosas expresiones muy lisonjeras á la persona del emperador.

No es nuestro ánimo el fatigar la imaginacion del lector con largas digresiones que le confundan y alejen del objeto propuesto; nos limitaremos á decir que Alfonso Enriquez siguió desentendiéndose del emperador y obrando como soberano de Portugal, al paso que Alfonso VII continuó firme é inmutable en no reconocer al mencionado Enriquez sino como un rey en el nombre y un vasallo suyo.

Llegó el momento en que subió al sόlio pontificio Alejandro III; y este Pontífice, no imitando la cautela de sus predecesores, dió de una manera terminante y explícita el título de rey al duque de Portugal, y desde aquel momento el mismo emperador, si no reconoció de una manera ostensible la independenciam de aquel reino, tampoco se determinó á presentar resistencia manifiesta á la Santa Sede. En aquel siglo, piadoso hasta más allá de lo imaginable, era difícil manifestarse hostil á la córte romana, si bien era un poco fuerte el que en un negocio puramente temporal fuese válida una decision de tamaña importancia.

Quede, pues, consignado que el origen del reino de Portugal fué una verdadera rebelion, apoyada por la falta de palabra de los pro-hombres que acompañaron á Alfonso Enriquez en sus reiterados juramentos, por los multiplicados perjurios de este, y por las con-



diciones especiales en que colocaban al emperador de España los vastos dominios á que debía atender simultáneamente, y por los muchos enemigos con que tenia de continuo que combatir.

En lo sucesivo continuaremos ocupándonos de Portugal en los mismos términos que lo venimos haciendo con los demás reinos de España.

## ESPAÑA ÁRABE.

AÑO 1151 Á 1200.

Continuaban los almohades en África, sometiendo, ó supeditando más bien, á los almoravides; y en España tambien estos iban viéndose cómo se desmembraba y extinguía su poder á paso de gigante. Perseguidos por sus correligionarios, y acosados por el valeroso Alfonso VII, habian ido quedando reducidos casi á la nada, y vieron terminar la primera mitad del siglo XII en una mortal agonía que hacia claramente prever el próximo y decisivo término de su dominacion.

Tan pronto como Abdelmumen vió el buen éxito de sus empresas en África, tomó á Tremecén por asalto, pasando á cuchillo sin piedad á cuantos se presentaron á su paso. Hecho esto, puso todo su empeño y conato en el sitio de Fez, cuya ciudad resistia vigorosamente á todo el poder de los almohades. Cuéntase que Abdelmumen, convencido de que la fuerza era por entonces nula, apeló á la astucia.

Con cuanta velocidad le fué posible, y empleando todos los recursos más prontos y eficaces, dispuso la construccion de una muralla hecha de grandes troncos, tapando perfectamente todos los intersticios con ramas y piedras, á fin de lograr detener la corriente de un rio que por allí atravesaba, colocando la muralla entre aquel y la amenazada ciudad.

El agua detenida formó en breve tiempo una gran laguna, que no tardó en sobrepujar al extremo superior del murallon. En el momento dispone que este sea violentamente roto; sale el agua con tan increíble velocidad como irresistible fuerza, y estrellándose con horrisono estruendo contra los muros de Fez, destruye todo un lienzo de muralla, arruina casas, destruye las mezquitas, y reduce á escombros toda la parte de la plaza contra la cual chocó de espantosa manera.

La sorpresa aterró, como era muy natural, á los almoravides; empero repuestos de aquella primera y fuerte impresion, se opusieron



ron con valor á los almohades. Quizá se hubiera aún prolongado el sitio; mas los sitiados tuvieron en su contra á un buen número de andaluces, cristianos, que habia dentro de Fez, y que se concertaron con Abdelmumen.

Entonces fué cuando el supremo caudillo de los almohades, que se vió casi asegurado en el imperio de África, determinó que pasase á España Abu-Amrám, seguido de más de veinte mil peones y de diez mil ginetes.

De los progresos de esta expedicion hemos hablado en diversas ocasiones, al tratar de los reinos cristianos de España; y cuando falleció el gran Alfonso VII, el emperador (1157), eran dueños los nuevos invasores del Mediodía de España, quedando destruida casi por completo la dominacion de los almoravides, y una parte de la península oprimida por unos nuevos dominadores, aun más feroces, osados é intolerantes que los almoravides.

Ya sabe el lector cuanto le es necesario, de lo ocurrido en los años subsiguientes; porque lo hemos referido tambien al tratar de los reinos cristianos. Por otra parte, ningun suceso notable sucedió, fuera de los consignados anteriormente, hasta que apareció en España Yussuf-Abu-Yacub, seguido de innumerables huestes, las cuales se dividieron para pasar una parte de ellas á Portugal. La que se dirigió á Leon tuvo un fuerte encuentro con las tropas de Fernando II, en el cual quedó prisionero D. Fernando Ruiz de Castro, que servia con los moros, segun el lector ya ha visto (1175).

Dicese que el ejército de Yussuf-Abu-Yacub era tan poderoso y fuerte, que á su frente estaban *treinta y siete* walies. El nuevo y terrible refuerzo desembarcó, como siempre, en Algeciras, y pasando á Portugal, sentó los reales en las inmediaciones de Santarén.

Combatida con obstinacion la ciudad, dejó por fin paso á los almohades; mas á pesar de haber penetrado en la plaza, llegó oportunamente el príncipe de Portugal D. Sancho, con el prelado de Oporto acaudillando un buen ejército, cogiendo á los enemigos por retaguardia y causando en ellos terrible estrago, al cual contribuyó no poco el obispo de Galicia, que tambien acudió con gente de armas.

Continuó á pesar de todo el sitio; y segun opinion de autores entendidos, al destacar Yussuf un cuerpo de ejército en direccion de Alcobaza, se propuso distraer la atencion de sus enemigos. La destruccion y la muerte iban en pos de aquel cuerpo de ejército destacado; baste decir que en el camino cometieron la horrible é inaudita barbarie de degollar á todas las mujeres y niños que habian hecho cautivos en Santarén, en número de *diez mil*.

Tres walies perecieron delante del castillo de Alcobaza; y dicho se está cuántos soldados perecerian. Dieron vigorosas embestidas, y



fueron siempre valerosamente rechazados; mas faltaba poco para que la bárbara alegría de los feroces mahometanos, que en la destruccion y el derramamiento de sangre tanto gozaban, se convirtiese en dolorosa sorpresa é inexplicable pavor. El lector recordará muy pronto el motivo que causó en los musulmanes el pavor y la sorpresa: la repentina muerte del feroz emperador de Marruecos Yussuf-Abu-Yacub en el momento de poner el pié en el estribo al acercarse el valeroso Fernando II, rey de Leon, despues de haber desafiado á combate personal al descreido y cruel emperador africano (1184), los puso en desordenada fuga.

Todo cuanto ocurrió despues de lo antes referido, está ya consignado en diversos lugares. La ausencia de Yacub-ben-Yussuf, sucesor de Yussuf-Abu-Yacub; la arriesgada expedicion del denodado Alfonso VIII hastas las playas de Algeoiras; el cartel de desafio que este glorioso monarca remitió al emperador marroquí, y últimamente, el resultado de la funesta batalla de Alarcos, del cual tuvieron culpa todos los reyes de España que abandonaron al de Castilla, y en la cual perecieron más de veinte mil cristianos, de ellos muchísimos caballeros de las órdenes militares, valerosísimos guerreros, que siempre fueron terror de la morisma: todo cuanto ocurrió hasta terminar el siglo XII, lo conoce ya el lector.

Con la destruccion del imperio de los califas omniaditas, casi terminó todo cuanto de interesante tuvo la dominacion de los mahometanos en la península. En adelante ya no hablaremos de la parte de la España árabe: el gran rey San Fernando va á aparecer muy en breve, y al tratar de su gloriosísimo reinado nos ocuparemos de la parte que á los mahometanos concierne; los veremos perder cuanto poseen, y quedar reducidos, como tributarios del glorioso y denodado leon de Castilla, á un solo punto importante, hasta que la gloriosa Isabel I se le arrebate tambien, terminando la gloriosa reconquista comenzada por el inmortal D. Pelayo, y lavando por completo la noble y heroica sangre que tan abundante regara las orillas del poético Guadalete.

## Siglo XIII.

---

### REINO DE CASTILLA.

AÑO 1200 Á 1250.

Ya sabe el lector que á la conclusion del anterior siglo se agitaba en Castilla, lo mismo que en Leon, la cuestion dolorosa y desagradable relativa á la disolucion del matrimonio de Alfonso IX, soberano de aquel último reino, verificado con la princesa doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla.

No nos detendremos á expresar cuanto ocurrió con este motivo, porque debemos hacerlo cuando de nuevo nos ocupemos del expresado reino de Leon. El soberano de este y el de Castilla, al realizarse la forzosa separacion de los reales consortes, formaron un solemne pacto de alianza y amistad, en el cual detalladamente consignaron los fuertes, castillos y plazas que habia llevado en dote doña Berenguela, y que en virtud de la disolucion del matrimonio eran trasferidos al príncipe D. Fernando, hijo de los separados esposos y nieto de D. Alfonso VIII, determinándose tambien los que habia Alfonso IX dado á su esposa por via de arras.

Ya habia comenzado á correr el siglo XIII cuando se concluyó y formalizó el tratado (1206) en Cabrerros; y viéndose libre el castellano de temor respecto de su sobrino el rey de Leon, pensó en atraer á sí al rey de Navarra, á quien acababa de dar una bien dura leccion en Alava y Guipúzcoa.

Alfonso VIII habia engrandecido infinito su reino; además de la extension que lograra darle por la parte de Vizcaya, adquirió el tí-



tulo de señor de Gascuña. Verificó en esta una invasion el rey de Castilla, á consecuencia, segun creencia fundada, de no haberle entregado Enrique II de Inglaterra el país que habia ofrecido en dote á la princesa doña Leonor, su hija, y esposa del castellano.

La fortuna presidió á la expedicion, y el esposo de doña Leonor se apoderó de casi todo el país que habia invadido.

Regresó de África á España por fin D. Sancho de Navarra, y no quiso D. Alfonso de Castilla desaprovechar la oportuna ocasion; porque deseaba mucho el firmar la paz con el navarro, y este se apresuró á solicitarla antes de que el de Castilla se la pidiese. Era, en efecto, á la sazón el bizarro D. Alfonso VIII un soberano demasiado poderoso para tenerle por enemigo: estaba en paz con Leon y Aragon; estaba aliado con respetables casas extranjeras, y en caso de guerra, Navarra se hubiera encontrado, por entonces al menos, aislada. Hé aquí la razon de estar tan solícito en favor de la paz aquel mismo D. Sancho, antes tan turbulento para con Castilla.

Respecto de Alfonso VIII mediaba tambien una poderosísima razon para que desease vivamente la paz, aunque nada suponía á la sazón para su poder la enemistad de Navarra. Meditaba este gran soberano el dar un fuerte golpe á los mahometanos á fin de vengar la formidable derrota de Alarcos, cuyo recuerdo estaba perennemente vivo en su memoria. Mucho era menester que el valeroso monarca hiciese para vengar cumplidamente aquel memorable desastre: el lograrlo no era cosa de pocos momentos; mas tampoco era posible realizar el propósito, sin empezar á meditar y preparar la realizacion.

Como ambos monarcas, castellano y navarro, deseaban ajustar la paz, no fué muy difícil el avenirse y establecer las condiciones en que aquella habia de fundarse; así fué que en el mismo año 1207 quedó firmada aquella por tiempo de cinco años, cambiando mutuamente tres castillos en garantia.

No se limitó á esto el rey de Castilla: se ofreció tambien á tratar como mediador con el rey de Aragon, á fin de que estableciese tambien la paz con el de Navarra; con quien estaba bastante desavenido: Alfonso VIII acariciaba en su ardorosa mente un magno proyecto, y queria que todos los soberanos de España estuviesen unidos; porque todos los monarcas cristianos y toda la cristiandad, á haber sido posible, debieran formar un solo hombre, á fin de dar un decisivo golpe á los descreidos hijos de Mahoma.

Un año habia trascurrido cuando la infanta doña Urraca, hija de Alfonso VIII, contrajo matrimonio con el principe D. Alfonso de Portugal, hijo de D. Sancho I de este reino, con cuyo enlace quedó tambien en paz el castellano con el vecino Estado, que duran-

te tantos años habia formado una parte de la magnánima España.

En aquel entonces estaba para terminar una tregua que habian concertado el rey de Castilla y el emperador de los feroces almohades. No aguardó ni un dia el valeroso rey, tan pronto como vió terminada la tregua, que era para el belicoso monarca una insufrible rémora. Apoyado en los bizarros caballeros de Calatrava entró impetuosamente por tierras de Jaen, siguiendo á Baza, y pasando á Andújar (1209). En el año siguiente repitió la misma impetuosa y atrevida expedicion; empero en esta no fué personalmente: la guió el jóven y bizarro D. Fernando, hijo del rey y príncipe de Castilla, el cual acababa de ser armado caballero en la ciudad de Búrgos.

Felice principio dió á su carrera de las armas el bizarro príncipe: las huestes castellanas se cubrieron de gloria, y el jóven caudillo dió una ostensible muestra de que era muy apto para manejar y dirigir un ejército, y no menos digno de empuñar el cetro y ceñir la diadema de soberano. Por desgracia la preciosa flor fué demasiado pronto segada.

Terrible fué la acometida de los castellanos que dió por resultado una notable victoria, la cual impuso grande pavor á los almohades, que atónitos casi no podian creer que los vencidos de Alarcos fuesen aquellos mismos que acababan de vencerlos; y era mayor su sorpresa porque sin duda no tenian en cuenta las circunstancias en que á la sazón se viera Alfonso VIII.

El emperador de África recibió tanto enojo por aquella derrota como grande pesadumbre, á consecuencia de los incalculables estragos que sus huestes y sus campos recibieron, á impulso del irresistible valor castellano. Creyó llegado el solemne momento de tomar una decisiva resolucion, y comenzó, segun costumbre de los mahometanos en los trances supremos, por proclamar la guerra santa.

La innumerable multitud que se agrupó con este motivo bajo los estandartes del pseudo-profeta, atravesó bien pronto el Estrecho; y Mohammed-Aben-Yacub, revistándola gozoso, creyó que habia llegado para los guerreros de la España cristiana el último dia. No debemos manifestar ahora el número de guerreros musulmanes que desembarcaron: muy en breve llegará el momento de hacerlo, y desde ahora para entonces reclamamos la atencion del lector; porque se aproxima el momento de que consignemos, con grande placer, uno de los más gloriosos hechos de cuantos en la española historia se refieren; hecho que él solo, á no haber ocurrido otro en el décimo-tercio siglo, bastara á hacer este célebre, así como hizo inmortal el glorioso nombre de D. Alfonso VIII. También en él tomó parte el valeroso rey de Navarra; que no fueron en vano hechos



los pactos de amistad y alianza con el de Castilla. No anticipemos los sucesos: el numerosísimo ejército africano franqueó el paso de Somosierra, y atravesando por los campos de Calatrava sitió á Salvatierra, cuyo castillo estaba guarnecido por los valerosos caballeros de aquella insigne y renombrada órden.

Era imposible resistir á la feroz muchedumbre, y el castillo fué tomado; empero costó tres meses de sitio y no poca sangre á los invasores; y el valeroso Alfonso VIII que vió al enemigo, despues de obtenido el triunfo, recogerse á Andalucía, creyó abrigaba algun siniestro proyecto, y comenzó á activar el plan que hacia ya tiempo meditaba.

En medio de sus cálculos y preparativos le sorprendió una inexplicable pesadumbre; perdió á su jóven y valeroso hijo don Fernando, en quien el soberano y el reino tantas y tan buenas esperanzas cifraban. Tales y tan sólidas son aquellas las más veces: la delicia y todo el placer del gran Alfonso VIII estaban concentrados en su hijo, y la implacable muerte se le arrebató cuando menos debia esperarlo, á consecuencia de una maligna fiebre que le privó de la vida en brevísimos dias (el 14 de Octubre de 1211).

No hay para qué decir hasta dónde llegaría el intenso dolor del affligido padre, á quien esperaba un gloriosísimo laurel; mas como todos los contentos de la miserable y desdichada humana vida, habia de estar el contento amargado con el reciente recuerdo de tan dolorosa é irreparable pérdida.

Como sucede al que por fortuna posee una grande y magnánlma alma, al cual la desgracia no sirve de rémora, antes por el contrario le excita á acometer magnas empresas, el exceso del dolor, lejos de agobiar á tan fuerte varon como fué D. Alfonso VIII, le determinó á anticipar los sucesos para dar nueva gloria á su nombre, procurando al propio tiempo embotar, por decirlo así, la angustiosa pesadumbre con el estruendo de las armas y los horrores de la guerra.

Determinó, pues, el rey de Castilla publicar un cruzada para contrarestar los efectos de la guerra santa proclamada recientemente en África por Mohammed-ben-Yacub, y que dió por resultado la terrible invasion de que hace muy poco nos hemos ocupado.

Al efecto, y en nombre del rey, pasó á Roma el obispo de Segovia á implorar del Sumo Pontífice Inocencio III las gracias espirituales para la desigual guerra que se iba á emprender, en tanto que D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, se dirigió al vecino reino de Francia á fin de lograr atraer á los principales soberanos y príncipes católicos, para que tomasen activa parte en la sagrada empresa. Tambien por sí mismo el monarca castellano se dirigió á todos los reyes cristianos de España con idéntico objeto.

El obispo de Segovia fué perfectamente acogido por el romano Pontífice; y para alcanzar de Dios todo el favor de que la sagrada causa necesitaba, nada omitió Inocencio III: todo el pueblo de Roma, sin distincion de categoría, edad ni sexo, se prestó gustosísimo á secundar los fervientes deseos del legítimo sucesor de San Pedro, y todos ayunaron rigurosísimamente á pan y agua tres días seguidos, en los cuales se hicieron públicas rogativas, yendo procesionalmente, cubiertos de luto y descalzos, á la iglesia de Santa Maria la Mayor, y desde este santuosísimo templo al no menos magnífico de San Juan de Letran, en tanto que el bronce sagrado, de día y de noche, recordaba á los fieles los deseos del Sumo Pontífice, y la necesidad de velar y de orar.

Día solemne y de eterna memoria fué para Roma y para la España toda el 25 de Mayo de 1212. Todo el clero regular, secular y parroquial, se reunió al pueblo en la inmensa plaza, en torno de la veneranda cruz de San Pedro, y allí apareció tambien Inocencio III, Sumo Pontífice, rodeado del Sacro Colegio de cardenales, de todos los prelados y principes de la iglesia de Roma.

Continúa el Pontífice su majestuosa marcha hasta San Juan de Letran seguido de aquella innumerable y popular muchedumbre, á la que precedian los cardenales, prelados y sacerdotes: innumerable era aquella en efecto; pero á haberla podido oír sin llegar á verla, se hubiera creído que pocas, muy pocas personas eran las que formaban la piadosa comitiva; porque el más devoto recogimiento se notaba en el inmenso concurso, sin que se alterase el silencio más que en los momentos en que fervorosamente se elevaban al cielo las sagradas preces.

Llegado el Sumo Pontífice á San Juan de Letran, y despues de tomar en sus manos con la mayor reverencia el sagrado *Lignum Crucis*, pasa tambien procesionalmente al palacio del cardenal Albani, desde cuyo principal balcon dirige al pueblo una piadosa plática.

Mostrando aquel signo de salud y de vida que simboliza la redencion de los hombres, exhorta al pueblo á la penitencia; manifiesta enternecido la piadosa peticion del animoso rey de Castilla; proclama la nueva cruzada, y termina por conceder indulgencia plenaria á cuantos tomen parte en la terrible y desigual lucha que los cristianos de España van á emprender.

Animo sobra en el invicto corazon de los españoles: el número no corre parejas con el valor, y es forzoso implorar el poderoso auxilio del Dios de los ejércitos; porque sobre la española arena se vá á decidir quizá la causa de la cristiana religion; y si han de tomarse en cuenta los medios puramente humanos y absolutamente materiales, el triunfo ha de ser, sino forzosa, probablemente de la impía media luna.



Terminada la elocuente plática, el *devoto* sexo femenino, según en las mismas sagradas preces se le califica, se dirige á la basílica de Santa Cruz y oye con más reverencia que nunca el santo sacrificio de la misa, que celebra un cardenal, en tanto que en el templo de San Juan se celebra también otro, al que asisten, con Inocencio III, el Sacro Colegio, los obispos, el clero y el resto del pueblo; y hecha nuevamente una solemne rogativa en Santa Cruz, á cuyo templo todos fueron descalzos, termina la importante y sagrada ceremonia.

No hay para qué decir si rayaría muy alto el contento del prelado de Segovia, que vió la manera con que el Sumo Pontífice había acogido la petición que en nombre de Alfonso VIII le dirigiera. En tanto este piadoso y esforzado monarca, reunía en Toledo una asamblea general, dando asiento en ella á todos los prelados, ricos-homes y principales caudillos.

Quando se celebró la primera sesión, ya había llegado á Toledo la noticia oficial de la importante concesión que el romano Pontífice había hecho en favor de los nuevos cruzados: ya no se vacilaba en acometer la ardua empresa, ni se trataba de dilucidar la conveniencia ó inconveniencia de llevar á cabo la campaña; el objeto de la asamblea estaba reducido á determinar la forma en que debía emprenderse aquella.

Comenzóse por elegir á la misma gloriosa Toledo como plaza de armas, en la cual se establecía el cuartel general para la reunión de tropas, así de los reinos de España como de los de fuera de la Península: se prohibieron la profusión y el lujo en los vestidos y adornos, sin distinción de personas ni de armas, y se hicieron diversas ordenanzas para procurar que rigiese una severa disciplina en un ejército, aunque inferior en mucho al que podían poner sobre las armas los mahometanos, quizá el mayor que se había reunido hacia algunos siglos, y compuesto de gentes extrañas las unas para las otras, que son en la guerra elementos verdaderamente heterogéneos. Tocóse en la asamblea la dificultad de la escasez de recursos, á lo cual suplieron la fecunda imaginación y la activa energía de Alfonso VIII, el cual, con acuerdo del consejo, señaló veinte sueldos diarios á cada ginete, y cinco á cada infante.

Impensadamente ocurrió un triste suceso, hijo del celo religioso mal entendido, que no fué posible prever y mucho ménos evitar. Estando ya en Toledo las legiones auxiliares que de allende vinieran, y que formaron un total de diez mil ginetes y cincuenta mil infantes, con más cerca de dos mil caballeros con otros tantos pajes, atacaron aquellas un barrio de los judíos, y creyendo hacer una obra meritoria, degollaron á algunos de aquellos infelices.

En tan terrible ocasión mostró el clero un celo y un fervor ver-

daderamente evangélicos, interponiéndose entre los frenéticos sublevados y sus infelices víctimas; y echando en cara á los primeros su proceder, puniblemente contrario á las máximas del Dios de amor y de paz que ordenó nos mirásemos como hermanos, sin hacer excepcion alguna, logró dar fin á aquel desagradable suceso sin que se multiplicasen las víctimas; y al clero tambien se debió el que el pueblo no tomase una activa parte en contra de los soldados extranjeros, que á no haber logrado calmar los irritados ánimos, hubiera tenido el suceso más graves y trascendentales consecuencias.

Los muros que circuían el vasto perímetro de la gran córte de los monarcas godos, eran demasiado estrechos para contener en su recinto la inmensa multitud que en torno de la Sagrada Cruz del Gólgatha se agrupaba. Habia llegado ya D. Pedro de Aragon seguido de un ejército de bizarros aragoneses y denodados catalanes: de Leon, de Navarra, de Portugal llegaban todos los dias y á todas horas caballeros y escuderos, por lo que fué preciso disponer que acampasen en las inmediaciones de la populosa ciudad.

Setenta mil carros fueron necesarios para trasportar las provisiones de aquel fuerte ejército; empero necesitaba de toda su fortaleza, porque no era bastante poderoso á hacer frente al de los feroces africanos. Un dia y otro dia era el ejército de los infieles engrosado con nuevos refuerzos, puesto que continuando la proclamacion de la guerra santa por todos los dominios del emperador, de todos ellos acudían voluntarios presurosos, sin excluir los hijos de la Etiopía; los zenetas, mazamudes, gomeles, alárabes, sanhagas, con todos los voluntarios de Marruecos, Fez y Mequinez, se apresuraban á incorporarse bajo la enseña de la media luna, formando un formidable ejército capaz de imponer pavor y espanto en corazones que no fuesen de españoles. Ni estas fatales noticias, que muy pronto llegaron á la del rey de Castilla, sirvieron para detenerle ni aun hacerle vacilar: por el contrario, el valeroso ejército de la Santa Cruz emprendió denodado su camino.

Mandaba D. Diego Lopez de Haro la vanguardia, compuesta de las tropas extranjeras, entre cuyos caudillos figuraba el vizconde de Turena, con los arzobispos de Burdeos y de Narbona: tras de la vanguardia iban dos cuerpos de ejército; el de la derecha iba mandado por el rey de Castilla, y le componian las tropas de su reino; y el de la izquierda por el monarca de Aragon y conde de Barcelona, con sus aragoneses y catalanes, rivalizando ambos monarcas en lo numeroso de sus comitivas y en la importancia de las personas que las componian. En la del de Castilla llevaba el pendon real D. Miguel de Luesia, rodeado por gran número de nobles guerreros y por los prelados de Palencia, Plasencia, Sigüenza, Osu-



na y Ávila, con el célebre historiador D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo.

Formaban la escolta del real estandarte los caballeros de Santiago, Calatrava, San Juan, y los del Temple: y al frente de la retaguardia iba el infante de Leon D. Sancho Fernandez, con D. Gonzalo de Lara y D. Alvaro de Lara, alférez mayor del rey; los cinco hermanos de la casa de Giron, acompañados de varios caballeros castellanos, gallegos, asturianos, cántabros y portugueses, viéndose caminar en la retaguardia los concejos de Madrid, de Toledo, de San Estéban de Gormaz, de Atienza, Ávila, Olmedo, Medina del Campo, Segovia, Medinaceli, Aillon, Valladolid, Guadalajara, Alarcon, Huete, Arévalo, Cuenca y Almazan.

Tambien el rey de Aragon iba acompañado del obispo electo de Barcelona, D. Berenguer, y del de Tarazona, D. García Frontin, y de muchísimos caballeros de sus vastos dominios, entre ellos el conde de Ampurias.

Majestuosa y ordenadamente caminaba la imponente hueste, la que dió vista á Malagon al tercer dia de haber emprendido la marcha. Era el calor insoportable; el estío era por demás rigoroso, é iba á ser la hora del medio dia de la vispera de San Juan Bautista, cuando la vanguardia atacó la fortaleza con el mayor denuedo, pasando á cuchillo á los mahometanos que la defendian.

Contentos con el triunfo continuaron los cuerpos de ejército su marcha, encontrando no pequeños obstáculos en el camino de Calatrava; porque en toda su extension, lo mismo que en el cauce del Guadiana, habian los enemigos clavado sendas puntas y punzantes garfios de hierro: por manera que era muy difícil pasar sin que se hiriesen los piés los infantes, y sin atravesarse los cascos los caballos. Entonces, emperó, como ahora y como siempre, no hubo, ni hay ni habrá obstáculos para los españoles: superaron los que amenazadores se les oponian, y llegaron animosamente á Calatrava.

Estaba defendida por el famoso Aben-Cadis; mas este no pudo impedir el que fuese asaltada y tomada la ciudad, poniendo los cristianos á los defensores en el extremo de refugiarse en la fortaleza. Considerando Aben-Cadis que allí encerrados podrian resistir algun tiempo, buscó y halló un medio de dar parte al emperador Mohammed-ben-Yussuf, manifestándole el riesgo en que con los suyos estaba, y pidiéndole socorro.

Por desgracia del defensor de Calatrava, el emperador no llegó á saber lo que ocurría: los émulos del valeroso Aben-Cadis, y entre ellos Abu-Said que era como aquellos privado de Mohammed, interceptaron la comunicacion; y viendo Aben que el tiempo apremiaba, y que no recibia ni aviso ni socorro, capituló honrosamente, obteniendo vida y libertad para sí y para los suyos.

La generosidad de Alfonso VIII, muy justa y bien entendida, porque con el vencido debe tenerse conmiseracion, y si es valiente toda la consideracion posible, estuvo para ser causa de graves disgustos, y en poco hace fracasar la expedicion.

Formaron las legiones extranjeras decidido empeño en que los defensores de Calatrava fuesen pasados á cuchillo; empero el rey de Castilla dijo que se cumpliría exactamente la capitulacion, sin otra diferencia que hacer salir sin armas á los vencidos. Disgustados los extranjeros con la firmeza de Alfonso VIII, se atrevieron á decidir el dar una carga á los mahometanos y privarlos de la vida: en aquel conflicto los monarcas de Castilla y Aragon determinaron escoltar personalmente á los vencidos, manifestando que deseaban ver si habia tropa tan osada que se atreviese á atacarlos, sirviendo los soberanos de jefes de la escolta. Este hecho dió gran renombre á ambos monarcas; porque Aben-Cadis y sus soldados, al llegar á los reales, no se cansaban de referir á sus correligionarios lo ocurrido, encomiando largamente el valor y generosidad de sus régios salvadores.

Terminado este incidente, entregó el rey de Castilla la ciudad y fortaleza á los caballeros de Calatrava, de quienes siempre fué; y dió el notable ejemplo, muy poco imitado, de mandar repartir las grandes riquezas y cuanto halló acopiado en los vastos almacenes, entre los aragoneses, catalanes y extranjeros, *no tomando nada para sí ni dando cosa alguna á los castellanos*. Esta rara generosidad sirvió de muy poco para los soldados de allende, que habian quedado resentidos á consecuencia de la firmeza con que el supremo jefe del ejército defendiera á los vencidos de Calatrava; y tomando por pretexto lo fuerte y ardoroso de la estacion, manifestaron su decision de abandonar el ejército. No era este el primer ejemplo que las legiones auxiliares daban de inconstancia; el lector recordará aún lo ocurrido en la célebre conquista de Zaragoza.

Los reyes de Castilla y Aragon trataron de hacerles variar de propósito; mas ellos no oyeron razones, y solamente fueron fieles á su palabra el arzobispo de Narbona, llamado Arnaldo, y un caballero que era español, aunque se llamaba Tebaldo Blascon, y habia venido entre los extranjeros. Dicese que al ausentarse pasaron por Toledo y quisieron detenerse en la ciudad para tomar descanso; mas les fueron cerradas las puertas, y al continuar desairados su camino, desde las murallas les apostrofaban duramente los toledanos.

Mal quedaba en verdad el ejército cruzado, que no era de suyo bastante numeroso para hacer frente al contrario, al faltarle de un golpe cincuenta mil infantes y diez mil caballos. Ni por eso desistió el magnánimo y animoso Alfonso, y continuó su marcha llegando



muy pronto á dar vista á Alarcos, sitio que para él tenia tan funestos recuerdos, y cuya vista fué en aquel momento muy oportuna para el ejército; porque trayendo á la imaginacion la batalla, para los castellanos desastrosa, dada en aquel terreno que pisaban, y que aún dejaba ver las ennegrecidas manchas de la noble sangre de sus predecesores en el sendero de la gloria, se enardeció su corazon, y de nuevo juraron lavar aquella afrenta ó perecer con honra.

Habian cambiado favorablemente las circunstancias: lo ocurrido en Malagon y Calatrava estaba muy presente en la memoria de los descreidos hijos de Mahoma, y al acercarse Alfonso VIII á Alarcos, lejos de hacerle frente y esperarle, se pusieron en fuga poseidos de un terrible pánico.

Gozoso el magnánimo rey, ignoraba que su esperanza y su fé al no desanimarse por la defeccion de los auxiliares, iban á ser recompensadas: las fervientes plegarias del Padre comun de los fieles y de un pueblo entero, no podian dirigirse en vano al Dios de los ejércitos, por cuya causa peleaban los valerosos castellanos.

En efecto, poco despues de haber entrado victorioso y alegre en Alarcos, un inmenso torbellino de polvo que anublaba el claro y radiante sol, se elevaba hasta las nubes. El valeroso ejército castellano duda si serán enemigos; vacila, pero se prepara á cuanto sobrevenir pueda; calan las matadoras lanzas y blanden las mortíferas espadas los denodados guerreros de la Santa Cruz, y todo anuncia un próximo combate á muerte y decisivo; hasta que dando vista á Alarcos los batidores, que sirviendo de descubierta del ejército que se acercaba avanzaban á media rienda, unos y otros se reconocieron.

Gritos de júbilo, exclamaciones de ferviente entusiasmo pueblan el espacio: el bizarro y numeroso ejército que se acerca trae á su frente un bizarrísimo caudillo español: es el valeroso rey Sancho IV de Navarra, que acaudillando sus temidas huestes, viene presuroso y temiendo llegar tarde para tomar parte en la santa cruzada.

En tanto el fanático y feroz Mohammed, gozoso á su vez por haber sabido la desercion de los auxiliares, puso en movimiento su campo; y creyendo seguro el triunfo sentó su campamento en Baeza, destacando la fuerza suficiente para tomar los pasos y desfiladeros de Sierra-Morena, en donde esperaba destruir á los cristianos con muy poca ó ninguna pérdida.

Un incidente ocurrido en el campo mahometano, pudo ser causa de un grande conflicto. Abu-Said, prevaleiéndose del gran ascendiente que tenia sobre el emperador, le puso tan en mal con el defensor de Calatrava, Aben-Cadis, que este fué bárbaramente dego-

llado: injusta sentencia que disgustó al cuerpo de ejército de moros andaluces; y como se quejasen y en vez de darles razones fuesen insultados groseramente y se les dijese que podían retirarse si querían, puesto que no hacían falta alguna, quedaron ofendidos y muy poco dispuestos á hacer lo que sin este desagradable incidente hubieran hecho, reservando la ejecución de su venganza para el oportuno momento.

Formidable era seguramente el ejército que acaudillaba Mohammed: formaban la vanguardia las feroces tribus del desierto; el centro los temibles almohades; la retaguardia los resentidos andaluces, y estaba dispuesto el campo en forma de media luna, viéndose en el fondo de este inmenso cuadro la magnífica tienda del emperador, en cuyo centro estaba aquel poderoso caudillo, teniendo puesto sobre los hombros el verde manto de Abdelmumen, que era para los emperadores, según su errónea creencia, una invencible égida que debía de hacerlos invulnerables.

La tienda estaba rodeada por un círculo, inmenso también, formado por diez mil etíopes negros y lustrosos como el azabache, que tenían las dilatadas lanzas clavadas en tierra, presentando al exterior con las agudas moharras un inexpugnable parapeto y un mortífero valladar de acero: para mayor seguridad estaban los horribles negros circuidos por cordones formados de gruesísimas cadenas de hierro también, ante un segundo parapeto compuesto de tres mil camellos.

Inmóvil y semejante á una marmórea estatua estaba Mohammed; veíase sobre la tierra su fuerte escudo; á la diestra estaba su fogoso corcel, y él tenía en la diestra la afilada cimitarra y en la siniestra el Korán, que en voz alta leía para afirmar en su fé á los soldados y traerles á la memoria la facilidad con que podían adquirir el paraíso, si en defensa de la ley de Mahoma morían matando á los *infeles*.

Amanecía el día 12 de Julio, cuando el ejército de la santa Cruz llegó al puerto del Muradal. El ejército cristiano marchaba dividido en cuatro cuerpos; iba el de vanguardia á las órdenes de D. Diego Lopez de Haro, llevando á sus órdenes, como ayudantes, á sus hijos D. Lope y D. Pedro, y á D. Sancho Fernandez y D. Martin Muñoz (Nuñez, según otros), sus sobrinos. Seguían á estos las órdenes militares, que siempre tuvieron el primer puesto en la vanguardia al avanzar y en la retirada á la retaguardia, con los templarios y los caballeros de San Juan: estos iban mandados por su prior don Gutierre Armildez, y aquellos por su maestro D. Gonzalo Ramirez. Los maestros D. Pedro Arias de Toledo y D. Ruiz Diaz de Yanguas iban al frente de los caballeros de Santiago y de los de Calatrava, cerrando la marcha los concejos de Madrid, San Estéban de Gor-



maz, Aillon, Atienza, Cuenca, Almazan, Alarcon, Uclés y Huete. Era primer porta-estandarte de este cuerpo D. Pedro Arias de Toledo.

Mandaba el segundo cuerpo el esforzado rey de Navarra, seguido de sus soldados, de las huestes de Ávila, Medina del Campo, Segovia, y de gran número de caballeros vizcainos, guipuzcoanos, gallegos y portugueses. El estandarte real de este cuerpo de ejército le llevaba el alférez mayor de D. Sancho IV de Navarra, llamado D. Gomez García.

Iba el tercer cuerpo á las órdenes del valeroso rey de Aragon, llevando el real pendon de San Jorge su alférez mayor D. Miguel de Luesia; y se componia de los aragoneses y catalanes que no abandonaron el campo con los veleidosos extranjeros, y de los prelados y caballeros de Aragon.

Mandaba la retaguardia ó cuarto cuerpo en particular, y en general todo el ejército, como supremo jefe de él, el gran Alfonso VIII, rey de Castilla, y cerca de él se veia su real estandarte que ostentaba en el velo la imágen de la Santísima Virgen, llevado por el alférez D. Alvar Nuñez de Lara.

Rodeaban al soberano de Castilla el arzobispo de Toledo, célebre historiador, D. Rodrigo Jimenez, con todos los prelados de Castilla, los hijos del conde D. Rodrigo Giron, ganosos de vengar la muerte de su esforzado padre ocurrida en Alarcos, el conde Fernan Nuñez de Lara, D. Nuño Perez de Guzman, D. Suero Tellez y tantos esforzados caballeros que seria prolijo nombrarlos. En este cuerpo de ejército iban las comunidades de Toledo, Valladolid, Olmedo y otras.

Al llegar la vanguardia al puerto de Muradal, avanzó un fuerte cuerpo de caballería musulmana á cerrar el paso á los cristianos; empero D. Diego Lopez y los suyos calaron lanzas y acometieron denodadamente, desordenando á la caballería enemiga. Otro cuerpo de ejército enemigo acude presuroso á restablecer la pelea; y á su pesar la vanguardia se abre ancho paso, sembrando de enemigos el suelo, y se apodera del castillo de Castro Ferral, situado al Oriente de las Navas, nombre que iba á ser en adelante tan célebre en la española historia.

Ya habia el sol llegado á su ocaso, cuando los tres cuerpos de ejército restantes llegaron á la falda de la montaña: era preciso forzar el terrible paso de la Losa, guardado por una innumerable muchedumbre mahometana; porque el ejército de Mohammed solo de soldados voluntarios contaba cerca de doscientos mil, sin los almohades, sin los andaluces, sin las tribus y sin los etiopes.

Los accidentes del terreno favorecian mucho á los hijos de Mahoma; posesionados de las quebradas y ásperas breñas, estaban para-

petados y dispuestos á hacer daño sin poder recibirle. Los valerosos cruzados, por el contrario, iban entrando en unas angosturas y desfiladeros en donde ni era posible formar las haces, ni menos desplegar la caballería.

El visible y grande peligro hizo á Alfonso VIII determinar que se reuniese un consejo, á fin de oír los pareceres de todos los que podían dar dictámen en tan crítico y apurado trance. En el consejo sucedió lo que siempre en análogos casos; los más esforzados y decididos, sin tener en cuenta la imposibilidad material, opinaron por seguir y forzar el paso á muerte ó á vida: los más prudentes, aunque también valerosos, creyeron conveniente el replegarse.

Los reyes de Castilla y Aragón estaban dispuestos á acceder á todo, menos á retirarse: querían oír consejos para ver si era posible disminuir la exposición y el peligro, no para aparentar cobardía á la vista del orgulloso enemigo, y fiaban en su esfuerzo, en el de sus soldados, y principalmente en los auxilios del cielo, manifestando que sería faltar á la confianza en la Divina Providencia, que hasta allí tan visiblemente les había protegido en Malagon, Calatrava y en Alarcos, cuando al atravesar por la ciudad huyeron los mahometanos despavoridos. La fé de estos grandes monarcas no quedó, en verdad, sin muy inmediata recompensa.

Estaban en tan perjudicial lucha por efecto de los encontrados pareceres, cuando improvisadamente surgió como de la tierra un pastor anciano, de venerable aspecto, de lengua y argentada barba. Hizo saber al rey de Castilla que siendo aquel terreno el que más había él frecuentado para conducir los ganados á pastar, le conocía perfectamente, y podía enseñarle un camino apenas conocido, que le guiaria derecho á la cumbre, sin que de ello se apercibiese el enemigo; y al llegar al término del sendero hallaria una inmensa planicie, en donde podria cómodamente desplegar el ejército y dar la batalla con esperanza de la victoria.

Pensóse mal al pronto del aparecido, y se temió fuese un traidor que deseaba entregar al ejército en manos de los musulmanes; sin embargo, la proposición era muy grata, y el venerable aspecto del pastor parecia abonar la verdad de cuanto referia.

Perplejo estaba el soberano de Castilla, cuando el esforzado don Diego Lopez de Haro le dijo: «Señor, vale más muera uno que exponer vuestra vida y la de tantos valientes; ruégooos me deis licencia, y yo iré á ver si es verdad lo que dice el pastor.» Este hombre animoso é intrépido, obtenido el permiso, marchó con el anciano, llevando á su lado á otro héroe aragonés, llamado D. García Romeu, que pidió acompañar á D. Diego.

Poco tiempo necesitaron caminar para llegar en efecto á una vastísima llanura de diez millas de extensión, la cual tenia algunas colinas



que accidentaban el terreno, para mayor ventaja del ejército. En aquel sitio hemos tenido el gusto de estar largo tiempo, considerándole en sus menores detalles, y fijándonos en los mudos é inanimados testigos de tanto hecho hazañoso y de tan inmarcesible gloria, conmovidos é inmóviles al recordar la famosa batalla y el memorable triunfo: aquellas llanuras eran suficientes, como el pastor había dicho, para desplegar el ejército entero; eran las NAVAS DE TOLOSA, cercanas á Despeñaperros, en donde hoy existe un pequeño pueblo.

Algunos dan nombre á este pastor, y dicen que se llamaba Martín Halaja; á pesar de esto, no fué fácil saber cómo se llamaba; porque el haber creído entonces que era un ángel mandado por Dios bajo la forma humana, para librar al ejército que estaba próximo á perecer, consistió en la extraordinaria desaparición de aquel hombre benéfico, que debía sin duda alguna haberse presentado con la esperanza de recibir el premio que su importante servicio merecía. Lejos de esto, no se dejó ver más, y en vano hizo Alfonso VIII antes de la batalla y después del triunfo que se le buscara por todos aquellos contornos: los jefes exploradores volvieron solos y muy gozosos á dar cuenta al rey de lo que habían visto, refiriendo que habían perdido de vista al pastor. El rey, perdida también la esperanza de encontrarle, mandó hacer una estatua que representaba á aquel, y dispuso fuese colocada en una hornacina en el coro de la catedral de Toledo.

Fué inapreciable y eminente el servicio: el ejército cristiano estaba en grande conflicto; y si no fué un milagro, si aquel hombre era en efecto un ser humano, no se puede, sin embargo, negar que su oportuna aparición tuvo mucho de providencial: aquel hombre rústico, ignorante, y al parecer impotente para obrar grandes acciones, salvó al ejército y á tres reyes cristianos, y no obstante, ni aun quiso recibir como salvador las gracias de aquellos á quienes había salvado. Este hecho merece mirarse con grande consideración; porque parece que sale de los límites de lo ordinario y puramente humano.

Permaneció firme la vanguardia en Castro Ferral, en tanto que los tres cuerpos de ejército caminaban siguiendo el sendero descubierto por el desaparecido pastor.

Era el sábado 14 de Julio del año 1212: la vanguardia, que se mantenía en Castro Ferral, recibió el aviso de la llegada del ejército á los llanos de las Navas, con cuya noticia supo que no era necesaria su permanencia en aquel sitio. El bizarro caudillo dió la orden para retroceder, circunstancia que llenó de asombro á los mahometanos y les hizo burlarse del valor español, suponiendo que el temor les impedía el pasar más adelante y forzar el paso de la

Losa. La retirada, hecha muy en orden por D. Diego, los hizo suponer que huían vencidos sin haber llegado á pelear; mas les duró muy poco tal creencia, y al asombro ocasionado por la retirada sucedió la más inexplicable sorpresa, al ver frente á frente á las huestes cristianas, sin poder comprender por dónde habían aparecido. El primer aviso que Mohammed tuvo de la llegada de los cristianos, á los que suponía huyendo de su poder, fué el verles sentar sus reales y plantar sus tiendas enfrente del campamento mahometano.

Irritado el emperador africano por aquel inesperado golpe, quiso en el momento empeñar á los españoles en una campal batalla; mas el rey de Castilla no se movió por eso, porque creyó oportuno dar descanso al ejército. Es una verdadera fatalidad el que los hombres crean ó, mas bien, interpreten siempre lo que ven á medida de su conveniencia, sin tener en cuenta que puede alucinarles su deseo. Así sucedió en aquella ocasion: la prudente determinacion de Alfonso VIII fué mirada por Mohammed como una evidente demostracion de temor; y tanto lo creyó así, que tuvo la verdadera flaqueza de escribir á algunos walfes de Andalucía, para manifestarles que el poderoso ejército cristiano, con sus tres soberanos y caudillos, estaba entre sus manos, puesto que le tenia sitiado; y terminaba aplazando para dentro de tres dias, por término más largo, el avisarles que estaban todos prisioneros. No sabemos cómo pudo ilusionarse hasta tal punto, puesto que mala muestra de temor daban los guerreros que si habían cambiado de camino, había sido unicamente para llegar á encontrarle con más facilidad, cosa que el mismo *rey verde*, que así le llamaban los españoles por el vestido que de este color usaba, debía de haber notado, al ver que frente á frente de sus reales establecía el rey de Castilla los suyos.

Llegado el dia 15, Mohammed provocó de nuevo á los cristianos: era domingo, y los reyes decidieron de comun acuerdo prepararse devotamente para la batalla, y respetar la festividad del dia que en la semana está consagrado al Señor, por cuya razon se denomina domingo; palabra derivada de *Dominus*, que en latin equivale á *Señor*. Sin embargo, terminados los actos de devocion se preparó la batalla, á fin de que al siguiente dia estuviese todo á punto.

Magnifico aspecto presentaba el campamento cristiano, ofreciendo á la vista un solemne é imponente espectáculo; espectáculo augusto y venerable que solo es dado presentar á la católica y verdadera religion en todos los actos de su culto externo.

Habia rayado la media noche que dividia el domingo 15 del lunes 16 de Julio, y todos los prelados se ocupaban en dirigir pláticas llenas de uncion y piadosas exhortaciones á los guerreros, muchos de los cuales podian ser considerados, aunque llenos de salud



y de vida, como ya moribundos; los ojos de muchos de aquellos fuertes varones quedarían muy pronto cerrados á la hermosa luz, y el nuevo sol no volvería ya á animarlos, dando luz solamente á su yerto cadáver; y sin embargo, todo era animación y energía en el campamento; aquellos hombres para quienes era juego de cañas y torneos la más exterminadora y sangrienta batalla, llenos de compunción, dejando que las sinceras lágrimas de arrepentimiento surcasen las atezadas mejillas llegando hasta el poblado bigote, depuesto por entonces su orgullo de guerreros y postrados en tierra, confesaban devotamente sus pecados y recibían la absolución que les daba el ministro de Dios, y todo era entonces silencio, devoción, recogimiento, piedad. ¡Qué cosa hay en el mundo comparable á semejante espectáculo! ¡Cuál de las sectas y falsas religiones le presenta aproximado, ó parecido al menos! ¡Pues y cuando llegó el momento de celebrar el santo sacrificio de la misa sobre un elevado altar, rodeado por los cuatro cuerpos de ejército! Al elevar la sagrada Hostia, todas las armas, las temidas y mortíferas armas fueron inclinadas al suelo, y las cajas de guerra, los roncós atabales, los sonoros clarines rompieron el silencio y con ecos magestuosos y sonoros poblaron el espacio. Solo faltaba entonces los disparos de la artillería para dar á aquel momento toda la solemnidad que tiempo adelante tuvo: quien no ha oído misa en un campamento, no conoce uno de los espectáculos más devotos, imponentes y magníficos, que hace caer de rodillas involuntariamente á más de un incrédulo y á más de un impío, sin que sepan por qué, según dicen; pero obligados por el irresistible poder de la religión, cuyo origen divino tan eficaz y poderosamente obra sobre los humanos, por descreídos y rebeldes que sean.

Terminado el incruento y santo sacrificio, cuando la aurora comenzaba á blanquear el inmenso horizonte, y cuando el sol se acercaba á dar luz á los grandes horrores que se preparaban, de nuevo los bélicos instrumentos llenaron el espacio; empero ya no resonaban los magestuosos y solemnes ecos dirigidos á rendir honor y gloria al Dios de los ejércitos: lanzaban ecos de guerra, cuyo fragor iba á herir con siniestro augurio los oídos de los descreídos hijos de Mahoma.

En aquel momento el rey de Castilla y los de Aragon y Navarra necesitaron de todo su tesón para decidir un noble y digno pleito militar: todos los jefes y oficiales á porfía pretendían que se les diese lugar en la vanguardia, para medir los primeros sus armas y valor contra el feroz enemigo. Quedó todo, sin embargo, en el mismo estado que estaba, y los cuatro cuerpos de ejército permanecieron formados y mandados en los mismos términos que habían llegado á aquel sitio. El caudillo encargado de ordenar el ejército y formar

Batalla de las Navas de Tolosa.



las haces para la batalla fué el valeroso catalán D. Dalman de Crexel, natural del Ampurdán.

Los más eruditos y célebres historiadores dicen que en cinco siglos no se había visto tan grande ejército como el que en las llanuras de las Navas estaba reunido. Los mismos escritores árabes dicen que había en aquel campo trescientos mil soldados aguerridos, almohades, zenetas, alárabes, cien mil voluntarios de infantería y sesenta mil ginetes; y no se cuentan varias tribus, ni los moros andaluces, ni los etiopes, que entre unos y otros compendrían medio millón de guerreros.

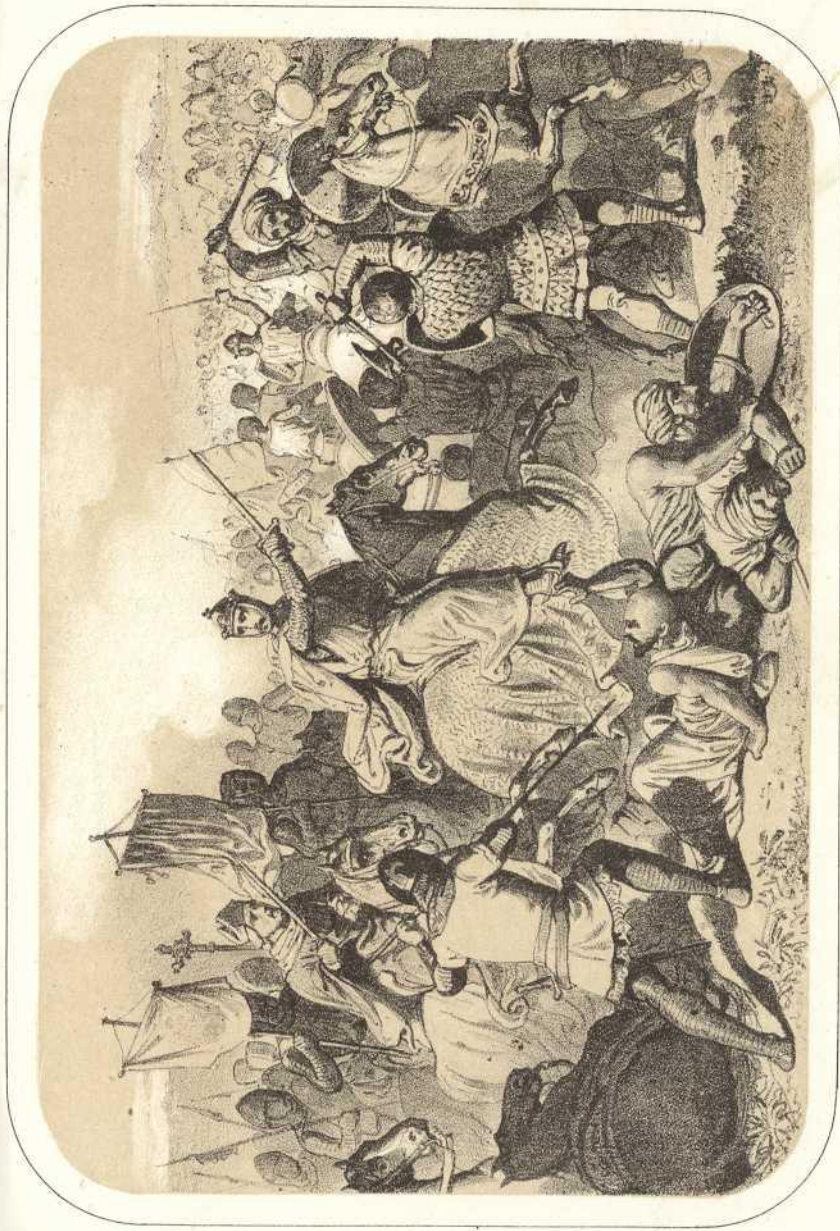
El ejército cristiano, después de la defección de los extranjeros, y aunque aumentado con la llegada del rey de Navarra, no llegaba á ciento treinta mil de á pié y á caballo: por manera que venían á ser una cuarta parte en número que los enemigos, si bien en el corazón estaban triplicados.

Cuando el sol ya doraba la cumbre de las montañas, comenzó á sentirse un sordo rumor que precedió al sangriento combate, á la manera que el lejano rugir de la horrorosa tormenta anuncia que esta se acerca y va á estallar en breve. En efecto, dase la señal, y avanzan los ciento sesenta mil voluntarios mahometanos á recibir al bizarro D. Diego Lopez de Haro, que seguido de los caballeros de las órdenes, de los del Temple y de San Juan y de los concejos de Castilla, ha avanzado el primero para comenzar el combate.

Terrible y sangriento fué el encuentro primero; no era posible que poco más de veinte mil hombres que compendrían la vanguardia resistiesen el choque contra ciento sesenta mil. Dícese que espantado el caballo del alférez que llevaba el pendón de Madrid (se llamaba D. Sancho Fernandez Cañamero), volvió grupa y dió á correr á toda brida; y según otros, no fué el espanto del caballo, sino el temor del jinete el que hizo volver grupa al corcel. Los mismos que esto último refieren añaden que el rey de Castilla indignado puso lanza en ristre y obligó al fugitivo á volver á la batalla: pudo ser esto muy bien, mas de un modo ó de otro, consta que D. Sancho volvió y cumplió con su deber en el combate.

Pronto se hizo general la batalla: refiérese que D. Diego Lopez con los caballeros de las órdenes desaparecían y aparecían instantáneamente entre las ondas de aquel mar de alquiceles y turbantes, sembrando el suelo de mahometanos. De estos llegaron osadamente muchos hasta Alfonso VIII, el cual, según la crónica, tranquilo y sereno, como si en su palacio estuviese, caló la lanza y dirigiéndose al arzobispo cronista, le dijo: «Arzobispo, yo é vos, aquí muramos;» el prelado de Toledo, con gran tranquilidad, repuso: «Non quiera Dios que aquí murades, antes aquí habedes de triunfar del enemigo;» y el magnánimo rey, arrimando al brioso y pujante corcel de



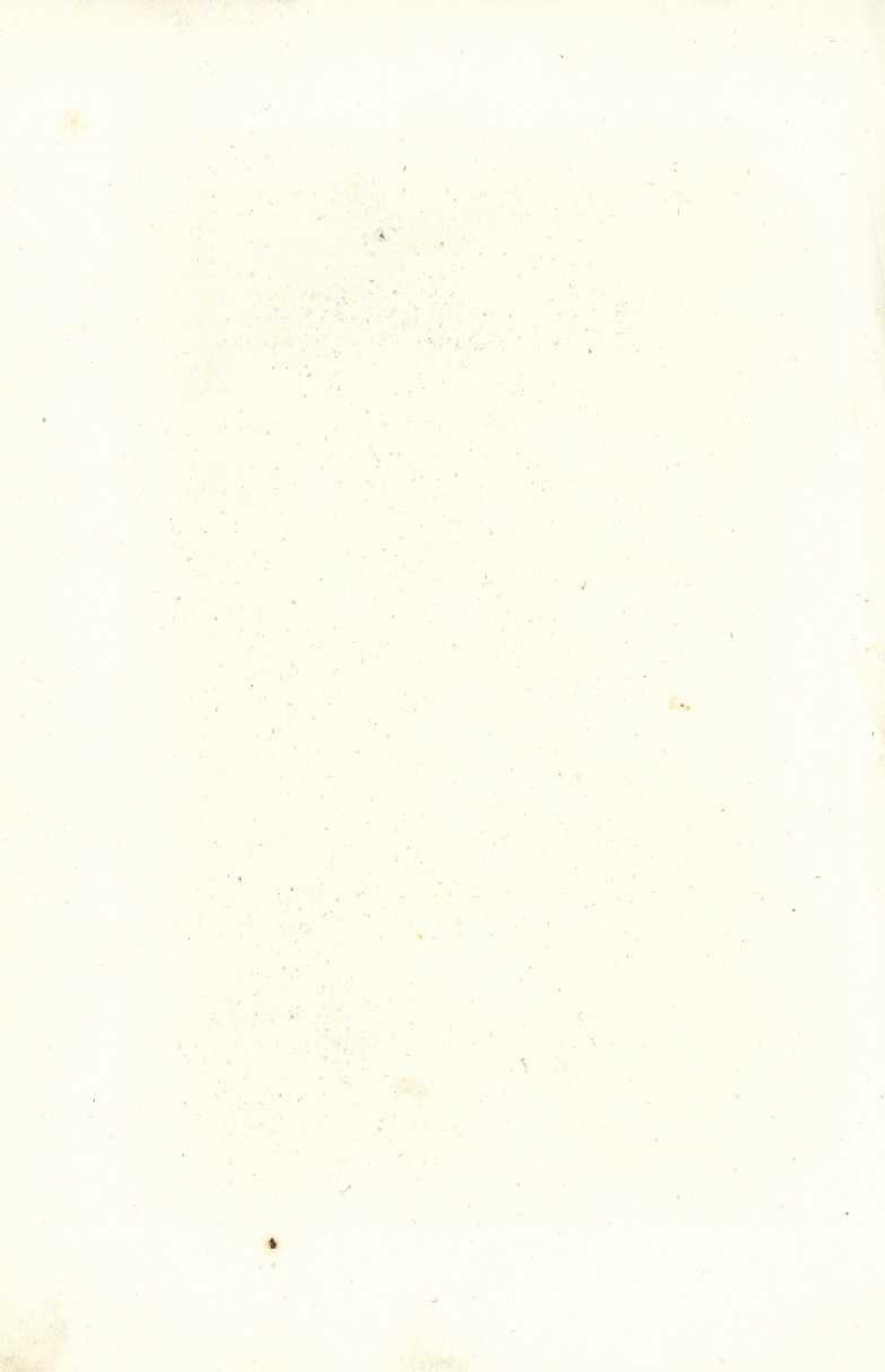


C. MONICA del'Yllit

Lit. de J. DONON, Madrid.

# Batalla de las Navas de Tolosa.







batalla ambos dorados acicates, exclamó: «Pues vayamos presto y acorramos á los de la primera haz, que están en grande afinamiento.»

Ninguna consideracion bastó á detener al bizarro rey de Castilla; llegando á tal extremo su valor, que un caballero llamado Fernan Garcia se atrevió á coger con la diestra las riendas del caballo de Alfonso VIII para detenerle é impedir que avanzase más. En aquel momento el héroe coronado ve que un sacerdote ornado con las sagradas vestiduras viene huyendo, perseguido de cerca por varios musulmanes, los cuales temerosos de no poder darle alcance blasfemaban de Dios y arrojaban sendas piedras al fugitivo. El rey lo ve; encomiéndase á la santa Virgen su especial patrona, y lanza en ristre acomete á aquellos descreidos que de tan infame manera escarnecian la sagrada y verdadera religion.

No fué menester más para que todos siguiesen al monarca de Castilla: animados con aquel grande alarde de valor, arrollaron en tales términos á los enemigos, que los dispersaron, llegando los cristianos hasta el inmenso círculo de etiopes que guardaban la tienda de Mohammed.

El caudillo Abu-Said manda avanzar á los moros andaluces, que habian sido relegados al último lugar á consecuencia de haberse quejado de la injusta muerte dada al bizarro Aben-Cadis; aquellos ven que ha llegado el momento de consumir su venganza; recuerdan que el caudillo que los manda avanzar es el mismo que ocasionó la muerte de aquel desgraciado valiente, y en vez de avanzar retroceden y se alejan á paso lento, para hacer ver que no huyen, pues tienen bien probado su valor, sino que tienen presente se les habia dicho *que se retirasen si querían, pues para nada eran necesarios.*

Privados los almohades, que aun resistian, de aquel último recurso, no pudieron hacer retroceder á los denodados cristianos: desde aquel momento la batalla se convirtió en degüello; el suelo estaba poblado de turbantes, de alquiceles, de cimitarras, de guntas, de lanzas y de cadáveres.

Restaba solo deshacer el valladar de acero de los etiopes; empe-  
ro la decision de los más valerosos caballeros era impotente para lograrlo: sus nobles y briosos corceles se clavaban en las agudas moharras; las fuertes cadenas tampoco dejaban penetrar en el centro de aquellos diez mil negros feroces que impasibles estaban, como si no tuviesen á su vista aquel inmenso cementerio, aquellas huestes valerosísimas, y en todas partes la destruccion y la muerte. La lucha era tal, y tan importante su terminacion, que no podia ser duradera; mas la dificultad crecia, y contra ella se estrella-  
ba toda la bravura de los denodados españoles.

De pronto y como por encanto ven con asombro todos que el

glorioso pendon de Castilla era tremolado con robusto brazo en el centro de los etiopes. Un inmortal guerrero español, exclamando con estentórea voz: *Si las cadenas no se pueden romper, se pueden saltar*, hincó ambos acicates en los ijares del poderoso corcel, y saltando la valla pasó al centro de aquella muralla de carne. Llamábase aquel héroe D. Alvar Nuñez de Lara: sea tan eterno su nombre como es inmarcesible y eterna su gloria, si bien tuvo que compartirla con el bizarrísimo rey de Navarra, que por el lado opuesto hizo lo mismo, aun antes que D. Alvar; empero no fué visto tan pronto, porque, ya lo hemos dicho, verificó el atrevido salto por la opuesta parte.

Los dos caballos manejados diestramente lograron poner en movimiento á aquella inmensa mole, al parecer inerte, de negros guerreros: al propio tiempo los soldados de la santa Cruz pugnaban por pasar, viendo el inminente peligro que aquellos dos valerosos é inimitables héroes corrían; empero los caballos heridos con las moharras se retiraban, y con increíble instinto volvían grupas y daban pares de coces en las largas astas de las lanzas, para derribar el obstáculo que á su nunca desmentido brio vigorosamente se oponía.

Era forzoso proceder con gran prudencia para destruir aquel muro de madera y hierro; porque las lanzas, hábilmente clavadas en el suelo, estaban colocadas, ni vertical ni horizontalmente: venían á estar oblicuamente puestas; que á estar verticalmente no hubiera caballo en el mundo que las hubiera saltado.

La misma colocacion que hacia retroceder con continuos pinchazos á los caballos, fué ventajosa para poder saltar; mas como no á todos los caballos era dado imitar al del rey de Navarra y al de don Alvar, no queriendo los valerosos caballeros que aquella crítica situacion se prolongase, y viendo que los mismos caballos indicaban la manera de destruir el fuerte obstáculo, dando terribles cuchilladas; ó reveses, porque estocadas hubieran sido inútiles, en las astas de las lanzas, abrieron suficiente espacio para precipitarse en el centro y reunirse á los dos héroes que con valor se sostenían hacia algunos minutos.

Ya dentro del círculo gran número de guerreros cristianos, y habiéndose generalizado la mortal lucha, el rey de Navarra por sí mismo rompió las cadenas, facilitando la entrada á cuantos soldados acudían: por esto y por haber entrado el primero con riesgo de la vida, tomó las cadenas por armas; y colocándolas en su escudo para eterno y glorioso recuerdo de aquel hecho, hoy sirven todavía de blason á Navarra.

No expuso su vida el vanaglorioso emperador, el *rey verde*, que pocas horas antes se jactaba de tener sitiados á los tres reyes y á



sus ejércitos. Dirigiendo plegarias á Mahoma y leyendo el Korán permaneció en su tienda, hasta que vió caer á centenares los etíopes que le guardaban, y oyó los gritos de victoria que los guerreros cristianos daban al libre viento.

Sorprendido Mohammed suelta el libro para él tan sagrado, y se prepara á la fuga; pero no sabe por dónde huir. En aquel angustioso momento un árabe que le era fiel acude presuroso, y presentándole una hermosa yegua le dice: «Monta, señor, en esta castiza yegua, que jamás dejó mal al que en ella cabalga: quizá te libre Dios, porque en tu vida está la seguridad de los tuyos; y apresúrate, porque el juicio de Allah está conocido, y hoy llegó el fin de los musulimes.»

Estas últimas palabras que ponemos de cursiva indican claramente cuál sería el destrozo de los mahometanos en aquel terrible día; y como los cadáveres y la sangre casi llegaban ya á los límites de la tienda del emperador, orgulloso y altivo pocas horas antes, aceptando la oferta del fiel árabe saltó sobre la corredora yegua. Pocos momentos despues, el desatentado *rey verde* tomó á todo escape la vuelta de Jaen, seguido del árabe que montaba el caballo de Mohammed, marchando mezclado con algunos fugitivos como un miserable, para escapar de la muerte á costa de la honra. Así lo debió hacer, ya que no fué bastante valeroso para medir sus armas con ninguno de los reyes cristianos, los cuales fueron en aquel glorioso día unos verdaderos héroes. ¿Quién no tendría á honra el ser súbdito de monarcas tan dignos de serlo?

Los pocos moros que pudieron huir fueron perseguidos hasta que lo cerrado de la noche impidió á los cristianos el alejarse más de su campo.

Aunque suponemos que los árabes disminuirían la cifra de la pérdida que experimentaron, no queremos poner otra que la que ellos mismos señalan y fijan en DOSCIENTOS MIL hombres. Segun Conde, no quedó con vida ni uno solo de los CIENTO SESENTA MIL voluntarios: baste decir que todos están contestes en que apenas habia en el ensangrentado suelo el terreno necesario para fijar el pié, sin encontrar un cadáver.

En cuanto á la pérdida de los cristianos, algunos autores la han fijado en veinticinco hombres, tomando este dato del arzobispo don Rodrigo, historiador y actor en la gloriosa batalla; empero el erudito Lafuente hace observar oportunamente que está mal entendido el texto. Habiendo consignado tambien D. Rodrigo que habian muerto doscientos mil moros y veinticinco cristianos, puede creerse, en efecto, que dijo este número *omitiendo el mil*, por *sobreentenderse ya cuando los guarismos son inmediatamente correlativos*. Sin embargo, Alfonso VIII, en su carta dirigida al Sumo Pon-

tífice Inocencio II, dice: «Los que cogimos cautivos ciento ochenta y cinco mil de á caballo, y sin número de infantes. Murieron de ellos en la batalla más de cien mil soldados, segun el cómputo de los sarracenos que apresamos despues. Del ejército del Señor, lo cual no se debe repetir sin dar muchas gracias á Dios, y solo por ser milagro parece creible, apenas murieron *veinticinco ó treinta* cristianos de nuestro ejército.» Por manera que unidos todos estos datos al que da el obispo de Narbona, el cual no quiso abandonar el campo cuando lo verificaron los extranjeros auxiliares, manifestando admirado que en tan sangrienta y terrible batalla no llegaron los muertos del ejército cruzado al número de cincuenta, debemos concluir por creer que la pérdida fué respectivamente insignificante, y que el visible favor de la Divina Providencia, demostrado desde el principio de la cruzada, terminó la obra del mismo modo que la plugo comenzarla.

Sobre el mismo campo de batalla, sobre aquel horroroso y vastísimo cementerio se cantó un solemne *Te Deum*, para dar gracias al Dios de los ejércitos, previa la indicacion del primado de las Españas. El arzobispo D. Rodrigo, rodeado de los prelados de Osma, Avila, Plasencia, Sigüenza y Palencia, le entonó con voz sonora, aunque conmovida, y fué contestado por el inmenso unísono coro de aquel valeroso ejército, que devotamente arrodillado sobre cadáveres, mezclaba con las voces de ferviente entusiasmo las cordiales lágrimas del puro agradecimiento.

Todos los pertrechos, innumerables armas, tiendas, bagajes, todo quedó en poder de los cristianos. Los tres reyes de Castilla, Aragon y Navarra, se batieron cuerpo á cuerpo como simples soldados: rivalizaron en valor los castellanos, los aragoneses, los catalanes, y cuantos españoles y portugueses, que ya eran mirados como extranjeros, se hallaron en el famosísimo hecho de armas. El célebre arzobispo historiador dice que si intentara referir las hazañas de cada uno, *antes le fallaria mano para escribir que materia para contar.*

Los caballeros de las órdenes y los templarios estuvieron á la altura de los más acreditados valientes, y entre estos figuró en primera línea el esforzado D. Diego Lopez de Haro, no siendo menos digno de elogio D. Domingo Pascual, canónigo que llevaba el estandarte arzobispal y que hizo proezas en medio de los mahometanos. Si consideramos que tantos héroes salieron ilesos, cierto que si no fué verdadero milagro, hubo mucho de providencial en aquella memorable y gloriosa batalla, que fué llamada por los moros de Alacab (de la Colina), y por los cristianos, de las NAVAS DE TOLOSA.

El rey de Castilla, jefe supremo del campo, repartió entre los



navarros, catalanes, aragoneses y demás auxiliares españoles y portugueses los incalculables despojos; la inmensa cantidad de oro y de plata; los finisimos albornos y ricas estofas, dando la menor parte á los castellanos, y no tomando para sí otra cosa que el gloriosísimo y significativo epíteto de D. Alfonso *el de las Navas*, el estandarte del emperador, y el Korán con su caja de oro. La riquísima tienda de Mohammed fué enviada á Roma y colocada en la suntuosa basílica de San Pedro, así como las banderas ganadas al enemigo fueron llevadas á Toledo; y del pobre pastor nadie se ha ocupado más que para referir su prodigiosa aparición, por ser indispensable, habiendo sido la primordial y verdadera causa de tan glorioso triunfo. ¡Miserable condicion la del hombre oscuro, que comunica su pobre oscuridad á todas sus acciones, por resplandecientes que sean!

Esta memorable batalla, mortal golpe para los descreídos mahometanos, que allanó mucho el camino del triunfo al gran Fernando III, el Santo, tuvo lugar el día 16 de Julio de 1212. Dicese que en lo más recio y dudoso de la pelea apareció en el cielo una hermosa cruz resplandeciente y rodeada de una brillante aureola: aun cuando así no fuera, que bien pudo suceder adonde tantos prodigios se vieron, el triunfo de la cruzada compuesta de tan pequeño número de hombres respecto del de los enemigos, dió motivo á que se instituyese una festividad religiosa bajo el nombre de *El triunfo de la Santa Cruz*, que se celebra desde entonces, como vemos hoy en el calendario, el día de Nuestra Señora del Cármen. En Toledo se celebra el aniversario, y salen procesionalmente todos los años los pendones y banderas perdidas en las Navas por los mahometanos.

Tres días descansaron los vencedores, pasados los cuales, y no queriendo el rey de Castilla que se entibiase el belicoso ardor de sus soldados, continuaron su victoriosa marcha. En breve tiempo tomaron los fuertes de Tolosa, Vilches, Ferral y Baños; y al acercarse á Baeza, los moros, sin esperar al vencedor de las Navas, la abandonaron, replegándose á Úbeda. A esta ciudad pasaron sin detenerse; pero estaba defendida por un fuerte ejército, compuesto de todos los mahometanos fugitivos y de los refugiados de diversos puntos, y entre ellos los de Baeza, componiendo un total de 40,000 hombres.

Asaltaron los españoles la ciudad inútilmente y con bastante pérdida; y cuando se replegaban para rehacerse, un intrépido soldado solo y con un corazon mayor que era grande y expuesta la empresa que acometia, escaló un adarve, y colocado sobre el muro comenzó á dar amenazadores gritos á los sitiados. Estos no pudiendo imaginar que un solo hombre fuese tan osado y resuelto, suponiendo que le seguia una fuerza numerosa, se pusieron en fuga y se encerraron en la alcazaba. Desde allí, llenos de temor y suplican-



tes, pidieron la vida y la libertad, ofreciendo reconocer el vasallaje del rey de Castilla y entregar un millon de escudos. El valeroso soldado que obró semejante increíble mutacion era aragonés, y se llamaba Juan de Mallen.

La ventajosa oferta hubiera sido aceptada por los reyes, á no haber interpuesto su autoridad el arzobispo de Toledo y el prelado de Narbona, recordando que caeria la excomunion fulminada por el Sumo Pontífice sobre los que entrasen en convenios ó pactos con los infieles hijos de Mahoma. A consecuencia de esto se desechó la oferta, se estrechó el sitio, y muy pronto los sitiados se rindieron á discrecion, quedando cautivos muchos de ellos de los caballeros de las órdenes y de otros principales guerreros.

Cuando el ejército, castigado con algunas violentas enfermedades estacionales á consecuencia de lo rigoroso del estío, caminaba hácia las respectivas córtes de los tres reyes, apareció, al llegar á Calatrava, el duque de Austria que acompañado de una brillante escolta se presentaba á tomar parte en la cruzada.

Enterado el duque del resultado de la gran batalla, así como de los triunfos obtenidos anterior y posteriormente á ella, tomó la vuelta de Aragon con el soberano de este reino, y el valeroso monarca navarro tomó con el de Castilla la vuelta de Toledo.

Triunfal y magnífica fué la entrada de ambos reyes en la antigua córte gótica. Verificóse por la Puerta del Sol, á la cual acudieron el clero y el pueblo de todas condiciones, sexos y edades, para llevar en solemne procesion á los vencedores de las Navas á la santa y magnífica basilica, á fin de dar en ella sinceras gracias al Dios de los ejércitos. Durante largo tiempo no pudo hacerse oír la voz del ilustre y valeroso vencedor de las Navas, porque lo impedian los frenéticos gritos de entusiasmo y las aclamaciones y los victores. Fué un día de verdadero é indescrptible júbilo: la reina doña Leonor y los infantes acompañaron en su entrada al gran Alfonso VIII.

Despues de tomar descanso algunos dias el rey de Navarra, siendo obsequiado á porfia por el de Castilla y por los prelados y magnates, regresó victorioso y ufano á sus dominios. Aquellos dos monarcas, heróicos ambos y tiempo antes enemigos, se despidieron cordialmente sintiendo no poco el tener que separarse. El generoso castellano, para hacer ver al navarro que no habia dado éste auxilio á un desagradecido, *motu proprio* le devolvió quince plazas de las que aun retenia en su poder á consecuencia de las pasadas guerras.

Ya tranquilo en su córte Alfonso VIII ajustó paces con el rey de Leon, mostrándose mucho más generoso de lo que otro hubiera sido y de lo que debia ser; porque Alfonso IX no habia querido tomar parte en la sagrada guerra, como en su lugar veremos. La paz





quedó solemnizada en Valladolid (1213), exigiendo el gran monarca de Castilla en uno de los artículos del tratado el que no hiciese la guerra al monarca de Portugal el de Leon, restituyendo á aquel, por consecuencia, los fuertes y castillos que este le habia quitado. Estipulado así, salió de nuevo á campaña el valeroso Alfonso, deseoso de no dar descanso á los mahometanos.

La dominacion de estos era en España menos importante cada día. El feroz Mohammed, que sin pelear huyera vergonzosamente de los campos de las Navas, desahogó su cobarde é impotente ira haciendo degollar á varios caudillos andaluces y á cuantos quiso achacar la culpa de la formidable pasada derrota. Despues de esto regresó á Marruecos, y allí encerrado, no imitó al gran Alfonso VIII, que no reposó un punto hasta indemnizarse con grandes usuras de la desgracia de Alarcos; sino que procuró olvidar la enorme pérdida y la triste ignominia, encenagándose en los placeres y desatendiéndolo todo.

No fué de larga duracion aquella vida de molicie y deleites. Aborrecido como era vió llegar el fin de sus dias, abreviados por medio de un veneno, en el año 1213, habiendo cedido el mando á su hijo Cid Abu-Yacub un año antes, tan pronto como regresó de España y adoptó el repugnante género de vida que antes hemos indicado. Tal fin tuvo el *rey verde*, el vencido de las Navas: se ignora por orden de quién le fué propinado el veneno que le arrebató á los placeres y á la ignominia.

Sin embargo de lo antes manifestado, continuaban algunos wálies sosteniendo la guerra en la península, obrando, por decirlo así, de su cuenta y riesgo; y el bizarro rey de Castilla, despues de reunir las huestes de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Uclés y Huete, conquistó á Dueñas, la entregó á los caballeros de Calatrava, y avanzó en direccion de Alcañiz, tomando al paso cuantas plazas y fuertes encontrara, á fin de no dejar enemigos á la espalda.

Jactábanse los mahometanos de que era Alcañiz inexpugnable: creidos de esto hicieron una defensa vigorosa; mas habiendo llegado á reforzar las líneas del sitio las banderas de Toledo, Escalona y Maqueda, tuvieron los sitiados que rendirse (22 de Mayo de 1213).

Despues del glorioso triunfo de Alcañiz tomó algun descanso el magnánimo rey, para celebrar al mismo tiempo la solemne festividad de la Pascua del Espíritu Santo ó de Pentecostés, en compañía de su esposa doña Leonor, del príncipe D. Enrique, y de doña Berenguela, sus hijos, con los dos de esta princesa y nietos del monarca, D. Fernando y D. Alfonso. Celebraron la religiosa fiesta en Santorcaz, en donde se habia reunido la real familia con el rey; y despues tomaron la vuelta de Castilla para dirigirse á Toledo.

Porque no faltase la terrible ley á que está sujeta la miserable é infeliz naturaleza humana, aquel año de tan copiosa y dulce gloria fué memorable y tristemente célebre por las grandes calamidades que sobre Castilla se desplomaron. De este modo se unen en este triste mundo las prosperidades y las desdichas, para recordarnos, si de ello nos olvidamos, de que al peregrinar por este fatal valle de lágrimas y duelo, cumplimos un castigo á fin de purificar nuestro ser y pasar, si la expiacion es digna, á la eterna patria perdida por la soberbia rebeldía del primer hombre.

Fatal fué aquel terrible año (1213) por la grande esterilidad que oprimió á Castilla, y á consecuencia de ella apareció su fatídica é inseparable compañera, el hambre asoladora. Los habitantes de las pobres aldeas las abandonaron; las personas, agotados los más inmundos animales, apelaban á las yerbas y raices; veíanse caer por las calles y caminos desfallecidas y sin vida á las gentes, y todo era horror, desolacion, muerte.

En tan horrible situacion se apresuró el monarca á dar el ejemplo de caridad cristiana, haciendo multiplicadas limosnas y repartiendo cuanto poseia. No ostentó menos su caridad el arzobispo D. Rodrigo, y á imitacion de ambos, los prelados, magnates y poderosos, á porfia socorrian la pública miseria. Dicese que el rey, en recompensa de la inagotable caridad del célebre arzobispo historiador, y seguro de que sabia usar dignamente de sus riquezas, cedió veinte pueblos á la mitra de Toledo.

Nunca demostró más á las claras el valeroso rey sus marciales instintos como en aquella memorable ocasion. Á pesar de los horrores del hambre, tan pronto como esta cedió algun tanto en sus rigores, se puso en campaña, de acuerdo con el rey de Leon, al cual, para que acometiese á los mahometanos por una parte en tanto que él los atacaba por otra, le mandó por auxiliar al bizarro D. Diego Lopez de Haro, á quien el lector ya conoce, el cual unido á Alfonso IX tomó la plaza de Alcántara.

Al mismo tiempo el magnánimo Alfonso, que se habia dirigido por Andalucía, se puso sobre Baeza, cuya plaza, abandonada cuando hizo el mismo soberano huir á los moros, habia sido de nuevo poblada y fortificada por estos. Por desgracia la escasez que aun se sentia, unida á lo rigoroso de la estacion, obligó al ejército á levantar el sitio; y ya habia comenzado á correr el año 1214 cuando llegó á Castilla.

Caminaba algun tiempo despues en direccion de Plasencia, en cuya ciudad debia avistarse con su yerno el rey de Portugal para terminar algunas diferencias que entre ambos mediaban, cuando al llegar á Gutierre Muñoz, pobre aldea cercana á Arévalo, se sintió atacado por una violenta calentura.



Desde sus principios dejó ver la enfermedad su fuerza, y el peligro en que estaba la vida del augusto doliente. Una fatal nueva vino á amargar la triste situacion del nobilísimo monarca. El desagradecido rey de Portugal, Alfonso II, olvidando que su suegro cuidó del bien de los dominios de aquel al ajustar la paz con el monarca de Leon, se negó á presentarse en Plasencia; y como nada hiere más honda y vivamente el ánimo de un hombre noble y honrado que el desagradecimiento y el mal proceder, esta injustificable negativa, tan poco honrosa para el portugués, acabó de precipitar el fin de la gloriosa vida de Alfonso VIII. Con ánimo tan fuerte como era de esperar de tan gran soberano recibió los santos sacramentos, que le administró el arzobispo D. Rodrigo, despues de lo cual falleció tranquilamente el día 6 de Octubre del año 1214. Tenia cincuenta y siete años de edad, y llevaba cincuenta y cinco de reinado.

Fué llamado el *Noble*, por su caballerosidad, honradez y nobleza; empero prevaleció al lado de su glorioso nombre el epíteto de *el de las Navas*; porque aquel memorable é importantísimo triunfo no lo fué solamente por sus resultados materiales, sino tambien por sus grandes consecuencias, puesto que, como en otro lugar hemos dicho, preparó el camino al gran San Fernando, y facilitó directa y eficazmente el término de la gloriosa reconquista.

Dicese de D. Alfonso VIII el de las Navas, con sobrada razon, que fué uno de los más grandes príncipes de la cristiandad y uno de los mejores soberanos que ha tenido España. Fué liberal, magnífico, piadoso, justiciero y equitativo: respecto de su valor como guerrero, cuanto decir quisiéramos pareceria pálido y seria ineficaz; basta leer su historia, que es el mejor elogio de este belicoso y activo soberano.

Fué muy solícito para premiar á los hombres de letras y para proteger los adelantos en estas, á pesar de su decidida pasion por la ruda y gloriosa profesion de las armas. Acreditó lo primero con la proteccion ilimitada que dispensó al célebre arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada, el historiador, y á otros doctos varones; y lo segundo con la fundacion de la universidad de Palencia, dotándola largamente y haciendo venir eminentes profesores de Italia y de Francia, sin perjuicio de haber utilizado en ella á los profesores españoles.

Han querido afeár la memoria de este gran rey fingiendo unos amores con una judía hermosísima llamada Raquel, á consecuencia de los cuales fueron muy protegidos los israelitas, con notable perjuicio de los cristianos. Este hecho *apócrifo*, como las hazañas de Bernardo del Carpio, las aventuras romancescas de Fernan Gonzalez y del Cid, el feudo de las cien doncellas, y otros varios episodios

que empañan de inconveniente manera la verdad histórica, está desmentido por todos los autores más fidedignos y respetables. Es una de tantas fábulas como han intercalado en la historia, sin duda con el intento de amenizarla; como si su amenidad no consistiese en los gloriosos hechos que refiere, y su principal mérito en la verdad de los que en ella se consignan.

Mondejar, Florez, Nuñez de Castro y otros célebres historiadores refutan los celebrados amores del rey con la hermosa judía: modernamente el erudito y autorizado D. Modesto Lafuente dice que omite *por fabulosos dichos supuestos* amores; y no nos cansaremos de motejar cuanto es posible, y siempre mucho menos de lo que merecen, á esos escritores que nada respetan, y que conculcando los sagrados fueros de la augusta verdad, convierten la historia en novela, llenando de perjudiciales errores la cabeza de los jóvenes estudiosos y ávidos de saber.

Ostentosos y magníficos fueron los funerales del ilustre y valeroso vencedor de las Navas, y no menos notables por su magnificencia que por las lágrimas vertidas por todos sus súbditos, justísimo y merecido tributo debido á sus grandes virtudes y á su paternal gobierno.

El cadáver fué sepultado en el célebre y suntuoso monasterio de las Huelgas de Búrgos, fundado por el mismo Alfonso VIII, en cuyo sagrado recinto hemos tenido el gusto de ver el sepulcro que encierra los mortales restos de tan grande y excelso monarca.

ENRIQUE I—AÑO 1214. En el acto fué aclamado y jurado rey el príncipe D. Enrique, que á la sazón contaba once años, y era hijo del difunto monarca y de doña Leonor de Inglaterra. Quedó encargada esta señora de la tutela del tierno rey; empero habia vivido dulcemente unida durante cuarenta y dos años á D. Alfonso: que para ella fué un esposo amante y cariñoso, y no pudo resistir á la amarga pesadumbre de su pérdida: antes de espirar el primer mes de su viudez, desconsolada y triste, falleció, puede decirse, á impulso de una violenta melancolía, dejando al rey niño en absoluta orfandad.

Falleció á los cincuenta y seis años de edad, habiendo tenido de su único esposo Alfonso VIII ocho hijos, á saber: doña Berenguela, reina que fué de Leon: D. Fernando, que falleció en 1180; Sancho, que murió apenas nacido; D. Enrique, que heredó la corona; D. Fernando, que falleció en 1211; doña Urraca, que se unió en matrimonio á D. Alfonso II de Portugal; doña Blanca, reina de Francia, como esposa de Luis VIII, y madre de San Luis; doña Constanza, que se retiró al claustro y fué abadesa de las Huelgas; y doña Leonor, á quien veremos reina de Aragon.

Muerta la reina doña Leonor, se encargó de la tutela del rey



su hermana mayor doña Berenguela, con arreglo al testamento de los reyes difuntos, confirmado por los prelados y magnates del reino.

Con la menor edad de D. Enrique I resucitaron las ambiciones y las revueltas, suscitadas por la familia de los Laras, cuya pretension no era otra que la de apoderarse de la tutela, bajo el especioso pretexto de exigir las espinosas circunstancias una mano más hábil y fuerte que la de una débil mujer, para regir los dominios del glorioso reino de Castilla.

Fueron, á pesar de su innata é insaciable ambicion, económicos de la inocente sangre; porque fuese por no atraer sobre su patria las calamidades inseparables de la guerra civil, ó más bien por temor de que sus maquinaciones se estrellasen contra la fidelidad castellana, que amaba al hijo del gran Alfonso VIII, apelaron á la intriga, en la cual son tan prácticos los que frecuentan los régios salones.

Poco tardaron en encontrar lo que buscaban. Un palaciego llamado García Lorenzo se encargó de arreglar el asunto con doña Berenguela, que le estimaba mucho. Pintando á esta señora con negros y fuertes colores los terribles males que amenazaban á Castilla si la revolucion en favor de los Laras levantaba la cabeza, y fingiendo grande interés por la vida de la regente, logró sin grande esfuerzo que la magnánima señora cediese la regencia á don Alvaro Nuñez de Lara, uno de los hijos del ya conocido D. Nuño, despues de hacerle prestar solemne juramento por el cual se obligó á mirar por el rey, por el reino y por la Iglesia, con otros importantes puntos.

Ignoraba de todo punto esta señora lo que son los ambiciosos para quienes nada significan los juramentos ni importan los perjuros. D. Alvaro juró cuanto le fué exigido, con determinado propósito de no cumplirlo; así fué que tan pronto como se vió dueño de la regencia, comenzo á satisfacer sus particulares venganzas y su sed de oro, cometiendo mil desmanes y atropellos que le hicieron adquirir el odio popular, lo mismo que el de los principales nobles, llegando á excomulgarle el dean de Toledo; porque ni los diezmos perdonó.

Viendo D. Alvaro que era el blanco de la general animadversion, convocó en nombre de Enrique I las Córtes de Castilla, que se reunieron en Valladolid, prometiéndose de esta reunion, mediante un razonamiento que bien pensado y estudiado tenia, asegurar su poder y que se diese por bien hecho cuanto injusta é ilegalmente habia puesto por obra. Mas no logró su propósito, porque no era posible: una reunion de los primeros magnates del reino, entre ellos D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, se acercó

á doña Berenguela para instarla á que volviese á encargarse de la regencia.

D. Alvaro, irritado con la que él creyó demasía de los nobles, trató á la ilustre hija de Alfonso VIII con notoria irreverencia, y llevó hasta tal punto su osadía que la mandó salir del reino. La primera pasó á Palencia y se refugió en el fuerte de Autillo, acompañada de su hermana Leonor y de los más fieles de los nobles.

El castillo en que se habia refugiado doña Berenguela pertenecía por señorío á D. Gonzalo Ruiz Girón, fiel asimismo á la princesa regente. Respecto del real pupilo, se cree que superior á sus años su precoz inteligencia, comprendia perfectamente las malas artes de su intruso tutor, para satisfacer la propia ambicion. Veia por otra parte de cuán indigna manera procedia con su hermana doña Berenguela; y aunque su inteligencia hubiera sido menor, las populares quejas llevadas hasta el rey por algun enemigo de D. Alvaro, eran más que suficientes para que comprendiese cuanto á la sazón ocurría.

Dícese que para distraer al rey, cuya tristeza y continua meditacion traian inquieto al tutor, se ocupó el mismo D. Alvaro de ajustar el matrimonio de Enrique I con la infanta de Portugal, hija de D. Sancho y llamada doña Mafalda (ó Malfada) á pesar de la tierna edad del soberano.

Procedia el ambicioso, en esto como en todo, con singular astucia, y estaba siempre seguro de tener al soberano encadenado y á su mandar; mas la hermana del rey, doña Berenguela, que seguia de cerca las maquinaciones del osado ambicioso, á pesar de no disponer de los elementos que necesitaba, halló medio en tiempo oportuno de avisar á Inocencio III, el cual declaró inmediatamente nulo el matrimonio, por el parentesco de ambos contrayentes; y comisionó á los prelados de Búrgos y de Palencia para hacer pública la referida disposicion.

El atrevido regente, para sosegar su despecho por haber fracasado su proyecto, tuvo la audacia de pedir al rey de Portugal para sí mismo la mano de la princesa que venia destinada para ser reina de Castilla, llevando la desdeñosa respuesta que debia esperar; y llegando al más inusitado é increíble extremo su ira, la desahogó vejando á nobles y plebeyos, eclesiásticos y militares, dedicándose principalmente á perjudicar y perseguir á los que se mantenian fieles á la legitima regente.

Despues comenzó á recorrer los dominios castellanos en compañía del rey, pretextando que era una necesidad el que los reconociese, y en mala hora para él inventó aquel viaje, como muy pronto veremos.



Subiendo cada vez más de punto las demasías y desafueros de D. Alvaro, doña Berenguela mandó un hombre de toda su confianza á ver secretamente al rey, bajo el público pretexto de informarse de su salud. El ambicioso lo supo, porque tenia establecida una verdadera policia en torno del real cautivo: cogió al mensajero y á las pocas horas le mandó ahorcar, con general horror de los que tan grande infamia presenciaron. Cierta es que para justificar la inaudita injusticia hizo saber al pueblo que el ajusticiado llevaba consigo una carta de doña Berenguela, que se le habia ocupado con otros papeles, en la cual manifestaba aquella señora que el enviado llevaba el encargo de procurar buscar medios para envenenar al rey su hermano; pero ni tenia necesidad de escribir al mensajero, viéndole todos los dias, ni este género de asuntos se consignan por escrito: si por indispensable necesidad se consignan, se aniquilan inmediatamente; y, por último, nadie vió semejante carta, como que no existia. Si apareció una algunos dias despues; empero todos conocieron que la firma y el sello eran falsificados, y todo el mundo conocia tambien la gran virtud de la excelsa reina de Castilla.

Este nuevo desman y el atropello hecho por el mensajero agotaron la pública paciencia: el pueblo se amotinó, y D. Alvaro tuvo necesidad de huir, llevando, por supuesto, al desgraciado rey en su compañía.

Llegado á Huete Enrique I, buscó la manera de escribir á su hermana, para manifestarle la desdichada situacion en que se hallaba; cayó empero la carta en poder de D. Alvaro, y el que la llevaba (llamábase Ruy Gonzalez) fué asegurado en el castillo de Alarcon; y gracias que no tuvo igual infausta suerte que el enviado de doña Berenguela: quizá lo debió al temor de que el pueblo de Huete se amotinase tambien contra el fatal regente. Mas cuanto habia pasado era nada en comparacion de las escenas que aquel preparaba: su ambicion, que no conocia límites, estaba mal avenida con toda rémora ó con una simple sospecha de perder su poder, y queria aniquilar á cuantos á él se opusieran ó pudiesen amenguarle. Queriendo llevar las cosas al último extremo, mandó convocar los ejércitos de Castilla, y fijándose en Valladolid mandó despóticamente á la reina y á sus partidarios le entregasen los fuertes y castillos que aun conservaban.

Doña Berenguela, antes que ponerse inerme en manos de su implacable enemigo, de acuerdo con sus parciales, se decidió á repeler la fuerza con la fuerza. Tenia en su favor muchos nobles de grande poder y de notoria fidelidad, tales como el señor de Vizcaya, D. Lope Díaz de Haro, los de la casa de Meneses, los Girones, los Tellez, el señor de los Cameros, y otros no menos principales y

poderosos, y preparándose á la defensa esperó á D. Alvaro, que comenzó la guerra muy pronto.

Empezó esta muy bien para él; porque como llevaba al rey en su compañía, sus enemigos, que lo eran solamente de sus desaciertos, infamias y desmanes, no podían pelear ni aun defenderse con entera libertad, por la justa consideracion á Enrique I; así es que estaban á la defensiva, y aun así se veían más que coartados y temerosos. Un trágico é inesperado incidente vino á cortar de raíz las calamidades que á Castilla amenazaban, derrocando instantáneamente el colosal poder del ambicioso.

Hallábase este en Palencia, teniendo alojado al desgraciado monarca en el palacio episcopal: aquel, que al fin y al cabo era un niño, estaba un día jugando con otros de su edad en el patio, y por desgracia, del alero se desprendió una teja, la cual dando violentamente en la cabeza al rey, le hirió de tal gravedad que falleció el día 6 de Julio (1217), al quinto de haber ocurrido tan desgraciado incidente, llevando tres años de prision, más bien que de reinado, y sin haber cumplido los catorce de edad.

No faltó un leal que dió aviso inmediatamente á la princesa de la prematura é imprevista muerte de su hermano, á pesar de que el regente tomó exquisitas medidas para no dejar traslucir la desgracia. Hizo trasladar el cadáver á Tariego, figurando que el rey iba gravemente enfermo, pero con vida; y cada media hora hacia circular un parte del estado en que figuraba hallarse D. Enrique, diciendo en él unas veces que mejoraba, otras que se habia agravado, pero siempre alimentando la esperanza de que se salvaria la importante vida.

En tanto doña Berenguela, que positivamente sabia la verdad, con el cálculo propio de su claro talento, y con la activa energia peculiar del sexo femenino, despachó desde Autillo á Leon á sus fieles amigos D. Lope de Haro y D. Gonzalo Ruiz Giron, á visitar á su antiguo esposo Alfonso IX, para suplicarle le mandase al hijo de ambos, el príncipe D. Fernando, á quien hacia mucho tiempo deseaba abrazar, asegurándole que se le devolveria muy pronto.

Alfonso IX, que siempre conservó mucho cariño á su esposa, de quien tanto le costó separarse, se apresuró á complacerla, y entregó el príncipe á los dos caballeros, los cuales á marchas forzadas le llevaron á Autillo.

Tan pronto como madre é hijo se dieron un tierno abrazo, salieron rodeados de los fieles nobles y de gente de armas en direccion de Palencia, decididos á apelar á las armas en caso necesario, puesto que el temor de hostilizar al verdadero y legítimo rey á quien reverenciaban habia desaparecido.

Lejos de tener que apelar á las armas, fueron recibidos en Pa-







de la Riva Hortaleza.26

Madrid. J. Acevedo. Lit.

FERNANDO III. (EL SANTO.)





lencia con grande entusiasmo, y llevados procesionalmente por el obispo, el cabildo, el clero y el pueblo; y sin detenerse apenas pasaron á Valladolid, en cuyo camino, aunque con sentimiento, tuvieron que apelar á la fuerza; porque el gobernador de Dueñas no les permitió entrar en la poblacion, y fué harto peor para él. Ya que no pasaron de bien á bien, asaltaron la villa y se apoderaron de ella.

Á todo esto la escandalosa farsa del ex-regente habia tenido que terminar por fuerza, y la muerte del rey era ya sabida de todo el mundo; sin embargo, D. Alvaro, apoyado por sus parciales, pensó en resistir hasta el último extremo posible. Doña Berenguela, instigada por sus consejeros y deseosa de evitar la efusion de sangre, se prestó á hacer un acomodamiento con el fatal ambicioso; mas este hombre presuntuoso, audaz é infame, llevó su escandalosa avilantez hasta el extremo de establecer como condicion precisa el que se le entregase la persona del príncipe D. Fernando, para que estuviese prisionero, por decirlo así, en su poder, como lo habia estado el malogrado D. Enrique.

El silencio de la indignacion fué la respuesta de doña Berenguela, la cual dispuso continuase la marcha á Valladolid, en donde tuvo igual lisonjero y grato recibimiento que en Palencia.

Su primera disposicion fué para mandar convocar las Córtes de Castilla, en las cuales se reunieron los prelados, magnates y procuradores de todas las ciudades y villas del reino. Ante aquella imponente asamblea manifestó la angusta princesa que muerto D. Enrique, único hijo varon del gran D. Alfonso VIII, el trono la pertenecia de derecho, por ser la mayor de todas las hijas de aquel excelso monarca, palabras que ya habia consignado en la convocatoria, añadiendo que no dudaba se apresurarian á reconocerla y jurarla.

La justicia y derecho estaban tan manifiestos, que los amigos de D. Alvaro, quienes por otra parte sobradamente conocian lo que de él podian esperar, fueron los primeros en acudir á prestar obediencia.

El día 31 de Agosto de 1217 se reunieron las Córtes, y juraron y mandaron proclamar solemnemente á doña Berenguela por reina de Castilla. Esta excelsa princesa, dando una irrefragable muestra de su poca ambicion y de la magnanimidad de su alma, en el mismo instante renunció el cetro en su hijo primogénito, con grande aplauso y general asombro, el cual inmediatamente fué proclamado.

FERNANDO III, *el Santo* —AÑO 1217. Subió al trono este jóven monarca, uno de los más gloriosos, entre tantos como lo fueron, á la edad de diez y ocho años. Era hijo de Alfonso IX de Leon y de

doña Berenguela de Castilla, cuyo matrimonio fué disuelto por la autoridad pontificia, segun recordará el lector.

Es bien sabido que la ambicion ni conoce límites ni respeta vinculo alguno, por indisoluble que parezca y sagrado que sea; y sabido esto, no debe extrañarse el que el rey de Leon, ambicioso tambien, llevase pesadamente el ardid de su antigua esposa para sacar de su poder á D. Fernando, con el objeto de hacerle proclamar rey de Castilla. Si agregamos al enojo del leonés las activas y eficaces diligencias del ambicioso Lara para acabar de exacerbar el ánimo de Alfonso IX, en venganza del golpe mortal que á D. Alvaro dirigió doña Berenguela, dicho se está que aquel monarca decidiria apelar á las armas, aunque sin poder justificar tan violenta determinacion; mas no se paran en justificaciones los ambiciosos.

Alfonso dispuso un ejército; dió el mando de él á su hermano D. Sancho, y este precediendo al rey penetró en Castilla y llegó á situarse á una legua escasa de Valladolid.

Dicese que el leonés contaba con la decision en su favor de los castellanos; empero encontró que su juicio habia sido muy ligeramente formado. En tanto D. Alvaro de Lara hacia por su parte cuanto podia para favorecer los proyectos de Alfonso IX; mas tambien tuvo que convencerse dolorosamente de que la época de su poder habia pasado; y tanto era esto asi, que á su pesar tuvo que humillarse y obedecer á la virtuosa madre del gran San Fernando, cuando le obligó á que le entregase el cuerpo de Enrique I, el cual fué llevado á las Huelgas, y enterrado dignamente al lado de su excelso padre y de D. Fernando su hermano, presenciando la misma doña Berenguela la fúnebre y solemne ceremonia.

Mientras esto tenia lugar, inauguró en Castilla su militar carrera el jóven rey, tomando por fuerza de armas el castillo de Muñon, y haciendo prisioneros á todos los rebeldes que en él se abrigaban.

Igual buena suerte tuvo en Lara y en Lerma, que se mantenian por el ambicioso D. Alvaro; mas ambas fueron tomadas por Fernando III, y en su poder quedaron tambien todos los rebeldes, con cuyas victorias no logró el rey domar la innata altivez del malvado D. Alvaro.

Desesperado con la desesperacion de la impotencia, que en los malvados es terrible, porque si no pueden lograr lo que desean, hacen sin embargo que su ruina vaya siempre mezclada con la agena desgracia, hizo de modo que se le uniese D. Fernando su hermano, y todos los parciales con que aun contaba; y auxiliado por ellos comenzó á talar la tierra, y á ocasionar más desgracias y daños que pudieran desplomar sobre el país los más perversos enemigos de la nacion. En aquella solemne ocasion dió doña Berenguela una nueva



muestra de la magnanimidad de su alma y de su imponderable desprendimiento.

La guerra civil y los lamentables desastres se aumentaban de día en día: el rey deseaba ardientemente poner coto á los desafueros del malvado D. Alvaro; mas se le oponía el fuerte inconveniente de carecer de los necesarios recursos; porque el mando del tutor durante el reinado de Enrique I, había empobrecido el Tesoro y aniquilado el país. Entonces la sin par doña Berenguela, que ve en peligro al reino, miserable al pueblo, y á su amado hijo en un grande conflicto, no puede permanecer impassible: el corazon de la madre, madre del pueblo y madre del rey, se conmueve; y sin tomar ageno consejo, reúne todas sus magníficas joyas, todas sus riquísimas alhajas y preciosas estofas, las hace vender, y entrega su importe á Fernando III para que reúna sus tropas y pueda pagarlas sus haberes. Llor eterno á la magnánima y generosa princesa, y sirva su notable ejemplo, tan bien imitado por Isabel I, para hacer comprender los deberes imprescindibles que ha de cumplir toda elevada persona que desee ver su nombre gloriosa y dignamente consignado en las brillantes y verídicas páginas de la historia.

El rey y su augusta madre, que habian entrado en Búrgos, despues de haber tomado á Lerma, salieron de esta ciudad y se dirigieron á Palencia. Estaba en Herrera D. Alvaro con los suyos, y tuvo la audacia de salir de la poblacion con alguna tropa, demostrando su poco temor al rey y á su ejército; mas salió á encontrarle una avanzada de la hueste real acaudillada por los hermanos don Alfonso y D. Suero Tellez, los cuales destrozaron á los secuaces de D. Alvaro de Lara y le hicieron prisionero.

El rey y la reina madre fueron demasiado generosos; le recibieron con menos rigor del que merecia aquel malvado, y llevándole á Valladolid en su compañía, le hicieron guardar en una prision; mas poco tiempo pasado le dejaron libre, despues de empeñar el ambicioso su palabra de honor, como si los ambiciosos le tuvieran, de poner en poder del rey las plazas y castillos que poseia, á lo cual se ofreció en su nombre y en el de D. Fernando de Lara, su hermano.

No pasó mucho tiempo sin que este último se presentara otra vez en campaña; mas como quiera que encuentra pocos secuaces el que de día en día pierde la fuerza de su poder, los parciales de los Laras iban notablemente disminuyendo. Entonces careciendo de fuerza material, adoptaron como único remedio el apelar á la ambicion de Alfonso IX, el cual instigado por ellos se determinó á llevar la guerra á Castilla contra su propio hijo el legítimo rey, poniendo á este en el duro conflicto de esgrimir contra su padre el acero.

Estaban ya frente á frente los ejércitos de Castilla y Leon y de-

bia de un momento á otro comenzar la batalla, cuando el iris de paz apareció, y los leoneses regresaron á su país, merced á las instancias de los prelados y magnates. En virtud de sus exhortaciones se concertó una tregua, á la cual accedió Fernando III; porque á toda costa deseaba no ponerse como enemigo frente á frente de su padre: á no haber sido así, no hubiera tan fácilmente pactado, asistándole todo el derecho contra el que se presentaba como verdadero usurpador de sus dominios.

Este último golpe apesadumbró tanto al malvado y ambicioso don Alvaro, que enfermó gravemente y murió pocos días despues (1219). Dicese que acabó pobre, y no lo extrañamos; porque para sostener una guerra ilegítima y contar con secuaces es forzoso desparramar el oro. Doña Berenguela, tan cristiana como generosa y magnánima, costeó el entierro de su mortal enemigo, que se verificó en Uclés, en donde fué sepultado aquel hombre, célebre por su ambición y energía. D. Fernando su hermano, para oprobio y baldon de su linaje, viendo muerto á D. Alvaro se marchó al África y entró al servicio del emperador de los almohades. No abjuró por esto de la fé católica, á pesar de los muchos honores que le dispensó el emperador africano; porque murió en un pueblo cristiano de Marruecos (en Elvora), habiendo dispuesto que para morir le pusiesen el hábito de San Juan, así como su hermano se hizo poner en el supremo trance el de Santiago.

Apenas habian muerto ambos fatales hermanos, cuando el rey de Castilla y el de Leon, hijo y padre, formaron una estrecha alianza en contra de los secuaces de Mahoma, con lo cual y libre de asechanzas y de enemigos domésticos Fernando III, accedió á las instancias de su excelente madre, que deseaba verle contraer matrimonio para ver asegurada la sucesion del reino.

Ajustóse, en efecto, el matrimonio con una prima hermana del emperador de Alemania, Federico II, llamada Beatriz, é hija de Felipe de Suavia. Dicese que era hermosa, discreta y modesta. El prelado de Búrgos, D. Mauricio, con otros obispos y varios caballeros, fueron á buscar á la futura esposa para traerla á Castilla, y á su paso por Francia fué digna y espléndidamente obsequiada por el rey Felipe Augusto. La reina madre llegó hasta Vitoria para recibirla, acompañada de un noble, numeroso y lucidísimo séquito.

Grandes y magníficos regocijos y fiestas hubo en Búrgos, con el plausible motivo de los régios esponsales. Comenzaron los reales festejos por ser el rey armado caballero; y tres días despues se realizó el matrimonio (30 de Noviembre de 1219), teniendo lugar ambas ceremonias en el célebre monasterio de las Huelgas.

Por entonces todo eran regocijos y tranquilidad, hasta que el



señor de los Cameros, D. Rodrigo Diaz, tuvo necesidad de huir de la córte. Llamado por el rey, y no creyendo le seria posible responder á los cargos muy graves que se le iban á hacer, escapó á refugiarse en uno de los fuertes que poseía y que no estaba en ánimo de abandonar, hasta que negoció la entrada con el rey, dando este al rebelde *atorce mil maravedís* de oro: cosa singular, que honraba á un monarca tan condescendiente por el bien de la paz, como hace ver el espíritu de rebelion y los instintos ambiciosos de casi todos los magnates.

El dia 25 de Noviembre de 1221 dió doña Beatriz un hijo á Fernando III, al cual pusieron por nombre Alfonso, glorioso en los fastos de la historia española, cuyo príncipe fué tiempo adelante denominado el *Sabio*. En el mismo año pusieron los reyes de Castilla la primera piedra de la suntuosa catedral de Búrgos.

Poco tiempo despues apareció un tercer Lara, hermano de D. Alvaro y D. Fernando, llamado D. Gonzalo. Puesto de acuerdo con el señor de Molina, vino de África á España, con ánimo de renovar y sostener la guerra civil.

Estaban fortificados en Zafra los rebeldes, y doña Berenguela dirigiéndose al señor de Molina negoció habilmente el que aquel se acogiese á la clemencia del rey: no así D. Gonzalo de Lara, quien viendo frustrados sus proyectos se refugió en Baeza, entre los moros, y no tardó en morir (1222), con alegría del reino por ser el último de los hermanos, cuya familia tantos y tantos males habia ocasionado.

Corria el ya citado año 1222 cuando el rey hizo convocar las Córtes, para reconocer y jurar heredero del trono á su primogénito. Despues de tan solemne é imponente ceremonia, el rey dió clara muestra de aquella virtud y bondad que le condujeron por el difícil sendero de la santidad. Manifestó su decision de salir á campaña y emprender una guerra sin tregua contra los secuaces de la media luna; luego publicó un perdon general, sin restriccion ni excepciones, exitando á la concordia y union, y poniendo en olvido todas las ofensas que habia recibido. Despues pidió al prelado bendijese el estandarte real y su espada, hecho lo cual terminó la ceremonia y se retiró en medio de su córte y de las más entusiastas aclamaciones, á prepararse para la campaña.

El poder de los hijos de Mahoma, harto menguado ya por sus discordias intestinas y recientemente abatido y postrado por don Alfonso VIII el de las Navas, hubiera podido en parte reponerse si el monarca castellano no hubiera sido tan virtuoso como valiente y enérgico; esta era una verdadera desgracia para los almohades, y una gran fortuna para los cristianos.

Habia heredado el trono de Yussuf su hijo Almostansir, quien

desde sus primeros años de su vida habia dado muestra de ser imbecil y de humildísimos instintos; porque se ocupaba de criar, ó guardar, más bien, ganados, acompañándose solamente de pastores, de esclavos y de la gente más ruin; y el tiempo que robaba á esta ocupacion tan poco digna de un monarca, le empleaba en los más vergonzosos placeres. Solo tenia veinte y un años cuando murió *en su oficio*: un dia le hirió una vaca mortalmente, y falleció sin dejar heredero legitimo y directo. Quizá sea este el primer caso de haber muerto un monarca de la manera que pereció Almostansir.

Sea cualquiera la forma de gobierno que rija en un país, la falta de sucesor directo al fallecer un soberano, es una verdadera y terrible calamidad para el pueblo en general, y mucho más en la ocasion de que nos venimos ocupando, por haber ocurrido la muerte de Almostansir sin dejar ningun hijo, en un país regido sin otra ley que el sable y la arbitrariedad del más poderoso.

Abd-el-Wahid, tio del difunto emperador, subió al trono; mas no sin opositores. Si esto sucedia en Africa, puede calcularse lo que pasaria en la España árabe, á tanta distancia del corazon del imperio. Cid Abu-Aly y Cid Abu-Mohammed eran los árbitros de la vida y los bienes de los moros españoles, y no habia pueblo alguno en el Mediodia de España que no viviese sometido por la fuerza y siendo victima de la tiranía de semejantes déspotas. Esto dió márgen á que se emancipasen los que podian lograrlo, eligiendo á su gusto sus emires.

En tan favorables circunstancias para los cristianos dió la señal de guerra el gran Fernando III; y de nuevo llamamos la atencion del lector: si Alfonso VIII allanó el camino á Fernando III, este supo aprovecharse tan bien de las ventajas que aquel le preparó, que pudo casi dejar en duda si hizo más, ó si hizo tanto, que es lo menos que podemos concederle, como muy pronto veremos.

Fué un hecho notabilísimo el que ocurrió en aquel entonces en Castilla. Tan pronto como el rey determinó hacer la guerra, varias ciudades, y entre ellas Cuenca, Alarcon y Huete, reunieron tropas inmediatamente, y sin aguardar nueva orden y sin que se les designaran jefes entraron repentinamente por el territorio valenciano, aterraron á los moros, y apoderándose de muchos y muy ricos despojos, regresaron victoriosos y ufanos á sus hogares.

Ya D. Fernando III habia reunido su ejército, rompiendo la marcha al comenzar la primavera del año 1224, y su primer paso fué de excelente augurio para calcular el éxito de la campaña. Mohammed, emir de Baeza, tan pronto como supo que el rey de Castilla habia penetrado en Sierra-Morena, dispuso que al acercarse aquel fuesen á su encuentro sus embajadores para rendirle homenaje y ofrecerle auxilio de vituallas y de dinero.



No sucedió lo mismo con los de Quesada, que presentaron una vigorosa resistencia, á pesar de la cual fueron vencidos y pasados á cuchillo, dejando arrasada (*llana por el suelo*, segun la crónica) la poblacion; suerte igual á la que experimentaron otros puntos situados en aquel camino. Llegado el rigor del estío, el ejército regresó á Castilla, y el rey con su córte á Toledo, habiendo inaugurado la campaña obteniendo muchos triunfos, sin experimentar ni un solo revés.

Iguales incursiones hizo al año siguiente y los tres sucesivos (1225, 1226, 1227), en cuyo periodo de tiempo se posesionó de Baeza, Andújar, Loja, Alhama, Martos, Salvatierra, Priego, Alcaudete, Buralimar y otros puntos, más ó menos importantes. En el citado año 1226 puso el gran San Fernando la primera piedra de la magnífica catedral de Toledo que habia de reemplazar á la que entonces existia, notable tambien respectivamente y que habia sido mezquita hasta que el célebre conquistador de Toledo, Alfonso VI, la hizo consagrar.

La toma de Baeza fué un hecho notable, por haber ocurrido contra todo el esfuerzo de los defensores. Estos asesinaron al emir Mohammed, á quien calificaron de traidor por haberse declarado vasallo del rey de Castilla; mas sin embargo, y á pesar de una resistencia vigorosa y desesperada hecha por los defensores, Baeza fué tomada por fuerza de armas (1227). Se hizo notable este hecho de armas por haber dejado dos recuerdos en prueba de su importancia: el uno fué el denominarse desde entonces *puerta del Conde* aquella por la que los cristianos entraron en Baeza, acaudillados por el conde D. Lope de Haro; y el otro el haber dispuesto el rey se pusiese en las banderas de Castilla el aspa de San Andrés, como hoy todavía vemos en las banderas de nuestra infantería, en memoria de haberse ganado Baeza el dia 30 de Noviembre, en que se celebra la fiesta del expresado apóstol.

Pasó el animoso rey á tierra de Jaen, cuya ciudad resistió bizarramente; mas extendiéndose el ejército y llegando á la imponderable vega de Granada, comenzó á talar y hacer destrozos tan grandes, que salieron de la ciudad á impedir al ejército de Castilla el continuar su obra de destruccion, si bien las circunstancias la justificaban. En vano avanzaron para el propuesto objeto: lejos de lograrle, fueron deshechos los moros y encerrados en la ciudad á cuchilladas y lanzadas, haciendo imponderables proezas los caballeros de las órdenes militares.

En tan grave conflicto rogaron los moros á un cristiano que entre aquellos estaba, llamado Alvar Perez de Castro, negociase con Fernando III de suerte que suspendiese los daños que su ejército hacia. Mal empeño era, por cierto; porque sobre ser mil veces más

punible un cristiano que milita con los moros que todos estos, tenia en su contra el haber sido el bizarro defensor de Jaen contra el rey de Castilla. Sin embargo, comprendiendo el carácter piadoso y caritativo del soberano, echaron mano de un oportuno y fuerte recurso, ofreciendo por medio de Castro entregar todos los cautivos cristianos que tenian en su poder, si cesaba el ejército de talar los campos y perseguir á los moros. A esta proposicion no pudo hacerse sordo tan piadoso monarca: accedió sin dificultad, en virtud de lo cual salieron de las horribles mazmorras de Torres Bermejas mil y trescientos infelices que comian el negro y duro pan de la esclavitud regado con bien amargas lágrimas. Aquel dia de verdadero y puro gozo para aquellos desgraciados, no fué menos alegre para el esforzado Alvar Perez, que admitido por el rey benévolamente, volvió á pertenecer al bizarro ejército de Castilla.

Fernando III, decidido á continuar activa y enérgicamente la grande obra de la reconquista, ya tan adelantada por algunos de sus dignos antecesores, hizo tributarios suyos á varios emires, y entre ellos al rey de Sevilla, uno de los más poderosos soberanos musulmanes, y revolvió sobre Jaen, firme en su propósito de tomarla á toda costa. Hubiera entonces caido infaliblemente en su poder, segun lo bien calculado del estrecho sitio y las oportunas talas hechas en los campos; mas inesperadamente recibió la triste nueva del fallecimiento de su padre Alfonso IX, rey de Leon, y al propio tiempo un escrito de la virtuosa doña Berenguela, su madre, en que le avisaba tambien la infausta noticia, y le instaba á que dando de mano, por entonces, á todo otro cuidado, pasase á Leon sin pérdida de momento para tomar posesion de aquella brillante corona (1230).

Oponiase al propósito de doña Berenguela el testamento de Alfonso IX, el cual desentendiéndose de su primogénito D. Fernando, dejó por herederas á dos hijas que tenia de su primera mujer, doña Teresa de Portugal, de quien tambien se separó por disposicion de la Sede pontificia, llamadas doña Sancha y doña Dulce. La disposicion testamentaria del difunto rey fué tanto más notable y extraña, quanto que él mismo se apresuró á hacer jurar y reconocer por heredero de su trono á D. Fernando, su hijo y de doña Berenguela, apenas nacido. El Pontífice Honorio III, cuya decision en aquellos tiempos era de tanta importancia, habia ratificado tambien la determinacion de Alfonso IX, y sin embargo, este al morir le excluyó del trono, olvidando cuán digno era de empuñar el centro, y cuánto más á propósito para regir el reino que dos débiles mujeres.

Afortunadamente el rey, accediendo á los premurosos consejos de su madre, abandonó la bella Andalucía, y se reunió en Orgaz á



dicha señora, en cuya compañía se dirigió apresuradamente al reino de Leon, acompañado de los primeros caudillos y magnates.

Todos los pueblos leoneses por donde transitaron para dirigirse á la corte, aclamaron espontánea y cordialmente á Fernando III; y en Villalon le estaba esperando una comision de la ciudad de Toro, para reconocerle por rey, y en nombre de aquella rendirle pleito-homenaje.

Continuó su camino viéndose aclamar en todas partes, hasta llegar á la corte: en ella era muy grande el partido del rey; mas no era general, porque en las cortes rara vez deja de haber quien desee revueltas para á su sombra medrar, aunque sea á costa de la agena desgracia y de las generales calamidades. Además de tan fatales hombres, estaban las princesas herederas por el testamento de Alfonso IX, en Castro-Toraf, guardadas por los bizarros caballeros de Santiago, á cuyo maestre habia encomendado su seguridad el difunto rey.

El clero se decidió por el piadoso D. Fernando, y los obispos de Leon, Astorga, Mondoñedo, Lugo, Ciudad-Rodrigo, Oviedo y Coria se apresuraron á reconocer sus incuestionables derechos; porque si Fernando procedia de un matrimonio disuelto, y esto se queria presentar como nulidad, la misma concurría en doña Sancha y doña Dulcia ó Dulce; y estando en igualdad de circunstancias, no podian ser preferidas al varon las hembras, y menos aun, fuera del derecho, cuando tan fuerte y digno era aquel varon. Así, pues, ninguna desgracia ocurrió; los pocos mal contentos tuvieron que ceder á la necesidad, y Fernando III entró en la corte del reino de Leon sin oposicion alguna, y fué solemnemente proclamado (1230).

Desde aquel momento quedaron definitivamente reunidos los reinos de Castilla y de Leon, afortunadamente para no volver á separarse, y por fortuna tambien formando ambos una sola corona, esta ciñó las sienes de uno de los más dignos y grandes soberanos de España.

Desde este momento continuaremos narrando los hechos de Castilla y Leon reunidos, tomando los de este último reino desde el año 1230, hasta el cual los referiremos en el correspondiente lugar, despues de terminar los que á Castilla corresponden.

El esforzado y virtuoso hijo de doña Berenguela, que en realidad fué el *segundo* de los Fernandos de Castilla, y al cual hemos denominado *tercero* por la razon que en otro lugar hemos presentado, es ya rey de Castilla y Leon, y el *tercer* soberano de su nombre.

## UNION DEFINITIVA DE CASTILLA Y LEON.

AÑO 1230 Á 1250.

Una nueva y muy ostensible muestra del talento que adornaba á doña Berenguela, dió esta señora en el momento de tomar posesion su hijo D. Fernando de la corona de Leon.

Quedaba en pié una dificultad que vencer: hallábanse en el reino desairadas, si se quiere, las hijas de Alfonso IX, y era necesario proveer á su subsistencia y seguridad, adoptando, al propio tiempo, un medio que evitase en lo sucesivo el que, sin voluntad tal vez de ellas mismas, pudiesen tomar su nombre por bandera los revoltosos.

La excelsa señora comprendió que toda resolucion tomada por su hijo, pudiera ser mirada como poco imparcial é hija de la fuerza; y como deseaba librar á D. Fernando de toda sospecha y de la menor odiosidad por infundada que fuese, prévia la vénia de aquel tomó á su cargo el negociar y dar por terminado tan delicado asunto.

Al efecto acudió á su antecesora en la corona de Leon, la infanta de Portugal doña Teresa, madre de las princesas, la cual era tambien muy virtuosa señora y se habia recluso en un monasterio despues de disuelto su matrimonio con Alfonso IX.

Ambas excelsas princesas, que habian sabido soportar dignamente su estado de viudas, si así puede decirse, durante tantos años, sin haber muerto su esposo, se reunieron dándose mútuas demostraciones de entrañable afecto.

Para verificar la entrevista salió doña Teresa del claustro, y llegó hasta Valencia de Alcántara, á donde habia ido doña Berenguela. Las dos reinas que fueron de Leon, á cual mas magnánimas, puesto que la una dejó la córte de su padre por dedicarse al servicio de Dios, y la otra cedió á su hijo la corona de Castilla que la pertenecia, aunque los celos de poder y de mando no reconocen parentesco por estrecho que sea, no tuvieron necesidad de cuestionar para avenirse. Inspiradas ambas por el espíritu de religion y por la virtud, solo querian lo más conveniente á la pública y general utilidad. Así pues, convencida doña Teresa de que sus hijas no podian desear mejor suerte que la de vivir tranquilas y con el decoro á su real estirpe correspondiente, admitió la propuesta de una pension vitalicia de quince mil doblas de oro en cada un año, para cada una de ambas princesas.



Terminado de esta manera aquel incidente, que sin la prudencia y tacto de la excelsa madre de San Fernando pudiera haber tenido muy fatales consecuencias, el rey de Castilla y de Leon se dirigió á Benavente á ver á sus hermanas, y en dicha poblacion firmó aquel convenio á 11 de Diciembre de 1250.

En tanto esto sucedia, no estaban ociosos los moros, aprovechando la ausencia del rey D. Fernando. Su primer golpe de mano dió por resultado el recuperar á Quesada; y el rey, que á la sazón se ocupaba en recorrer sus nuevos dominios y administrar justicia por sí mismo, mientras terminaba su viaje para que todos sus pueblos le reconociesen y aclamasen, como espontánea y alegremente lo hacian, dió encargo á D. Rodrigo, arzobispo de Toledo, para que se dirigiese á Quesada, cediéndole la villa con todo lo demás que conquistase.

El arzobispo historiador, que, segun es fama y segun la usanza de aquellos remotos tiempos, así manejaba la pluma como empuñaba la espada y usaba del incensario, recobró bien pronto á Quesada, tomó á Cazorla é impuso pavor á los mahometanos.

Con tal motivo tuvo origen la dignidad de *Adelantado* de Cazorla, cuyo nombre se deriva del hecho de haber adelantado ó ido más allá de los preceptos del rey en ventaja de este y del pueblo, ó por haber realizado un hecho glorioso y memorable. Así lo verificó don Rodrigo, haciendo más de lo que el rey le mandó: por esto recayó en él la dignidad de adelantado, y la disfrutaron despues de él durante largo tiempo los sucesores del expresado arzobispo. Hay quien dice que San Fernando fué el primer soberano que instituyó esa dignidad; otros atribuyen lo mismo á Alfonso IX, su padre, que nombró adelantado de Leon á Martin Sanchez, su primo, y algunos se refieren á otros soberanos. Como quiera que sea, no es este punto de tan grande importancia histórica, aunque no carezca absolutamente de ella, que exija el detenerse á hacer grandes investigaciones; empero conste de todos modos, que D. Rodrigo Jimenez, el sabio cronista y arzobispo de Toledo, fué el primer adelantado de Cazorla, á consecuencia del hecho que poco hace hemos consignado.

El ejército de D. Rodrigo fué reforzado oportunamente con escogida gente de armas que mandó Fernando III con su hermano D. Alfonso, el cual llevó consigo al famoso caudillo Alvar Perez de Castro, el mismo que estuvo en Granada con los mahometanos. Bien habia menester el ejército el recibido refuerzo; diversos caudillos moros que mandaban con poder omnímodo y soberano, sostenian entre las principales ciudades aun sometidas al imperio de la media luna una continua lucha civil, y disponian de numerosas bandas de gente feroz y aguerrida. Giomail, Alhamar y Aben-Hud sustentan-

ban la campaña, y entre ellos este último era el más temible por carácter y por los recursos materiales de que disponia.

Habiendo llegado osadamente los cristianos hasta las inmediaciones de Jerez, se encontraron con el numeroso ejército de Aben-Hud, que contaba cuádruple fuerza que los cristianos. El honor de las armas de Castilla no podia consentir el que se volviese la cara al feroz enemigo, y aceptaron el reto sin pararse á considerar las consecuencias que pudiera tener la batalla.

Habia un fatal antecedente, ó mejor dicho, un desagradable é imponente recuerdo. Los dos ejércitos estaban frente á frente en las pintorescas riberas del poético Guadalete, en las cuales se perdió la funestamente célebre jornada que abrió de par en par las puertas á los agarenos. Sin embargo, no existian en el escazo pero leal ejército cristiano traidores; habia desaparecido de España la fatal y repugnante raza de Witiza y del traidor é impio conde D. Julian, sin cuyos elementos de deshonor, traicion y ruina, el valeroso Rodrigo hubiera vencido y rechazado á la descreida morisma, y el feroz Tarik hubiera perecido atravesado en las góticas lanzas, como ya estaba para suceder, cuando se consumó la infernal traicion que cubrió de eterno baldon y oprobio el nombre de aquellos infames desleales.

Estaban en efecto en las orillas del Guadalete; mas los desgraciados tiempos de Rodrigo habian pasado para no volver á aparecer jamás. El ejército de Aben-Hud fué completamente batido y destrozado, dejando sembrado de cadáveres el suelo. Todos los autores más fidedignos convienen en que la *mortandad de moros fué horrible*. El famoso caballero Garcí-Perez de Vargas mató en la batalla al valeroso emir de los Gazules, el cual habia recibido de Aben-Hud la poblacion de Alcalá por haberle prestado auxilio, por lo que aquella tomó el nombre que aun conserva de *Alcalá de los Gazules*; el hermano de Garcí-Perez, Diego Perez de Vargas, natural de Toledo, tantos moros mató, que rompió en mil pedazos la lanza; empuñó la espada, y la quebró tambien; y viéndose desarmado, desgajó de un árbol una gruesa y nudosa rama, con la cual machacó tanta cabeza de mahometano, que, segun dice la crónica, *al que alcanzaba un golpe no habia más menester*. El mismo respetable y fidedigno escritor añade que al contemplarle el bizarro caudillo D. Alvar Perez de Castro machacar moros con tan invencible denuedo, exclamaba á menudo: *Así, así, Diego; machuca, machuca*; por lo cual comenzaron los guerreros testigos del hecho á llamarle en adelante Diego Machuca, y extendiéndose la voz, llegó él mismo á firmar *Diego de Vargas Machuca*; de cuyo esforzado caballero descienden los que en España llevan ambos apellidos (1253).

Habiendo celebrado doblemente el grande y feliz resultado de la



batalla que derrocó á Aben-Hud del trono dejando este á merced de Alhamar su rival, no solamente por el grande triunfo obtenido y por los riquisimos y copiosos despojos que produjo, si que tambien por haber vengado, en cuanto fué posible, la noble sangre de los valerosos godos derramada en aquel mismo campo hacia más de seis siglos, regresaron á Castilla victoriosos, dirigiéndose á Palencia, á donde á la sazón se hallaba el rey, al cual presentó Alvar Perez de Castro los ricos despojos y trofeos.

Cuando ocurrió este triunfo, célebre por haber facilitado la reconquista de Andalucía y porque se obtuvo con un ejército increíblemente inferior al de los moros, acababa Fernando III de recorrer su nuevo reino, haciendo justicia á todos, arreglando y determinando los más importantes puntos de gobierno, y concediendo excelentes fueros á Badajoz, Castrojeriz y Cáceres. Hecho esto reunió un numeroso y escogido ejército, y tratando de proseguir la grande obra de la reconquista, se dirigió con sus esforzadas huestes á Úbeda, á cuya plaza puso sitio.

No se hizo esperar mucho el término del asedio: peleando los sitiadores con el proverbial valor de los castellanos, reforzados con la escasez que los sitiados experimentaban, se rindió la plaza el día de San Miguel (29 de Setiembre) del año 1254. La imágen del expresado arcángel quedó adoptada como armas de la ciudad, y el rey vencedor, despues de mandar consagrar las mezquitas y de atender con preferencia al restablecimiento de la católica religion, considerando que la ciudad habia sido poblada en su mayor parte por naturales de la ciudad de Cuenca, concedió el fuero de esta á la recién conquistada. Poco despues tuvo lugar uno de esos golpes de audacia y de imponderable valor que tanto sorprenden é intimidan al enemigo, y que son tan peculiares á los españoles.

Marchaba á toda brida Aben-Hud seguido de un brillante cuerpo de ginetes, con ánimo de atacar por sorpresa las líneas del sitio, y hacerle levantar rompiendo y destrozando aquellas. Muy pronto tuvo que detenerse sorprendido: á mitad de camino le alcanzó un mensajero fugitivo y azorado, quien le dió cuenta de la rendicion de Úbeda, añadiendo que una parte del ejército cristiano que habia tomado la plaza, unida á otra dependiente del de Andújar, habian dado un golpe de mano en Córdoba, se habian apoderado de la Axarquía, y escalando las murallas habian puesto en alarma á los moradores.

Puestos en armas tambien los moros cordobeses se prepararon á la resistencia; empero no pudieron impedir que un escuadron cristiano mandado por un esforzado capitan, llamado Domingo Muñoz, tuviese el gusto de recorrer la ciudad, saliendo despues de ella; porque el permanecer hubiera sido una temeridad inútil. Sin em-

bargo, hiciéronse firmes en los arrabales decididos á permanecer allí hasta recibir el necesario refuerzo: afortunadamente no tardó aquel en llegar de Martos, compuesto de algunas banderas de Castilla y Extremadura; mas no siendo suficientes y viéndose colocados los cristianos en una posición por el extremo crítica, mandaron un aviso á Fernando III, que habia regresado á Castilla, y se hallaba sumido en profundo dolor.

Hacia muy poco que habia fallecido su esposa la reina doña Beatriz (Noviembre 1255), habiendo dado al rey diez hijos, á saber: D. Alfonso, D. Fadrique, D. Fernando, D. Enrique, D. Felipe, D. Sancho, D. Manuel, doña Leonor, doña Berenguela y doña María, algunos de los cuales no vuelven á aparecer en la historia.

Llegó apresurado el predicho mensajero á la presencia del rey (llamábase aquel Ordoño Alvarez), y dióle el pliego que mandaba el caudillo de los esforzados cristianos que en la Axarquía de Córdoba estaban. Hallábase D. Fernando en Benavente y estaba comiendo; se enteró del pliego, y volviéndose tranquilamente á los que presentes estaban, dijo: *Sús, caballeros, quien sea mi amigo y buen vasallo sígame.*

En el acto se preparó, y deteniéndose nada más que el tiempo preciso para expedir las órdenes necesarias, á fin de que el ejército le siguiese al momento, salió de Benavente seguido de solo cien guerreros, por Ciudad-Rodrigo á Alcántara, barca de Medellín, Magacela, Bienquerencia, Dos Hermanas, Guadaljacar, á establecer su campo en el puente de Alcolea. Parece que el soberano siguió el antedicho itinerario, en razón del estado de los caminos; porque el invierno era por demás lluvioso, y la vía menos intransitable era la adoptada.

Apenas habia descansado el rey algunas horas, cuando comenzaron á aparecer banderas de cristianos: tan pronto llegaban de Leon, como de Castilla y de Extremadura; ya aparecía un cuerpo de ginetes, ya se dejaban ver compañías de infantes, y no se hicieron esperar mucho los bizarrísimos caballeros de las órdenes.

No se comprendería fácilmente el por qué los mahometanos no se apresuraron á deshacer aquel escaso cuerpo de cristianos que, á pesar de haber llegado el rey, era poco numeroso, puesto que los caminos no permitían hacer apresuradas las marchas, y muchos de los cuerpos y banderas venían de muy largas distancias.

Nada hubiera sido más fácil para Aben-Hud que el haberse dirigido con el grueso de su ejército á las inmediaciones de Córdoba, y el haber deshecho la escasa hueste de Castilla; mas tenía un confidente llamado Lorenzo Juarez; era cristiano, á quien Fernando III hiciera expulsar de sus dominios en justo castigo de sus delitos. Este hombre, refugiado entre los moros y traidor al que le ha-



bia acogido, aunque leal á su verdadero rey á pesar de sus prevenciones, aconsejó á Aben-Hud que no partiese de ligero; porque cuando el rey castellano habia llegado á las inmediaciones de Córdoba, no estaria sin grandes fuerzas militares. Dicho esto, propuso al emir un medio para conciliar los extremos, que aquel adoptó; porque Juarez era su íntimo confidente.

La propuesta del traidor hecha á Aben-Hud se redujo á decirle que iria él personalmente con otros tres cristianos nada más, en buenos caballos, á explorar el campo enemigo; y enterado por sí mismo del estado y fuerza del ejército contrario volveria á dar cuenta al emir, quien podria con la noticia proceder con acierto y conocimiento de causa.

Aceptó la propuesta Aben-Hud, porque era, en verdad, muy aceptable, no contando, como no podia contar, con la traicion de su confidente: por otra parte, era necesario muy poco tiempo para llevar á cabo la empresa; porque el emir se hallaba en Ecija.

De esta poblacion salió Juarez con sus tres compañeros; y al llegar como á tiro de ballesta de los reales de Fernando III, mandó quedar apostados á dos de los tres, como para guardarles las espaldas, ó más bien, para no llamar la atencion yendo tantos juntos; á pesar de que en trage y en idioma no podian aparecer como sospechosos.

Hecho esto, avanzó Juarez con el compañero en quien más confianza tenia, y llegando á la misma tienda real pidió ver al rey para hablarle de un asunto urgente é importante.

Grande disgusto experimentó el soberano al ver á aquel hombre cuya expulsion del reino habia fundadamente decretado; mas enterado despues del objeto de su aparicion en el campamento real, le perdonó y admitió á su servicio. Satisfecho Juarez con el buen éxito de su tentativa, regresó á Ecija; refirió al emir lo que habia visto, multiplicando el ejército, y exagerando los elementos de guerra y de resistencia que aquel poseia, y Aben-Hud, muy distante de imaginar que su amigo le fuese desleal, sin querer que otros fuesen á cerciorarse á pesar de las reiteradas instancias de Juarez, determinó no acercarse á donde estaban las huestes de Castilla y Leon, las cuales, en efecto, de dia en dia se aumentaban considerablemente.

Contribuyó tambien á que no pensase en reunir más fuerzas militares para con un fuerte ejército dirigirse á Córdoba, el haber recibido un apremiante aviso de Giomail-ben-Zeyan, emir de Valencia, quien estrechado por el gran D. Jaime I de Aragon, y viéndose en un trance casi extremo pidió auxilio á Aben-Hud.

Vacilaba, sin embargo, entre reunir fuerzas para ir á Córdoba, ó marchar al socorro de Giomail. Pidió parecer á Juarez, el cual

le hizo ver que los medios de resistencia eran en Córdoba muy grandes; que podia acudir al socorro de Valencia, y victorioso regresar y llegar muy á tiempo de salvar á la primera de ambas ciudades. Por fortuna el consejo de vazzires opinó de idéntica manera que Juarez, y Aben-Hud se dirigió á Valencia muy ageno de prever que á su muerte caminaba, como tampoco lo hubiera podido imaginar nadie.

Al llegar á Almería el desgraciado emir, fué recibido por el alcaide, llamado Abderrahman, quien le alojó en la alcazaba; obsequióle con un espléndido convite, y despues de haberle embriagado, le ahogó. La muerte violenta se verificó en efecto; pero están discordes los autores en la manera de dársela: quién dice que fué ahogado en la cama, quién que fué arrojado *en una alberca de agua*. De este modo quedó libre Juarez de su compromiso con Aben-Hud, aunque sintió la inesperada muerte de su protector, porque en realidad le estaba agradecido; y si examinamos detenidamente su deslealtad para con el emir, veremos que no fué tan deshonrosa, y que fué honroso el móvil que le impulsó. Juarez trató de salvar á los cristianos, sin perjudicar materialmente al emir, reduciéndose su intriga á detener á los moros, para favorecer á los cristianos.

Muerto Aben-Hud, Juarez salió de Ecija y se incorporó al ejército de Fernando III en el campamento de Alcolea; y las tropas del asesinado emir, sin llegar á Valencia, regresaron á Andalucía.

La muerte de Aben-Hud fué sumamente favorable para las armas cristianas, si bien su ausencia habia desembarazado ya bastante al ejército. Así fué, que el rey estableció las líneas del sitio de Córdoba, y la estrechó tanto que la decision de los sitiadores comenzó á vacilar.

Empezaba á padecerse dentro de las murallas una terrible escasez; apenas podian reunirse las necesarias raciones, cercenadas en cantidad, para los defensores; y como á esta insufrible calamidad que cada dia se aumentaba y hacia más horrorosa, se agregase la nueva, para ellos tan infausta, de la muerte de Aben-Hud, habiendo perdido toda esperanza de ser socorridos, pidieron capitulacion.

Otorgóla el rey de Castilla y Leon, sin admitir otras condiciones que la vida y la libertad para los rendidos; y Córdoba la bella se entregó á Fernando III, viéndose ondear magestuoso y enhiesto el real pendon de Castilla sobre las torres de la opulenta ciudad el dia de San Pedro y San Pablo (29 de Junio de 1236).

Día de inexplicable júbilo fué aquel para los cristianos cordobeses que oyeron por primera vez los vibrantes ecos de las campanas, mudas é inútiles durante mucho más de dos siglos: aquellas mismas sonoras campanas que sirviendo hasta entonces de lámparas ha-



bían sido llevadas desde Compostela á Córdoba en hombros de cautivos cristianos, por mandado del feroz Almanzor. En cambio el glorioso é invicto San Fernando hizo despues llevar á Compostela las mismas campanas, *en hombros de cautivos musulmanes*.

La magnífica mezquita hoy suntuosísima catedral, fué consagrada por el Obispo de Osma, que suplía al primado de Toledo, á la sazón residente en Roma, acompañado de los prelados de Plasencia, Cuenca, Baeza, Coria y de innumerable clero.

El rey dispuso que la ciudad fuese poblada, y no tuvo que instar mucho sobre este punto; porque llamados de la grandiosidad de Córdoba y de la fertilidad y hermosura da su pintoresca campiña, acudieron muchos más pobladores de los necesarios.

Tiempo faltó á los walies de Ecija, Estepa, Almodovar y otras ciudades para ofrecerse á Fernando III, pidiéndole les admitiese como sus tributarios. El rey que habia determinado no detenerse en el sendero de la victoria á fin de avanzar en la gloriosa reconquista, dejó nombrado gobernador militar al célebre y valeroso don Alvar Perez de Castro, y político á D. Alfonso Tello (ó Tellez) de Meneses, y marchó en direccion de Toledo deseoso de visitar á su ilustre madre.

Dícese que esta incomparable señora fué el alma de la guerra, sin moverse de Toledo, así cuidando de que fuesen remitidas sin cesar abundantes provisiones, como reuniendo gente de armas y haciéndola marchar al campamento.

Grande regocijo causó en toda la cristiandad la rendicion de Córdoba: de aquella ciudad opulenta y bellísima, antigua córte del imperio de los omniaditas, centro del poderío musulman en España, y emporio de las ciencias, de las artes y de la industria. Tan grande entusiasmo causó la placentera nueva, y tanto renombre adquirió el magnánimo y valeroso Fernando III, que Gregorio IX, Sumo Pontífice, expidió una bula para conceder los honores é indulgencias correspondientes á la Cruzada á aquella guerra, autorizando á los prelados españoles para que dispensasen todas las gracias espirituales concedidas por el concilio general á los que visitaban los santos lugares, á cuantos personalmente ó con sus bienes y rentas contribuyesen á sostener la guerra. Expidió Gregorio IX otra bula además, ordenando al estado eclesiástico que contribuyese con *veinte mil doblas de oro* en cada año por espacio de tres, para los gastos de la guerra, prodigando el Sumo Pontífice los mayores elogios al gran rey de Castilla, al hacer dichas apostólicas concesiones.

Despues de tomada Córdoba, contrajo el rey matrimonio con una hija del conde de Ponthieu, llamada Juana, á instancias de doña Berenguela que no veia con gusto el que su augusto hijo per-



maneciese viudo; y este, que en todo se adhería al parecer de su virtuosa y discreta madre, aceptó la propuesta. La princesa que era nieta de Luis VII de Francia, fué por sus prendas muy querida de todo el pueblo: y segun las palabras que se atribuyen á don Alfonso el Sábio, hijastro de dicha señora, *era grande de cuerpo, et hermosa, et guisada en todas buenas costumbres.*

Con grande aparato y ostentacion se celebraron los reales desposorios en Búrgos, en presencia de los prelados, magnates y de ambas córtes de Castilla y Leon (1237).

Por entonces comenzó á sentirse el destructor efecto de las talas y de la guerra. Reunidas estas á la innumerable gente que acudía á establecerse en el delicioso país cuya riqueza, hermosura y encanto solo puede evaluar el que bien le conozca, las provisiones y los productos naturales no eran suficientes, y el hambre se dejó sentir en Córdoba de tan imperiosa manera, que el gobernador Alvar Perez de Castro pasó á la córte para hacer presente al rey el estado á que iba quedando reducida la ciudad, cuya guarda le habia encomendado.

El rey sin perder momento facilitó al gobernador gran cantidad de granos y de dinero, de su propio tesoro, invistiéndole de la más alta autoridad y de plenos poderes para ejecutar y hacer ejecutar cuanto fuese conveniente al bien público, y dando severas órdenes para que se le respetase y obedeciese como si fuera el mismo soberano en persona.

Poco despues ocurrió un incidente que pudo ser no poco desagradable. El bizarro y entendido Alvar Perez habia dejado á su esposa en la fortaleza de Martos, guardada por cuarenta bizarros caballeros acaudillados por un sobrino de D. Alvar, llamado don Tello. Por desgracia este jóven, valeroso y enérgico sin duda, abandonó el fuerte para recorrer aquellas cercanías y dar, como vulgarmente se dice, un susto á los mahometanos, con ánimo de volver á encerrarse en el castillo. Apenas habia salido D. Tello cuando avisado Alhamar, á la sazón rey de Arjona y despues de Granada, se apresuró á llevar á la célebre peña de Martos un buen ejército.

Hallábase sola la esposa de D. Alvar con sus doncellas y criadas; y nada afligida ni temerosa, renovando la astucia del célebre Teodomiro cuando se acercaba el simpático Abdelazis á Orihuela, más de quinientos años antes, hizo vestir el arnés guerrero y empuñar las mortíferas armas á las mujeres que á su servicio estaban y las colocó en las murallas.

Aquel ardid que no pudo adivinar Alhamar, le desconcertó no poco: por de pronto creyó que sus confidentes le habian engañado, y con esta idea ya desmayó su bravura. Sitió el castillo; pero proce-



dió con demasiada lentitud, como quien tiene necesidad de luchar con fuertes inconvenientes que no habia previsto, y dió involuntariamente tiempo para que regresase D. Tello con sus cuarenta caballeros.

Llegaron estos, en efecto, y quedaron no poco sorprendidos: por otra parte, á pesar de su notorio valor, no creyeron posible el poder atravesar por entre aquella innumerable morisma; mas llegaba entre los caballeros el famoso Diego Perez de Vargas (*Machuca*), y animando á sus compañeros dijo, entre otras breves y enérgicas razones: *Antes querria morir aquí á manos de los moros haciendo mi posibilidad, que dejar que se pierda mi señora la condesa y el castillo..... E yo determino de meterme entre esos moros y hacer lo que mis fuerzas bastasen hasta que allí muera; y pues todos sois caballeros hijosdalgo, haced lo que debeis, que no teneis de vivir para siempre en el mundo, que de morir tenemos.* Y diciendo y haciendo, á guisa de remolino de impetuoso vendabal del otoño, rompe por entre los sorprendidos enemigos; D. Tello y los demás caballeros le siguen, y destrozando mahometanos sin cuenta, algunos pocos caballeros perecieron; empero las líneas quedaron rotas y el mayor número de ellos penetró en el castillo. No fué de escasa importancia este maravilloso triunfo, pues aterró tanto á los moros, que se retiraron humillados y no volvieron á atacar el castillo (1238).

Poco tiempo duró el gozo á la varonil condesa: no mucho despues supo la muerte de su heróico esposo D. Alvar Perez de Castro. Habia vuelto á la córte, y al regresar á su gobierno de Córdoba, le acometió una violenta enfermedad, al llegar á Orgaz, que le privó en muy pocos dias de la vida.

Casi coincidió con esta lamentable pérdida la del muy esforzado y leal D. Diego Lopez de Haro, el ilustre caudillo que mandó el cuerpo de vanguardia en la memorable batalla de las Navas. Si el rey sintió la pérdida de D. Alvar, no le dolió menos cordialmente la del valeroso y respetable D. Diego (1238); mas haciéndose superior á la justa pena que en él habia causado la irreparable pérdida de aquellas dos firmísimas columnas de la fé cristiana y del trono, tomó sin dilacion la vuelta de Córdoba, para reemplazar por sí mismo y por el pronto á D. Alvar, á fin de evitar el que los enemigos, que todo lo sabian, intentasen un golpe de mano, aprovechando el descuido del ejército, que estaba preocupado por el dolor de haber visto desaparecer á un caudillo en quien tanto confiaba, y de quien en los momentos supremos todo lo esperaba.

Estando ya el rey en Andalucia, no quiso permanecer ocioso: despues de repartir algunos merecidos premios hizo varias expediciones, que dieron por resultado la toma de varias poblaciones, en-

tre ellas Osuna, Cazalla, Aguilar, Zafra, Porcuna, Moron, Moratilla y Marchena, y otras que sin defenderse se le entregaron.

Corria ya el año 1240 cuando dispuso el santo rey la incorporacion de la universidad de Palencia á la celeberrima de Salamanca, despues de lo cual enfermó en Búrgos; mas como no conviniese á sus proyectos el paralizar las operaciones militares, dispuso que su hijo D. Alfonso, el príncipe heredero, se encargase del mando de los ejércitos de Andalucía.

Bajo muy buenos auspicios comenzó el infante las operaciones, puesto que antes de dar ninguna batalla y al prepararse para salir de Toledo tuvo que recibir á unos enviados del emir de Murcia, el cual deseaba reconocer por señor al rey de Castilla y Leon. Don Alfonso, en nombre del soberano, aceptó la demanda, y se firmaron las capitulaciones en Alcaraz, reconociendo el señorío de aquel el rey moro de Murcia Mohammed-ben-Aly, los wadies de Alicante, Orihuela, Chinchilla, Cieza, Elche, y todos los demás, excepto los de Cartagena, Lorca y Mula, que se negaron rotundamente.

Terminado este grato incidente (ya en el año 1241), partió en direccion de Murcia el infante D. Alfonso en representacion de Fernando III; y acompañado por el maestre de Santiago D. Pelayo Correa, con suficiente ejército, caballeros y hombres de armas, entró triunfalmente en la ciudad, entre grandes aplausos y victores, tomando posesion del alcázar y recorriendo poco despues como señor los nuevos dominios.

En tanto esto ocurría se había restablecido ya el rey, y se preparaba para volver á sus duras faenas militares. Antes, empero, de comenzar la guerra quiso presenciar la religiosa ceremonia que tuvo lugar en las Huelgas, con motivo de haber tomado el velo su hija doña Berenguela. Por entonces tambien dió de comer y sirvió por sí mismo el santo y glorioso rey á doce pobres, de cuya piadosa ceremonia y época data, segun se cree, la costumbre que hasta hoy vienen siguiendo los monarcas españóles, y que todos los años se verifica el jueves de la Semana Santa en el real palacio.

Aprovechando Fernando III los cortos momentos de paz y de ocio, no solamente acudia á los necesitados y daba ancho campo á su inagotable caridad, si que tambien cuidaba del bien general de sus pueblos, de la instruccion de estos y de mejorar la condicion de los mismos.

Para asesorarse y poder gobernar y legislar con mayor acierto, creó un consejo especial compuesto de doce hombres eminentes en virtud y saber, denominado generalmente *consejo de los doce sábios*, con el cual consultaba y al cual oía en todos aquellos puntos de gobierno arduos y de dudosa resolucion; á fin de no abrigar el



menor recelo de haber procedido ligeramente y, por consiguiente, cometiendo, aunque no intencionalmente, alguna injusticia. Tal fué el origen y fundamento del célebre y respetable *consejo de Castilla*, que se ha conservado hasta muy avanzado el presente siglo; aquel incorruptible consejo, compuesto de virtuosos, sábios é integros varones, que si encontraban injusta la resolución de un monarca, ó perjudicial á la nacion, devolvian respetuosamente el decreto, con las palabras *se obedece, pero no se cumple*; solemne é impovente fórmula que impuso siempre á los soberanos, de cuya verdad presentaremos un notable ejemplo cuando lleguemos al siglo XIX.

Pronto vinieron los sucesos de la guerra á sacar á Fernando III de su inaccion; inaccion forzosa y loable, como dedicada al bien de sus pueblos. El emir ó rey more de Granada habia aprovechado tambien los momentos para extender la guerra por la Andalucía, en tanto que el rey se dedicaba en Castilla al gobierno y cuidado de sus dominios. Los bizarros caballeros de Calatrava fueron los que se opusieron con su acostumbrado valor al feroz Alhamar, llegando con ellos el maestre D. Gomez Manrique á conquistar á Alcaudete.

A pesar de todos sus esfuerzos y del increíble valor que desplegaran los caballeros, no siempre pelearon con igual fortuna, la cual sonrió en más de un encuentro al rey de Granada. En uno de aquellos murieron varios caballeros, entre ellos el comendador de Martos, y fué batido el conde D. Rodrigo Alfonso, hermano de padre de Fernando III, como hijo ilegítimo que era de Alfonso IX, rey de Leon. La derrota fué tan grande, que el santo rey se decidió á salir de Castilla para dar una dura leccion al granadino.

Tal como el rayo que rápido descende de la nube, llegó y taló las campiñas de Jaen y de Arjona; en pocos dias se posesionó de esta última, y tomó los fuertes de Bejijar, Pegalajar y Carchena, en tanto que su hermano, por orden del rey, talaba la hermosa vega de Granada, sin dejar planta ni árbol.

Bizarra entrada hizo en la vega el valeroso hermano del rey; mas este, receloso de que sobre aquel cargasen demasiadas fuerzas mahometanas, aunque con el conde habian ido las banderas de Úbeda, Baeza y Quesada, determinó trasladarse á los campos de Granada.

Habia llevado consigo á la reina, que se habia detenido en Andújar; y Fernando III fué á buscarla, la acompañó hasta Córdoba, en donde estaba más segura, é inmediatamente partió á Granada (1244).

Previsor y casi profético estuvo el santo rey; porque llegó á incorporarse con su hermano en el momento en que los moros de Granada hacian una impetuosa y arrolladora salida. Cuando apare-

ció San Fernando, los cristianos, inferiores en número, tenían deshechas sus haces, por efecto de la imprevista salida de los mahometanos; mas el rey de Castilla restableció la acción, derrotó y encerró á los musulmanes en la ciudad, quemó y taló cuanto en pie quedaba, y en tanto su hermano D. Alfonso pasó á Martos, que estaba en grande apuro sitiada por los moros gazules; empero el hermano del rey rompió las líneas, hizo huir á los gazules, y Fernando III regresó á Córdoba: todo fué obra de muy pocos días.

En tanto esto ocurría, D. Alfonso, el príncipe heredero, obraba tan bizarra y enérgicamente como su valeroso padre. Recordará el lector que al declararse el emir de Murcia feudatario del rey de Castilla, todos los walfes se adhirieron sin dificultad á la determinación del emir, excepto los de Cartagena, Lorca y Mula; mas el animoso príncipe D. Alfonso, indignado al ver aquella osada determinación, hizo sentir el peso de su enojo y la fuerza de sus armas á los tres walfes, alcanzando por medio de la guerra lo que de bien á bien negaban ellos. El parte que el príncipe envió al rey su padre, le recibió este al regresar de Granada á Córdoba, con cuya noticia experimentó el gran monarca tanto placer cuanto puede suponerse, así por el valor é inteligencia que su hijo demostraba, como por ver de evidente manera comprobado que el destinado por Dios para reemplazarle en el trono, sería muy digno de sucederle.

Pocos días despues recibió San Fernando la visita de su muy anciana y venerable madre, la virtuosa reina doña Berenguela. Ni el insoportable peso de los muchos años fué bastante poderoso para hacer variar de propósito á aquella gran reina: parece que precedía su próximo fin, y no quería abandonar el mundo en que tantas pruebas de abnegación y de heroísmo habia dado, sin abrazar por última vez á su muy digno hijo.

Sabedor el rey de la grata visita que iba á recibir, y deseando evitar la posible molestia á su amada y anciana madre, salió de Córdoba; y apresurando la marcha llegó á encontrarla en Pozuelo (que hoy es Ciudad-Real y antes fué Villa-Real).

No hay para qué decir si sería tierna y patética aquella entrevista, teniendo presente lo mucho que se amaban madre é hijo, y la racional suposición que ambos debían hacer de que no volverían á verse sobre la tierra, sin más que considerar la avanzadísima edad de la augusta señora.

Doña Berenguela, en quien San Fernando habia descargado siempre el grave peso del gobierno para hacer la guerra á los infieles, rogó al rey su hijo que, en consideración á los muchos años que ya la agobiaban, la relevase de la pesada carga del cuidado de los asuntos de tan vasto reino, á fin de dedicarse al cuidado de su alma,



alejándose del bullicio de la corte y retirándose á la soledad de un monasterio.

El rey, vacilando entre el deseo de complacer á su madre, cuya peticion tan razonable y justa era, y la necesidad de no suspender la guerra en unos momentos tan criticos que podian quizá decidir del buen éxito de la reconquista, hizo ver á la excelsa doña Berenguela las consecuencias, fatales para el reino y para los cristianos españoles, que el cumplimiento de su deseo podia traer; y aquella gran señora, para quien los sacrificios nada suponian, y que no habia querido obtener las coronas de Leon y Castilla sino para poder trasladarlas á las sienes de su amado hijo, apreció en su justo valor las razones de Fernando III, y decidió continuar ocupándose del bien de los pueblos hasta el último instante de su vida.

Dolorosa fué la separacion, como que ambos preveian que aquel cariñoso abrazo era el último; mas no era posible prolongar más la tierna y sentida entrevista: doña Berenguela tomó la vuelta de Toledo, y el rey regresó á Córdoba, dando con su llegada la señal de guerra.

Meditaba tiempo hacia ya la ejecucion de un hecho grande, que mereciese recordar la inolvidable batalla de las Navas; porque deseaba emular la gloria de su ilustre y valeroso abuelo D. Alfonso VIII. Para realizar el plan que se proponia, forzoso era sin duda privar de medios de defensa y de materiales recursos al enemigo. Á este fin taló las campiñas de Alcalá la Real; llegó á Illora, cuyos arrabales incendió; recogió rico botin; hizo gran número de cautivos; tomó no pocos ganados; llegó hasta la vega de Granada que de nuevo taló completamente; pasó á Martos, y allí le alcanzó el célebre maestre de Santiago D. Pelayo Correa, el cual iba comisionado por el príncipe D. Alfonso para dar parte á su padre de sus gloriosos triunfos en Murcia (1245).

Meditaba á la sazón Fernando III la conquista de Jaen, que en vano habia querido tomar en otras ocasiones, y cuya posesion debía preceder al gran hecho de armas que proyectado tenia. Aprovechando la oportuna llegada de D. Pelayo, á quien con razon tenia en muy alto concepto como consumado guerrero por su grande valor y pronto y buen consejo, le consultó acerca del sitio de Jaen.

Puesto de acuerdo con el maestre de Santiago, se hizo una general convocatoria y se formaron dos grandes cuerpos de ejército para que alternasen en las continuas fatigas del sitio; porque la estacion era por demás cruel y rigorosa; las lluvias caian continuamente, desprendiéndose torrentes de agua de las nubes, y la tierra toda por aquel pais era un verdadero pantano.

Establecióse el sitio, y no habia señales de obtener pronto el

apetecido resultado, porque la ciudad estaba egrégicamente fortificada; la defensa era enérgica, y Omar-Aben-Muza, wali de Jaen, era también enérgico, valeroso y activo. Una, al parecer, feliz casualidad, vino á facilitar mucho el desenlace.

El emir de Granada que conocia muy bien el poder del rey de Castilla, y que tan de cerca habia visto el valor de las castellanas huestes, apareció inopinadamente en los reales de Fernando III, y pidió llegar hasta la tienda real. Sorprendido el monarca por tan inesperada visita, mandó que dejasen franco paso al rey mahometano, el cual besó respetuosamente la mano al rey de Castilla, y manifestó su deseo de entregarle á Jaen; porque esta ciudad era de Alhamar, rey moro de Granada, y el wali ó gobernador, Omar-Aben-Muza, era súbdito suyo, y por él encargado del gobierno de la predicha ciudad.

Cierto es que Alhamar se vió obligado á dar aquel inesperado paso, á consecuencia de haberse visto estrechado por el partido de los oximeles, hasta el punto de llegar á temer la pérdida de su reino; mas aun siendo así, siempre este hecho, notable por mas de un concepto, prueba de evidente manera el gran poder de Fernando, y el alto renombre que tenia, que obligaba al más poderoso de los reyes mahometanos de España á ampararse del soberano de Castilla.

Alhamar, en efecto, se hizo vasallo de Fernando III, á quien reconoció por señor; le ofreció entregarle á Jaen; se impuso á sí mismo el tributo de la mitad de las rentas de sus dominios, evaluadas en trescientos mil maravedís de oro en cada un año; se comprometió á asistir con gente de armas al rey de Castilla siempre que para cualquier empresa le llamase, y se obligó además á concurrir á las Cortes como uno de los magnates ó ricos-hombres de Castilla, sin que Fernando se obligase á otra cosa que á reconocer á Alhamar el resto de sus dominios de Granada.

El rey Fernando, aun antes de saber el objeto que Alhamar tenia al acercarse á sus reales le recibió con tanta bondad como deferencia y aceptó aquel ventajoso pacto: en virtud de este le fueron abiertas las puertas de Jaen, cuyo wali se retiró en compañía del emir de Granada (en el mes de Abril de 1246). El rey hizo consagrar la mezquita mayor, y ya convertida en iglesia católica, la erigió en sede episcopal, dotándola liberalmente; otorgó grandes privilegios y franquicias á los cristianos que quisieran pasar á poblar la ciudad nuevamente reconquistada, y nada omitió de cuanto podia contribuir al bienestar de los ciudadanos, cuidando al propio tiempo de fortificar la plaza y reconstruir la parte que habia quedado destruida á consecuencias del sitio.

Entonces ya se creyó el gran Fernando III en el caso de reali-



zar su proyecto tanto tiempo pensado; y aunque en el consejo que mandó reunir, compuesto de los maestros de las órdenes militares de los caudillos y ricos-homes, hubo, como siempre acontece, diversidad de pareceres, prevaleció el del rey, con el cual estuvo de acuerdo el inteligente maestro de Santiago. La grande empresa de reconquistar la reina del Bétis, la poética y encantadora Sevilla, quedó acordada y decidida.

Corría ya el año 1246, cuando el rey de Castilla, deseando poder desentenderse de todo otro cuidado para atender á la difícil empresa que iba á acometer, trató de aclarar ciertas dudas que pudieran suscitarse con Aragon, á consecuencia de las conquistas hechas en Murcia y Valencia por el príncipe D. Alfonso, cuyos límites tocaban con las que habia realizado el monarca aragonés. Afortunadamente ninguno de ambos monarcas se mostró enemigo de la paz, ni poco deseoso de asegurar la buena amistad entre ambos estados: á esto contribuyeron no poco los prelados y magnates de los dos reinos, en virtud de cuyo consejo se deslindaron los límites, y se firmó un pacto de mútua amistad y alianza, sirviendo de garantía del cumplimiento de aquel el matrimonio de doña Violante, infanta de Aragon é hija del rey, con D. Alfonso, príncipe heredero de Castilla y Leon, hijo de Fernando III.

Verificóse el régio enlace en el mes de Noviembre del mismo año (1246), dando Castilla en dote á doña Violante varias ciudades y villas, entre ellas á Palencia, Valladolid, San Estéban de Gormaz, Ayllon, Astudillo y otras varias. Libre de todo recelo el rey D. Fernando, comenzó de nuevo la guerra, á fin de llevarla hasta el punto necesario para establecer el sitio de Sevilla; y cuando más alegre y gozoso estaba porque iba realizando su propósito del mismo modo que lo habia concebido, una tristísima noticia acibaró la alegría del santo rey con tan acerbo dolor como incalculable pesadumbre. La magnánima y virtuosa doña Berenguela dejó de existir, abandonando para siempre el mundo en que con tanta gloria habia vivido; pero legando á las generaciones futuras un raro modelo de abnegacion, heroismo, virtud, amor maternal y patrio, celo infatigable por la religion y por el bien de sus pueblos.

El mejor elogio que podemos hacer de esta magnánima señora, está reducido á consignar aquí las palabras escritas por su nieto el príncipe D. Alfonso (después Alfonso X, el Sabio), el cual al ocuparse del dolor de su padre San Fernando al perder á su madre amadísima, dice: «E non era muy maravilla de haber gran pesar, »cá nunca rey en su tiempo otra tal perdió de quantos áyamos sabido, nin tan comprida en todos sus fechos. Espejo era cierto de »Castiella et de Leon, et de toda España; et muy llorada de todos

»los concejos, et de todas las gentes de todas leyes, et de los fidalgos pobres, á quien ella mucho bien facia.»

Doña Berenguela falleció el día 8 de Noviembre de 1246, y mandó la enterrasen en el monasterio de las Huelgas, fundado por su padre D. Alfonso VIII, *en sepultura llana y humilde.*

Como si esta pesadumbre fuera pequeña, otra, aunque no tan grande pero muy fuerte tambien, sobrecojió el ánimo ya atribulado del gran monarca de Castilla. Poco despues que la ilustre reina madre, falleció el célebre historiador y virtuoso arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez de Rada, verdadero amigo de Fernando, como lo fué de su abuelo el rey Alfonso. Á los dos sirvió con nunca desmentida lealtad, y con pronto y acertado consejo.

Fué el sabio arzobispo natural de Navarra, nacido en Puente de Rada, y fué alumno de la Universidad de Paris. Fué enterrado en el monasterio de Huerta, y en su epitafio se leia la siguiente inscripcion:

Mi madre es Navarra;  
Castilla mi nodriza;  
Paris mi escuela;  
Toledo mi domicilio;  
Huerta mi sepultura;  
El cielo mi descanso.

Fué este preclaro varon obispo de Osma antes de ser arzobispo de Toledo: desempeñó tambien el importante cargo de gran canceller del rey, ó de Castilla, que era, segun la ley de Partida, el segundo oficial de la casa del rey; *de los que tienen oficio de puridad*; medianero entre el rey y sus vasallos; «porque todas las cosas que él ha de librar por cartas, de cualquier manera que sean, ha de ser con su sabiduria, é él las debe ver antes que las sellen para guardar, que no sean dadas contra derecho, por manera que el rey non reciba ende daño ni vergüenza. E si fallare que alguna hi había que non fuere así fecha, débela romper é desatar con la péñola, á lo que dicen en latin *cancellare*, é de esta palabra tomó nome de canceller.»

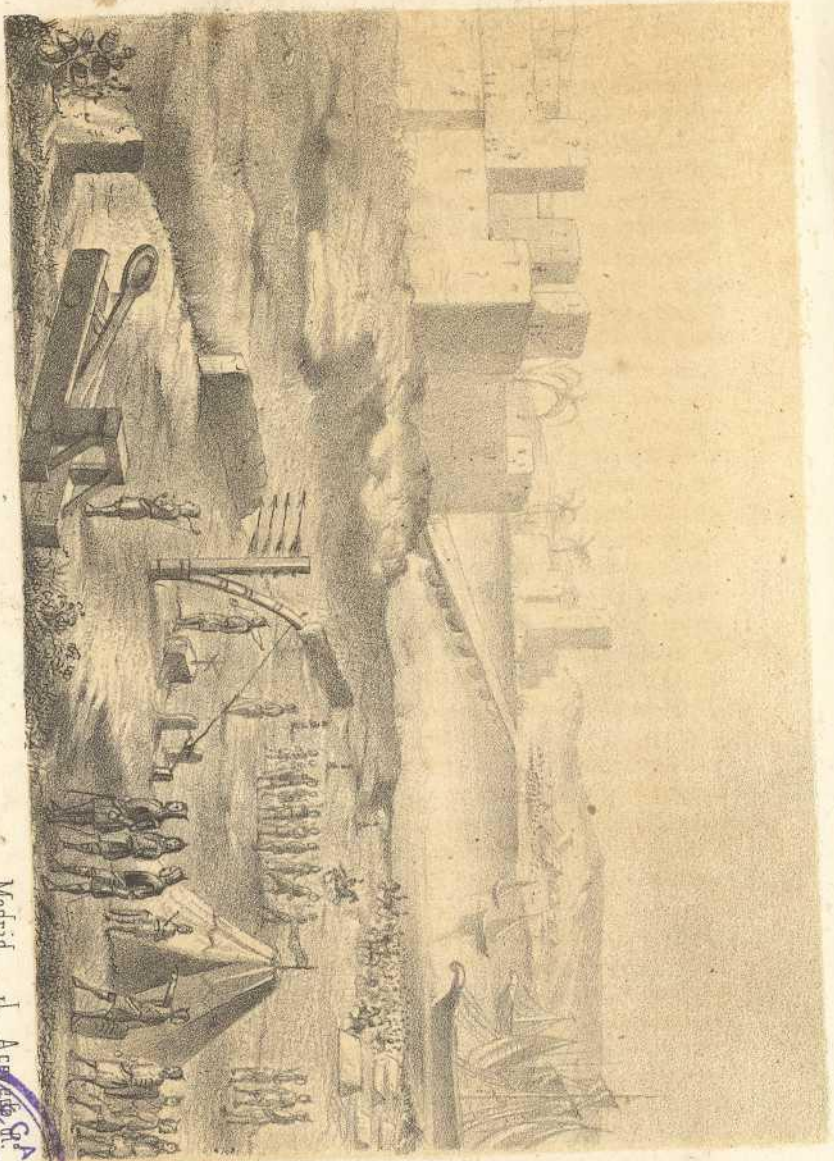
El santo rey, para quien los afectos de hombre estaban supeditados por los deberes de rey, encerrando el profundo y acerbo dolor en lo más recóndito del corazon, continuó las operaciones de la campaña tan pronto como pasó la primera y cruel impresion de ambos contudentes golpes.

Dió aviso al rey Alhamar de Granada á fin de que le auxiliase, en virtud del pacto que firmaron en Jaen, cuyo soberano se hallaba en su córte ocupado en embellecer la deliciosa ciudad.

No podia ser muy grato á Alhamar el ser llamado para contri-







hty. de la Riva. Fortaleza 26.

CAMPAMENTO DE TABLADA (SEVILLA.)

Madrid. J. Acedo y B. 1846.





buir á la destruccion de los mahometanos; mas afortunadamente, en Sevilla dominaban los almohades, y Alhamar no lo era; era andaluz y enemigo irreconciliable de los africanos.

Cada dia se acercaba más Fernando III á la bella ciudad; ya estaba á vista de Carmona, cuya poblacion se le entregó, aunque con plazo de seis meses, para buscar socorro: despues quedaron en su poder Alcolea, Constantina, Reina y Lora, cuyas poblaciones fueron cedidas por el rey á los bizarros é infatigables caballeros de Santiago, y á los de San Juan.

En tan ventajoso estado la campaña, dispuso el rey que el ejército pasase el caudaloso Guadalquivir. No presentó poco peligro y dificultad la arriesgada operacion: engañados los caudillos respecto de la profundidad de las aguas en el sitio que eligieron para atravesar, fué forzoso detenerse para allanar los obstáculos, y tuvieron necesidad de gran cantidad de troncos, ramaje y fagina para poder atravesar.

Tan pronto como el ejército se vió en la contraria orilla, se apoderó el rey de Cantillana, Guillena y Gexena; pero al estar cercanos á Alcalá del Rio el rey se sintió enfermo, y fué forzoso llevarle á Guillena.

Por fin, aunque la enfermedad alarmó á todos en el principio, afortunadamente desapareció, con grande alegria del ejército; y apenas se vió el glorioso soberano en estado de ocupar la silla del brioso corcel, Alcalá del Rio se le entregó; porque habian llegado á hacerse temibles sus armas.

Ya no quedaba otra cosa que hacer sino establecer las líneas del sitio de la antigua córte de Almotamid, la magnífica Sevilla; y el sitio quedó puesto el dia de San Bernardo, 20 de Agosto de 1247.

Fernando III, que nada descuidaba ni olvidaba, comprendió que el caudaloso rio podia servir de obstáculo ó entorpecer al menos el éxito de la grande empresa; y para remover el poderoso obstáculo, mandó ir á sus reales al célebre Ramon (ó Raimundo) Bonifaz, caballero natural de Búrgos, que gozaba de merecida fama en aquellos tiempos de muy inteligente marino.

Llegó Bonifaz al campamento, y el rey le honró con el importante cargo de primer almirante, cuya voz, de origen árabe, equivale á *emir del mar*. Con el grato nombramiento recibió el marino la órden de hacer construir las necesarias naves para el ataque por la parte del rio, haciendo aquellas de tal suerte que fuesen á propósito para el objeto dado á que habian de ser destinadas.

El almirante, previendo que podria llegar el caso de tener que forzar el puente de barcas, hoy sustituido por otro muy elegante de hierro que daba paso al barrio de Atrayana (hoy Triana), no solo hizo construir las necesarias naves, dándolas una forma especial;

hizo cubrir parte de la quilla con fuertes planchas metálicas, colocando en la proa agudas puntas, y muy fuertes tambien, de hierro. Pronto veremos si el entendido almirante obró con verdadera prevision, así como ahora tenemos una prueba más de que muchas invenciones que pasan por originales en los modernos tiempos, no lo son: se perfeccionan, sí; pero si se quiere encontrar su verdadero origen, en el cual está realmente basado el descubrimiento, hay que penetrar en retirados archivos y registrar empolvados legajos, retrocediendo quizá á muy remotos tiempos. Esto mismo podemos decir del vapor aplicado á los buques; todos cuestionan acerca de la naturaleza del inventor; quién dice fué ingles; quién asegura que fué francés, y nadie recuerda que nuestro famoso Sebastian Elcano ensayó el primero ese procedimiento tan ventajoso, y la incuria de los tiempos le dejó relegado al olvido. Dispéñenos el lector este desahogo, hijo de nuestro puro amor patrio, y anudemos el quebrado hilo de nuestra narracion.

Construidas las naves en las marinas de Guipúzcoa y Vizcaya bajo la direccion del hábil é infatigable Bonifaz, regresó este á Sevilla. Avisó préviamente al monarca, el cual salió á ver llegar al almirante, cuyas naves avanzaban magestuosamente por las tranquilas aguas del poderoso rio. Componíase la armada de trece naves ferradas, y de diez y siete galeras, dotadas de escogida gente vizcaína de tripulacion, y copiosamente provista de toda clase de víveres; y al verlas el valeroso rey recibió el gran placer que fácilmente puede comprenderse.

Fué doblado el contento de Fernando III al saber la enérgica y buena muestra que de sí habia dado el entendido y esforzado Bonifaz. Este, sabedor de que los mahometanos mandaban una armada desde Tánger y Ceuta, compuesta de treinta y cinco naves, que iba destinada á socorrer á los almohades de Sevilla, se dirigió á su encuentro; la atacó denodadamente; incendió una nave enemiga; echó á fondo tres; apresó igual número y dispersó las demás, que huyeron á todo remo y vela, dejando libres aquellas aguas.

El aspecto que presentaba el campamento de Sevilla era tan sorprendente, que muy difícilmente podria describirse con exactitud. Cosa igual, ni aun parecida, no se habia visto hasta aquellos dias: estaba establecido en los campos de Tablada, y ocupaba inmenso terreno. Dicese que parecia *una populosa ciudad*; las banderas tenian sus tiendas ó pabellones separados entre sí con la enseña á vanguardia, que diferenciaba ó distinguía á cada una de las demás; la del gran rey y gran caudillo estaba colocada en el centro, y á conveniente distancia la de los principales jefes y oficiales de la casa del rey, las de los magnates, las de los caballeros de las órdenes. Tambien las máquinas de guerra aparecian imponentes y amenaza-



doras, colocadas á vanguardia de las últimas banderas y á retaguardia de las primeras; y para que nada faltase á dar á los reales el aspecto de *ciudad populosa*, habia *plazas* y *calles*, formadas por tiendas de carniceros, de pescaderos, de guarnicioneros ó freneros, de cambiantes, y de todo género de proveedores de comestibles, de toda suerte de artes y de oficios; siendo excusado añadir que habia en el campamento multitud de armeros que de dia y de noche trabajaban, así como no estaban ociosos los forjadores y herradores.

Del mismo modo que los artesanos y manufactureros trabajaban de dia y de noche para surtir al numeroso ejército cristiano, los guerreros no reposaban un momento, porque tenian que sostener una lucha diaria, encarnizada y sangrienta. Los moros hacian infinitas salidas, y eran siempre rechazados; mas como iban viendo el fin á los viveres, y ni por agua ni por tierra podia introducirse cosa alguna en la plaza, veian aproximarse el hambre asoladora, y deseaban á toda costa evitar el que llegase á destruirlos.

Al barrio de Atrayana pasó el maestre D. Pelayo Correa con los caballeros de su orden, seguido del rey Alhamar de Granada con sus bizarros ginetes, que en cumplimiento del pacto firmado en Jaen, habia acudido al llamamiento de Fernando III.

Dicese que costó no poco trabajo el pasar por Aznalfarache, y despues tuvo el valeroso D. Pelayo que sostenerse diariamente contra tres cuerpos enemigos: contra el wali de Niebla, contra los mahometanos de Atrayana, y contra los de Aznalfarache.

Para auxiliar al bizarro maestre acudieron Fernando Yañez y Alfonso Tellez, con más de trescientos hombres escogidos, entre los cuales se contaba como uno de los mejores capitanes el valeroso Rodrigo Florez.

Estaba el campamento defendido por un ancho y profundo foso con su estacada y todo género de defensas, viéndose en cada ángulo y en todos los necesarios puntos grandes castillos de madera guarnecidos por saeteros; por manera que el campamento frente á la ciudad, no parecia sino un gran pueblo frontero de otro.

Todos los dias habia escaramuzas; á un choque sucedia otro, y hasta habia lances particulares y luchas personales cuerpo á cuerpo. Entre los mantenedores se distinguió muchísimo el caudillo del concejo de Madrid, y sobre todos el famosísimo y ya conocido Garci-Perez de Vargas, hermano de Vargas *Machuca*, el cual, despues de haber herido á su contrario, se vió rodeado de seis mahometanos que presurosos acudieron á vengar á su jefe, que acababa de ser vencido. Sin embargo del número, Garci-Perez hizo frente á los seis, y á los seis venció con increíble esfuerzo. Dice la crónica que viendo Fernando III el grande empeño en que estaba el valeroso Vargas, quiso que le auxiliasen; empero los que al lado

del monarca estaban; entre ellos Lorenzo Juarez, dijeron al rey que dejase solo á Vargas, *porque para él eran pocos siete moros.*

Viendo los secuaces de la media luna que el valor era impotente, que el tiempo trascurría y los recursos se agotaban, determinaron apelar á la astucia. Su primer determinacion fué la de incendiar las naves de Bonifaz: al efecto formaron una gran balsa en la cual colocaron varias enormes tinajas llenas de combustibles y mistos inflamables, sin olvidar el alquitran, y acercándose á la armada, unos procuraban arrojar aquellos en las naves, en tanto que otros lanzaban mechas encendidas; mas fué diligencia vana, y la balsa fué deshecha por los embates de las ferradas naves, sin dejar tinaja ni moro que no fuese á fondo.

Poco tiempo despues se recibió la grata nueva de que el príncipe D. Alfonso, á quien habia llamado Fernando III, iba á llegar ya á los reales. Este príncipe sábio y valeroso habia logrado arreglar la cuestion de límites con el padre de su esposa, el rey de Aragon, que aun no lo estaba definitivamente, á pesar del pacto hecho con Fernando III antes de comenzar el asedio de Sevilla. Casi al mismo tiempo que el príncipe llegaron al campamento cristiano varias banderas de los reinos de Castilla y Leon, y el arzobispo de Compostela, con un cuerpo de ejército gallego, respetable por el número y por lo escogido de los guerreros.

Otra gratísima nueva vino á regocijar á Fernando III. Coincidió casi con la llegada de su primogénito la completa rendicion de Carmona, ciudad entonces importantísima, sin más condiciones que la vida y libertad para los que intramuros se albergaban. Habian terminado los seis meses que pidieron de tregua, y como no recibiesen socorro de ninguna parte, tuvieron que resignarse con su suerte.

Poseedor el rey de todos los puntos limitrofes, y libre de tal cuidado; reforzado el ejército con mucha y muy escogida gente de armas, y contando con el esfuerzo y auxilio del príncipe, y con el del valeroso Lopez de Haro que llegó con D. Alfonso seguido de una escogida y numerosa hueste castellana, se decidió á colocar al enemigo en el último trance.

Solo quedaba una dificultad que vencer, y á mejorarla se dedicaron todos los esfuerzos. A pesar de los muchos meses que contaba ya de duracion el sitio, y aunque tiempo hacia ya se notaba bastante escasez en la plaza, los moros de esta podian aun mantener relaciones con los de Atrayana, y de allí recibian socorros, escasos en verdad, pero suficientes para sostener la esperanza y las fuerzas. Era, pues, forzoso cortar el puente, y esta era la dificultad que á toda costa debia quedar superada.

Tocaba el vencerla al valeroso y hábil Bonifaz, el cual no tardó



mucho en lograr lo que tanto se deseaba. Haciendo uso oportuno de sus naves ferradas, que eran las más fuertes y gruesas, y aprovechando el ilustre almirante un día de bonancible é impetuoso viento, se dirigió en persona contra el puente, mandando que se navegase á toda vela. Terrible fué el choque de la primera nave contra el puente de barcas: no quedó roto; quedó solamente quebrantado; empero al segundo terribleísimo choque dado por la nave en que iba el mismo Bonifaz, las cadenas que entrelazaban las barcas se rompieron en cien pedazos, y el puente quedó deshecho por aquella parte. Este fué el golpe decisivo y mortal para los sitiados.

En vano intentaron en los penosos é impotentes esfuerzos de su molesta y lenta agonía apelar á los venenos y al acero, buscando traidores que llegasen hasta el rey y hasta el príncipe para procurar privarles de la vida. Dios presidía á la santa empresa, y protegía aquellas dos firmísimas columnas de la fé católica.

Habia llegado el bellissimo mes de las flores, en que la naturaleza, tan pródiga como rica, ostenta su magnificencia y sus inimitables primores. El puente de barcas estaba destruido; y este importante hecho, que se realizó el día 3 de Mayo, en el que se celebraba la Invenção de la Santa Cruz, fué solemnizado militarmente.

El rey mandó colocar en el palo mayor de la nave vencedora una hermosa imágen de la Virgen Santísima, de quien era tan devoto que siempre llevaba en el arzon delantero de la silla de campaña otra imágen pequeña, pero tambien muy bella, de Nuestra Señora. Despues se izaron en lo alto de los mástiles diversas banderas de Castilla, y en vez de moharras el sacrosanto signo de la redencion de los hombres.

Terminados los festejos, en los cuales, aunque pacíficamente, se ostentaron la pujanza y arrojo de los españoles, se dispuso para el siguiente dia un ataque simultáneo por agua y por tierra. Fué, empero, infructuoso; porque los moros se batian á la desesperada, haciendo gran destrozo en las huestes cristianas con los dardos, con flechas y con piedras que arrojaban desde los castillos y puntos de defensa: el rey, considerando por entonces inútiles los esfuerzos, mandó tocar á recoger, y dispuso que el príncipe con sus hermanos los infantes D. Fadrique y D. Enrique, acompañados de D. Pelayo Correa y de otros bravos caballeros, se dirigiesen á minar el fuerte desde el cual tanto daño habian causado los mahometanos.

Tampoco tuvo buen éxito esta empresa. Los minadores trabajaron con tanta inteligencia como ahinco; mas no tardaron mucho en encontrarse con la contramina que estaban haciendo los hijos de Mahoma.

De este modo continuaron largo tiempo, atacando con brio los

cristianos, y defendiéndose con pertinaz resistencia los moros, hasta que faltos casi completamente de víveres los sitiados, mandaron al campo de Fernando III sus parlamentarios, para ofrecerle la entrega de la ciudad, reservándose las respectivas haciendas y asegurando que el emir dividiría sus rentas con el rey. Este recibió las proposiciones de los delegados de la ciudad, por conducto de D. Rodrigo Alvarez, y decidió no contestar á ellas.

Volvieron con nuevas ofertas que tambien desechó el monarca, manifestando de una vez para siempre que solo se avendria á la entrega, libre y sin traba alguna, de la ciudad, entregándose á discrecion todos cuantos en ella residian; mas conociendo ellos el bondadoso corazon del soberano, aun llegaron á él tercera vez, conviniendo en la primera parte, y pidiendo se les dejase salir con sus mujeres y familias, dejándoles sacar el caudal que consigo llevar pudiesen, y permitiéndoles derribar antes de su salida la mezquita mayor.

El rey, conforme en casi todo lo propuesto, dispuso que para lo demás se entendiesen con el príncipe D. Alfonso, el cual se negó rotundamente al derribo de la mezquita. Vista la decision del primogénito de Fernando III, insistieron nuevamente; y de nuevo negó tambien el príncipe la realizacion de aquel deseo; y manifestando los peticionarios que se contentarian con derribar la más elevada torre de la mezquita, obligándose á reconstruirla tan magnífica como la que existia, oferta que algunos hacen extensiva á todo el edificio si se consentia en su derribo, cansado al fin el príncipe, les hizo entender que si al entrar en la ciudad faltaba un solo ladrillo en la mezquita ó en la torre, haria pasar á cuchillo á cuantos en la plaza encontrase.

Convencidos los mahometanos de la inutilidad de sus esfuerzos para lograr que revocase el príncipe su decision, decidieron entregarse sin condicion alguna á la clemencia del rey, viendo que tampoco les quedaba otro camino de salvacion.

El rey, piadoso de suyo y no queriendo, como verdadero cristiano y hombre valeroso, ensañarse con gente rendida, concedió espontáneamente á los moros un mes de tiempo para que pudieran arreglar sus asuntos é intereses y preparar con más ventaja, ó menos pérdida, su salida de la plaza. No se limitó á esto el bondadoso soberano: llevando aun más allá su generoso proceder, dispuso se facilitaran acémilas, carros y barcos para que fuesen conducidos al punto que libremente eligiesen, concediendo tambien á Abul-Hassan, walf de Sevilla, el que pudiese residir en donde eligiera, sin excluir á la misma ciudad, concediéndole una muy buena renta para que pudiese subsistir con el decoro correspondiente á su gerarquía. El walf no aceptó y se dirigió al África, surcando la faz del venerable



anciano gruesas lágrimas, y no sin fuerte motivo; que es, por cierto, muy amarga pena la que ocasiona el abandonar para siempre los amados muros dentro de los cuales durante largo tiempo se ha vivido, y en donde se espera lanzar el postrimer suspiro.

El día 23 de Noviembre de 1248, despues de quince meses de sitio, quedó por Fernando III la poética, pintoresca é imponderable soberana del Bétis. La más importante ciudad de cuantas aun poseian los hijos de Mahoma se rindió á las armas cristianas, despues de haber estado en poder de los enemigos de la verdadera fé durante más de cinco siglos.

Humillado el valiente Abul-Hassan, que es duro paso para un valeroso vencido, entregó las llaves de la plaza al gran vencedor de Sevilla, despues de lo cual partió para África, en tanto que el ejército cristiano entraba triunfalmente en la ciudad. Las voces de entusiasmo y de triunfo ahogaban los gemidos de trescientos mil moros de todos sexos y edades, que abandonaban al mismo tiempo á Sevilla; porque las voces del regocijo siempre fueron más fuertes que las del verdadero dolor.

Solemne y magnífica fué la entrada del ejército cristiano en la hermosa ciudad, verificada despues de espirados los treinta dias de plazo dado á los moros; esto es, el día 22 de Diciembre de 1248.

Despues de un cuerpo de descubierta, iban los caballeros de Santiago, con su maestré el valeroso D. Pelayo Correa; seguia el de Calatrava, D. Fernando Ordoñez, con los de esta órden, así como tambien iban los de Alcántara, San Juan y el Temple, con sus maestros D. Pedró Yañez, D. Fernando Ruiz y don Gomez Ramirez. Diversos concejos y banderas de esforzados guerreros iban despues, á los cuales seguian los obispos de Ávila, Palencia, Cartagena, Astorga, Coria, Cuenca, Segovia, Jaen y Córdoba con multitud de clero, precediendo á un riquísimo y bello carro triunfal en que iba colocada la imágen de Nuestra Señora; que el santo rey quiso así demostrar que era el triunfo de su protectora la Reina del cielo.

A la derecha de la magnífica carroza iba el rey á caballo, con la tajante espada en la diestra, acompañado de la reina, su esposa: el príncipe D. Alfonso iba á la izquierda, tambien á caballo y con la espada desnuda; formando la escolta de la sagrada imágen los infantes D. Fadrique, D. Enrique, D. Sancho, y D. Manuel, hijos del rey; su hermano D. Alfonso de Molina; el hijo del rey de Aragon; D. Pedro, infante de Portugal; un sobrino del Sumo Pontífice Inocencio IV, y el emir que habia sido de Baeza.

A esta real escolta seguia otra que acaudillaba el *duodécimo* señor de Vizcaya, Lopez de Haro, compuesta de todos los magnates y de la flor de la nobleza de Castilla y Leon, terminando la

triumfal procesion con el resto del numeroso ejército vencedor.

Durante los primeros dias todo fué gozo y extremado regocijo; la gran mezquita fué purificada y consagrada; la primer misa se celebró solemnemente en el mismo carro triunfal en que la imágen de Nuestra Señora entró en la reconquista ciudad, habiendo sido consagrada la nueva basílica por el prelado D. Gutierre, que era arzobispo electo de Toledo desde el fallecimiento de D. Rodrigo Jimenez, y el rey, cuyo primer cuidado fué el de restablecer la iglesia metropolitana de Sevilla, eligió para arzobispo de esta á D. Ramon de Lozana, que á la sazón era obispo de Segovia, aunque nombró arzobispo honorario de la misma metrópoli á su hijo el infante D. Felipe. Hecho esto, y despues de haber nombrado los individuos que habian de componer el cabildo de aquella santa iglesia, se dedicó á disponer lo conveniente á la repoblacion de la hermosa ciudad, dándola el fuero de Toledo, y cediendo los bienes territoriales á los caballeros y guerreros que más se habian distinguido en la conquista.

Alhamar, el valeroso rey de Granada, despues de haber sido, como merecia, magníficamente obsequiado por el rey de Castilla, se retiró á su córte triste y pensativo. Habia cumplido como caballero el pacto á que estaba obligado; empero le era muy amargo el considerar que la dominacion en España de los hijos de Mahoma se iba apresuradamente derrumbando, y el sol de la antigua refulgente gloria de los musulimes caminaba á su ocaso con paso de gigante.

Poco reposo tomó el gran Fernando III, decidido á terminar la reconquista de toda la bellissima Andalucía: en todas sus ciudades y más importantes plazas ondeaban ya los temidos y victoriosos pendones de Castilla, y la santa Cruz de Jesucristo se ostentaba ya en los remates de las elevadas cúpulas de sus magníficos santuarios; lo difícil estaba ya consumado, y era de poca importancia para el gran soberano y para el valor español lo que restaba.

Por desgracia las crónicas se extienden muy poco, y han sido sus autores excesivamente parcós al narrar los hechos subsiguientes á la importante conquista de Sevilla, hasta la muerte del santo rey. Daremos, sin embargo, puntual cuenta de todos los puntos que reconquistó, al comenzar á ocuparnos de la segunda mitad del siglo XIII.

## REINO DE LEON.

AÑO 1200 Á 1230.

Al terminar el siglo XII se ventilaba la desagradable cuestion relativa á la disolucion del matrimonio del rey Alfonso IX con la



hija del gran Alfonso VIII, la ilustre, sábia y virtuosa doña Berenguela.

El legado del Sumo Pontífice, varon ilustrado y prudente, procedió con suma cordura; empero á pesar de la dulcedumbre y bondad de que hizo uso para dar parte á Alfonso de la decision del Santo Padre. Llevó el rey de Leon este segundo y terrible golpe con tanto disgusto como el primero; y no pudiendo hacerse superior á su pesar, no se mostró más pronto y dispuesto á separarse de doña Berenguela que en ocasion análoga, cuando estaba unido á doña Teresa de Portugal.

No era posible, empero, resistir al poder de Roma; y menos aun cuando tan fundada era su decision. Mejor hubiera estado que los celosos promovedores de estos sucesos hubieran presentado á Roma los inconvenientes antes de realizarse el enlace, para evitar el acerbo disgusto y tristes consecuencias de una terrible y dolorosa separacion; mas ya que así no habia sucedido, el legado del Sumo Pontífice obró con tanta prudencia como dulzura. Lejos de fulminar las censuras eclesiásticas, se mostró propicio á que se impetrase por parte de ambos esposos la dispensa de la sede pontificia; pero todo fué inútil. Ya sabe el lector que llegados á Roma con el enunciado objeto el arzobispo de Toledo y el obispo de Palencia, ni aun lograron acercarse al Sumo Pontífice; y á pesar de que era en política muy conveniente la validez del matrimonio que se pretendia deshacer, y su disolucion muy favorable á los mahometanos y muy perniciosa para la union y paz de Leon y Castilla, el matrimonio se disolvió por fin: Alfonso IX y doña Berenguela se separaron con tan acerbo dolor como visible repugnancia: era la segunda vez que sufría Alfonso IX aquel género de fuerte disgusto.

Ya corria el año 1204 cuando ambos esposos se separaron legalmente; y los cuatro prelados de Toledo, Santiago, Zamora y Palencia fueron los encargados por el Sumo Pontífice de absolver al rey y á doña Berenguela, disponiendo al mismo tiempo se restituyesen mutuamente los pueblos que por via de arras hubieran cambiado al concertar los esponsales, en tanto que nombrados árbitros quedase resuelta por estos la cuestion, si no la resolvía por sí mismo el Sumo Pontífice. De este disuelto matrimonio nació el gran Fernando III, el cual, aunque procedente de aquel, quedó legitimado y apto para suceder en la corona, en consideracion á que los contrayentes se habian desposado de buena fé é ignorando que pudiera haber semejante nulidad.

D. Fernando, entonces infante de Leon, quedó reconocido como heredero de dicha corona, en Córtes celebradas en la capital; y dos años despues (1206) quedó en definitiva arreglada la devolucion de bienes, mediante un tratado que celebraron el rey de Castilla y el

de Leon, en Cabrerros, en los términos que en su lugar respectivo hemos consignado.

No fué seguramente Alfonso IX de Leon un monarca parecido á los grandes reyes sus predecesores: ni pueden referirse de él grandes hechos de armas, ni cosa notable que haga interesante la mayor parte de su reinado. Solamente se distinguió hasta el último periodo por su genio ambicioso é inquieto, y echó sobre su memoria un feo borron, indisculpable en un rey cristiano.

Lejos de imitar Alfonso IX á los reyes de Aragon y de Navarra, se desentendió completamente de auxiliar á su suegro Alfonso VIII en la famosísima batalla de las Navas. Ni acudió personalmente, ni facilitó ningun genero de recursos: por el contrario, para poner más en relieve su incalificable accion, el tiempo que el esforzado rey de Castilla invirtió en cubrirse de gloria y en humillar á la media luna, le aprovechó el de Leon para apoderarse de las plazas que habian formando el dote de doña Berenguela. Por no haber querido contraer en aquella ocasion mérito alguno, ni aun tuvo el del valor y el de la inteligencia; porque desierto el reino de fuerzas militares, que se hallaban casi todas en Andalucía, ninguna dificultad pudo oponerse á que se consumase la *hazaña* de Alfonso IX.

Mayor muestra de esfuerzo dió algun tiempo despues. Las princezas de Portugal le pidieron socorro, como soberano cuyo reino estaba inmediato á aquel, y el auxilio le pedian contra su propio hermano. Alfonso IX entró en Portugal con su ejército y se posesionó de diversas plazas, derrotando en Valdevez al ejército de Portugal.

Al terminar esta campaña, ya estaba de regreso Alfonso VIII, el Noble, segun tambien fué llamado; y en esta ocasion lo probó más que en otra alguna. Lejos de mostrarse resentido, como podia y debia, con su yerno el de Leon, le propuso un tratado de alianza, que ya conoce el lector, cuyo convenio tuvo lugar en Valladolid (1213).

En virtud de la expresada alianza dió como auxiliar Alfonso VIII á Alfonso IX al bizarro caballero D. Diego Lopez de Haro, con el cual el mencionado rey de Leon se posesionó de Alcántara, cuya plaza entregó en seguida y por entonces á los caballeros de Calatrava.

Signió despues haciendo la guerra por Extremadura, y llegó hasta Cáceres; pero lo riguroso del estío le obligó á abandonar aquel ardiente país y regresó á su córte. Con su llegada á Leon coincidió la muerte de un hijo que tenia de doña Teresa de Portugal.

Ya ha visto el lector el terrible enojo con que supo Alfonso IX el pladoso ardid que pusiera en juego su antigua esposa doña Beren-



guela, para sacar de su poder al hijo de ambos, D. Fernando III. Creyéndose el de Leon burlado, y asediado tambien por la ambiciosa familia de los Laras, determinó llevar la guerra á Castilla. Ya hemos visto al tratar de este reino la ineficacia de las diligencias hechas por Alfonso IX, quien lejos de calmar su enojo cada vez le aumentaba. La ilustre doña Berenguela hizo fuesen á hablarle los sábios y virtuosos prelados de Búrgos y de Ávila, los cuales tampoco lograron aplacar al irritado monarca.

Afortunadamente los castellanos, con cuya decision equivocadamente contaba Alfonso IX, permanecieron fieles á su legitimo rey, y aquel sufrió un vergonzoso desengaño que hizo subir de punto su ira, aunque haciéndole ver de ostensible manera que aquella era impotente.

Deseando probar fortuna nuevamente, se dirigió con su ejército á Búrgos; empero fué rechazado, porque el leal ejército, que contaba por su caudillo al no menos leal y esforzado caballero D. Lope Diaz de Haro, se opuso á los intentos del ambicioso, el cual tuvo que retirarse humillado.

Aun otra vez las instancias de los Laras determinaron al rey de Leon á llevar la guerra á Castilla, y cuando estaban ya frente á frente el padre y el hijo, se pactó una tregua con gran gozo de este último, merced á haber significado sus deseos de no cruzar la espada con el autor de sus días, secundados con la oportuna y discreta intervencion de los prelados y magnates de ambos reinos, que comprendian muy bien lo horrible de aquella lucha para ambos soberanos, y la injusta pretension de Alfonso IX (1219).

Se ve claramente que el reinado de este monarca nada presenta hasta ahora de glorioso ni de notable, si exceptuamos su empeño incalificable de arrebatar de las sienes de su hijo una corona que á este pertenecia tan de derecho. Sin embargo, como previendo que no estaba lejano el fin de su reinado y de su vida, quiso legar á la posteridad algun hecho que hiciese olvidar, en lo posible, los anteriormente ejecutados contra su hijo.

Poco despues de celebrar con este el tratado de paz, en 1219, tuvo que dedicarse exclusivamente á sofocar algunas sediciones, provocadas por algunos magnates, entre los cuales figuraba don Sancho, el hermano del rey. Cuando aquel intentaba pasarse á los africanos con un regular número de sus secuaces, falleció sin salir de España, y con el fin de su vida le tuvieron las sediciones y las revueltas intestinas.

Entonces Alfonso IX, libre de aquel cuidado, determinó hacer la guerra á los mahometanos; y ya era hora de que pensase en cumplir con el deber de rey cristiano.

Al efecto se dirigió á Extremadura, y llegó hasta Sevilla, obran-

do en combinacion con Castilla, haciendo talas y dando mucho en qué entender á los hijos de Mahoma.

Poco despues se dirigió á Cáceres, que algun tiempo antes no pudo tomar. Esta ciudad habia sido arrebatada á los caballeros de Santiago; el rey de Leon deseaba restituirla á sus verdaderos dueños, y no tardó en lograr lo que anhelaba. Puesto el sitio y atacada vigorosamente la plaza, tuvo al fin que rendirse á Alfonso IX, el cual concedió un magnifico y célebre fuero á los ciudadanos (1229).

Repetimos una vez más que el de Leon quiso sin duda hacer olvidar sus pasados yerros. Así como otros soberanos á medida que avanzaban en edad aparecian menos enérgicos y activos, éste nunca obró con más vigor y valor que en los últimos años de su vida.

El feroz Aben-Hud, de quien al tratar de Castilla hemos hablado, deseando vengar lo ocurrido en Cáceres, acometió al de Leon seguido de un numerosísimo ejército. El leonés era mucho menos numeroso; mas no por esto volvió Alfonso IX la cara; aceptó la batalla, que fué reñida y sangrienta, y derrotó á los hijos de Mahoma, obteniendo una victoria, de la que dicen los mejores historiadores *fué una de las más señaladas de aquel siglo*.

Enorgullecido con aquellos triunfos y altamente satisfecho, que no hay satisfaccion igual á la de obrar bien y cumplir con el propio deber, se decidió á emprender la conquista de Mérida.

Era árdua la empresa, y el ejército y los medios de ataque desiguales á aquella; empero el rey de Leon, convencido de la virtud de Fernando III, y de que los que tienen verdadera virtud ni son vengativos ni guardan rencor, se determinó á pedir auxilio á su hijo. Este se apresuró á enviar á su padre un valeroso ejército castellano, con el cual, unido al de Leon, tomó á Mérida, dando nuevo lustre á las armas cristianas, y haciendo ver que era digno de empuñar el cetro: si pérfidos consejeros le hicieron separar del sendero de la virtud encaminándole por el de la ambicion, él demostró que libre de estos y siguiendo los impulsos de su corazon, era un digno nieto del gran Alfonso VII, el Emperador.

Con la conquista de Mérida dió fin á sus guerreros hechos Alfonso IX. Rey verdaderamente cristiano, se creyó en el deber de ir á Compostela para dar gracias á Santiago Apóstol, por los reiterados triunfos que habia obtenido. No pudo, sin embargo, cumplir su piadoso deseo: al llegar á Villanueva de Sarriá le atacó una grave enfermedad que le arrebató en muy pocos dias la vida, el de Nuestra Señora de las Mercedes (24 de Setiembre de 1230). Tenia cincuenta y nueve años, y llevaba cuarenta y dos de reinado.

Fué hombre de marcial aspecto, aunque de tan enérgico semblante, que alguno le califica de feroz y saúdo. Se distinguió



por su amor á la justicia y su aborrecimiento á los vicios; buenas cualidades que algunas veces oscureció, como hemos visto, por ser muy dado á escuchar á todos y á dejarse llevar fácilmente del ageno consejo, fuese este bueno ó malo. Con los que jamás transigió fué con los delincuentes y malhechores, á los cuales hizo castigar siempre con penas tan crueles como inusitadas.

Se ve que fácilmente daba oídos y se dejaba llevar de los consejos, en la conducta que observó con su hijo Fernando III, á pesar del amor á la justicia que le conceden los cronistas.

Lo que no se comprende seguramente es el por qué desheredó á su esforzado y virtuoso hijo, en favor de doña Sancha y doña Dulcía, ó Dulce, y mucho menos aun estando al morir en amistad con él, y debiéndole, en su mayor parte, el reciente y notable triunfo de Mérida. Sin embargo de todo, así lo dejó dispuesto en su testamento, en el cual tambien ordenó enterrasen su cadáver en la gran basílica de Santiago al lado de su padre, Fernando II, en donde en efecto fué sepultado.

Los medios de que la ilustre y antigua esposa de Alfonso IX se valió para coronar rey de Leon á su hijo el de Castilla, ya los conoce el lector. Ambas coronas quedaron reunidas entonces en las sienes, cubiertas de multiplicados laureles, de Fernando III; unidas permanecieron durante los subsiguientes siglos, y felizmente así han llegado hasta nuestros dias.

## REINO DE NAVARRA.

AÑO 1200 Á 1250.

Comenzó para Navarra el siglo XIII con la paz propuesta por Sancho VI á Alfonso VIII de Castilla, que este iba á proponer y que ardientemente deseaba, para dedicarse á la noble tarea de la reconquista, y para madurar el grande proyecto que meditaba y dió por resultado la gloriosísima batalla de las Navas de Tolosa.

Sancho VI de Navarra, esforzado soberano, fué en un principio tal como ya le hemos descrito; turbulento y ambicioso, pero siempre valiente, y como Alfonso IX de Leon, si dió primero motivo de censura, terminó gloriosamente su reinado.

Los primeros años del periodo de tiempo que ahora nos ocupa, se invirtieron en el ajuste de la deseada paz y en estipular las condiciones en que aquella habia de basarse; pero hasta el año 1207 no se solemnizó. Establecida la paz por tiempo de cinco años (de 1207

á 1212), cambiaron ámbos soberanos tres fortalezas en garantía del cumplimiento.

Tenia Sancho VI indispensable necesidad de borrar graves faltas que habia cometido: por una parte habia favorecido indirectamente la causa de los mahometanos abandonando á Alfonso VIII, á consecuencia de cuyo abandono sufrió este la terrible derrota de Alarcos, con enorme daño de la cristiandad toda: por otra, habia aprovechado la expresada derrota para invadir el territorio castellano, de acuerdo con el de Leon, con el objeto de enflaquecer las fuerzas de Castilla; y en fin, habia hecho amistad y alianza con los feroces almohades en contra de los reyes cristianos, y especialmente contra Alfonso VIII. Estos antecedentes obligaron al Sumo Pontífice á amenazar con la excomunion á Sancho VI, si no rompía sus deshonorosas é impías relaciones con el emperador africano.

El rey de Navarra, lejos de obedecer al Santo Padre, pasó personalmente á África, como el lector ya sabe, y estrechó más y más su amistad con el emperador de Marruecos. Todas estas faltas tenia que borrar Sancho VI, y á fé que las borró cumplidamente.

Cuanto pudiéramos decir respecto de los años subsiguientes á la paz con Castilla celebrada en 1207, lo sabe el lector, pues está escrito al tratar de Castilla. Aludimos á los famosísimos hechos de Sancho VI de Navarra en la célebre é inolvidable batalla de las Navas. La precipitacion con que acudió; la oportunidad con que llegó para servir de contrapeso á la inicua accion y desercion injustificable de los auxiliares ultramontanos; su valor sin par, sus gloriosas hazañas, y su conducta, en fin, deferente y subordinada al rey de Castilla, borraron sin duda alguna sus anteriores faltas, é hicieron de él un hombre nuevo.

No solo expió en las Navas gloriosamente sus anteriores faltas: otra dolorosísima expiacion tuvo que sufrir, que le hizo penar de terrible manera durante todo el resto de su vida. No mucho despues de haber regresado de la batalla de las Navas, justamente enorgullecido con sus gloriosos y casi increíbles hechos, contrajo una enfermedad cancerosa, y el saber esto basta para comprender cuánto sufriria.

El reino se resintió no poco de la cruel enfermedad del soberano, que se reclusó en el fuerte ó castillo de Tudela. Allí, atendiendo á su curacion, de nadie se dejaba ver; no podia dedicarse al gobierno de sus estados, y era presa de una melancolia que de hora en hora se hacia más terrible y profunda.

Despues de haber subido al trono de Castilla Fernando III, Sancho VI de Navarra se habia desavenido con él á consecuencia de las conquistas hechas por Alfonso VIII en Guipúzcoa y en Alava mientras estaba el navarro en África, segun recordará el lector.



Sea que estuviese meditado por el de Castilla el invadir la Navarra desde que ambos monarcas tuvieron las predichas diferencias, sea que quisiera valerse el primero de las circunstancias en que el segundo se hallaba, lo que no nos resolvemos á creer, atendida la gran virtud de Fernando III, es lo cierto que la invasion se verificó, y que debió no hacerse, considerando el estado en que Sancho se veía.

No fué así, sin embargo; y el señor de Vizcaya, D. Diego Lopez de Haro, entró con un ejército en los estados del navarro. Sancho VI no podía montar á caballo, ni empuñar las armas; disgusto incalculable en un hombre tan valerosísimo y enérgico como él, que agravaría infinito lo doloroso y terrible de la expiacion que sufría.

Sabida la invasion y viendo que su valor é inteligencia eran impotentes, y encontrándose además en edad muy avanzada, formó una extraña resolucion, que si hubiera tenido cumplido efecto, hubiese evitado grandes males á Navarra, proporcionándola no escasa gloria.

Sancho VI no tenia hijos, ni otro heredero más inmediato que su sobrino Teobaldo, hijo de su hermana doña Blanca que estuvo casada con el conde de Champagne. No estaban muy bien avenidos tío y sobrino; porque aquel se quejaba de haber dispensado á este muchos beneficios, á los cuales habia este correspondido con la moneda más usual en el mundo en tales casos; con la más negra ingratitude. Esta circunstancia hizo que Sancho determinase no dejar la corona á su sobrino; y esta determinacion, unida á la necesidad de adoptar alguna providencia que evitase los malos resultados que pudiera tener la invasion de los castellanos, le hizo adoptar la extraña resolucion á que hemos poco hace aludido.

Determinó llamar y llamó en efecto el rey de Navarra al de Aragon, sin manifestarle el objeto que se proponia; y este último se apresuró á presentarse en Tudela, con un brillante séquito de magnates y caballeros aragoneses.

Reunidos ambos monarcas, el navarro propuso al aragonés un pacto, mediante el cual habia de suceder el que de los dos sobreviese al otro, en cualquiera de los dos reinos que vacante quedase. No era difícil suponer cuál de los dos, ateniéndose al orden natural que deben llevar los sucesos, fallecería primero. El rey de Navarra estaba muy próximo á cumplir ochenta años; tenia más de setenta y ocho, y el de Aragon estaba en la primera juventud; apenas habia cumplido veintitres. Por consecuencia toda la ventaja estaba de parte de este último, á pesar de lo cual no quiso firmar el propuesto pacto sin consultar á su consejo.

Fué este de parecer que debia aceptarse la proposicion de Sancho VI, reducida á que heredase su reino D. Jaime de Aragon tan



pronto como él falleciese; y si por el contrario moría primero don Jaime y un hijo de tierna edad que este tenía, D. Sancho sería el heredero del reino de Aragón; aliándose ambos soberanos desde aquel momento para hacer frente al ejército de Castilla, que había invadido el reino de Navarra (1230).

Este raro convenio fué firmado por ambos monarcas, y ratificado bajo solemne juramento por todos los magnates, prelados y procuradores de ambos reinos; y despues de esto, se procedió al acuerdo del número de guerreros que cada uno había de presentar en campaña para ir contra los castellanos.

Esta union hubiera sido sin duda alguna muy perjudicial para Castilla, si hubiese tenido efecto; empero la dolorosa enfermedad que Sancho sufría le ocasionaba un humor insoportable para todos y para él mismo. Aquel rey tan valeroso, tan enérgico, tan activo, que mereció el epíteto de *Fuerte*, estaba unas veces afligido y desconsolado al verse reducido á la nulidad; otras, sumido en una apatía que ni hablaba ni demostraba oír; otras poseído de unos accesos de ira, como si algun vértigo le acometiese, y este fatal estado le hacía incapaz para todo, pudiendo decirse que Navarra no tenía rey.

Dos veces despues del pacto de Tudela fué el rey de Aragón á visitar á Sancho, y en ninguna de ellas pudo recabar de él cosa alguna. Esto hizo que el aragonés, con el brio de la juventud y con el acicate de un genio activo y de un carácter vigoroso, desistiese de todo y decidiese no volver á ocuparse de semejante alianza: afortunadamente la invasion castellana no tuvo importantes consecuencias.

En tan triste estado permanecieron el rey y el reino durante cuatro años, hasta que llegado el 1234 falleció Sancho VI el Fuerte, cuando ya corría el mes de Abril, á los ochenta y dos años de edad y cuarenta de reinado. También fué llamado el *Retraído*, desde que viéndose enfermo del terrible cáncer que le ocasionó la muerte, se retiró al castillo de Tudela y mandó que nadie se le acercase.

Tan pronto como se supo el fallecimiento del rey, con el cual había quedado extinguida la línea masculina de los valientes y gloriosos reyes descendientes de Sancho Abarca, la generalidad esperaba que el rey de Aragón reclamase los derechos que para subir al trono tenía, mediante el pacto de Tudela; porque si bien no había tenido efecto en cuanto á la alianza ofensiva y defensiva, no se había tampoco anulado. Por otra parte, se esperaban también fuertes escisiones si el aragonés se decidía á reclamar los precitados derechos. Los navarros en aquel entonces debían mirar como extranjeros á cuantos no hubiesen nacido en Navarra; creían perder la independencia si un rey extraño para ellos subía al trono, y





antes de dar tiempo á que el rey de Aragon determinase, proclamaron espontáneamente á Teobaldo, el sobrino de Sancho VI, ya conde de Champagne por muerte de su padre. Afortunadamente el de Aragon dejó pasar desapercibida la infraccion del tratado de Tudela, quizá por tener que cuidar ya de un reino sumamente vasto y extendido, como era el de Aragon con Cataluña y con Mallorca, que ya habia conquistado, y por estar á la sazón ocupado en reconquistar á Valencia. Sea de esto lo que quiera, lo indudable es que D. Jaime no hizo diligencia alguna para procurar fuese á la letra cumplido el pacto de Tudela, y Teobaldo I se sentó sin oposicion alguna en el trono de Navarra, con gran satisfaccion de aquellos naturales, quienes á falta de un hijo de Sancho VI el Fuerte, eligieron gozosos al sobrino.

Este principe no careció de valor; lejos de eso, se lo conceden algunos antiguos y raros manuscritos, y aun se extienden á asegurar que tomó la encarnada cruz, y con ella sobre el pecho se dirigió á la Palestina, deseoso de contribuir á rescatar el Santo Sepulcro. Esta determinacion fué muy desfavorable para sus estados, los cuales abandonó dejándolos bajo el amparo y proteccion del Sumo Pontifice. Los hechos ocurridos durante el reinado de este soberano, fuera de la antedicha expedicion, no debemos referirlos hasta que comencemos á ocuparnos de la segunda mitad del siglo XIII.

La extincion de la línea varonil de los reyes de Navarra fué, como siempre en casos análogos sucede, perjudicial á este reino, como iremos sucesivamente viendo. Comienza un periodo de escaso interés, poco parecido á otros de más brillantes hechos que anteriormente hemos consignado. Despues ha tocado brillar á Castilla, cuyo reino tambien será algun tanto oscurecido con la muerte de Fernando III, siendo por ahora el destinado á cautivar la atencion otro de los cristianos reinos de España: toca ahora su época de refulgente gloria al reino aragonés y al condado catalan; que así como en nuestros dias son las naciones las que alternan en adquirir y perder gloria, naciendo esta, creciendo y desarrollándose hasta llegar á su periodo de descenso, entonces aquellas pequeñas naciones, en que la magnífica España estaba dividida, experimentaban esas mismas revoluciones y alternativas, inherentes á todas las cosas humanas, de suyo imperfectas, y condenadas á no permanecer siempre en un mismo estado.

## REINO DE ARAGON Y CONDADO DE CATALUÑA.

AÑO 1200 Á 1250.

Casi al espirar el siglo XII, habia terminado la vida de Alfonso II, rey glorioso de Aragon, y habia subido al trono su hijo Pedro II. Los primeros hechos de su mando dieron á entender que seria hombre de fuerte carácter, cuando siendo tan jóven, que no llegaba en edad á diez y seis años, dió el fuerte y notable ejemplo de tomar todos los feudos de ciudades y villas del reino que estaban repartidas entre los magnates, para confirmar unos, y para distribuir otros segun le pareciese. Este hecho fué, en efecto, una muestra de ser nada débil; y despues de haber confirmado á sus reinos los privilegios y fueros de que gozaban en tiempo de su padre Alfonso II, se puso al frente de su ejército para auxiliar á Alfonso VIII de Castilla, contra el rey de León y contra Yussuf, emperador de Marruecos. Con esto y con la invasion de Navarra, hecha de acuerdo con Castilla, que dió por resultado la toma de Aybar y de la antigua Ruconia, inauguró su reinado, dando sobradamente á entender que habia de dar gloria á su reino y á su nombre, mostrándose digno hijo de Alfonso II.

Anublaron no poco la gloria de sus primeros hechos algunas diferencias que tuvo con la reina doña Sancha, su madre. Afortunadamente tuvieron pronto término, merced á la intervencion del rey de Castilla, con el cual y con la expresada señora se avistó en Ariza.

Despues determinó solemnizar su coronacion de inusitada manera, separándose de la costumbre constantemente hasta allí seguida, y que se reducía á ser armados los reyes caballeros al cumplir veinte años si eran menores, ó al tiempo de contraer matrimonio. Pedro II quiso ser ungido y coronado por el Sumo Pontifice, á cuyo fin se dirigió á Inocencio III, de acuerdo con el cual, concertó su viaje á la gran capital del mundo católico.

Quiso, empero, dejar preparada préviamente la conquista de las islas de Mallorca y Menorca, prueba evidente de lo que este rey era, cuando en sus pocos años tan afecto se mostraba á dar gloria á su patria y extension á sus dominios. Para lograr su deseo quiso ponerse de acuerdo con Génova y con Pisa, con cuyos estados no estaba en muy buenas relaciones; mas no realizó su propósito, porque el Sumo Pontifice, al contestar á la carta de Pedro II, le indicó la conveniencia de que se dirigiese sin perder tiempo á Roma, desde donde podria mucho mejor realizar lo que deseaba.



Emprendió por fin su largo viaje y llegó á la córte de Inocencio III, deslumbrando la vista del numeroso pueblo con la riqueza que ostentaba la lucida comitiva de nobles aragoneses, catalanes y provenzales, que al jóven Pedro II acompañaba.

No le recibió con menos ostentosa pompa Inocencio III, el cual dispuso inmediatamente la solemne coronacion, ungiendo al rey el obispo Pontuense y colocándole el mismo Pontífice sobre la cabeza la rica corona.

Con este motivo se refiere una anécdota, que no sabemos si deberá dársele entero crédito. Dícese que hasta entonces el Pontífice habia colocado con los piés á otros reyes la corona: operacion sin duda tan rara y extraña como de difícil ejecucion, ó más bien impracticable, y muy ocasionada al ridículo lance de ver rodar la corona por el suelo, en vez de ser colocada en la cabeza del rey. Pedro II, que sabia esto y que deseaba evitar el que en su coronacion se siguiese tan original costumbre, dispuso hiciesen una corona *de pan cenceño ó ázimo*, con perlas y joyas de rico valor incrustadas en aquel, con cuyo artificio logró el rey su desco, porque el Santo Padre, por respeto á la materia de que estaba formada la corona, la colocó con las manos en las sienas del jóven soberano, y no con los piés segun era costumbre. No respondemos de la exactitud de este hecho, por más respeto que nos merezcan los que lo refieren; porque además de otras razones que pudiéramos aducir y que omitimos porque nos alejarían de nuestro objeto y propósito, la misma dificultad de la operacion, que parece irrealizable, nos induce á creer que este es uno de tantos episodios como se han inventado, creyendo exornar la historia y darla mayor interés.

Coronado el rey por la misma mano de Inocencio III, por órden del mismo le fueron puestas las insignias de su alta y real dignidad, armándole caballero y ciñéndole la espada el mismo Pontífice, teniendo lugar la grande y memorable ceremonia, que tanto llamó la atencion de toda Roma, en el dia 5 de Noviembre del año 1204.

El haber sido armado caballero por el mismo Santo Padre el rey de Aragon, es una prueba más de que no existia la costumbre de coronar con los piés á los soberanos; porque una espada no es seguramente un signo más digno de respeto que una corona real, y la espada no estaria hecha tambien *de pan cenceño, ó ázimo*.

Agradecido el rey á la distincion recibida, juró espontáneamente fidelidad y obediencia al Sumo Pontífice y sus sucesores; y en cambio de esta muestra de adhesion y respeto, Inocencio III concedió á Pedro II un privilegio á favor de los venideros reyes de Aragon, para que pudiesen ser coronados en Zaragoza, por las manos *del arzobispo de Tarragona*.

Intimamente unidos quedaron el Pontífice y el rey: este cedió

á la Sede pontificia el derecho de patronato de todas las iglesias de su reino, haciéndose su tributario, pagando á la Santa Sede cada año doscientos cincuenta maravedis de oro; y aquel concedió á este el importante cargo de confalonier (ó gonfalonier), que es igual á ser alférez mayor de la Iglesia, mandando que el estandarte de esta fuese de los colores amarillo y encarnado, que eran los de las armas reales de Aragon; determinacion honrosísima para este reino.

Despues de haberse hecho mútuos obsequios, regresó Pedro II á Provenza, de donde habia partido para Roma, y de allí se dirigió á Aragon, en donde sus vasallos se disgustaron con él algun tanto.

Le habia sido muy costoso su viaje, en el cual desplegó todo el lujo y riqueza connatural á los monarcas españoles de todas épocas y edades, cosa en verdad nada reprobable, puesto que redundaba en gloria de la respectiva nacion, á la que con semejantes actos da no pequeña importancia. Sin embargo, determinó el rey indemnizarse de los predichos gastos de una manera inusitada; y si al hacer exacciones se agrega el que estas sean de nuevo género y desusadas, dicho se está si serán mal recibidas y repugnantas.

La nueva gabela se denominaba tributo de *monedaje*, y se reducía á un impuesto, por el cual recibia el tesoro real un tanto de cada moneda. Ya estaban descontentos los aragoneses con la determinacion tomada por Pedro II al hacerse tributario de Roma; mas este descontento hubiera probablemente durado muy poco, á no haber mediado el nuevo tributo; que nada siente el hombre más vivamente que la exaccion de dinero.

Con este motivo, ó pretexto, alzó la fatídica cabeza la sedicion, fomentada por los descontentos que formaron un partido denominado la *Union*, el cual comenzó por oponerse al pago del tributo ofrecido á Roma, si bien se estableció otro denominado de *coronacion*.

Dícese que era muy pródigo Pedro II, en razon de lo cual llegó á ver su tesoro tan exhausto, que recurrió á la venta de su villa y castillo de Gallur, que le compró D. Sancho de Navarra, en precio de veinte mil maravedis de oro.

Habia terminado el rey algunas diferencias que con el de Navarra tenia, y en una de las condiciones que al avenirse estipularon, se acordó el matrimonio del aragonés con una hermana del navarro. No se cumplió, sin embargo, la prefijada condicion: el Sumo Pontífice impidió el matrimonio, por causa del parentesco en grado prohibido que mediaba entre ambos prometidos esposos.

Tal era la fama que de valiente y caballero gozaba Pedro II, que llegó hasta la Tierra Santa. En virtud de estas noticias que en Jerusalem corrian, determinaron ofrecerle por esposa á la princesa Maria, heredera de aquel reino, como hija de Conrado é Isabel, á



condicion de que D. Pedro juraria tomar la defensa de los Santos Lugares contra los impíos insultos de los turcos.

Todas estas disposiciones fueron de todo punto inútiles; porque antes de que los embajadores llegasen, Pedro II se habia desposado con la condesa María, hija del conde de Mompeller y de la princesa Eudoxia, que lo era del emperador de Constantinopla. La madre de esta princesa era la misma que vino á España destinada á ser madrastra de Pedro II y esposa del rey Alfonso, padre de este monarca.

Poco tiempo estuvo en su compañía el rey, viviendo *distraido*, segun antiguos y respetables documentos, con otras damas de Mompeller, en donde se verificó el matrimonio (1204), y permaneció el soberano, que se tituló señor de Mompeller; y sin embargo, no ha tenido por este concepto tantos y tan enconados detractores como D. Pedro I de Castilla.

Esta conducta del monarca era de grande disgusto para los prelados y magnates, que deseaban ver asegurada la sucesion de la corona. Comprendiendo todos los perjuicios que al reino, ya tan floreciente, se seguirian si el rey llegaba á morir sin tener hijos, discurrieron un ingenioso ardid, que pudo, empero, costar á los autores muy caro precio.

Reunidos los próceres para ocuparse de aquel importante extremo y escogitar la manera de conjurar en tiempo el mal que amenazaba, se propusieron engañar á Pedro II. Una noche esperaba el rey que fuese introducida en su cámara cierta señora de quien estaba muy prendado: un honrado caballero, que fingió hacer un papel deshonoroso, era el encargado de conducir á la noble dama, y manifestó al rey que esta deseaba no ser vista, por respeto á su propio decoro, y que era forzoso el dejar la cámara completamente á oscuras. Á todo se avino el monarca, y á la hora señalada se presentó en la cámara la noble señora; mas no la que el rey creía, sino su propia esposa María.

Aquella célebre noche permanecieron todos los templos abiertos, y se encomendó mucho al pueblo de todos sexos, edades y condiciones que rogasen á Dios por la prosperidad del Estado; infiriendo todos que alguna calamidad se preparaba, porque ignoraban lo que sucedia; y todos, en efecto, oraron con gran fervor.

Idéntica escena tenia lugar dentro de palacio, en donde los prelados, los magnates, los caballeros y las damas rogaban al cielo por el bien y prosperidad del reino; y dos notarios estaban preparados para dar fé de la entrada y salida de la reina legitima en la real cámara, á fin de que no pudiesen tachar de ilegítimo al sucesor, si afortunadamente le hubiese.

Autores hay que dicen que al descubrir el monarca el engaño,

enfurecido tiró de la espada contra los que le rodeaban; mas hay sobrados motivos para afirmar que el noble Pedro II, enternecido en virtud de lo piadoso del engaño, aprobó el ardid de sus fieles servidores comprendiendo el móvil y origen de aquella extraña determinacion. Esta fué la original escena que precedió al nacimiento del gran don Jaime I, que supo, tiempo adelante, eclipsar la gloria de todos sus predecesores. Volviendo ahora á la historia de D. Pedro II, diremos que despues de este ruidoso suceso hubo un dia de gran regocijo en Zaragoza, con motivo de los desposorios de la princesa Constanza, hermana del soberano, con Federico, rey de Sicilia.

Despues de algunos dias empleados en justas y festejos, salió la desposada para Barcelona, hasta cuya bella ciudad la acompañó Pedro II; y desde esta hasta Sicilia, el conde de Provenza D. Alfonso, hermano del rey y de la princesa, el cual fatalmente falleció apenas llegado á Sicilia (1208).

No mucho despues de la muerte del precipitado conde, dejó tambien de existir su madre doña Sancha, reina viuda de Aragon, y el rey D. Pedro II tuvo con este natural sentimiento el disgusto de ver los progresos que con rapidéz iba haciendo la herejía de los albigenses, que contaminó el suelo aragonés y de otros puntos de la peninsula, á pesar de los heróicos esfuerzos del obispo de Osma, D. Pedro Azebés, y de un virtuoso religioso llamado Domingo de Guzman, á quien hoy veneramos en los altares, con cuyo motivo el santo religioso hizo diversos viajes á Francia, dando principio á la fundacion de la respetable órden de predicadores.

El Sumo Pontífice Inocencio III, anhelando atajar el pestilente contagio, publicó una cruzada, siendo elegido general de ella Simon de Montfort, el cual declaró la guerra á los jefes de la herética faccion, entre los cuales en primera linea figuraban el vizeconde de Carcasona y el conde de Tolosa.

Al general de la cruzada asistia heróicamente el abad de la órden del Cister, que era á la sazón y para el santo objeto legado del Pontífice; y comenzada la guerra, poco tardaron en rendirse á las armas católicas Carcasona y Bezés.

Estas ciudades, aunque poseidas por otros, eran feudatarias del rey de Aragon; y Pedro II, aunque deseaba la extirpacion de la fatal herejía, no pudo resistir á su anhelo de pasar á Francia, á fin de interceder en favor del conde de Tolosa (1209), el cual, además, era cuñado suyo.

Muy pronto cogió el fruto de su piadosa intercesion; porque los herejes, lo mismo que otras especies de malvados, ni conocen, ni agradecen, por consecuencia, el bien que se les hace, y la bondad que con ellos se tiene; antes por el contrario, la impunidad los alien-



ta y enorgullece, haciéndolos más y más recalcitrantes; mil veces lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo.

Cierto es que á pesar de su fervorosa intercesion, nada pudo recabar del general cruzado, ni menos del legado pontificio; empero dió el paso en favor de aquellos herejes con toda espontaneidad y eficacia, y apenas había trascurrido un año cuando ya se puso en alarma; porque los albigenses comenzaron á alterar su vasto reino, no ya solamente en Aragon, si que tambien en Cataluña.

Con tal motivo disgustado y pesaroso el rey mandó convocar las Córtes, que se reunieron en Lérida, cuando ya corria el año 1210. Entonces y por acuerdo de aquella ilustre y respetable asamblea se promulgó un fuerte edicto conminando á los herejes excomulgados, si en el término de un año no se acogian al gremio de la Iglesia católica; y se reconoció en el Sumo Pontifice la facultad de absolverlos, imponiendo á los impenitentes y relapsos la pena de infamia y la inhabilitacion para testar y para heredar.

Las sesiones terminaron con el acuerdo unánime de realizar una expedicion contra los mahometanos de Valencia.

Disueltas las Córtes, pasó el rey á Narbona para avistarse con Simon de Montfort y los legados del Pontifice, á instancias del conde de Tolosa y del de Foix; mas todo hacia prever que nada se adelantaria con aquella entrevista. Los caudillos católicos pedian la expulsion de los herejes de Tolosa, y el conde resueltamente se negaba á cumplir esta exigencia. Nada tenia esto de extraño siendo hereje el conde, y perteneciendo al desgraciado número de los excomulgados. Exigíanle tambien, para alzar la formidable pena que sobre él pesaba, el juramento de obedecer al Sumo Pontifice, y no levantar más las armas contra el ejército cruzado; y lo mismo se mandaba al conde de Foix, el cual de idéntica manera se negaba al mandato.

Esta pertinacia movió al rey Pedro II á tomar providencias para atajar el mal, demasiado arraigado ya; y fué la primera el poner guarnicion de aragoneses en los puntos del condado de Foix, que eran de su dominio, obligándose además á poner al conde de este titulo en poder de Montfort, supremo caudillo de los cruzados, si terminado un plazo que se prefijó, no se reducía á la comunion de la Iglesia católica.

Como el ejército católico había tomado á Carcasona, Simon de Montfort prestó homenaje á Pedro II, y ambos estipularon el matrimonio de la hija del expresado caudillo con el príncipe D. Jaime, que á la sazón solo contaba dos años de edad. Este convenio tuvo lugar en Mompeller, y á consecuencia de aquel el rey de Aragon entregó su primogénito á Simon de Montfort para que cuidase de la educacion del príncipe.

Poco despues recibió Pedro II la invitacion del gran Alfonso VIII de Castilla para que le auxiliase con las bizarras armas aragonesas y catalanas en la colosal é importante empresa que proyectaba. Esta dió por resultado la tantas veces nombrada y célebre batalla de las Navas de Tolosa, en la cual tan brillante papel desempeñó Pedro II, como muy bien sabe el lector.

Al paso que los mahometanos eran destruidos heroicamente por los cristianos, los herejes avanzaban, prosiguiendo en su pernicioso propósito; empero en donde hacian rápidos progresos y seguia la lucha á mano armada era en los dominios franceses. De nuevo se atrevieron los heréticos caudillos, el conde de Foix, el de Tolosa y el de Bearne, á pedir auxilio al de Aragon; porque habian últimamente experimentado algunos reveses, y estaban muy estrechados por el valeroso Montfort.

El glorioso rey que tanto habia hecho en los campos de las Navas en favor de la católica religion, indeciso siempre y sin norte fijo en la cuestion herética, se dirigió otra vez al campo de los cruzados y pidió al legado del Sumo Pontífice la devolucion de las ciudades y castillos que se habian arrancado con las armas á los condes caudillos de los herejes, en cuyo número se contaba al conde de Cominges, además de los que antes hemos nombrado.

Empezaron con tal objeto las necesarias negociaciones; porque Pedro II habia presentado su demanda asegurando que los condes estaban dispuestos á satisfacer á la santa Iglesia romana; y con este motivo dispuso Inocencio III la celebracion de un concilio, que se celebró en Lavaur, deseoso de conocer la opinion de los obispos sobre el punto en cuestion.

Todo fué inútil: los condes dejaron mal al rey de Aragon, manifestando que no pensaban en arrepentirse de sus errores ni expiar sus faltas; á pesar de lo cual Pedro II se obstinó en protegerlos tan decididamente, que el Pontífice amenazó con el terrible anatema de la Iglesia al expresado rey. Duélenos referirlo, tratando de un monarca español tan digno y valeroso, pero tan ofuscado en el importante punto de que nos venimos ocupando; mas no podemos menos de consignar aquí lo que no quisiéramos.

Hállabase el rey en Cataluña cuando recibió la terrible é imponente amenaza de Inocencio III; y lejos de acatar al vicario de Jesucristo, dijo resueltamente que no podia abandonar al conde de Tolosa, porque era su deudo; y á los demás caudillos de los herejes, por razones de estado: contestacion incalificable, cuando se trataba de la causa de la religion católica, y siendo él aquel mismo rey que *motu proprio* se hizo tributario de Roma y que tan católico se habia mostrado. Esta es una nueva y muy flagrante prueba de cuán débil y miserable es la naturaleza humana, demostrando al



propio tiempo la ninguna confianza que debe tenerse en las resoluciones de los mortales, siempre sujetas á trocarse, por efecto de esa misma miseria y debilidad.

No contento Pedro II con haber dado aquella irreverente respuesta, reunió un ejército de catalanes y aragoneses, con el cual se dirigió á Tolosa; porque parece un funesto privilegio de los que en materias de religion claudican, el multiplicar los errores y caminar á paso de gigante por la senda del mal, tan pronto como fatalmente se colocan en ella.

Llegado al castillo de Muret en las márgenes del rio Garona, estableció su campamento, y Simon de Montfort celebró consejo y decidió hacer una salida contra el nuevo enemigo. Era este mismo Montfort aquel á quien Pedro II, su amigo y aliado en otro tiempo, entregó su primogénito á fin de que cuidase de su educacion, para despues desposarle con la hija del caudillo del ejército católico. Véase otra vez el carácter veleidoso é incalificable del rey de Aragon.

¡Cuán lejos estaba el bizarro soberano de creer que caminaba á su ruina! ¡Cómo pudiera nadie haber previsto que el heróico vencedor de las Navas; el que tantas proezas ejecutara en defensa de la santa Cruz, habia de medir sus armas contra los defensores de aquel mismo sagrado símbolo de la redencion del humano linaje! ¡Miserable humanidad!! No podemos decir otra cosa. Tampoco en ocasion alguna siguió el castigo más inmediatamente á la ejecucion de la culpa.

Simon de Montfort determinó hacer la salida el dia 13 de Setiembre, vispera de la Exaltacion de la Santa Cruz, y dispuso se preparase el ejército al supremo trance por medio del sacramento de la penitencia. Cosa singular es la que vamos á referir, y que podemos afirmar, por mas extraña que aparezca. El ejército aliado de los herejes se presentó á recibir al de los cruzados; mas los condes herejes, en cuyo auxilio habia ido el rey de Aragon, se pusieron en vergonzosa fuga sin presentar la menor resistencia.

Abandonado de este modo Pedro II, aunque no todas las tropas de los cobardes condes imitaron el vergonzoso ejemplo dado por los caudillos, no se desanimó, é instó á su ejército para que se mantuviese firme; mas la batalla no fué de larga duracion, y en ella pereció el valeroso rey de Aragon, el ilustre vencedor de las Navas, convertido en caudillo de la herejía.

La batalla de Muret, que costó la vida á Pedro II, tuvo lugar, como ya hemos dicho, el dia 13 de Setiembre de 1213. Tambien perdieron en ella la vida el valeroso Miguel de Luesía, cuyo nombre figuró asimismo en el combate de las Navas, Aznar Pardo y Gomez de Luna, que fueron muy esforzados caballeros; y segun las crónicas, llegó al número de veinte mil el de los muertos.

Creemos haya en la expresada cifra alguna exageracion; porque con la defeccion de los condes heréticos, no pudo quedar tan grande número de combatientes: además, consta que el ejército de los cruzados solo ascendia á poco más de mil infantes y ochocientos caballos; y parece exagerada la pérdida, á no ser que se apele á disposicion providencial. Circunstancias muy extrañas concurrieron en verdad en la accion de Muret: aquellos condes que se habian otras veces batido, huyeron ante un ejército de muy insignificante importancia, y esto no puede explicarse si no se apela al temor originado por sus reiterados crímenes, representados en aquel instante por la atemorizada conciencia y por divina disposicion.

No podemos menos de consignar aquí nuestro profundo sentimiento por la muerte del gran rey de Aragon, tan poco análoga á lo que de sus cristianos y bizarros hechos anteriores debía esperarse. Su cadáver fué sepultado en el monasterio de Sijena al lado del de su madre doña Sancha, cuya señora se habia retirado á él despues de la muerte de su esposo y en el mismo convento falleció.

A pesar de haber dado un heredero á Pedro II la reina Maria, merced al engaño que en otro lugar hemos referido, continuó el rey separado de ella y gestionando eficazmente para que fuese declarado nulo su matrimonio por el Sumo Pontifice, sin que el soberano desistiese de su propósito, á pesar del nacimiento del infante don Jaime.

Hallábase en Roma la desairada esposa defendiendo su causa, cuando murió Pedro II tan desgraciadamente como el lector ha visto; y puesto ya en otro tiempo en el camino de la desobediencia, tambien se negó á obedecer al Santo Padre, el cual mandó á los obispos de Carcasona y de Aviñon amenazasen al rey con las censuras eclesiásticas si no se unia á su esposa; mas aquel no cedió, y el pleito tuvo término con la muerte del rey, sin cuyo desgraciado incidente quizá hubieran ocurrido grandes escándalos y muy tristes acontecimientos.

La falta del animoso Pedro II fué la señal de alarma para despertar á los inquietos y ambiciosos. D. Sancho, hermano de D. Pedro, se decidió á pretender la corona de Aragon; y lo que es más extraño, D. Fernando, á quien su padre Alfonso II mandó seguir la carrera eclesiástica, que era abad en el monasterio de Montaragon, tambien quiso declararse pretendiente del cetro.

Algunos prelados y ricos-homes conjuraron á tiempo la horrible tormenta que bramadora amenazaba, mandando al Sumo Pontifice una embajada, con el objeto de rogarle ordenase á Simon de Montfort entregase al hijo de Pedro II, que estaba todavía en poder de aquel y permanecía en Carcasona.

JAIME I, *el Conquistador*.—Año 1215.—Accedió el Pontifice á





Lit de la Riva Hortaleza 26.

D<sup>n</sup> JAIME 1<sup>o</sup> EL CONQUISTADOR







las instancias de los aragoneses y encargó la mision al cardenal Benevento, su legado; y este, cumpliendo la determinacion pontificia, llevó al infante á Narbona, desde donde se dirigió á Cataluña con el nuevo rey y con el conde D. Ramon Berenguer, primo de Jaime I.

En cuanto llegaron se hizo una convocatoria, en virtud de la cual se reunieron en Lérida las Córtes del reino. Ninguno de cuantos tenian derecho y deber de asistir esquivó el presentarse en las Córtes; por esto allí se vieron reunidos todos los prelados, los ricos-hombres, los caballeros, y diez diputados por cada una de las *ciudades, villas y lugares* del reino.

Aun no tenia seis años y medio de edad el nuevo soberano, sin embargo de lo cual le tomaron juramento de conservar y guardar fielmente los fueros, costumbres, privilegios y usos del reino, en cambio de lo cual todos á su vez juraron reconocerle y obedecerle por rey de Aragon y soberano de Cataluña. El arzobispo de Tarragona, llamado Aspargo, tuvo en sus brazos al tierno rey durante la imponente y solemne ceremonia.

Terminadas las sesiones, se encomendó el cuidado y guarda de la persona del rey á D. Guillen de Monredon, maestre de los templarios en Aragon y Cataluña; se nombraron dos gobernadores, uno para el primero de ambos estados, y otro para el segundo, siendo elegidos D. Pedro Fernandez de Azagra y D. Pedro de Ahones, encomendando al primero el cuidado de la parte que está de acá del Ebro hasta el territorio castellano, y al segundo allende el Ebro hasta los Pirineos.

Como una prueba de que el trono contaba con apoyo, porque el rey estaba sostenido por todos los brazos del estado, y el pueblo le queria por ese sentimiento innato de justicia que nos hace querer al débil, dióse un ejemplo de no abrigar ni remoto recelo, nombrando procurador general del reino al infante D. Sancho, tió del rey, uno de los que poco tiempo antes habian ostensiblemente manifestado sus pretensiones á la corona. Pronto veremos que, sin embargo, no fué acertada esta determinacion.

Semejantes demostraciones suelen tener malos resultados; porque rara minoría de rey deja de ser abundante en escenas de revolucion, agitada por los ambiciosos. Tales pruebas de confianza debieran, en efecto, hacer que aquellos desistiesen, al poner en ellos la pública confianza; mas, por desgracia, lo hemos dicho mil veces, solo sirve para alentarles ó impulsarles por la senda del mal. Además, los ricos-hombres disidentes que se habian separado de los que representaron al Santo Padre para que el conde Montfort entregase á D. Jaime, agitaban la tea de la discordia y animaban al infante don Sancho, el cual, por otra parte, se veia investido de un importante cargo que le daba muy grande poder.

Con estas circunstancias coincidía la reclusion del rey, el cual estaba encerrado, con su primo Berenguer, conde de Provenza, en el castillo de Monzon. El pretexto para tenerle allí, no era otro que el de guardarle más seguramente, para evitar que de él se apoderasen los disidentes.

Tenian en D. Jaime gran confianza sus leales partidarios, así por la peregrinas circunstancias que precedieron á su nacimiento, como por el nombre que llevaba, que era el del santo patron de España; el nombre que invocaba en más felices dias el guerrero español al lanzarse contra el enemigo; el del santo guerrero que, según la piadosa creencia de aquellos fuertes varones, auxilió desde el cielo tantas veces á sus protegidos, contra las innumerables falanges de los descreidos muslimes. Esta confianza que les inspiraba el nombre que llevaba el rey, no estaba destituida de fundamento, en aquella época de firmísimas creencias religiosas.

Parece que la reina doña María, esposa de D. Pedro II, estando cercana al momento de ser madre, decidió poner al hijo que diese á luz el nombre de uno de los doce apóstoles. No queriendo decidir por sí misma el que habia de ser elegido, mandó encender doce velas de igual tamaño, aplicando á cada una de ellas el nombre de uno de los apóstoles, para poner al infante que de ella naciese el de la vela que tuviese más duracion. Once se fueron consumiendo sucesivamente; y duró más que todas la que llevaba el nombre de Santiago, por cuya razon se puso en el sagrado bautismo al recién nacido el nombre de Jaime, que en Aragon equivalia y equivale al de Santiago. En este hecho que refieren las antiguas crónicas, fundaban los leales una gran parte de su confianza en el rey.

En tanto el niño soberano, nacido en 1207, iba creciendo, y con él las facciones, sostenidas y alentadas por sus tíos D. Sanebo y D. Fernando, de los cuales el primero era el más poderoso, por el importante cargo que desempeñaba. El difunto monarca, pródigo hasta el exceso, habia dejado empeñadísimo el tesoro, y las rentas de la corona en poder de usureros moros y judíos; que aquella mala semilla ha sido siempre por demás abundante, y ha germinado en todas edades con más vigor cuanto mayor ha sido la miseria, cuya sola circunstancia forma su más completa *apologia*.

Habia llegado á tal extremo la estrechez del monarca, que algunas veces ignoraban sus servidores de qué medio se valdrian *para proporcionarle el preciso sustento*; y este estado precario, triste é irremediable por el momento, hizo que se pensase seriamente en poner un término á tan angustiosa situacion.

El primero que tomó la iniciativa fué Ramon Berenguer, logrando fugarse de la cárcel de Monzon, que no era otra cosa á la sazón aquel castillo. Aprovechando las nocturnas tinieblas, salió de



la prision para dirigirse á su condado; y tan pronto como supo la fuga D. Guillen de Monredon, el maestre del Temple, determinó dar libertad á D. Jaime, creyendo que su presencia podria templar los acerbos males que la patria padecia, ó cuando menos atenuarlos.

Corria ya el año 1216, y el rey contaba nueve de edad, cuando el maestre de los templarios dió libertad á D. Jaime; y varios prelados con algunos ricos-homes, por instigacion de un respetable anciano y leal caballero, llamado D. Jimeno Cornél, se comprometieron bajo juramento á tomar sobre sí la defensa del rey, contra cuantos intentasen privarle de su libertad.

Llevó muy pesadamente el procurador general del reino, el infante D. Sancho, tio del rey, el que el maestre de los templarios hubiese sacado del castillo de Monzon á D. Jaime. Con tal motivo se despojó por completo de la máscara que á medias aun le cubria, y dicese que puesto al frente de los suyos exclamó: *Yo tapizaré de grana toda la tierra que el rey y los suyos se atrevan á pisar en Aragon, de esta parte del Cinca.*

Y no anduvo remiso ni descuidado; porque al salir del castillo D. Jaime, cuando el alba rayaba, ya estaba el ambicioso D. Sancho con su tropa en órden de batalla, cerca de Selgua.

Avisaron al real fugitivo sus batidores de tan desagradable novedad, y en aquella ocasion dió aquel rey niño la primera y muy segura muestra de lo que tiempo adelante seria. Al oir la alarmante noticia, sin alterarse ni demostrar novedad alguna en voz ni semblante, pidió una cota que se vistió animosamente y por la vez primera, y no quiso retroceder ni tomar otro camino.

Afortunadamente el infante habia levantado el campo, ó por no medir sus armas contra el rey legítimo, arrepentido de haberlo intentado, ó quizá por otra razon que ignoramos. De un modo ó de otro, el rey, sin encontrar enemigos, llegó felizmente á Huesca, desde donde pasó á Zaragoza, siendo recibido con ostentosa pompa y en medio del más frenético entusiasmo (1217).

Ya el rey en su córte, se apresuraron clero y nobleza á favorecer la causa real, y á fin de que pudiese atender á las grandes urgencias del Estado, se le concedió unánimemente el *subsidio de bovage*, servicio que consistia en cierta gabela sobre las yuntas de bueyes, y por las cabezas de ganado, tanto del mayor como del menor.

No tardó mucho en dirigirse á Cataluña; y en el mes de Julio (1218) celebró Córtes, de los dominios catalanes, en Tarragona; y en Setiembre del mismo año las celebró en Lérida de catalanes y aragoneses, que segun eruditos autores, fué la primera vez que se celebraron de ambos reinos unidos.

No fueron sin fruto las reuniones de las precitadas asambleas. El

primero que dieron fué la reconciliacion del rey con el infante, su tío, merced á la intervencion é instancias de varios prelados y magnates. El rey accedió únicamente por bien de la paz; empero su tío por avaricia, que en aquel momento supeditó á la ambicion. ¿Tendria aquella en incalculable grado cuando no dejándose aquella passion dominar por nada ni por nadie, fué vencida por la avaricia?

Reconcilióse en efecto D. Sancho con D. Jaime; juró aquel servir á este bien y lealmente; renunció á toda pretension; protestó no hacerle guerra, ni ocasionar escisiones; y todo esto lo hizo en cambio de las villas de Almudévar, Pertusa, Alfamen, Lagunarota y Almuniente; de una renta de quince mil sueldos en Aragon, y otros diez mil cargados sobre las rentas de Villafranca y Barcelona. Hé aquí el por qué se propuso ser leal el avaro y ambicioso infante don Sancho.

En el año 1219 agregó D. Jaime I á su corona el estado de Mompeller, á causa del fallecimiento de su madre, la desgraciada y virtuosa reina doña María, cuya señora dejó muy recomendados al Sumo Pontífice, que lo era á la sazón Honorio III, la persona y los estados de su hijo D. Jaime.

Solo contaba el rey trece años de edad, y ya pensaron en darle esposa, procurando hacer una digna alianza que, contribuyendo á robustecer su creciente poder, le diese importancia ante los reinos extranjeros. Al efecto fué elegida la infanta doña Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII, hermana de la inolvidable doña Berenguela, y tia de Fernando III.

Ajustóse el matrimonio, y la princesa desposada se trasladó á Aragon, acompañada del rey de Castilla, de la reina madre, y de un numeroso y lucido cortejo de nobles de ambos reinos, castellano y leonés. El rey D. Jaime salió á recibir á la princesa, y en la villa de Agreda se verificaron los régios esponsales, cuando ya corria el mes de Febrero de 1221, con régia y magnífica pompa. Dió D. Jaime I en arras á su esposa las ciudades de Barbastro, Tamarite, Cervera y Montalvan; las villas de Épila, Daroca, Uncastillo, Pina y las montañas de Prades y Siurana.

Gran contento tenian los aragoneses con la grata novedad y con las esperanzas que el aspecto y circunstancias del nuevo rey hacian concebir á los leales. Repitiéronse los festejos despues en Tarazona; porque allí fué D. Jaime armado caballero, y allí tambien se verificaron las velaciones, siendo muy notable que este soberano se armó á sí propio, ciñéndose por su mano la espada que estaba colocada sobre el altar mayor.

Sin embargo de las buenas esperanzas, no dejó el reino de continuar siendo presa de ambiciosos y de facciones; porque eran los desleales muchos prohombres, y se mostraban por demás irreve-



rentes con el monarca. De nada servían el ánimo y prudencia del rey para cortar tamaños males; y tuvo tanta de aquella, que fué superior á los pocos años que de edad contaba. Como una irrefragable prueba de esta verdad podemos decir que él mismo, sin indicacion de nadie, considerándose muy niño aun, difirió un año el reunirse á su esposa despues de verificada la solemne ceremonia de sus esponsales.

Apenas desposado celebró Córtes en Huesca, y se dedicó á cortar los males que al reino amenazaban; mas por entonces era muy difícil. En cada magnate tenia un ambicioso, y por ende un enemigo; cada dia observaba una nueva defeccion, tanto más amarga cuanto era menos esperada y merecida; hoy llevaba á su lado á un poderoso que le auxiliaba á debelar á otro insurrecto, y mañana tenia que empuñar las armas contra el que el dia antes le acompañara, porque tambien se había rebelado, y ni el rey reposaba, ni se contaba seguro, ni reinaba de hecho más que en el punto que ocupaba; porque todos los facciosos eran hombres de poder, señores de vasallos, y caudillos de numerosa gente de armas.

Lo peor de este afflictivo y destructor mal consistia en que los mismos hombres en otros tiempos leales, eran á la sazón los más turbulentos facciosos. El señor de Albarracin, D. Pedro Fernandez de Azagra, y D. Pedro de Abones, cuyos nombres ya conoce el lector, fueron los primeros á rebelarse; había nuevos facciosos tambien, como D. Nuño Sanchez, hijo del infante D. Sancho; habia los antiguos é incorregibles, como D. Fernando, el abad y tio del rey, que no se contentaba con menos que con llegar á empuñar el cetro; el vizconde de Bearne *En* (equivalia á *Don* en aquellos estados) Guillen de Moncada, y otros cuya enumeracion seria tan prolija como enojosa, todos á la vez conspiraban y se separaban, ó se reunian, segun á sus infames propósitos era más conveniente.

Á todas partes acudia bizarramente el jóven soberano, y no era posible encontrar más valor ni más prudencia reunidos en otro monarca que más años tuviese. Por desgracia los infames armaron hábilmente una traicion, y por medio de un engaño se apoderaron del rey.

Los facciosos, á pesar de la rigurosa prohibicion del monarca, penetraron en Alagon, y valiéndose de palabras artificiosas lograron llevarle á Zaragoza, en donde le guardaron preso, aunque libre. Coartada su libertad sin que él mismo lo conociese; libre en la apariencia y esclavo en la realidad, no llegó á apercibirse de su verdadera posicion hasta que una noche vió colocar las centinelas que los traidores le ponian junto á la misma alcoba en que con su esposa dormia, cosa que hasta aquella noche no habia observado, aunque ya habian trascurrido tres semanas durante las cuales con

maldiva hipocresía y fingida lealtad procuraron convencerle de cuán conveniente era el que permaneciese en la corte, porque el reino estaba ya completamente sosegado.

Corría ya el año 1223, y el rey tenía cerca de diez y siete, cuando tan desagradables sucesos ocurrían. El alma de todas las conspiraciones y el peor enemigo del rey era su tío, el infante D. Fernando; y el soberano hubiera conjurado la tormenta en la misma noche en que comprendió todo lo expuesto de su posición, si el justo amor que á su esposa tenía no lo hubiera impedido.

Tan pronto como D. Jaime se apercibió de su prisión, instó á la reina doña Leonor para que huyese, valiéndose de una trampa que daba entrada á un sótano ó cueva; empero la reina, indecisa y temerosa, no se dejó convencer ni se determinó á evadirse, y D. Jaime, por no abandonarla, tampoco se sustrajo á la vigilancia de los traidores.

Con tal motivo tuvo necesidad de acceder á cuanto D. Fernando exigía, á favor de lo cual comenzó á gozar de alguna más libertad; mas como todos los poderosos, con muy cortas excepciones, eran á la sazón traidores, reuniéronse en Monzon, y supieron engañar al inocente pueblo. Manifestaron estar decididos á libertar al rey por completo y á todo trance, y se encargaron de pacificar el reino y devolverle la tranquilidad de que tanto necesitaba; mas para lograrlo, *comenzaron por distribuir entre ellos mismos los más importantes cargos y más principales honores.*

Esta nueva muestra de ambición acabó de exacerbar la justa ira del pueblo, y subiendo de punto su enojo, se agravaron los males en vez de atenuarse.

El rey, adolescente aun, pero enérgico, inteligente y valeroso, decidió á toda costa salir de aquel fatal estado. Hallábase á la sazón en Tortosa, porque iba de uno á otro punto á merced de don Fernando; y de noche, disfrazado, salió de la ciudad, marchando á reunirse con los pocos que habían permanecido fieles (1225).

Tan pronto como se vió completamente libre decidió acometer alguna empresa contra los hijos de Mahoma, á ver si llamando la atención contra los sarracenos lograba calmar los males de su reino y atraer á sí á los caudillos. Para realizar su propósito convocó á todos los ricos-homes, fijando como punto de reunión la ciudad de Teruel, y tuvo el disgusto de ver que de todos ellos, *solo tres acudieron*, con sus vasallos.

Disgustado D. Jaime con tan acerbo desengaño, aunque sin decaer de ánimo, se propuso conquistar á Peñíscola, cuya situación, en la cima de casi inaccesibles riscos, hacía que tamaña empresa pareciese irrealizable, si se atendía á la fuerza y recursos materiales de que el rey podía disponer.



En aquella solemne ocasion dió D. Jaime una inapreciable muestra de su genio belicoso y de su inteligencia: no podremos enumerar la gente que llevaba, aunque consta que solo fué á Peñíscola con los pocos nobles y guerreros que le eran fieles, y con tres *mesnadas* conducidas por los tres únicos ricos-homes que á su llamamiento acudieron; y sin embargo sitió á Peñíscola. Para demostrar si haria esfuerzos titánicos y si desplegaria toda la inteligencia y valor necesarios, bastará decir que Ceid Abu-Zeit, que á la sazón era rey moro de Valencia, entró en transaccion con el valeroso D. Jaime, y le cedió el quinto de las rentas de aquel reino y del de Murcia, á condicion de que levantase el asedio de Peñíscola y desistiese del propósito de conquistarla. Este hecho es por sí solo más elocuente que cuanto sobre el particular pudiéramos decir.

Despues de este glorioso hecho, ocurrió otro tan escandaloso que quisiéramos no consignar; mas preciso es hacerlo, porque haria falta en la historia, para probar de evidente manera el estado de desconcierto en que el reino se hallaba; la irreverencia y desvergüenza, que no hallamos palabra más digna que pueda sustituirla, de los magnates, y las altas prendas que en D. Jaime concurrían, cuando no sucumbió bajo la irresistible pesadumbre de tanta calamidad y tan desbordadas pasiones.

Al encontrarse el rey con D. Pedro de Ahones, no pudo disimular su enojo, y le manifestó su extrañeza por no haber acudido á su llamamiento contra los infieles al decidirse á partir contra Peñíscola. Contestóle de irreverente manera D. Pedro, sosteniéndose orgulloso como si tratase de potencia á potencia; y D. Jaime, no pudiendo sufrir un desacato tan llevado al exceso, le ordenó se diese á prision, á lo que contestó D. Pedro sacando contra el rey la espada, y luchando con él cuerpo á cuerpo, á vista y paciencia de cuantos presenciaron sin impedirlo y como meros espectadores.

El rey venció en la nefanda lucha, y D. Pedro tuvo necesidad de ponerse en fuga tan pronto como se vió libre de los nervudos brazos del jóven soberano. Cuentan antiguas crónicas que D. Jaime tuvo necesidad de tomar un corcel prestado para perseguirle; mas antes de que llegase á alcanzarle, ya habia muerto el osado y traidor caballero, cosido por la lanza de D. Sancho Martinez de Luna: el rey hizo enterrar el cadáver decorosamente en Daroca, en el templo de Santa María.

Como es tan notable este hecho, no podemos resistir el deseo de insertar aquí la manera con que le refiere el mismo rey D. Jaime en su historia escrita en lemosin, de la cual existe una bella y exacta traduccion hecha por los Sres. Bofarull y Flotats. He aquí el indicado suceso, que está consignado en el capítulo XXVI de la expresada historia:

«Acabadas tales razones, él (por D. Pedro de Ahones) se puso en pié, y aquellos que estaban con nos... nos desampararon á ambos... D. Pedro, que tenia fama de gran caballero y de muy diestro en las armas, apenas se vió solo con nos, puso mano á la espada, mas con nuestra mano se la sujetamos de tal modo, que no pudo desenvainarla. Los caballeros de D. Pedro Ahones no habian desbalgado aun, y estaban afuera; mas al oír el ruido que se movia en la casa, apeáronse como unos treinta ó cuarenta á la vez: mientras venian, D. Pedro quiso poner tambien mano á la daga, pero se lo impedimos asimismo, y ni siquiera pudo moverla. A tal sazón entraron los suyos, mientras que los nuestros se estaban en sus casas, y nos sacaron á D. Pedro de entre manos, de las que él no habia podido desasirse sin embargo de su vigor. Así escapó de nos, sin que los nuestros que estaban en casa nos ayudaran: antes al contrario, miraban con calma la lucha que con él teniamos.»

Despues de esto fué cuando alcanzado D. Pedro en su fuga fué muerto por Sancho de Luna; mas aunque dejó de existir el atrevido traidor, quedó un hermano suyo, que era prelado de Zaragoza, y que se declaró enemigo mortal del rey y partidario del infante don Fernando, á favor de cuyas instigaciones aclamaron á este las villas de Aragon.

Cierto que á no haber estado dotado D. Jaime de tanto valor y talento hubiera sucumbido; porque reinado en sus principios más azaroso, no se registra en la historia, si exceptuamos el del valeroso y entendido D. Pedro I de Castilla, que en su lugar veremos.

Hallábase el soberano reducido á vagar de una parte á otra sin poder tomar reposo, y sin tener seguridad en ningun punto de los que momentáneamente ocupaba. En uno de sus incesantes viajes llegó á Huesca; y para probar la veleidosa inconstancia del pueblo que se deja llevar de todas las inspiraciones más contradictorias que le hacen cambiar de opinion en pocos instantes, el mismo pueblo que por la mañana recibió á su legitimo rey con victores, aplausos y entusiasmo, por la tarde le impidió la salida, atajando los pasos y cerrando con vigas y cadenas las calles. A pesar de esto, el valeroso y diestro soberano, con astucia ingeniosa y ánimo sin par, salió de Huesca, seguido solamente de cinco caballeros.

Sería interminable la tarea de enumerar todas las cábalas é intrigas que tuvo D. Jaime necesidad de deshacer; todos los enemigos que consiguió debelar; todos los sediciosos que logró someter; y bastará decir que su carácter generoso y dulce, su valor sin segundo, y su destreza sin rival fueron moviendo á muchos al arrepentimiento, y el reino se fué pacificando, aunque más lentamente de lo que convenia. Esto es suficiente para hacer el más cumplido elogio de



las raras é inapreciables prendas que en D. Jaime I concurrieron.

Por fin llegó el feliz momento en que se vió acercarse al trono multitud de poderosos, magnates y ricos-homes para someterse al legítimo poder, viendo al que de derecho le ejercia tan merecedor de ejercerle de hecho: el mismo sedicioso y turbulento infante D. Fernando se sometió á su excelso sobrino; las principales ciudades con la capital del reino de Aragon enviaron sus procuradores para que en su nombre prestaran el juramento de fidelidad (1227), acto solemne que se realizó tomando el juramento los prelados de Tarragona y Lérida con el maestre de los templarios. Y aquel rey que tanto ingenio, valor, sufrimiento, abnegacion y energia habia demostrado; aquel soberano de un vastísimo y respetable reino, casi perdido á impulso de abominables traiciones y reconquistado á fuerza de energia, abnegacion, sufrimiento, valor é ingenio; aquel que era ya tipo de valientes, generosos y nobles, solo contaba á la sazón diez y nueve años cumplidos.

El primer hecho que ejecutó D. Jaime I despues de haber recobrado la fuerza moral que las sediciones le habian quitado, le dió grande renombre como caballero galante y como hombre enérgico. La condesa de Aurembiaix se puso bajo la proteccion del jóven soberano, á consecuencia de haberla desposeido del condado de Urgel, que le pertenecia, como hija del conde Armengol, el vizconde de Cabrera, llamado D. Geraldo; y el rey de Aragon y soberano de Cataluña tomó bajo su amparo á la desvalida señora, cumpliendo sus deseos como buen caballero y como enérgico monarca.

Despues de esto dirigióse D. Jaime á Tarragona, en donde un valeroso caballero llamado D. Pedro Martel, que á la sazón pasaba por muy entendido marino, quiso dar un banquete al rey y á los magnates que le acompañaban. Aceptó D. Jaime el convite, al que tambien asistieron los dos hermanos Moncadas (Guillen y Ramon), Hugo de Ampurias, Guillermo de Claramunt, Nuño Sanchez, primo del rey y conde de Rosellon, con otros principales catalanes; y al fin del banquete, durante el cual la conversacion giró siempre sobre asuntos de guerra y de conquista, el rey hizo á Martel algunas preguntas respecto de la isla de Mallorca.

El marino hizo de ella los merecidos elogios; enumeró las ventajas que su conquista podia reportar, y puso de relieve con vívidos colores los males que aquellos piratas, hijos de Mahoma, ocasionaban á los catalanes, manifestando con no menor energia cuán ventajoso seria para la cristiandad el derrotarlos, y no fué menester más: D. Jaime en medio de la alegría del convite juró no reposar hasta verificar la conquista de Mallorca, y nunca fué hombre que jurase en vano.

Coincidió con esta ocurrencia la llegada de la desagradable no-

ticia de haber apresado unas naves catalanas el rey moro de Mallorca, que fué un nuevo acicate aplicado á la impaciencia de D. Jaime, de suyo febril y que no necesitaba del ageno impulso.

Antes de proceder á nada mandó una embajada al moro, pidiendo, como era natural y justo, la devolucion de las dos naves con la indemnizacion de los perjuicios ocasionados. Con este motivo tuvo lugar un curioso incidente, que á las claras demuestra el noble teson y altivo arrojo de los españoles de todos tiempos.

Expuso el enviado su embajada, y el orgulloso emir, con tan sarcástico tono como insultante desden, dijo:—*Y... ¿quién esese... rey de quien me hablas?*—Ofendido el valeroso embajador repuso con fuerte voz y altivo ademán:—*¡Quién es! Es D. Jaime rey de Aragón, cuyo padre D. Pedro deshizo en la famosa y memorable batalla de las Navas un ejército innumerable de los tuyos: bien lo sabes tú.*

En poco estuvo el que costase la vida al noble catalan su justo enojo; mas afortunadamente salió libre de Mallorca, y refirió á don Jaime lo ocurrido y la negativa del rey moro. El rey, nada desconcertado por ésto, hizo solemne juramento de no reposar hasta tener en su mano al rey y la ciudad.

Para prepararse á ejecutar la difícil empresa convocó las Cortes generales, que se reunieron en Barcelona, cuando corría el mes de Diciembre de 1228. Expuso ante ellas el rey su designio *de servir á Dios en la conquista de Mallorca*, y su breve y enérgico discurso fue contestado con una salva de aplausos y con gritos de entusiasmo; y terminada esta manifestacion de guerrero placer, concluyó por decir que concurriría en persona á aquella nueva cruzada, llevando consigo todo el número de peones que fuese necesario; doscientos caballeros aragoneses; quinientos escogidos escuderos ó donceles (guerreros que no habian sido aun armados caballeros); todos los ingenios, máquinas de guerra que fuesen necesarias, y los aprestos correspondientes.

A las palabras del rey siguieron los ofrecimientos de los prelados. El venerable arzobispo de Tarragona, que lo era aun el anciano y virtuoso Aspargo, ofreció *mil marcos de oro*, mil ballesteros y doscientos ginetes armados y sostenidos á sus expensas, hasta la rendicion de Mallorca, y no habiendo consentido el rey en que le siguiese, por su grande ancianidad, dió permiso á todos los prelados sus sufragáneos para que acompañasen al valeroso rey: D. Berenguer Palou, obispo de Barcelona, ofreció asistir personalmente y llevar consigo mil peones y cien caballeros, mantenidos y armados tambien á sus expensas; y, segun sus facultades y posibles, todos los obispos y abades de la metrópoli imitaron aquel patriótico y piadoso ejemplo. Tambien siguieron este los magnates y caballeros, dando



todos á porfia cuanto les era posible, y ofreciendo llevar consigo toda la gente de guerra que pudiesen poner sobre las armas.

La ciudad de Barcelona, no menos deseosa de contribuir á aquella importante y nueva cruzada, ofreció poner á disposición del rey todas cuantas naves y barcas poseía; y el reino todo contribuyó eficazmente, decretándose otra vez y por extraordinario el subsidio del bovaje.

Para demostrar el gran Jaime I que no era la avaricia la que le impulsaba á acometer aquella empresa, acordó en las Córtes la distribución por partes iguales, respectivamente, de cuanto fuese conquistado, entre los que contribuyesen con las armas á la conquista, quedando por el soberano los alcázares y el dominio de ciudades, fortalezas y castillos.

Acordado esto así, quedaron nombrados jueces encargados de hacer las particiones en su día, D. Nuño Sanchez, conde de Rosellon y primo del rey, el obispo de Barcelona, y los condes de Bearne, Ampurias, Cervera y Cardona; despues de lo cual todos prestaron juramento de cumplir lo acordado en las Córtes, y se prefijó el mes de Agosto para reunirse, y el punto de reunion la ciudad de Tarragona.

Á pesar de todo lo acordado, hubiera pasado el tiempo señalado para dirigirse á Mallorca, si el rey no hubiera sido hombre de tan inflexible carácter como en realidad fué; y tuvo necesidad de hacer uso de todo su teson, para rechazar las proposiciones y hacerse sordo á las instancias de los aragoneses.

El rey moro de Valencia pasó á visitar á D. Jaime, que habia regresado á Aragon despues de disueltas las Córtes de Cataluña. Ceid, el rey moro, habia sido despojado del trono por Giomail, habiendo encontrado este auxiliares para consumir la usurpacion, pretextando que Ceid proyectaba abrazar el cristianismo.

Ceid, á quien constaban el valor y poder del rey de Aragon, pasó á este reino para pedirle socorro contra Giomail, ofreciendo á aquel la absoluta cesion de una cuarta parte de todo lo que con él reconquistase.

Hizose público este asunto, y encontró el favor popular, y muy principalmente el de los caballeros y hombres de guerra; mas como comprendian la dificultad de alcanzar del soberano lo que deseaban, suplicaron al cardenal de Santa Sabina, legado del Sumo Pontífice, hablase al rey para decidirle á acometer aquella empresa, de la que el reino podia reportar tantas ventajas, disuadiéndole de la conquista de Mallorca. Es de advertir que los aragoneses miraban esta última empresa con indiferencia, y quizá con disgusto, asi porque era casi exclusivamente catalana, como por ser más directamente ventajosa para Cataluña que para Aragon.

Aceptó el cardenal el encargo de los caballeros, y le cumplió inmediatamente; empero la influencia y respetable carácter del intermediario, en que fundaban su esperanza los peticionarios, de nada sirvió: el rey dijo, con su habitual entereza y energía, que no haría otra cosa más que lo que jurado había; y continuó ocupándose de los preparativos de la cruzada.

Es cosa sabida que este gran soberano recibió la cruz del cardenal legado, el cual *se la cosió* por su mano en el lado derecho. Terminado que hubo, quedóse considerando atentamente al rey, y fundándose, según muy entendidos autores, en la edad del soberano, que solo tenía veintidos años, exclamó: *Hijo mío, el pensamiento de tan grande empresa no ha podido ser vuestro, sino inspirado por Dios; él os conduzca al feliz término que vos deseais.*

No por lo que hemos indicado hace poco dejaron los bizarros aragoneses de contribuir á la empresa de Mallorca, luego que vieron la decision del rey, el cual antes del 15 de Agosto ya estaba en Tarragona.

El mismo día comenzaron á llegar los cruzados y los contingentes de cada punto; los barones y caballeros con sus séquitos; las provisiones, los pertrechos, las máquinas; y todo era vida y animacion y entusiasmo.

Pasó todo el mes de Agosto y los cinco primeros días de Setiembre en los indispensables preparativos, que la empresa bien merecía prepararse; y al amanecer del día 6 se dió la imponente armada á la vela, partiendo del puerto de Salou (1229).

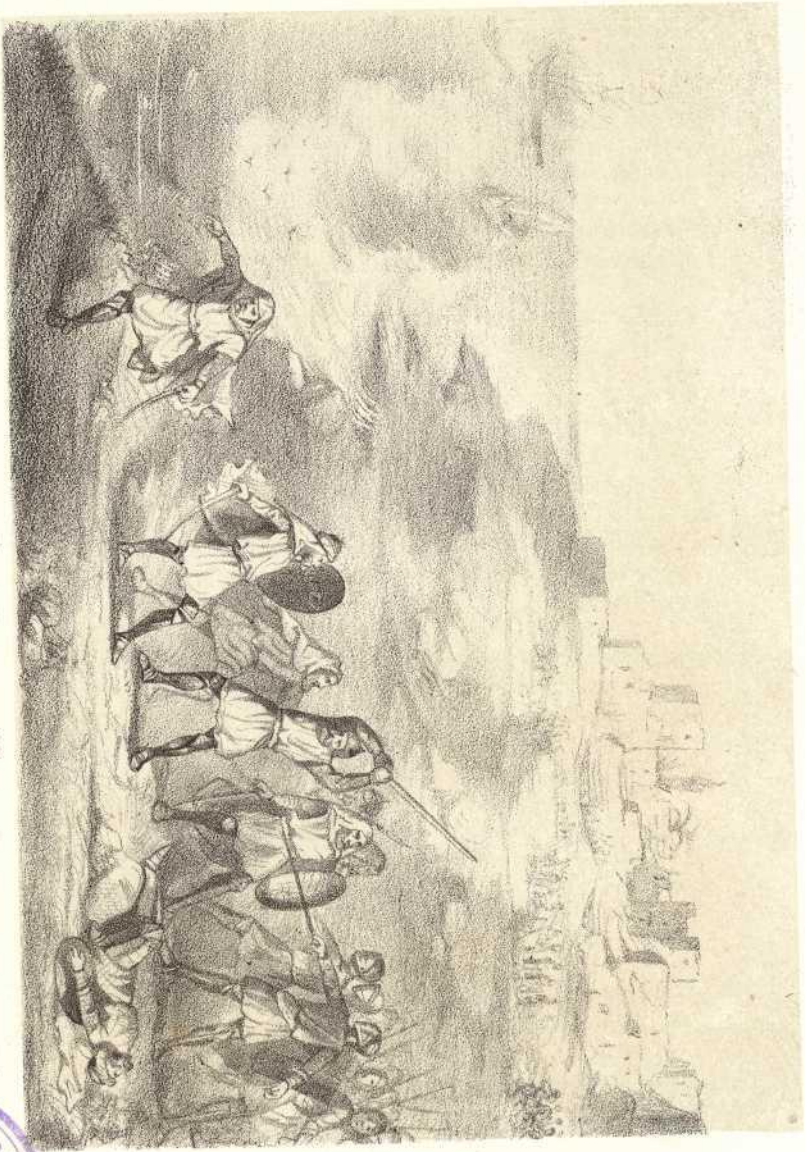
Era en efecto para aquellos tiempos imponente la flota. Constaba de un navío de tres puentes, de Narbona; de veinticinco naves mayores; de doce galeras; de cien galeones; de diez y ocho táridas, y de innumerables barcas de transporte, é iban en la armada diez y siete mil infantes, incluyendo en este número los voluntarios de Génova y Provenza, y cerca de mil setecientos ginetes.

Antes de la partida díjose en la catedral una misa solemne, en la que el rey comulgó, como siempre hacia al acometer un hecho de armas; y despues se detuvo y partió el último de todos, para recibir mil voluntarios más que se habian presentado deseosos de tomar parte en la cruzada.

Comenzó felizmente la navegacion; mas como merece tan poca confianza la tranquilidad del mar, pronto el cielo se vió cubierto de amenazadoras nubes; el huracan bramaba con siniestro rujido; rojizos relámpagos serpenteaban veloces en el horizonte, y todo anunciaba que una horrorosa tempestad iba á estallar y poner en inminente peligro á la armada de los cruzados. Y así fué en efecto: temporal más deshecho, hacia mucho tiempo que los marinos no le habian sufrido; y subió tan de punto el recelo, que los más ex-







Lit de la Riva Hortaleza 25

CONQUISTA DE MALLORCA





pertos pilotos, tan avezados á aquellas imponentes y expuestas escenas, creyeron deber suyo rogar al rey, por su misma seguridad, que diese órden para regresar al puerto, del cual estaban distantes unas veinte millas.

Mal conocian á Jaime I: al oír los ruegos de los pilotos, contestó con fuerte voz y enérgicas palabras, diciendo: *No haré tal, á fé mía, por cosa en el mundo; el viaje emprendí confiado en Dios: puesto que en su nombre vamos, él nos guiará.*

Nada habia que contestar á tales razones, y menos aun conociendo el carácter del rey; y aunque la tempestad lejos de disminuir se hizo cada vez más horrorosa, en términos que las olas elevadas como grandes montañas sobrepujaban á las mayores naves y sobre ellas pasaban, firme en su propósito el soberano, con tranquilo semblante é inspirando en todos cuantos le rodeaban aquella tranquila confianza que parecia tener mucho de extraordinaria y algo de celestial, la navegacion continuó, aunque luchando con las olas y con los elementos, y la tempestad tuvo término sin que ocurriese la menor desgracia.

Despues de haber rayado el nuevo día ya vieron la codiciada isla, y la armada se dirigió al puerto de Pollenza; mas otra vez se dejó sentir el huracan con siniestra amenaza de tormenta, y tomaron rumbo hácia la Palomera, anclando en el islote de Pantaleu. Poco despues ocurrió un hecho muy notable.

Cuando el ejército se hallaba reposando, los que más cerca estaban de la orilla sintieron un rumor que salia del agua, y vieron que velozmente nadando, se acercaba un moro á ellos. Este saltó en tierra, y pidió que le presentasen al rey cristiano, ante el cual postro manifestó que iba á enterarle del estado de la plaza. Por él supo D. Jaime que el rey moro tenia cerca de treinta y ocho mil infantes y cinco mil caballos, así como otros importantes pormenores, concluyendo su razonamiento por instar al rey de Aragon para que se apresurase á realizar el desembarco, antes que el rey de Mallorca saliese á impedirlo.

Agradeció D. Jaime la noticia y premió largamente al moro, cuyo consejo le pareció acertado; y es de este lance lo más extraordinario el que los más eruditos autores desconocen el móvil que impulsó al mahometano para hacer aquel servicio al ejército cruzado.

Todo se puso sigilosamente en movimiento, tan pronto como las sombras de la noche favorecieron la arriesgada operacion; y cuando rayaba el nuevo día, ya estaban los cruzados en Santa Ponza, desde donde no se divisaban enemigos y podia desembarcarse sin obstáculos.

Conste aquí para gloria de su nombre, que el primero que hizo ondear el pendon cristiano sobre los dominios del rey moro, fué un

catalan llamado Bernaldo Ruy de Meya (despues Bernaldo de Argentoná). Subiendo por casi inaccesibles precipicios, animaba á los suyos con la voz y el ejemplo; y tanto supo obrar en aquel día, que D. Jaime le hizo donacion del término de Santa Ponza.

Ya estaba allí tambien el valeroso rey, que ninguno de todos era más esforzado que él, y á su lado estaban los dos hermanos Moncadas, el maestre de los templarios, su verdadero amigo, con otros barones y caballeros; y poco despues apareció precipitadamente á impedirles el paso el enemigo, trabándose al momento una ruda pelea.

El resto del ejército mahometano con el rey á su cabeza tenia establecidos sus reales en Porto Pi, y un cuerpo de cruzados, que constaba de unos cinco mil, con D. Nuño de Moncada, se dirigió hacia aquel punto con muy imprudente intrepidez; porque apenas llegaron, se vieron envueltos por toda la morisma.

Sostenianse bizarramente cuando sabiéndolo D. Jaime fué volando en su socorro, á tiempo en que acosados los cristianos se desbandaban, por no ser posible el sostenerse más contra el grueso del ejército mahometano.

Lleno D. Jaime de justa ira por la imprudencia de los suyos y por la retirada de los imprudentes, determinó luchar personalmente con el rey moro, á fin de decidir la batalla; mas á ello se opusieron los caudillos que le seguian, y su primo D. Nuño le detuvo el fogoso caballo, asiéndole por las riendas de la brida.

Las tropas que habían llegado con el rey de Aragon, comenzaron á denostar á los que huian; y tales y tan grandes fueron los esfuerzos del rey y de los caballeros, que la fuga cesó, se restableció la accion, y el emir de Mallorca á su vez se puso en fuga lanzando á todo escape su caballo y dirigiéndose á las montañas situadas al Norte de Palma, en las cuales permaneció hasta que á favor de la noche pudo penetrar en la ciudad, y se preparó á defenderla.

La batalla fué sangrienta, principalmente para los hijos de Mahoma; baste decir que su emir huyó como un cobarde, lejos de haber buscado al rey de Aragon, como este quiso hacerlo en un principio. Fué, sin embargo, costosa para el ejército cruzado; porque en ella perecieron los dos intrépidos Moncadas (D. Nuño y D. Ramon) con otros ocho valerosos caballeros, entre ellos el esforzado Hugo de Mataplana.

Tal pavor causó á los sarracenos la terrible derrota, que encerrados en la plaza ninguno osaba poner el pié fuera de ella, ni asomar la cabeza por las almenas. Sin embargo, al dar sepultura á los diez esforzados paladines con llanto del ejército y muy sinceras lágrimas de Jaime I, determinó este se cubriese con un aparato de lienzo aquella parte del campamento, á fin de evitar que la fúnebre ceremonia fuese vista desde la plaza.



Dando tregua al justo dolor, comenzó el rey á activar el sitio de la ciudad, cuyas murallas, adarves y torreones eran muy fuertes, y encerraba en su perímetro cerca de ochenta mil habitantes. Mas ánimo sobra, y ningún ingenio ni máquina de guerra se echaba de menos; entre ellas había algunas que lanzaban con irresistible impulso grandes balas de piedra, llamadas entonces y algunos siglos despues *pelotas*, que servían para abrir brecha tan perfectamente como las balas metálicas de la moderna artillería.

Por fin se determinaron á salir de la plaza: una parte del ejército intentó cortar las aguas á los sitiadores; pero fué observada por estos, y sorprendida, se empeñó una lucha en la cual los moros mallorquines perdieron cerca de seiscientos hombres, y el rey determinó que varias cabezas de aquellos fuesen arrojadas á la plaza, á fin de intimidar á los sitiadores. Por desgracia aquel alarde fué perjudicial para los cautivos cristianos: sin duda el rey de Aragon ignoraba que existiesen cautivos en Mallorca; pero es lo cierto que el feroz emir los hizo crucificar, mandando que en las cruces fuesen colocados sobre las murallas.

Dieron aquellos infelices un notable y repetido ejemplo del valor que inspira la fé católica. Desde la muralla, y colocados en las cruces, mientras tuvieron vida no cesaron de dirigir la palabra á los sitiadores, para exhortarlos á no desmayar y á no dejar de batir las murallas por el temor de herirlos y de hacer más dolorosa su agonía. Tal fué el fin de aquellos verdaderos mártires, animosos hasta el heroísmo; y su cruel muerte puso un nuevo acicate al valor y energía de D. Jaime.

El sitio continuaba; los comestibles ibanse agotando dentro de la plaza; los moros salían de ella, y desde los elevados baluartes naturales de las montañas disparaban ballestas, y poblaban de saetas el aire dirigidas contra los cristianos; estos por su parte los hacían abandonar, con pérdida siempre, sus guaridas; las *pelotas*, las minas y las cavas destruían la plaza; los principales moros se evadían de ella, y se presentaban á D. Jaime para pedirle admitiese su sumisión; el emir vió que era imposible continuar la defensa, y pidió, por fin, capitulación. Proponía que se alzase el sitio, á condicion de abonar al rey de Aragon todos los gastos de la guerra desde el día de su embarque hasta el de la retirada; y excusado es decir que no aceptó D. Jaime semejante propuesta.

Otra vez aparecieron los parlamentarios, con nuevas proposiciones. En ellas prometía el emir abandonar la ciudad si le daban navés para pasar en ellas á Berbería, ofreciendo entregar cinco *besantes* de plata (tres sueldos y cuatro dineros barceloneses) por cada individuo de todas edades, condiciones y sexos, de cuantos la plaza encerraba.



Esta propuesta pareció muy razonable á los prelados; mas los hombres de guerra no estaban por ningún género de transacción con los infieles, por buena que aquella pareciese, y con su opinion estuvo la del rey; y viendo el emir que nada aceptarían cuando aquella proposición era desechada, se preparó á defenderse con la ira desesperada del que conoce que solo puede prolongar algo su vida, pero no evitar su muerte. Y así lo anunció; mas D. Jaime juró animosamente no tomar reposo hasta plantar dentro de Mallorca el estandarte de la Cruz, y aun quiso jurar sobre los santos Evangelios, como habían hecho todos los caballeros, que nadie volvería el pié atrás, ni aun para recoger los heridos, sino en el caso de recibir herida mortal; pero no se lo consintieron, porque de su vida dependía la seguridad de todos y el éxito de la empresa.

Es indescriptible el vigor y precipitación con que se estrechó el sitio y se hizo que jugasen las máquinas de guerra, tanto que los cruzados penetraron muy pronto en la ciudad por asalto, después de haber abierto diversas brechas.

Espectáculo terrible y horroroso presentaría en tal momento el interior de la hermosa ciudad. El crujir de las armas; el silbar de las saetas; las animosas y cristianas voces de los religiosos de diversas órdenes que con el crucifijo en la mano valerosamente alentaban á los cruzados; los penetrantes gritos de los muzzines, que subidos á lo más elevado de los minaretes también con sus exhortaciones animaban á los mahometanos; los dolorosos ayes de los heridos, todo, en fin, contribuiría á dar á semejante escena un aspecto tan fiero como imponente y terrible.

En aquel supremo momento no fué cobarde el emir; siempre estuvo á caballo en los sitios del mayor peligro, y D. Jaime que, á caballo también, jamás fué á retaguardia de los suyos, logró hacerle su prisionero y con él á su hijo.

Habia jurado el rey de Aragon apoderarse de la persona del emir; y para cumplir su juramento, dícese que le asió de la barba, pero blandamente, y le animó con benévolas palabras, asegurándole que tenía segura la vida; después de esto encargó á dos de sus principales caballeros que le guardasen y tratasen como á su persona.

Prisionero el emir, desbandados sus guerreros y posesionados los cristianos de todos los puntos principales de la ciudad, salieron apresuradamente de ella los habitantes sin que se les hiciese violencia ni daño, en número de treinta mil, sin contar otros que antes habían huido, y los soldados moros que se habían puesto en fuga y refugiado en las más ásperas montañas.

Mallorca quedó en poder de D. Jaime I el último día del año 1229 (31 Diciembre). Desde entonces comenzaron á darle el nombre de CONQUISTADOR.





En este mismo año se había divorciado de su esposa la infanta de Castilla doña Leonor, habiendo sido declarada oficialmente la nulidad del matrimonio por el cardenal de Santa Sabina, legado pontificio. En un principio no se dijo el por qué, mas al verificarse legalmente la separacion, se apeló al conocido recurso del parentesco en grado prohibido que entre ambos consortes mediaba. Quedó, empero, reconocido y jurado heredero del reino su hijo Alfonso, mediante la buena fé de los dos consortes.

Cumplió el monarca su juramento de repartir todo lo conquistado, en la misma forma acordada en las Córtes de Barcelona, y cuando más alto rayaba el contento, que ciertamente no le hay completo en la desgraciada humana vida, vino á turbar aquel de imponente y melancólica manera una enfermedad epidémica y contagiosa, que arrebató gran número de soldados y no pocos caballeros de gran valía, á quienes habian respetado las enemigas armas. Afortunadamente no duró largo tiempo; y el rey, luego que hubo deshecho y reducido á los moros, en número de dos ó tres millares, que se habian refugiado en las sierras, arregló el gobierno de Mallorca; la otorgó los privilegios y franquicias necesarias, y despues de haber fortificado los pueblos y fuertes de la costa, regresó á Tarragona (1250).

Tan pronto como hubo hecho el arreglo de los asuntos eclesiásticos é instituido el obispado de Mallorca, pasó al reino de Aragon: en uno y otro reino fué recibido como merecia el gran conquistador de Mallorca; pero poco descanso pudo tomar, porque tuvo que dirigirse á Navarra, llamado por Sancho VI, el Fuerte, para arreglar el pacto de sucesion que ya ha visto el lector al tratar del precitado reino.

Despues de este extraño suceso, que ningun importante resultado tuvo, volvió Jaime I á Mallorca. Corrió la voz de que el rey de Tunez preparaba una fuerte armada con el objeto de arrebatar á los cristianos la predicha isla, y el rey de Aragon salió de Salou y desembarcó en Soller, decidido á rechazar á los tunecinos. Estos, sin duda alguna, jamás pensaron en semejante expedicion, porque no aparecieron ni se movieron de su tierra; y el rey, para no haber perdido su viaje, arrebató á los mahometanos algunos castillos que aun poseian, así como en otra expedicion que hizo poco tiempo despues con el único objeto de extinguir algunas partidas de mahometanos que aun permanecian en las quebradas y ásperas montañas, se apoderó de la isla de Menorca, sin que opusiesen sus habitantes resistencia alguna.

Llegado el año 1252, propuso D. Guillermo de Montgrí al rey D. Jaime la conquista de la isla de Ibiza, á condicion de que el rey se la cediese en feudo para sí, y despues de él para los de su familia, siempre que él la conquistase.

Era D. Guillermo electo arzobispo de Tarragona y tenía poder y medios para cumplir su oferta. Aceptóla el rey; y el de Montgri se embarcó con su gente de armas, con muchos caballeros, sus deudos, con provisiones y máquinas de guerra, y en poco tiempo dió felice cima á la proyectada empresa, quedando por Aragon aquellas mismas islas Baleares que tanto daño habian causado durante el larguísimo tiempo que las habian poseido los feroces hijos de Mahoma.

Despues de estos felices sucesos, parece que el rey de Aragon debia de buscar algun reposo, dando tregua á tantas y tan rudas bélicas fatigas; mas no fué así. Hallábase en Alcañiz despues de la conquista de Ibiza, cuando se le presentaron Hugo de Folcarquer y Blasco de Alagon, proponiéndole una nueva cruzada contra los moros de Valencia.

Desde antes de emprender la conquista de Mallorca lisonjeaba esta empresa á los aragoneses; y el reino de Valencia estaba devorado por luchas civiles, colocado sobre el trono el usurpado Gionmail, y en campaña contra él el destronado Ceid. El rey, que necesitaba de muy pocas instancias, que por entonces no tenia empresa alguna que llamase su atencion, y que no se hallaba contento sino cuando se veia en los azarosos lances de la guerra, aceptó la propuesta; se dispuso el ejército, y se emprendió la marcha, acompañándole su tío D. Fernando; los obispos de Zaragoza, Lérida, Segorbe, Tortosa, varios abades, el maestre de los templarios y el de los hospitalarios (D. Hugo de Folcarquer), ambos con los caballeros de su orden, así como los de Santiago y Calatrava que se hallaban en aquel reino.

Apenas habia pisado el territorio valenciano, cuando tomó á Morella y Arés: cerca de Teruel salió á encontrarle Ceid, y de nuevo le rindió homenaje, poniendo á su mandar su persona y sus soldados, despues de lo cual se dirigió el rey á Burriana y la puso sitio.

Era Burriana una plaza muy buena y egrégiamente fortificada, por lo cual necesitó D. Jaime dirigir contra ella todas las máquinas de batir, y estaba bien provista, municionada, y con guarnicion de moros valerosos y decididos.

Tantos prodigios hizo en aquel sitio el rey, y tanto se opuso á los mayores peligros, que recibió *cuatro heridas de saeta* sin demostrar dolor ni aun incomodidad; y para hacer ver al enemigo que sobre él no tenia imperio el temor, y que le despreciaba, se acercó cuanto pudo á la ciudad, y descubriéndose por dos veces todo el cuerpo, estuvo expuesto á los tiros de piedra y de saeta que de la plaza lanzaban.

Resistia, sin embargo, la plaza, y los sitiadores iban ya desma-



yando en términos que llegaron á indicar al rey lo conveniente que sería levantar el cerco. Uno de los que más insistencia hicieron sobre este punto fué el infante D. Fernando; mas el rey enojado les hizo ver lo inconveniente y deshonoroso que sería para el ejército el aceptar tan inexperada proposición; recordóles con enérgica viveza y muy oportunamente que el rey que siendo niño supo conquistar un reino sobre el Mediterráneo, fiado en la bondad de Dios, no había de volver la espalda ante un pueblo comparativamente despreciable, y terminó mandando que no le volviesen á hablar sobre el asunto, y que le ayudasen, como era su obligación, á arrancar á Burriana del poder de los infieles.

Todos callaron y obedecieron, poniendo más conato que nunca en la empresa, á fin de que no pudiese sospechar el rey que en el consejo había tenido parte el temor; y tan enérgicamente procedieron todos, que tuvo la sitiada plaza que rendirse á D. Jaime, el cual se posesionó de ella en el mes de Julio de 1233, á los dos meses de sitio. D. Pedro Cornél fué nombrado por el rey gobernador de Burriana, en donde se puso suficiente guarnición de aragoneses.

Ya sucedía con el esforzado D. Jaime lo mismo que con otros soberanos, cuyo solo nombre aterraba y vencía á los musulimes. Peñíscola, cuyo recuerdo era al rey conquistador tan grato, como que fué su primer empresa proyectada cuando aun no había él salido de la infancia, se le entregó despues de Burriana, sin fuerza ni combate, y bajo el pacto de que podrían seguir los sarracenos que la habitaban la ley de Mahoma. Los caballeros de San Juan tomaron á Cervera, y á Chivet los templarios; mas todas estas hazañas quedaban oscurecidas con los hechos del rey, que sin más tropa que unos ciento cincuenta caballos y otros tantos, poco más ó menos, de los célebres almogavares tomó á Cuevas, Alcalaten, Burriol y cuantas aldeas poblaban las fértiles riberas del rio Júcar.

No contento con esto, se internó ya en la misma vega de Valencia; tomó las fortalezas de Moncada y los Museros, y llevando consigo cautivas ambas guarniciones, regresó á Aragon lleno de bellicos laureles (1234).

Ya hemos referido en el correspondiente lugar el divorcio de Jaime I, y ahora debemos añadir que de nuevo contrajo este monarca matrimonio con una hija del rey de Hungría, Andrés II, llamada Yolanda (Violante). Los reales desposorios se verificaron con ostentosa pompa en Barcelona, en el mes de Setiembre del año 1235. Al dote con que ya contaba la desairada reina doña Leonor, compuesto de las ciudades, villas y lugares cuyos nombres hemos consignado en otro lugar, se agregó entonces la villa de Ariza.

Apenas habían terminado los reales festejos, cuando D. Jaime,

mal avenido con el ocio y siempre deseoso de adquirir nueva gloria, volvió otra vez su pensamiento á su predilecta conquista de Valencia.

Dirigióse, en efecto, á la célebre ciudad del Cid, y avanzó tanto que llegó cerca del Puig de Cebolla (después el Puig de Santa María), á dos leguas de Valencia; mas el emir, temeroso de que el temible rey se apoderase del castillo, antes de que aquel llegase, precipitadamente le hizo demoler; con cuya providencia nada adelantó; porque como si el rey de Aragon no estuviese á tan corta distancia de la ciudad y de los enemigos, llegó al Puig y mandó que instantáneamente edificasen los suyos otro castillo mejor que el demolido, que pudiese servir de defensa y punto de retirada en las cabalgadas que pensaba hacer para imponer terror y espanto á los moros valencianos.

Dicen los mejores autores que no es posible referir las infinitas proezas ejecutadas por los caballeros y por los simples soldados en el territorio valenciano, ni mucho menos evaluar dignamente el admirable valor del rey y su infatigable actividad, que le hacia recorrer sin cesar todos los dominios de su vasto reino, para atender á todas partes.

En una de las veces que faltó del Puig para dirigirse á Monzon, en donde celebró Córtes, se acercó al castillo el rey intruso de Valencia, y le puso sitio. ¡Cuál sería el temor que el emir tendría á D. Jaime y á los suyos, cuando llevó contra aquel castillo cuarenta mil peones y ochocientos ginetes!

Preparáronse á recibirle los cristianos, y á pesar de la desigualdad del número, los descreídos mahometanos fueron vencidos; puestos en vergonzosa fuga retrocedieron á encerrarse en la ciudad, quedando aterrado el emir; porque fué el golpe tanto más contundente cuanto era menos esperado (1257).

Gozoso el rey con tan lisonjera nueva se dirigió de nuevo al Puig, siendo amargado el placer de aquella por la muerte del valeroso caballero D. Bernardo Guillen de Entenza á quien mucho queria.

D. Jaime, después de visitar á sus caballeros del Puig, dióles las gracias por su heroico comportamiento, y al mismo tiempo les indicó que volvía á Aragon para reunir por sí mismo los necesarios refuerzos, y regresar á reunirse con ellos.

Disgustó á los defensores del Puig la anunciada marcha del rey, y proyectaron secretamente abandonar el castillo, si el rey se ausentaba; mas á pesar del secreto, no faltó, como siempre sucede, quien diese parte al rey de lo que se proyectaba.

La noticia disgustó sobremanera á D. Jaime, y le tuvo muy inquieto toda la noche, perplejo y sin saber qué resolución tomar; pero al siguiente dia hizo reunir á todos los caballeros y les dirigió



la palabra con su vigor y energía acostumbrados; les manifestó que sabia la proyectada resolucion, y que estaba tan decidido á realizar la conquista de aquel reino, que permanecería allí y daría al momento orden para que fuesen á reunirse con él la reina y la infanta su hija.

Esta decision paralizó la ejecucion del proyecto; y así como llegó á noticia del rey, el emir de Valencia supo tambien la resolucion de aquel, y le hizo secretas proposiciones á fin de moverle á variar de propósito, seguro de que las aceptaría; mas se engañó: Á pesar de contar con tan pequeñas fuerzas materiales, desechó la propuesta, y se preparó á dirigirse contra la plaza.

Llegó á ser el nombre de D. Jaime para los moros como el del Cid, al cual como hombre de valor hemos en su lugar tributado los elogios que en justicia merece su memoria: por esto, sin más que acercarse á un punto ocupado por los enemigos, sin pelear, vencía muchas veces. Así se vió en la ocasion de que venimos hablando, pues se rindieron á sus armas Almenara, Paterna, Castro, Uxó, Bulla y Nules, y sin embargo, como ya hemos dicho, llevaba consigo tan pequeña fuerza, que aunque algo aumentada, estaba reducida á ciento cincuenta almogavares, temibles sin duda; unos ochenta caballeros templarios; ciento treinta caballeros, pocos más, de su séquito ó guardia, y como mil doseientos peones agregados despues de la toma y construccion del castillo del Puig.

Sin embargo de tan exígua hueste, pasó atrevidamente el Guadalaviar, y sentó su campamento entre el Grao y Valencia; y estando allí mostrando tan insigne desprecio del enemigo, llegaron á los reales muchos ricos-homes y barones de Cataluña y Aragon y varios prelados, todos con sus mesnadas (compañías) de guerreiros, y con las milicias de diversos concejos. Tambien se presentó en el campamento el arzobispo de Narbona, con mil infantes y bastantes caballeros.

Si el emir temia á D. Jaime con las pocas fuerzas militares con que en un principio contaba, júzguese si subiría de punto el pavor al ver tan reforzado en pocos momentos el ejército de la santa Cruz. Con él se estableció inmediatamente el sitio, con aquella actividad prodigiosa que caracterizaba todas las operaciones militares de don Jaime el Conquistador; y una vez establecido el sitio, comenzaron á jugar contra la ciudad todas las máquinas de guerra que habian llegado al campamento con los refuerzos de Aragon.

No faltaron salidas de la plaza ni reiterados combates, en los cuales tan prodigiosamente combatian los cristianos, y tan osadamente se metian por entre los enemigos, que en una fatal ocasion acudió el rey, no menos temerario que los suyos, aunque entonces con la intencion de hacerlos retroceder; y hallándose muy cerca de la pla-

za, una certera mano disparó una saeta que dando al rey en la frente, penetró por el capacete haciéndole una profunda herida: baste decir que entró en la cabeza hasta la mitad, y la hubiera atravesado de parte á parte á no ser por la fuerza que perdió el arma matadora al atravesar el capacete.

Dice el mismo rey guerrero en su historia, que en el primer arrebató de cólera, quizá temiendo que la fatal herida le impidiese continuar al frente del ejército, con su propia mano dió tan grande sacudida á la flecha que se la arrancó violentamente; pero con tal fuerza que aquella se quebró por la mitad, quedando dentro el hierro.

Muy pronto vióse el rostro del valeroso rey cubierto de sangre, y acudiendo los preladós y magnates le llevaron á su tienda, ó mejor dicho, le hicieron retirar; porque fué por su pié, *hablando muy risueño*, venciendo al dolor, á fin de procurar, segun él mismo refiere, que el ejército no se desanimase.

Cerca de cinco dias estuvo á su pesar sin salir de la tienda de campaña, con los ojos y parte del rostro hinchados, al cabo de los cuales, y disminuida la hinchazon, nadie pudo impedir que montase á caballo y saliese al campo. Hoy se nota en su esqueleto la herida, y por ella se ve la enorme anchura de la flecha, segun el hueco que la frente del animoso rey presenta.

La presencia del monarca ya restablecido causó tanto contento en los suyos como pesar en los enemigos, los cuales poco antes habian visto con pesar que una armada que de Tunez vino en su socorro, tuvo que retirarse sin auxiliarles; porque ellos no se atrevieron á desembarcar, ni los de Valencia á salir para distraer á los cristianos mientras saltaban en tierra sus auxiliares. Mayor fué aun el sentimiento del emir al saber que poco despues aquella misma escuadra del rey de Tunez habia sido deshecha en las aguas de Peñíscola.

Enorgullecidos los cristianos con su próspera suerte, sin auencia del rey, se dirigieron á una torre ó fuerte enemigo, situado en la puerta de Boatella. El empeño era arrojado y temerario, y más aun para el corto número que habia concebido aquel osado proyecto: disgustóse el rey; pero acudió con sus ballesteros, y sin perjuicio de reprenderles, los sacó de aquel conflicto, restableció la accion, y no logrando hacer que se entregasen los defensores, hizo prender fuego al castillo.

Este rudo hecho, y la temeridad de haber llegado hasta las mismas puertas de la ciudad, acabó de intimidar al emir; y sin perder momento hizo proposiciones á D. Jaime, las cuales llegaron al soberano directamente y sin que de ellas tuviesen noticia más que él mismo y el embajador que se las presentaba.



No aceptó el conquistador las primeras, y el emir fué sucesivamente mejorándolas; porque rara vez se ofrece de primeras todo lo que se piensa dar, reservándolo para el último extremo. Por fin convinieron en que el rey moro abandonaria la plaza en el término de cinco días, comenzando á evazarla los moros, de todos sexos y edades, antes de espirar el último del plazo; que se permitiria sacar los equipajes sin registrarlos; que no se les haria daño ni ofensa, y que se les daria seguro ó salvoconducto hasta Denia, ó hasta Cullera.

Dióse el seguro hasta este último punto, y abandonaron la bella ciudad cincuenta mil moros, á los que se concedieron veinte dias de tiempo para emigrar, y se pactó con el emir una tregua de siete años.

Tal fué el término que tuvo la célebre reconquista de Valencia, la perla y la reina del Guadalaviar, de la que el Cid fué señor, tomando de ella posesion el gran D. Jaime I, el Conquistador, el dia 28 de Setiembre del año 1238.

La entrada triunfal fué solemne, ostentosa y magnífica: acompañaban á aquel bizarro soberano, que á los treinta y un años de edad tanta gloria habia ya adquirido, su esposa doña Violante; el arzobispo de Tarragona; el de Naborna; el obispo de Zaragoza y el de Barcelona, con los de Tortosa, Huesca, Vich, Tarragona y Segorbe; los ricos-homes, barones y caballeros de Aragon y Cataluña, con los caballeros de las órdenes militares y todos los concejos que habian asistido á la toma de la magnífica ciudad.

El glorioso estandarte de Aragon ondeó aquel dia enhiesto y victorioso sobre la más alta torre de Valencia, que despues tomó el nombre de torre del Templo, y en santuarios fueron convertidas las mezquitas tanto tiempo destinadas al culto del falso profeta.

Desde entonces quedó Valencia en poder de los cristianos para no volver nunca á salir de él: el rey repartió las casas y tierras de aquellos nuevos dominios entre los que habian tomado parte en la gloriosa empresa, y á los caballeros que, lo mismo que los preladados, magnates y concejos, habian contribuido al triunfo, les quedó el nombre de *caballeros de conquista*; ellos quedaron encargados de guardar la ciudad, y en ella permanecieron, siendo relevados por centurias cada tercio de año.

En tanto que D. Jaime adquiria copiosa gloria para sí y para sus reinos, la sedicion habia levantado la cabeza en sus dominios de Montpellier; empero rápido como el rayo acudió allá, y con su valor y energia apagó muy pronto el amenazador incendio.

Al regresar á Valencia, en donde tambien habian ocurrido algunos disturbios á consecuencia de estar los moros vecinos á la plaza, que se quejaban del mal trato que los cristianos les daban, le hizo pro-

posiciones el destronado rey moro de Valencia, pidiéndole le concediese en feudo y como á vasallo la isla de Menorca, ofreciendo entregarle por via de indemnizacion el castillo de Alicante.

Hallábase el rey moro en Denia, y el de Aragon, sin darle una negativa ofensiva y absoluta, no le concedió la peticion; y cuando aun trataba el emir de mejorar la proposicion animado con la esperanza de obtener lo que deseaba, se dirigió D. Jaime á Játiva y la puso sitio. El alcaide de aquel punto habia sorprendido á unos caballeros cristianos que iban con D. Pedro de Alcalá, y los habia hecho cautivos: esto fué suficiente motivo para que el Conquistador dirigiese á Játiva sus temibles armas.

Era, empero, aquella ciudad la más fuerte é importante de aquel reino, no contando á Valencia. La plaza resistia, y tenia elementos para hacerlo durante largo tiempo; y como la presencia del rey hacia á la sazón falta en otra parte, levantó el sitio; mas no sin obtener cumplida satisfaccion de Abul-Hussein-Yahia, alcaide de Játiva; tambien la libertad de los cautivos; la entrega del fuerte de Castellon, y la sumision de los moros, á cuyo fin salieron de la ciudad ciento de los de más gerarquía á rendirle homenaje (1241).

Poco despues se estableció en Cataluña el tribunal de la inquisicion (1242), aunque hacia ya algunos años que ejercia sus funciones, como brevemente referiremos.

La creó y estableció en Francia el Sumo Pontífice Inocencio III, y fué organizada por Gregorio IX, cuando reinaba San Luis, primo hermano de San Fernando, como hijos ambos monarcas de dos hermanas, doña Berenguela y doña Blanca de Castilla.

Ya dijimos en otro lugar cuánto trabajó Santo Domingo de Guzman en contra de los herejes albigenses, hasta que vió fundadas en España varias comunidades de su orden de predicadores, cuyos individuos eran celosos y católicos adversarios de los albigenses. Estos se habian multiplicado en Cataluña, merced á la ambigua conducta que observó Pedro II, conducta que despues fué ostensiblemente herética.

Á consecuencia de lo antes expuesto, el Santo Padre remitió un breve al arzobispo de Tarragona, previniéndole que se dedicase á impedir la propagacion de los heréticos errores, mandándole *inquirir* (de donde viene el nombre de *Inquisicion*) contra los herejes, sus defensores y ocultadores, valiéndose para lograrlo de los prelados, de los predicadores (religiosos dominicos) y de cuantas personas aptas é idóneas sirviesen para el caso.

Dispuso asimismo el Sumo Pontífice que el arzobispo procediese contra los ya expresados, con arreglo á su bula dada en 1231, imponiendo la pena de excomunion; la entrega de los herejes al brazo seglar, ó juez secular, despues de condenados por la Iglesia, y



prévia la degradacion si fueren eclesiásticos; pena de penitencia y cárcel perpétua para los arrepentidos, etc.

Distinguiéronse mucho los dominicos en la obediencia á la órden del Santo Padre, tan pronto como el obispo de Lérida, á quien el metropolitano de Tarragona remitió la bula, puso en ejecucion el mandato; y por esto adquirieron su confianza y fueron encargados sucesivamente y muy en particular de la persecucion de los herejes, y por esto tambien, tiempo adelante, continuó siendo el inquisidor general un religioso dominico.

De este modo continuó la Iglesia proveyendo á las necesidades de la religion contra los perniciosos herejes; que no tuvo en su origen otro objeto el tribunal de que nos venimos ocupando, hasta que en 1242 se estableció realmente como tribunal, á consecuencia de un concilio provincial de Tarragona, en que se acordó el órden de procedimientos contra los herejes *en causas de fé*, así como las penitencias canónicas que debian ser impuestas á los arrepentidos ó reconciliados.

Despues de haber adquirido D. Jaime I tan grande gloria como conquistador, dió un paso falso como político; y cierto que los reyes más grandes, y que durante su agitada vida más se afanaron por engrandecer sus dominios y por unificarlos, estuvieron destinados á perjudicarlos despues de su muerte, algunos de ellos; D. Jaime aun durante su vida, como muy pronto veremos.

El gran D. Jaime I incurrió en el mismo grave error que Sancho el Mayor de Navarra, y Fernando el Magno de Castilla, determinando fatalmente dividir entre sus hijos aquellos florecientes dominios que habia sabido engrandecer y aumentar á costa de inmensos sacrificios, de incalculables afanes, y de su propia sangre derramada en los campos de batalla.

En la resolucion de D. Jaime pudo tener parte una razon, más ó menos plausible, que no tuvieron los anteriores monarcas á quienes, por desgracia, imitó: quizá el deseo de no desheredar al hijo de su primera esposa doña Leonor, y el amor que profesaba á la segunda, doña Violante, y á los hijos que de ella habia tenido, tuvieron mucho influjo sobre su ánimo para decidir el llevar á cabo aquella perjudicial disposicion. De un modo ó de otro, el monarca es padre de sus pueblos antes que de sus propios hijos; debe querer el esplendor y bienestar de su reino, antes que á otra cosa alguna; y era mal modo de querer uno y otro el sembrar la semilla de la guerra civil, con la seguridad de que sus propios hijos y sus pueblos habian de recoger, á lo más tarde despues de su muerte, abundante cosecha de desastres.

El rey despues de haber decidido tomar su resolucion reunió las Córtes en Daroca, y en ellas mandó á todos renovar el juramento de

fidelidad á su hijo D. Alfonso (el de doña Leonor), declarándole su heredero y sucesor en el reino de Aragon; y destinó á D. Pedro (el primogénito de los habidos en doña Violante) el condado de Cataluña (1243).

Un año despues (1244) celebró Córtes en Barcelona; y en ellas designó los límites de ambos estados, estableciendo aquellos para Aragon desde el Cinca hasta Ariza, y para Cataluña desde la parte de allá del Cinca hasta Salsas.

Tocó D. Jaime I los inconvenientes de su fatal resolucion más pronto de lo que pudiera esperarse: los monarcas á quienes imitara no los experimentaron, porque surgieron despues de su muerte, y el Conquistador los experimentó inmediatamente.

El infante D. Alfonso, que nunca llevó á bien el desaire de su madre, aunque dorado con la aparente legalidad, y mucho menos el tener madrastra viviendo aquella; que por una parte se vió perjudicado en no quedar como sucesor del reino entero; por otra notó la parcialidad con que habian sido establecidos los límites, y por otra, instigado por los principales aragoneses que no estaban más satisfechos que él, obrando con imprevista decision se separó de su padre, llevando tras sí al infante D. Fernando, el antiguo abad de Montaragon, que era uno de tantos arrepentidos como hay en política, que juran ser leales y lo son hasta que les conviene cometer un perjurio.

Ayudaron al infante D. Alfonso en su rebelion, D. Pedro de Portugal; bastantes magnates, entre ellos el señor de Albarracin, y puede decirse que todo el reino se dividió, amenazando acarrear grandes sinsabores y desastres. Sin embargo, estaba indicada la guerra civil, mas nadie se atrevia á ser el primero á dar el grito de guerra: todos deseaban poder decir que habian sido compelidos por otros, ó por las circunstancias; ninguno queria tomar sobre sí la responsabilidad de haber sido el primero, y todos, en fin, de antemano se horrorizaban al pensar que un padre y un hijo habian de ser jefes de dos bandos contrarios y llegar á cruzar como enemigos los aceros.

Coincidieron con tan fatales circunstancias los triunfos del príncipe de Castilla, D. Alfonso, que iba sometiendo á los moros de Murcia; y como iba adquiriendo fuertes y territorios colindantes con las posesiones de Jaime I, este volvió á Valencia, adquirió las torres que fortificaban á Alcira, y despues puso segundo sitio á Játiva (1245); pero sin resultado, como sucedió la vez primera.

Seguia D. Alfonso, el príncipe castellano, conquistando por Murcia, y Jaime I creyó conveniente deslindar la cuestion de límites, para evitar ulteriores diferencias y disturbios. Entonces fué cuando el rey de Aragon y el príncipe de Castilla se avistaron para arre-



glar tan dificultoso punto, por lo ocasionado á cuestiones de guerra, y cuando asimismo se estipuló el matrimonio del castellano con doña Violante, infanta de Aragon é hija de Jaime I (1246).

Terminado oportuna y convenientemente tan delicado punto, regresó D. Jaime á Aragon, y reunió las Córtes en Huesca: en ellas presentó la reforma y concesion de los antiguos fueros, recopilando todas las leyes en un solo volúmen, con arreglo al cual habia de juzgarse en lo sucesivo. Terminó este importante trabajo en 1247, y el rey, para abrazar cuantos casos pudieran impensadamente ocurrir, mandó se observase la razon natural y la equidad más estricta en todo aquello que por olvido ó imprevision no hubiese tenido lugar en el código.

No habian hecho el menor efecto en el ánimo de D. Jaime I las amenazas de guerra civil, ni el haber visto á su primogénito separarse de su lado, ni el haber notado cuántas personas de valia se habian declarado por aquel: lejos de esto, volvió á ratificar lo dispuesto en 1243; declaró nuevamente heredero de Aragon á su hijo D. Alfonso; á D. Pedro confirmó en la sucesion de Cataluña con las islas Baleares; á D. Jaime tambien, como todos, excepto D. Alfonso, de la reina doña Violante de Hungría) el reino de Valencia; á D. Fernando, el condado de Rosellon, el de Cerdaña, el de Conflent, y el señorío de Montpeller; y á D. Sancho le mandó seguir la carrera eclesiástica, como hiciera su abuelo Alfonso II con el infante D. Fernando, á riesgo de que, como sucedió con este, no tuviera la necesaria vocacion, y diera despues mil disgustos al rey y al reino. Respecto de la eventualidad, difícil pero posible, de que murieran todos sus hijos, que deberian heredar los unos á los otros, dispuso fuesen los reinos sucesivamente de los que tuviese su hija la infanta doña Violante, esposa del príncipe de Castilla, bajo la condicion expresa de que no habian de juntarse las coronas de Aragon y de Castilla.

Lamentable ceguedad la de este gran monarca, que no le permitió ver la extraordinaria conveniencia de que se uniese toda la península de la manera más aceptable y segura; porque no hay anexion ni reunion de dominios que pueda ser perpétua, cuando á ella preside la maquiavélica intriga diplomática, ó la fuerza de las armas. Asi hemos visto á algunos reyes de España aumentar sus dominios á costa de los de otros reyes cristianos, y estos ó sus descendientes arrancárselos despues y deshacer la usurpacion. La justicia, los matrimonios, las alianzas y las voluntarias abdicaciones, pueden hacer de muchos reinos pequeños uno tan grande como respetable; pero esto no puede ser nunca obra de un día.

Sancionóse y dióse publicidad á la disposicion tomada por el rey (Enero de 1248), y la tenacidad del monarca fué el toque de guer-

ra para los descontentos, quienes comprendieron que no cedería de su propósito, cuando habiendo visto lo sucedido en 1243, lejos de dulcificar, derramaba aceite sobre aquel latente incendio.

Pocos días pasaron y ya se veía á los magnates disidentes formar y aprestar sus tropas, preparándose para entrar en campaña. El príncipe D. Alfonso y el infante D. Pedro de Portugal pasaron á Castilla á ponerse de acuerdo con aquel soberano; con este motivo se hallaron en el campamento de Tablada, tomaron parte en el sitio, y entraron con San Fernando y con D. Alfonso triunfalmente en Sevilla.

D. Jaime, nada intimidado por las amenazas de guerra civil, pasó á Valencia y puso por tercera vez sitio á Játiva, cuya conquista era su sueño de toda hora; y en aquella ocasion con tanto más motivo, cuanto que el príncipe de Castilla estaba hacia algun tiempo en tratos secretos con el alcaide de Játiva, y temia se la arrebatare de entre las manos, como vulgarmente se dice.

Debía subir de punto el recelo de D. Jaime; porque ya se habia entregado á Castilla otra villa bien fortificada y abastecida, que pertenecía al territorio de Játiva, llamada Enguera: al mismo tiempo los partidarios de D. Alfonso, príncipe de Aragon, comenzaban á ponerse en movimiento; y los aragoneses se apoderaban de algunos puntos que estaban comprendidos en las conquistas de D. Alfonso, príncipe de Castilla. Toda esta combinacion de circunstancias anunciaba una próxima y sangrienta lucha entre Castilla y Aragon; y para evitarla, porque tan inconveniente y perjudicial era para los unos como para los otros, acordaron celebrar una conferencia don Jaime I y su yerno D. Alfonso de Castilla, y á dicho fin se avistaron en los campos de Almizra.

Los fervorosos ruegos y sentidos lamentos de doña Violante, reina de Aragon, evitaron la guerra; porque estuvo presente á todas las conferencias, cuya mayor parte fueron por demás agrias y amenazadoras.

Exigia el de Castilla le cediese D. Jaime la posesion de Játiva, porque se la ofreciera, para cuando la conquistase, como parte del dote de su esposa (la infanta doña Violante); negaba el de Aragon que hubiese hecho semejante oferta; amenazaba Castilla que si de bien á bien no la recibia, sabria tomarla; irritóse D. Jaime con aquel desafio, y dijo airado que dejaba la resolucion de aquel pleito al fallo de las armas, llegando á decir: *Por encima de nos habrá de pasar el que intente apoderarse de Játiva*; y como para terminar la entrevista mandase ensillar y embridar el coreel, tuvo que intervenir la reina con su sentido llanto y con sus tiernas súplicas, y conjuró la tormenta que amenazaba estallar, y que ruinoso sin duda hubiera sido en aquella época en que tan fuertes eran Castilla



y Aragon, teniendo este reino en su contra la desunion y la enemiga que mediaba entre los partidarios del rey y los de su hijo don Alfonso.

La bella y discreta doña Violante logró templar á D. Jaime y don Alfonso de Castilla: este renunció la posesion de Játiva; se ratificó la cuestion de límites; se indemnizaron los mútuos perjuicios devolviéndose las plazas que indebidamente uno y otro habian tomado, y suegro y yerno quedaron bien avenidos, y se despidieron muy afectuosamente. Este feliz desenlace tan útil á ambos reinos se debió exclusivamente á la reina de Aragon (1248).

Continuó D. Jaime estrechando á Játiva hasta 1249, sin que lograrse por entonces poseerla por completo. Infinitas proposiciones hizo Abul-Hussein, que rechazó el de Aragon, hasta que convinieron en que aquel entregaria la plaza y el castillo menor, conservando él el mayor durante dos años, debiendo darle D. Jaime á Vallada y Montesa, y dejando permanecer en la plaza á los moros observando la religion de Mahoma.

La lucha entre los partidarios del rey y de su hijo obligaron al primero á pensar en oponer un dique á aquel arroyo que amenazaba trocarse en arrollador torrente. Para lograrlo convocó las Córtes generales, que se reunieron en Alcañiz. Los acuerdos tomados por estas, así como la proposicion del rey que dió márgen á aquellos, no son de este lugar: corresponde su narracion á la segunda mitad del siglo XIII, y de ambas cosas daremos cuenta cuando de aquel periodo de tiempo nos ocupemos.

## REINO DE PORTUGAL.

DESDE 1150 HASTA 1213.

Habiéndonos ocupado del reino de Portugal desde que le erigió en condado el rey de Leon D. Alfonso VI, como dote de su hija doña Urraca, hasta que fué reconocido como reino por el Sumo Pontífice Alejandro III, y tolerado por el emperador el que se denominase rey el duque portugués, su vasallo, hemos creído conveniente avanzar desde aquella época hasta después de comenzado el siglo XIII, á fin de igualar la narracion de los sucesos ocurridos en este estado, con la de los demás que tuvieron lugar en los diversos reinos de la antigua península ibérica.

Alfonso Enriquez, I de su nombre, continuaba siendo jefe supre-

mo del estado de Portugal, declarado independiente contra derecho y justicia, y por efecto de reiterados perjurios, como en su lugar hemos manifestado.

El titulado rey era hombre activo y valeroso: habia ensanchado considerablemente sus dominios con las conquistas de Lisboa, Cintra, Santarén, imponiendo terror á los mahometanos á quienes bizarramente las habia arrancado.

Gozoso con sus triunfos, estaba, empero, lleno de recelos, porque su yerno Fernando II, rey de Leon, habia hecho poblar la plaza de Ciudad-Rodrigo, fortificándola egrégiamente; y temiendo que tuviese intencion de hostilizarle, dispuso un ejército y dió á su hijo D. Sancho el encargo de ponerse al frente de aquel y dirigirse contra Ciudad-Rodrigo.

El jóven infante de Portugal fué derrotado por el experto rey de Leon, dejando en poder de este muchos prisioneros, á quienes el generoso leonés dió libertad, segun en su lugar dejamos referido.

No apreció el portugués tamaña generosidad, manifestando que no la merecia, puesto que no sabia agradecerla: lejos de esto, se internó personalmente y acompañado de su hijo y sus tropas por las fronteras de Galicia, y tomó por sorpresa á Tuy haciéndose tambien dueño de Limia y de Toroño: hecho esto regresó á Portugal, y continuó guerreado contra los hijos de Mahoma. En esto ocupó bastante tiempo, sin que de aquella campaña puedan referirse hecho notables, hasta que volviendo á perseguir indebidamente á su yerno el de Leon, dirigió sus armas contra Badajoz.

Estaba esta importante plaza en poder de los musulimes; pero, segun hemos manifestado en otra ocasion, no era al portugués sino al de Leon á quien dicha plaza pertenecia, en el caso de lograr arrancarla del poder de los mahometanos.

Ya sabe el lector lo ocurrido en el sitio y toma de Badajoz, puesto que debe haberlo visto en la parte correspondiente al reino de Leon; sitio que costó una grave herida á Alfonso I de Portugal, cuando por huir de Fernando II de Leon dió un terrible golpe contra una de las puertas de la ciudad, al querer evadirse por ella. Otra vez se mostró con él hasta el extremo generoso el magnánimo Fernando II.

Cuando sin duda alguna demostró todo su valor Alfonso Enriquez fué al oponerse al impetu arrollador de las tropas de la media luna, cuando invadió la península la innumerable falange de Yussuf Abu-Yacub. Tantas derrotas y tan continuadas les ocasionó el bizarro portugués, que hubieron de internarse en España; y llegando á los dominios leoneses se dirigieron á Ciudad-Rodrigo, y en aquel territorio fueron derrotados tambien por Fernando II.

Corria ya el año 1184 cuando el inquieto Yussuf Abu-Yacub,



emperador de Marruecos, vino personalmente á la península y despues de haber desembarcado en Algeciras seguido de treinta y siete walfes y de una inmensa muchedumbre de guerreros, tomó la direccion de Occidente, y atravesando el territorio portugués por el Alentejo, sentó sus reales cerca de Santarén. Pertenezia esta importante plaza á Alfonso Enriquez, que la habia arrancado á las armas musulímicas; y á pesar de su probado valor y de su decidido empeño en defenderla, despues de batir la ciudad sin tregua durante el dia y la noche, los almohades habian logrado abrir diversas brechas con las máquinas de guerra, y habian ya penetrado en la ciudad.

La oportuna llegada del hijo del rey, el infante D. Sancho, del obispo de Oporto y del arzobispo de Compostela con tropas de refresco, impidió que Santarén cayese en poder de Yussuf; mas el rey veia sobradamente claro que si en aquel momento se habia neutralizado el mal, era imposible resistir al colosal poder de Yussuf durante mucho tiempo.

Para conjurar la tormenta no encontró Alfonso Enriquez otro medio que el de pedir auxilio á su yerno el rey de Leon, y este, magnánimo siempre y generoso con quien tan mal habia procedido con él, se apresuró á socorrerle.

En la parte concerniente al precitado reino de Leon ha visto el lector el término del famoso sitio de Santarén; el reto del valeroso Fernando II al emperador Yussuf, y la repentina muerte de este al ir á montar á caballo.

Aquel hecho de armas fué el último en que tomó parte el rey de Portugal, primer soberano y fundador de aquella monarquía: valeroso é inteligente, pero turbulento, intrigante y perjuro, sin lo cual y sin la tolerancia del rey de Castilla no se hubiera titulado rey (6 de Diciembre de 1185). Tuvo larga vida; gobernó el Portugal durante doce años como duque y príncipe, y por espacio de cuarenta y cinco con el título de rey.

Por muerte de Alfonso Enriquez subió al trono su hijo D. Sancho, primero de su nombre, el cual era de los suyos muy querido, por el valor que habia demostrado en las guerras contra los mahometanos.

En los años subsiguientes ningun hecho que merezca consignarse ocurrió en Portugal, reduciéndose todo á algunos encuentros y choques parciales habidos con los sarracenos; mas no pasó mucho tiempo sin que Sancho I diese clara muestra de que era tan desagradecido é inquieto como su padre, si bien no era menos valiente.

Olvidando que debia la corona á la injustificada é imprudente tolerancia de los soberanos de Castilla y Leon que reinaban en tiempo de Alfonso I, propuso al de este último reino, al de Aragon y al de Navarra una alianza contra el de Castilla; y entonces fué cuando

para afianzar más la amistad del de Leon, cuyos dominios inmediatos á Portugal hacian que su confederacion fuese más importante que otra alguna, se estipuló el matrimonio de su rey con doña Teresa, infanta de Portugal, hija de Sancho I (1189). Esta es aquella princesa de quien se dice: *tan hermosa era que arrebatava la atencion de cuantos la miraban.*

No se celebraron los reales desposorios hasta el año 1190; y en el 1191 se ratificó la alianza entre Portugal, Aragon y Leon, dándose mútuas garantías y jurando no hacer la guerra, establecer paz, ni concertar tregua sin prévio consentimiento de las tres partes contratantes.

Esta *hazaña* realizada contra el dignísimo Alfonso VIII de Castilla, fué causa de dejarle completamente aislado; y el de Portugal por haber propuesto la injustificada confederacion, lo mismo que los de Leon, Aragon y Navarra por haberla aceptado, hacen un trisísimo papel en la historia; porque al confederarse contra Castilla, se aliaron implícitamente con los infieles enemigos del nombre cristiano y de la independencia de España.

Sabido es ya el resultado de la funesta batalla de Alarcos: antes de ella y viendo Alfonso VIII de Castilla la innumerable morisma que contra su ejército, por demás exiguo respectivamente, venia, pidió auxilio á todos los monarcas cristianos. El de Portugal, como todos los otros, le dejaron aislado; y harto hizo Castilla en lo que hizo.

De esta manera continuó Sancho I empleando sus intrigas contra Castilla, y á veces guerreando contra los moros, hasta el año 1212 en que falleció; pudiendo decirse de él que fué mucho más notable cuando era príncipe que despues de haber subido al trono, aunque siempre fué muy valeroso y activo.

Le sucedió su hijo Alfonso II, rey de ánimo mucho menos belicoso que su padre y abuelo. Sin embargo de esto, y en medio de haber llamado su atencion algunas graves cuestiones eclesiásticas suscitadas en Portugal por aquel tiempo, no por esto dejó de poner todo su conato y empeño en perseguir á sus hermanas.

Habialas dejado Sancho I algunos castillos; y como si Alfonso II no tuviera bastante con el reino, se propuso despojar á las inofensivas infantas, sus hermanas, de la corta herencia que legítimamente poseían.

Ni la imponente voz del Supremo Pontífice; ni las eficaces diligencias de los prelados; ni el grito de guerra lanzado por Alfonso VIII de Castilla para reunir á todos los príncipes cristianos bajo el estandarte de la Cruz, con el objeto de destruir á los secuaces del Korán, le hicieron desistir de su propósito y acudir á tomar la bermeja cruz.

Limitóse, pues, Alfonso II á mandar á Castilla algunas tropas



con los caballeros del Temple y algunos otros de su reino, los cuales desplegaron heroico valor en la gran batalla de las Navas de Tolosa, segun en su lugar hemos indicado.

Interesaba más que la santa cruzada á Alfonso II el despojar á sus hermanas, las cuales, como tambien hemos ya dicho al tratar del reino de Leon, pidieron socorro á Alfonso IX, monarca de este reino, que se le dió inmediatamente, quitando al rey portugués diversos fuertes y derrotando á su ejército en Valdevez. Estos sucesos hicieron surgir ideas de conquista en la mente de Alfonso IX; pero el noble Alfonso VIII de Castilla, á pesar de lo muy resentido que debía estar con el rey de Portugal, intervino en favor de este reino al ajustar un tratado de paz con Alfonso IX de Leon en Valladolid (1213).

No siendo ya Portugal un reino de España, y no habiéndonos propuesto otro objeto que el de poner en conocimiento del lector las causas que mediaron para que se separase de ella y se declarase independiente aquella parte de la antigua peninsula ibérica, que con España corrió durante tantos siglos todas sus buenas y malas fortunas, en lo sucesivo no nos ocuparemos separadamente de él. Diremos únicamente lo que fuere absolutamente preciso, colocándolo en la parte que corresponda, pero en el cuerpo de la obra y al tratar del reino y reinado á que corresponda su narracion. Solamente nos ocuparemos de él aisladamente cuando vuelva á formar parte de la corona de España, para volver de nuevo á separarse.

Haciéndolo así tendrá el lector suficiente noticia para poder juzgar por su propio criterio si la separacion fué hecha en justicia ó contra ella; y en lo sucesivo podrá tambien decidir de si la emancipacion de Portugal ha sido conveniente ó perjudicial á dicho reino.

## REINO DE CASTILLA Y LEON.

AÑO 1250 Á 1300.

Gozoso Fernando III con sus multiplicados triunfos y no menos lleno de placer al considerar cuánto se habian extendido los dominios cristianos durante su reinado, no quiso desaprovechar la buena ocasion que para continuar la grande obra de la reconquista le ofrecian aquellos mismos notables triunfos, coronados con la importantísima conquista de Sevilla.

Apenas habia dado algun reposo al ejército, que bien le necesitaba despues de un sitio de casi trece meses, emprendió de nuevo

las operaciones de campaña; y en poco tiempo, respectivamente, se apoderó de Cádiz, del Puerto de Santa María, de Sanlúcar, de Jerez, de Rota, de Arcos, de Lebrija y de Medina.

Quéjense con razon los historiadores de lo muy concisamente que refieren estos triunfos y tan grandes hazañas los cronistas, sin manifestar las circunstanCIAS de tan reiteradas conquistas, ni nombrar los valerosos caudillos que en ellas tomaron activa parte.

Viéndose poseedor Fernando III de casi toda la Andalucía, y habiendo dejado en ella tan reducido el antiguo y vasto imperio musulimico, que hasta el rey moro de Granada, el punto más importante que conservaban los mahometanos, era su tributario, quiso llevar todavía sus invictas armas contra los hijos de Mahoma; y no teniendo á quien vencer en España, concibió el gran proyecto de llevar los estandartes de la Cruz al África.

Y tal como concibió el magno proyecto quiso ponerlo por obra, dando órdenes apremiantes al valeroso y entendido almirante Bonifaz, á fin de que preparase la armada, que no estaba menos orgullosa que el ejército por la importante parte que la habia tocado en la rendicion de la hermosa reina del Guadalquivir.

Es fama que al estar todo dispuesto para la atrevida expedicion, llegó al África la noticia, y puso en grande consternacion á los infieles. El mismo rey de Fez, que á la sazón sostenia guerra contra el bando de los Beni-Merines, habia solicitado la amistad de Fernando III de Castilla; mas por desgracia, entonces se vió, como se ve tan frecuentemente, la nada de nuestro ser, y cuán desdichada es la humana condicion á que el más poderoso está sujeto: todos los vastos proyectos de gloria, de conquista y de triunfo, quedaron frustrados en su nacimiento. Una enfermedad grave y alarmante atacó al gran Fernando III.

Comprendiendo el heróico monarca que su fin se aproximaba, dió de mano á todo terreno cuidado, para dedicarse al de su alma; si bien no le imponia el creerse cercano á la muerte, como hombre de grande y probada virtud, y de morigerada é intachable conducta.

Animoso en el trance supremo como lo habia sido al frente del enemigo en los campos de la gloria, se levantó del lecho para recibir el santo Viático, y colocado de rodillas se preparó devotamente al ver que se acercaba el obispo de Segovia con la santa forma.

Puesto de rodillas se hizo atar al cuello una áspera soga, y tomando un crucifijo en la mano, hizo muy fervorosamente la protestacion de fé, comulgó de edificante manera, y mandando en seguida alejar de su vista todos los simulacros de la real grandeza, y que le tendiesen sobre un lecho de ceniza, como el gran Fernan-



do I, dijo con enérgica voz y con sincera humildad: *Desnudo salté del vientre de mi madre, y desnudo he de volver al seno de la tierra.*

Hallábase á su lado la reina doña Juana, su esposa, anegada en llanto, y con ella sus hijos y del rey D. Fernando, doña Leonor y D. Luis, así como los de la primera esposa del monarca, doña Beatriz, llamados D. Alfonso, príncipe heredero, D. Fadrique, D. Enrique, D. Felipe y D. Manuel, faltando D. Sancho, que se hallaba en Toledo, de cuya Iglesia era arzobispo electo.

El moribundo rey dirigió la palabra á su primogénito, á cuya mano iba á pasar aquel cetro que con tanta gloria habia é inculcado y estaba próximo á abandonar: le dió consejos é inculcó máximas de piedad y de virtud para el mejor acierto en el gobierno de sus pueblos, y despues de dar á toda su familia con entereza su bendicion y despedirse de ella tan resignadamente como si se preparase á un viaje para volver á verla muy pronto, se quedó solo con el prelado, pidió una candela bendita para tenerla en la diestra, y mandó que entonasen un solemne *Te Deum laudamus*, como quien sabe que va á obtener el mayor triunfo de cuantos habia alcanzado y á ceñir una corona verdaderamente inmarcesible y eternamente gloriosa, entregando su alma en manos del Criador casi al acabar los sacerdotes el himno sagrado, el día 30 de Mayo de 1252, á los treinta y cinco años y once meses de reinar en Castilla, á los veinte y dos de reinar en Leon, y casi al cumplir los cincuenta y cuatro de edad.

La vida del gran San Fernando, desde su más tierna juventud, fué un dechado de virtudes, unidas á una prudencia y un valor á toda prueba. Aun no contaba diez y ocho años cuando sometió á los turbulentos Laras y otros facciosos de su reino, sosegando este, tan agitado á la sazón como deseoso de tranquilidad. Sirvióle de mucho doña Berenguela su madre, modelo de princesas entendidas y fuertes, prudentes y enérgicas, virtuosas y bellas: esta señora, segun la oportuna expresion de un moderno é ilustrado escritor, fué el *ángel tutelar* de Fernando III.

Los muchos triunfos tan notables y dignos de consideracion que obtuvo con las armas, no impidieron el que se dedicase al gobierno de sus pueblos, y se interesase en su bienestar. San Fernando confirmó el fuero de Toledo; declaró ley el código de los visigodos, y le hizo traducir del latin al castellano; instituyó para el mejor acierto el *Consejo de los doce sábios*, y él, en fin, comenzó con su hijo D. Alfonso la redaccion de un código llamado *Setenario*, en el cual decidió recopilar ó reunir todos los fueros municipales y generales para que sirviesen de única legislacion en toda la monarquía.

No pudo terminar su obra, porque le faltó la vida; empero dióla

felice cima su hijo Alfonso, el Sábio, el cual manifiesta en su prólogo del Setenario que habia terminado aquella obra por cumplir el mandato de su padre y obedecerle en todo; y este mismo Setenario fué el origen y fundamento de las *Siete Partidas*, célebre cuerpo de leyes que tanto honra la memoria del monarca castellano, y que, segun se ve, no fué exclusivamente pensamiento suyo, puesto que la grande obra quedó comenzada por su padre.

Tambien fundó San Fernando la memorable universidad de Salamanca, y premi6 el mérito literario, segun en su lugar hem6s visto. En su tiempo florecieron el arzobispo D. Rodrigo y el obispo Lucas de Tuy, célebres historiadores; siendo tal su deseo de facilitar la carrera de las letras, que en 1252 concedió un fuero especial á los que cursasen en la citada universidad de Salamanca, por el cual los dejaba exentos de pagar ciertos derechos, diciendo aquel á la letra: *...que non den portadgo por quantas cosas aduziesen para sí mismo ellos, ó otros homes por ellos, nin de ida nin de venida*; con otros pormenores que mucho les favorecian.

De tiempo de San Fernando data la ereccion de las magníficas catedrales de Toledo y de Búrgos; y seria, seguramente, tarea interminable la de enumerar toda la importancia del reinado de Fernando el Santo, cuya muerte fué tan sentida y llorada, como habia sido gloriosa su vida; y por sus notorias virtudes fué canonizado por el Sumo Pontífice Clemente X en el siglo XVII, aunque la fama de sus eminentes virtudes hizo que desde mucho antes de esta época se reconociese su santidad y se le diese culto.

**ALFONSO X, EL SABIO.**—Año 1252. Al siguiente dia del fallecimiento de Fernando III, fué proclamado rey de Castilla y de Leon Alfonso X de su nombre, primogénito del citado monarca y de la reina doña Beatriz.

Empuñó Alfonso X el cetro á la edad de treinta y un años, y fué proclamado el último dia del mes de Mayo de 1252, ciñéndose la importante y respetada corona de Castilla, Leon, Asturias, Galicia y casi toda la Andalucía.

En los funerales de Fernando III ocurri6 un suceso notable. El rey de Granada Ben-Alhamar envi6 ciento de sus principales caballeros vestidos de rigoroso luto para que asistiesen á las reales exequias, los cuales lo verificaron con cirios encendidos en las manos: espectáculo raro y que demuestra cuán respetado y querido era Fernando de propios y extraños, como lo demostraron aquellos mahometanos asistiendo melancólicos y devotos entre los cristianos á aquella lúgubre y triste ceremonia de la Iglesia.

Con este motivo renov6se entre el rey moro de Granada y Alfonso X la amistad y alianza que aquel conservara con San Fernando, y luego que fueron partidos los nobles granadinos y rendido el últi-



mo tributo al gran rey que acababa de fallecer, su sucesor se dedicó á los asuntos del gobierno de sus vastos dominios.

Muy pronto hizo ver que no era fácil reemplazar á un rey como San Fernando. Una de sus primeras disposiciones le malquistó con el pueblo: alteró inconsideradamente el valor de la moneda, creyendo ocurrir á los males que ocasionaba la escasez de metálico, y todos los artículos subieron de precio tan excesivamente, que fué preciso acudir á establecer el máximo de los valores, queriendo remediar un mal con otro quizá mayor.

Las consecuencias de ambas medidas fueron las que muy fácilmente pueden adivinarse, y el nuevo rey abolió ó revocó las anteriores disposiciones, con lo que se atenuó el mal, pero se desprestigió el rey, dando á entender que habia procedido de ligero en un principio, y demostrando que no era la firmeza de carácter, tan necesaria en un monarca, la prenda que más habia de distinguirle.

Como guerrero continuó siendo valeroso, y no tardó mucho en tener necesidad de acreditarlo. Entre las plazas andaluzas que se rindieron á San Fernando despues de la toma de Sevilla, algunas se entregaron voluntariamente; y como en esta clase de entregas puede siempre más el temor que el amor que no se tiene fácilmente al que conquista, algunas de ellas se rebelaron tan pronto como tuvieron ocasion para ello.

Contóse en el número de las citadas ciudades á Jerez, Medina Sidonia, Lebrija y Arcos; y como todas se sublevasen simultáneamente, Alfonso X pidió auxilio á su aliado granadino, y se dirigió á someterlas, como lo verificó bizarra y brevemente (1254). La plaza de Arcos fué rendida por el infante D. Enrique, hermano del rey, al cual dejó este de gobernador de su reconquista.

Quiso Alfonso X llevar los pendones cristianos á las playas africanas, deseoso de realizar el pensamiento de su glorioso padre, cuya ejecución vino prematuramente á cortar la despiadada muerte; y decimos prematuramente porque Fernando III estaba aun en edad de poder vivir muchos años.

Al efecto, el rey Alfonso mandó construir una magnífica Atarazana en Sevilla, á fin de que se construyesen las necesarias naves; se dirigió con mensajes á Roma para impetrar el favor del Sumo Pontífice, que lo era á la sazón Inocencio IV, el cual dió su aprobación á la proyectada empresa, aplaudiendo el celo del rey, y recomendando eficazmente á los eclesiásticos el que le siguiesen y auxiliasen en tan cristiana empresa.

Hallábase ocupado en su preparacion el rey Alfonso, cuando por efecto de su imaginacion algo versátil y de poco firmes decisiones, como hemos visto en cuanto subió al trono, suspendió los prepara-

tivos para reclamar en son de guerra del rey de Portugal Alfonso III algunas plazas del Algarbe, que decia le correspondian de derecho. Fundábase en que se las habia cedido Sancho II de Portugal, hermano de Alfonso III, cuando el décimo de Castilla y Leon le prestó auxilio para recobrar los dominios que le habia usurpado su hermano el conde de Bolonia.

Temeroso el portugués del gran poder del rey de Castilla, antes de que estallase la guerra se avino á hacer la entrega del Algarbe, estipulándose además el matrimonio del rey Alfonso III con una hija del décimo de Castilla; pero hija ilegítima: llamábase Beatriz, y era su madre una señora llamada doña Mayor Guillen de Guzman (1253).

Llevó muy mal este hecho el reino portugués, así por el origen ilegítimo de la desposada, como porque Alfonso III estaba real y verdaderamente casado con la condesa de Bolonia, llamada Matilde.

La Santa Sede tuvo que intervenir en este escandaloso asunto; y declarado válido, como no podia menos de ser, el matrimonio del rey y de la condesa, mandó el Sumo Pontífice á Alfonso III se separase de Beatriz; mas no obedeció el mandato, y continuó viviendo con ella, la cual tampoco queria separarse del rey.

El Santo Padre, á consecuencia de la injustificada negativa y de la continuacion del escándalo, excomulgó á ambos consortes, sin embargo de lo cual, por entonces no se cortó el mal, y siguió figurando doña Beatriz como reina de Portugal. Tuvo esta señora un hijo llamado Dionís (ó Dionisio), y con motivo de su nacimiento solicitaron sus padres les cediese el de Castilla en feudo el Algarbe para ellos y sus sucesores, á cuya solicitud accedió Alfonso X, porque amaba mucho á su hija Beatriz, imponiéndoles como feudo la obligacion de asistirle con cincuenta ginetes siempre que reclamase este auxilio.

Volvió á pensar Alfonso X en su expedicion al África, de la cual no habia desistido; y aunque se distrajo con la reclamacion del Algarbe, la construccion de naves habia continuado en la Atarazana de Sevilla y en las costas de Vizcaya.

Otro incidente se opuso despues á la realizacion de la empresa de Africa, cuyos detalles no son de este lugar, y de los que nos ocuparemos al tratar de Navarra. Diremos solamente por ahora que Alfonso X se dirigió tambien en son de guerra á las fronteras navarras, y colocó su ejército frente á frente del de su yerno Jaime I, el Conquistador.

Afortunadamente intervinieron con oportunidad los prelados y magnates, y se estableció una tregua entre D. Alfonso y D. Jaime, que habia pasado á Navarra como auxiliar del rey de este reino (1254).



En este mismo año dió Alfonso X una nueva muestra de su débil carácter, que fué grande y lastimosa falta en un monarca tan valeroso y sábio.

Parece que por este tiempo se hallaban muy disgustados los gascones con la dependencia de Inglaterra, y no faltó quien les hizo recordar que aquel condado habia sido en otro tiempo de Castilla, á la cual le trajo en dote doña Leonor de Inglaterra, cuando se desposó con D. Alfonso VIII, el de las Navas. Con este motivo vino á España el conde de Bigorra, vizconde de Bearne, con el objeto de hacer saber á Alfonso X que los gascones querian colocarse bajo su amparo y ser sus vasallos.

Para lograrlo era necesario sostener una guerra con la nacion inglesa, la cual no queria perder aquellos dominios. Alfonso de Castilla aceptó la oferta; dió á Gaston, conde de Bigorra, los auxilios necesarios para oponerse á los ingleses, y comenzada la guerra, casi toda la Gascuña quedó muy en breve en poder del rey de Castilla.

El de Inglaterra, Enrique III, vió que iba á perder irremisiblemente aquel condado, tan opulento y bueno, y dispuso pasase á Castilla una embajada, que vino en efecto; propuso la paz á Alfonso X, y le pidió á su hermana Leonor para desposarla con el heredero del reino de Inglaterra, el príncipe Eduardo, á quien, además, cederia Enrique la Gascuña, y de este modo quedaba, si no en poder de Alfonso, indirectamente en el de su hermana.

El rey de Castilla, por efecto de su débil y manejable carácter, se avino sin dificultad á lo que el inglés proponia; mas esto no hubiera sido tan extraño como la solemne renuncia que hizo del pretendido condado en favor de Eduardo, príncipe de Inglaterra, y de sus sucesores, con todos los derechos que *tuviera ó pudiera tener* á su dominio, y *ofreciéndose á entregarle todos los documentos que en su favor tuviese de los soberanos sus predecesores* (1254). Este hecho dice más de cuanto pudiéramos añadir acerca del carácter de este soberano; carácter perjudicialísimo al reino, y que tiempo adelante le ocasionó crueles disgustos y amargó de terrible manera los últimos años de su reinado.

Bien pronto sintió el rey los efectos de su injustificable condescendencia, demostrada en más de una ocasion, cuando solo contaba poco más de dos años de reinado. Los magnates, siempre ambiciosos y mal avenidos con la real dependencia, viendo la debilidad del monarca, comenzaron á sublevarse.

El señor de Vizcaya, D. Diego Lopez de Haro, fué el primero que dió la señal de la rebelion, de muy poco digna manera; porque abandonó las banderas castellanas, para pasar á servir al rey de Aragon, y no tardó mucho en seguir su ejemplo, como era muy natural, el hijo de D. Diego, llamado Lope Diaz.



Dado el fatal ejemplo, recibió un golpe mucho más temible el rey de Castilla; su hermano D. Enrique el gobernador de Arcos, también se confederó con el rey de Aragon.

En tanto Alfonso X seguía y abandonaba alternativamente los preparativos para la guerra de Africa, y en el año 1255 impetró una nueva bula del Sumo Pontífice (Alejandro IV), pidiendo diversas gracias espirituales á favor de los cruzados que pasasen el Estrecho, sin que, á pesar de obtenerla, se llevase á cabo la expedición.

Después reclamó de la Sede Pontificia su protección para obtener la inhabilitacion de Corradino, duque de Suabia, cuyo ducado reclamó para sí por haber sido su madre la reina Beatriz, hija mayor del emperador de Austria. Tampoco en esta peticion fué más feliz que en sus demás proyectos; y estaba disgustado y abatido, cuando vino á reanimar su espíritu el nacimiento de su primogénito, á quien se puso por nombre Fernando (1256). Este infante fué el conocido D. Fernando el *de la Cerda*, así llamado por haber nacido con un largo cabello en el pecho, á manera de cerda.

Para realzar más la alegría de este fausto suceso, le siguió muy de cerca la seguridad de que no se romperian las hostilidades con Aragon, alterado con los tráfugas de Castilla que se quejaban de su rey. Este y D. Jaime se avistaron en Soria, y allí ajustaron paces y renovaron su amistad, siguiendo á este alegre suceso otro que hubiera sido de muy grande importancia á haber tenido completa realizacion.

Habia fallecido Guillermo, emperador de Alemania, y la república de Pisa, recordando el derecho de Alfonso X al ducado de Suabia, aclamó emperador al rey de Castilla y Leon, á cuyo soberano remitieron el acta de reconocimiento por mano de Bernardino Lanza.

Corría el mes de Marzo del año 1256 y hallábase aun en Soria Alfonso X, cuando el enviado de la república de Pisa le rindió homenaje como emperador de Alemania y rey de romanos, á nombre de aquella. Aceptó el reconocimiento el monarca castellano, aunque no se creía á la expresada república con el derecho electivo necesario para el caso; mas entre los verdaderos electores tuvo también votos Alfonso. Parte de ellos le eligieron también, y otros nombraron al hermano de Enrique III de Inglaterra, Ricardo, conde de Cornwailles.

Este príncipe, como se hallaba más inmediato, tomó posesion del imperio en Aix-la-Chapelle (Aquisgran), y fué coronado y sentado en la veneranda silla imperial de Carlo-Magno, según la costumbre establecida para aquellos casos; en tanto que la otra fraccion, decidida partidaria de la casa de Suabia, que habia poseido la impe-



rial corona durante un siglo, y que veía en Alfonso X un individuo de aquella ilustre familia, mandaba á Castilla una embajada para hacer saber al rey castellano su decision.

Las dos elecciones ocasionaron una ruidosa contienda, en la que, á decir verdad, estaba la razon de parte de Alfonso X, porque sus electores reclamaban la nulidad de la eleccion de su competidor Ricardo, en atencion á haber sido hecha fuera del dia señalado para el objeto, y por haber sido *comprada*. Tanto fué esto así, segun se asegura, que de los cuatro electores el de Maguncia hallábase preso por el duque de Brunswick, y el de Cornwailles le rescató por *ochó mil marcos de plata*, bajo la precisa condicion de que le daría su voto.

Estaba, sin embargo, en Alemania; habia tomado posesion y empezado á ejercer la autoridad imperial, y estas ventajas eran más poderosas que el derecho de Alfonso X y la legalidad de su eleccion. Como este importante pleito no se decidió en muchos años, continuaremos como siempre, siguiendo el orden cronológico de los sucesos.

El rey de Castilla y Leon, disgustado y quizá buscando algun medio de distraer su imaginacion del continuo pensamiento de tantas contrariedades como en pocos años llevaba sufridas, volvió su vista hácia la guerra, y recordó que habia mahometanos contra quienes combatir.

No habia degenerado Alfonso X de su padre Fernando III, respecto de su esfuerzo y decision contra los hijos del Islám: así hubiera heredado su enérgico carácter, y hubiera padecido mucho ménos y dado mucha mayor gloria y felicidad á sus reinos y súbditos. Por entonces pensó en dirigir sus armas contra los moros del Algarbe, y emprendió la grande obra de conquistar la plaza de Niebla.

Siempre contó para sus proyectos militares con el aliado de su padre y suyo, el rey de Granada Ben-Alhamar; y aunque no pocas veces dejaba este entrever su disgusto y hacia notar que obraba ó por cálculo, ó por respeto á su palabra y por cumplir un compromiso, respecto de la conquista de Niebla manifestó á las claras que obraba con gusto y decision.

La ya nombrada plaza estaba en poder de los almohades, que eran de Alhamar enemigos naturales, y deseaba cordialmente su ruina: era aquella plaza, además, el punto más formidable que aquellos poseian y como la capital de su imperio, ya exiguo respecto de lo que habia sido y pudiera ser.

Comprendiendo Alhamar lo muy perjudicial que seria para los almohades la pérdida de Niebla, puso á las órdenes de Alfonso X todas las tribus de Málaga, que unidas á las huestes del monarca cristiano formaban un respetable ejército; llevaba este además todos

los ingenios y máquinas necesarias para la opugnacion; mas tambien los almohades poseian todo género de defensas, y aun se dice que tenian *tiros de trueno y fuego*; y si es cierto lo que la crónica árabe consigna, ya usaron los moros en la defensa de Niebla *cañones*, más ó menos groseramente hechos, cosa de la cual no se encuentra noticia desde el sitio de Zaragoza por Alfonso I el Batallador, que llevaba uno de aquellos, segun un antiguo manuscrito.

Atacaron los cristianos decididamente y diversas veces la plaza; mas ganaban muy lentamente terreno; porque no era menor la decision de los sitiados, y los recursos de guerra eran tan grandes, si no mayores que los de los cristianos. Estas circunstancias hacian que el sitio se prolongase, y hubiera sido interminable si Alfonso X y sus buenos caudillos no hubiesen estrechado de tal manera el cerco, que no pudiendo entrar comestibles ni socorros de ningun género en la plaza, esta se rindió al sitiador despues de nueve meses de establecido el sitio (1257).

Además de haberse entregado la plaza, el wali pidió tener una entrevista con el rey Alfonso, y en ella se concertó que aquel entregaria otras plazas y fuertes del Algarbe, en cambio de otros dominios, como la Algaba de Sevilla, la Huerta y Torres del Rey y el diezmo del aceite de su alxarafe.

En el mismo año 1257 ocurrieron algunas sublevaciones en Valencia, cuya relacion corresponde á la parte concerniente al reino de Aragon; mas debemos indicarlo en este lugar, para consignar aqui que de los moros arrojados de Valencia pasaron no pocos á Castilla, y aun se dice que los disidentes mantenian secretas relaciones con el infante D. Manuel, no sin conocimiento del monarca castellano, sin embargo de lo cual, ó por ignorarlo D. Jaime I, ó por convenirle fingir ignorancia porque ambos estados eran temibles y poderosos, renovó con Alfonso los pactos de Soria, y acordaron ambos soberanos indemnizarse mutuamente de los perjuicios que se hubiesen uno á otro irrogado (1257).

Durante casi tres años no ocurrió cosa notable, hasta el 1260 en que proyectó Alfonso X pasar á Alemania para gestionar personalmente en favor de su eleccion y derechos á la corona imperial, que tantos inútiles gastos habia ya ocasionado al tesoro castellano. Este era uno de tantos proyectos; mas aunque hubiese querido llevarle á cabo, no hubiera podido realizarlo.

Impensadamente ocurrió una sublevacion casi general en Andalucía y Murcia: los mahometanos se manifestaron en abierta insurreccion, á cuyo frente estaba secretamente el rey de Granada. El tan *caballero* Alhamar al fin y al cabo era moro, habia de ser como todos los suyos en general, y hacer más pronto ó más tarde una infamia.



Es opinion de autores respetables que siempre guardó fingida lealtad, aguardando la ocasion oportuna para mostrarse tal cual era; y nosotros, que creemos lo mismo, no vacilamos en asegurar que fué aliado de San Fernando por temor; que á la muerte de este gran monarca renovó la alianza porque creyó que el hijo seria igual al padre, y que tan pronto como se convenció de que en carácter y firmeza era muy desemejante, decidió apresurar el momento de hacerle la guerra y manifestarse tan enemigo como no podia menos de ser de las armas cristianas.

Procedió con toda la infame arteria que comunmente se llama hábil politica, y no buscó á los que le eran necesarios para consumir la obra; por el contrario, aguardó á ser buscado. Los moros que permanecian en las plazas sometidas por Alfonso X, le ofrecieron reconocerle por su emir si les ayudaba á sacudir y deshacer el yugo de los cristianos.

Ben-Alhamar entonces reunió su consejo, meditó lo que era más conveniente, y dijo á los mensajeros que verificasen la sublevacion, puestos de acuerdo con sus correligionarios del Algarbe y de Niebla, y que hecho esto, sublevada además la Andalucía, y siguiendo el mismo impulso Murcia, Alfonso X, *su aliado y amigo*, tendria necesidad de dividir sus fuerzas para sofocar el incendio de la rebelion, y entonces consumaria él la obra cargando oportunamente con sus moros granadinos.

Satisfechos y gozosos los mensajeros, vinieron á incorporarse con los suyos; prepararon la insurreccion, y estalló esta de horrosa manera, comenzando por degollar á los confiados cristianos. No hubiera esto sucedido si comprendiendo que la gente mahometana era, fué y será siempre gente sin fé y sin ley, hubieran los conquistadores expulsado de sus dominios á aquella morisma desereida y enemiga irreconciliable de los hijos de la Cruz.

Como la sublevacion fué simultánea, ganó instantáneamente terreno; porque no era posible acudir á todas partes á un tiempo; y en Jerez murió acerbillado de heridas su gobernador el conde D. Gomez, defendiendo heroicamente la plaza.

A todo esto, el infame Ben-Alhamar mandaba socorros á los sublevados; pero sin dar abiertamente la cara, mandó gente de la suya en socorro de los de Murcia, deplorando en público que sin su orden lo hubiesen hecho. Al mismo tiempo hizo que viniesen del Africa los terribles zenetas, aunque tampoco se supo quién los habia hecho venir; en fin, para comprender si este villano procederia de maquiavélica manera, baste decir que Alfonso X, que pudo por el pronto á duras penas librar del contagio á Sevilla y Córdoba, é impedir que en la primera de ambas ciudades se apoderasen

de su esposa los insurrectos, creyéndolo siempre su amigo, se dirigió á él para pedirle socorro.

No se le negó el moro ni se le concedió; contestó tan ambiguamente que el inteligente monarca de Castilla comprendió la verdad, y con un carácter en él desusado y que el tenerle siempre le hubiera convenido mucho, sin esperar otra más terminante muestra de la deslealtad del granadino, dió orden á sus tropas para que hiciesen la guerra á las de Ben-Alhamar.

Tomó el monarca la direccion de Alcalá la Real, cuya campaña encontró asolada por los granadinos; y dando vista poco despues á las huestes del infame rey de Granada, se empenó una batalla en que este fué vencedor (1262).

Rara vez el que mal procede deja de encontrar muy pronto su merecido. No tardaron en disgustarse con el granadino los wadies de Guadix, Comares y Málaga, porque veian la preferencia que demostraba á los zenetas. Para vengarse se hicieron vasallos de Alfonso, ofreciéndose á hacer la guerra al emir: aquel aceptó la traicion, aunque no podia desconocer lo que debe esperarse de los traidores.

Fué, sin embargo, por entonces de gran utilidad al castellano la union de los wadies; porque con el mayor encarnizamiento entraron en la vega de Granada, llevándolo todo á sangre y fuego, con cuyo imprevisto ataque tuvo Alhamar que cuidar de sus dominios, dejando libre á Alfonso X para sujetar á los sublevados de Andalucía y de Algarbe.

Sostuvo en aquella dura lucha su reputacion de valiente el monarca castellano: cayeron en su poder Jerez, despues de un largo sitio, Sanlúcar, Rota, Medina-Sidonia, Lebrija, Arcos, y, lo que fué más importante, la hermosísima Cádiz, opulenta y magnífica ciudad, bella sobre toda ponderacion (1263).

Un año antes de ocurrir estos sucesos (1262) habia fallecido la desgraciada reina de Portugal, la condesa Matilde. Con su muerte terminó el ruidoso pleito, y el Pontífice Urbano IV, á instancias de los prelados de Portugal y para sacar á este reino de la triste condicion en que estaba, accedió á la dispensa de las nulidades del matrimonio de Alfonso III con Beatriz, hija bastarda de Alfonso X de Castilla, legitimando los hijos nacidos de dicho matrimonio.

La plaza de Cádiz estaba muy poco guardada, en razon á sus circunstancias y natural posicion, que la hacian, segun los enemigos, inexpugnable. Aprovechando esta ventaja y creencia, se dirigió á aquellas aguas el almirante D. Juan Garcia de Villamayor, y desembarcando inopinadamente, se apoderó por sorpresa de la plaza.



El valeroso D. Jaime de Aragon sirvió de mucho en aquella ocasion á su yerno el de Castilla. Habiendo pedido este á aquel socorro, el de Aragon se encargó de la parte de Murcia, acudió de la más noble manera, y ostentó tanto valor como generosidad, segun en su lugar veremos (1265).

Un año despues tuvieron ambos monarcas una tierna entrevista en Toledo. Recordará el lector que el infante D. Sancho, hijo de D. Jaime I, habia sido nombrado arzobispo de Toledo; mas no era sacerdote. Despues, y andando el tiempo, tomó las sagradas órdenes, y señalóse para que celebrase la primera misa el dia de la Natividad del año 1268; y con tan importante motivo suplicó á su padre se sirviese asistir á tan imponente solemnidad.

Aceptada la invitacion por D. Jaime se puso en camino, y el rey de Castilla salió á recibirle, encontrándose ambos en la línea divisoria de los dos reinos, en donde muy cordialmente se abrazaron, tomando en seguida la vuelta de Toledo.

De nuevo fué llamado á Castilla el rey Conquistador por su yerno Alfonso X. El motivo de esta invitacion era el deseo que el castellano tenia de que su suegro el de Aragon asistiese á las reales bodas de su nieto el infante de la Cerda, hijo primogénito de Alfonso y de la infanta de Aragon doña Violante.

Celebráronse, en efecto, las bodas con ostentosa magnificencia, como merecia el príncipe de Castilla, y no menos su esposa, que era hija de San Luis, rey de Francia. Fué aquella gran solemnidad celebrada en Búrgos, con más lujo, ostentacion y aparato que cuantas bodas hasta entonces se habian celebrado; y para darlas mayor realce, asistieron á ellas los dos reyes de Castilla y Aragon; todos los infantes de uno y otro reino; D. Alfonso de Molina, tío de Alfonso X; el príncipe de Francia D. Felipe, hermano de doña Blanca, la desposada; el conde de Eu, hijo del rey de Jerusalem, Juan de Brena; el infante arzobispo de Toledo, D. Sancho; los embajadores de los electores de Alemania, que aun no habian terminado la contienda acerca del que debia ser poseedor de la corona imperial; la emperatriz de Constantinopla; el príncipe Eduardo de Inglaterra, y lo que es más extraño, el rey Ben-Alhamar de Granada. Conocido el carácter falaz de este moro, nada tiene de extraordinario el verle como amigo en la córte de Castilla; lo muy peregrino es que le admitiese el rey, y solo puede comprenderse y explicarse este raro incidente, tomándole como una nueva muestra del carácter débil del décimo Alfonso.

Debemos dar razon, aunque ligeramente, del motivo que trajo á la emperatriz de Constantinopla á Castilla. Parece que esta señora, llamada María, hermana del conde de Eu é hija de Juan de Brena y de doña Berenguela de Leon, que lo fué de Alfonso VIII, tenia

un solo hijo, llamado Felipe de Courtenay. El esposo de la emperatriz María, Balduino II, emperador de Constantinopla, habia tomado á préstamo una fuerte suma de metálico que le habian facilitado unos comerciantes venecianos; y no habiéndose realizado el pago de la precitada cantidad, en garantía del cumplimiento habian tomado los usureros al príncipe Felipe, hijo de los emperadores.

La desolada madre, deseando, como era natural, rescatar á su amado hijo, intentados en vano otros medios, se dirigió á España con el objeto de implorar la piedad de los reyes de Castilla y de Aragon, á fin de reunir al menos una parte de la cantidad necesaria para realizar el rescate del príncipe Felipe.

En esta ocasion se mostró Alfonso X tan magnánimo y generoso como era sábio; y si hubiera tenido un firme carácter y una energia semejante á su sabiduria, valor y generosidad, ningun soberano hubiera sido más digno que él ni más bueno para sus pueblos.

Tan pronto como escuchó Alfonso de Castilla la angustiada súplica de la emperatriz de Constantinopla, decidió dar él solo la cantidad necesaria para el rescate del hijo de aquella, que no bajó de 10,000 marcos de plata, teniendo en cuenta, despues de su liberalidad, el que la augusta señora era su prima, y su sobrino el prisionero.

Arreglado este punto, y terminados los reales festejos, regresó D. Jaime á Aragon, y D. Alfonso quiso acompañarle en union con su esposa, hija de aquel. Hiciéronlo así, en efecto, y llegaron hasta Tarragona.

Poco despues se renovaron los festejos en Valencia, con los cuales obsequió el monarca aragonés á los de Castilla; empero muy pronto llamaron á D. Alfonso nuevos cuidados á su reino.

Una rebelion suscitada por el conde D. Nuño Gonzalez de Lara, estalló impensadamente en los dominios castellanos. Era este magnate de los más poderosos de Castilla; rico, de la más elevada alcurnia, y turbulento de carácter como el que más lo fuese.

Debía estar muy agradecido á las bondades del rey, que le habia excesivamente premiado y favorecido; mas como nunca fué en el mundo moneda usual el agradecimiento, olvidado D. Nuño de los favores, é instigado por su ambicion é inquieto carácter, buseó un pretexto para rebelarse; porque á él mismo, sin aquel, le pareció infame sin duda el desagradecimiento y la rebelion. No hay revolucionario que no halle pretexto cuando se empeña en buscarle, sea más ó menos justificado y fundado.

Corria el año 1269 cuando vino á España desde Portugal don Dionis (ó Dionisio), hijo de Alfonso III y de doña Beatriz, la hija ilegítima de Alfonso X, y por consiguiente, nieto del rey de Castilla.



Tuvo por objeto el viaje del portugués el suplicar á su abuelo relevase á Alfonso III del feudo y vasallaje por los estados del Algarbe; y el rey D. Alfonso, movido por el amor que á su hija y nieto tenia é impulsado por su debilidad de carácter, decidió en favor del demandante; mas quiso oír el dictámen de un consejo formado por los infantes y primeros magnates. Los consejeros guardaron silencio, demostrando tácitamente que no aprobaban la concesion, al mismo tiempo que comprendian la voluntad del rey favorable á aquel y no querian tampoco desagradarle.

D. Nuño Gonzalez de Lara no lo hizo así, y abiertamente se opuso á la peticion del portugués; mas como el rey, manifestamente contrariado con las palabras de Lara, obligase á los demás á dar su voto y todos se adhirieran al parecer del monarca, este quedó disgustado con D. Nuño, y de aquí tomó pretexto el magnate para su rebelion, olvidado de lo mucho que al monarca debía.

Pronto logró atraer á muchos poderosos que eran sus deudos, y lo que es más extraño aun, al infante D. Felipe, hermano del rey, el cual, aunque había sido en otro tiempo destinado á la silla metropolitana de Sevilla, estaba casado con una principal dama de la casa de Lara.

En vano gestionaron en Navarra los insurrectos para atraer al gobernador de aquel reino; y ya desesperados de lograrlo, se concretaron á formalizar la rebelion en Castilla, llegando á reunirse cerca de veinte magnates en Lerma, que era del señorío de D. Nuño, en donde formularon el programa de quejas contra el rey, siendo la primera la opresion y aniquilamiento de los pueblos, recurso que debe ser de durísimo diamante, cuando á pesar de venirse usando durante tantos siglos por los revolucionarios de todas clases, jamás se gasta ni pierde fuerza.

Obró el rey de Castilla en aquella ocasion con su debilidad é irresolucion acostumbradas. No cargó inmediatamente sobre los rebeldes para ahogar la rebelion en su nacimiento: limitóse á mandar mensajes, que es igual á tener gangrenado un brazo, y en vez de amputarle, poner sobre la gangrena unturas inútiles. Además, estando á la sazón en Murcia D. Alfonso, no regresó inmediatamente á Castilla: pasó á Alicante á consultar con Jaime I varios puntos agenos á la rebelion, cuyo aniquilamiento debía ser su primer cuidado.

En tanto los sublevados, que habían recibido una nueva negativa de parte del navarro, acudieron al rey moro de Granada; resolucion que infamará perpétuamente su nombre, porque á la rebelion contra su rey agregaron la alianza con mahometanos contra los defensores de la fé que ellos, en apariencia al menos, profesaban.

Por fin regresó el rey á Castilla, y salieron á recibirle en son de

guerra con el mayor atrevimiento los conjurados; y decimos en son de guerra, porque si bien acudieron solamente á recibirle, los aparatos eran de guerra y no de otra cosa.

Entonces el rey tuvo la nueva debilidad de preguntar los motivos de su rebelion; la paciencia de escuchar la relacion de las quejas, y la insigne necesidad de transigir con los rebeldes. Muy bien hicieron estos, despues de ver satisfechas sus más importantes demandas, en hacer otras exigencias, entre las cuales tuvieron lugar el que los nobles é hijos-dalgo no pudiesen ser juzgados por sus iguales; que nombrase adelantados en vez de merinos; que suprimiese los derechos de aduana; y otras cosas de este jaez, que en su mayor parte fueron concedidas.

No satisfechos aun los turbulentos nobles, exigieron que el rey ratificase en Córtes sus concesiones; y el dócil monarca las mandó reunir en Búrgos, y en ellas se apresuró á complacer á los rebeldes. ¿Y qué adelantó con esto el buen monarca?

Con la revolucion no se puede transigir nunca: es forzoso aniquilarla en su origen y nacimiento, ó dejarla franco el paso para que se desborde y ser resignadamente víctima de ella. Nosotros, que sin duda alguna estamos por el primer extremo, vemos en la conducta de D. Alfonso X y de los revolucionarios, un terrible ejemplo para los reyes y para los gobiernos. En siglos posteriores hemos visto en la historia confirmado lo dañoso que es para el jefe de un estado el sistema de concesiones, cuando es la revolucion quien las exige; y muy recientemente hemos visto tambien que el precitado sistema es y será siempre nocivo y causa de calamidades y desgracias sin cuenta, porque es inútil el pensar que la bondad y la condescendencia lograrán contentar á los revolucionarios. A la concesion de una exigencia sigue la peticion de otra, y unas á otras sin interrupcion se suceden, hasta encontrar una negativa en que fundar el rompimiento de las hostilidades contra el poder legitimo; y si no se sufre ninguna negativa y se agota el catálogo de peticiones, se rompe tambien abiertamente, aunque ni pretexto haya para ello, porque eso es lo que se busca y á eso forzosamente se ha de venir á parar.

De este modo sucedió con Alfonso X; todo, absolutamente todo lo concedió; y viendo los rebeldes que hasta la exigencia de la reunion de Córtes habia sido cumplida, no ocurriéndoles más que pedir, abandonaron á Castilla y fueron á unirse con *el rey moro* de Granada, que los recibió con grandísimo placer; y al abandonar infamemente su patria, fueron señalando su marcha con los actos del más execrable vandalismo, saqueando las poblaciones sin exceptuar los templos, é incendiando y talando cuanto al paso encontraban (1272).



Aun duraba por este tiempo la cuestion relativa al imperio de Alemania, que tanto costó á Alfonso X; mas llegó á tener mayor esperanza con la muerte violenta dada á su competidor Ricardo, hallándose en Inglaterra.

El rey con este motivo mandó una embajada á Roma, pero inútilmente, porque habia muerto en 1268 el Sumo Pontifice Clemente IV, y el trono pontificio continuaba vacante y lo estuvo hasta 1271, en cuyo año se recluyeron los cardenales en el palacio de Viterbo, jurando no salir de él hasta haber verificado la eleccion. Tal fué el origen del *cónclave* en que desde entonces hasta hoy son elegidos los sucesores de San Pedro.

Ocupó en 1271 el sόlio pontificio Gregorio X, que se manifestó opuesto á la eleccion de Alfonso X, influyendo con todo su poder para que reuniéndose de nuevo los electores del imperio, nombrasen otro emperador (1272).

Así se verificó, y hubo entre ellos casi completo acuerdo, porque la situacion del imperio, tantos años huérfano de jefe supremo, exigia un remedio enérgico y pronto. En razon á esto, fué elegido Rodulfo de Hapsburg, sin que desintiese ningun elector, á excepcion del rey de Bohemia, llamado Ottokar, que se mantuvo firme en favor de Alfonso X de Castilla. Esta reunion tuvo lugar en Francfort, en el mes de Setiembre de 1273.

Durante este tiempo en que la atencion del monarca castellano estaba distraida con sus pretensiones al imperio aleman, la rebelion continuó su precipitada marcha. El infante D. Felipe y los rebeldes hallábanse en Granada obsequiados por los moros, y principalmente por su rey, quien deseaba tenerlos propicios para que le auxiliasen en la empresa de someter á los walfes rebeldes que traian desasosogado el reino.

No pusieron dificultad ninguna los espúreos hijos de Castilla para complacer al granadino; por el contrario, salieron contra el wali de Guadix, en union con Mohammed, hijo de Alhamar.

Continuaba Alfonso X protegiendo á los walfes sublevados contra el granadino, y conminando á los tráfugas para que reconociesen su falta y de ella se arrepintiesen, cuando estando ya para llegar de Africa el emperador Abu-Yussuf, el altivo Ben-Alhamar, sin aguardar á aquel, y sabiendo que los walfes sus enemigos tablan sus dominios, hizo una impetuosa salida al frente de sus tropas.

Era ya Ben-Alhamar muy anciano; mas con el corazon tan ardiente y jóven como pudiera tenerle en la primavera de la vida, animando á los suyos, entre los cuales iban el infante D. Felipe y los castellanos rebeldes á D. Alfonso, salió denodadamente en busca de los walfes.

Al salir ocurrió un incidente, del cual tomaron pretexto los agoreros para augurar muy mal de la expedición; por su desgracia acertaron; y no es este el único ejemplo que de este género la historia presenta, por más que sea una ocurrencia natural y sencilla la que por presagio bueno ó malo se toma.

Al emprender el camino, el jefe que mandaba la vanguardia y que por consecuencia marchaba el primero, dió casualmente con la lanza en el dintel de la puerta, y aquella se le hizo astillas. El pueblo todo, que en turba se agrupaba á ver salir la tropa, comenzó á decir que aquel incidente claramente indicaba que iba á ser desgraciada la expedición; y no lo pudo ser más para ellos. Ben-Alhamar, el rey de Granada, cayó repentinamente del caballo á unas tres leguas de la córte, acometido por un accidente cuya gravedad dió á conocer desde el primer momento.

Quisieron llevarle á su palacio, pero no fué posible; y en el mismo sitio plantaron una tienda de campaña, en la cual espiró al momento (1273). Acto continuo fué proclamado su hijo Mohammed II.

Estaba en tanto el rey de Castilla para atraer á sí á los rebeldes, y un año antes (1272) habia celebrado Córtes en Almagro, haciendo en ellas algunas concesiones relativas á lo que en otro tiempo habian pedido los descontentos, y que eran del cortísimo número de las que no concedió en el acto, siguiendo el emprendido y perjudicial camino de la debilidad y la contemporización.

Por fin se entablaron tratos de paz entre el castellano y el granadino; porque tan dañoso era para este el que aquel tuviese por auxiliares á los walíes disidentes, como á Alfonso le era perjudicial el que Mohammed contase con el auxilio de los castellanos trásfugas y de su propio hermano.

Mediaron primero para entablar las negociaciones la virtuosa reina y el infante D. Fernando de la Cerda, hasta que se acordó la celebracion de una entrevista que debia verificarse en Sevilla, pasando á esta Mohammed II para visitar á Alfonso X.

Presentóse el rey de Granada con lucido séquito; y dice la crónica que llamaba la atencion de cuantos le miraban. Era de hermoso rostro; de grave mirar; de cuerpo esbelto y airoso; gallardo y arrogante en la presencia; elegante; sin afeminacion en el vestir, y hablaba el castellano tan bien como su natural idioma, luciendo en ambos su talento y su gracia.

Con el rey granadino se presentaron en Sevilla el infante D. Felipe, D. Diego Lopez de Haro, D. Nuño de Lara y todos los rebeldes, causando visible disgusto la primera impresion de aquella vista en el rey, que salió á caballo con toda la ostentosa pompa de la córte de Castilla á recibir al monarca mahometano.



Los primeros dias todo fué fiestas, saraos y torneos, alegría y regocijo, hasta que llegó el caso de tratar del objeto de aquella entrevista, acordando un pacto de alianza y renovando el concierto estipulado en otro tiempo con el difunto Ben-Alhamar en Alcalá la Real.

La reina, que siempre tomaba parte activa en todas las deliberaciones, y que vió cuán atento y galante era el rey moro, le pidió una gracia que este se apresuró á conceder, sin saber lo que la soberana iba á pedirle. No tardó mucho en disgustarse de su propia é impremeditada galantería.

La soberana le pidió concediese una tregua de un año á los wales disidentes, que tenian á su cargo los más importantes waliatos, como que eran los de Málaga, Comares y Guadix.

Apenas dejó asomar Mohammed al rostro el disgusto que tal petición le ocasionaba, y se apresuró á manifestar á la reina que él solo tenia una palabra, á la cual jamás faltaba; y por lo tanto, la concesion de la gracia pedida fué confirmada.

Volvióse, pues, Mohammed á Granada, y en Castilla quedaron los castellanos; por cierto que para concederles al momento cuanto exigian, como en efecto se lo concedió el rey, inútiles fueron las negociaciones, é innecesario el haber dado lugar á que se ausentasen (1274).

Libre Alfonso X de aquel cuidado, se trasladó á Toledo decidido á preparar su viaje para Italia, á fin de ver si personalmente podia convencer al Sumo Pontífice, porque no habia desistido de sus pretensiones al imperio aleman, á pesar de estar la cuestion ya resuelta en favor de otro, como en su lugar hemos manifestado. Valiérale más el haber desistido de su desatinado propósito, y cuidado del magnífico reino que poseia; por desgracia no lo hizo así, y le costó amargas lágrimas el hacer lo contrario.

En tanto terminó la tregua concedida por el rey de Granada á los wales rebeldes, y no esperó aquel mucho tiempo para romper contra ellos las hostilidades. El caballeroso Mohammed, á pesar de su decantada caballerosidad y de los pactos y alianzas, hizo una muy propia de la innata mala fé que, por punto general, abrigaran siempre los suyos.

Instó al marroquí para que le auxiliase en la empresa de someter á los wales, haciéndole ver que si aceptaba su invitacion, podrian entre los dos *restablecer el estado abatido del islamismo de Andalucía*; y ofrecíale, además, los puertos de Algeciras y Tarifa para desembarcar y disponer de ellos.

No se hizo sordo á la lisonjera proposicion el emperador Jacob Abu-Yussuf; y preparando un numeroso ejército atravesó el Estrecho, y desembarcó en Tarifa el dia 12 de Abril de 1275.

La forzosa sumision de los tres wadies siguió inmediatamente al desembarco; y el *galante* rey de Granada que *no tenia más que una palabra*, rompiendo injustificadamente la alianza establecida, y mostrándose no menos falaz y pérfido que su padre, reunió su ejército con el africano. Dividióse aquel en tres cuerpos, de los cuales uno pasó á Sevilla, otro á Jaen y otro á Córdoba, en el cual iban los tres wadies sometidos, como enemigos de Castilla.

Hallábase ya Alfonso X en Italia, y era gobernador del reino el infante D. Fernando de la Cerda; jóven vigoroso y activo, valeroso y enérgico, que dió clara muestra de ser más parecido á su ilustre abuelo que á su augusto padre, en la firmeza de carácter.

El tráfuga D. Nuño de Lara, ya reconciliado con el rey, guardaba la frontera, y llevado de un valor excesivo presentó la batalla á los invasores, sin aguardar á recibir refuerzos, y con muy poca gente.

El excesivo número de enemigos arrolló á los cristianos, y batiéndose denodadamente pereció el de Lara con toda su escolta, el número de la cual hacen llegar á cuatrocientos escuderos; y la cabeza del valeroso aunque turbulento conde, fué mandada como muestra del triunfo á Mohammed por Jacob Yussuf. Dicese que horrorizado el granadino al reconocer la cabeza del conde D. Nuño, se cubrió el rostro con las dos manos, y dando un gran alarido dijo lleno de dolor: *Por Alláh que no mereció tal muerte mi buen amigo*. Este fin tuvo el rebelde conde.

Estaba á la sazón en Búrgos D. Fernando de la Cerda, y al saber la desgraciada novedad hizo una convocatoria general á los magnates y concejos, y en tanto, con el mayor número de soldados que pudo reunir, marchó apresuradamente en direccion de la frontera; empero una desgracia más sensible é imprevista que todas las anteriores, se opuso á la heroica resolucion del valeroso infante. Al llegar este á Villa-Real, que es hoy Ciudad-Real, sintióse repentinamente enfermo, y falleció á los cinco dias (en Agosto de 1275).

Parece que este príncipe, cuya prudencia y carácter auguraban que hubiera de haber sido muy buen soberano, presintió el desheredamiento de su hijo, y cuanto poco tiempo despues iba á suceder; quizá conoceria ya el carácter de su hermano segundo. Fuese por esto, ó por natural presentimiento, es lo cierto que poco antes de morir recomendó mucho al conde D. Juan Nuñez de Lara, primogénito de D. Nuño, que cuidase de su hijo Alfonso para que heredase la corona cuando Dios llamase á sí á su padre D. Alfonso X, y abuelo del tierno niño que iba muy pronto á quedar huérfano.

El hermano del difunto D. Fernando de la Cerda llamábase don



Sancho; y apenas había espirado aquel, cuando demostró que no fué vano el recelo del moribundo. Desentendiéndose por el pronto de los asuntos de guerra, aunque era como el que más esforzado, solo pensó en hacer que le proclamasen sucesor del reino, contra los legítimos derechos de su sobrino D. Alfonso.

Como no podía hacerlo por medios legales, tuvo que apelar á los subrepticios y ocultos. Marchó apresuradamente á Villa-Real, para ponerse de acuerdo con D. Lope de Haro, señor de Vizcaya, que era de los principales caballeros; y con este unido, procuró atraer á sí á los otros caballeros y ricos-homes que habian seguido al malogrado D. Fernando.

Llevado de su ambicion, y descuidado de la seguridad de aquel reino cuyo gobierno pretendia, empezó á usar en todos los despachos el dictado de *Hijo mayor del rey y sucesor de sus reinos*, despues de lo cual, y persuadido de que habia logrado lo que deseaba, se acordó de que el comun enemigo estaba á las puertas, y continuó el camino emprendido por el desgraciado infante de la Cerda.

Mostró, empero, D. Sancho actividad é inteligencia; dió el cuidado de la frontera á D. Lope Díaz de Haro; hizo fortificar las plazas, y se dirigió á Sevilla para hacer que inmediatamente saliese al mar la armada, á fin de oponerse á todo socorro que por agua quisieran mandar de Africa al enemigo.

El refulgente sol de la gloria adquirida por San Fernando habia comenzado á eclipsarse, y presentaba cada dia más oscurecido su dorado disco. El infante D. Sancho, el arzobispo de Toledo, al frente de un ejército, se dirigió animoso al reino de Jaen, en donde el enemigo hacia grandes estragos. El príncipe D. Sancho se puso en combinacion con el arzobispo, y le mandó aguardar á que llegase D. Lope de Haro con gente de refuerzo; mas el arzobispo, llevado de un celo excesivo y de su impetuoso valor, no esperó; y adelantándose con sus mejores ginetes hasta la Torre del Campo, dió una batalla, cuyo resultado, propio de semejante temeridad, fué la muerte del mismo infante y el destrozo de su valerosa hueste.

Hecho prisionero el arzobispo, se disputaron con feroz alegría los descreidos mahometanos de quién habia de ser presa; hasta que Aben-Nazar, arraez, quiso terminar la cuestion á la manera que aquella gente feroz solia, cosiendo con su lanza á D. Sancho. Hecho esto, le cortaron la cabeza y le mutilaron, dividiendo entre unos y otros los cortados miembros como trofeo del triunfo; tocando en la bárbara reparticion á los moros granadinos el sagrado anillo, con la misma mano y colocado en el dedo.

Pálido y trémulo de justa ira D. Lope de Haro cuando al llegar vió la catástrofe, picó la retaguardia á los victoriosos infieles, y alcanzándolos no lejos de Jaen, los batió, y rescató valerosamente,

con gran sentimiento de los moros, el guion ó bandera arzobispal de Toledo, que también había caído en poder de aquellos. En esta ocasión se dió á conocer por la vez primera un jóven casi imberbe, y que había de ser, tiempo adelante, uno de los héroes cuyo nombre figura digna y noblemente en la española historia: hablamos del heroico D. Alonso Perez de Guzman, apellidado despues el *Bueno*.

Juzgue el lector hasta dónde llegaría el dolor del mal aconsejado D. Alfonso X cuando, al regresar desairado de su malhadado viaje, encontró su reino en guerra é invadido por millares de africanos y granadinos; sin hijo primogénito; con fuertes anuncios de guerra civil, á consecuencia de la espinosa cuestión de sucesion; sin algunos de sus mejores capitanes, y sin el hermano de su esposa doña Violante, el arzobispo D. Sancho, hijo de D. Jaime I.

No llevó á mal por entonces las aspiraciones de su hijo D. Sancho; primero, porque su carácter no le permitía airarse con él, y además, porque le satisfizo mucho cuanto había practicado para defender el reino.

Irritado el bizarro rey de Aragon con la muerte de su hijo don Sancho el prelado de Toledo, mandó fuertes socorros á Castilla contra los desereidos mahometanos; y tales y tan enérgicas fueron las providencias tomadas por el príncipe de Castilla, que el feroz Yacub tuvo necesidad de retirarse, replegándose sobre Algeciras.

Viendo el rey que estaban ya de mejor aspecto, aunque no de bueno, los asuntos de la guerra, propuso una tregua al africano. Este, que no conocía de antemano el valor español, pero que había visto muy á las claras que la empresa propuesta no era tan hacedera y fácil como se la habían presentado, aceptó la tregua, sin curarse de dejar comprometido á Mohammed el de Granada, porque ni entre ellos se guardan los hijos de Mahoma fé ni consideracion. Por su parte, Mohammed, que se vió de improviso aislado, y temiendo verse en el caso de sostener solo una terrible lucha, de dudoso resultado, con el gran reino de Alfonso X, reforzado con los importantes auxilios aragoneses, suplicó ser comprendido en la tregua, y esta se estipuló por dos años (1276).

A consecuencia de aquella regresó Abu-Yussuf á su reino, y el príncipe D. Sancho, despues de fortificar y dejar bien guardadas todas las fronteras, tomó la vuelta de Toledo.

Ya en paz el reino, había necesariamente de surgir otra vez la espinosa cuestión á que diera lugar la fatal muerte del príncipe D. Fernando. Había este dejado dos hijos varones, llamados Alfonso y Fernando; y aunque el príncipe los dejara encomendados al conde D. Juan Nuñez de Lara, este había fallecido, y los tiernos infantes se educaban al lado de la reina doña Violante, su abuela.

D. Sancho, el príncipe, comisionó á D. Lope de Haro, que era



su amigo predilecto, para que hablase á su padre Alfonso X á fin de que le diese el título de heredero del reino, poniendo como favorable antecedente el reconocimiento por él mismo promovido y realizado en Villa-Real.

No desechó el rey la proposición; mas su conciencia estaba intranquila: no sabia si tendría derecho para desheredar á los hijos de sus hijos; y aunque tenia previsto ya el caso en las *siete Partidas*, mandó convocar su consejo.

La misma vacilación del rey se notó en el consejo: ningun consejero se atrevia á decidir, hasta que el infante D. Manuel, hermano de Alfonso X, decidió la cuestión en favor de su sobrino D. Sancho, y no fué menester otra cosa. El rey, contra lo mismo que habia escrito en su célebre código, aprobó aquel dictámen; y D. Sancho fué reconocido y jurado sucesor y heredero del reino, en las Cortes celebradas en Segovia en el año 1276.

No estaba de acuerdo con semejante disposición la reina doña Violante; amaba mucho á sus nietos, y creia que era del mayor de los dos el derecho; mas limitándose por entonces á hacer lo único que podia, y temerosa de que pudiera surgir contra ellos alguna persecucion de muy funestos resultados, se ausentó con los tiernos príncipes de la corte, llevando tambien consigo á la madre de los niños, doña Blanca, hija de San Luis, rey de Francia; y fué á colocarse bajo el amparo de su hermano D. Pedro III, que por muerte del valeroso Conquistador reinaba ya en Aragon.

Procedió la reina de Castilla con el sigilo y destreza propios de una mujer que se propone realizar un proyecto que la interesa; y ni el mismo Alfonso X pudo penetrar cosa alguna (1277). Cuando tuvo la primer noticia y despachó mensajeros con órdenes apremiantes para detener á la reina, ya estaba esta tranquila en Aragon; y no es extraño que decidiese poner en salvo á los niños, puesto que el débil carácter del rey no era la mejor garantía de la seguridad de los tiernos huérfanos, ni de la misma reina si abiertamente se declaraba su protectora.

Entonces, quizá por la primera vez de su vida, tuvo D. Alfonso un acceso de ira, que le hizo tomar con una energía en él desusada una determinacion tan injustificada como cruel.

Creyó que la resolución de la reina habria sido sugerida por el infante D. Fadrique, hermano del rey, y sin más averiguacion mandó á D. Sancho que prendiese al infante y á su yerno D. Simon Ruiz, señor de los Cameros (á quien suponía de acuerdo con don Fadrique), y que inmediatamente los hiciese dar muerte.

No pudo encomendar á mejores manos la ejecucion de su desatentada é injustificable orden. D. Sancho obedeció, como que estaba muy en sus intereses, y el infeliz D. Fadrique fué ahogado en

*Treviño*, y el señor de los *Cameros quemado en Logroño*, sin forma de proceso, y sin tener seguridad de que hubiesen hecho lo que se les atribuía. Aun cuando cierto fuera, el poner á dos inocentes huérfanos fuera del alcance de un desatentado ambicioso, contra el cual no tenían otra defensa que la voluntad de un rey débil y vulnerable de carácter, no era ningun crimen ni merecía el menor castigo; y menos aun el horroroso que se les impuso. Téngase muy presente este hecho, porque con otros que revelan la misma crueldad, impuestos en otras épocas, habremos de recordarle cuando llegue el reinado de D. Pedro I, el *Justiciero*.

En tanto los ilustres prófugos continuaban en los dominios de Aragon, y la noble hija de San Luis remitía sus justas quejas á su hermano Felipe el *Atrevido*, rey de Francia. Este oyó la sentida demanda, y pidió al de Castilla revocase la determinacion que habia tomado, en perjuicio de los infantes de la Cerda; mas como nada adelantase, dispuso un ejército, decidido á apelar á las armas, última razon de los reyes.

Quizá con tal motivo hubiera ocurrido un conflicto entre ambos reinos; empero el Sumo Pontífice, Juan XI, se interpuso amenazando al francés con la excomunion. Pronto faltó la vida al Santo Padre; mas no por esto llevó á cabo sus proyectos de guerra el *Atrevido*; porque el sucesor de Juan XI, Nicolás III, imitó el ejemplo dado por su predecesor.

Por este tiempo espiró la tregua concertada entre Castilla y el emperador Yussuf, y Alfonso X determinó dirigirse contra Algeciras, atacándola simultáneamente por tierra y por agua.

Preparóse una fuerte armada, que para aquellos tiempos era muy respetable, puesto que se componia de veinte y cuatro grandes navios y de más de ochenta galeras, con muchísimas embarcaciones menores destinadas á trasportes y avisos.

Al propio tiempo se aprestaba en Sevilla un ejército cuyo mando se dió al infante D. Pedro, tercer hijo del soberano, destinando por caudillo de la vanguardia á otro de aquellos, pero bastardo, llamado D. Alfonso Fernandez, y apellidado el *Niño*.

Con toda rapidez se llevó á cabo el proyecto, y el cerco por tierra y agua quedó establecido de tan fuerte y estrecha manera, que sin alas no era posible salir de la plaza.

Decididos á resistir mientras tuviesen fuerzas los sitiados, el cerco se prolongaba tanto, que en el mismo campamento cristiano comenzó á sentirse la falta de subsistencias y las enfermedades. El clima ardiente y el rigor de la estacion calorosa contribuyeron no poco á esto último, y lo que no lograban los enemigos tiros de saeta y de piedra, lo hacia con sensible profusion la fatal Parca.

No fué esta desgracia la única que el ejército cristiano sufria: no



habia numerario, y trascurrían los meses sin que se pagasen los prometidos sueldos, ni á caudillos ni á jefes, ni á ginetes ni á peones. La razon de esta escasez no se comprenderia fácilmente, si no se pudiese explicar de muy clara manera. El turbulento príncipe D. Sancho, sin que el rey D. Alfonso tuviera de ello conocimiento, se apoderaba de cuanto reunían para enviar al campamento de Algeciras los judíos, que eran los tesoreros ó encargados de realizar la recaudacion.

De esta manera se exponía al ejército á una derrota, ó cuando menos á una humillacion; debiendo advertir que D. Sancho no aprovechaba para sí propio aquel dinero; le mandaba á Aragon, destinándolo á congraciarse con su madre, á fin de atraerla á sí y lograr que regresase á Castilla.

No era fácil que el triunfo coronase la grande empresa que quiso llevar á cabo Alfonso X, ni era tampoco posible el que dejase de llegar á noticia de los enemigos el precario estado de la armada cristiana, las diarias y numerosas defunciones, la continua fuga de los que por no morir ó de enfermedad ó de miseria, desertaban con el único objeto de sostener la vida y recuperar las extenuadas fuerzas.

El emperador de Marruecos, que tuvo noticia de todo, dispuso una pequeña armada, que cayó sobre la que algunos meses antes era tan poderosa; y segun se refiere, no tuvo que pelear para vencer. Las pocas personas que estaban en las embarcaciones, ó eran vivientes esqueletos y verdaderos autómatas por la extenuacion y el desfallecimiento, ó estaban postrados en el lecho del dolor. El almirante y los caudillos, que no habian abandonado el ejército, quedaron cautivos; los enfermos y moribundos fueron impiamente asesinados; las naves, incendiadas y destruidas.

Lo mismo que sucedió en el mar ocurrió en el ejército de tierra: los pocos defensores, si así podían llamarse, ó perecieron ó huyeron, contándose en este número el infante D. Pedro; y el enemigo aprovechó del campamento y los bagajes lo que le convino, y puso fuego á todo lo demás (1278).

Tal fué la *hazaña* de los marroquíes, en cuyo favor *peleó* el infante D. Sancho, sin haber tomado parte en el sitio ni como caudillo ni como guerrero. Sin su proceder tan malo, ó por lo menos impremeditado, Algeciras se hubiera rendido á las armas cristianas, y Alfonso el Sábio adquiriera con aquel hecho tanta gloria como ignominia recayó sobre él por culpa de su hijo D. Sancho, á quien tanto favoreció en perjuicio de sus nietos.

El presunto heredero de la corona hizo que las armas del reino que estaba ya llamado á regir recibiesen una cruel humillacion; mas él no perdió el fruto de sus gestiones y donativos. La reina

doña Violante regresó por fin á la corte, y los hijos del malogrado D. Fernando quedaron en poder del rey de Aragon.

Otra vez comenzaron las reclamaciones hechas por el monarca francés en favor de los desterrados hijos de su hermana; otra vez se oyó la amenaza de guerra, y otra tambien el Pontífice interpuso su poderosa mediación, á favor de la cual se trató de hacer un convenio entre Alfonso X de Castilla y Felipe III de Francia, á cuyo fin debieron avistarse ambos monarcas. El de Castilla se dirigió á Bayona acompañado del príncipe D. Sancho y del infante D. Manuel; mas Felipe el Atrevido no compareció, limitándose á enviar una embajada.

La ambicion de D. Sancho desconcertó el propuesto convenio, y dió al viento toda esperanza de avenencia. Movidó el rey por las razones que dieron los embajadores, accedió á dejar al infante don Alfonso de la Cerda el reino de Jaen, pero reconociéndose feudatario de Castilla y rindiendo homenaje á este soberano. Quitar al ambicioso D. Sancho un solo palmo de terreno, era poco menos que herirle en el corazon; y tanto hizo y tanto dijo, que los embajadores se retiraron y el rey Alfonso regresó á sus dominios, dejando la cuestion en peor estado que antes de celebrarse la entrevista (1280).

Lástima grande fué que un monarca tan verdaderamente sábio como despues veremos, tan valeroso y tan adornado de buenas circunstancias, se dejase supeditar tan facilmente: puede afirmarse que no tuvo voluntad propia y que fué mártir de su propio carácter, haciendo mártires por efecto de aquel á sus súbditos más leales.

Para combatir á los enemigos de la fé, siempre demostró que era muy digno hijo de San Fernando; porque apenas regresó de Bayona, y recordando con terrible dolor lo ocurrido en Algeciras, dispuso una expedicion contra el rey de Granada, que lo era aun Mohammed II. Mas se ve claramente que la estrella de Alfonso se habia eclipsado, especialmente en asuntos de guerra, ó quizá no se eclipsó la estrella que muy frecuentemente, como lo que llamamos fortuna, es calumniada: sus desaciertos y su facilidad en dejarse gobernar siempre por el ageno consejo, le hacian desgraciado. De un modo ó de otro, es lo cierto que no fué más afortunado en esta expedicion guerrera, que se inauguró con un degüello casi general de 3,000 castellanos, los cuales, desprevénidos, cayeron miserablemente en una emboscada. En el número de los sacrificados entraron, por desgracia, los bizarros caballeros de Santiago, cuyo maestre, D. Gonzalo Giron, fué mortalmente herido.

D. Sancho, á quien no se puede negar la calidad de valiente, y que supo merecer el renombre de *Bravo*, no se arredró por la arte-



ría de los mahometanos; avanzó denodadamente, y llegando hasta la misma vega de Granada, vengó la muerte de los leales sacrificados, talando, destruyendo, incendiando y haciendo cautivos.

Segun usanza del mundo, en donde se mezclan los placeres con las penas, y los triunfos con los desastres, al de Granada sucedieron los reales festejos celebrados á consecuencia de los enlaces matrimoniales del infante D. Juan con doña Juana, hija del marqués de Montferrato, y del infante D. Pedro con la hija del vizconde de Narbona, llamada Margarita (1281).

Tuvieron lugar en Búrgos los desposorios, de donde pasaron á Campillo el rey y el príncipe, á fin de celebrar una entrevista con D. Pedro III de Aragon, segun al tratar de este reino diremos.

Llegado el mes de Junio de 1281, se dispuso una nueva expedicion contra Granada. Reunióse un fuerte ejército dividido en varios cuerpos, mandado cada uno de estos por uno de los infantes hijos del monarca: el rey guiaba el centro, y el príncipe D. Sancho la vanguardia.

Este último, cuyo valor rayaba en temeridad, con su connatural ímpetu y genial arrojo, llegó á dar vista á las mismas murallas de la magnífica plaza; empero de pronto salieron contra él 50,000 guerreros mahometanos. Nada desconcertado por esto el bizarro príncipe, hizo frente con la mayor decision: su ejército estaba aun muy distante; sus soldados comenzaron á vacilar ante tan desigual número, y comenzó la fuga, que en la guerra, una vez comenzada, hay pocos, muy pocos cuerpos que resistan, si aquella no se logra cortar en sus principios.

Entonces fué cuando el valeroso D. Sancho manifestó de cuánto era capaz. Si se hubiera dejado vencer, la numerosa morisma hubiese avanzado y deshecho el grueso del ejército, antes de darle tiempo para formar las haces. El príncipe comprendió esto, y siendo general para sostener y dirigir la desigual lucha, soldado para batirse en la primera linea, y príncipe para contener con energía é imperio la comenzada fuga, no solamente salvó de un riesgo manifiesto al ejército que á alguna distancia le seguia, si que tambien se replegó honrosamente sin dejar de pelear, y sin volver la espalda. Despues de este suceso se entablaron negociaciones entre Alfonso X y Mohammed II, sin que tuviesen ningun resultado.

Hasta entonces, á pesar de haber atravesado épocas de continuas calamidades y disgustos, estaban unidos el rey y su heredero; mas esta union tocaba ya á su término, para aumentar los disgustos y las calamidades.

Aun no habia espirado el año 1281 cuando Alfonso X hizo una convocatoria á Córtes, las que se reunieron en Sevilla. El objeto

principal de aquella reunion fué pedir recursos para continuar la guerra contra Mohammed II; mas era el caso que el reino estaba en un increíble estado de pobreza, y no sabiendo de dónde poder sacar los recursos pedidos, que el reino estaba pronto á facilitar en atencion al objeto para que se pedian, quiso el rey terminar su reinado del mismo modo que le principi6: olvidado sin duda de los malos resultados producidos por la disposicion en otro tiempo dada relativa á la alteracion de la moneda, dispuso se acuñara, tanto de plata como de cobre, muy adulterada, falta de peso y baja de ley, pero sin rebajar el valor que tenia, y que iba á ser puramente ideal.

Convini6ron las C6rtes en lo propuesto por el monarca, cabiéndolas por su aquiescencia no pequeña parte en tama6o desacierto, puesto que las disgust6 la medida, y sin embargo, quisieron complacer al soberano; empero no fué esta desafortunada determinacion lo peor que en aquella memorable sesion ocurri6. El rey, siguiendo siempre su política incierta y vacilante, que es la peor de todas, y á impulsos de su carácter, más incierto y vacilante aun que su política, lo que neg6 al rey de Francia en Bayona por complacer á su hijo D. Sancho, lo decidi6 en las C6rtes de Sevilla, quizá para complacer al rey de Francia, desagradando á su propio hijo. Hablamos de la resolucion de ceder á D. Alfonso de la Cerda, nieto de Alfonso X, el reino de Jaen.

Con este motivo comenz6 una s6ria desavenencia entre padre é hijo, llegando el caso de altercar con más acritud de lo que podia esperarse del carácter del primero, y con menos reverencia de la que debia exigirse del segundo. Airado el rey, lleg6 á amenazar á D. Sancho con desheredarle por completo; y este repuso con no menos vehemencia, que «había de llegar día en que sintiera su padre haber pronunciado semejantes palabras.»

Esta amarga y dolorosa cuestion fué la chispa eléctrica que recorri6 veloz el espacio, para prender instantáneamente un voraz incendio. El rey se había enagenado el aura popular por su debilidad, y más aun por sus reiteradas derrotas; que es en vano el exigir de la generalidad que juzgue por las causas, cuando solo fija su atencion en los efectos. D. Sancho, por el contrario, era ya muy querido, porque pagado el pueblo de su natural bizarría, solo veía en él un héroe en los combates y un hombre de acorado carácter, sin pararse á considerar que una cosa es ser príncipe y otra muy diversa ser rey. Aficionado siempre á las brillantes exterioridades, deificaba al hijo en la misma proporcion que humanizaba al padre, y desde luego, sabida la contienda, casi todos se adhirieron á don Sancho, sin excluir los magnates y las mismas C6rtes, las cuales le suplicaron encarecidamente les libertara de la opresion en que ya-



cian; y en verdad que nada de opresor ni de tirano tuvo el desgraciado D. Alfonso X; valiérale más tal vez haber pecado en esto que en débil, aunque sean igualmente reprobables ambos defectos. Es decir que las Córtes, cuya conciencia estaba alarmada con el justo y grave cargo que podian hacer á los diputados sus poderdantes, no tuvieron bastante carácter para oponerse á los desaciertos del rey, relativos principalmente á la alteracion de la moneda, y quisieron remediar el mal ocasionado por su propia debilidad á costa de encender la guerra civil, y de provocar una nefanda lucha entre un rey y un súbdito, entre un padre y un hijo.

Siguiendo D. Alfonso los impulsos de su carácter, concedió al príncipe el permiso que solicitara para pasar á Córdoba; el pretexto fué la necesidad de terminar el tratado pendiente con el emir de Granada; la realidad, el comenzar la sedicion de acuerdo con las Córtes.

Siguieron á D. Sancho sus hermanos los infantes D. Juan, don Pedro y D. Manuel, y el primero, lejos de dar cima al proyecto de avenencia con el granadino, comenzó por confederarse con él contra su propio padre, de acuerdo con sus dos hermanos, que como él se declararon en manifiesta rebeldía. No se limitó el príncipe solamente á esto: estableció tambien una estrecha alianza con don Pedro III de Aragon, su tio, de quien era muy querido, á pesar de haber dado amparo á los infantes de la Cerda, y acto continuo celebró otro tratado igual con D. Dionisio, rey de Portugal.

¡Cuánto hubieran ganado el rey y el reino con que D. Alfonso hubiera tenido el activo y enérgico carácter de D. Sancho, y qué raros caprichos tiene la naturaleza! De Fernando III nació Alfonso X, y de Alfonso X, Sancho el Bravo.

Vióse, pues, el desolado y desventurado rey, no merecedor por cierto de tan desgraciada suerte, abandonado á sí propio, sin poder contar con sus súbditos, y sin poder aliarse con ningun soberano; porque en Navarra, único reino cristiano de España que quedaba, mandaba á la sazón Felipe el Atrevido, rey de Francia, y tambien con este se hallaba desavenido.

Así preparado todo, el rebelde príncipe convocó las Córtes de Castilla y Leon reunidas, cuando ya corría el año 1282, y á ellas concurrieron los ricos-homes y todos los procuradores. La defeccion era casi general; solo permanecian fieles al rey los caballeros de la casa de Lara, y D. Fernando Perez Ponce. La reina doña Violante, que hubiera podido darle algun consejo, y cuando nó consuelo, tan versátil como él mismo y que quizá por sus consejos, hijos de esta misma versatilidad, habia sido causadora de algunos de los males ocurridos, se declaró entonces en favor de D. Sancho su hijo, y antes, alternativamente, tan pronto protegió á este como á sus nietos,

Viendo el afligido rey el mal aspecto que la rebelion tomaba; que sus hijos estaban con el rebelde; que su misma esposa habia asistido á la reunion de Córtes; que D. Sancho las habia convocado y reunido en Valladolid como si fuera ya el soberano, y que á su llamamiento habian todos acudido, escribió una carta á su hijo el príncipe proponiéndole una entrevista en Toledo ó en Ciudad-Real, añadiendo que si no le agradaba ninguno de ambos puntos podia designar el que quisiera, seguro de que si le exponia las ofensas que él y los que le seguian tenian recibidas, serian inmediatamente indemnizados y satisfechos.

No habia D. Sancho avanzado tanto para retroceder, ni era hombre que retrocediese, si la vida le fuese en ello: además, la pendiente de la rebelion es tan grande y tan resbaladiza, que el que comienza á descender por ella camina rápidamente, y á las veces aunque quiera detenerse le es imposible. Así se vió en aquella triste ocasion: D. Sancho no hizo el menor caso del escrito; detuvo á los embajadores, y dando cuenta á las Córtes de todo lo ocurrido hasta aquella fecha, el infante D. Manuel, á nombre de los caballeros é hijos-dalgo, *pronunció contra el rey su padre la sentencia, declarándole privado de la autoridad real y depuesto del trono de Castilla*. A esta injustificable é incalificable resolucion se siguió, naturalmente, la proclamacion de D. Sancho; mas él se negó á llevar el titulo de rey en tanto que su padre viviese, limitándose á admitir el de *heredero y regente* del reino, no faltándole sino añadir *por efecto de la nulidad de su padre*, para acabar de destrozár á este el corazon y ridiculizarle á los ojos de los demás monarcas españoles y extranjeros.

Era todo esto, empero, una verdadera cuestion de nombre; porque si el príncipe no se denominaba rey, en cambio habia admitido todos los derechos y prerogativas anejas á la corona, el ejercicio de la soberanía, el mando de todas las plazas fuertes y castillos, y cuanto pudiera poseer si rey se llamase; llegando á tal extremo el escándalo y el desafuero, que se mandó no entregar al rey legítimo las rentas, y *que en ningún lugar del reino se le diese acogida*.

La rebelion comenzó, y nótese bien esto, porque el rey tenia hostigado al pueblo, y para hacer cesar los males que á este aquejaban: este es el recurso conocido siempre, y siempre practicado en casos análogos; y la primera determinacion del *regente* de la corona, que no estaba vacante ni poseida por un rey menor, fué reparar entre los que le habian ayudado á consumar el crimen y la iniquidad, las rentas de la corona, así como las de las juderías y morerías, los diezmos y otras análogas, que los traidores admitieron de muy buen grado, porque por eso eran leales al traidor: este es el fin á que siempre se aspira; el bien general importa poco, y si á



la sazón el pueblo estaba mal parado, mal parado quedó, como ha sucedido siempre y sucederá hasta la consumación de los siglos.

Una escena muy parecida en su primera parte á la que acabamos de consignar, tenia lugar por entonces en Sevilla. El afligido y desgraciado rey, rodeado de un consejo compuesto de los pocos que le habian permanecido fieles, sin hijos, sin esposa, ante un inmenso pueblo, y sobre un cadalso al intento erigido, leyó el acta terrible en que desheredaba á su hijo D. Sancho, poniéndole *bajo la maldición de Dios por impío, parricida, rebelde y contumaz.*

Gobernaba la Iglesia el Sumo Pontífice Martino IV, que no pudo permanecer impasible ante el terrible espectáculo que ofrecia Castilla. Poniéndose, como era natural y justo, de parte de la razon y del derecho, expidió un *breve* en que mandaba á todos los súbditos de Alfonso X, sin excepcion de categorías, que volviesen á la obediencia del rey, requiriendo á los soberanos de Inglaterra y Francia para que le auxiliasen. No limitándose á esto, facultó al arzobispo de Sevilla para que, en union con dos eclesiásticos de dignidad, conminase á los rebeldes y les amenazase con el terrible anatema si no abandonaban la infame senda en que se habian colocado (1283).

Fulminóse en efecto la excomunion contra algunas personas de importancia, y se puso entredicho en toda Castilla; y como si el desatentado príncipe quisiera empeorar su posicion, maldecido por su padre, excomulgado por el Vicario de Jesucristo, aun quiso dar nuevo motivo para llamar sobre su cabeza las eclesiásticas censuras. Habia realizado su matrimonio con doña María de Molina, justamente célebre en la historia, matrimonio que fué declarado incestuoso, por ser aquella señora hija del infante de Leon D. Alfonso y prima del príncipe.

El protervo D. Sancho, decidido á derramar aceite sobre el fuego, mandó á su consejo fulminar la pena de muerte contra los portadores de las letras pontificias; y como hombre que está muy seguro de que le asisten la razon y la justicia, *por sí y á nombre de sus vasallos apeló ANTE DIOS, ante el Pontífice que sucediese á Martin IV, ó ante el primer concilio que se celebrase, del agravio que se le hacia;* mas los portadores de las cartas pontificias no estaban afortunadamente en poder del rebelde príncipe.

Vergüenza y baldon fué de los caballeros que á la sazón moraban en Castilla, que si nada pudo en ellos la lealtad, tampoco les hiciese fuerza la compasion debida á un rey tan villanamente tratado y tan injustamente perseguido.

Desoido de todos los príncipes en aquella ocasion malamente llamados cristianos, acudió al emperador de Marruecos; y no lo extrañamos, *porque le consumia la pobreza.* Para vergüenza de los pri-



meros, el segundo fué más humano y generoso: tenemos satisfaccion y pesar en poder consignar la noble accion del emperador de Marruecos y de Fez; satisfaccion, porque debe constar su buena accion para que sea loada su memoria, puesto que siempre procuramos ser imparciales como debemos con los amigos y con los enemigos; y pesar, porque nos duele que un africano diese tan dura leccion á los príncipes cristianos, entre los que se contaba D. Pedro III de Aragon, que con justicia fué denominado el *Grande*.

No lo fué ciertamente en aquella ocasion, ni lo fué ningun otro soberano de los que deberian haberlo sido, dejando toda la gloria de tender una mano benéfica al rey desvalido, á uno de sus enemigos naturales, al emperador marroquí, que le remitió inmediatamente *sesenta mil doblas de oro*, haciéndole decir de su parte *que vendria á España á ayudarle á recobrar su corona si lo tenia á bien*.

Aceptó Alfonso X la proposicion del africano, el cual se apresuró á cumplir su promesa, y el rey de Castilla salió á recibirle y le encontró en Medina Zahara.

Con escaso ejército contaba el soberano, aunque pudo reunir alguno, que se unió al que trajo de Marruecos el emperador, y juntos ambos se dirigieron á Córdoba. Era gobernador de la bella ciudad, por D. Sancho, Ferrando Martínez.

Acercándose al muro las tropas de D. Alfonso, habló uno de los caudillos al gobernador, siendo lo más peregrino de este lance que preguntado Ferrando por los que se llegaban si conocia el pendon que se acercaba, respondió que era el de *su señor* el rey don Alfonso; empero al mandarle que entregase la ciudad á *su señor*, repuso Ferrando *que tenían otro señor en Córdoba*.

Viendo la hostil disposicion que presentaba la ciudad, se replegó á Ecija el ejército, y en esta se deshizo la confederacion. Cierto es que el buen D. Alfonso no merecia el cúmulo de calamidades que sobre él se desplomaron; mas no es menos exacto que todas ellas las atrajo él mismo sobre su cabeza por su malhadada debilidad.

Enemigos encubiertos ó falsos amigos dijeron á D. Alfonso que el marroquí no abrigaba otra intencion que la de apoderarse de su persona y del reino: pudo muy bien ser así; mas hasta entonces no tenia motivos para más que para alabarle y darle gracias. Sin embargo, creyó D. Alfonso aquella especie, propalada probablemente con aviesa intencion, y se separó del emperador su auxiliar.

Este, sin duda para no haber venido en balde á la hermosa España, comenzó á hacer correrías por los dominios del rey moro de Granada; y habiendo pedido auxilio á D. Alfonso, el rey de Castilla le envió á su fiel caudillo y leal servidor D. Fernando Perez Ponce con novecientos ginetes.



No sabemos el motivo ó sospecha que tendrían los guerreros para recelar que Yussuf trataba de embarcarlos por sorpresa para trasladarlos al África; pero ellos así lo supusieron, y abandonaron el campo del emperador marroquí.

Iban de regreso, cuando ocurrió á su imaginación que Alfonso X llevaría muy á mal aquella deserción; y para cohonestar la falta, determinaron acometer algún hecho de armas cuya ejecución agradase al monarca, y tal como lo pensaron lo pusieron por obra.

Aquellos valerosos ginetes solos se dirigieron intrépidamente á Córdoba, de cuya plaza salieron más de 20,000 hombres entre peones y ginetes; siendo notable que salieron también muchas mujeres provistas de sogas para atar á los cautivos que ya contaban hacer.

Hicieron frente los novecientos ginetes con un denuedo que rayaba en lo fabuloso á la multitud que contra ellos avanzaba, mandada por el valeroso caballero D. Arias Diaz. Más espantosa derrota que la ocasionada á la numerosa hueste rebelde por aquellos bizarros guerreros, no se vió jamás. Los que de Córdoba salieron, fiados en el número, atacaron sin orden ni concierto, mezclados hombres y mujeres en tropel y desorden; por el contrario, los ginetes, hábilmente dirigidos por el experto y valeroso Ponce, cargaron en toda regla, favoreciéndoles el terreno llano y á propósito; por lo tanto, el destrozo hecho por los caballos fué atroz, y los que huyeron chocaban unos con otros; muchos caían, y eran miserablemente ahogados unos, pisados y mutilados otros, logrando muy pocos llegar á Córdoba ilesos (1285).

Al reconocer los vencedores el campo, encontraron entre los muertos al rebelde gobernador Ferrando Martínez, el que reconoció el pendon de su señor, pero no le dejó franco paso porque tenía otro señor. Fué su cabeza llevada al rey de Castilla como trofeo de la victoria, y la mandó el soberano colocar *sobre la tabla de San Fernando*. Verdad es que éste último hecho puede disculparse con la rudeza del siglo; sin embargo, tal costumbre, reprochable en los sarracenos, no puede disculparse en los cristianos.

Cuéntase que D. Sancho, á la sazón ausente de Córdoba, llevó muy á mal lo hecho, manifestando que no debían haber lidiado contra el pendon de su padre, como él no lidiaría jamás, y que esto bien lo sabían todos; que si quería poseer el reino, pero solamente porque su padre trataba *de entregársele á los franceses*.

No se limitó á esto el príncipe, sino que se dirigió inmediatamente á Córdoba, con no muy humanas intenciones, y puede decirse tuvo buena cuenta á Ferrando el haber muerto en la lucha; por que dijo el príncipe que si le hubiese hallado vivo le hubiera hecho





coer en una caldera; castigo entonces muy en uso para ciertos delitos.

Repitiendo que no lucharía nunca con tropas de su padre, dió sobre este punto la más vigorosa prohibición, y juró solemnemente no llegar nunca á distancia de cinco leguas del sitio que ocupase Alfonso X.

No fué para D. Sancho muy ventajosa la derrota de Córdoba; porque el vulgo, lo diremos mil veces, juzga siempre por los efectos sin ocuparse nunca de las causas: muchos comenzaron á mirar mal la del príncipe, y los primeros que desertaron de sus filas fueron sus hermanos. D. Juan, no limitándose á dejar el rebelde pendón, se presentó á su padre, y humildemente le besó los piés y le pidió perdón, que obtuvo sin dificultad. No tuvo el rey por qué arrepentirse, puesto que el hijo le fué fiel en lo sucesivo; y habiéndole encomendado D. Alfonso el ataque de Mérida, la tomó bizarramente, sin que despues pudiera D. Sancho posesionarse de ella. Créese, y es posible, que la decision del príncipe rebelde, ostensiblemente manifestada, de no pelear contra su padre, hizo á los infantes comprender todo cuanto de execrable tenia su conducta.

Gran consuelo recibió el atribulado rey al ver á su lado arrepentidos á todos sus hijos, excepto el ambicioso príncipe, aumentando los grados de consuelo la llegada y cariñosos cuidados de doña Beatriz, también hija suya, reina de Portugal, con quien su hijo D. Dionisio había procedido como D. Sancho con Alfonso X.

Las deserciones se parecen á las reconciliaciones en que son de contagioso ejemplo. Dado este por algunos, los tráfugas se multiplican, como se multiplican los arrepentidos, en cuanto algunos dan el ejemplo de arrepentimiento. El de los infantes produjo tan grande efecto, que no solamente muchos ricos-homes imploraron el perdón y el olvido de su falta, sino que también muchas ciudades y villas aclamaron de nuevo al mal tratado monarca, cuyo único defecto fué su excesiva bondad.

Viendo D. Sancho que iba quedando casi solo, y que las personas de más valía le habían abandonado, dudó acerca del partido que debía escoger; pero los pocos que permanecieron á su lado siguieron cometiendo delitos, ó convencidos de que sacarían mejor partido siguiendo firmes en su rebeldía, ó quizá por tener mucho de lo que algunos llaman tesón, y que nosotros calificamos de flaqueza, que obliga á desechar el arrepentimiento como una debilidad, é impulsa á no ceder por no confesar el error ó la deliberada culpa. De estos eran los pérfidos y perjudiciales consejeros de don Sancho, quien decidió por fin reconciliarse con su padre, para lo cual se dirigió á Constantina, en donde el rey se hallaba. Por desgracia, los malvados á quienes antes hemos aludido hicieron colosa-



les esfuerzos para impedir la reconciliacion, porque así les convenia, le hicieron variar de su buen propósito, y se detuvo en Guadañal.

Se conoce, empero, que le acosaba el recuerdo de la terrible maldicion, ó no sosegaba con la idea de la precaria posicion en que se veia colocado despues de la marcha de sus hermanos y de casi todos los ricos-homes. De un modo ó de otro, si el príncipe varió de propósito en la apariencia por no enagenarse la voluntad de los pocos que le seguian, en su pensamiento permaneció tan fija la idea, que secretamente se trató de arreglar la entrevista entre el padre y el hijo.

Para llevar á cabo la reconciliacion, doña Beatriz de Portugal fué la encargada por Alfonso X, y doña María de Molina por su esposo D. Sancho, para conferenciar y proponer lo que en el punto en cuestion podria hacerse, á fin de realizar despues la entrevista.

Como el punto era tan árduo como espinoso y no era posible resolverle en breve tiempo, se retiró D. Alfonso á Sevilla, y don Sancho fué á esperar en Salamanca. Apenas habia llegado á esta ciudad el príncipe, cuando fué atacado de una violenta enfermedad que ganó rápidamente terreno, y los médicos le declararon desahuciado.

En tal estado llegó á verse, que creyéndole muerto, marchó apresuradamente *uno de sus amigos*, D. Gomez Garcia, á dar la infausta nueva al rey, creyendo causarle placer: tales son á las veces los fatales favoritos.

El bondadoso monarca recibió un mortal golpe, creyendo, en efecto, que su hijo era muerto sin que le hubiese absuelto de la terrible maldicion; que el buen padre es siempre, en tales casos, una imágen de Dios sobre la tierra: cuando castiga á un hijo malvado, lo hace con entrañable dolor; y desea más que la vida el tener motivo para perdonarle y volverle á su gracia.

La acerba pena del monarca, que no hallaba consuelo, aumentó sus achaques y agravó una dolencia que de mucho tiempo antes padecia; y cuando recibió la noticia de que su hijo estaba fuera de todo peligro contra el dictámen de los médicos, ya estaba él mismo en un estado de postracion que le decidió á desentenderse de todo asunto terreno, para ocuparse de la salvacion de su alma. Fué su primer cuidado el dar un público y amplio perdon á D. Sancho, levantando el horroroso anatema paternal que sobre él pesaba, haciendo extensivo el primero á cuantos habian seguido el rebelde pendon de su hijo: despues de este acto que tan á las claras demuestra la hondad de su carácter y su religiosa piedad, falleció tranquilamente el hijo de San Fernando, rodeado de los suyos (y de



doña Beatriz), quienes á porfía se esmeraron en hacerle olvidar con sus hechos la mala conducta artes seguida.

Dejó este triste mundo el atribulado monarca en el mes de Abril de 1284, á los sesenta y dos años de edad y casi treinta y dos de reinado. Fué sepultado su cadáver en el templo de Santa María, al lado de su padre el santo rey Fernando, segun su última voluntad.

Dos testamentos se encontraron hechos por D. Alfonso: uno de 8 de Noviembre de 1283, y otro de 22 de Enero de 1284. En el primero dejaba por herederos á los infantes de la Cerda, sus nietos, y en caso de extinguirse por falta de sucesion aquella linea, al rey de Francia, como biznieto de D. Alfonso el de las Navas, nieto de doña Blanca, hija de dicho soberano y madre de San Luis. Quizá por esto diria D. Sancho que su padre queria entregar el reino á los franceses; porque aunque los testamentos sean por lo comun escritos reservados, pocas cosas pueden tener verdaderamente reservadas los soberanos.

El segundo testamento, como hecho en época en que sus hijos, á excepcion de D. Sancho, estaban ya á su lado, de nuevo dejaba el reino á los infantes de la Cerda; pero daba el reino de Sevilla con Badajoz al infante D. Juan, y á D. Jaime el de Murcia, como feudatarios del soberano de Castilla.

Fué este monarca no menos piadoso que otros de sus predecesores, y dejó fundadas las catedrales de Murcia, Badajoz, Cádiz, Cartagena y Silves, haciendo grandes donaciones á las órdenes militares, y siendo decidido protector de los eremitas agustinos. Se distinguió muchísimo por su devocion á la Santísima Virgen, en cuya honra estableció una orden militar denominada de Santa María.

Llamáronle el *Sábio* con sobrada razon, y con este epíteto le conoce la historia; y tan merecido fué aquel, que sin llamarle Alfonso, todo el que sea un poco versado en la historia y oiga nombrar al rey Sábio, comprende que se trata de Alfonso X, y no de otro monarca alguno. Fué, segun los más fidedignos y entendidos historiadores, legislador, historiador, filósofo, matemático, astrónomo y poeta.

Legó á la posteridad su famoso y célebre código de las Siete Partidas, del cual el erudito Sr. Lafuente dice ser *la obra más grande y colosal de la edad media, y el monumento que nos asombra todavía al cabo del trascurso de seis siglos*. De obras filosóficas dejó escrita el *Tesoro*, que en sí encierra las tres partes de la filosofia; escribió las *Siete Partidas*, el *Fuero Real*, el *Espéculo*, sus tristes *Querellas* y bellas *Cántigas*, habiendo tambien dejado como poeta sus *Loores* á María Santísima, en muestra de su acendrada y firme devocion. Dejó, en cuanto á trabajos astronómicos,



las *Tablas* llamadas *Alfonsinas*, en las cuales no trabajó solo; y últimamente, como historiador, dejó escrita la *Crónica general de España*, que por eminentes escritores está reputada como *una de las glorias literarias de nuestra nacion*. Y todo esto lo hizo en medio de los azares de la guerra y de las vicisitudes y trastornos inherentes á las defecciones, rebeliones y asuntos políticos, que tanto distrajeron su atención, entre los cuales la llamaron durante muchos años sus justas pretensiones á la corona imperial de Alemania.

Es indudable que Alfonso X fué más perjudicial que provechoso á su reino; mas en nuestro concepto, no como algunos suponen por haber sido sábio, creyendo sin duda que el afán del estudio serviría en él para empecer toda otra ocupacion, y por lo tanto que descuidaría la gobernacion del reino.

Nosotros creemos y sinceramente confesamos que si no hubiera sido sábio, hubiera sido mucho peor para sus pueblos; porque si la sabiduría jamás puede dañar, mucho menos podrá ser perjudicial en una persona que cuenta por millones sus hijos, y que si no es un ser privilegiado, mal podrá ocurrir á todas las necesidades de aquellos y prevenir las y satisfacerlas.

No hay hombre que sea perfecto, y esta es una admirable providencia divina; porque si tan inmenso es nuestro orgullo no pudiendo ser perfectos, ¿á dónde llegaría en aspiraciones y despotismo el que lograrse serlo, y por ende mirase supeditados á su perfeccion á todos los demás hombres? Además, los mortales llevan en sí el desgraciado sello de la imperfeccion, fatal legado que recibimos de nuestro padre comun, que fué perfecto en su origen y dejó de serlo por su rebelion impía contra su Criador, legándonos con la desgraciada imperfeccion la negra ingratitud con que correspondió á inmensos beneficios, casi tan pronto como los recibiera; y vióse el primer legado en D. Alfonso X, y el segundo en su hijo D. Sancho.

Alfonso, hombre sábio, valeroso guerrero y rey piadoso, para no ser perfecto estuvo dotado de una extremada debilidad de carácter, de una bondad tan excesiva y perjudicial que le enagenó la voluntad de sus súbditos, porque dió margen á todas las revueltas, desastres y miserias que sufrió su reino, así como D. Sancho fué un perfecto modelo de ingratos, y dió margen á que el atribulado padre y perseguido rey, bañado en lágrimas el venerable rostro, exclamase: *¡Sancho, Sancho! Mejor te lo fagan tus fijos que tú contra mí lo has fecho, que muy caro me cuesta el amor que te hove.*

Empero no podremos pensar jamás que fuese perjudicial al reino su sabiduría. Si la de Alfonso X hubiera estado unida al carácter de Alfonso VIII, ó la energía y vigor de este (con la piedad



y virtudes que ambos demostraron) se hubieran podido adunar á la sabiduría de aquel, solo así se hubiera encontrado lo que no es posible hallar en el mundo, un hombre perfecto, y por consecuencia un soberano sin par.

Bajo un solo punto de vista encontramos poco ventajoso el que Alfonso X fuese tan dado al estudio. Alfonso VIII facilitó mucho el complemento de la reconquista á San Fernando, y este monarca dejó muy poco que hacer á su sucesor para terminar la grande obra; mas el sucesor del santo rey no fué del temple de San Fernando, ni de Alfonso el de las Navas. Fué, sí, valeroso; mas como guerrero no lo que aquellos, que á haberlo sido, no sabemos si los Reyes Católicos hubieran tenido la gloria de arrojar á los mahometanos de su último atrincheramiento.

Lo dicho, sin embargo, no destruye lo anteriormente expuesto: en circunstancias normales, el deseo del estudio y la sabiduría de un soberano son prendas seguras de felicidad para sus pueblos.

Tuvo otro capital defecto el bondadoso Alfonso, hijo legítimo de su misma bondad y débil carácter. Así como fué de mucho menos belicoso corazón que su padre, tampoco le imitó, antes caminó por senda diametralmente opuesta, en el punto que más debiera haberle imitado: hablamos del carácter decidido y enérgico para tener á raya á la ambiciosa y turbulenta nobleza.

Los poderosos, aptos para levantar gente de guerra, dueños de fortalezas y castillos, despóticos en sus actos, y considerándose como otros tantos soberanos, estaban llenos de orgullo y mal avenidos con toda idea de sumisión y dependencia. San Fernando, que vió en estas circunstancias un perenne foco de rebelión, con férrea energía trató de abatir aquel poder casi omnimodo, y quitándoles parte de aquel, disminuyendo las inmensas ventajas de que gozaban, y dando vigor y elevación á los sábios y á la clase media, mantuvo en paz sus dominios; mas su hijo, siguiendo el rumbo opuesto, les devolvió el poder que su padre les habia notablemente cercenado; aumentó su influencia y riquezas, creyendo hacerlos agradecidos al par que poderosos, y solo logró hacer sediciosos y desagradecidos. Así es que puede decirse de Alfonso X que fué tan *sábio* como *bueno*, y que esta bondad, por excesiva, fué su único defecto y la causa eficiente de todas las calamidades que cayeron sobre su reino, y de todos los acerbos pesares que no merecía sufrir, y que amargaron cruelmente los últimos años de su triste vida.

A este soberano cabe también la gloria de haber dado grande perfección al idioma castellano dejando muy poco que hacer, segun el sentir de un profundo crítico, á los *Solises*, *Mendozas*, *Moncadas*, *Riojas*, *Granadas*, *Cervantes*, etc. También este monarca dis-



puso que todos los documentos oficiales y públicos se escribiesen *en lengua vulgar*, proponiéndose hacer que el castellano fuese el idioma nacional de España.

D. SANCHO IV, EL BRAVO.—Año 1284.—Hallábase en Avila don Sancho cuando falleció D. Alfonso X, é inmediatamente se vistió de rigoroso luto y mandó celebrar ostentosas exequias en memoria de su padre, y multiplicados sufragios por el descanso eterno del alma de aquel desventurado rey, cuya vida tanto había él mismo amargado.

Terminados los régios funerales, tomó la vuelta de Toledo, en cuya ciudad hizo su pública entrada con doña María de Molina, su esposa. Era el último día del mes de Abril del año 1284; el nuevo rey había dejado aquel día el luto para vestir el magnífico traje é insignias reales, y en la córte se hallaron reunidas para recibirle todos los preladados y magnates, que sin oposicion le reconocieron como rey.

Nadie á la sazón se acordaba de los desgraciados infantes de la Cerda; y por si acaso esto no era así, el rey se apresuró á hacer que jurasen á su hija única la infanta doña Isabel, que tenía dos años de edad, como heredera del trono de Castilla y de Leon.

A pesar de que todos habían reconocido á D. Sancho IV, sin excluir á los que permanecieron fieles á su padre, D. Juan, poco conforme con lo que pasaba, reclamó la posesion de los reinos de Sevilla y de Badajoz. Debía, sin embargo, comprender que su hermano no accedería facilmente á la demanda: primero, porque no queria perder un palmo de terreno; y despues, porque el derecho reclamado por el infante D. Juan procedía de un testamento cuya validez hubiera excluido á D. Sancho de todo derecho á la corona. Alfonso X su padre, aunque le había perdonado sinceramente en la suprema hora, no había anulado su disposicion testamentaria, ni habilitado á su hijo mayor para subir al trono. Circunstancia era esta muy á propósito para dar lugar á revueltas y sediciones; mas había poco que temer, porque D. Sancho IV no era D. Alfonso X.

D. Juan logró adquirir algunos parciales y se preparó á tomar por fuerza lo que de grado le negaban; empero D. Sancho destruyó el complot, incapacitó á los sublevados, y entró triunfante en Sevilla, siendo aclamado y victoreado; porque el carácter distintivo de la época era la bravura, y el pueblo queria á su rey que mereció ser llamado el Bravo.

Su genio era naturalmente irascible, y áspero su carácter, y así se vió muy en breve, con motivo de un mensaje que le mandó el emperador de Marruecos.

Despues de haberle enviado sus embajadores el rey moro de Granada, que era su antiguo aliado, para darle la enhorabuena, el marroquí mandó tambien un representante suyo, llamado Abdelhac,

para decir á D. Sancho que habiendo sido amigo del padre podia tambien serlo del hijo, y que esperaba le manifestase su voluntad á este propósito.

El impetuoso D. Sancho, despues de manifestar que no habiendo recibido del africano ofensa alguna, lo mismo podia ser su amigo que su enemigo, terminó su razonamiento diciendo al mensajero que *tenia en una mano el pan y en otra el palo*, y podia elegir el emperador lo que quisiera.

En lo sustancial de esta respuesta están contestes los escritores cristianos y los árabes, y solo se diferencian ea las palabras menos rudas, pero de igual significacion, que los últimos han consignado; porque en vez del *pan* y el *palo*, dicen lo *dulce* y lo *agrio*.

El mismo rey comprendió que aquella respuesta, verdaderamente agria, podria atraer la guerra sobre su reino, y se previno desde luego para ella. Hizo venir á España á Micer Benito Zaccharia, que pasaba por un grande marino: era genovés, y aceptando la proposicion del rey D. Sancho, se apresuró á cumplir su deseo, llegando con doce buenas galeras genovesas como él. El rey nombró á Zaccharia almirante interino, y le destinó á impedir el que el marroquí se acercara á las costas de España.

Contento estaba el genovés, porque además del honor de servir al rey de Castilla, gozaba por este de seis mil doblas mensuales y la posesion del bello Puerto de Santa María á título hereditario, y con el solo gravámen de tener siempre pronta en aquel puerto una galera pertrechada y dispuesta con provisiones de boca y guerra, al servicio de D. Sancho.

En 1284, despues de haber arreglado los asuntos antes expresados, celebró el rey Córtes en Sevilla, manifestando que no eran uno mismo el antiguo príncipe y el nuevo rey; porque no es tampoco lo mismo el poseer la corona, que el pretenderla. En dichas Córtes anuló diversos privilegios á los pueblos que le habian dado apoyo cuando era príncipe; y terminadas las Córtes, pasó á Ciria para avistarse con el rey de Aragon (Pedro III, que era su tio).

La impremeditacion con que procedió á deshacer lo que habia hecho en favor de algunos pueblos que le fueron propicios contra su padre, produjo el mal efecto que era de esperar, y la sedicion levantó muy pronto la cabeza. El rey se dirigió en persona á los pueblos sublevados, y con su genio activo y férreo carácter sofocó al momento la insurreccion, dejando memoria para mucho tiempo; porque, si la crónica no exagera, ordenó D. Sancho fuertes castigos, aplicando á unos la última pena, á otros las confiscaciones, y á muchos, además de la privacion de sus haciendas, el extrañamiento del reino.

Cuando tuvo la entrevista con su tio el de Aragon, ofreció á este



darle auxilio siempre que lo necesitase, excepto si era contra el emperador de Marruecos. Sin embargo, poco despues de comenar el año 1285 tuvo que prepararse para marchar en son de guerra contra el marroquí, que habia hecho una invasion en Andalucía; y despues de talar una gran parte de terreno por Alcalá de los Gazules y Sidonia, habia sitiado á Jerez. Con este motivo pidió el rey auxilio á los hidalgos, que se le prometieron tan grande como lo necesitase, y apoyado en él preparó un buen ejército.

Al propio tiempo que esto sucedia, el tio de D. Sancho, Pedro III, solicitó el socorro de su sobrino contra Felipe el Atrevido, rey de Francia, que habia decidido invadir el reino de Aragón; y lo reclamó fundado en el inmediato parentesco y en el tratado de Ciria; empero el francés al mismo tiempo instaba á su pariente el rey de Castilla para que no auxiliase al aragonés. El castellano, que no queria dar motivo de queja á Felipe, faltó al pacto de Ciria, y contestó á su tio con buenas razones; mas le dejó abandonado, fundándose en el plausible pretexto de la invasion del marroquí Abu-Yussuf.

Mientras esto sucedia, los africanos habian ganado terreno; y cuando D. Sancho se dirigió á Sevilla, ya avanzaban contra este los feroces zenetas destacados por Yussuf, en número de 12,000, al mando de su hijo Abu-Yacub.

En aquel trance vióse D. Sancho desprovisto de fuerzas para hacer frente al numeroso ejército enemigo que habia de seguir á la vanguardia que ya estaba á la vista; mas no se desconcertó por el inminente peligro: por el contrario, acudió al ardid, y supo idear un ingenioso medio para salir de aquel conflicto.

Entró secretamente D. Sancho en la plaza, y mandó bajo rigurosas penas que nadie saliese de ella; que ninguno se dejara ver en las torres; que no se tocara ninguno de los bélicos instrumentos, ni se diese al viento el imponente sonido del bronce sagrado, ni se encendieran hogueras, ni se hiciese el más pequeño ruido.

Poco tiempo después dió vista Yacub á la ciudad; pero en vano buscó una sola persona de quien poder orientarse y tomar noticias. El sepulcral silencio; aquel aspecto siniestro y sombrío; el vasto perímetro de la magnífica ciudad, al parecer, convertido en un gran desierto, todo cuanto observaba asombrado Yacub, le intimidó tanto que detuvo su marcha; porque en circunstancias dadas, es el silencio harto más pavoroso que el estrépito.

Reflexionando estaba el príncipe marroquí, y concluyó por creer que si no habia en Sevilla preparada una insidiosa trama, por lo menos no residia allí el rey con su córte, cuando la plaza parecia despoblada; y en la duda de si seria lo primero, determinó volver riendas, y dar cuenta al emperador, su padre, de lo que ocurría.

Hízolo así, en efecto, y poco despues llegó á Sevilla un buen cuerpo de ejército conducido por el infante D. Juan y por su suegro el señor de Vizcaya, con cuya hija, doña María Diaz, estaba casado el primero. D. Sancho ordenó su ejército, mandó le siguiesen los recién llegados (D. Juan y su privado, D. Lope Diaz de Haro, el señor de Vizcaya), y se dirigió á Jerez en busca de los africanos.

No descuidando nada el rey, ordenó que se diese á la vela la armada, que contaba con cien naves mayores, para privar á Yussuf de todo socorro por agua; y dispuesto lo conveniente, se decidió á acometer sin temor á los marroquíes.

No tuvo efecto la batalla: el africano, que vió el aparato marítimo y supo que D. Sancho se acercaba, levantó apresuradamente el sitio de Jerez, y á marchas forzadas se replegó intimidado, dirigiéndose despues á Algeciras.

Este triunfo sin combate, debido al ánimo, ingenio y energía de D. Sancho, tuvo malas consecuencias por efecto de la preponderancia de algunos nobles, y por el mucho favor que el rey concedió á su privado el de Vizcaya.

El rey, que entre todas sus cualidades ninguna resplandecía más que la bravura, decidió perseguir á los fugitivos, darles alcance y batirlos, y derrotarlos por completo; mas su privado D. Lope y el yerno de este, el infante D. Juan, se opusieron, con algunos otros nobles. El rey dominado por el favorito quiso ceder, si bien su genio altivo se avenia mal con la condescendencia; pero como aquellos le hiciesen saber que si insistía ellos se retiraban, cedió, por último, aunque quedando visiblemente disgustado, y se retiró despues de guarecer y dejar provisiones en Jerez, Alcalá y Sidonia.

Quedaron unos y otros resentidos, y así permanecian cuando D. Sancho recibió proposiciones de paz del fugitivo Yussuf y del rey moro de Granada; mas el de Castilla quiso consultar á los ricos-homes acerca de cuál alianza de las dos debería preferir. El soberano se decidió por la de Yussuf, y el infante y su suegro por la del granadino: con este motivo tuvieron un fuerte altercado, y quedando desavenidos, por fin se separaron. Esta desavenencia fué el comienzo de muy sérios disgustos, que hubieran dado peores resultados si el rey hubiese tenido el mismo carácter que tuviera su padre.

Admitida la alianza del emperador africano, se avistó con este D. Sancho en Peñaferrada, y firmaron una tregua de tres años, dando el africano dos millones de maravedís. Despues se retiró á sus dominios, y D. Sancho tomó la vuelta de Sevilla.

En esta ciudad nació no mucho despues el príncipe D. Fernando (6 de Diciembre de 1285): el rey le dió por ayo á un caballero de nobilísima alcurnia, inteligencia y valor, llamado D. Ferrando (ó



Fernando) Ponce de Leon, destinando para la crianza y educacion del príncipe la ciudad de Zamora. Antes, sin embargo, y cuando solo tenia el recién nacido un mes de edad, fué en Búrgos jurado solemnemente y reconocido como heredero de las coronas de Castilla y Leon.

Casi al comenzar el año 1286 falleció en Africa el emperador Abu-Yussuf, sucediéndole en el imperio su hijo Abu-Yacub. Al propio tiempo habia subido al sólio de Francia Felipe el Hermoso, por muerte del Atrevido; y D. Sancho determinó mandar al francés una embajada para felicitarle, deseoso de estar con él en buena armonía; porque esperaba mucho de su intercesion cerca del Sumo Pontífice, á fin de lograr la legitimacion de su matrimonio con doña María de Molina, y para evitar el que á favor del nuevo soberano francés levantasen la cabeza los partidarios de los infelices vástagos del malogrado infante de la Cerda.

Pensado y ejecutado esto con la rapidez que presidia á todas las operaciones de D. Sancho el Bravo, se dirigieron á Francia como sus embajadores el obispo de Calahorra y D. Gomez García, abad de Valladolid, y felicitaron en nombre del rey de Castilla y Leon al nuevo soberano francés por su advenimiento al trono, haciendo recaer en ocasion oportuna el discurso sobre los puntos capitales que formaban el verdadero objeto de aquella embajada.

Quedaron, sin embargo, por entonces defraudadas las esperanzas del rey, y el talento de sus mensajeros se desplegó en vano. Felipe el Hermoso, que les acogió con la mayor benevolencia y trató con particular deferencia y atencion, lejos de mostrarse propicio á negar su favor á los de la Cerda é interceder con el Santo Padre para que fuese legitimado el matrimonio del rey, hizo una proposicion que destruia todos los cálculos y deshacia todas las esperanzas de D. Sancho.

Felipe el Hermoso manifestó á los embajadores lo poco dispuesto que estaba á coadyuvar á las miras del soberano de Castilla. Hizoles saber que negaria su favor á los infantes de la Cerda; pero que para esto era necesario que D. Sancho se casase con una de las dos hermanas del rey de Francia, llamadas doña Margarita y doña Blanca, puesto que era ilegítimo y nulo el matrimonio con doña María de Molina. En el caso de hacerlo así, el rey de Francia desistiria de proteger á los nietos de San Luis y sobrinos de don Sancho, é interpondria su influencia cerca del sólio pontificio, á fin de que el Sumo Pontífice dispensara el parentesco que mediaba entre el rey de Castilla y la hermana del de Francia que fuese elegida para esposa del castellano.

Tanto empeño formó en esto Felipe el Hermoso, que ofreció secretamente al abad de Valladolid el arzobispado de Santiago, que el

soberano francés se comprometía á alcanzar para él si el abad influía en el ánimo de D. Sancho para que aceptase la proposición.

Este presentaba grandes dificultades para su realización; porque además del cariño que el rey de Castilla profesaba á doña María de Molina, que era por otra parte muy merecedora de obtenerle, los hijos que ya existían de aquel matrimonio, á quienes también quería mucho D. Sancho, eran otro insuperable obstáculo.

El abad, que comprendía muy bien todo esto, y que además conocía muy á fondo el terrible carácter del rey, no se atrevió á decirle palabra de lo propuesto por el de Francia; mas tampoco negó á éste el intervenir en tan delicado asunto, y dirigió este con tal habilidad, que sin enagenarse el afecto de ninguno de ambos soberanos, logró que conviniesen en celebrar una conferencia en Bayona.

Uno y otro se dirigieron al punto designado; empero D. Sancho no se fió sin duda de la buena fé de Felipe, y se detuvo en San Sebastián, haciendo que la reina, la cual en paz y en guerra á todas partes le seguía, se quedase en Vitoria. Nombráronse por ambas partes embajadores, que habían de avistarse en Bayona; porque tampoco avanzó el soberano francés, puesto que se detuvo en Mont-de-Marsan.

Tan pronto como tuvieron principio las conferencias, fracasó la habilidad del abad, y se estrellaron todos los proyectos. Los embajadores de D. Sancho, sorprendidos con la propuesta de los de Felipe el Hermoso, relativa á la separación de los régios esposos, aunque la creyeron de suyo inadmisibles, consultaron inmediatamente á D. Sancho. Este, lleno de enojo y airado más de lo que es posible expresar, dió orden á sus embajadores para que sin oír más regresasen á su reino y diesen por terminadas las conferencias. Acto continuo se dirigió D. Sancho á Vitoria para reunirse con doña María, la cual, lo mismo que su esposo, quedó muy disgustada con el abad.

El rey dió inmediatamente al arzobispo de Toledo el encargo de residenciar al mencionado abad y tomarle cuentas de las rentas reales que estaba administrando; se asegura que del exámen resultaron fuertes cargos contra el administrador; y así debió ser, puesto que se decretó contra él la prisión, y después de algun tiempo murió en ella.

En tanto los magnates, que estaban desavenidos con el rey, continuaban urdiendo la negra trama de la sedición; mas sin embargo de esto, el señor de Vizcaya, que había sido siempre el favorito del rey desde que era príncipe, aunque pasaba por alma del cuerpo revolucionario, no había perdido su ilimitado ascendiente sobre la voluntad del monarca. Tanto era esto así, que á pesar de estar á



la sazón enemistado con el rey, se atrevió á pedir la plaza de mayordomo y alférez mayor, que habia quedado vacante por haber fallecido en Valladolid D. Pedro Alvarez que la desempeñaba; y no contento con esto, pidió tambien se le nombrase conde con las facultades y atribuciones que en los tiempos primitivos tenian aquellos, llevando su audacia á tal extremo, que despues de haber accedido D. Sancho á todas sus peticiones, aun se atrevió D. Lope á exigir todas las fortalezas de Castilla para seguridad de que el monarca no le retiraría aquellos oficios, los cuales habian de pasar á su hijo D. Diego si él falleciése (1286).

Todo lo concedió el soberano, y si no concedió más fué porque nada más pidió el favorito; y es por cierto inconcebible que aquel rey de tan fuerte condicion y tan airado carácter, solo fuese débil con D. Lope Diaz de Haro, ante el cual estaba subyugado y sujeto á una irresistible fuerza magnética.

Es sabido que al recibir D. Lope tantas mercedes juraría ser fiel al rey y á su hijo el tierno D. Fernando; pero tambien sabemos cuánto valieron antes, entonces y despues ciertos juramentos. No contento con esto el rey, en el primer mes del año siguiente (1287) hizo adelantado de la frontera á D. Diego de Haro, hermano de don Lope, y entregó á este una de las llaves de su cancillería, con solo lo cual se hizo el mismo soberano, por su propia culpa, súbdito del señor de Vizcaya; y este, que era de suyo muy ambicioso y que veia al rey enredado en sus redes, quiso continuar por el camino que bajo tan buenos auspicios habia emprendido, seguro, y hacia mal en estarlo, de que el rey no se haria superior á la fascinacion de que hasta entonces venia siendo víctima.

En esto confiado, pidió la expulsion de palacio del aya de la infanta doña Isabel, hija de los reyes; y el monarca, no solamente concedió la peticion, si que tambien hizo extensiva la expulsion á cuantos eran afectos al aya de la infanta.

Gran disgusto recibió la reina con aquella resolucion de su esposo; y aun cuando aquel agradó mucho al ambicioso D. Lope, porque deseaba separar al rey de la reina para hacerle casar con la hija del conde de Bearne, que era sobrina suya, olvidó que aquel disgusto que le complacia pudiera tornarse en breve muy amargo para él.

Cuando la Providencia decreta el castigo de los que durante largo tiempo han delinquido á mansalva, fiados en que no existe más omnipotencia que la que ellos en su soberbia suponen en sí mismos, proceden desatinadamente, y ellos mismos se acarrean y apresuran su ruina. El insaciable D. Lope olvidó que la reina tenia gran talento é inmenso ascendiente sobre su esposo; que si hoy se desavenían, la desavenencia podia muy fácilmente terminar mañana; y

que el rey era de tal condicion, que si el influjo magnético que sobre él ejercia tenia término, su ruina seria infalible y completa.

Todo esto y más olvidara el desapoderado ambicioso y exigente favorito, y tampoco paraba la atencion en la envidia que excitaba, y en los émulos que iban preparando su ruina. De una parte estaban descontentos los grandes, porque el rey les habia prohibido la adquisicion de nuevos dominios, y por los muchos perjuicios que habian experimentado; de otra las bizarras órdenes militares estaban ofendidas, porque el rey les habia retirado gran parte de las exenciones y privilegios que á tanta costa habian adquirido; y de otra el infante D. Juan miraba de reojo á su suegro, y se habia erigido en jefe de los conspiradores, los cuales disculpaban de sus ofensas al rey y las achacaban todas á su favorito.

El infante D. Juan, como acabamos de decir, era el alma de la rebelion; mas no obraba de ostensible manera, y permanecia quieto en Leon (en una villa llamada Valencia, que entonces tomó el nombre de *Valencia de D. Juan*).

Así las cosas, dirigióse D. Sancho á Astorga para asistir á la solemne misa nueva que debia celebrar el prelado de aquella diócesis; y al llegar al puente del Obispo salieron á cortarle el paso los sediciosos, entre los cuales iba gran número de ricos-homes é infinitos caballeros leoneses y gallegos.

Iba al frente de los turbulentos el infante D. Juan, que decidió arrojar la careta y presentarse tal cual era; y tomando la palabra á nombre de todos, como el más caracterizado, hizo saber al rey las quejas que tenian, y resueltamente pidió que sin pasar adelante los desagradiase.

Fácilmente puede suponerse cuánto seria el enojo del rey en aquel momento; sin embargo, hízose superior, porque estaba á merced de los rebeldes, y se limitó á decirles que se presentasen al siguiente dia en Astorga, y allí se trataria de sus quejas y se acordaria lo más conveniente.

Accedieron los sublevados á esperar, puesto que se conceptuaban entonces con más fuerza que el rey, y este no podia imponerles temor. No obstante, ni aun así quisieron pedir con decoro, como debieran de haber hecho, por lo mismo que se consideraban más fuertes.

Al siguiente dia (24 de Junio de 1287) se presentaron en Astorga de una manera tumultuosa, y causando tan inaudito escándalo en la puerta del templo, que fué preciso suspender la sagrada ceremonia, y tuvo que salir el prelado revestido del traje pontifical, por que estaba ya en el altar, y suplicar á los rebeldes que se sosegasen, en la seguridad de que el rey los satisfaria, para lo cual solo esperaba la llegada de D. Lope.



Estos ruidosos sucesos fueron de muy fatal augurio para el señor de Vizcaya; los sublevados respetaron al prelado, se sosegaron, y algun tiempo despues fueron satisfechos; porque, en efecto, su demanda era justa en su mayor parte, y la ofensa procedia del favorito, aunque no dejaron de ser rebeldes por la manera de proceder y por el desacato hecho en el puente al rey, y despues al templo, y nuevamente al soberano.

Entonces fué cuando comenzó á caer de los ojos de D. Sancho la venda que no le dejaba ver á su privado tal como era. El rey de Portugal, D. Dionisio, le habló sobre este asunto muy encarecidamente, y más aun que este el obispo de Astorga, que sabia mejor que otro alguno lo que era el favorito. Estos informes hubieron de costarle la vida; porque sabedor el de Haro de todo esto, le buscó en su misma morada, le insultó de escandalosa manera, y le hubiera asesinado si no lo hubiesen evitado los ricos-homes que le acompañaban.

Reunidos todos los expresados antecedentes al influjo de la reina, cuyo pasado pesar dió placer al favorito, y que estaba ya reconciliada con el rey de la pasajera desavenencia, D. Sancho vió claramente que su reconocida y proclamada bravura no habia impedido el que se dejase supeditar por aquel hombre ambicioso; y avergonzado de su debilidad, siendo como era tan enérgico y bravo, decidió quitar á D. Lope el gran poder que impremeditadamente le habia concedido.

Era, empero, forzoso proceder con cautela: D. Lope era á la sazón casi más poderoso que el mismo rey, y aun segun graves autores, emparentado como estaba con él, tenia sus aspiraciones al trono, si no para él mismo, para sus sucesores.

Convocó el rey las Córtes, que se reunieron en Toro, y mandó que asistiesen á ellas el infante D. Juan y el favorito. Tratábase de discutir si el rey debería proteger al de Aragon ó al de Francia, porque estaban en abierta pugna, y uno y otro pedian la alianza de D. Sancho.

La reina y muchos ricos-homes, con el arzobispo de Toledo, se decidieron por la alianza con el monarca francés; D. Lope de Haro y el infante D. Juan, con algunos otros, se decidieron por la alianza con el de Aragon, y el rey se adhirió al dictámen de los primeros, entre los cuales estaba, como ya hemos dicho, la reina.

No necesitaron más el suegro y el yerno para desavenirse con el monarca. Salieron de las Córtes visiblemente disgustados, y el infante, el mismo que en el puente de Órbigo se mostró enemigo de su suegro D. Lope, unido estrechamente á él, sin detencion levantó gente de armas, y comenzó á talar los territorios de Leon y Salamanca con tanto encono como pudieran hacerlo los mahometa-



nos, causando tales daños, que el rey llamó á D. Lope y le dijo que en virtud de ser el infante su yerno le hiciese entender lo mal que obraba, y le mandase suspender las inmotivadas hostilidades.

El soberbio favorito, al oír las palabras del rey, respondió con la mayor altivez y más descarada osadía «que no podía hacer lo que el rey mandaba, porque todo lo que ejecutaba el infante lo hacia por orden suya.»

Aun esta vez logró disimular el monarca su enojo, que fué mucho lograr, siendo de genio tan arrebatado y sobrándole tanto la razon para airarse. No lo hizo así, empero; fingió tranquilidad, y dejó creer al favorito que continuaba sujeto á su influjo, y se limitó á entablar pacíficas negociaciones como de potencia á potencia con los dos rebeldes; mas como ellos se creyesen omnipotentes y á nada accediesen, el rey les pidió que asistiesen á las Córtes, á fin de zanjar en ellas las dificultades y terminar las conferencias.

Corria ya el año 1288 cuando se juntaron las Córtes en Alfarro, y á la reunion acudieron D. Juan y D. Lope, pero acompañados de una fuerte escolta, sin embargo de que no suponian que el rey retirase su favor al de Haro.

Comenzó la sesion por la cuestion de Aragón y de Francia, como si de nuevo quisiese oír el rey los pareceres para decidir definitivamente. Estando en lo más acalorado de la cuestion, D. Sancho fingió una urgencia y salió del salon (estaban en la propia casa del rey) diciendo que en breve volveria. Examinó el monarca rápidamente la escolta que los rebeldes habian traído consigo, y visto el número de caballeros y soldados, y cerciorado de que él contaba con más gente, volvió al salon y se anunció preguntando á los rebeldes si habian acordado ya lo conveniente.

Como el rey no habia pasado de la puerta, le dijeron los interpelados: *Pasad, señor, adelante, que deciroslo hemos.* A lo que el rey repuso que habian acordado tarde, y que de allí no saldrian hasta tanto que le devolviesen todos los castillos.

Sorprendido D. Lope al oír que el rey le intimaba la orden de prision, á grandes voces llamó á los de su escolta, y al propio tiempo desaudó un largo puñal y se dirigió hácia el rey con visible intencion de asesinarle; mas uno de los caballeros fieles al monarca dió tal cuchillada al protervo D. Lope, que la mano, cortada á cercen, cayó al suelo con el mortífero cuchillo empuñado. Despues de lo cual, otro le derribó muerto de un golpe de maza que le dió en la cabeza; escena ejecutada tan rápidamente, que el rey no hubiera podido impedir la aun cuando quisiera.

No sucedió lo mismo con D. Diego, hijo del favorito, á quien el mismo D. Sancho interpeló á fin de que le explicara el por qué habia corrido las tierras de Ciudad-Rodrigo. D. Diego, ó descon-



certado ó irresoluto, nada respondió; y el rey, quizá tomando el silencio por desprecio, le dió tres cuchilladas con la espada, dejándole muy mal parado.

Acto continuo se dirigió D. Sancho al infante D. Juan, que acababa de herir á dos de los caballeros del rey; mas salvóle la reina doña María de Molina, á quien su esposo quería y respetaba: don Juan fué puesto en prision.

Terminado tan desagradable y sangriento incidente, el rey se dedicó á recuperar los castillos que le había usurpado D. Lope. En esto se hallaba ocupado cuando se le presentó la viuda del asesinado D. Lope, madre de D. Diego y hermana de la reina: llamábase doña Juana de Molina.

D. Sancho la hizo saber que la desgracia ocurrida se la había buscado el mismo D. Lope, y que no abrigaba ninguna prevencion contra su familia, en prueba de lo cual confirmaría á D. Diego en todos los cargos que ejercia su padre, si era leal y no le hacia la guerra.

Doña Juana ofreció cuanto el rey quiso; mas obrando con una muy vituperable falsia, se reunió á su hijo y le incitó á vengar la muerte de su padre.

Grandes proporciones tomó muy en breve la rebelion: todos los individuos de la familia de Haro, con D. Diego á la cabeza, y otros sus amigos y aliados, se decidieron en favor de los desheredados infantes de la Cerda y en contra de D. Sancho IV. Despues de organizar la rebelion y prepararla para estallar, D. Diego pasó personalmente á Aragon, á fin de tratar con el rey de este reino de la pronta libertad de los mencionados infantes de la Cerda, que á la sazón estaban detenidos en el castillo de Játiva: proposicion que no disgustó al aragonés, estando como estaba entonces mal avenido con el rey de Castilla.

Poco tiempo tardaron en arreglarlo todo, y D. Alfonso de la Cerda fué solemnemente proclamado rey por los insurrectos, entre los cuales se contaba una buena parte de los castellanos viejos; toda la Vizcaya siguió el movimiento, animada del espíritu de venganza, porque el asesinado D. Lope era su señor. Este tenia un hermano que era adelantado de la frontera andaluza, el cual con el maestre de Calatrava y con sus parciales, faltando á su deber, abandonó á Castilla y pasó á Aragon para reunirse con su sobrino y con los partidarios del proclamado Alfonso.

Hizo muy poco aprecio por el pronto D. Sancho el Bravo de aquel movimiento insurreccional, y continuó en su tarea de recuperar castillos. Estaba además satisfecho porque Felipe el Hermoso, rey de Francia, le invitaba á una entrevista, al mismo tiempo que el rey marroquí le proponia un tratado de paz; y sin detenerse más

que el preciso tiempo en Vitoria para visitar á su esposa, que acababa de dar á luz al infante D. Enrique, se dirigió á Búrgos, hizo trasladar á aquel castillo al prisionero D. Juan, y partió en direccion de Portugal para avistarse con el rey D. Dionisio.

Este soberano le facilitó gente de guerra para reforzar su ejército, y vuelto D. Sancho á Castilla reunió sus fuerzas militares y se preparó á hacer frente á los facciosos; porque la guerra habia tomado rápidamente colosales proporciones: Alfonso XI, segun le llamaban sus partidarios, habia sido solemnemente proclamado en la ciudad de Jaca; y entre los defensores de aquel, muchos de ellos de gran importancia y valía, se contaba al mismo Alfonso III de Aragon.

Afortunadamente para D. Sancho, por aquel tiempo falleció don Diego de Haro, el hijo de D. Lope, y alma de la injusta guerra; mas no en campaña, sino á consecuencia de su estragada vida.

Tardaban en romperse las hostilidades: el rey habia llegado á Almazan; mas siendo ya tiempo de que se trasladase á Bayona para celebrar su entrevista con Felipe el Hermoso, dejó el mando del ejército á su cuñado D. Alfonso de Molina, y él tomó la vuelta de Bayona, seguido del necesario ejército para someter á los vascongados (1289, mes de Abril).

Las conferencias de Bayona eran siempre irrealizables. Felipe IV de Francia mandó mensajeros á Sancho IV de Castilla, á fin de proponerle el aplazamiento de la entrevista para el mes siguiente, pretextando el estado de los asuntos de su reino.

Hallábase ya el rey en San Sebastian, y disgustado regresó á su reino y se dirigió á tomar nuevamente el mando del ejército. Frente á frente estuvieron el del rey y el del enemigo, sin que ninguno de ambos rompiese las hostilidades ni demostrase el menor deseo de venir á las manos.

Poco despues se vió una vez más que los revolucionarios no querian otra cosa que el propio provecho, á costa del bienestar ajeno. Despues de algunas mútuas y parciales incursiones de castellanos en Aragon, y de aragoneses en Castilla, el hermano de don Lope de Haro, yendo derecho al objeto, comenzó á usurpar al rey las plazas que este habia concedido al difunto señor de Vizcaya, llegando hasta Cuenca, y asolando y pillando cuanto podia.

Salió á oponerse al faccioso prócer un cuerpo de ejército, á cuyo frente puso el rey al pundonoroso caballero D. Rui Paez de Sotomayor. Envidiosos algunos de los magnates que en la hueste iban del puesto de honor que habia sido conferido á D. Rui, manifestaron altivamente que no pelearian á las órdenes de un hombre que solo habia alcanzado la honra de caudillo por mero favoritismo. El rey, que era muy poco á propósito para revocar sus disposiciones,



en lo que no se pareció positivamente á su padre, conservó á Sotomayor en su puesto; y este honrado caballero, cumpliendo como bueno, se batió tan denodada é imprudentemente que halló la gloriosa muerte de los héroes sobre el campo de batalla, merced al insigne orgullo de los próceres que le obligó á demostrar una serenidad innecesaria.

Por entonces proclamaron á D. Alfonso de la Cerda en Badajoz, á consecuencia de haberse batido los dos partidos de portugueses y bejermanos por cuestiones particulares; mas como el rey quiso enfrenarlos y ellos desobedecieron, temiendo despues la severidad del soberano se precipitaron por completo, enarbolando el negro estandarte de la rebelion. Con este motivo nos vemos obligados á consignar un hecho que afea la memoria de D. Sancho IV, tal que no le hizo parecido ningun monarca, por airado que estuviese, y que se hubiera repetido y recalcado á haberle cometido D. Pedro I, á quien malamente llamaron *Cruel*.

Sabido el exceso á que se habian dejado arrastrar los extremeños, mandó el rey contra ellos á todas las órdenes militares con sus respectivos maestros. Antes de tratar de sujetarlos por fuerza de armas, publicaron en nombre del monarca y *de su parte* el perdón para aquellos que sin resistencia se entregasen. Confiados en la promesa se entregaron todos; y si la crónica dice verdad, tan pronto como aquellos desgraciados sin pelear se rindieron, *mandó el rey matar á todos los del linaje de los bejermanos*: asegúrase que perecieron en aquel desastroso día más de cuatro mil personas de ambos sexos.

No parando en esto la saña del rey se dirigió á Toledo, en donde se habian cometido no pocos desmanes, robos, violencias, asesinatos. D. García Alvarez, que era el alcalde mayor de la ciudad, no castigó á los autores de aquellos con toda la energía y dureza que á juicio del rey merecian. Entonces D. Sancho, para hacer justicia á su manera, mandó matar al alcalde mayor; igual desgraciada suerte cupo á D. Juan Alvarez, hermano del alcalde, y á crecido número de caballeros é hijos-dalgo, quizá porque se les tuvo por complicados en aquellas reprobables escenas.

Iguales desastres tuvieron lugar en Avila y en Talavera, por idéntica causa: las poblaciones, es cierto, quedaban sosegadas y tranquilas; pero era á costa de sangre, en abundancia derramada.

La severidad y, si se quiere, crueldad del rey dieron margen á que se disgustasen muchos nobles, los cuales, por otra parte, estaban ya de antemano celosos del favor que D. Sancho dispensaba á un caballero llamado D. Juan Nuñez de Lara.

Era D. Juan valeroso guerrero y hombre entendido: su celebridad, que no nos parece envidiable, databa de la época en que inti-

mamente unido al rey de Francia y atrincherado en Navarra, ocasionaba serios disturbios en Aragon, siendo soberano de este reino D. Pedro III.

Este hombre valeroso y entendido, segun ya hemos dicho, empero díscolo, poco leal, é interesado de baja manera hasta el punto de merecer la calificacion de venal, fué quien formando estrecha amistad con el soberano de Castilla en contra del de Aragon, llegó á ser casi árbitro del poder, por efecto de su privanza con don Sancho.

No es, por cierto, extraño el que los nobles se disgustasen de la preferencia que el rey daba á semejante personaje; y habiendo decidido aquellos romper la expresada amistad, apelaron á un medio poco noble y generoso; hicieron uso de *cartas anónimas* dirigidas á D. Juan, avisándole en ellas la intencion que abrigaba el rey de asesinarle.

Puede asegurarse que no pasó semejante idea por la imaginacion del rey; porque entre sus defectos, jamás tuvieron lugar la falsedad y la arteria, tan frecuentemente llamadas *hábil política*, y tan usadas por celeberrimos personajes de todos tiempos y épocas. Pudiera haberlo pensado D. Sancho, mas la ejecucion hubiera seguido al pensamiento con la misma velocidad que el trueno al relámpago: disimular en él era obra imposible, á no ser que el disimulo hubiese de durar muy pocas horas, como sucedió en las Córtes de Alfaro con D. Lope Diaz.

Recibió D. Juan Nuñez varios avisos análogos; y recordando la ferocidad del rey y el desastroso fin del señor de Vizcaya, á quien acabamos de aludir, creyó lo que los anónimos decian, y abandonando repentinamente á Valladolid se puso en salvo.

Los incidentes de esta especie siempre llevan en pos de sí importantes consecuencias. Doña María de Molina, tan hábil y previsora, comprendió todos los males que podía ocasionar al reino la enemistad de aquel hombre, peligroso siendo amigo, y fatal como enemigo declarado; y deseando conjurar á tiempo el mal, procuró atraer al de Lara, y con su persuasivo lenguaje le convenció de la falsedad de los escritos que le habian dirigido.

Avinose el favorito á reconciliarse con el rey; mas exigió algunos castillos en rehenes ó garantia de la amistad del rey, y como prenda de la estabilidad de aquella avenencia; y D. Sancho, justamente ofendido de la inmotivada fuga de su favorito, y de que tan fácil y ofensivamente se hubiera desconfiado de él, se negó rotundamente á la exigencia de D. Juan Nuñez de Lara.

Los cortesanos que llevaron á cabo la trama comprendieron muy bien el carácter del monarca y del favorito, y asimismo calcularon que no sería perdido su *loable* trabajo.



Oida por el de Lara la negativa del rey, realizó su fuga y se dirigió á Aragon. No mucho tiempo despues entró como enemigo en Castilla, haciendo cruda guerra al monarca, su favorecedor, por tierras de Alarcon y de Cuenca.

Por aquel tiempo habia dado á luz un nuevo infante la reina doña María de Molina. Esta señora, activa siempre y siempre inteligente y previsora, á pesar de su delicada situacion, intervino nuevamente en bien de sus pueblos, y logró atraer al rebelde Lara; mas no fué sin que este hiciese nuevas y mucho mayores exigencias.

El desagradecido y ambicioso favorito puso como condicion para dejar las armas y regresar á Castilla, la cesion en su favor de todos los castillos que en ocasion análoga habia pedido, exigiendo tambien se le entregasen en rehenes cuantos caballeros y ricos-homes ocupaban el fuerte ó castillo de Moya.

Accedió el rey á tan extraordinaria peticion, y Lara pidió despues la mano de doña Isabel de Molina, sobrina carnal de la reina de Castilla y Leon, para su hijo D. Juan Nuñez; con la mano de aquella señora pidió tambien los derechos al señorío de Molina. Todo fué otorgado y puntualmente cumplido cuando ya corria el año 1290; y Sancho el Bravo, el indomable, á todo accedió, dando clara muestra de que su fortaleza se dejaba dominar de la influencia de sus favoritos, ó de que el poder de un rey en aquella fatal época era impotente para subyugar á los turbulentos y ambiciosos magnates.

En el mismo año 1290 se realizó por fin la entrevista de D. Sancho con Felipe, rey de Francia. Por un solemne tratado que se firmó en Bayona, el rey de Francia renunció á toda pretension al trono de Castilla en favor del infante de la Cerda (D. Alfonso). Sancho el Bravo cedió en favor del expresado D. Alfonso el reino de Murcia, como feudatario de Castilla; y el rey francés, colmando los ardientes deseos del soberano de Castilla y de su esposa, aceptó el encargo de negociar con la Santa Sede la dispensa del parentesco que mediaba entre ambos régios esposos, la cual habia sido hasta entonces solicitada en vano.

Pasaremos por alto las escenas subsiguientes, de suyo poco gratas y desprovistas de interés, reducidas á nuevas intrigas de los envidiosos, dirigidas á enemistar de nuevo al favorito con el soberano; á usar otra vez de escritos anónimos y apócrifos; á intervenir la reina eficazmente para cortar los males que al reino amenazaban; á desavenencias y reconciliaciones de duracion efimera, y á castigos impuestos á los delatores por el rey, no menos fuertes y terribles que los acostumbrados en épocas anteriores y sucesivas.

Despues de tanto disgusto y de no poca sangre lamentablemente



derramada, D. Juan, el favorito, se mostró declarado enemigo; y con el fin de colocar al monarca en más difícil y espinosa posición, hizo de modo que otro noble poderoso, llamado D. Juan Alfonso de Alburquerque, se insurreccionase en Galicia (1291).

D. Sancho inopinadamente mandó poner en libertad al infante D. Juan (preso en las Cortes de Alfaro, según recordará el lector), y desde el castillo de Curiel en que se hallaba le hizo pasar á Valladolid, á fin de que prestase juramento de fidelidad al soberano y á D. Fernando su sucesor.

Ni los antiguos cronistas explican, ni los modernos historiadores comprenden el motivo que tuvo D. Sancho para dar libertad á su hermano, quien naturalmente debía estar ofendido, y menos aún podrá comprenderse si se tienen en cuenta las difíciles circunstancias por que el reino atravesaba, y cuánto podían agravarse estas si el infante nuevamente se declaraba en abierta rebeldía. Es, sin embargo, positivo este hecho, así como no lo es menos el que D. Sancho acto continuo tomó la vuelta de Galicia, y haciendo con no escasa habilidad que el rebelde Alburquerque se sometiese y reconciliase con él, sosegó el país y sofocó la insurrección.

Terminado de tan feliz manera este desagradable incidente, se concertó el matrimonio del príncipe D. Fernando, presunto heredero de la corona, con la princesa de Portugal doña Constanza, hija del rey D. Dionís. Esta señora era recién nacida, y el príncipe apenas contaba seis años: por consiguiente, fué ajustado el matrimonio de futuro, en una entrevista que el rey de Castilla y Leon tuvo con el de Portugal, en la frontera de este reino.

En el mismo año 1291 llegó de Roma la deseada dispensa matrimonial, con cuya feliz ocurrencia rayó muy alto la alegría de los reyes y de la corte. Para hacerla subir de punto se ajustó el matrimonio, de futuro también, de la infanta doña Isabel de Castilla, que á la sazón contaba nueve años de edad, con el joven D. Jaime II que acababa de ascender al trono de Aragón; y para colmo de fortuna, el turbulento Nuñez de Lara, cansado quizá de ser rebelde sin todo el resultado que deseaba, se refugió en Francia y libró á Castilla de su odiosa presencia.

Al espirar el año 1291 estaba preocupado D. Sancho con la idea fija de hacer la guerra á los sarracenos; y un impensado incidente vino á facilitarle los medios de realizar su anhelado propósito.

Corría ya el año 1292 cuando Mohammed II rey de Granada, pidió auxilio al rey de Castilla, contra Yussuf Abu-Yacub, rey de Marruecos. Este, disgustado con el emir granadino porque logró apartar de la obediencia del marroquí al walí malagueño, desembarcó en Algeciras y sitió á Vejer.

D. Sancho no retardó en mandar socorro á Mohammed, con el



cual habia de antemano renovado una amistosa alianza; y para auxiliar al granadino mandó al almirante genovés Benito Zaccharia, que estaba al servicio de D. Sancho, como muy bien recordará el lector, con una respetable armada.

El marroquí, temeroso al ver el socorro que de Castilla llegaba y recelando le fuese cortada la retirada, levantó apresuradamente el sitio y embarcándose con presteza se retiró á Tánger.

Gran muestra de sí dió en aquella solemne ocasion el almirante de la armada castellana, con no poca gloria suya, del rey y del reino. Viendo Micer Benito Zaccharia que el marroquí se le escapaba de entre las manos, con fuerte corazon y ánimo sin par se dirigió á Tánger.

Ni la presencia del mismo rey marroquí, ni el imponente aspecto de la innumerable morisma formada por infinitas kabilas, detuvieron al bizarro almirante de Castilla; en presencia de aquellas y del emir incendió la armada africana surta en aquella costa, y destruida aquella, dió parte al soberano de su heroica hazaña (1292).

Gozoso D. Sancho, comprendió que el momento por él deseado habia llegado ya, porque el asombrado y aterrado marroquí se habia retirado á Fez; y sin detenerse un punto, el monarca dispuso el sitio de Algeciras.

Para verificarlo creyó necesario el pedir auxilio al rey de Portugal: este buscó pretextos plausibles para no enemistarse con el castellano; mas no le dió el auxilio pedido, sin embargo de lo cual, el bravo D. Sancho tomó con su esposa doña María la vuelta de Sevilla.

Apenas habian llegado, cuando aquella reina de animo varonil, que jamás abandonó á su esposo, y que siempre fué muy superior á los dolores y miserias que afligen á los mortales, dió á luz un infante, á quien pusieron Felipe por nombre.

Formado un imponente ejército y reunidas las flotas de Castilla, Galicia y Asturias, se dirigió D. Sancho á Algeciras; empero en el camino, cediendo á las observaciones de sus consejeros, cambió el rey de parecer y puso estrecho sitio á Tarifa, que tenia más ventajosas condiciones, y dominaba el Estrecho mejor que Algeciras.

A pesar del bien entendido cerco y de lo combatida que estaba la plaza por agua y por tierra, resistian con teson los sitiados; mas cansado el animoso y poco paciente rey de la demora, dispuso atacar la ciudad y tomarla por fuerza de armas: hecho glorioso que consumó el dia de San Mateo, 21 de Setiembre de 1292.

Puestos en órden los asuntos religiosos y civiles de la ciudad, el guerrero rey dió el gobierno de aquella al maestre de Calatrava, D. Rodrigo Perez Ponce, poniendo á sus órdenes una escogida y suficiente guarnición de castellanos.

Así arreglado todo, el bizarro soberano regresó á Sevilla; porque su salud no era buena á la sazón, y las fatigas del sitio, duplicadas para él por su genio activo y enérgico, le habian afectado aquella bastante.

Poco tiempo duró á D. Rodrigo el gobierno de Tarifa. El maestro debía recibir del rey anualmente dos millones de maravedís para levantar las cargas de aquel gobierno, cuya suma era á la sazón fuertísima. Presentóse al rey el señor de Sanlúcar de Barrameda, de Niebla y de Nebrija (en Abril de 1295), llamado D. Alfonso Perez de Guzman, á quien en otra ocasion hemos nombrado, el cual ofreció gobernar la plaza, defenderla y sustentar la guarnicion, con todo lo demás á que estaba obligado D. Rodrigo Perez Ponce, por *seiscientos mil maravedís* anuales. La proposicion era muy ventajosa para desecharla, pues de aceptarla resultaba una economía anual de un millon y cuatrocientos mil maravedís. Así, pues, Perez de Guzman reemplazó á Perez Ponce y tomó el mando de Tarifa, muy distante de imaginar, al entrar en la ciudad, que allí iba á inmortalizar su ilustre nombre adquiriendo muy merecidamente el grato y envidiable epíteto de *Bueno*.

Créese que el deseo de servir á su patria y de hacerse memorable en ella, impulsó al valeroso Guzman á hacer á D. Sancho la precitada proposicion. La enorme diferencia que mediaba entre la cantidad pedida por el señor de Niebla y la anteriormente concedida á su predecesor, prueba de evidente manera que si eran necesarios los dos millones, ni por seiscientos mil maravedís ni por un millon era posible sustentar la plaza; deduciéndose claramente de aquí que recibia aquella suma, más que por necesidad ó por otra cualquier mira, para demostrar su dependencia del soberano.

Da más fuerza á esta suposicion el constar que D. Alfonso Perez de Guzman era hombre poderosísimo y poseedor de incalculables riquezas. Guerrero por instinto, de rigidez genial, de innato valor, no queriendo permanecer ocioso, habia estado al servicio del rey de Marruecos; pero no contra su propia patria, que era muy leal y caballero el de Guzman, sino contra los principes africanos que hacian guerra al marroquí.

Trajo de África á la península grandísimas riquezas; y siendo, por herencia de su padre, señor de Sanlúcar de Barrameda, habia comprado diversos señoríos y héchose dueño de tan inmensos territorios, que con dificultad podia presentarse en Castilla un poderoso que no fuese inferior al de Guzman.

Continuaba quebrantada la salud de D. Sancho de Castilla; mas, sin embargo, activo siempre, como que lo era por natural carácter, aceptó el encargo que le diera el rey de Francia de ajustar un tratado amistoso entre el rey de Aragon, D. Jaime II, y Carlos de Va-



lois, hermano del monarca francés. De los pormenores de este asunto, intimamente ligado con la historia de Aragon, podrá enterarse el lector cuando de este reino nos ocupemos.

Disgustado se hallaba el rey de Castilla por no haber podido lograr que se aviniesen el de Aragon con el de Valois, cuando experimentó un nuevo disgusto que de más cerca le interesaba.

Un hijo del rebelde D. Juan Nuñez de Lara, llamado D. Juan Nuñez, el Mozo, inquieto y turbulento como su padre, comenzó á causar serias alteraciones en Castilla; y dió más importancia á este suceso el haberse unido al rebelde el infante D. Juan, hermano del monarca, á quien este habia sacado de la prision de Curiel, sin que se sepa ni comprenda el fin que se propuso con esta inesperada bondad.

Perjuró D. Juan, como casi todos los rebeldes ambiciosos, que menosprecian y conculcan cien veces el sagrado de un solemne juramento, se presentó tambien con inusitada osadía en campaña; mas el bravo rey marchó personalmente en persecucion de ambos y tanto los estrechó, que Nuñez se vió obligado á domeñar su orgullo é implorar el perdon del ofendido monarca: no así el infante, el cual, perseguido activamente, pasó á Portugal por no caer en manos de las tropas del rey. D. Juan Nuñez el Mozo juró fidelidad al soberano y se incorporó al ejército leal.

No podemos comprender la razon que tenian los monarcas para dar un perdon generoso, en cambio de un juramento que jamás se observaba. D. Sancho el Bravo habia visto patente esta verdad, lo mismo desde que empuñó el cetro que en vida de su padre; y sin embargo, con juramentos, como todos sus antecesores, se contentaba.

El infante, ya refugiado en Portugal, continuaba desde allí y por las fronteras haciendo cuanto mal le era posible; y como á favor del sagrado de un reino extranjero, aunque no en el corazon del reino, la insurreccion continuaba, el turbulento D. Juan Nuñez, padre de D. Juan el Mozo, abandonó á Francia y regresó á su patria; empero no con siniestras intenciones, aunque aprovechando los disturbios, en la duda de cómo seria recibido.

Varios nobles de los arrepentidos cuando se sometió el jóven Nuñez, olvidándose del reciente juramento, se decidieron á favorecer las miras de D. Juan, el infante hermano del rey, y perjuros, segun la costumbre á que no há mucho aludimos, comenzaron una nueva guerra. Entonces, por una de esas aberraciones que no se explican por más que en ellas se piense, D. Juan Nuñez, el padre, el antes refugiado en Francia, tomó á su cargo la destruccion de los rebeldes sediciosos, y en union con sus hijos se dirigió contra el infante D. Juan.



Esta guerra debía ser interminable, puesto que los insurrectos, cuando se veían perdidos, pasaban la frontera y se libraban de los soldados de D. Sancho. Comprendiéndolo así este, exigió del rey de Portugal la expulsión de su hermano, cabeza y único sosten de la insurrección.

Realizó el portugués lo que el castellano deseaba; y el inquieto y perjuro infante tuvo que abandonar la Lusitania, desde la cual pasó á África, en donde todo el mundo cabía, y con mayor motivo los enemigos del reposo de Castilla. En aquella ocasión fué cuando el malvado D. Juan, el infante, demostró evidentemente toda la maldad, bajaza é infamia que se cobijaban en su corazón, haciendo que su hermano D. Sancho se arrepintiese de haberle concedido la libertad sin razón ni motivo, y con una bondad en él inusitada.

Dirigióse el malvado infante á Tanger, y poco después propuso á Yussuf, emir de Marruecos, una infamia tan negra é inaudita que solo el referirla causa no pequeño dolor. En efecto, la pluma se resiste á consignarla; porque se trata de un príncipe castellano; del hermano del rey; de un hijo de Alfonso X, el Sabio y el Bueno, mas no es posible omitir el hecho, por más sensible que nos sea el referirlo.

D. Juan tuvo la impudencia de pedir á Yussuf tropas africanas para dirigirse á Tarifa, con objeto de arrancarla del poder de su hermano, para devolvérsela al enemigo de su religión y de su patria.

No fué sordo el emir á tan halagüeña proposición; y facilitando al infante la tropa necesaria de África y de España, dió aquel al mundo cristiano el tristísimo y desconsolador espectáculo de ver á los soldados del Islam acaudillados por un llamado cristiano; las hordas de Mahoma, con sus alquiceles y turbantes; los caudillos con sus medias lunas y garzotas, detrás del supremo jefe, que blandía en la mano una *espada de cruz*; que vestía el traje de guerrero cristiano y cubría su cabeza con el godo capacete; ¡la espada y el capacete de aquellos hombres que fueron un día terror de la desatentada morisma!

Abandonado de Dios, y llevando en el corazón las infernales furias del odio, la ambición y la envidia, llegó á Tarifa el *improvisado* general mahometano, y con una actividad é inteligencia dignas de mejor causa, estableció el sitio y comenzó á batir con rigor y tesón la fuerte plaza; porque llevaba en su ejército cuantas máquinas de guerra eran á la sazón conocidas y necesarias para la opugnación.

Era gobernador y defensor de la amenazada plaza el valeroso y fiel D. Alfonso Perez de Guzman, como en su lugar dijimos: activo, inteligente, denodado era el de Guzman; y no tardó mucho el



villano tráfuga en convencerse de que era obra superior á sus fuerzas el vencer á aquel héroe, así como comprendió perfectamente que tratar de ganarle era cosa que ni aun intentarse podia.

Desesperábase el traidor; porque habia presentado á Yussuf aquella empresa como muy segura y hacedera, y contemplaba que en España no podia permanecer, ni volver á África, ni tampoco á Portugal si no salia con su empeño. Para evitar el desastre que esperaba, determinó apelar á una nueva y más desastrosa infamia: no parece sino que algunos hombres tienen el funesto privilegio de hacer olvidar todas las infamias hechas por otros, porque quedan oscurecidas al compararlas con las que ellos ejecutan.

El infante D. Juan habia sido traidor á su fé, á su patria, á su rey, á su hermano, á Dios y á los hombres, y parece que ya no podia avanzar más en la criminal carrera; empero le faltaba dar una inusitada muestra de cruellísima sevicia, que hizo memorable al héroe de Tarifa, dándole un renombre que solo se extinguirá cuando perezca el universo.

Tenia el heróico D. Alfonso de Guzman un hijo llamado D. Pedro, gallardo y valeroso mancebo de quince años, que era todo el cariño de su padre, único heredero de su ilustre nombre y la esperanza de su noble casa. Habituaado á las armas desde la infancia el tierno vástago del nobilísimo tronco de los Guzmanes, acompañó á los guerreros defensores de Tarifa en una salida que de la plaza hicieron, y por su mal quedó prisionero del vil cristiano caudillo supremo de los hijos de Mahoma.

Los primeros dias fué el jóven tratado con todo el miramiento que le era debido; mas al pensar el traidor en la imposibilidad que presentaba la consumacion de su infamia, y viéndose sin refugio en África ni en Portugal, con alma de acero y corazon de hiena creyó ver con feroz placer que aun le restaba un medio de salvacion apelando al tierno padre y no hablando al leal y valiente caballero.

Apoderado del jóven Guzman, hizo disponer el fúnebre aparato para degollarle á vista de la plaza, y mandó aviso al gobernador para que si queria cerciorarse de la verdad se asomase al muro, á fin de presenciar aquel sacrificio que solo podia evitar entregando la plaza.

El valeroso niño, ya en el cadalso, al ver que su padre apareció sobre la muralla, con un valor y ánimo muy superiores á sus tiernos años, se despidió de aquel grande varon que le diera el ser, rogándole se mantuviese firme; *porque valia mucho menos su vida, que la conservacion de la plaza y la fidelidad debida al rey.* Entonces el héroe de Tarifa, contestando con un supremo esfuerzo á la despedida de su amadísimo hijo, se dirigió despues al tigre castellano, diciéndole: *Antes querré que me mateis ese hijo, y cin-*

*co más si los tuviese, que entregar esta plaza del rey mi Señor, por la que le hice homenaje. Si no teneis puñal para consumir la iniquidad, AHÍ TENEIS EL MIO.* Y diciendo y haciendo arrancó su puñal de la cintura, y arrojándolo desde el adarve á los reales del traidor, volvió la espalda y entró en la plaza, quizá para dar rienda suelta al llanto, á duras penas contenido en la ruda lucha del severo deber de soldado con el irresistible amor de padre.

Lo que seguramente no esperará el lector que no conozca este episodio histórico es el desenlace de aquella triste escena, padron de ignominia para D. Juan, como lo fué de perdurable é inmarcesible gloria para D. Alfonso.

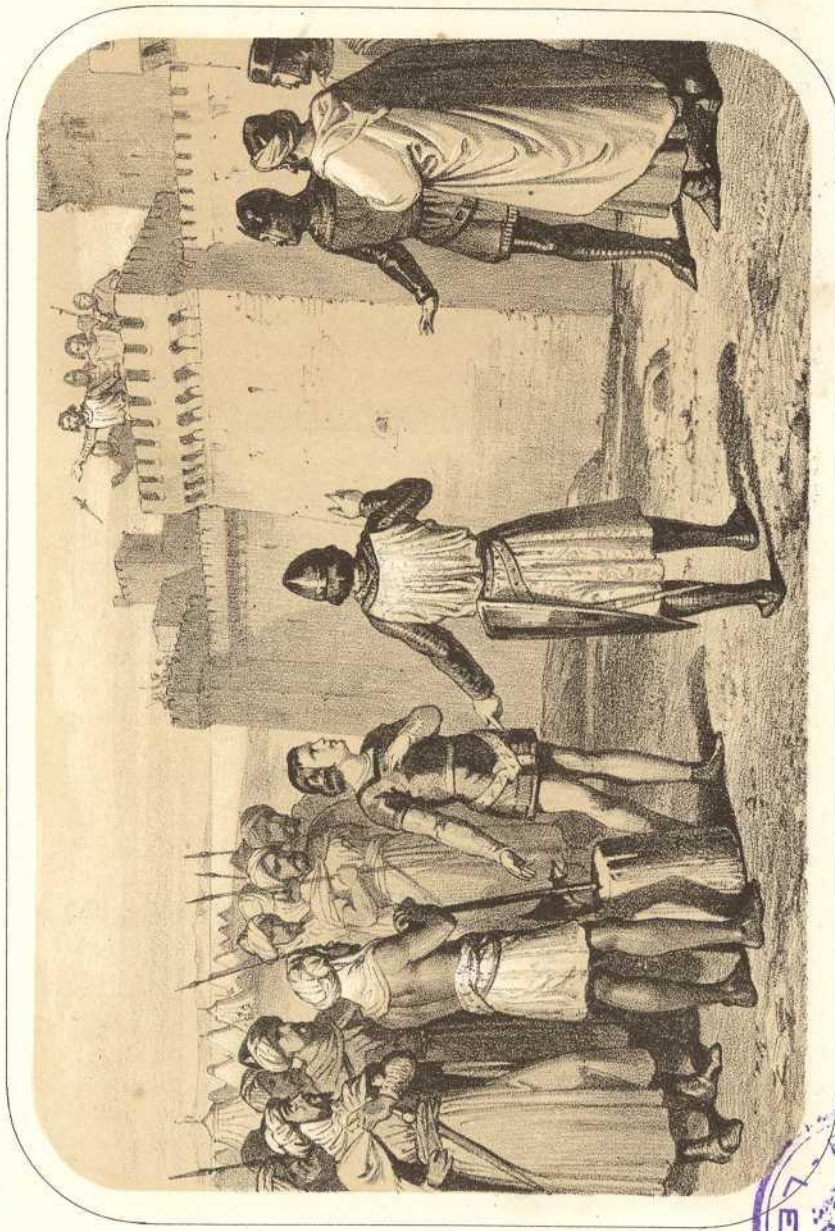
Un hombre vulgar, no de la ilustre alcurnia del traidor, con solo conservar en su pecho una imperceptible chispa del sacro amor patrio, un insignificante resto de nobleza y pudor, en aquel terrible y solemne momento sintiendo en todo su ser una involuntaria é irresistible reaccion, hubiera dicho: «¿Y puedo ser yo traidor á una patria que tales héroes produce? ¿Puedo hasta tal punto olvidarme de mi noble origen, que me deje superar por otro hombre que no es más noble que yo? ¿Puedo y debo hacer que ese grande varon y leal caudillo pague á tan caro é inapreciable precio su fidelidad y su heroismo?» Para olvidar, hasta donde es posible, que D. Juan era español, fué precisa toda la inaudita é incomprendible fortaleza heroica de D. Alfonso, porque... horrorícase el lector, el traidor infante hizo degollar al tierno prisionero.

En el momento de realizarse la feroz ejecucion sentábase á comer con los caudillos el imperturbable Guzman; más como escuchase grandes gritos que de los reales enemigos venian, dejó el asiento apresuradamente, salió de nuevo al adarve y vió la bárbara ejecucion. Conmovido al pronto, pero inmediatamente repuesto, regresó tranquilo á los suyos, diciendo: *No es nada: creí que los enemigos asaltaban la plaza por la muralla.*

Confesamos nuestra impotencia para describir hasta donde es posible y debido toda la infamia del espúreo castellano, así como para aquilatar dignamente toda la heroicidad del valeroso D. Alfonso Pérez de Guzman: juzgue el lector por sí mismo.

La bella cabeza del hermoso mancebo fué clavada en una pica; y poco despues, el héroe de Tarifa, saliendo con sus fieles soldados de la plaza con todo el arrojo y decision propios de su valor, centuplicados con el dolor de un padre herido en medio del corazon, destrozó los reales del traidor, deshizo las falanjes de sarracenos, sembró de cadáveres la ensangrentada tierra, y haciendo huir á los descreidos africanos, libró la amenazada plaza que le confiara su rey y vengó dignamente la prematura y cruenta muerte de su amadísimo hijo.





Est. de J. DONOSO, Madrid.

Guzman el Bueno.







Con este motivo adquirió justamente D. Alfonso Perez de Guzman el renombre de BUENO, que unido al de Guzman, ha pasado con sobrada razon á la posteridad rodeado de refulgente é inmarcesible gloriosa aureola, formando hoy el ilustre apellido de *Guzman el Bueno*, que han heredado los sucesores del *héroe español del siglo XIII*.

Este hecho memorable tuvo lugar el año 1294.

En tanto, la salud del rey de Castilla y de Leon continuaba muy quebrantada; y mostró demasiado que estaba herido de muerte, cuando se le vió permanecer impasible y melancólico al escuchar la heroicidad de Guzman, el triunfo de las armas castellanas, el destrozo y la fuga de los hijos de Mahoma. Dicese tambien que le apesadumbró infinito la infamia de su hermano, aunque se tiene por bien averiguado y positivo que su sombría tristeza fué originada y era sostenida por el desgarrador remordimiento nacido del punzante recuerdo de su rebelion, que tanto amargó los últimos años de la vida de su padre.

Le distrajo algun tanto de su melancolía la inopinada aparicion de su tio el infante D. Enrique, hermano de D. Alfonso X, como hijo que fué del gran San Fernando.

El valeroso é inquieto D. Enrique, á quien diversas veces se le creyó muerto, abandonando á Túnez, se habia dirigido á Sicilia para poner su fuerte acero á la disposicion de Corradino. Peleando con su acostumbrado valor, fué hecho prisionero por Cárlos de Anjou, competidor de aquel; y comprendiendo este toda la importancia de la presa que entre las manos tenia, le relegó á una estrecha y segura prision situada en la Pulla. Horroriza el pensar que estuvo por espacio de veintiseis años prisionero en aquella incómoda y verdadera mazmorra, al cabo de los cuales recibió la libertad por orden del rey Cárlos, denominado el Cojo.

Viéndose libre, el irresistible amor de la patria le hizo dirigirse á Castilla, y llegado ante D. Sancho, quedó este alegremente sorprendido y le colmó de honores y riquezas, señalándole dominios para que pudiese atender á su decorosa subsistencia.

Como este incidente fué tan inesperado, obró en el enfermo y melancólico soberano una especie de reaccion. Un tanto animado y poseido de su antiguo indomable carácter, determinó pasar á Vizcaya, á fin de sosegar aquel país, agitado por D. Diego Lopez de Haro, y lograr la expulsion de este.

Púsolo, en efecto, por obra, seguido de un buen ejército, acompañado de su tio D. Enrique y de los hijos del célebre D. Juan Nuñez; y terminada su expedicion regresó á Castilla, más enfermo que jamás lo estuvo.

Aun corria el año 1294 cuando el mismo D. Sancho compren-

dió que se aproximaba su fin; y deseando arreglar los asuntos de su reino y cuidar del bien de su alma, tomó la vuelta de Alcalá de Henares.

Apenas llegado, mandó reunir una asamblea compuesta de su tío D. Enrique; del primado de las Españas y otros prelados; de los maestros de las órdenes militares y de los ricos-homes.

Ante aquella ilustre reñion otorgó su testamento: legó la corona á su primogénito D. Fernando, disponiendo que hasta salir de la menor edad (contaba el príncipe á la sazón nueve años) fuese su tutora y gobernadora del reino doña María de Molina, esposa del rey, la cual gozaba de muy merecida fama por su talento, energía, virtud, abnegacion y prudencia.

Es muy notable que al aproximarse la última hora prefriese D. Sancho á D. Juan Nuñez de Lara, á quien el lector perfectamente conoce, para encomendarle la seguridad y custodia de D. Fernando. Así lo asegura la crónica, diciendo que le encomendó encarecidamente el *que no abandonase á su hijo hasta que tuviese barbas*.

Puestos en órden, segun deseaba, todos los más importantes asuntos, quiso pasar á Madrid; y hallándose en dicha pequeña villa, hoy tan opulenta y populosa, como córte que es de nuestros monarcas y capital de la nacion, manifestó resuelta y enérgicamente como acostumbraba, su decision de morir en Toledo. Por desgracia, la enfermedad agravaba su fuerza cada dia; y para complacer á un rey cuya corona visiblemente se desprendia de sus sienas, y cuyo cetro se deslizaba de la en otro tiempo fuerte diestra, fué preciso llevarle en hombros desde Madrid hasta la antigua capital de los godos, á pesar de los despiadados rigores del sañudo y trisísimo invierno (25 de Marzo de 1295). Casi un mes despues (25 de Abril), cerca de la primera hora de la madrugada, pasó de esta vida á la eterna, despues de haber recibido muy devotamente todos los santos Sacramentos.

Contaba solamente treinta y cinco años de edad, y llevaba once de reinar: su cuerpo fué sepultado en la magnífica catedral de Toledo, en un sepulcro cuya fabricacion dispuso él mismo, al lado del de su angusto y memorable abuelo el emperador D. Alfonso VII.

Tuvo siete hijos legitimos: cinco varones, llamados D. Fernando; D. Alfonso (murió antes que D. Sancho); D. Enrique; D. Pedro; D. Felipe, y dos hembras que se llamaron doña Isabel y doña Beatriz.

Así como Alfonso X, el Sábio, casi en nada fué parecido á Fernando III, el Santo, del mismo modo Sancho IV, el Bravo, hijo de aquel y nieto de este, fué muy desemejante á los dos expresados soberanos y en nada parecido á su padre.

Nuestros lectores no podrán apreciar debidamente toda la importancia de cada uno de los dos reinados anteriores al de D. San-



cho, porque apenas nos hemos ocupado de los resultados morales y materiales que tuvieron, ni de los positivos frutos que de ellos recogieron los pueblos. Para hacerlo así hasta ahora hemos tenido presentes dos razones á cual más poderosas, á saber: hemos querido cumplir nuestra promesa de referir los hechos con imparcial verdad, descartando largos comentarios y toda aquella parte llamada *filosofía de la historia*, y que casi siempre debe ser llamada *filosofía del autor*; porque necesariamente ha de ir impregnada del color político, por decirlo así, que por aquel sea preferido, y estar basada en las propias creencias, así religiosas como sociales y políticas, que no por ser hijas de muy largas y profundas reflexiones, y por consecuencia muy arraigadas, dejarán de ser algunas veces erróneas, y muy nociva al vulgo su publicación.

Por otra parte, y esta es la segunda razón que coarta nuestra voluntad y detiene nuestra pluma, así como hemos creído muy conveniente el separar y aislar con absoluta y completa independencia la historia de un reino de la de los demás, esclavos siempre del deseo de hacer grata la lectura y facilitar la inteligencia del primero y quizá más necesario libro del pueblo, después de los religiosos; del pueblo, repetimos, en la genuina acepción de esta palabra; no queremos separar por medio de largas digresiones unos hechos de otros, ni un reinado interesante del que le precede ó le sigue. Mas como quiera que existan en la historia ciertas medidas adoptadas por algunos soberanos, medidas cuya magnitud y alta importancia ponen al historiador en el deber de interrumpir la narración sencilla y sucesiva de los hechos, á fin de no faltar á nuestro propósito ni dejar nuestra obra imperfecta, la continuaremos en la forma que hemos adoptado en un principio, hasta que, muertos los Reyes Católicos, debamos comenzar á escribir la historia de la casa de Austria.

Al verificar la expresada división histórica, terminada la relación de los hechos gloriosos de doña Isabel I y D. Fernando V, y antes de ocuparnos de la nueva época, bien podemos, sin notorio perjuicio de la claridad en la relación de los hechos, tomar un pequeño descanso, para presentar un ligero resumen de los más importantes reinados de los monarcas verdaderamente españoles, cuando su dominación concluye para que comience otra nueva era y suba al trono de Pelayo y Recaredo el jefe ó cabeza de una dinastía extranjera en su principal origen y raíz, aunque después llegue á ser española.

No hemos podido resistir al deseo de escribir las precedentes líneas; porque al hablar de San Fernando y de su hijo, hemos recordado nuestro deber de darlos á conocer más en relieve de lo que lo hemos hecho, tales cuales fueron como soberanos.



Volviendo á ocuparnos de D. Sancho IV, diremos otra vez que en nada fué parecido á Alfonso X; nada de sábio tuvo aquel, puesto que solo fué un rey guerrero y valeroso, que justamente mereció se le diese el epíteto de *Bravo*. No tuvo otra sabiduría que la procedente de la desapoderada ambicion, bebida en las doctrinas de los venenosos aduladores, que inspiran siempre á los que desean llegar al poder para medrar á su sombra; verdaderas sanguijuelas que se arrastran por el fango, insaciables siempre, y siempre hidrópicas de riquezas y honores.

Murió Sancho IV como príncipe cristiano, á pesar de que no debía esperarse tal fin de sus antecedentes; porque supo concitar contra sí propio desde las iras del Vicario de Jesucristo hasta las del último vasallo de su padre que guardase en su corazon un débil resto de piedad y honradez.

Él afligió hondamente el corazon de su atribulado padre en aquellos dias, los últimos de su vida, en que más necesarios le eran la tranquilidad y el reposo; él conculcó las leyes divinas y holló las humanas, sin respetar derecho por legitimo que fuese, ni encontrar rémora capaz de detenerle en su arrebatada y violenta carrera, firme en su propósito de llegar á ser rey.

En medio de semejante fatal ceguedad, dígase, en honor suyo, que fué superior á su ambicion un cierto respeto que siempre conservó á su padre, probado con el enojo que manifestó al saber que sus secuaces se habian batido *contra el pendon* de Alfonso X, y contra su expresa prohibicion, que renovó rigorosamente despues de las sangrientas escenas de los campos de Córdoba.

Cierto es que esto manifestamente se opone á lo ejecutado á su presencia y con su autorizacion en las Córtes de Valladolid, en 1282; empero siempre se ve que existia en su corazon cierta imprescindible deferencia hácia su padre, que es mucho más de lo que puede pedirse y suele encontrarse en los verdaderos ambiciosos.

En cuanto á que tuvo tanto de feroz como de excesivamente bondadoso Alfonso X, sobradamente lo dice su respuesta al emir de Marruecos, cuando ofreciéndole este su amistad y alianza, le contestó desabridamente mandándole elegir entre *el pan y el palo*.

Las *justicias* que hiciera en los que reclamaban contra notorias arbitrariedades, de que nos haremos cargo en el *resúmen* ofrecido, prueban crueldad y un carácter por el extremo arrebatado. La crónica dice que *mataba á unos, desheredaba á otros, á otros los extrañaba del reino y les quitaba cuanto tenian*.

No le culparemos tanto en el sangriento hecho ocurrido en las Córtes de Alfaro. La manera de consumarle no fué, en verdad, la más leal y franca; empero D. Lope era muy acreedor á lo que le sucedió.



Tampoco nos parece bien el ver á un soberano convertido en verdugo, bajando de un solo enorme salto todos los escalones de la escala social, y convirtiendo la espada de la justicia en segur de castigo, al herir D. Sancho tres veces por sí mismo á D. Diego, hijo de D. Lope; así como nos parece fué demasiado elemente con don Juan, su hermano, sin lo cual no hubiera hecho su nombre tan glorioso el ilustre Guzman el Bueno; empero tampoco hubiese tenido lugar la luctuosa é inaudita catástrofe que dió gloria al padre á costa de la inocente vida del tierno hijo.

La horrible determinacion tomada en Badajoz y que costó la vida á más de cuatro mil personas de todos sexos y edades, entregadas sin resistencia en virtud del ofrecido perdon y bajo la salvaguardia de una palabra real, ni tiene disculpa, ni puede atenuarse la más mínima parte de la inmensurable barbarie que en sí misma encierra.

Fué, sin embargo, D. Sancho activo y enérgico para pelear contra los enemigos del nombre cristiano. Cupo á su reinado la gloria de ver libre de africanos el suelo español; porque á consecuencia de la pérdida de Tarifa comprendió Yussuf la dificultad que ofrecia el conservar á Algeciras, y temeroso de que esta ciudad viniese como aquella á poder de D. Sancho, prefirió dársela *por venta* á Mahommed, emir de Granada, el cual tomó posesion de ella despues de abonar el precio exigido por Yussuf, y la raza africana salió de la española península para no volver á pisar jamás su hermoso suelo.

Solo tomó Sancho IV de su padre lo que no debió tomar, desentendiéndose de lo bueno que aquel hizo: el hijo, como el padre, mandó acuñar moneda de baja ley, y en ambos reinados produjo idénticos malos efectos.

No debemos, por hoy, detenernos más sobre este punto: diremos, en resúmen, que si D. Sancho IV hubiera tenido un hermano bastardo que, despues de asesinarle y arrancarle la corona, hubiera asalariado un cronista para rodear de horror y execracion su nombre, haciendo enmudecer la voz y romper la pluma de todo el que quisiera decir ó escribir alguna palabra en su elogio, en vez de *Bravo* le llamaria *Cruel* la historia, aunque no negáremos, por cierto, que mereció la primera calificacion.

D. FERNANDO IV, EL EMPLAZADO.—Año 1295.—Subió al trono el hijo de D. Sancho cuando solo contaba nueve años de edad, el día 26 de Abril de 1295.

Verificóse solemnemente su proclamacion en la ciudad de Toledo, paseando el tierno rey á caballo por las calles de la córte, llevando á su lado á su madre y tutora, y rodeado de los prelados, magnates, y de toda la ostentosa é imponente pompa de la córte castellana.



A pesar de las populares aclamaciones que por do quier oía el nuevo soberano, las circunstancias eran por demás críticas y espinosas; y á tener otra edad le hubieran satisfecho muy poco, si al mismo tiempo de oírlas consideraba los muchos elementos que acumulados estaban en contra del público sosiego.

Existía el hijo primogénito del malogrado infante de la Cerda, el cual, á favor de la minoría, fatal siempre á las naciones, podía intentar el recuperar lo perdido; y aun cuando él no lo pensase, habría probablemente algunos poderosos descontentos que tomaran su nombre por bandera. La alta aristocracia, no menos turbulenta y ambiciosa, en general, que en tiempos anteriores, estaba sumida en sombrío silencio; en ese silencio siniestro y mil veces más amenazador que el bullicio.

Los hombres honrados y de orden esperaban y temían; empero lo que nadie temía ni esperaba fué cabalmente lo que, como en muchas ocasiones, sucedió. El infame D. Juan, el villano asesino del hijo del héroe de Tarifa, puesto en connivencia con el rey moro de Granada y olvidado de que en Alfaro debió la vida á doña María de Molina, se hizo proclamar rey de Castilla y de Leon. Proclamacion singular que tuvo lugar en la misma Granada: quizá le sirvió de precedente y de apoyo la ascension al trono de su hermano Sancho, en perjuicio del primogénito de su hermano mayor Fernando. El hecho era idéntico: lo singular y peregrino del suceso consistía en haberse realizado la proclamacion de un rey de Castilla y Leon, en una *ciudad moruna* y por los mismos moros.

Seguido de un ejército musulman entró el pseudo-rey en Castilla; y aun cuando la primera determinacion de la gobernadora fué la de mandar un ejército que detuviese el paso del feroz usurpador, coincidió con su entrada en tierras de Castilla la insurreccion de D. Diego Lopez de Haro, que pasó de Aragon á Vizcaya, y declarándose su señor acudió tambien á las fronteras castellanas por aquella parte, talando y dando muestra de que solo tenia de español el nombre.

La ilustre doña María quiso atajar el mal en su origen; era fuerte de ánimo, mas impotente para obrar con la necesaria energia. Considerándolo así, determinó llamar en su auxilio á los hermanos Laras, segura de su lealtad y de la fuerza del juramento que habian prestado en las casi yertas manos del moribundo D. Sancho, juramento por el cual se habian obligado á defender y proteger á su hijo y heredero. De nada ó de muy poco servia á aquellos monarcas la experiencia, puesto que tantas veces habian visto el valor y la fuerza que tenían los más solemnes juramentos.

Los Laras aceptaron la noble mision que la reina les confiaba; esta excelsa señora hizo los necesarios sacrificios para facilitarles



recursos, á fin de que pudiesen reunir el necesario ejército y con él sujetar al traidor D. Diego; empero aquellos indignos caballeros, perjuros con el difunto rey, despiadados con el tierno soberano, é innobles con una señora, marcharon á la cabeza del ejército y se reunieron al de Haro para hacer injusta guerra á Fernando IV y á su tutora, que acababa de poner en sus manos los medios de ser nobles, y ellos optaron por ser traidores.

Aun no habia llegado á su mitad el año 1295 cuando esta negra traicion tuvo lugar; y como si esta no fuese bastante, D. Enrique, el aventurero, el tío de Sancho el Bravo, aparecido poco antes de la muerte de este, tomó en Castilla á su cargo el vengar á la reina; levantó ejército, excitó la lealtad de los pueblos, y cuando contó con los elementos que juzgó necesarios, se hizo fuerte y exigió se le diese la tutela del rey y la gobernacion del reino.

No dejó de encontrar apoyo en algunos pueblos; mas presentáronle fuertísima oposicion Ávila, Cuenca y Segovia. Ni desistió por esto; reunió en Búrgos algunos de sus secuaces, y á la reunion dió el respetable nombre de Córtes.

El turbulento infante, á pesar de su edad avanzada, dió en aquella triste ocasion muy clara muestra de su funesta habilidad en el manejo de la intriga.

Doña María de Molina, contristada, pero no abatida, convocó en Valladolid las Córtes generales, fijando para la reunion de estas el dia de San Juan, 24 de Junio de 1295.

Comprendió el intriguante D. Enrique que la reunion de las legítimas Córtes podian dar un mortal golpe á sus injustas pretensiones; y para desacreditar á la gobernadora, hizo circular la voz de cómo en vista de las apremiantes urgencias y necesidades del Estado, trataba doña María de gravar á los pueblos con inusitadas contribuciones y derramas, y entre otras la más irritante é injusta de todas, reducida á imponer el tributo de doce maravedis por cada varon que naciese, y seis por cada hembra.

Surtió por el pronto su efecto la maquiavélica trama, y al dirigirse á Valladolid los reyes, la ciudad les cerró las puertas; y despues de algunas horas *se les permitió* entrar, pero poniendo por condicion los sublevados que habian de pasar los soberanos solos y *sin comitiva* alguna.

No fatigaremos al lector con la relacion de las malas artes é intrigas puestas en juego por el viejo é inquieto infante para lograr, como en efecto logró, que se le diese la regencia; mas en cuanto á la tutela, la heróica doña María manifestó resueltamente que no la cederia á persona alguna; porque nadie tenia mayor ni mejor derecho que ella á cuidar de la educacion y crianza de su hijo.

En tanto el desatentado infante D. Juan se quedó sin su soñado



reino: los moros granadinos, siempre falaces lo mismo que todos los mahometanos, despues de saquear y pillar á manos llenas cuanto pudieron, abandonaron al pseudo-rey, puesto que con haber robado habían llenado el único objeto que quizá les impulsara á fomentar la verdadera locura del fatal infante.

No sucedió lo mismo con la insurreccion del de Haro: el maestro de Calatrava que con otros poderosos fué á sujetar á aquel cuando ya estaba apoyado por los Laras traidores y por las tropas levantadas á expensas de doña María, lejos de cumplir con su deber, se hicieron amigos de aquellos á quienes tenian obligacion de combatir, y fueron tan villanos que, en estas ó parecidas razones, dijeron á la reina: «Si no accedeis á lo que piden los insurrectos, nos uni-remos á ellos y quedareis abandonada de todos.»

El resultado de tan innoble trama fué el dejar á D. Diego por entonces en plena posesion de Vizcaya; mas tampoco con la forzada aquiescencia de la reina se logró mejorar la situacion del reino, ni menos se obtuvo un corto periodo de tranquilidad.

Á pesar de la violencia que debemos hacernos para referir los hechos subsiguientes á los ya consignados, no podemos omitir la verídica relacion de ninguno de ellos. Repugnantes intrigas; asquerosas tramas; hombres venales; vasallos traidores; vil egoismo; sórdida avaricia; villanas decepciones... hé aquí el cuadro que presenta la agitada y turbulenta minoria de Fernando IV; y al leer la relacion exacta de los hechos en aquel entonces ocurridos, de los cuales haremos gracia al lector de cuanto sea posible omitir, deseará aquél vivamente encontrar el nombre de un caballero, de un hombre honrado, que le haga reconciliarse con la miserable humanidad, sirviéndole, en tanto le encuentra, de consuelo la magnífica y colosal figura de la ilustre y magnánima doña María de Molina, descollando sobre tantas y tantas raquílicas figuras; siempre noble, siempre previsora, siempre virtuosa y vigilante por la vida de su tierno hijo y en defensa de sus derechos al trono.

Dejamos al de Haro apoderado de Vizcaya, y al infante D. Juan abandonado de los granadinos; empero este malvado, que por cierto no era hombre que fácilmente desistiese de sus propósitos, se internó en Portugal, á pesar de haber sido de este reino expulsado hacia poco más de un año.

Al verse sin el ejército musulman, se dirigió á Badajoz, y los ciudadanos le impidieron el paso, cerrando las puertas de la ciudad; mas esta desgracia le fué ámpliamente compensada con la buena acogida que le hicieron en Alcántara y en Coria.

Animado con este buen precedente y como señor de ambas ciudades, se dirigió al vecino reino y se avistó con D. Dionís, rey de



Portugal, el mismo que á instancias de Sancho el Bravo le había expulsado de su reino.

En aquel tiempo, por punto general, no eran algunos soberanos más esclavos de su palabra ni más fieles cumplidores de sus juramentos que los caballeros. D. Dionís, amigo de Sancho IV, no tuvo el menor reparo en ser enemigo del tierno rey hijo de aquel, y sin rubor ni empacho manifestó que reconocía en D. Juan, cuyos antecedentes tan bien conocía, al rey verdadero y legítimo de Castilla. Ó el rey portugués era sobradamente imbécil, ó al reconocer á don Juan por rey estuvo animado del vil deseo de aniquilar á Castilla, que es lo más probable.

Doña María, tan pronto como tuvo noticia de la determinacion del portugués, dispuso se encargasen de la defensa de la frontera por la parte de Portugal los concejos de Castilla; mas no crea el lector que al aceptar estos el honroso encargo y escuchar el llamamiento que á su honor y lealtad hacia la magnánima reina, lo hicieron noble y desinteresadamente, no. Dícese, con fundamento, de los procuradores de Valladolid, que el apoyo que prestaban á doña María se le hacían pagar á bien caro precio, en concesiones, franquicias, fueros y todo género de mercedes, llegando hasta el exceso de solicitar ser los únicos que pudiesen deliberar, sin oír á prelados ni magnates.

Lo mismo esta absurda y escandalosa peticion que todas cuantas hicieron les fueron concedidas, dando motivo á que la crónica diga que *los hombres honrados se maravillaban de cómo la reina los podía sufrir*; asegurándose tambien que casi todo el dia (*desde la mañana hasta la hora de nona*) estaba fija en un sitio la reina, para escuchar las predichas peticiones.

En tanto D. Juan se preparaba en Portugal, apoyado por don Dionís, para hacer su invasion en los dominios de Fernando IV; y aquel llevó á tal extremo su desafuero y su inculficable é injustificable proceder, que declaró la guerra á Castilla.

Los malos caballeros y desleales súbditos habían colocado al glorioso reino de los Alfonsos y Fernandos en el triste y vergonzoso caso de no poder hacer frente al exíguo reino de Portugal: por esto el infante D. Enrique, que era á la sazón regente, como en su lugar dijimos, se dirigió á la frontera á fin de proponer una tregua al portugués y *pactar* con el rebelde D. Juan.

El vergonzoso resultado de las diligencias de D. Enrique fué el de conceder á D. Dionís las ciudades que tuvo por conveniente pedir, y reponer á D. Juan en los señoríos que había poseído en los dominios leoneses.

Ya el reino contemplaba sin disgusto lo ejecutado por el regente; porque veía que estaba conjurada la tormenta, sin reparar



que esto se había logrado á costa de la honra. Restaba aun detener los efectos de otra borrasca no menos amenazadora: quedaban Haro y los Laras, quienes, á fuer de buenos y legítimos revolucionarios, obtenida la primera concesion se preparaban á multiplicar las peticiones; empero aquella era cuestion de ambicion y de avaricia, y con dinero y concesiones podria adelantarse alguna cosa. Así fué, en efecto; los rebeldes por entonces se sometieron, entregándoles de presente trescientos mil maravedís, no sabemos si de plata ó de oro. Con esto habían terminado las tristes y destructoras discordias que destruian el reino; mas, por desgracia, la raza de los infames es prodigiosa y funestamente fecunda.

El villano D. Juan, de quien nadie podrá decir que no era el mayor infame entre los más infames de aquel siglo, no estaba satisfecho ya con haber obtenido sus señoríos, en vez de un hacha que dividiera su cuello por mano del verdugo. Es positivo que para ciertos hombres que desgraciadamente abusan de su libre albedrío, el mal tiene una irresistible fuerza magnética que los atrae; y en hallándose fuera del sendero que al crimen conduce, procuran con todas sus fuerzas lanzarse en él, como el pez que momentáneamente puesto en la tierra, salta rápidamente al líquido elemento, y el ave sumergida en el agua hace un esfuerzo supremo para agitar sus alas en el libre viento: estos irracionales, para instintivamente evitar su muerte; aquellos racionales, para sumirse en eterna perdicion, á pesar de sus privilegiadas facultades intelectuales. Tal es el hombre, cuando abusando de los ricos dones con que le dotara la pródiga mano del Criador, libre y voluntariamente renuncia á ellos, y á la miserable condicion de irracional se reduce.

Ya no pensaba D. Juan en ser rey de Castilla; tampoco se contentaba con ser señor de sus dominios: pensaba en hacer mal y en no dejar de ser malvado. Al efecto, recordó que en Aragon estaban los infantes de la Cerda; y tan bien manejó su trama, que logró sacar á estos de su inaccion y conjuró en su favor al rey de Aragon, al de Portugal, al moro de Granada, al de Francia, al de Navarra y á la anciana reina doña Violante, abuela de los de la Cerda.

Excusamos decir que antes de apelar á las armas, se comenzó por donde casi siempre se comienzan estos asuntos; esto es, se hizo préviamente la reparticion de los dominios que pensaban arrebatar al tierno rey Fernando IV. ¡Qué antiguos son en el mundo los robos de reinos y las confabulaciones reales y diplomáticas!

Tocó en el reparto á D. Alfonso de la Cerda, Toledo, Castilla y Andalucía; á D. Juan, Galicia, Asturias y Leon (¡el reino del inmortal Pelayo y del gran Alfonso el Católico!); Murcia al rey de Aragon; al de Portugal, diversas plazas fronterizas. A los de



Francia y Navarra nada se les señalaba; quizá se contentarian con que les dejasen lo que buenamente pudieran tomar, así como al de Granada, que se hallaba en igual caso que aquellos, el cual con sus secuaces estaba ya avezado al pillaje.

Pasando de los dichos á los hechos, entró en Castilla el ejército de Aragon, acaudillado por el infante D. Pedro; y D. Juan salió á recibirle con otra hueste bastante numerosa, formada de sus vasallos y del deshecho de todos los partidos, que no pudiendo ser admitido en donde exista un solo hombre honrado, de conviccion elástica y acomodatícia, se agrupan siempre bajo el pabellon rebelde, sean cualesquiera los principios á que sirva de enseña.

Corría el año 1296 cuando entró en Leon el infante D. Juan, y fué proclamado rey de este reino, de Galicia y Asturias. Al mismo tiempo era proclamado en Sahagun Alfonso XI (el de la Cerda) rey de Castilla, Toledo y Andalucía. El rey de Aragon simultáneamente se apoderaba de Alicante y de Murcia. El de Navarra, auxiliado por el de Francia, entraba en la Rioja y tomaba á Nájera, y el de Granada talaba y robaba por Andalucía, como *favorecedor* de Alfonso XI.

En tanto la ilustre doña María estaba abandonada y sola, sin otro apoyo que el de la problemática lealtad del astuto y falaz infante D. Enrique, quien propuso á la reina diese su mano al infante D. Pedro de Aragon, creyendo que de este modo se conjuraria la tormenta.

Indignada la reina rechazó la propuesta, é instó á D. Enrique para que acudiese á defender los derechos del legítimo rey; empero el infante, que no queria ponerse en mal con el de la Cerda ni con D. Juan, puesto que siendo al segundo bastante parecido pudiera algun dia necesitar de ambos, trató de persuadir á la reina de cuán conveniente era acudir primero á enfrenar la osadía del granadino, y fué en efecto, y se dejó vencer por Mohammed.

Afligida pero no acobardada la magnánima reina, acompañada del rey recorría los pueblos y excitaba con la elocuente voz maternal la lealtad de todos; y fué en virtud de su heroismo y de sus exhortaciones que la ciudad de Palencia cerró á D. Juan sus puertas.

Este suceso fué de nó escasa importancia, porque el intruso rey de Leon habia designado dicha ciudad para la reunion de Córtes; y coincidió aquel notablemente con la espontaneidad de Segovia en ofrecer su recinto á la reina, para convocar y reunir las Córtes legítimas.

De nuevo salvó el siempre heróico é ilustre Guzman el Bueno á Tarifa, amenazada á consecuencia del descalabro de D. Enrique, vencido por las huestes granadinas; mas á pesar de todo lo antes



expuesto, era humanamente imposible el que la reina pudiese hacer frente á tan universal conjuración, ni pudiera resistir con esperanza de suceso á tantas y tan poderosas fuerzas como contra su hijo estaban adunadas.

En aquel estado de anárquica desolación, cuando ningún humano remedio se vislumbraba, olvidados los rebeldes, los tráfugas y los invasores, como se olvidaron sus iguales ántes y después de aquella época, de que hay un poder superior, del cual dependen y al cual obedecen de grado ó fuerza todos los seres creados, cantaban gozosos su nefanda victoria sobre la ruina del magnífico reino y la descension del inocente rey. Por él velaba sin embargo la Providencia Divina, que si aparentemente deja triunfar á la injusticia y oprime el derecho para purificar á los que no son tan buenos como deben, lleva hasta donde conviene su castigo; deja agonizar pero no morir, y da permiso al príncipe de las tinieblas para que proteja á los malvados hasta el punto que á sus altos é inescrutables fines conviene, como hiciera con el paciente Job, dando poder al enemigo común para que le afligiese extremadamente; para todo menos para quitarle la vida; porque habia de salir triunfante y glorificado de la lucha emprendida con el hermoso ángel rebelde por su misma soberbia, y por ella convertido en el horrible y prejo Satanás.

En aquella general conflagración, el dedo de Dios hirió de muerte al enemigo, quizá en aquella ocasión el más importante, del legítimo rey. El ejército de Aragón era á la sazón el más poderoso de los invasores. Tenía sitiada á Mayorga, á cinco leguas de Sahagun, defendida á duras penas por los pocos leales que á la reina seguían: el triunfo del aragonés era infalible, y no podía su realización hacerse esperar mucho.

Con ella contaban los sitiadores, cuando de improviso una horrorosa y mortal epidemia se declaró en el campamento de los invasores; empero tan activa y mortal, que de ella murieron el infante D. Pedro, casi todos los magnates y hombres de valía, y la mayor parte de los soldados. Baste decir que el orgulloso ejército sitiador, más que *quintado* por la feral enfermedad, levantó apresuradamente el sitio y tuvo que solicitar humildemente el permiso de la justamente ofendida doña María para retirarse á Aragon, librando á Castilla de su fatal presencia.

Triste era ver el regreso de aquella en otro tiempo imponente hueste, á la sazón compuesta de muy pocos guerreros vivos, que melancólicamente iban escoltando innumerables carros ocupados por cadáveres, cubiertos con entelados y ricos paños regalados por la misma reina (1297).

Este golpe habia sido muy fuerte para los enemigos de Fernando IV; empero no habia tenido, sin embargo, bastante fuerza



para destruir en su raiz el mal. El portugués, hasta entonces *neutral* aunque aliado, determinó remediar el *mal* ocasionado por la destruccion del ejército aragonés; y al efecto hizo su invasion, para no ser menos que los demás soberanos, y osadamente penetró hasta Simancas, á dos leguas de Valladolid, en donde los reyes se hallaban.

La varonil reina, á pesar de los consejos que en contrario la daban, no quiso salir de la ciudad: solo contaba con algunos leales y con D. Enrique, el cual estaba pronto á seguir siendo leal, á cambio de señoríos y de otras mercedes; mas tambien fiaba doña María más que en otra cosa alguna en la Providencia Divina, que en aquella ocasion se mostró tan piadosa y favorable al derecho, como en el memorable sitio de Mayorga.

Sin motivo ni causa ostensible, el ejército portugués comenzó á desmembrarse, á fuerza de multiplicadas y simultáneas deserciones. El falaz rey temió quedarse muy pronto abandonado; pero su vacilacion duró muy poco, y apeló á la rápida y vergonzosa fuga; no á la decorosa retirada. Á la desercion de los suyos se unió la realizacion de un suceso tan imprevisto, peregrino y raro, que seguramente sorprenderá al lector que por la vez primera lea la historia. El infame D. Juan, el tantas veces traidor y perjuro, el innoBLE asesino de Tarifa, el intruso rey de Leon, *reconoció* á su sobrino D. Fernando como rey de Castilla, olvidando al que poco tiempo antes llamaba Alfonso XI.

Queremos hacer gracia al lector, segun ofrecimos, del inexplorable cúmulo de negociaciones, enemistades, desavenencias, alianzas, rompimientos, deslealtades, ambiciones, insurrecciones y accidentes de todo género que tuvieron lugar en aquella fatal época, y en los que tomaron parte las personas de más elevada categoria, desde los soberanos hasta los concejos, así como los Laras y los Haros.

Nada de lo importante y necesario hemos dejado de referir, y agregaremos á lo dicho que la peste de Mayorga, la desercion de los portugueses y la sumision de D. Juan, dieron margen á que la infatigable é inteligente doña María, con no comun destreza y exquisito tacto, lograse atraer al rey de Portugal, con el cual tuvo una entrevista. En ella se acordó un tratado de paz y se estipuló el matrimonio de Fernando IV con doña Constanza de Portugal, y del príncipe heredero de este reino con doña Beatriz de Castilla, con otros pormenores interesantes. Este importante suceso tuvo lugar á fines del año 1297, y en el siguiente ya pudo la reina reunir suficiente ejército y recobrar algunos puntos que aun poseian los rebeldes, entre ellos á Ampudia, que la defendia contra el rey D. Juan de Lara.



Durante los dos últimos años del siglo XIII, nada ocurrió digno de referirse, puesto que solo continuaron alterando el público sosiego algunas rebeliones parciales, que si bastaban á no dejar en plena paz al pueblo, no fueron de la trascendental importancia que las anteriores.

## ARAGON Y CATALUÑA.

AÑO 1250 Á 1300.

Al comenzar á correr la segunda mitad del siglo XIII continuaba en todo su auge y esplendor la monarquía aragonesa, oscureciendo todas las demás; porque si bien la de Castilla era poderosísima y respetable, la primera continuaba regida por el valeroso y enérgico Jaime I, al paso que la segunda estaba gobernada por el excesivamente blando cetro de Alfonso el Sábio.

El esplendor, empero, de la vasta monarquía aragonesa estaba también un tanto oscurecido por disturbios y luchas intestinas; porque el monarca era bueno, humano, valeroso, generoso y magnánimo; pero era más guerrero que político, y más consumado general que hombre de Estado.

Su decidido y excesivo amor á los hijos de su segunda esposa, en perjuicio del de la primera, alteraron notablemente el reino; y las Córtes reunidas en Alcañiz no lograron cortar el mal: la raiz de este existía en el decidido empeño del rey respecto de la distribución de sus reinos; y aunque presentó á las Córtes una nueva combinacion, ni esta ni las anteriores dejaban contento á ninguno; quedaba disgustado el primogénito porque disminuían lo que creía tocarle de derecho; otros lo estaban porque se les adjudicaba poco, y alguno, quizá, porque se creía con tanto derecho como el hijo de D. Jaime y de la repudiada infanta de Castilla.

Cuando ninguna de las proposiciones del alucinado monarca era á propósito para remediar el mal, poco podían hacer en aquella ocasion las Córtes; mas, sin embargo, D. Jaime expuso lealmente á las de Alcañiz su deseo y propósito, ofreciendo prestar su conformidad á la decision de aquellas y estar á derecho, cumpliendo por su parte la resolucion que adoptase una comisión sacada del mismo seno de las Córtes y elegida por ellas mismas.

Verificóse la eleccion de los individuos que habian de formar el *jurado* y entresacáronse los electos, eligiendo diversos prelados y varios ricos-homes, los cuales juraron solemnemente que seguirian



al rey fielmente, si el infante D. Alfonso su primogénito se negase á aceptar y cumplir la resolución del jurado.

Prestado el juramento, salió una comision en direccion de Sevilla, en donde se hallaba D. Alfonso, á fin de pedirle su conformidad; y habiendo el príncipe acogido favorablemente á los prelados y procuradores que formaban la comision, esta volvió satisfecha, y los jueces electos se retiraron á Ariza para conferenciar y deliberar con tranquilidad, aislamiento y reposo.

Dícese que los reyes *trabajaron* entretanto cuanto les fué posible en favor de los hijos de aquel matrimonio, en perjuicio de D. Alfonso: sea de esto lo que quiera, es lo cierto que los jueces fallaron que se diese al expresado príncipe el gobierno de Aragon con Valencia, y á D. Pedro, el primogénito de D. Jaime y de doña Violante, el principado catalan.

Algunos autores fijan estos hechos como sucedidos en época bastante anterior á la en que los hemos colocado; empero nosotros, siguiendo un manuscrito de antigüedad auténtica, y al cual en más de una ocasion nos hemos referido, que funda lo que afirma en respetables autoridades históricas é inserta curiosísimos y verídicos documentos, no hemos vacilado en darles el lugar cronológico que el lector ha visto, tanto más, cuanto que es constante el viaje que inmediatamente hizo D. Jaime I á Cataluña para reunir las Córtes catalanas y verificar en ellas el reconocimiento de D. Pedro, su hijo, á quien es fama queria mucho más que á D. Alfonso, el de su primera esposa (1251).

Coincidió con estos sucesos la inesperada y temprana muerte del infante D. Fernando, hijo tercero del rey y de doña Violante, y aprovechó la ocasion el soberano para adjudicar á D. Pedro cuanto poco antes habia cedido á D. Fernando, dando al primero con Cataluña el Rosellon, Conflent, Rivagorza y Cerdaña.

Reservóse el rey, empero, el usufructo durante su vida; mas, firme siempre en su animadversion contra D. Alfonso, animadversion que casi creemos cierta observando la conducta seguida por el padre con el hijo, previno, para el caso en que D. Pedro llegase á fallecer sin hijos, que fuese su heredero D. Jaime, el hermano segundo de D. Pedro.

Corria el mes de Marzo del año antes citado cuando juraron á D. Pedro las Córtes catalanas en Barcelona, haciéndole homenaje, y el soberano quedó en este punto satisfecho.

Duélenos ver á un rey tan grande mostrarse tan pequeño, impulsado por preferencias vituperables en un particular, y tan nocivas y escandalosas en un soberano; mas D. Jaime quiso obstinadamente mostrarse más padre que rey, y por desgracia, mal padre y poco cumplidor de su palabra en aquella ocasion; porque así como se



exigió á D. Alfonso previamente la aceptación de lo que en Ariza determinase el jurado, él debió asimismo acomodarse y cumplir la decisión de los jueces. Estos hicieron lo posible por rendir el debido tributo á la justicia y al derecho, sin desagradar al rey, cuya decisión por D. Pedro era tan conocida como el injusto desamor con que miraba á D. Alfonso; y no cumplieron los jueces rigorosa y estrictamente su deber. D. Jaime, sin embargo, no tuvo escrúpulo en saltar por encima del acuerdo de Ariza, aunque habia ofrecido *estar á derecho y prestar su conformidad*. Luego que vió á D. Pedro asegurado en la sucesión de los vastos dominios que le asignaba, ratificó la cesión que habia hecho en favor de D. Jaime, el segundo hijo de doña Violante, del señorío de Montpellier y de las islas Baleares, y le cedió el reino de Valencia, quitándosele á don Alfonso y faltando á su solemne promesa hecha en Alcañiz, y por ende truncando y deshaciendo el acuerdo de Ariza. Esta arbitrariedad fué sancionada y establecida por todos los medios legales, y D. Jaime, gozoso con haber satisfecho sus deseos, aunque sembrando la cizaña en los fértiles campos de su vasto y floreciente reino, tomó la vuelta de Valencia, en donde todos los señores de vasallos, alcaldes y personas de cuenta prestaron homenaje á su futuro rey, el príncipe D. Jaime.

Hallábase en Valencia el rey cuando se le presentaron dos mahometanos para ofrecerle la entrega de la fuertísima é importante fortaleza de Biar (1252), situada en la frontera de Murcia.

Ignoramos el objeto que ambos moros se propusieron y el por qué D. Jaime creyó tan fácilmente á gente tan engañadora y de ninguna fé; pero consta que persuadido D. Jaime de la veracidad de los dos musulmanes, pasó á Játiva y se dirigió despues á la citada fortaleza.

No estando dispuestos á entregarla los moros de Biar, y no habiendo encontrado D. Jaime en el camino ningun obstáculo ni celada alguna, no es fácil adivinar lo que se propusieron aquellos dos descreídos islamitas; empero de que no estaban los de Biar dispuestos á ceder al rey la fortaleza, da muy clara muestra la necesidad en que se vió D. Jaime de formalizar el sitio, y la resistencia de los defensores, que se sostuvieron por espacio de cinco meses, al cabo de cuyo tiempo se rindieron al invicto conquistador.

Debió, empero, quedar el soberano agradecido á los dos moros, fuese cualquiera su intención, puesto que la posesión de Biar, en la que seguramente no pensaba, amedrentó á los ya atemorizados moros, los cuales, expuestos casi sin defensa á las iras del valeroso soberano y de un ejército á la sazón sin par fuera de España, le rindieron sucesivamente las pocas fortalezas que aun conservaban, y quedó por el poderoso conquistador el reino entero.



La rendicion de Biar se habia verificado en el mes de Febrero de 1253, y algunos meses despues todo el reino estaba completamente sometido; empero en él quedaban los antiguos dominadores; multitud de moros aficionados al bello y fértil país en que desde la infancia habian vivido; encariñados con los primeros objetos que sus ojos vieran, y no pareciéndoles que el mismo sol, allí tan hermoso, el puro y azulado cielo y el aire tan suave y vivificador pudiesen encontrarse en otra parte iguales, que en efecto parece que el cielo, el sol y el aire de la propia patria no son los mismos que vemos y sentimos en la agena, no quisieron abandonar tan caros objetos, puesto que el vencedor no les obligaba á dejarlos. Esta determinacion, aunque justa para muchos, era sin duda alguna un perenne foco de insurrecciones y de intranquilidad.

Casi por este tiempo comenzaron á aparecer en los dominios del rey de Aragon algunos castellanos y vizcainos descontentos, todos hombres de importancia y valta. El señor de Vizcaya (D. Diego Lopez de Haro) hizo la guia; le siguió su hijo D. Lopez Diaz con no pocos caballeros del señorío, y no tardó en aparecer el infante D. Enrique, hermano de Alfonso el Sábio (el despues prisionero de la Pulla), con algunos caballeros de Castilla.

Dícese que D. Jaime no solamente los acogió á todos con benevolencia, sino que los colmó de honores y de rentas, por si un día quedaba rota su amistad con su yerno el castellano. Pudo ser simple precaucion y natural recelo, atendiendo á la facilidad con que se dejaba manejar Alfonso X y que le habia hecho ser menós firme en la amistad con su suegro de lo que debiera. En cuanto á este, puede asegurarse que fué siempre tan leal quanto generoso con el de Castilla, como despues verá el lector.

No tardó mucho el aragonés en suponer que no era pura la amistad de su yerno el sábio Alfonso; porque llegó á creerle complicado en una sublevacion de los moros valencianos, si bien nosotros, que no encontramos datos seguros y positivos para afirmar ni negar la supuesta complicidad, creemos que no necesita de acicate el sometido para sublevarse contra quien lo sometió, puesto que aunque libre siempre se considera cautivo, y jamás puede creerse independiente.

Parece que el infante D. Manuel, hermano del rey de Castilla, favorecia á los sublevados, y de aquí se suponía la complicidad de este soberano; mas si otras pruebas y razones no se aducen, la historia presenta reiterados ejemplos de hermanos y aun hijos de reyes que conspiraron dentro y fuera de su patria, y de su cuenta y riesgo.

La insurreccion comenzó por hacerse dueños los mahometanos de algunas fortalezas; mas el inesperado y bien combinado movi-



miento no era ostensiblemente dirigido por otro jefe y caudillo que por un cierto Al-Azark, moro tambien. Astuto, hábil y diestro, armó una celada de la cual milagrosamente se salvó D. Jaime, puesto que en poco estuvo el quedar prisionero del hijo de Mahoma.

Tomó instantáneamente la sublevacion tan colosales proporciones, que el rey, mientras con las armas acudia á sofocarla, creyó deber decretar la expulsion de los moros, y repoblar el reino con cristianos. Esta medida, por muchos calificada de fuerte, aunque, sin dejar de serlo, era quizá por más de un concepto y respeto necesaria, produjo tal indignacion entre los musulmanes aptos para llevar las armas, instigados además por los ancianos y mujeres, que las tomaron más de *sesenta mil* de los primeros para hacerse firmes, cosa que seguramente no hubieran podido hacer si al ser vencidos y sometidos se les hubiera mandado salir de un reino ya cristiano; porque nuestro entendimiento, quiza más limitado de lo que debemos creer, no nos permite comprender que fuera ventajosa esa reunion de cristianos y mahometanos; de niños educados en las infalibles máximas de la única verdadera religion, rozándose y viviendo con los hijos de los secuaces del Islam y alucinados con las torpes falsedades de la ley de Mahoma: el Evangelio y el Korán reunidos, y consentida esta reunion por reyes cristianos, es cosa que no comprendemos, y por consiguiente no podemos explicárnosla, á menos que nos avengamos á posponer á las consideraciones religiosas las políticas, y las ventajas materiales sobre que tanto se ha discutido, cosa que estamos muy poco dispuestos á hacer.

Tambien en aquella ocasion hubo reñidas cuestiones y notable divergencia de pareceres. Los prelados, el clero y *el pueblo*, apoyaban la determinacion del rey y la aplaudian: los prohombres del reino la reprobaban; pero esta reprobacion ¿estaba basada en la compasion que sentian por los infieles, ó en que suponian que la medida afectaba los generales intereses? No por cierto: consistia en que los moros les pagaban fuertes sumas de dinero por los arrendamientos de sus territorios y posesiones. Es decir, que en ellos obraba el egoismo y no otra consideracion alguna.

Agregóse tambien al número de los que desaprobaban, y por idéntica causa, el infante D. Pedro de Portugal; mas el rey le hizo variar de opinion, *entregándole gran cantidad de dinero*.

Vigilante D. Jaime, activo siempre y siempre valeroso, sometió á los sublevados, en su mayor parte, y la expulsion en general se verificó.

Llámanle algunos cruel por este hecho; mas él le creyó una necesidad, y lo que es indispensable se hace, por duro que parezca. En cambio nadie podrá tacharle de avaro, ni podrá decir que



supo sacar partido de aquella medida para enriquecerse. Decimos esto porque el rey permitió á los expulsos llevar consigo sus tesoros y cuanto era susceptible de ser trasportado; y temiendo los moros ser asaltados en el camino, ofrecieron al rey la mitad de todas sus riquezas, á condicion de que les diese seguro para la otra mitad.

D. Jaime contestó á la tentadora propuesta manifestándoles que el hacer lo que le proponian seria accion indigna de un rey cristiano; que bastante pena era para ellos perder sus casas y riqueza inmueble, cosa que le dolia y á que su insurreccion habia dado lugar; mas que podian marchar bajo la salvaguardia de su real palabra, que él les daria seguro, no para la mitad, sino para toda su riqueza mueble; y en efecto los hizo escoltar, y ellos abandonando doloridos aquella hermosa tierra, fuéronse muchos de ellos á Granada, en donde aun imperaba la media luna, y otros pasaron á Castilla (1254).

Solo quedaron en aquellos dominios los moros que bajo el mando de Al-Azark se habian apoderado por sorpresa de algunas fortalezas en los principios de la insurreccion, y en ellas resistieron bastante tiempo, hasta que persuadido el caudillo del término, quizá no cercano, pero infalible, de aquella lucha, obtuvo capitulacion mediante la cual salió del reino con los suyos.

Corria el año 1257 cuando se dirigió D. Jaime á Montpellier, despues de haber ratificado con el rey de Castilla el tratado de Soria, ofreciéndose mútua indemnizacion de perjuicios si se hubiesen ocasionado algunos daños en los respectivos dominios.

El viaje del rey de Aragon tenia por objeto el señalamiento de límites y fronteras; porque la monarquía aragonesa se extendia hasta el Mediodía de Francia, cosa que tenia, como era natural, disgustados á los soberanos de estos reinos. Los soberanos de Aragon, por otra parte, tambien miraban con recelo á los franceses, por sus pretensiones, jamás olvidadas, á una parte de Cataluña. Con este motivo pasó á Francia D. Jaime, para avistarse con Luis IX, el Santo, á fin de ajustar aquellas diferencias.

Despues de celebradas diversas sesiones, D. Jaime I renunció á sus señoríos situados en Francia, fuera de Montpellier que se reservó, y Luis el Santo abdicó el título hasta entonces conservado por él, como por sus antecesores, de los dominios que los reyes francos por fuerza de armas poseyeron en Cataluña. Tambien cedió entonces el rey de Aragon á Margarita, reina de Francia, el condado de Provenza, que formó parte en otro tiempo del condado de Cataluña, del cual se habia apoderado un hermano de Luis IX, llamado Carlos de Anjou. D. Jaime conservaba el derecho, y le cedió entonces á la reina de Francia.



La garantía de este solemne tratado consistió en el mútuo acuerdo de ambos soberanos para estipular el matrimonio de doña Isabel de Aragon, hija de D. Jaime, con Felipe de Francia, hijo primogénito y heredero de San Luis (1258).

Regresó á sus dominios el rey de Aragon y durante dos años no ocurrió ninguna guerra extraña, ni grandes alteraciones interiores; mas, sin embargo, los partidos se agitaban, y la gente de orden sufría ese malestar que á las veces agita é incomoda lo mismo á los cuerpos morales que á los físicos; esa intranquilidad é incomodidad continuas que sin dejar sentir un daño localizado, mantienen en continua alarma y perpétuo disgusto todo el cuerpo.

La causa de este violento estado no era otra que la obstinacion con que el rey demostraba su predileccion por los hijos de su segunda esposa; y como por otra parte el príncipe D. Alfonso poseia tales prendas que le hacian bien quisto de todos, el descontento crecia, haciendo prever que el malestar cesaria para dejar lugar á un daño localizado, visible y conocido.

Una de las prendas que más elogiaban en el desgraciado D. Alfonso era su sumision; porque si algunos años antes demostró estar dispuesto á presentar resistencia, no la presentó tal como pudo, y se resignó á sufrir, sin explicarse la razon que su padre tenia para demostrarle tan grande falta de cariño que rayaba en aborrecimiento.

La notoria injusticia del padre y el heroico sufrimiento del hijo movieron en favor de este á los magnates, caballeros y gente de valta, manifestando abiertamente su disgusto porque injustamente le habia cercenado tanto los dominios que debiera heredar. El rey, para conjurar la tormenta, á duras penas quitó á D. Jaime, el infante, el reino de Valencia y le cedió á D. Alfonso con los dominios de Aragon para despues de que falleciese el soberano.

No se contentaron con esto los defensores del príncipe primogénito, que eran casi todos los prelados y caballeros, las universidades y el pueblo, porque le querian heredero de Cataluña y Mallorca, del Rosellon, Montpeller y Cerdeña, lo mismo que de Aragon y Valencia; y el rey, instigado quizá por su esposa é impulsado por su parcial predileccion, tal vez se preparaba á nuevos excesos, dominado como estaba por los afectos de hombre y completamente olvidado de los deberes de rey, para dar margen á una cruenta y asoladora guerra civil, cuando Dios en sus altos juicios determinó cortar aquel nudo gordiano llamando á sí al injustamente perseguido y arbitrariamente perjudicado D. Alfonso, llevándole, piadosamente juzgando, á gozar de un descanso barto más envidiable y seguro que aquel de que su padre le habia privado en la tierra (1260).

No sabemos, ni nos atrevemos á creerlo, si en D. Jaime I causa-



ria más satisfacción que pesar aquella desgracia que le permitía saciar su deseo en favor de sus demás hijos: lo que si aseguramos es que si tal creyó, quedaría muy pronto desengañado tristemente por el visible castigo que recibió del cielo.

Apenas había fallecido el infelice príncipe D. Alfonso, cuando comenzó una nueva lucha entre los varones que le quedaban: don Pedro y D. Jaime, poco dispuestos ambos á sufrir y callar como su infortunado hermano, comenzaron á disputarse los dominios que aun no poseían.

Estaba la razón de parte de D. Pedro, que era á la sazón el mayor; empero si este alegaba que le correspondía todo derecho, don Jaime respondía que si por la voluntad de su padre ambos habían de ser reyes, debían dividirse con equitativa igualdad los estados y dejar tan poderoso al uno como al otro; y como ninguno de los dos infantes fuese tan resignado y sufrido como el difunto Alfonso, los magnates y el pueblo se dividieron en bandos, unos en favor de don Pedro, otros de D. Jaime; estalló la guerra; Aragon y Cataluña se pusieron en manifiesto desacuerdo, y á favor de aquella verdadera anarquía, en medio de la cual ni había propiedad ni seguridad para las personas, ni leyes ni freno alguno, los mismos pueblos tuvieron que atender á su seguridad, formando confederaciones y organizando una *germania* (hermandad) reglamentada, que pudiese hacer frente á los bandidos que habían sabido aprovecharse muy bien de aquel estado de general conflagración.

Fué para su objeto muy útil la creación del expresado cuerpo, porque á expensas de las ciudades que formaban la confederación se formaron compañías compuestas de gente de guerra, bien provista y armada, y llegaron á ser en aquel entonces una verdadera providencia humana para salvar la vida y los intereses de las personas honradas.

En tanto, D. Jaime I, creyendo siempre poseer una verdadera panacea en las combinaciones relativas á la distribución de estados, formó una nueva á fin de poner un término á tan destructora anarquía; porque pensaba que contentando á sus hijos, los partidos se aquietarian, ó por lo menos sufrirían gran disminución.

La nueva combinación fué quizá la menos mala de cuantas ideó Jaime I; porque no separaba las coronas de Aragon y Cataluña, como había dispuesto en las anteriores. Dejábalas, pues, unidas, y las agregaba los estados de Valencia, con cuyos tres reinos formaba uno extenso é importante para D. Pedro, su hijo mayor, y á don Jaime, el menor, daba las islas Baleares, con Montpellier, el Rosellon y la Cerdeña; mas con absoluta independencia, y debiendo sucederse mutuamente los hermanos en caso de fallecimiento de cualquiera de ellos, sin dejar hijo varón.

Los caracteres de ambos hermanos eran muy poco á propósito para avenirse; así es que la fraternal discordia siguió, porque el mayor lo quería todo, y el menor quería, por lo menos, tanto como el mayor tuviese; empero las públicas discordias se apaciguaron, si no por completo, lo bastante al menos para que pudiesen descansar más tranquilos los hombres honrados: para estos, como interesados en la prosperidad del reino, la division de Aragon y Cataluña era un mortal disgusto, y se aquietaron al ver que habian de quedar reunidos.

Por aquel tiempo (1261) ocurrió en los dominios de Castilla una imponente insurreccion entre los mahometanos, que comenzó por sublevarse todos los de Andalucía y Murcia, amenazando tan arrollador torrente males sin cuenta, y haciendo prever que él desaharía cuanto en pro de la santa reconquista habian felizmente obrado Alfonso VIII y Fernando III.

El lector ya conoce estos sucesos, así como la perfidia y socordia de que usó Ben-Alhamar, el rey de Granada, aliado de Castilla, porque lo habrá visto en la historia de este reino. Entonces se vió justificada la medida que tomara poco tiempo antes en Valencia D. Jaime I; mas D. Alfonso X, que, sobre los muchos moros cuya permanencia consentia en sus vastos dominios, admitió á cuantos allí se refugiaron de los expulsados de Valencia, se encontró instantáneamente con innumerable morisma puesta en armas; y como la falsa amistad del granadino tenia al fin que darse á conocer, llegó el caso de venir con él á las manos, y salió vencedor del ejército de Alfonso en los campos de Alcalá la Real.

Prescindiendo de más altas consideraciones, á las cuales ya dedicamos algunas líneas, los soberanos en aquellos tiempos de continua lucha, debian de considerar que los sometidos no lo eran por su voluntad, sino por impotencia; por carencia de medios para impedir la sumision. Tenian, además, un odio inveterado y mortal á los cristianos, por efecto de la insuperable aversion con que al vencedor mira siempre el vencido; aversion vigorizada y llevada al exceso por la poderosa causa, mayor si se quiere que aquella, de la diversidad de religion, máxime tratándose de mahometanos que son fanáticos y supersticiosos; que no conocen la admirable virtud del amor al prójimo sin distincion de amigos ni de enemigos, y que tienen por acto meritorio y suficiente para entrar en el *paraiso* el quitar la vida á un *infel* cristiano.

Si á lo expuesto agregamos la injusticia que ellos suponian en hacerles la guerra; que desconocian la santa causa que los cristianos sostenian y que estaba reducida á defender la propia independencia y reconquistar lo que injustamente se les habia usurpado; que completamente olvidados de que lo que poseian era fruto de



una injustificada invasion, se creian usurpados en vez de tenerse por usurpadores; que su carácter era naturalmente falaz, ingrato, ageno á toda verdad, como hijos naturales y legítimos de la mentira; que si se les trataba con humanidad y con dulzura lo atribuian al temor que se les tenia, y si con precaucion y dureza lo llamaban injusta tiranía, concluiremos que en uno ú otro extremo encontraban suficiente razon y motivo para alzarse contra los que, segun ellos, les privaban de *lo suyo y de su independencia*. Si todo lo expuesto consideramos, ¿podria mirarse como medida conveniente y política el dejarlos habitar en dominios cristianos en número capaz de poner sobre las armas en pocos momentos cerca de 70,000 hombres, como sucedió en Valencia, y de alzarse en pocas horas con Jerez, Arcos, Lebrija, Mula, Lorca, Murcia, Sidonia, Rota, Sanlúcar y otros importantísimos puntos y plazas fuertes, como sucedió en los dominios de Castilla?

La derrota de Alcalá la Real hizo comprender á Alfonso el Sábio el peligro que sus dominios corrían; y aunque obtuvo algunos triunfos y se apoderó de Cádiz, que tomó por sorpresa el almirante de Castilla D. Juan García de Villamayor, la sublevacion estaba muy extendida, perfectamente combinada, y su realizacion mostraba á las claras que no habia sido pensada y ejecutada, sino muy meditada.

El rey de Castilla veia no poca dificultad en atender á Murcia y Andalucía simultáneamente; y en tal conflicto, acudió á su suegro D. Jaime I para pedirle auxilio contra los moros de Murcia, que eran los más inmediatos á los dominios del Conquistador.

Poco tiempo hacia que, en medio de las discordias y luchas intestinas, se habia estipulado el matrimonio del príncipe D. Pedro (1262) con doña Constanza de Sicilia, hija de Manfredo, rey de este reino, y de doña Beatriz de Saboya. Este matrimonio se efectuó con premura, por evitar nuevos disturbios; porque era de grande importancia política para el reino, como despues veremos, pero á su realizacion se oponian con empeño Luis IX de Francia y Urbano IV, Sumo Pontífice, este por ser Manfredo enemigo de la Iglesia y hallarse á la sazón excomulgado.

D. Jaime, modelo de generosidad, que ostentó noblemente en aquella ocasion, tan pronto como supo la peticion de su yerno don Alfonso X, convocó las Córtes de Cataluña y de Aragon, en Barcelona las primeras y en Zaragoza las segundas. En ambas expuso la solicitud de su yerno el de Castilla, y pidió recursos para acudir á donde la religion y el parentesco le llamaban (1264).

Admitieron de buen grado los catalanes la demanda del rey; mas no con tanta espontaneidad los aragoneses: los primeros concedieron á D. Jaime el subsidio del *bovage*; más los segundos, desenter-



diéndose de la petición del rey, presentaron un largo capítulo de quejas respecto de sus atropellados privilegios y franquicias, y otro no menos extenso de peticiones y propuestas de arreglo de leyes, para que en lo sucesivo quedasen á su gusto reformadas.

Adviértase que en este ruidoso incidente solo tomaron parte los ricos-homes; mas como quiera que eran los más poderosos, y como tenían á la mano para violentar la voluntad del rey el dejarle sin subsidios si no accedía á sus demandas, D. Jaime les concedió lo que creyó justo y denegó cuanto creyó inconveniente, pensando que comprenderian como él mismo que fallaba en justicia.

No lo comprendieron del mismo modo los poderosos magnates, y su rebeldía puso al rey, que aunque bondadoso nada tenia de débil, en el duro caso de reunir su ejército y sujetar á los disidentes por fuerza de armas, sin que les valiese su elevada clase ni sus franquicias.

Cesó aquella nueva calamidad en virtud de las exhortaciones de los prelados, los cuales lograron se pactase una tregua entre el rey y los altivos ricos-homes, hasta que regresase de Murcia el soberano, que no cejó en su propósito de acudir á donde el de Castilla le llamaba.

Habia, sin embargo, transcurrido un año, y ya corria el 1265, cuando emprendió D. Jaime su expedición, despues de haber aceptado el nombramiento de árbitros que decidiesen á su vuelta la cuestion pendiente con los disidentes; al efecto fueron elegidos los prelados de Zaragoza y Huesca.

No fué de larga duracion la campaña; porque, como muy bien decia el mismo Conquistador, *con la cola de su caballo ahuyentaba á los moros*. Mostrándose tan benigno y piadoso con los vencidos como implacable y fuerte con los tenaces y soberbios, uno á uno fué quitando á los moros todos los puntos con que se habian alzado, hasta reconcentrar y aislar la insurreccion en la misma ciudad que es hoy capital de la provincia de Murcia, y que á la sazón era una plaza importante, fuerte, amurallada, abastecida y perfectamente provista de cuanto material de guerra era entonces usual y necesario.

Ante sus muros debia haberse detenido mucho más tiempo el gran Conquistador; mas no en balde creia que solo su caballo con la cola asustaba á los moros; porque á pesar de la guarnicion, provisiones, pertrechos, defensas é importancia natural de la plaza, en cuanto supieron los que habian hecho ánimo de defenderla que don Jaime se acercaba, ellos mismos expulsaron de la ciudad al alcaide que por el emir de Granada la tenia, y sin cuidarse de otra cosa que de salvar sus personas y haciendas, se entregaron sin pelear al valeroso Conquistador (Febrero de 1266), y el glorioso pendon de



San Jorge fué colocado sobre la más elevada torre del alcázar.

Inmediatamente D. Jaime, sin imaginar siquiera lo que algun predecesor suyo hubiera hecho, obrando con su habitual generosidad y nobleza, mandó decir á Alfonso de Castilla por medio de dos *adalides* (equivalente á caudillos), que tenia libre y sujeto á su disposicion todo el reino de Murcia, en el cual, además de esta plaza, habia rendido *veinte y ocho* puntos fortificados de diversas clases en pocos meses.

Hecho esto, y despues de dejar suficiente *presidio* (equivalente entonces á guarnicion) de aragoneses y catalanes hasta que mandase sus tropas el rey de Castilla, se dirigió á Alicante y desde allí á Valencia, en donde entró triunfante y fué tan aclamado como merecia.

Si fueron notables el valor é inteligencia de D. Jaime, que tanta hazaña obró como si verificara un paseo militar, casi superaron á su inteligencia y valor su generosidad y nobleza.

Poco tiempo trascurrió desde la guerra de Murcia hasta que se avistaron suegro y yerno en la córte de Castilla y Leon. En el mismo año 1266 fué electo arzobispo de Toledo el infante D. Sancho de Aragon, hijo de D. Jaime I, del cual, aunque el lector le ha conocido por su cruento y lastimoso fin en Castilla, nada hemos dicho al tratar del reino de Aragon, porque destinado á la Iglesia por su padre al hacer la distribucion de sus reinos (página 215), no tomó parte en las lamentables discordias fraternales. Debiera de ser su vocacion la del sacerdocio, aunque al destinarle al altar podia haberse recelado lo contrario, puesto que para nada suena en las turbulentas escenas á que diera márgen la ambicion de sus hermanos, á pesar de estar dotado de tan grande energía y generoso valor como demostró en la sangrienta y funesta jornada de la Torre del Campo (página 259).

No era, sin embargo, presbítero cuando fué electo prelado de Toledo; mas despues de haber recibido las sagradas órdenes, se señaló el día de la Natividad de 1268 para que celebrase el santo sacrificio de la misa por la vez primera. Con este motivó invitó Alfonso X á su suegro Jaime I para que asistiese á la sagrada ceremonia, en la que su hijo D. Sancho habia de ser la más importante persona.

Aceptó D. Jaime la invitacion; D. Alfonso salió hasta los límites de su reino para recibirle, y juntos, alegres y gozosos tomaron la vuelta de Toledo. Entretúvose en fiestas y torneos hasta la llegada del nuevo año, y cuando este (1269) habia ya comenzado á correr, á la misma Toledo fué á buscar á D. Jaime una embajada del khan de Tartaria. Este se habia convertido al cristianismo, y á fuer de cristiano nuevo quiso dar una muestra de que no en vano miraba

como signo de redencion y de gloria la santa Cruz; y para demostrarlo de evidente manera, quiso colocarla sobre su pecho y dirigirse á la reconquista de los Santos Lugares.

De acuerdo con Miguel Paleólogo, emperador de Constantinopla, deseó contar asimismo con el auxilio de D. Jaime I, á la sazón tan poderoso y entre moros y cristianos afamado; y como este proyecto del khan estaba de antemano pensado, mandó en tiempos anteriores un mensaje al Conquistador, hallándose en Montpellier, que fué como el preludio de la formal embajada que llegó á la córte de Castilla.

Lisonjeó mucho al rey de Aragon la propuesta del tártaro, y decidió aceptar la peticion; mas su yerno, el de Castilla, entonces con previsora política, desaprobó con teson aquel proyecto; sin embargo, como se obstinase su suegro en realizarle, no se negó don Alfonso á contribuir á una empresa por otra parte tan santa y loable, á cuyo fin puso á las órdenes de D. Jaime al famosísimo don Pelay Correa, maestre de Santiago, con cien valerosos caballeros de esta orden, y le entregó además cien mil maravedís de oro.

Partió el Conquistador desde Toledo á Aragon, en donde dispuso apresuradamente los preparativos de marcha, despues de haber nombrado su lugarteniente y *alter ego* á su hijo D. Pedro, y se preparó á salir de su reino contra la voluntad de aquel, de su esposa y de todos sus parientes y consejeros.

En aquella ocasion, mejor que en otra alguna, mostró el rey toda la inflexibilidad de su carácter y lo irrevocable de sus resoluciones. Preparada una flota compuesta de treinta grandes naves y veinte y siete galeras, zarpó del puerto de Barcelona á mediados del mes de Setiembre de 1269.

El cielo visiblemente se opuso al emprendido viaje; desencadenados los elementos; rotas las cataratas del cielo; amenazando á las nubes las montañas olas; serpenteando de continuo en el horizonte los aterradores rayos, una tempestad sucedia á otra, y el fin de la última no era sino el comienzo de la siguiente.

No por esto desistia el impávido y tenaz soberano, hasta que rotas las jarcias, en mil girones las velas, despedazados los remos y desarboladas casi todas las naves, el mismo D. Jaime se rindió, diciendo que no queria tentar á Dios, cuya voluntad tan manifesta se mostraba contra aquella expedicion. ¡Cuántos horrores no se observarían durante la navegacion, para que el tenaz é impávido don Jaime en tales razones prorumpiese!

Quiso avanzar tanto antes de resolverse á no continuar el viaje, que era tan difícil seguir como retroceder; y pudieron tenerse por muy felices los navegantes en lograr su arribo al puerto francés de Aguas-Muertas. Y fueron doblemente felices; porque el fin de aque-



lla cruzada fué por demás desastroso. La mayor parte de los que llegaron á la Tierra Santa perecieron victimas de una asoladora epidemia, contándose entre aquellas á San Luis, rey de Francia (IX de su nombre), y á su hijo el príncipe Juan.

De nuevo se avistaron Jaime I y Alfonso X en Búrgos. Íbase á celebrar en la memorable córte de los antiguos condes de Castilla el matrimonio de D. Fernando de la Cerda, primogénito del rey Sábio, con doña Blanca de Anjou, hija de San Luis. D. Alfonso, siempre afecto á su suegro D. Jaime, le invitó para que asistiese á la citada importante solemnidad, y aceptó muy gustoso la invitacion (á fines de 1269).

En estos desposorios se ostentó nuevamente la grande opulencia y severa magestad, que jamás ha decaído, de la córte castellana; y entonces fué cuando viéronse reunidos en la alegre y regocijada Búrgos tantos reyes y príncipes como hemos manifestado al tratar del reino de Castilla (página 231).

Despues de terminados los festejos á que dieran lugar las reales bodas, tomó D. Jaime la vuelta de su reino, acompañado de su hija doña Violante, reina de Castilla, y de Alfonso X, esposo de esta señora, quienes llegaron con D. Jaime hasta Zaragoza.

Al regresar á su córte el de Aragon encontró más encarnizada que nunca la lucha entre sus hijos; y debe notarse aquí el visible castigo del cielo, por su injustificado desamor y odio latente, si no abiertamente manifestado, que le arrebató á D. Alfonso, D. Fernando y D. Sancho, quienes tan buenos fueron para él, y le dejó á los más irascibles, ambiciosos y discolos, aunque dotado D. Pedro de muy grandes prendas como despues veremos, para exacerbar los disgustos del anciano rey y amargar los postreros dias de su gloriosa vida.

Al regreso de D. Jaime, su hijo del mismo nombre no era quien más contribuía á las escisiones, ni públicas ni domésticas. Había aparecido en la política escena un Fernán Sanchez, hijo bastardo del soberano, que profesaba mortal odio á D. Pedro, en cuya misma moneda con usura le pagaba este.

Quejábase á D. Jaime I de una parte Fernán, asegurándole que en su ausencia había tratado de asesinarle D. Pedro: este, de otra, intentaba persuadir á su padre de que Fernán tenía preparada y bien urdida una vasta conspiracion, de acuerdo con los magnates y primeras personas del reino, para alzarse con este; Fernán á su vez testificaba que era D. Pedro quien lo tenía todo dispuesto y preparado para destronar á su padre, á fin de sucederle en vida; y don Pedro, últimamente, protestaba que era su contrario y no él quien tal meditaba, y aun se extendía á decir que para lograrlo, además de contar con muchos ricos-homes de Aragon y barones de Cata-



luña, tenía de su parte á Carlos de Anjou, rey de Sicilia y sucesor de Manfredo, con el cual algunos años despues tan mortal guerra sostuvo, como despues veremos.

Creyó D. Jaime á Fernan Sanchez, y tomó las necesarias precauciones para poner á salvo la vida de este: luego quitó al infante D. Pedro los cargos de lugarteniente y procurador general del reino que aun conservaba.

Poco despues, y como estas medidas exacerbasen el odio que don Pedro tenía á Fernan, aquel hizo su defensa manifestando los negros proyectos que en su bastardo hermano suponía. Favoreció al infante la mediacion del prelado de Valencia, que intervino muy activamente en la reconciliacion de padre é hijo; y al paso que esta se verificó, volvió á estar en continuo riesgo la seguridad del bastardo, fuertemente perseguido por D. Pedro.

Jamás estas escisiones, que debieran ser familiares, en las régias personas dejan de trascender al reino todo; porque nunca los ambiciosos y malcontentos las desaprovechan. De unos y otros había en los dominios de D. Jaime copiosa cosecha, y se apresuraron á rodear á Fernan Sanchez, tomando por bandera su nombre y por pretexto las injusticias de que era víctima (1272).

D. Pedro, que era rey de hecho, en nombre de su padre apelaba á los magnates que permanecian fieles y á las ciudades que en igual caso estaban, para levantar ejército; pero mayor número se agrupaba en derredor de Fernan, valiéndose del privilegio que concedía á los poderosos la facultad de *desnaturarse* (dejar el servicio del rey y adoptar el del que mejor quisieran), hallándose entre los que tal verificaban personas de gran cuenta, como, entre otros muchos, el conde de Pallás, el de Ampurias y el vizconde de Cardona.

Largo capítulo de faltas achacaban al rey los descontentos, que se creían muy ofendidos por la trasgresion de sus inmunidades y por haber quebrantado los fueros: de aquí la horrible anarquía que nuevamente signió á las mútuas amenazas, con notable daño de aquel reino ya tan extenso y floreciente; porque comenzó una ruda y sangrienta lucha entre el rey y los súbditos, que apelando á las armas se sitiaban y quitaban alternativa y mútuamente los castillos y fortalezas y ciudades y villas.

Los que pagaban duramente todas estas discordias, porque directamente percibian sus malos efectos, eran los hombres de orden que permanecian pasivos: encarecian los comestibles; los campos quedaban talados; algunas poblaciones yermas, y el rey, bueno y generoso, aunque impulsado por una terrible fatalidad y por el ciego é inconsiderado amor que siempre tuvo á su hijo D. Pedro, no pudo permanecer impasible ante semejantes destrozos y tantas calamidades. Para ver de ponerlos un término, mandó publicar un



perdon para todos cuantos hubiesen delinquido, y una solemne promesa de hacer justicia y sostener los privilegios de los que justamente estuviesen quejosos, con arreglo á los fueros de Aragon para unos, y á los *usages* de Cataluña para otros.

Habianse los rebeldes aficionado á las revueltas, porque sin duda sacaban de ellas partido, y no quisieron por el pronto ceder; mas con mengua y decoro de la dignidad real, y merced á la eficaz intervencion de varios prelados, se acordó una *tregua* entre el soberano y los descontentos (1274): además, D. Jaime convocó Córtes generales (de Aragon y Cataluña) para Lérida, á las cuales habia de asistir él personalmente, acompañado de D. Pedro.

En el mismo año 1274 se celebró el segundo concilio general de Lyon, en el cual, bajo la presidencia del Soberano Pontífice, tomaron asiento «quinientos obispos, setenta abades y mil dignidades eclesiásticas.» Gobernaba la Iglesia el Sumo Pontífice Gregorio X, y teniendo en grande estima á D. Jaime I, admitió con mucho gusto el deseo que este mostró de asistir al concilio, que sin duda alguna fué de los más interesantes de cuantos se han celebrado: tuvo lugar en el mes de Julio del año ya citado, y en él abjuraron el cisma los griegos y reconocieron la suprema autoridad del Vicario de Jesucristo, incorporándose á la Iglesia latina.

Con tanto amor como gozo recibió Gregorio X á Jaime I, en quien miraba una fuerte columna de la verdadera religion y el más experimentado y valeroso caudillo de aquel tiempo, terror y azote del Islam: queria consultarle, porque el Pontífice trataba á la sazón de ir personalmente á la conquista de los Santos Lugares, y el aragonés le ofreció acompañarle y auxiliarle además con la décima de todas sus rentas. No tardó, á pesar de todo esto, en resfriarse aquella grande amistad; porque D. Jaime deseó ser coronado ante aquella respetable asamblea: el Pontífice aceptó el deseo, pero pidió á D. Jaime que antes ratificase el feudo y tributo ofrecido por D. Pedro II, padre de D. Jaime, y éste bruscamente se negó, exponiendo que era perjudicial á sus reinos, con otras razones en que presentaba los muchos servicios hechos por él en favor de la Iglesia, en la guerra contra los infieles.

Regresó á sus dominios el Conquistador y se reunieron las Córtes en Lérida; mas nada se adelantó por esto, á pesar de que se habian convenido los disidentes en aceptar el fallo de una especie de jurado, compuesto de cuatro obispos y cuatro magnates. Una de las peticiones de los partidarios de D. Fernan Sanchez era la devolucion de las plazas y ciudades que el infante habia quitado al bastardo: á la negativa del rey se agregó la sentencia del jurado de jueces, que declaró injusta la demanda; los descontentos (1275) despreciaron el fallo porque no estaba de acuerdo con sus deseos, y



las Córtes se disolvieron tumultuariamente, y recomenzó la destructora guerra.

Estaba, sin embargo, escrito en el celeste libro el término de aquella; y cuando el Omnipotente decide, son harto más eficaces é infalibles sus disposiciones que las reuniones de Córtes y los jurados de jueces.

Puestos nuevamente en armas los insurrectos, el rey en persona determinó marchar con suficiente hueste á someterlos. Formáronse dos ejércitos; uno, mandado por el rey, se dirigió contra el conde de Ampurias; el otro, al mando del infante D. Pedro, marchó contra D. Fernan Sanchez, el bastardo.

Creemos que hubiera sido mejor el que D. Pedro fuese contra el conde, y D. Jaime en busca de su hijo; porque al fin era padre, y debía prever el resultado que tener debía la lucha si D. Fernan era vencido, conociendo como debía conocer la animadversión que á su cormano profesaba el príncipe. Y en efecto, sucedió lo que debía esperarse del triunfo de D. Pedro.

Dirigióse éste siguiendo las orillas del Cinca, y alcanzó á don Fernan, el cual se hizo fuerte en el castillo de Pomar. Excusado es decir la premura y esmero con que cuidaría de circunvalar la fortaleza, á fin de evitar el que su hermano bastardo pudiese apelar en último extremo á la fuga.

Estrechado D. Fernan y convencido de que no era posible resistir mucho tiempo, tomó un traje de pastor que le facilitó uno de sus más fieles secuaces, y aprovechando las nocturnas tinieblas huyó de la fortaleza. Por su desgracia, como era tan conocido, las avanzadas que D. Pedro diseminadas tenia por aquellos contornos le conocieron, á pesar de su disfraz, y le prendieron.

Duélenos tener que consignar aquí la crueldad de D. Pedro, mucho más cuando en él concurrían tan relevantes prendas que le hicieron ser despues uno de los más gloriosos soberanos, conocido por el sobrenombre histórico de GRANDE. Á pesar de todo no quiso ser generoso, sino rencorosamente vengativo: pudo dar á su padre noticia de tener prisionero á D. Fernan; y si aquel determinaba mostrarse excesivamente riguroso, interponer su grande influencia para que pusieran al desgraciado á buen recaudo, mas dejándole la vida.

No quiso, empero, el infante poner á prueba el cariño del padre, por si se inclinaba hácia la misericordia, cuando se trataba de una persona que, de legítimo ó ilegítimo nacimiento, no dejaba deser su hijo, lo mismo que D. Pedro. Para evitar todo recelo, dispuso D. Pedro que D. Fernan Sanchez fuese inmediatamente *ahogado* en el Cinca, y despues avisó al rey de todo lo sucedido. Dicen que el soberano, lejos de recibir pesadumbre, *se holgó mucho de ello*: lo



dudamos, puesto que era padre y tenia naturalmente muy bondadoso corazon; quede toda la responsabilidad de tan repugnante aseveracion de cuenta del primero que la consignó en la historia.

El trágico fin de D. Fernan fué tambien el término de aquella nefanda guerra en el reino de Aragon. Todos los disidentes entregaron los fuertes y lugares que habian tomado, y solo siguieron firmes los catalanes, por lo cual el rey continuó la guerra con el conde de Ampurias, teniendo aquella término despues de algunas escandalosas contestaciones, á los cinco años de haber comenzado las disidencias.

El mismo año en que se verificó el segundo concilio general de Lyon, décimo-cuarto de los generales, ocurrieron en Navarra algunos trastornos de que en su lugar daremos cuenta, y que obligaron á D. Jaime á disponer que su hijo mayor, D. Pedro, pasase á dicho reino, á fin de que requiriese á los ricos-homes y ciudades para que por soberano le admitiesen, despues de presentar los derechos en que apoyaba su demanda, entre los cuales, que no eran pocos ni pequeños, figuraba el célebre tratado hecho con Sancho VI el Fuerte, ó el Retraido, que muy bien recordará el lector.

Coincidió con esta pretension la entrada de tropas castellanas en Navarra, y otras circunstancias que ahora no son del caso; y viendo los navarros los muchos peligros que á su independencia amenazaban, dispusieron la reunion de Córtes para examinar la peticion del infante D. Pedro de Aragon.

Reuniéronse en efecto las Córtes en Puente la Reina, y del seno de aquellas salió un mensaje para el infante, á fin de preguntarle respetuosamente la manera con que en un caso pensaba gobernar al reino. El infante respondió: 1.º Que los defenderia con todas sus fuerzas y *contra todos los hombres del mundo* (fórmula usual entonces). 2.º Que guardaria fielmente todos los privilegios y fueros, y aun los aumentaria, de acuerdo con las Córtes. 3.º Que aumentaria á 500 sueldos (solo vallan 400) las caballerias de Navarra. 4.º Que todos los cargos de oficiales del reino serian desempeñados por los hijos ó naturales de la misma Navarra. Y 5.º Que gobernaría en sus ausencias el que la córte le aconsejase.—Con esto y con ofrecer que D. Alfonso, su hijo primogénito, contraeria matrimonio con doña Juana de Navarra, hija del rey de este reino don Enrique I, el Gordo, volvieron los mensajeros satisfechos, y dieron cuenta á las Córtes, á la sazón reunidas en Olite, las cuales contestaron: 1.º Que concederian la infanta en matrimonio al príncipe D. Alfonso de Aragon, y en caso de no poder cumplirlo satisfarian 200,000 marcos de plata á D. Pedro, para cuya seguridad obligaban todas las rentas del reino, tal como se hallaban á la muerte de Enrique I. 2.º Que ayudarian al rey D. Jaime y á su



heredero, con quien en pláticas estaban, con todo su poder, *contra todos los hombres del mundo*, dentro y fuera de Navarra. Y 3.º Que dejarían á salvo el derecho que tenían al trono de este reino el rey de Aragon, su hijo y todos sus sucesores, en cuanto posible les fuese con toda fé y lealtad, haciendo pleito-homenaje á D. Pedro de Aragon. En su lugar veremos el resultado de todas estas gestiones y diligencias.

En tanto estaba para terminar el primer tercio del año 1275, y se habia verificado una nueva y terrible invasion de africanos (12 de Abril) en los dominios del rey de Castilla (página 257); y este soberano imploró el auxilio del rey de Aragon.

El valeroso D. Pedro fué el encargado de llevar el pedido socorro á Alfonso el Sábio; mas antes quiso asegurar la sucesion del trono en su primogénito el infante D. Alfonso, el cual fué reconocido y jurado sucesor de todos los reinos despues de la muerte de su abuelo D. Jaime y de su padre D. Pedro, en las Córtes celebradas en Lérida en el mismo año 1275.

Hecho esto se dirigió el infante con sus tropas á Murcia, para socorrer á su cuñado el rey de Castilla; empero los efectos de la invasion africana se tocaron bien pronto en los dominios del rey de Aragon. Algunos mahometanos que por efecto de su falaz carácter se mostraron sumisos en otro tiempo, y se libraron de la expulsion general, alentados con la terrible invasion é instigados por nuestro conocido y turbulento Al-Azark, que apareció como por encanto, se sublevaron en Valencia.

No tardaron mucho tiempo en ser reforzados con una gran parte de los que al verificarse la expulsion se refugiaron en diversos puntos de España; y habiéndose reunido cerca de treinta mil, comenzó la guerra, á la cual se preparó D. Jaime, llamando á la ciudad de Valencia para un dia dado á todos los ricos-homes de este reino, á los de Aragon y á los barones de Cataluña.

Dióse una sangrienta batalla en las inmediaciones de Alcoy, que empezó con muy buena fortuna; porque en ella pereció el turbulento Al-Azark (1276), alma de aquella y de las anteriores sublevaciones; mas la muerte de aquel la pagaron á muy caro precio los cristianos. Atraidos por los moros, arteros siempre y siempre crueles, á una celada hábil y disimuladamente dispuesta, fueron destrozados, y una gran parte de ellos pasada á cuchillo.

Hallábase á la sazón enfermó D. Jaime, y tuvo que retirarse á Játiva; empero el ejército fué reforzado, y se dirigió á Luxen, en donde habia una innumerable morisma.

Falto de cabeza el ejército; mandado por caudillos imperitos unos, y otros envidiosos que no querian reconocer superior en ausencia del rey, los cristianos acometieron sin orden ni concierto,



siendo además en mucho menor número que los enemigos. El destrozo fué tal que en la batalla perecieron los mejores capitanes y gente de valía, quedando cautivo el comendador de los templarios, y pereciendo el valeroso señor de Albarracín, D. García Ortiz de Azagra.

Esta funesta batalla tuvo lugar un *martes*; y algunos autores afirman que á consecuencia de aquella y de sus desgraciadísimos resultados comenzó el vulgo á tener por *aciago* el expresado día, siendo los primeros á decirlo y creerlo los naturales de Játiva, «cuya población se quedó casi yerma.»

El angustioso dolor del Conquistador valeroso y magnánimo no hallaba consuelo; y afectada tan honda y cruelmente la parte moral, se agravó extremadamente el estado, ya peligroso, de la física. Inmediatamente mandó llamar al infante D. Pedro, determinando que se dirigiese á Aleira, á donde se hizo trasladar. En tanto su hijo llegaba, se preparó con ánimo firme y entero al terrible trance, suponiendo cercana la hora suprema. Dejó á su hijo todo el cuidado de la guerra; recibió los santos sacramentos de la Iglesia; se arrepintió públicamente de todos sus pecados, con notable y edificante piedad; vistió el hábito de la orden del Cister para ser enterrado con él, y si recobraba la salud para retirarse y profesar como monje en el monasterio de Poblet; y así dispuesto y ejecutado todo, recomendó mucho á D. Pedro que amase y protegiese á su hermano D. Jaime, al cual dejaba al fin las Baleares, con el Rosellon y el condado de Montpellier, encargándole muy eficazmente el que jamás le inquietase en la posesion de los dominios que le dejaba. Aquel sin par guerrero y fidelísimo defensor de la santa Cruz mandó expresamente á su hijo y sucesor que continuase sin tregua y con el mayor teson la guerra contra los enemigos del nombre cristiano, sin descansar hasta conseguir su total expulsion. Terminadas estas palabras tomó con segura mano su formidable espada, que á la cabecera del lecho tenia, y la puso en manos de su hijo, manos por cierto muy dignas de recibirla, instándole á que cumpliese puntualmente y sin demora sus últimos mandatos.

D. Pedro, enternecido, besó la veneranda mano y la fuerte espada, cuya sola vista hiciera durante tantos años correr desatentada y llena de terror á la morisma. Surcado de lágrimas el rostro varonil, al considerar que veia por última vez á aquel padre amoroso, cuyo mayor y casi único defecto fué el excesivo amor que le tuvo; á aquel guerrero insigne y capitán famoso que supo eclipsar las glorias de tantos soberanos sus antecesores, imposibilitando á los que le sucediesen de superarle como caudillo y como soldado, ofreció solemnemente á su rey y su padre cumplir puntualmente lo que le mandaba; en virtud de lo cual se dirigió inmediatamente á la frontera.



D. Jaime, fuerte de cuerpo como de espíritu, aun tuvo ánimo y fuerzas para resistir la traslación á Valencia, en donde deseaba morir, glorioso teatro de uno de sus más notables y refulgentes triunfos.

Pocos dias sobrevivió á la tierna escena de Alcira: algunos despues de haber llegado á Valencia, pasó de esta caduca y miserable vida á la perdurable, el dia 27 de Julio del año 1276. Tenia próximamente setenta años, y llevaba sesenta y tres de reinado.

Dejó expresamente mandado se diese sepultura á su cadáver en el monasterio de Poblet, y segun respetabilísimos y antiguos autores, no hubo funerales de soberano alguno más concurridos, ni en que más gemidos resonasen, ni más lágrimas corriesen.

Muntaner dice que «á distancia de seis leguas, las aldeas y los caminos rebosaban de gente.» Además de los que oficialmente tenían obligacion de asistir, acudió innumerable muchedumbre de todas edades, sexos y condiciones, demostrando todos su acerbo dolor por la pérdida de aquel grande monarca.

Y en efecto, todo lo merecía; porque jamás rey alguno dió más gloria á su reino, ni fué más digno de ocupar el régio sólio, que bien poco ocupó, puesto que puede decirse fué su trono la dura silla de su corcel de batalla, y el cetro la fulminante espada.

Ganó TREINTA batallas campales, sin contar infinitas acciones de guerra, reencuentros y escaramuzas; ganó á Peñíscola, las islas Baleares, y reconquistó el hermoso reino de Valencia, tomando ciudades, villas, fuertes y castillos sin cuenta á los enemigos.

Fué no menos piadoso que valiente; fundó y dotó monasterios y templos en grande número, habiendo sido tambien uno de los soberanos que con más ahinco procuró inculcar en el corazon de sus tiernos hijos los admirables preceptos del Evangelio, y las puras máximas de nuestra santa religion.

Generoso y bueno fué como muy pocos: segun la feliz expresion del erudito Sr. Lafuente, «los ricos-hombres y barones de sus dominios se cansaron más pronto de conspirar y de rebelarse que él de perdonarlos.»

Fué tan leal y firme en sus amistades como lo prueba su conducta con el rey de Navarra y con el de Castilla, sin que jamás se le viese pagar ofensas con agravios, sino con generosidad y olvido.

Pocas sentencias de muerte firmó durante su larguísimo reinado, y esas cuando se convenció de que no era posible evitarlo, despues de grandes vacilaciones y rehuyendo hacerlo hasta donde le fué posible.

Jaime I fué más aventajado soberano que su yerno Alfonso X de Castilla; porque reunió todo el valor y energía de San Fernando á



la ilustracion, ya que no á la sabiduria de Alfonso X, tan débil y poco enérgico desde que subió al trono. En los *Recuerdos y bellezas de España* (tomo de Aragon, página 29) está consignado que *ni los guerreros vieron jamás adalid más bravo, ni las damas más gentil caballero, ni los caballeros señor más dadivoso, ni los vasallos un rey más humano y justo.*

Una de las prendas que más resplandecieron en el rey conquistador fué la moderacion en el triunfo. Pocos guerreros podrán contarse que menos hayan abusado de la victoria; ni fué cruel, sino muy piadoso y bueno con los vencidos; ni tampoco ambicioso, puesto que le hemos visto reconquistar á Murocia para D. Alfonso X de Castilla, y entregársela sin exigencia alguna, así como no hacer uso del pacto celebrado con Sancho el Fuerte, de Navarra, mediante el cual pudo con sobrada razon disputar el trono de este reino á Teobaldo I; lejos de esto, le hemos visto y despues le veremos, al tratar de Navarra, proteger á la reina viuda y constituirse en generoso defensor de aquella y de los príncipes huérfanos, despues de muerto el primer Teobaldo.

Su generosidad hasta con los enemigos la mostró sobradamente cuando obligado á expulsar á más de 200,000 moros les permitió salir ricos de sus dominios, y se negó noblemente á admitir la mitad de las inmensas riquezas que le ofrecian, sin dejar por esto de asegurar que no se les haria el menor vejámen, que era el objeto de la oferta; y á fuer de generoso caballero, cumplió su palabra.

Activo, enérgico, infatigable, valeroso, sóbrio, su trono fué el caballo; su cetro la temida é invencible espada; su corona el pesado yelmo. Uno de sus manjares favoritos eran los ajos verdes; júzguese por esto de *su delicadeza en el yantar*, como dice un estimable manuscrito que á la vista tenemos.

En cierta ocasion llevaba más de quince días de escasez, estando en guerra, sin haber probado su más regalada comida, porque el terreno en que hubieran podido arrancar los ajos estaba en poder del enemigo. Lamentándose de aquella privacion, cinco de sus guerreros más favorecidos, secretamente y sin que el rey lo supiese, denodadamente entraron en el campo de los moros y arrancaron de la tierra la apetecida planta; mas al regresar con su provision fueron sentidos, y peleando como leones, tres perecieron: dos únicamente pudieron llegar á los reales, y el rey fué agradablemente sorprendido al ver en su frugal cena el plato favorito y deseado.

Preguntó de qué modo habia podido adquirirse, y al referirle el atrevido hecho que habia costado la vida á tres de sus más queridos guerreros, lleno de dolor é ira, en lemosin, exclamó: ¡*Cars ailles!* (¡caros ajos!). Desde entonces, todos en sus momentos de ira y enojo imitaban al rey, y tanto se generalizó la costumbre, que pasó



á otros pueblos de España y siguió en uso con diversas aplicaciones, hasta que, sin dejar de usarse la interjeccion, la desnaturalizaron y llegó á ser rechazada por grosera en toda buena y decorosa sociedad.

Diremos, para terminar, que D. Jaime pagó su tributo á la débil humanidad y á la imperfeccion que la caracteriza. No pudo ser perfecto, porque era hombre; y si fué gran conquistador, no fué tan buen político como guerrero. Esto se ve claramente en las diversas veces que puso en combustion su reino, tan engrandecido y poderoso por sus conquistas. Su parcialidad con sus hijos perjudicó á sus pueblos, que más de una vez se vieron sumidos en la más espantosa anarquía y horrorosa guerra civil, á consecuencia de las diversas combinaciones que hizo al tratar de la distribucion de sus estados. Sus desaciertos como hombre de gobierno obligaron al pueblo á proveer á su seguridad formando una *hermandad*, de la que en su lugar nos hemos ocupado.

Dió, sin embargo, tanta gloria á su nombre, que el Sumo Pontífice le pidió asistiese al concilio de Lyon, de cuya importancia hemos poco hace hablado; de remotos países recibió embajadores; de Grecia y de Armenia; del sultan de Babilonia; del khan de Tartaria; del emperador de Constantinopla recibió mensajes y preciosísimos regalos; y para que nada faltase al esplendor de su casa, tuvo dos hijas reinas; doña Violante lo fué de Castilla, y doña Isabel de Francia.

Para contrarrestar la altivez y desmesurado poder de los ricos-homes llamados *de natura*, á quienes no pudo domeñar, porque afirmaban aquel, segun el sentir de profundos y eruditos historiadores, en la misma constitucion aragonesa, hecha á propósito para dar latitud á la oligarquía, creó los ricos-homes de *mesnada*, y aun así, ya hemos visto que no consiguió lo que se propusiera; porque para lograrlo hubiera sido forzoso destruir la constitucion foral y hacerla nueva, más favorable al poder real y más restringida para la alta aristocracia. De esta constitucion nos ocuparemos más detenidamente en otro lugar.

Dícese que D. Jaime fué aficionado al estudio de las letras, su decidido protector, y aun se extienden á asegurar que fué tambien poeta: lo indudable es que escribió con enérgico y correcto estilo sus *Comentarios* en lengua *lemosina*, de cuyos progresos y perfeccion tuvo particular cuidado.

Fueron sus hijos legítimos el malogrado príncipe D. Alfonso, hijo de doña Leonor de Castilla; D. Pedro, su heredero en la península; D. Jaime, rey de Mallorca; D. Fernando, que falleció mucho antes que su padre; D. Sancho, el desgraciado arzobispo de Toledo; doña Violante, esposa de Alfonso X de Castilla; doña Cons-



tanza, que casó con el infante D. Manuel, hijo de San Fernando; doña Sancha, religiosa que acabó virtuosamente sus días en Jerusalem, asistiendo á las enfermas de los públicos hospitales; doña María, también dedicada al servicio de Dios; y doña Isabel, que fué esposa del rey de Francia Felipe III, el Atrevido. Estos nueve príncipes fueron hijos de la reina doña Violante de Hungría: el nombre de la madre del bastardo Fernan Sanchez se ignora; pero se cree perteneció á la casa de Antillon. Este desgraciado, á quien dió su padre la baronía de Castro, fué tronco de la ilustre casa que lleva este apellido, así como de la casa de Híjar lo fué otro hijo natural de D. Jaime y de doña Berenguela, aragonesa, llamado D. Pedro Fernandez, baron de Híjar.

Fué D. Jaime I dotado de hermosísima figura; de gallarda presencia y de tan elevada estatura que, según afirma Desclot, *levantaba un palmo sobre los demás hombres*; de rostro blanco y sonrosado; rubios cabellos; de hermosas y bien proporcionadas facciones; ojos negros, penetrantes y vivos, que formaban un magnífico contraste con el color del rostro y el del cabello, guardando exacta proporcion la robustez del cuerpo con la elevacion de la talla.

En la armería real de Madrid existe una espada de dos manos del célebre Conquistador, que fué traída de Mallorca: tiene una vara y siete pulgadas de largo, y solo es admirada y apreciada por el dueño que tuvo y por la parte que la cabe en la inmensurable gloria que adquirió el gran héroe que la manejara. Por lo demás, y fuera de la finura de su temple, nada puede verse de más sencillo ni de menos valor material en su género. La hoja tiene aletas en el recazo, y los brazos del pomo y la cruz terminan en unos botones de cobre, que según parece, estuvieron dorados.

D. PEDRO III, EL GRANDE.—Año 1276.—Tócanos ahora, por nuestra fortuna, tratar de uno de los más gloriosos periodos de la historia aragonesa, y de los hechos de uno de sus más grandes soberanos. Empresa difícil parece á primera vista la de encontrar un rey cuya guerrera gloria se nivele con la del gran Jaime I, mucho más estando tan recientes sus hechos y tan vivo su recuerdo; empero su heredero y sucesor nos hará ver muy pronto que fué muy digno de serlo.

Quisiéramos poder arrancar las páginas en que están consignadas sus debilidades como intrigante y ambicioso, en vida de su padre, y su crueldad con D. Fernan Sanchez, hijo como él de don Jaime I. El rey, sin embargo de esto, borra en muchas ocasiones aquellos malos recuerdos del príncipe, y se presenta ante la Europa atónita como un coloso que absorbe su atención toda. Tan valeroso como su valeroso padre; tan sufridor de trabajos como este; tan



duro para las marciales fatigas, es además monarca inteligente y excelente político, según se acostumbra decir; pero no anticipemos su elogio: diremos solamente que la vida de Pedro III, el Grande, no parece la historia verdadera de un rey, sino un magnífico drama, sembrado de interesantes episodios y de bellísimos accidentes; y fué muy lamentable su prematuro fin, que no permitió quizá al nuevo héroe de Aragón el poner por obra cuanto meditó y se propuso.

A la edad de treinta y siete años subió al trono D. Pedro III. Su primer determinación ya dió sobradamente á entender que era hombre más político que su padre: no quiso usar del título de rey, sino del de infante heredero, hasta que, reunidas las Córtes en Zaragoza, tuviese lugar su solemne coronación.

Esta era la vez primera que la antigua *César-Augusta* presenciaba aquella imponente ceremonia. Prelados, magnates, procuradores, todos, en fin, cuantos tenían derecho se apresuraron á responder á la convocatoria, reuniéndose en cuerpo las Córtes el día 16 de Noviembre de 1276, en el cual tuvo lugar la coronación.

D. Pedro III y su esposa la reina doña Constanza fueron ungidos con el óleo sagrado y coronados por el arzobispo de Tarragona; y como el lugar y la manera estaban prefijados en la concesión hecha á D. Pedro II, abuelo del nuevo monarca, por el Sumo Pontífice Inocencio III, creyó el rey deber protestar, manifestando que no recibía la corona de mano del arzobispo *en nombre de la Iglesia romana, ni por ella, ni contra ella*: declaró además, por sí y para sus sucesores, que no se estableciese precedente de aquel hecho para que los monarcas venideros hubieran de imitar su ejemplo; antes bien que pudiesen coronarse en el punto que eligiesen y por manos de cualquier prelado, siempre que perteneciese á sus dominios.

Parécenos que en esta ocasión obró D. Pedro III con cierta hipocresía; pero no con la hipocresía de la virtud, sino, permitasenos decirlo, con la del vicio: esto es, quiso aparecer *despreocupado*, á fin de congraciarse con la mayoría de su pueblo. ¿Por qué, pues, si abría él mismo el camino á sus sucesores, no se coronó en Huesca, en Barcelona, ó en otra ciudad de Aragón ó Cataluña, y dispuso le ungiere uno de los muchos prelados aragoneses que seguían la corte y en las Córtes se hallaban? Era muy natural que si trataba de mantener absolutamente independiente su reino de la Santa Sede, diese el ejemplo á los monarcas que habían de sucederle; mas lejos de hacerlo así, se atuvo estrictamente á la concesión de Inocencio III; fué á coronarse á Zaragoza expresamente, porque no hizo sino llegar, ser coronado y marchar á Valencia, y recibió la corona y fué ungido por el metropolitano de Cataluña, á pesar de que á su lado estaban tantos prelados aragoneses.



Creemos, primero, que la protesta fué, *cuando menos*, innecesaria; y despues, que el rey fué, en efecto, buen político; esto es, poco franco en sus actos y decisiones, simulado y calculador. Recordó que el reino en tiempo de su abuelo habia llevado mal el que este desgraciado monarca prestase homenaje al Vicario de Jesucristo; porque consideraban este hecho como contrario á la independencia del reino; comprendió que setenta y dos años pasados no habian en nada disminuido el altivo carácter y el indomable afán de independencia, hasta el exceso susceptible, de los aragoneses, y creyó deber tranquilizarlos con aquella protesta, que llenaba el objeto que se proponia de asegurarse el popular afecto; empero, al propio tiempo, católico en el fondo de su corazon, como con dificultad podia dejar de serlo un hijo de Jaime I, tuvo escrúpulo de no cumplir en todas sus partes lo prescrito por el Sumo Pontífice en la concesion hecha á Pedro II. Adoptó una de esas resoluciones muchas veces inútiles, siempre perjudiciales, de los que optan por términos medios; creyó *faltar* y no quiso; temió suscitar recuerdos que le perjudicasen, y trató de evitarlo, manifestando lo que, segun la conducta que observó, no sentia, dejando franco camino á los reyes venideros para que le imitasen si querian: fué, en fin, hipócrita, ó político, si esta palabra agrada más. Cierto es que no se comprenderia fácilmente tanta altivez é independencia para rechazar algunas llamadas humillaciones, en países en que el rey y el pueblo sufrían una constitucion que así humillaba y coartaba el poder del primero como supeditaba y envilecia al segundo, á consecuencia de la semi-omnipotencia de los magnates, si no se pudiera explicar en cierto sentido, cuya aclaracion no es ahora del caso, pero que tal vez deberemos explanar quizá muy pronto.

Terminada la coronacion fué jurado el príncipe D. Alfonso, primogénito del rey, como sucesor y heredero de D. Pedro III, y acto continuo el monarca tomó la vuelta de Valencia, deseoso de cumplir puntualmente los últimos deseos de su padre D. Jaime.

Convocó el rey á todos los ricos-homes y barones de Aragon y Cataluña, á los caballeros y escuderos, deseando formar suficiente ejército con los vasallos de aquellos y con los hombres de guerra presentados por los concejos, á fin de sitiar á Montesa, en donde se habian hecho fuertes 30,000 mahometanos.

Hostigados los moros manifestaron su intencion de rendirse; mas llegó á su noticia la de que el emir marroquí iba á hacer un desembarco en España, y con esto cobraron ánimo y de nuevo se aprestaron á la lucha y se prepararon á la resistencia.

D. Pedro, sin curarse de que fuera cierto ó incierto el anunciado desembarco, aseguró el paso por mar con respetable armada y estrechó á los sitiados, batiendo la plaza tan acertada y decidida-



mente que aquella se rindió, y á la rendicion de Montesa siguieron otras muchas de diversos fuertes y castillos. Puede decirse que D. Pedro completó la obra comenzada por su padre, y que le cupo la gloria de dejar libre de mahometanos el fertilísimo suelo valenciano, cosa que otras veces se creyó realizada y que hasta entonces no lo fué.

El previsor monarca, á pesar de su encomiada política, no previó un disgusto que pudo tener muy serias consecuencias. Debíó prever que Cataluña se ofenderia de que despues de coronado rey de Aragon, no hubiese pensado en ceñir la corona catalana; y aun cuando esta material ceremonia no fuese absolutamente necesaria porque á la sazón formaban una sola las de Aragon, Cataluña y Valencia, debíó tambien comprender que siendo los fueros el ídolo de los catalanes, como lo eran en cada reino respectivamente los suyos, habian de sentir hondamente el que no se presentase en Barcelona á confirmar aquellos.

Debemos observar que hay ciertos nombres que figuran siempre al frente de las revoluciones, aunque no se verifiquen en un mismo siglo, como si ciertas familias tuviesen el indeclinable privilegio de deshacer los yerros que, segun ellas, cometen los monarcas, no siendo en realidad otra cosa los individuos que hombres al parecer predestinados para poner en combustion los pueblos, afectando interés por ellos y una abnegacion ilimitada, disfraz y careta con que ocultan su ambicion tambien sin limites, y su afán de medrar.

En Castilla venimos nombrando casi siempre á Castros, Laras y Haros: del mismo modo casi siempre figuran en Aragon y Cataluña unos mismos apellidos, cuando de insurreccion se trata; y en la presente, el mismo conde de Pallás, rebelde á Jaime I, figura con los condes de Fox y de Urgel.

Como con estos magnates se sublevaron diversos barones de más ó menos prestigio, pero todos bastante poderosos, la insurreccion rápidamente ganó terreno, y se formó suficiente ejército para hacer frente á los que permanecian leales al rey.

Para castigar á los traidores servia á Pedro III de fuerte rémora la guerra que á la sazón sostenia en Valencia: tenia, por otra parte, que vivir precavido para resistir á Castilla, si de este reino llegasen á hacerle guerra, puesto que debia temerla á consecuencia del refugio y asilo que habia dado á los infantes de la Cerda, fugados con su abuela doña Violante del lado de D. Alfonso X.

No por estas poderosas razones dejó de atender á la sublevacion de Cataluña, aunque ocupado, además, en celebrar entrevistas con el príncipe de Castilla (D. Sancho), con el padre de este, y con el rey de Francia; empero despues de todo esto y de terminar los



asuntos de Valencia, se dedicó personalmente á la guerra de Cataluña.

Algun tiempo antes creyó resuelta satisfactoriamente la cuestion, á consecuencia de haber concertado con el conde de Fox, uno de los más importantes personajes rebeldes, el matrimonio de su hija con el infante D. Jaime. A pesar de todo, la sublevacion siguió en aumento; los magnates rechazaron las ofertas del rey; el proyectado matrimonio no se verificó, y los sublevados concentraron numerosas fuerzas en Balaguer.

No se hizo esperar mucho D. Pedro III: agotada su paciencia y convencido de lo inútiles que eran las consideraciones, sitió la ciudad. Atacada esta con denuedo, aun resistió bastante; porque estaba bien abastecida y defendida, contando en su recinto mucha y muy buena gente de armas y excelentes caudillos.

Temia el rey, sin embargo de su enérgico carácter; porque lo rigoroso de la estacion, que estaban sufriendo el influjo del ardoroso sol del estío, hizo que se desarrollasen algunas enfermedades, que degenerando pudieran convertirse en contagiosa epidemia. Este racional temor, y la impaciencia ocasionada por la dilacion del sitio, le hicieron precipitar las operaciones en tales términos, que antes de espirar el mes de Junio los rebeldes se rindieron á discrecion, *recomendándose á la piadosa bondad del ofendido rey*. En esta humilde súplica se trocó el desmedido orgullo de la rebeldía.

D. Jaime entregó los prisioneros al príncipe D. Alfonso, su hijo, y los de más valía fueron encerrados en la fortaleza de Lérida (1280). Algunos años permanecieron encerrados, pasados los cuales y prévia la acostumbrada *fórmula* de jurar fidelidad, fueron puestos en libertad. En cuanto al conde de Fox, debemos añadir que fué más estrecha su prision, por culpa suya: pagó la bondad del rey demostrada en no haberle mandado decapitar, cosa tan natural y usual en aquellos tiempos, con todo género de injurias, insultos de palabra ya que estaba incapacitado para las obras, y fuertes amenazas que ofreció poner en ejecucion cuando se viera libre. Esto fué causa de que se le trasladase á la fortaleza de Siurana y se le pusiese á buen recaudo, en tales términos que alejaron de su ánimo toda esperanza de llegar á romper sus hierros. Sin embargo de todo lo dicho, andando el tiempo y en virtud de las asiduas y eficaces diligencias de la cuñada del rey, la reina de Mallorca y hermana del conde prisionero, obtuvo su libertad.

Hemos manifestado en las anteriores lineas el desenlace que tuvo la prision de los magnates rebeldes despues del triunfo del rey en Balaguer, para no volver á ocuparnos de la sublevacion catalana. Ahora, pasando de nuevo á tratar de los sucesos ocurridos en 1280, debemos decir que en el expresado año se celebró una entre-

vista entre Requena y Buñol, en la cual concertaron D. Pedro III y el príncipe D. Sancho de Castilla las bases de una amistosa alianza, que no fué muy del agrado de Felipe de Francia. Irritado este contra Alfonso X por haber excluido de la sucesion á la corona á los infantes de la Cerda, que eran sus sobrinos carnales, confiaba en el poderoso auxilio del rey de Aragon, de quien tambien eran sobrinos los prófugos infantes, puesto que los habia acogido y dado amparo en sus dominios.

La alianza entre el aragonés y el príncipe castellano, principal y encarnizado enemigo de los desgraciados huérfanos, hizo ver al francés que nada debia ni podia esperar del de Aragon; y decidido á favorecer á los hijos de su hermana doña Blanca, preparó su fuerte ejército, y se decidió á atravesar los Pirineos.

Muy pronto circuló por Europa la determinacion de Felipe de Francia, y el Sumo Pontífice acudió al remedio, interponiendo su autoridad para evitar que estallase la guerra y que se cruzasen los aceros de unos cristianos contra otros, cuando tan necesaria era la union de estos en favor de sus correligionarios, que estaban á merced de los del Islam en los Santos Lugares.

A consecuencia de la intercesion del Santo Padre, no estalló la guerra, y los reyes de Castilla y de Francia convinieron en celebrar una entrevista, que no se verificó con el segundo, sino con sus embajadores, y de cuyo mal resultado, debido á la intolerante ambicion del príncipe D. Sancho, ya tiene noticia el lector, si ha leído la historia del reino de Castilla.

Corría ya el año 1281, cuando se avistaron Pedro III de Aragon y Alfonso X de Castilla y Leon en Campillo, cerca de Tarazona, para reanudar su amistad, y pactar, además, secretamente la decision de llevar sus armas á Navarra, de cuyo reino se habia hecho dueño el francés. Dícese que aunque, mediante aquel tratado, una vez conquistada Navarra, habia de dividirse entre ambos soberanos su territorio, el príncipe de Castilla cedió en favor de Pedro III la parte que un dia pudiera corresponderle del expresado reino, para asegurar la amistad del aragonés, y obligarle por este medio á continuar trocando en prision el asilo que en otro tiempo diera á los infantes de la Cerda, sobrinos de ambos.

Por este tiempo comenzó la nefanda rebelion del príncipe don Sancho contra su padre D. Alfonso X. Aquel se ocupó nuevamente de asegurarse la amistad de su tío D. Pedro III, quien, segun es fama, le tenia muy decidido y fuerte cariño, y no se cansó en balde el castellano.

El afligido rey de Castilla se apresuró á recordar al de Aragon el reciente tratado de Campillo, viéndose abandonado de los principales magnates, de sus hijos, y hasta de su propia esposa, hermana



del aragonés. Empero, ¡cómo esperaba el mísero rey encontrar un amigo, cuando tan desdichado era, y tan contraria y airada se le mostraba la fortuna! Ciertamente es que debía confiar en el rey de Aragón y en la fuerza del reciente tratado, en el cual estaba consignado explícitamente, según la fórmula de aquellos tiempos, que «se-  
»rian mutuamente amigos de sus amigos, y enemigos de sus enemi-  
»gos, obligándose ambos á defenderse, mutuamente también, con-  
»tra todos los hombres del mundo, *moros ó cristianos.*» Sin embargo, no hay pacto en el mundo que no se pueda anular, cuando no hay buena fé ni rectitud en las intenciones: D. Pedro III respondió al atribulado D. Alfonso que aquel tratado no podía comprender, según su creencia, al mismo hijo de su confederado. ¡Como si por ser hijo D. Sancho de D. Alfonso, dejase aquel de ser rebelde á este! Sin duda el aragonés no contaba á su sobrino en el número de los hombres que habitaban en el mundo, y para él ni era moro ni cristiano. De este modo se excusó el rey de Aragón de cumplir el solemne tratado de Campillo, y dejó abandonado al de Castilla, hasta que murió este, más que acabado por los años, aniquilado por el abandono general y por las irresistibles pesadumbres.

Vamos á llegar muy en breve á un punto de la historia de Aragón, que recreará, sin duda alguna, el ánimo del lector, del mismo modo que su narración es para nosotros por el extremo grata.

Duélenos, en verdad, que un monarca tan verdaderamente *grande*, como le apellidaron, tenga algunos lunares en su gloriosa y corta vida, entre los cuales no fué pequeño el de su conducta respecto de Castilla en los últimos años de la entonces atribulada vida del rey Sábido.

Fué, no obstante, D. Pedro tan grande y magnánimo como muy pronto veremos; empero, siguiendo invariablemente nuestro propósito, algunos de los más célebres hechos de su vida los consignaremos en otro lugar, puesto que debiendo muy pronto verle dueño de Sicilia, creemos deber tratar de este reino con absoluta separación del de Aragón y Cataluña. Esta subdivisión que desde un principio hemos adoptado, ha sido muy del agrado de nuestros lectores, según una gran parte de ellos ha tenido la bondad de manifestarnos; y cuando vamos á tratar de una nueva é importante corona; cuando aquella conquista nada tiene de común con los sucesos ocurridos en la española península, y cuando, en fin, tan interesante es á los españoles el exacto conocimiento de nuestra dominación en Italia, de sus consecuencias, y de los derechos que tuvo y pudiera tener la refulgente corona de Isabel I y de Fernando V á que, por lo menos en circunstancias dadas, se haga oír y se deba escuchar con respeto la elocuente y poderosa voz de los augustos sucesores



de aquellos, creemos deber aislar los sucesos de Italia, separándolos de los de Aragon y Cataluña. Con tanta mayor razon lo creemos, cuanto que no formaron entre estos y aquel reino una misma corona, puesto que una de las determinaciones de D. Pedro III que con más agrado recibieron los sicilianos, fué la de no reunir la nueva corona á las que ya poseia, á fin de que no creyesen que menospreciaba y atacaba su independencia. Los buenos italianos, que fueron un día hermanos nuestros, y que legaron á los suyos, como nuestros predecesores á nosotros, el debido y justo fraternal cariño, fueron siempre, como los españoles, extremadamente celosos de su independencia. Bien alto lo dicen hoy al mundo los napolitanos.

Despues de los sucesos que no há mucho tiempo referimos, sosegados y libres de sublevaciones los dominios del de Aragon, este trató de avistarse con el rey de Mallorca, D. Jaime, su hermano. Invitado este por D. Pedro á celebrar una entrevista, ambos se reunieron en Perpiñan, y se abrazaron, con muestras, aparentes al menos, de cariño.

Pedro III no tardó en manifestar á D. Jaime el objeto que le habia obligado á desear aquella reunion, reducido á que se reconociese y declarase su feudatario por los dominios que le habia legado Jaime I, padre de ambos, no solo en las Baleares, si que tambien por los del Rosellon, Montpeller y Cerdaña.

Desagradó la propuesta, como era natural, á D. Jaime; mas como quiera que sus fuerzas materiales no estaban en armonía con sus deseos y carácter, que no era, segun se verá, tan noble como el de su hermano, disimuló su enojo, y accedió á declararse feudatario de D. Pedro III. Terminado este incidente, ambos se separaron, tranquilo y contento el mayor, así como el menor airado y deseoso de poder tomar venganza.

Pudiera interpretarse de una manera poco favorable al rey don Pedro el viaje á Perpiñan, y su empeño de obligar á su hermano D. Jaime á que se declarase su feudatario: á los ojos de todos pareció entonces dicho empeño hijo de una infundada ambición, siendo así que el aragonés era mucho más poderoso que su menor hermano. D. Pedro III, sagaz y reservado como pocos, quiso tener asegurado á D. Jaime, cuyo carácter tan bien conocia, y para proceder así, tuvo el mismo motivo que para aliarse con Castilla y asegurar la tranquilidad de sus dominios. Sabia, y en su reino á la sazón lo sabia él solo, que tendria tal vez necesidad de abandonar sus reinos, para ir á buscar una nueva y bellissima corona.

No tardó mucho tiempo en ver muy aumentadas sus esperanzas; y ya de antemano habia recibido secretas embajadas del Sumo Pontífice Nicolás III y de Miguel Paleólogo, emperador de Oriente, que



estaban intimamente ligados á la empresa que el monarca aragonés meditaba, instado por otros vivamente interesados en aquella; embajadas que le obligaron á apresurar todas sus determinaciones respecto de su hermano, de Castilla y de los barones de Cataluña.

En la época (1281) de que venimos hablando, hacia un año próximamente que habia fallecido Nicolás III, y por su muerte habia subido al trono pontificio el Papa Martín IV. Este Pontifice, cuya memoria como tal respetamos, no fué elegido como deben serlo y como lo han sido los dignos sucesores de San Pedro. Era francés, y debió su ascension á la Francia, y especialmente á la real familia, y era afectuoso amigo de Carlos de Anjou.

Cambiaron de faz repentinamente las esperanzas de D. Pedro III, porque le faltó el fuertísimo apoyo del Papa Nicolás. Sin embargo, sagaz siempre y siempre cauteloso, trató de investigar lo que podia esperar ó temer del sucesor de Nicolás III; mas no se ocupó del importante asunto que preocupado le traia: le envió un respetuoso mensaje, para rogarle se verificase la canonizacion de fray Raimundo de Peñafort, maestro general de la orden de Santo Domingo, que falleció en 1275, y á quien hoy veneramos en los altares, cuyas grandes virtudes eran á la sazón, como lo fueron durante su vida, muy celebradas.

Si deseaba el rey de Aragon saber lo que podia esperar de Martín IV, no pudo quedarle duda despues de recibir su respuesta. Esta se redujo á manifestar que no esperase el rey de Aragon concesion alguna, interin no pagase á la Sede pontificia el tributo reconocido por D. Pedro II, padre del Conquistador y abuelo de D. Pedro III. Además, para no dejar puerta abierta á la esperanza, como si Martín IV hubiera penetrado la verdadera intencion que el monarca aragonés tuvo de explorar su voluntad, añadió *que no era fiel á la Sede apostólica quien no amase al rey de Sicilia* (Carlos de Anjou).

Excusamos manifestar ya cuál era la empresa que meditaba don Pedro III: las últimas palabras del Pontifice nos han revelado la verdad; mas no fueron parte á que desistiese el enérgico soberano, el cual no queria salir de su duda para apresurar ó retardar la ejecucion de su proyecto, sino para saber de quién debia guardarse y en quién debia confiar.

Poco tiempo habia trascurrido, cuando dispuso se aprestase una armada numerosa, de ciento y cincuenta velas, copiosamente provista de víveres, y henchidos los buques de escogida gente de guerra. Hizo correr la voz de que preparaba una expedicion contra los mahometanos: poco despues circuló la noticia de que la formidable escuadra estaba destinada á proteger al rey de Tunes contra su hermano, que le hacia la guerra; y á pesar de estas y de otras va-



rias versiones á que dió lugar la inmotivada determinacion del rey, muchas de ellas hechas circular secretamente por el mismo, nadie creia ninguna, ni nadie podia adivinar á dónde iria á descargar tan amenazadora borrasca.

Asegúrase que puestos en alarma los ricos-homes y barones, comisionaron á uno de ellos para que se acercase al rey, y en nombre de todos le suplicase que, manifestando su intencion, les sacase del recelo en que estaban. Dicese tambien que el noble comisionado al efecto se llamaba D. Pedro Martin de Luna; otros dicen, y lo creemos más cierto, que no fué aquel, sino el conde de Pallás. Fuese uno ú otro, en lo que no cabe duda es en que la comision se realizó, y que el monarca contestó al comisionado, diciendo: *Cortara yo mismo mi mano izquierda, si quisiera saber lo que iba á hacer la derecha.*

Tambien se dice que un legado del Pontífice quiso hacer investigaciones sobre el mismo asunto, y que el rey le dijo: *Señor cardenal, quemara yo mi propia camisa, si temiera qué habia de penetrar lo que en mi corazon guardo.* En lo primero no cabe duda; respecto de lo segundo, hay quien atribuye á otro rey de Aragon las mismas palabras.

Pronta la numerosa y formidable armada, el rey cedió al príncipe D. Alfonso, su primogénito, el reino de Valencia y el condado de Cataluña, haciéndole donacion asimismo del dominio que sobre el reino de Mallorca tenia; dispuso tambien el dejar á salvo su poder y voluntad de dar algunos estados á sus demás hijos en aquellos dominios, y se preparó á darse á la vela: á su hijo segundo, D. Jaime Perez (como hijo de Pedro), le nombró almirante mayor de la armada, y le mandó prepararse á marchar con él.

El día 3 de Junio de 1282 zarpó la armada con rumbo á Mahon, desde cuyo punto tomó el derrotero de Berbería, en cuya costa y en el puerto de Alcoll se detuvo.

Llevando el rey hasta el extremo su disimulo, hizo desembarcar á algunas compañías de almogávares, y dispuso ocupasen los montes de Constantina, determinando quiénes y en qué forma habian de hacer periódicas incursiones en territorio africano.

Como no era fácil que los mahometanos adivinasen la verdadera intencion de aquel inesperado enemigo, sobresaltados acudieron desde Tunez á defender á Constantina. Con este motivo ocurrieron diversos encuentros, en los cuales mostró D. Pedro que era en el valor muy digno hijo de D. Jaime I.

De nuevo envió un mensaje á Roma, para explorar si habia cambiado respecto de él el ánimo del Sumo Pontífice; y nuevamente tambien vió que nada habia mudado, á pesar del tiempo trascurrido. La peticion se redujo á solicitar el auxilio y los tesoros de la



Iglesia, para continuar la emprendida guerra de África; y la respuesta no fué otra que manifestar al rey de Aragon la imposibilidad de acceder á sus deseos, porque los tesoros de la Iglesia no podian invertirse en la guerra que él habia emprendido en Berbería, sino en la de Palestina y en la conquista de los Santos Lugares.

El tiempo avanzaba, y se aproximaba ya el de terminar el disimulo.

Un día, hallándose D. Pedro III asomado á una ventana del edificio que de morada le servia, vió acercarse dos naves en direccion del puerto. Aquellas naves habian levado anclas en Palermo, y en su seno iba una comision de nobles sicilianos, que estaba encargada de presentar un mensaje al valeroso rey de Aragon.

Una de las irrecusables pruebas que afirman la creencia de que D. Pedro habia tomado por pretexto la guerra de Berbería, y que obraba de acuerdo con los sicilianos, es la seguridad con que la embajada de estos vino á encontrarle sin vacilar á Aleoll, y no á otro puerto alguno de cuantos estaban en la peninsula á disposicion del monarca, y en donde pudiera haberse á la sazón hallado.

Desembarcó la noble embajada, y recibida por D. Pedro, presentó aquella á este las cartas selladas, en virtud de las cuales, la ciudad de Palermo, á nombre de las demás de la isla, representadas por los síndicos y principales ciudadanos, le ofrecian la corona de Sicilia, y le invitaban á pasar á la isla, para tomar posesion de aquella. Hostigados por la insufrible tiranía de Cárlos de Anjou, á quien por intruso tenian, le suplicaban les librase de aquella, como esposo que era de la princesa Constanza, hija de Manfredo, último rey legítimo de Sicilia.

Aun continuó disimulando sus deseos; y despues de dar á los enviados gracias, les hizo saber que necesitaba tiempo para decidir, porque le era preciso consultar con su consejo de ricos-homes y caballeros.

Reunióse, en efecto, el consejo; empero aun no habian terminado las sesiones, cuando apareció en aquellas aguas otra nave palermitana, con nueva y más apremiante embajada, porque ya Sicilia no podia sufrir más; y por si esto no era bastante, otra nave llegó de Messina, sitiada y puesta en el último extremo por el de Anjou.

Dícese que D. Pedro, al mandar al Sumo Pontífice la última embajada, lo hizo con el doble objeto de explorar su ánimo y de sufrir una negativa que esperaba y deseaba, á fin de tomarla por pretexto plausible para abandonar la guerra de Berbería.

En vista de tan apremiantes y reiterados mensajes, fué preciso resolver; y aunque algunos de los nobles caudillos se mostraron enemigos de una empresa que habia de llevar á tan largas distancias las armas aragonesas, empresa que, por otra parte, juzgaban





arriesgada y aun temeraria, eran aquellos el menor número, y el rey, con su inteligencia y destreza, logró hacerlos cambiar de parecer, sin llegar á manifestar de un modo explícito que deseaba acometer aquella empresa.

Acordada en consejo la expedición, levó anclas la armada con rumbo á Trápani, á donde llegó el penúltimo día de Agosto de 1282, y en donde permaneció cinco días, al cabo de los cuales (4 de Setiembre), siguió la armada por la costa, al mando del infante don Jaime Perez, en dirección de Palermo, y á la misma ciudad se dirigió D. Pedro III por tierra, con el grueso del ejército.

Nueve meses, poco más ó menos, estuvo el rey de Aragon fuera de su reino, llegando á Valencia el día 18 de Mayo de 1283. Preparábase el esforzado soberano para el día en que debía verificarse un desafio que pendiente tenia con su competidor en Sicilia, Carlos de Anjou, segun veremos al tratar de aquel reino; mas como quiera que el precipitado desafio debía realizarse en terreno neutral para ambos contendientes, y no en Sicilia ni en Aragon, aunque nos ocuparemos al tratar de Sicilia de los curiosísimos detalles que precedieron y acompañaron al reto y á la aceptación, colocaremos aqui el desenlace del proyectado desafio, puesto que el sitio elegido para la batalla, ni pertenecía á Aragon, como antes dijimos, ni á Sicilia, ni á Francia, cuyo rey, Felipe el Atrevido, era sobrino de Carlos de Anjou, uno de los contendientes, y por tanto, mirado y tenido como parcial.

Eligióse, pues, á Burdeos, capital de Guiena y Gascuña, que eran á la sazón dominios del rey de Inglaterra, cuyo soberano, llamado Eduardo, habia sido nombrado árbitro para aquella grave y sangrienta solemnidad.

Primero se acordó que D. Pedro III y Carlos de Anjou se batirian cuerpo á cuerpo y solos: despues quedó decidido que fuese la lucha de ciento contra ciento, capitaneada cada banda por el respectivo soberano.

Con este motivo el rey de Aragon regresó á España y llegó á Valencia, porque faltaba poco tiempo para que espirase el señalado para la mortal lucha.

En tanto, Martin IV, Sumo Pontífice, habia públicamente manifestado que reprobaba y prohibia severamente el duelo, como abiertamente contrario á las máximas y preceptos del Evangelio; y no solamente hizo saber la rigurosa prohibición á los caballeros, si que tambien á Pedro de Aragon y Carlos de Anjou, como contendientes, y á Eduardo de Inglaterra, como árbitro juez del campo, bajo pena de excomunion.

Eduardo, que mantenía relaciones amistosas con ambos reales mantenedores, y que habia recibido la fulminante amenaza de Ro-



ma, la que se extendia hasta prohibirle que permitiese entrar en su territorio á ninguno de los mantenedores, renunció su encargo, manifestando que no presidiria la batalla, ni seria árbitro del palenque ó campo.

Mas los guerreros de aquella época, que consideraban, en efecto, á la espada como la mejor razon, y con sobrada si se atiende solamente á sus resultados materiales, tenian por inapelable el fallo de aquella, desentendiéndose de los mensajes que por escrito mandara Eduardo de Inglaterra al de Aragon, al de Anjou y al hijo de este, que era príncipe de Salerno, comenzaron á presentarse en el reino de Pedro III, para tomar con él parte en la liza; y en vez de los ciento, cuyo número se habia prefijado, inscribieron su nombre cincuenta más de los necesarios, tanto aragoneses como catalanes.

Mayor número se inscribió en Francia, porque el mismo rey hizo sentar su nombre en las listas de los caballeros que habian de tomar parte por el de Anjou, tio del soberano francés.

Este, seguramente, no era hombre para ponerse frente de un guerrero tal y tan valiente como el rey de Aragon. Era un tirano cruel y sanguinario, como despues claramente verá el lector; pero no valeroso: que el verdadero valor, por lo que de virtud tiene, va siempre acompañado de la nobleza y la compasion.

Sin embargo, deseando no dar á conocer su temor, se dirigió á Burdeos, á donde llegó el día 25 de Mayo (1285), para dirigir por sí mismo la construccion del palenque, construccion que hizo comprender muy pronto sus traidoras intenciones.

El lugar de la liza, contra lo acostumbrado, era muy dilatado y angosto, con un sitio á cada extremo rodeado de empalizadas, con su correspondiente profundo foso, destinando uno de ambos sitios para él y sus caballeros, y el otro para D. Pedro III y los suyos; mas el villano destinó para sí y sus secuaces el que hiciera construir con salida á la única puerta que el palenque tenia, señalando para el bizarro rey de Aragon y sus valerosos barones y caballeros el opuesto, que terminaba en una callejuela cerrada.

Árbitro Carlos del campo, por la renuncia de Eduardo de Inglaterra, pudo hacer lo que quiso; pero tan pronto como se divulgó lo que habia dispuesto, todos comprendieron lo que se proponia aquel cobarde, y la suerte que le estaba reservada al valeroso rey de Aragon.

Por si lo ejecutado no era suficiente para manifestar la arteria y mala fé del príncipe francés, con el cual, sin género de duda, debia estar de acuerdo su rey y tio Felipe el Atrevido, todos los caminos estaban tomados por fuertes cuerpos de tropas francesas, aunque se quiso cohonestar esta medida con la llegada del monar-



ca francés, que habia de venir como caballero al palenque. También debia llegar al mismo punto el rey de Aragon, cuya seguridad no valia menos, y sin embargo, solo podia llevar consigo sus cien caballeros, quienes, con el real caudillo, bien pudieran reputarse como frescietos por lo menos.

Llegó, como era natural, á noticia de D. Pedro III la disposicion en que estaba construido el palenque, así como las tropas francesas que guarnecian los caminos, cuyos soldados, con la lengua más suelta de lo conveniente, manifestamente demostraban lo que la política de su rey habia querido disimular.

Por este tiempo habian comenzado en Castilla los trastornos civiles ocasionados por la rebelion del príncipe D. Sancho contra Alfonso X, su padre; y el rey de Aragon, antes de dirigirse á Burdeos, accedió á los deseos de su sobrino el príncipe de Castilla, que deseaba tener con él una entrevista. Espiraba el plazo, y don Pedro, á pesar de los consejos que le daban, no queria que se dudase de un valor tan probado como el suyo, aunque no se negó á tomar las debidas precauciones que él por sí mismo ideó. Este es uno de los hechos de la vida de este soberano que le hacen aparecer como un héroe de novela ó de drama.

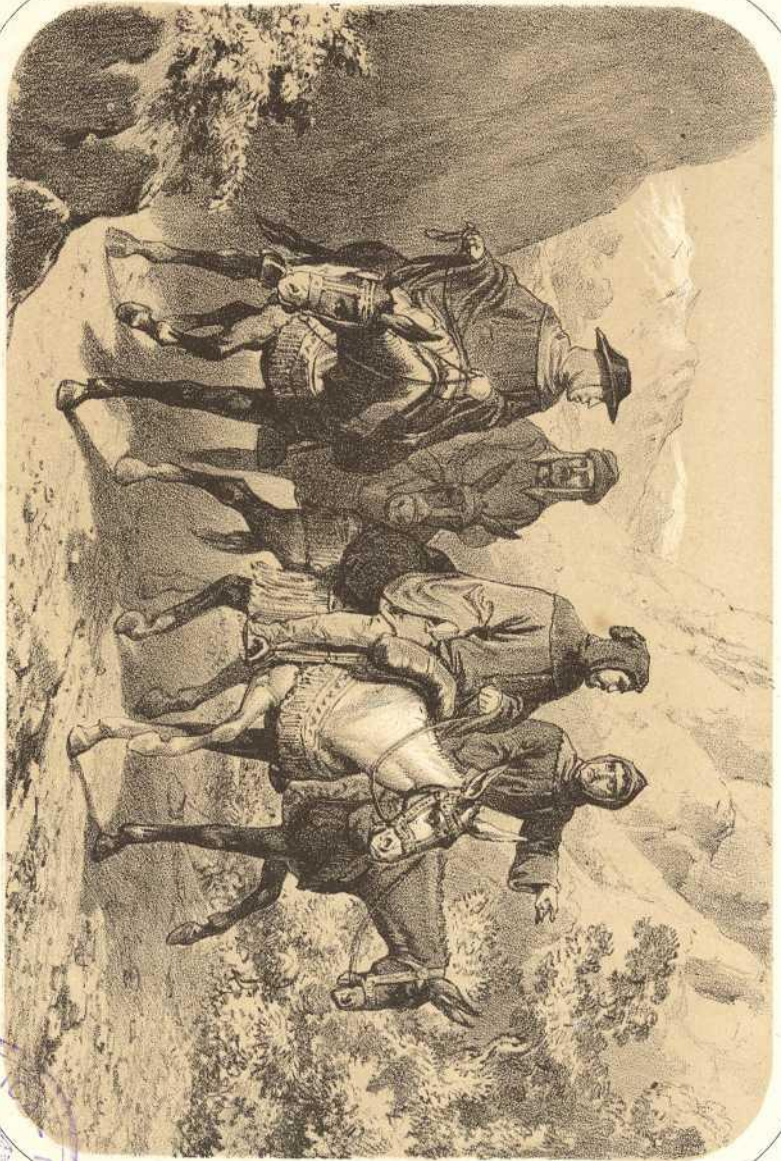
Dirigióse el valeroso rey á Tarazona, de Valencia en donde á la sazón se hallaba, y dió orden á aquellos de sus caballeros que habian de tomar parte en la lucha, para que de dos en dos, tres en tres y sueltos, se fuesen acercando á Burdeos, y en seguida se avistó con su sobrino D. Sancho de Castilla, que fué á encontrarle, en Tarazona. Tuvo con él una brevisima conferencia, y salió con tres caballeros solamente, que indudablemente serian buenos espadas, despues de haber marchado delante de él otro muy de su confianza, llamado Gelabert de Cruyllas (ó Cruilles), á fin de que se avistase en Burdeos con Juan de Greilly, general del rey de Inglaterra, y le preguntase si se aseguraba el campo al rey de Aragon.

Existia por entonces un aragonés, llamado Domingo de la Higuera, hombre leal, rico, pero ordinario. Comercia en caballos, y era lo que hoy llamaríamos un verdadero chalan; empero en aquellos tiempos de continuas guerras, era hombre muy á propósito para el objeto que el rey le queria. Acostumbrado á girar de un punto á otro para realizar sus ventas, en un tiempo en que tan necesarios eran los objetos de su comercio, y en que tan fácilmente perecian y era forzoso reemplazarlos, Domingo de la Higuera conocia á palmas toda la península; y si era práctico en ella, no lo era menos allende el Pirineo.

Tomó el rey al comerciante el solemne juramento de fidelidad, y luego se pusieron en camino. Domingo, hombre opulento en su clase, iba bien vestido y caballero en una hermosa mula negra, y







©. HISTORIA UNIVERSAL

Pedro III el Grande se dirige á Burdeos.

LIT. DE





Llevaba detrás á sus criados, pobremente vestidos, que lo eran á la sazón el rey y sus tres caballeros. El rey iba cubierto con un poncho azul, remendado y raído, que del cuello á los piés le cubría, tapando la cabeza con un enorme capuchon: debajo de este llevaba el fuerte yelmo, y bajo el poncho la finísima cota; y cuando hacían alto en alguna posada, el primero que servía la comida á Domingo y le enjaezaba y embridaba la mula, era el hijo del gran Jaime I.

Por fin llegó el día 31 de Mayo, y poco despues del alba estaban el rey, Higuera y los tres caballeros en las inmediaciones de Burdeos.

Uno de los tres que al rey acompañaban, catalan y llamado Berenguer de Paratallada, entró en la ciudad en busca de Gilabert, á fin de que sabido lo que el senescal del rey de Inglaterra le había contestado, determinase D. Pedro lo que le correspondía hacer.

La respuesta no debió satisfacer completamente al monarca aragonés, puesto que hizo pasar recado al senescal para que se sirviese salir de la ciudad, en cuya puerta encontraría á un amigo que necesitaba hablarle.

Al aparecer Greilly, el senescal, se le acercó D. Pedro con la capucha calada, y le preguntó de parte del rey de Aragon si el de Inglaterra le aseguraba el campo, sin lo cual no entraría en el palenque. El senescal, casi sin dar tiempo al fingido mensajero para que terminase su pregunta, se apresuró á decirle: «Bien podeis afirmar á vuestro soberano que ni mi rey ni yo en su nombre le aseguraremos el campo: mi señor ha protestado contra el duelo y ha renunciado el ser árbitro; y cuando esto no bastase, bien es decirnos que no podemos responder de nada, cuando hoy mandan en Burdeos y sus cercanías los franceses.»

Entonces, con el mayor reposo y firme serenidad, suplicó el rey de Aragon al senescal de Inglaterra le enseñase el palenque, á lo que no se opuso este último; y despues de examinarle muy detenidamente, se colocó en el centro el bizarro rey, y echando atrás la capucha, exclamó con grande asombro del senescal: «Juan de Greilly, yo soy el rey de Aragon en persona.» El atónito inglés suplicó á D. Pedro se pusiera en salvo sin perder momento; mas el soberano no quiso salir del sitio destinado á la liza, sin que se extendiese un acta firmada por él y por el senescal, y legalizada por un rey de armas, para hacer constar su presentacion dentro del tiempo prefijado, y su ausencia, motivada por las disposiciones tomadas por su competidor, y ajenas todas á las leyes de la caballería y á la nobleza con que deben proceder los príncipes.

Hecho todo como el valeroso aragonés deseaba, dejó asombrado al senescal, en cuyo poder depositó sus armas, como prenda ó testimonio de su presentacion, de quien se despidió afectuosamente; y regresó á España, en la cual penetró por Fuenterrabia.



Apenas habian pasado veinticuatro horas, cuando apareció en el campo Carlos de Anjou, deseoso de continuar aquella comedia, indigna de un pretendiente á una corona, y tan desfavorable á su memoria. Preparábase á proclamar traidor y mal caballero al monarca aragonés, cuando se le presentó Juan de Greilly y le entregó el acta en que constaba la comparecencia de aquel, y los justos motivos que le habian obligado á salir de las traidoras redes tejidas por su innoble competidor. Este recibió tal pesar y fué tan fuerte su enojo, que, desatentado y ciego, mandó poner preso al honrado senescal, por no haber hecho lo mismo con el rey de Aragon. No pudo, empero, llevar á cabo su notoria injusticia; porque toda la ciudad, amotinada en contra suya y en favor de Greilly, se preparaba á hacerle arrepentir de su injusta determinacion, y Carlos, intimidado, no se atrevió á consumarla.

Tal fué el desenlace de aquel famoso duelo, en cuyo fin, como en su principio, estuvieron el valor y la lealtad de parte del rey de Aragon, y de la de Carlos de Anjou la cobarde villanía. D. Pedro se salvó, puede decirse milagrosamente, y tambien quedó á salvo su honra; mas el monarca francés, viendo tan mal parado á su tio, concibió contra el de Aragon un odio tan invencible como violentos eran sus deseos de venganza.

Era Felipe de Francia á la sazón dueño de Navarra; y sin prévia declaracion de guerra, ni con más motivo que el vengativo impulso, dispuso que un ejército francés, unido á otro navarro, se inter-nasen en Aragon, lo que verificaron, apoderándose de algunos puntos fronterizos.

Unido el poder de Francia con Navarra, pudiera haber perjudicado no poco á Aragon; mas Felipe vió momentáneamente contrapesado su mismo poder, al saber la alianza establecida entre don Pedro III y el rey de Inglaterra, afianzada por medio del matrimonio del príncipe D. Alfonso de Aragon con doña Leonor de Inglaterra, hija del rey Eduardo. No se realizó, sin embargo, este matrimonio: el Sumo Pontífice, Martin IV, le declaró préviamente nulo por causa de parentesco en cuarto grado.

Atenuado con este impedimento el fuerte efecto que hubiera producido la antedicha alianza, comprendió D. Pedro III todo lo crítico de su posicion. Dispuso inmediatamente la reunion de las Córtes de Aragon, las cuales fueron convocadas para reunirse en Tarazona (1283).

Los asuntos públicos comenzaban de nuevo á presentar muy mal aspecto: la guerra extranjera se dejaba entrever poderosa y amenazadora, y contra Aragon se concitaban fuerzas casi irresistibles, al propio tiempo que sobre el reino pesaban las iras de Roma.

Es indudable que un pueblo católico por excelencia, y que en



todo ó en parte llega en materia de religion á extraviarse, se halla en idéntico caso que un solo individuo, que educado desde sus más tiernos años en las máximas y principios de la verdadera religion, jamás llega á olvidar la piadosa semilla que depositada oportunamente en su tierno corazón, ha de germinar más pronto ó más tarde. Si el propio y natural carácter, los peligros y asechanzas del mundo, una combinación de circunstancias especiales, ú otro cualquier motivo ó causa extravían á aquel individuo en materias religiosas, llega, sin duda, un día en que la semilla infaliblemente germina; mas en tanto aquel llega y en medio de todos los extravíos, si el individuo en cuestion se ve oprimido por algun fuerte pesar, ó expuesto á una desgracia que inevitable cree, ¿á quién eleva el corazón? ¿á quién vuelve los ojos?

Entonces se acuerda del único que puede salvarle; á Él vuelve los arrasados ojos y á Él es á quien pide auxilio, porque aprendió en el tiempo en que se escribe sobre el corazón humano más indeleblemente que el agudo buril sobre el fuerte acero, que Él es el único que esparce los tesoros de su infinita misericordia sin interés alguno, y solo por la piedad con que el Creador mira á su criatura, la cual, hasta que llegue la hora de reconocerse definitivamente, pagará el beneficio recibido con una negra é inmediata ingratitud. Tal es el hombre, y tales son los pueblos en quienes concurren las circunstancias que antes apuntamos, y tal sucedió en el reino de Aragon en la ocasion de que vamos á ocuparnos.

Pesaban sobre el rey y el reino las terribles censuras de la Iglesia, á consecuencia de sucesos cuya relacion corresponde á otro lugar; y aquel mismo pueblo á quien fué muy grata la protesta hecha por Pedro III al recibir la corona en Zaragoza, y cuyos deseos creyó el rey halagar al formular la precitada protesta; aquel pueblo que aprobó entusiasmado el proceder del rey, porque se consideraba como el hombre dueño de sus acciones y en la plenitud de su salud y su vida; aquel mismo pueblo, repetimos, viéndose enfermó y creyendo su existencia amenazada, volvió los ojos á la Iglesia, como el desgraciado los eleva al cielo en medio de su desgracia.

Los aragoneses eran cordialmente religiosos, y la verdadera fé no habia jamás salido de su pecho: quizá la tumultuosa vida de los campamentos, los azares y fatigas de la guerra, y principalmente, el vivísimo celo en favor de su independencia, habian amortiguado, no extinguido, porque esto era imposible, su piedad; y como veian los fuertes poderes que se iban á presentar coaligados contra el reino, comenzaron á dolerse de la desgraciada y fatal situacion en que se encontraban.

Débase también tener presente que los males cuyos efectos no



son sensiblemente materiales é inmediatos, no afectan de pronto; mas el tiempo en su veloz caminar avanzaba, y el religioso pueblo empezaba á sentir los efectos de las fulminantes y terribles censuras. Ni podian disfrutar de ningun bien de la Iglesia; ni para ellos habia Sacramentos; ni para ellos existian los templos; y en medio de tan imponente y aterradora situacion para un pueblo católico, Francia unida á Navarra, de aquella y de Aragon vecina, se preparaba á la guerra con cuantos elementos tenia á su mandar, y se acercaba á Aragon el mismo rey de Francia con el rey nombrado para aquel reino, que era hijo de este soberano.

Aun habia más: las fuerzas aragonesas estaban diseminadas, porque á la sazón se hallaban adquiriendo copiosa cosecha de inmarcesibles glorias en Sicilia y Calabria, y ni era posible traer á España el ejército beligerante de Italia, sin perder cuanto allí se habia ganado, ni fácil tampoco el hacer frente á los invasores con las fuerzas que en el reino quedaban.

Los asuntos religiosos; la nobleza quejosa del rey, porque le creia con ella más reservado de lo justo y conveniente; el pueblo, que tan fácilmente se impresiona con los recientes sucesos, aun cuando sea su resultado diametralmente opuesto á los que poco antes le impresionaran; disgustado con la guerra de Italia, que llevaba allá hombres y tesoros, del mismo modo que se entusiasmó antes con que los tesoros y los hombres contribuyesen á adquirir una nueva corona, todas estas circunstancias y otras menos importantes, hicieron que la anunciada reunion de Córtes se mirase de antemano con notable disgusto.

Temiendo que el objeto de aquella fuese el de pedir subsidios y auxilios para la nueva guerra que amenazaba, el disgusto creció con solo aquel pensamiento, del mismo modo que agrava el peligroso estado de un enfermo el que este piense que va á acometerle un nuevo mal, que complicándose con los que padece, acibare más su existencia, y quizá dé fin á su doliente vida.

En tal estado, los ricos-homes y gente de mayor valía ocupáronse en apelar al recurso ya conocido, y formularon contra el rey un largo capitulo de quejas, por haber atacado á los fueros y privilegios de la nobleza; y al reunirse en el mismo año 1283 (en el mes de Octubre) en Tarazona las Córtes, comenzaron las sesiones por la presentacion de las predichas quejas, á las cuales no queria el rey contestar en el acto: empero como los peticionarios, que habian ya colocado el pié en el reshaladizo camino de la sedicion, se tomasen mutuamente juramento ante el mismo monarca de no respetarle ni obedecerle si contra los fueros procedia; de no obedecer ni respetar tampoco al primogénito del rey, á quien proclamarian en su reemplazo, si no les hiciese cumplida justicia, Pedro III pro-



rogó las sesiones, á fin de enterarse más detenidamente de lo que los tumultuosos próceres pedían.

Acedió el soberano á cuanto los nobles le pidieron, aunque con semejante concesion se limitaban excesivamente su poder y atribuciones, y les otorgó el nombrado *privilegio general de la Union*, concesion que poco despues hizo extensiva á Valencia, á consecuencia de haberlo pedido aquellos naturales, que apoyaban su deseo en cierto privilegio que les otorgara el rey *Conquistador*.

Poco satisfecho estaba D. Pedro III: los aragoneses, lejos de tranquilizarse con las concesiones hechas por el rey, se ocupaban de afianzar sobre sólidas é indestructibles bases el puntual y entero cumplimiento del *Privilegio*; y como de nuevo se juramentasen y nombrasen personas *ad hoc* para cuidar de la conservacion de los fueros, por cuya razon fueron aquellos llamados *conservadores*, el rey pasó á Valencia y trató de formar allí un dique, para oponerle al torrente que en Aragon amenazaba desbordarse.

En Valencia obró con su sólita energía; hizo que los valencianos aceptasen un fuero peculiar y hecho expresamente para ellos, mandando que saliese del reino en el término de diez días todo el que no desechase el fuero aragonés y aceptase el valenciano. Autores hay que afirman no se limitó el monarca á imponer solamente la pena de extrañamiento, si que tambien la de muerte y confiscacion de bienes.

Corria ya el primer mes del año 1284 cuando D. Pedro III reunió las Córtes catalanas en Barcelona; y en ellas fué tan pródigo en concesiones, ó más bien en confirmar cuantos privilegios y fueros habian otorgado sus antecesores, que los catalanes le ofrecieron cuanto fuera menester para oponerse á la Francia, que se proponia destronar al valeroso soberano. El entusiasmo de los catalanes rayó muy alto, aunque en un principio se mostraron quejosos; mas los aragoneses, que miraron con disgusto la conducta observada por el rey con los de Cataluña, porque sintieron ver tanta espontaneidad con aquellos y tan poca con ellos, creyeron entrever en la generosidad de D. Pedro III una amenaza contra Aragon, suponiendo que intentaba volver á este reino con tropas de Cataluña, para sujetar á los sediciosos peticionarios.

Es indudable que el rey aplazaba de dia en dia el cumplimiento de las concesiones hechas á los aragoneses, por lo cual, los individuos *de la Union* le remitieron un mensaje, para hacerle saber que no le seguirian ni prestarian obediencia, así como tampoco dejarian que la planta de tropa *extranjera* hollase el territorio de Aragon, en tanto no se cumpliesen las concesiones hechas.

Rehuía D. Pedro el cumplimiento, porque habia cedido á la fuerza de las circunstancias, y veia que su poder quedaba notablemente



disminuido, al propio tiempo que absorbido el alucinado pueblo por la ambiciosa nobleza; empero el peligro comun crecia; protegido por Roma, avanzaba Cárlos de Valois á destronar al valeroso don Pedro; los disidentes de Aragon, como poder soberano, habian estipulado un pacto con Navarra, y el grande ánimo del bizarro rey no bastaba á conjurar la terrible tormenta que ya de cerca bramaba.

Ofrecióse á Francia la corona de D. Pedro III, y el rey Felipe aceptó, despues de alguna vacilacion, designando para ceñirla á su hijo Cárlos de Valois, como há poco dijimos; y el legado de Martin IV le invistió de la real dignidad, cuya posesion tan problemática era.

Esto dió motivo á que se denominase á este rey sin reino el *rey del Chapeo*. Dicese que el primero que así le denominó fué su hermano mayor Felipe, llamado despues el Hermoso, al notar que solo era rey en el nombre; que no era admitido por los naturales del reino que arbitrariamente se le habia adjudicado, y que, en fin, lo era solo porque el cardenal legado le habia investido de la dignidad real: por esta razon, y aludiendo al *capello* (sombrero) del legado, denominó Felipe á su hermano Cárlos *rey del Chapeo*.

Este tenia á la sazón quince años; mas engreido con su inesperada soberanía, sostuvo alguna cuestion con su hermano Felipe, que le hacia cargos muy fundados respecto de las dificultades que habian de oponerse á la realizacion de aquella quimera; y apoyado por el rey de Francia, padre de ambos, comenzó Cárlos de Valois á llamarse rey de Aragon, de Valencia y conde de Barcelona, usando tambien el sello real de las armas de Aragon.

Representó Pedro III al Sumo Pontífice, al ver la proteccion que á Francia se daba contra los legitimos é incuestionables derechos que le asistian; mas á pesar de todo, Roma no retrocedió; porque, ya lo hemos dicho, el Pontífice era francés y elegido á impulso de las intrigas de Francia.

Por este tiempo tuvo el rey que acudir á sujetar á los de Albaracin, que andaban demasiado revueltos, y aprovechando esta circunstancia los de la Union, no menos sediciosos, se reunieron en Zaragoza y de nuevo pidieron el cumplimiento de las reales ofertas, exigiendo además que repusiese al justicia mayor, que estaba suspendido de oficio, y que revocase el fuero especial que á los valencianos habia concedido. Extendiéronse tambien á pedir otros varios puntos relativos á reparaciones particulares, y se juramentaron para negar al rey todo servicio de paz ó de guerra, en tanto la completa y general reparacion no se verificase.

Pedro III no pudo negarse á ninguna peticion: lejos de esto, todo lo confirmó, en union con su hijo primogénito y heredero, el



príncipe D. Alfonso; empero exigió de ellos que le auxiliasen, puesto que él todo lo concedía, cuando era comun el peligro.

El valeroso rey se dirigió á diversos soberanos, no encontrando apoyo en el de Inglaterra, que no quiso manifestarse abiertamente enemigo de la Francia; pero sí en el de Castilla (ya lo era Sancho el Bravo), con quien se avistó en Ciria, y en el emperador de Alemania (Rodolfo).

Despues de haber sujetado á los de Albarracin reforzó su ejército en Valencia, y para llamar á otra parte la atencion de la Francia, hizo valerosamente una incursion en Navarra, que por entonces pertenecía á los franceses: y en tanto seguia la Union dando en qué entender al rey y al reino, reuniéndose en Huesca primero y luego en Zuera, haciendo que el justicia mayor decidiera como árbitro las cuestiones que con el soberano sostenian, haciendo extensivas las determinaciones de aquel al reino de Valencia, en donde se restableció el abolido fuero de Aragon, y se nombró, á imitacion de este reino, un justicia mayor, para cuyo puesto no fué elegido ningun caballero valenciano, sino uno aragonés.

Cierto es que habian llegado al extremo las demasias de los de la Union; empero no lo era menos que el rey estaba ligado de piés y manos, como decirse suele, con la tormenta que allende el Pirineo bramaba. Por aquel tiempo ya el ejército del hijo y sucesor de San Luis se preparaba á arrancar de las sienas de Pedro III una diadema que estaba en ellas tan dignamente colocada.

La expedicion era imponente; el aparato aterrador; las fuerzas muy grandes. La escuadra constaba de 140 galeras, 60 táridas y 128 embarcaciones de diversos portes: ascendia á 150,000 el número de los infantes, á 16,000 ballesteros y 18,000 ginetes, con más 50,000 *peregrinos*; que cual si se tratase de combatir á mahometanos, la expedicion se disponia á guisa de Cruzada, porque se miraba al rey aragonés como á hombre que habia desobedecido á Roma; y estaba compuesta la expedicion, además de los franceses, de flamencos, alemanes, borgoñones, lombardos, ingleses, pisanos y de naturales de otros varios puntos de Europa. Para que nada faltase á dar á la expedicion toda la importancia que se deseaba, el mismo Felipe el Atrevido, rey de Francia, tomó de Saint-Denis el célebre *oriflama* (el estandarte real), que solo salia á campaña en aquellas guerras que eran de verdadera importancia; de vida ó de muerte.

Preparado todo convenientemente, se reunió en Tolosa y se puso en marcha el ejército invasor, tomando la vuelta de España con ánimo de penetrar en ella por el Rosellon.

Estábase en la mejor estacion del año, en la florida primavera, y corria ya el mes de Abril (1285), cuando el de Francia tocó la



línea divisoria y vió el suelo español; y para que nada faltase á hacer crítica y expuesta la situacion del magnánimo Pedro III, poco antes llegó á su noticia que D. Jaime su hermano, el rey de Mallorca, estaba de acuerdo con el Atrevido.

Como era de D. Jaime el Rosellon, comprendió D. Pedro que la invasion era inevitable. Esta infamia que el rey de Mallorca hiciera contra su hermano, hubiera sido para otro monarca el último y decisivo golpe; porque cuando todo contra él estaba dentro y fuera de España conjurado, el ábrir, por decirlo así, la puerta que guardaba la frontera y franquear el paso al protervo invasor, era decidir en favor de este la cuestion, puesto que el legitimo monarca estaba casi por completo destituido de fuerza moral y material.

Era difícil, sin embargo, el que un rey que se habia mostrado capaz de adquirir una importante y nueva corona á tan gran distancia de sus dominios, se dejase arrancar de las sienas la que tan de justicia y de derecho le pertenecia; y el golpe que para otro soberano de menos ánimo y corazon hubiera sido *de gracia*, para don Pedro III fué la oportuna chispa que, lanzada con muy diversa intencion, puso fuego á la terrible mina que en su pecho guardaba.

Tan pronto como llegó á su noticia la traicion de su hermano, tomó consigo nueve compañías de ginetes y veinticinco caballeros de su séquito; y de Lérida, en donde se hallaba, atravesó el Ampurdan y se dirigió al Rosellon. A pesar de llevar consigo solo caballeria, abandona los llanos y camina por montañas y trochas; llega á Perpignan, en donde D. Jaime residia; se apodera instantáneamente del castillo en que aquel habitaba; le asegura con sus tropas, aunque sin querer verle; toma los puntos principales de la ciudad, y manda al rey de Mallorca sus mensajeros, ordenándole, como á su tributario, le entregue todos los fuertes y castillos del Rosellon, á fin de oponerse al poder de la Francia, injusta y traídoamente preparada contra él.

D. Jaime, más por temor que por cumplir con la obligacion que le imponia el homenaje hecho en otro tiempo á su hermano, accedió á cuanto este quiso; mas el mismo temor le hizo no creerse allí seguro, y aunque algo enfermo, aquella misma noche se fugó por una mina, cuya boca daba á su habitacion y estaba bajo de su lecho, y la salida daba á cinco cuartos de hora de la ciudad.

D. Pedro III fué generoso con su cuñada y su sobrina: la reina de Mallorca fué devuelta á D. Jaime, en union con la infanta su hija, por disposicion del rey, quien las hizo marchar bien escoltadas, á fin de que fuesen seguras; dejó en su compañía á los tres hijos varones de D. Jaime; empero los trató muy bien, é hizo saber á su padre que solo los detenia el tiempo preciso y mientras le fuese necesario tener en su poder rehenes. No obstante, no trascurrió



mucho tiempo sin que fuesen rescatados y entregados á D. Jaime, el cual se apresuró á pasarlos á poder del rey de Francia, como *prenda de su compromiso con él y garantía del cumplimiento de sus promesas*. Tal era el rey de Mallorca, y por esto indicamos no há mucho que llegaría el momento de ver cuán diverso era de don Pedro, aunque hijos ambos del gran Conquistador.

Asegurada del mejor modo posible la frontera por aquella parte, se internó el rey por la Junquera en sus dominios de Cataluña. Todo fué obra de muy pocos dias; y apenas habia salido D. Pedro, cuando llegó al Rosellon la vanguardia francesa, dirigiéndose por Salces.

Cuéntase que en la vanguardia venian hasta **SESENTA MIL** hombres armados de hondas y sendos garrotes, que desempeñaban los oficios de leñeros, chalanes, vivanderos, aguadores y forrajeros. Venian escoltados por 1,500 caballos.

El ejército regular llevaba delante la verdadera vanguardia; porque la anterior no era otra cosa que una inmensa mole de mala carne que querian poner delante, para que en ella se ensañasen los contrarios, economizando la vida de la gente útil y librando de aquella destructora plaga al país de que procedian. Otros tres cuerpos y la retaguardia componian el total del ejército, en cuyo centro venia Felipe el Atrevido, rey de Francia, con sus hijos Felipe (el Hermoso) y Cárlos, el llamado rey de Aragon, así como aquel se titulaba rey de Navarra: venian tambien con el rey los principales caballeros de su séquito, y el cardenal legado con 6,000 soldados romanos.

El rey de Mallorca, para poner el sello á su mal proceder, se presentó á Felipe en las inmediaciones de Perpiñan; empero la ciudad, á pesar de venir su rey en compañía del francés, negaron la entrada al ejército, siendo aquella poblacion imitada por Colibre y por las principales de aquellos dominios. Sin embargo, los invasores lograron penetrar por sorpresa en Perpiñan: más cautos los que á Elna guarnecian, resistieron con teson y denuedo durante largo tiempo; pero no siendo posible resistir á la grande muchedumbre de invasores que asaltaron por varias partes simultáneamente, la ciudad cayó en poder de aquellos el dia 25 de Mayo; y los *humanos* franceses, que debieran haber respetado el heroico denuedo de aquel puñado de valientes, los pasaron á cuchillo, extendiendo su injustificable barbarie á los habitantes de todas edades, sexos y condiciones, sin respetar ni aun los sagrados templos, en donde muchos se refugiaron.

Despues de haberse posesionado el francés del condado de Perpiñan, á vista del infame D. Jaime, que así puede y debe llamársele, el dia 4 de Junio llegó á dar vista á Cataluña, y se detuvo

cerca de Coll de las Panizas, cordillera que media entre Castellon (de Ampurias) y Rosas.

En tanto esto se ejecutaba, el bizarro y magnánimo D. Pedro procuraba reunir los escasos recursos de que podía disponer. Después de reforzar lo mejor que le fué posible las fronteras navarras, recordó á Sancho IV de Castilla el pacto de Ciria; empero este soberano, que temia á sus hermanos los de la Cerda, sobrinos del francés, no queriendo indisponerse con este, contestó á su tío, que tanto le queria, con palabras de cóрте. Díjole que en el alma le dolia el no poder auxiliarle: pero que el marroquí amenazaba la Andalucía, y le eran por entonces necesarias todas sus tropas.

Viendo el rey de Aragon esta nueva ingratitud, acudió á los próceres catalanes, al pueblo todo, á quienes acababa de conceder cuanto le pidieron, y tampoco acudieron al llamamiento del legítimo soberano, cuando un intruso se acercaba á despojarle de su régia púrpura.

Entonces, el desamparado rey, con once compañías del Ampurdan y diez y nueve próceres de Cataluña que le eran fieles, exclamó: *Dios ha de protegerme, que mi causa es justa, y mis enemigos, aunque invocan su nombre, no son cristianos, puesto que quieren robarme mi reino.* Y sin detenerse un punto, con tanto ánimo como si tras él fuera un numeroso ejército, se dirigió con la mayor resolucion al Pirineo. Este periodo de la vida de D. Pedro III es un baldon para los aragoneses y catalanes, y quisiéramos poder borrarle de la historia.

Todos los más respetables escritores están contestes en que el ejército invasor era el más numeroso que habia pisado aquel suelo desde los remotos tiempos de Carlo-Magno: D. Pedro apenas llevaba mil y quinientos hombres, y sus contrarios pasaban de doscientos mil, entre soldados regulares, que lo eran la mayor parte, y la chusma.

El animoso D. Pedro, cuya grandeza de alma es inexplicable, dividió su escastísima hueste por las montañas del Pertús y de las Panizas. Extendidos sus soldados cuanto fué posible, dispuso se encendiesen inmensas hogueras por todas las montañas, colinas, eminencias y cerros, á fin de que por ellas calculase el francés la vasta extension del campamento del rey de Aragon. Procurando suplir con el ingenio las necesarias fuerzas materiales de que carecia, cortó el único angosto camino, obstruyéndole á trechos con gruesos troncos de árboles y con grandes peñascos que hizo rodar desde las montañas; y sin más fuerzas militares que las en un principio explicadas, ni otras prevenciones que las antedichas, *detuvo durante veintitres dias al formidable ejército invasor.*

Este, irritado con la inesperada detencion, comenzó á disgus-



tarse; y el rey, de acuerdo con el legado, mandó un mensaje á don Pedro III, con la original peticion de que le franquease el paso; empero el enérgico y valeroso aragonés respondió con la activa dignidad del hombre injustamente agraviado y del monarca ofendido, diciendo al mensajero: *Por cierto es fácil dar agenos reinos y aceptarlos; mas decid á quien aquí os envia, que los dominios que hoy pretenden costaron harta sangre á mis mayores, y que nadie los obtendrá, ni á ninguno los cederé, sin que los compre con la misma moneda.* Tal es la digna respuesta que consigna en sus páginas el manuscrito que casi siempre seguimos al tratar de los reyes de Aragon.

Desesperado el francés con su impotencia, á pesar de ser tan superior en fuerzas materiales á su contrario, no sabia si esperar ó retirarse; mas el rey de Mallorca, mal hermano y peor español, dió aviso al Atrevido, para indicarle un sitio por donde le seria fácil internarse en Cataluña.

Mandó al instante el francés á reconocer el terreno; y aunque le encontró angosto, hizo trabajar de dia y de noche á los gastadores, y á poca costa ensanchó el camino, penetrando por el Coll de la Manzana; y la vispera de San Juan Bautista llegó el ejército invasor al Ampurdan.

El magnánimo rey de Aragon hizo abandonar todos los puntos de suyo poco defendibles; mandó que las mujeres y toda la gente inútil para la defensa se retirase á la fragosidad de las sierras, y dispuso precipitadamente la fortificacion de los puntos defendibles é importantes.

Jamás en ocasion alguna se mostró más grande y animoso el memorable D. Pedro III: la crónica dice que se multiplicaba, porque tan pronto se le veia en una plaza, como se le encontraba en otra.

Su primogénito D. Alfonso trabajaba tambien con grande actividad en Cataluña, y logró despertar en los catalanes el amor patrio: tocóse el célebre y siempre imponente *somaten*, y á centenares respondian los hombres decididos, fuertes y armados, procurando hacer olvidar su anterior conducta. Tan luego como el príncipe lograba reunir algunas fuerzas, las hacia marchar á donde su padre estaba, en tanto que este cuidaba de su reino y pedia á Sicilia armada suficiente para hacerse respetar en el mar, si necesario fuese.

Entre las tropas de que ya disponia el rey de Aragon contábanse á los valerosos y siempre temidos almogávares, de los cuales no quiso desprenderse el rey, á pesar de que hizo retirarse á las tropas de los concejos que entre los refuerzos habian llegado.

Debemos consignar un hecho positivo, á fin de contribuir á perpetuar la gloria del ilustre y leal vizconde de Rocaberti, señor de Peralada. Oyó este hombre dignísimo al rey que no alcanzaban sus



fuerzas materiales á defender algunos puntos, entre ellos á Peralada, y dolíase el monarca de esto; porque si bien habia repartido sus tropas entre todas las plazas más esencialmente importantes, no le habian alcanzado para resguardar la expresada villa, que si no era tan importante como las plazas, ocupaba, sin embargo, una posición que una vez poseída por los franceses, podrían estos hacer infinitos estragos por el Ampurdan. Rocaberti, que se hallaba presente, dijo tranquilamente al rey: *No hay para qué dolerse de eso, señor: yo puedo evitar el mal, asegurando que no podrá tomar la villa el francés, y menos causar estragos en el Ampurdan.*

Dicho esto, y obtenida la vénia del monarca, que estaba muy distante de imaginar lo que aquel fiel súbdito y buen patricio trataba de hacer, mandó que le siguiese la hueste con que se habia presentado en campaña. Llegó á Peralada, y como si suya no fuera, la hizo poner fuego, y estuvo firme allí hasta que la dejó «llana por el suelo, como si tal poblacion hubiese existido.»

También fué muy leal el vizconde D. Ramon Folch de Cardona, á quien trató de seducir el francés con grandes y magnificas promesas, á fin de lograr que le entregase á Gerona, cuyo gobernador era por D. Pedro III. Habiéndose estrellado todas las seducciones en el leal y firme ánimo del de Cardona, puso el francés sitio á la ciudad; y en tanto, el intruso rey, cada vez más decidido, *tomó posesion* del reino en el fuerte de Lerz, á consecuencia de haber logrado entrar en Castellon de Ampurias.

En tanto, habian despertado de su poco honroso letargo los aragoneses, merced á los esfuerzos del príncipe D. Alfonso y de algunas personas importantes que siempre fueron leales. El día 16 de Julio del año 1285 se reunieron en Zaragoza todos los hombres de valia y representantes de las ciudades y villas, y hasta los más sediciosos de los del bando de la Union; y en la iglesia de San Salvador prestaron juramento de acudir á la defensa de la patria y auxiliar á su heróico rey, dando al olvido, por entonces al menos, todas las quejas que presentes tenian.

Cumpliendo el solemne juramento prestado, todos se apresuraban á reunirse al monarca; y este, que tan magnánimo y fuerte habia sido cuando casi aislado se hallaba, viéndose con más fuerzas materiales, tomó la defensiva, hostigando á su enemigo en todas partes, y en todas partes siendo el primero al acometer, y al retirarse el postrero. Creían ver los antiguos guerreros resucitado al gran Conquistador, al contemplar el arrojo de su hijo, que les hacia recordar las inmarcesibles glorias adquiridas por D. Jaime I en Mallorca y Valencia.

Al mismo tiempo que esto sucedia, la armada catalana desplegaba en el mar una pericia y un arrojo extraordinarios. Guiada y di-



rígida por los almirantes Berenguer Mayol y Ramon Marquet, se acercaron á las aguas de Rosas, y atacando denodadamente á los enemigos entre dicho punto y San Feliú, hicieron pedazos veinticuatro buques franceses que allí encontraron, y se llevaron prisionero al almirante que los mandaba.

El primer encuentro que mereció el nombre de batalla se verificó no lejos de Gerona. Están contestes las crónicas en asegurar que el valor de D. Pedro III pasó de lo extraordinario á lo fabuloso. Siempre peleando en los sitios en que más exposicion habia, estuvo para perder la vida; porque el conde de Nevers le tiró con gran fuerza un mortífero chuzo, que atravesó el fuerte y chapeado arzon delantero de la montura del rey. Con la vida pagó su merecido el de Nevers: el rey le asestó una mortal estocada con la célebre espada del gran Conquistador, que, como en su lugar dijimos, no pudo ser legada á manos más dignas, y el conde cayó exánime del corcel al suelo. También mató con su *hacha de armas* (con la *maza de armas*, segun otros) al *porta-estandarte* del rey francés y al conde de Clairmont.

Despues de haber dejado D. Pedro III tan bien sentada su militar reputacion y la de sus heróicas tropas, se replegó, siempre batiéndose, á las montañas; porque su ejército, aunque ya numeroso y escogido, contaba apenas una cuarta parte de la fuerza numérica de que constaba el del enemigo. Esta batalla tuvo lugar el dia de la Asuncion de Nuestra Señora (15 de Agosto de 1285).

No por esto se habia levantado el sitio de Gerona; empero los franceses estaban desesperados al ver que se prolongaba y que no habia medio, ni de seducir al de Cardona, ni de vencer á los almogávares, que en número de 2,700 defendian la plaza.

En este estado, dispuso el sitiador la construccion de una mina, que al verificar la explosion hizo mil trozos un lienzo de muralla; empero subió muy de punto su ira al ver que durante el sitio se habia fabricado otra segunda y sólida muralla. Entonces apelaron al hambre, y se dedicaron á no dejar que llegase socorro alguno, con preferencia á todo ataque contra la plaza; mas se declaró en el campo francés una terrible y mortífera epidemia, que instantáneamente arrebató gran número de guerreros, entre ellos á muchas personas de valia.

El Atrevido, temiendo que su ejército en el sitio quedase diezmado, sabiendo que la fatídica hambre acosaba ya á los sitiados, y no queriendo pasar por la vergüenza de levantar el sitio sin hacer un último esfuerzo, intimó al valeroso Cardona la rendicion. Este pidió seis dias para decidir, y pasó aviso al rey para tomar sus órdenes.

El monarca, sabedor de que en la plaza carecian casi completa-



mente ya de comestibles, dió gracias al vizconde y le autorizó para entregar la plaza, procurando salvar la honra de sus armas tanto cuanto posible fuese.

El heroico caudillo catalan, no queriendo abusar de la autorizacion del monarca, pidió al francés tres semanas de tiempo para ser socorrido, pasadas las cuales, si el socorro no llegare, se entregaria; con la condicion, empero, de seis dias más, para que pudiesen salir de la plaza los defensores y los que aun moraban en ella, aquellos *con sus armas*, y estos con la parte que de sus bienes pudiesen llevar consigo.

Por aquel tiempo llegó de Sicilia á España el famoso almirante Roger de Lauria, de quien más extensamente hablaremos al tratar de Sicilia, que habia sido llamado por D. Pedro. Traia consigo cuarenta y tres galeras, tripuladas y guarnecidas por valerosos hombres, prácticos en las formidables luchas por mar.

Desembarcó Roger en Barcelona, á donde fué el rey apresuradamente á recibirle. Allí acordaron la preparacion de una decisiva batalla naval, sin tener en cuenta la inferioridad de su armada; y tan pronto como se pusieron de acuerdo el monarca y el gran almirante, levó este anclas con su escuadra, relativamente reducida, y dió vista á la enemiga, muy cerca del cabo de San Feliú de Guisols.

Era de noche: esta estaba completamente cerrada; apenas se distinguian á corta distancia los buques, y ni banderas ni divisas se percibian. Acercáronse, empero, tanto los españoles, que chocando con los bajeles enemigos, comenzó la lucha verdaderamente á ciegas, en medio de aquella pavorosa oscuridad.

Dispuso el valeroso Roger que la palabra *Aragon* sirviese á la vez de grito de guerra y de contraseña para reconocerse y auxiliarse; empero tambien los franceses gritaban «Aragon» para deslumbrar al enemigo, segun unos; porque se creian dueños del reino, segun otros. Manda entonces Roger que se encienda y coloque un fanal, ó farol, en cada proa, é instantáneamente los enemigos le imitan; pero fué solamente para su mal. Atento Roger á que sus buques observasen puntualmente el órden prefijado, los fanales de los enemigos sirvieron de blanco á los famosísimos y diestros ballisteros de Cataluña, que hicieron en los franceses inexplicable estrago.

Para aumentarle, el mismo Roger con la capitana embistió á una nave enemiga y arrojó al mar á cuantos en ella se encontraban; y tanto hizo y tanto prodigio obró, que doce de las galeras francesas se pusieron á toda vela, declarándose en fuga; quince apresó, con todos los que las tripulaban; destrozó infinitas, y cuando apareció el sol, se dirigió en persecucion de las doce que favorecidas



por la tenebrosa noche habían huido, y las apresó también. En esta terrible batalla naval perecieron 4,700 franceses, según los datos que más exactos creemos.

En tanto, había corrido el tiempo y espirado la tregua de Gerona: el caudillo defensor cumplió las estipuladas condiciones, y dispuso la salida de los suyos en los términos pactados; y en nombre del rey de Francia tomó posesión de la plaza el senescal de Tolosa, el día 13 de Setiembre de 1285.

Caro costó, empero, este único triunfo de importancia á los franceses. En el sitio de Gerona atacó la epidemia al monarca francés, y oprimido por ella se hallaba cuando recibió la infausta nueva de la completa derrota de su armada. Fuera que este terrible golpe exacerbase el mal, ó que la enfermedad fuese de necesidad mortal, comprendió el Atrevido que su fin se acercaba, y quiso lanzar el postrer aliento en donde exhaló el primero, ó al menos en sus dominios, lo que no pudo lograr.

El ejército que hollara orgulloso y prepotente el Rosellon, levantó tiendas y se puso en marcha, con los mejores de sus jefes y guerreros demacrados y escuálidos; con su rey y caudillo moribundo. Más que militar marcha parecía derrota, porque muy pocos guerreros llevaban armas: los que no caminaban enfermos, iban llevando las andas ó camillas en que aquellos eran conducidos; y el rey era llevado en una litera, yendo á su derecha su primogénito y á la izquierda su hijo Carlos, el *desairado rey de Aragon*, con el famoso oriflama, que hubiera podido permanecer quieto en Francia, para no haber vuelto á ella después de sufrir tan grande humillación, aunque muy merecida, porque jamás guerra alguna fué más injusta é injustificable.

El camino estaba tomado; y á haber sido menos nobles el rey de Aragon y sus caballeros, hubiérase repetido el memorable desastre de Roncesvalles. Temiéndolo así el príncipe Felipe, presentóse, según nuestros antecedentes, personalmente al glorioso rey de Aragon, para *suplicarle* hiciese dejar libre el camino, puesto que veía el estado del rey espirante y del ejército diezmado por la epidemia.

Generoso siempre el ofendido D. Pedro, aseguró á sus ofensores que sus tropas regulares les dejarían franco el paso, sin ofenderles en nada; empero respecto de las *francas*, ó irregulares, no se determinó á responder, si bien ofreció hacer cuanto fuera posible por sujetarlas si tratasen de desmandarse.

No pudo exigir más el príncipe francés, y acto continuo dispuso que comenzase á desfilar el ejército, el cual en nada fué molestado ni recibió el menor insulto; mas no libró tan bien la retaguardia, sobre la cual nadie pudo impedir que cayeran como un desbordado torrente los almogávares y otros cuerpos sueltos, arrancándola toda



la riquísima presa que iba custodiando, en lo cual nada hicieron sino recobrar lo que á España habian quitado; mas, como en casos análogos acontece, no se limitaron á esto, puesto que tambien tomaron las tiendas, los equipajes y la mucha riqueza que habian traído los invasores cuando, orgullosos é ilusionados con quiméricos y soñados triunfos, creyeron fácil y hacadera empresa la de privar á los heróicos y valerosos españoles de su amada independencia.

Tal fué el desenlace de la amenazadora invasion de Felipe el Atrevido, que perdió la vida á consecuencia de ella. Falleció al llegar á Perpiñan, casi al rayar la media noche del 5 de Octubre de 1285.

Poco tiempo tardó el glorioso D. Pedro en librar por completo de enemigos el suelo catalan: en el momento recuperó á Gerona, en la que aun permanecia el senescal de Tolosa con sus tropas, y las demás poblaciones y fuertes que en idéntico caso se hallaban. Hecho esto, mandó al almirante Lauria que aprestase su escuadra, y ordenando á trescientos caballerôs (mitad aragoneses y mitad catalanes) que se preparasen para seguirle, dispuso una expedicion contra las islas Baleares, á fin de castigar las reiteradas perfidias de su hermano D. Jaime.

Estaba, empero, escrito en el celeste y eterno libro que la gloriosa campaña contra los franceses habia de ser el último laurel que adquiriese el bizarro y magnánimo rey.

Salió de Barcelona el día 26 de Octubre y tomó la vuelta de Tarragona; mas apenas puesto en camino se sintió tan enfermo, que, á pesar de su fabulosa resistencia y de su ánimo sin par, tuvo necesidad de rendirse al lecho.

Tan apresuradamente ganó terreno la fatal fiebre que le habia postrado, que hubo necesidad de trasportarle en hombros; y para llegar á Villafranca del Panadés, tuvieron los que le conducian y escoltaban que detenerse muchas veces, por temor de que faltase la vida á aquel insigne guerrero, que ni aun de aquella manera conducido podia resistir la fatiga.

Firme en su propósito de dar una dura y merecida leccion á su hermano, quiso el rey encomendar al principe D. Alfonso la ejecucion de su proyecto, que comprendió no le era á él mismo posible realizar.

Habian avisado inmediatamente á su primogénito, el cual acudió presuroso á Villafranca. Presentóse á su padre contristado, y este, enérgico y animoso hasta el postrer instante, le dijo: *Agradezco, hijo mio, tu cuidado; mas tú no eres médico del alma ni del cuerpo, y aqui, por tanto, no puedes serme útil. Dios, que es mi señor y dueño, hará de mí lo que fuere servido: tú haces falta en Mallorca; vé á conquistarla.*



«Obedeció el príncipe, y el gran rey se preparó al terrible tránsito con la misma fortaleza, jamás desmentida, de su glorioso padre don Jaime I. Hizo venir á su presencia al arzobispo de Tarragona, al de Valencia, al obispo de Huesca y á otros prelados, así como á los ricos-homes y magnates que más inmediatos estaban, y reunidos todos en derredor de su lecho, les dijo: «Yo no hice la guerra en Sicilia en desacato de la Iglesia, sino por la voluntad de aquellos naturales y en defensa de mi derecho. Siempre creí en mi conciencia que al fulminar contra mí las censuras, se había obrado contra razon y justicia. Mas quiero conste que muero fiel y católico cristiano, y como tal, creo que la decision tomada contra mí, sea ó no justa, debo temerla, y para librarme de ella, humildemente pido la absolucion, y ofrezco aceptar, si tuviese tiempo, lo que la Santa Sede apostólica sobre este punto determine y decida.»

Obtuvo, en efecto, la anhelada absolucion que le dió el prelado de Tarragona; despues se confesó, y recibió con grande fervor y compuncion la Sagrada Eucaristía; dijo que perdonaba cordialmente á todos sus enemigos, sin excepcion, y mandó poner en libertad á cuantos prisioneros tenia, excepto á los barones franceses y al príncipe de Salerno, manifestando que si los exceptuaba, era porque convenia retenerlos en favor de la paz de sus reinos.

En seguida se confesó segunda vez, y cruzando tranquilamente ambos brazos sobre el pecho, elevó con extraordinaria mirada los ojos al cielo, y espiró sin agonía, quedando como apaciblemente dormido, á las once de la noche del día 10 de Noviembre de 1285.

Este memorable soberano, que murió prematuramente á la edad de cuarenta y seis años, mereció el epíteto de GRANDE, con el que la historia le conoce. Aumentó su respetable poder con una importante corona, la de Sicilia, en donde venció gloriosamente, como en su lugar veremos, á Carlos de Anjou, el cual estaba auxiliado por Roma y por todo el poder de la Francia, así como domó la altivez de Felipe III, el Atrevido, en España.

No mereció, seguramente, sufrir el cúmulo de disgustos que le ocasionara una turbulenta y ambiciosa nobleza, la cual en más de una ocasion sedujo al pueblo, á fin de unirle á su causa para hacer más critica la situacion del monarca, haciendo que se creyese ofendido y asegurándole el desagravio, para solo obtener su propósito y dejar despues en el estado en que antes se hallaba al alucinado pueblo.

Fué D. Pedro III el Grande de tan hermosa y colosal figura como su padre; galante, como caballero; como político, profundo; como general, muy entendido; como guerrero, valerosísimo; como rey, magnánimo y humano; y como hombre, caballero y generoso.

Fué trasladado su cadáver al monasterio de Santas Creus, segun

dejó dispuesto en su testamento; y por él mismo legó á su primogénito D. Alfonso los reinos de Aragón y Valencia, con el condado de Cataluña, y la soberanía en los del Rosellon, Mallorca y Cerdeña. Á su hijo segundo, D. Jaime, dejó el reino de Sicilia y todas las conquistas hechas en Italia.

### FIN DEL TOMO III.



## TABLAS CRONOLÓGICAS

### DE LOS MONARCAS CRISTIANOS DE ESPAÑA.

#### CONDES DE CASTILLA.

##### SIGLO X.

Principio del reinado.		Fin del reinado.
Se ignora.	Fernan Gonzalez, primer conde independiente. . . . .	970
970	García Fernandez. . . . .	995
995	Sancho Garcés. . . . .	

##### SIGLO XI.

1021	— Murió en. . . . .	1021
	García II. . . . .	1029

#### REYES DE CASTILLA.

1029	Fernando I, el Magno, primer rey de Castilla. . . . .	1065
1065	Sancho II, el Fuerte, asesinado en. . . . .	1072

#### UNION DE CASTILLA Y LEON.

1072	Alfonso VI, rey de ambos reinos. . . . .	1109
4109	Doña Urraca, reina de Castilla. . . . .	1126
1126	D. Alfonso VII, el Emperador. . . . .	1157

## NUEVA SEPARACION DE LOS REINOS DE CASTILLA Y LEON.

CONTINÚA LA TABLA COMENZADA EN EL TOMO II.

CASTILLA.		LEON.	
Año 1157.		Año 1157.	
Principio del reinado.	Fin del reinado.	Principio del reinado.	Fin del reinado.
1157	D. Sancho III el Descado.	1157	D. Fernando II.
1158	D. Alfonso VIII, el de las Navas.	1158	El mismo Fernando II. Fallece en. . . . . 1188
1188	Continúa el mismo soberano.	1188	D. Alfonso IX.

### SIGLO XIII.

Fallece Alfonso VIII en. . . . . 1214	1214 Continúa Alfonso IX.
1214 Enrique I. . . . . 1217	1217 Idem id.
1217 Fernando III, el Santo.	Fallece Alfonso IX en. . . . . 1230

## SE REALIZA LA UNION DEFINITIVA DE LOS REINOS DE CASTILLA Y LEON.

### REYES DE CASTILLA Y LEON.

Principio del reinado.	Continúa el siglo XIII.—Año 1230.	Fin del reinado
	Fernando III, el Santo. . . . .	1252
1252	Alfonso X, el Sabio. . . . .	1284
1284	Sancho IV, el Bravo. . . . .	1295
1295	Fernando IV, el Emplazado.	

### UNION DE ARAGON Y NAVARRA.

1076	Sancho Ramirez, IV de Navarra y I de Aragon. . . . .	1094
1094	Pedro I.	

### SIGLO XII.

	Falleció en. . . . .	1104
1104	Alfonso I el Batallador. . . . .	1134



**SEPARASE NAVARRA DE ARAGON.**

CONTINÚA LA TABLA COMENZADA EN EL TOMO II.

**NAVARRA.**

**Siglo XII.—Año 1134.**

Principio del reinado.		Fin del reinado.
1134	García III, el Restaurador. . . . .	1150
1150	Sancho V, el Sábio. . . . .	1194
1194	Sancho VI, el Fuerte y el Retraido. . . . .	

**SIGLO XIII.**

	— Falleció en. . . . .	1234
1234	Teobaldo I, el Trovador. . . . .	

**REINO DE ARAGON.**

Desde el año 1076 son unos mismos los monarcas de Aragon y de Navarra, hasta la muerte de D. Alfonso I, el Batallador, ocurrida en 1134, con cuyo motivo se separaron ambos reinos, sucediendo al Batallador su hermano D. Ramiro.

**Siglo XII.—Año 1134.**

1134	D. Ramiro II, el Monje: abdicó en. . . . .	1137
1137	Doña Petronila, casada con el conde de Cataluña, al cual denominaron príncipe de Aragon, por haberse reservado D. Ramiro el título de rey.	

**UNION DE ARAGON Y CATALUÑA.**

1137	D. Ramon Berenguer I, y IV de Cataluña. . . . .	1161
1161	D. Alfonso II (antes Ramon). . . . .	1196
1196	D. Pedro II.	

**SIGLO XIII.**

	— Murió en. . . . .	1213
1213	D. Jaime I, el Conquistador. . . . .	1276
1276	D. Pedro III, el Grande. . . . .	1285

## CATALUÑA.

Siglo XI.—Año 1096.

CONTINÚA LA TABLA COMENZADA EN EL TOMO II.

Principio del reinado.		Fin del reinado.
1096	D. Ramon Berenguer III, el Grande.	
<b>SIGLO XII.</b>		
	— Falleció en. . . . .	1134
1131	D. Ramon Berenguer IV.	1194

En el año 1137 se unió este soberano en matrimonio á la reina de Aragon doña Petronila: desde dicha época, unidos ambos estados, son unos mismos los soberanos que los rigen. (Véase la tabla de Aragon y Cataluña.)

## REINO DE ARAGON

Desde el año 1076 son unos mismos los monarcas de Aragon y Cataluña, hasta la muerte de D. Alfonso I, el Batallador, ocurrida en el año 1134, cuando se separaron ambos reinos, dando al Batallador su hermano D. Ramon.

Siglo XII.—Año 1134.

1134	D. Ramon II, el Monje, abdió en	1134
1137	doña Petronila, casada con el conde de	1137
	Cataluña, el cual denominaron príncipe de Aragon, por haberse casado D. Ramon el hijo de rey	

## UNION DE ARAGON Y CATALUÑA

1137	D. Ramon Berenguer I y IV de Cataluña	1137
1161	D. Alfonso II (antes Ramon)	1161
1196	D. Pedro II	1196

SIGLO XIII

1213	— murió en	1213
1217	D. Jaime I, el Conquistador	1217
1285	D. Pedro III, el Grande	1285



# ÍNDICE GENERAL DEL TOMO TERCERO.

**Siglo XII.—Año 1100 á 1134.**

## REINO DE NAVARRA Y ARAGON.

	Páginas.
Gloriosas expediciones de D. Pedro I. . . . .	5
Muerte de este soberano.—Proclamacion de su hermano don Alfonso I el <i>Batallador</i> . . . . .	6
Recuerdo de los hechos de este soberano relativos á Castilla, que se hallarán detallados en la historia correspondiente á este reino y siglo. . . . .	7
Almogávares.—Qué clase de tropa era esta.—Su vestuario y armas. . . . .	8
Toma Alfonso I á Castellar, Egea y Tauste.—Muerte de Almostain, rey moro de Zaragoza. . . . .	8
Concesion de Huesca al conde de Alperche.—Disposiciones del rey respecto de la ciudad y fuero que habia de regirla.—Persecucion contra los mahometanos y proyecto de la conquista de Zaragoza.—Personajes que con este objeto se unieron al rey.—Sitio de la ciudad. . . . .	9
El emperador almoravide socorre á Amad-Dola, sucesor de Almostain.—Levanta el sitio Alfonso I.—Conviértense los almoravides en enemigos de los musulimes, y á su vez sitian á Zaragoza.—Destruyelos D. Alfonso, atraviesa el Ebro, vadea el Gállego, toma á Gurrea, Almudevar y otros puntos, sitiando segunda vez á Zaragoza. . . . .	10
Ríndese la ciudad á las armas de Aragon y Navarra, á pesar de la defeccion de los auxiliares extranjeros. . . . .	11
Arreglo de los asuntos civiles y religiosos de la antigua <i>César-Augusta</i> . . . . .	11
Conquistas de Calatayud, Alagon, Mallen, Borja, Magallon, Epila, Alhama, Buvierca, Ariza, etc. . . . .	12
Famosa batalla de Cutanda.—Fundacion de Monreal. . . . .	12
Gloriosa expedicion desde los Pirineos hasta Almería.—Llega á la vega de Granada.—Pavor de los hijos de Mahoma. . . . .	13
Sitia y toma el Batallador á Bayona.—Regresa á España para	



enfrenar á los sarracenos, y toma á Mequinenza. . . . .	14
Desastrosa batalla de Fraga.—Muere en ella el gloriosísimo rey.—Elogio de este soberano. . . . .	15
Extraño y original testamento del rey.—Anulacion de aquel.— Eleccion de Ramiro II el Monje, hermano de Alfonso I. . . . .	16
Separacion de Aragon y Navarra. . . . .	17

## REINO DE ARAGON.

### ESTE SE SEPARA DEL DE NAVARRA.

#### Siglo XII.

Proclamacion del rey Monje en las Córtes de Monzon.—Cede la ciudad de Zaragoza al emperador de España. . . . .	17
Resolucion de jueces árbitros respecto de los reinos de Aragon y Navarra. . . . .	18
Córtes en Huesca.—Se acuerda el matrimonio de doña Petronila de Aragon con Ramon Berenguer IV de Cataluña. . . . .	19
Córtes en Huesca.—Retirase D. Ramiro á la vida monacal.— La campana de Huesca.—Razones para creer apócrifo este suceso. . . . .	20
Renuncia de los legatarios de D. Alfonso I el Batallador.— Cesion de varios castillos en favor de aquellos.—Aprobacion de la órden del Temple. . . . .	22
Invasion del rey de Navarra en los dominios de Aragon.— Tratado de paz entre los soberanos de ambos reinos. . . . .	22
Original cláusula estipulada en el precitado convenio. . . . .	23

## REINO DE NAVARRA.

#### Siglo XII.

El rey de Navarra pasa á la córte del emperador de España y se declara su vasallo. . . . .	23
Los magnates y ricos-homes hacen grandes donaciones al rey.—El prelado y cabildo de Pamplona le autorizan para hacer uso de todos los tesoros de la Iglesia, á fin de que pueda salir á campaña. . . . .	24
Aliase el navarro con el portugués. . . . .	24
García Ramirez de Navarra invade los dominios orientales del emperador, con poca fortuna. . . . .	24
El emperador á su vez se prepara á hacer una invasion en Navarra.—D. Alfonso Jordan de Tolosa negocia la paz.— Estipúlase el matrimonio del príncipe D. Sancho de Castilla con doña Blanca de Navarra. . . . .	25
El rey de Navarra va á la conquista de Almería con un brillante ejército, como auxiliar del emperador de España. . . . .	25
Invasion de los navarros en Aragon.—Nuevo tratado de paz.— Estipúlase el matrimonio de Ramon Berenguer con doña Blanca de Navarra, estando aquel desposado con doña Pe-	



tronila, así como doña Blanca era la prometida de D. Sancho de Castilla. . . . .	25
Muere García Ramirez, rey de Navarra. . . . .	25

CONDADO DE CATALUÑA.

Siglo XII.

Circunstancias de Ramon Berenguer el Grande—Sosiega los disturbios civiles y acosa á los hijos de Mahoma. . . . .	26
Muerte de la condesa Almodis.—Cásase el conde con doña Dulcia, heredera del condado de Provenza. . . . .	27
Hereda Berenguer el condado de Besalú.—El vizconde de Carcasona y su hijo se declaran sus feudatarios y vasallos. . . . .	27
Nueva cruzada de catalanes y pisanos.—Eligen jefe supremo á Berenguer el Grande. . . . .	27
Marchan los cruzados á las Baleares.—Toman á Ibiza.—Desembarcan en Mallorca.—La sitian.—Circunstancias del sitio.—Toman los cristianos á Mallorca y libertan á innumerables cautivos. . . . .	28
Ventajas morales de esta conquista, que abandona Berenguer.—Regresa á su reino.—Fomenta la marina, y se dirige á Génova y Pisa.—Manda una embajada al Sumo Pontífice Pascual II, en solicitud de las indulgencias y honores de Cruzada. . . . .	29
Accede el Pontífice.—Hereda Ramon Berenguer el condado de Cerdaña.—Arregla los asuntos civiles de sus dominios.—Restaura y puebla á Tarragona. . . . .	30
Preparado con la concesion de Pascual II, se dirige á la reconquista de la importante plaza de Tortosa.—El wali se declara feudatario del conde por Lérida y Tortosa y le cede diversos castillos. . . . .	30
Pierde una batalla contra los almoravides.—Pactos entre Ramon Berenguer y el conde de Tolosa. . . . .	31
Alíase Berenguer con el rey de Aragon. . . . .	31
Alianza de Berenguer con Roger de Sicilia.—Vence al conde de Ampurias. . . . .	31
Ramon Berenguer profesa en la orden de Templarios.—Elogio de este gran soberano.—Sube al trono su hijo Ramon Berenguer IV.—Excelente comienzo de su gobierno. . . . .	32
Establece definitivamente en Cataluña la orden del Temple.—Alíase el rey con el emperador. . . . .	33
Es elegido esposo de doña Petronila de Aragon, y rey de este reino con la denominacion de príncipe, durante la vida de D. Ramiro el Monje (véase Aragon). . . . .	33
Brillante papel desempeñado por Ramon IV en la reconquista de Almeria. . . . .	34
Impetra del Sumo Pontífice Eugenio III las gracias y honores de la Cruzada, para realizar la reconquista de Tortosa que habia intentado su padre.—Rinde la plaza y adopta el título de marqués de Tortosa. . . . .	34
Toma en el término de un año, además de Tortosa, á Lérida.	



- Fraga, Mequinenza y varios castillos. . . . . 35  
 Realiza, por fin, el estipulado matrimonio con doña Petronila,  
 reina de Aragón. . . . . 35

## ESPAÑA ÁRABE.

### Siglo XII.

- Muerte del emperador Yussuf.—Invaden los sarracenos los dominios castellanos.—Depredaciones y talas.—Sitian á Toledo.—Valor de Alvar Fañez, que hace huir despavoridos á los almoravides, abandonando tiendas, bagajes, etc. . . . . 37  
 Entran los mahometanos en Talavera, Guadalajara y Madrid.—Descúbrese la venerada imagen de Nuestra Señora de la Almudena.—Horrible peste en el ejército africano. . . . . 37  
 Mazdali sitia á Toledo.—Libra nuevamente á la ciudad el valerosísimo Alvar Fañez.—Desgraciada muerte de este caudillo en Segovia. . . . . 38  
 Muerte del rey moro de Zaragoza (véase Aragón).—Batalla de Fraga (id. id.) . . . . . 39  
 Decadencia del imperio mahometano.—Dirigense los moros á Lusitania.—Desastres que les ocasiona el emperador.—Sitio y toma de Coria por D. Alfonso VII (véase Castilla y Leon).—Hechos gloriosos de Nuño Alfonso.—Desgraciado fin de este héroe. . . . . 41  
 Guerra civil entre musulimes y almoravides. . . . . 43  
 Sitio de Játiva por los españoles.—Gran batalla ganada por el emperador, con muerte del emir Safad-Dola. . . . . 44  
 Muere Tacfin, emperador de Marruecos.—Le sucede su hijo Ibrahim Abu-Ishak.—Este es asesinado. . . . . 44  
 Ahmed-ben-Cosai, jefe de la revolucion del Algarbe, llama en su auxilio á Abdelmumen, caudillo de los almohades.—Desembarcan los africanos auxiliares en Algeciras.—Curiosas noticias del origen de los almohades. . . . . 44  
 Invasion de estos en España. . . . . 47

## REINO DE CASTILLA Y LEON.

### Segunda mitad del siglo XII.

- Cásase, por fin, D. Sancho de Castilla con doña Blanca de Navarra. . . . . 49  
 Toma de Jaen por el emperador.—Cásase este con una hija del rey Ladislao de Polonia y de doña Inés de Austria.—Ajustanse otros matrimonios. . . . . 49  
 Luis VII de Francia determina pasar á la corte del emperador de España.—Magnificencia de la corte castellana.—Asombro del rey de Francia y palabras con que le demostró. . . . . 49 y 50  
 Cid Abu-Ceid, hijo del emir de Africa, sitia á Almería.—Coalliganse todas las fuerzas mahometanas.—El emperador presenta la batalla, y derrota completamente á los sarracenos. . . . . 50



Muere el glorioso emperador.—General sentimiento.—Elogio de Alfonso VII.—Hecho notable de este. . . . . 51 y 52

## NUEVA Y ÚLTIMA SEPARACION DE LEON Y CASTILLA.

**Año 1157.**

Sube al trono D. Sancho III, el Deseado, hijo del emperador Alfonso VII. . . . . 52

Amenazan los mahometanos á Calatrava.—Publica el rey un edicto, cediendo la plaza á quien se encargue de defenderla.—San Raimundo, abad de Fitero, y Fr. Diego Velazquez, toman á su cuidado la defensa.—Siguelos gran número de voluntarios, y fúndase la brillante orden de Calatrava. . . . . 53

Establécese la orden, no menos valerosa, de Alcántara.—Origen de la misma. . . . . 54

Invasion de navarros, que son rechazados por el conde D. Poncio de Minerva. . . . . 54

Gran batalla ganada por los castellanos á los mahometanos en los dominios de Sevilla. . . . . 54

Fallece prematuramente D. Sancho III, el Deseado.—Á qué se atribuyó su muerte. . . . . 55

Sube al trono su hijo D. Alfonso VIII, el de las Navas, á la edad de tres años.—Es su tutor D. Fernando de Castro.—Cede este la tutela á D. Garcia de Aza. . . . . 55

Apodérase de la tutela el intrigante y ambicioso D. Manrique de Lara. . . . . 56

Pasa á Castilla Fernando II de Leon, hermano de Sancho III y tio de Alfonso VIII, llamado por los Castros, á fin de cortar los vuelos ambiciosos de los Laras. . . . . 56

El rey de Leon se avista en Soria con su tierno sobrino.—Sacan á este de poder de aquel con una estratagema, y llévanle á Avila. . . . . 57

Enojo del rey de Leon.—Apodérase de algunas plazas fuertes de Castilla.—Institucion de la ilustre y esforzada orden de Santiago. . . . . 57

Gran batalla entre los partidarios de los Castros, decididos por el rey de Leon, y los Laras, que seguian al de Castilla.—Asiste Alfonso VIII, á la edad de ocho años.—Muere en la accion el ambicioso D. Manrique de Lara.—Sucédele en la tutela su hermano D. Nuño. . . . . 58

Toledo, usurpada por el rey de Leon, cae en poder de D. Nuño de Lara.—Puesto de acuerdo con D. Estéban Illan, caballero toledano, entra D. Nuño de noche en la ciudad, llevando al rey consigo.—Suben á este á la torre de San Roman, é inesperadamente le proclaman.—La ciudad queda en poder del rey de Castilla. . . . . 59

Entrega del castillo de Zorita.—Reunion de las Cortes de Castilla. . . . . 59

Entrevista de los reyes de Castilla y Aragon en Sahagun.—Cásase Alfonso VIII en Tarazona con doña Leonor de In-

glaterra.	60
Nace la justamente célebre princesa doña Berenguela.—Declara guerra el rey castellano, aliado con el de Aragon, al monarca de Navarra.—Enemistanse los dos primeros.—Motivos de esta enemistad.	60
Vuelven á anudarse las rotas relaciones entre Castilla y Aragon, y vuelven tambien á comenzar la guerra contra Navarra.	61
El rey de Castilla pone sitio á Cuenca, ocupada por los mahometanos.—El rey de Aragon impide la llegada de socorro á los sarracenos.	61
Entrégase Cuenca á las armas castellanas.—Orden religioso y civil establecido en la ciudad.—Ríndense Alarcon y otros puntos importantes de aquella comarca.	62
Continúan las diferencias con el rey de Navarra.—Declaran árbitro para transigirlas á Enrique II de Inglaterra, suegro del de Castilla.—Tregua de siete años.—Los legados de Castilla y Navarra parten á Inglaterra.—Sentencia del monarca inglés.	62
Confórmanse los soberanos litigantes y firman su avenencia en la abadia de Fitero.—Comienza de nuevo la guerra, hasta que, sin extraña intervencion, se avienen definitivamente los monarcas contendientes.	63
Funda á Plasencia el rey de Castilla.—Idem el célebre monasterio de las Huelgas, en Búrgos.—Mejora á Santander.	63
Recupera Alfonso VIII el infantazgo de Leon.—Convoca Cortes en Carrion, y en ellas arma caballero á su primo Alfonso IX de Leon, é igualmente á Conrado de Suavia, hijo del emperador de Alemania, prometido esposo de doña Berenguela de Castilla, cuyo matrimonio no se realizó.	63
Injusta confederacion de varios monarcas cristianos contra el bizarro Alfonso VIII de Castilla.—Este no se cura de ella, y aterroriza con sus victoriosas armas á los moros de Jaen, Andújar y Ubeda, llegando hasta las playas de Algeciras.	64
Famoso y atrevido reto dirigido por Alfonso VIII á Yacub-ben-Yussuf, emperador de Marruecos.—Contestacion de este.—Proclama la <i>guerra santa</i> .—Invasion de innumerables sarracenos.	65
Invita Alfonso VIII á todos los monarcas de España, á fin de que se alien con él para contrarestar los efectos de la <i>guerra santa</i> .—Todos aceptan, y en la hora del peligro dejan solo al de Castilla.—Desastrosa batalla de Alarcos.	66
Disgusto entre los reyes de Castilla y Leon, por haber este llegado á Toledo después de la batalla.—Recorre y tala el marroquí las ciudades de Cuenca, Uclés, Alcalá, Maqueda, Santa Olalla, Talavera, Trujillo y Plasencia.	68
Decídese el matrimonio de Alfonso IX de Leon con doña Berenguela de Castilla.—Vuelve á comenzar la guerra contra Navarra.	69
Apóderase Alfonso VIII de todos los dominios de Álava y Guipúzcoa.—Celebrase el matrimonio de doña Blanca de Castilla, hermana de doña Berenguela, con el delfin de Francia, heredero de esta corona.	70



## REINO DE LEON.

Año 1157 á 1200.

- Alfonso VII, el Emperador, divide entre sus hijos sus dominios, y por su muerte sube al trono Fernando II, hermano de Sancho III, el Deseado, que heredó el cetro de Castilla. . . . . 71
- Créase en Leon la órden de Santiago (véase Castilla). . . . . 71
- Sublevacion de los salamanquinos sofocada por Fernando II. —Dirigese este en son de guerra contra Portugal.—Bate á los portugueses: el príncipe portugués se salva por la fuga. —Generosidad del rey de Leon.—Mal pago dado por el de Portugal. . . . . 73
- Sitia el portugués á Badajoz.—Acude Fernando II.—Penetra en Badajoz.—Derrota dentro de la ciudad á los portugueses.—El rey de estos huye tan precipitadamente que choca contra una puerta de la ciudad, cae del caballo y se fractura una pierna. . . . . 73
- El generoso Fernando II le hace cuidar con el mayor esmero y le da la libertad sin condicion alguna, fuera de la justísima devolucion de lo que le habia usurpado. . . . . 74
- Quieren apoderarse los moros de Ciudad-Rodrigo.—Fernando II los destroza.—Entre los prisioneros mahometanos se apresó á D. Fernando Ruiz de Castro, el antiguo gobernador de Toledo.—Renueva este la lucha civil entre Castros y Laras. . . . . 74
- Anúlase el matrimonio de Fernando II con doña Urraca de Portugal, á consecuencia de inmediato parentesco.—Enlázase con doña Teresa de Lara, que fallece pronto, y se casa tercera vez con doña Urraca Lopez, hija del señor de Vizcaya.—Carácter intrigante de esta señora. . . . . 75
- Con motivo del sitio de Santarén por los mahometanos, va á Portugal Fernando II en socorro del rey que tan mal procediera con él, y reta á combate personal al emperador Yussuf.—Este muere al ir á montar á caballo. . . . . 76
- Carácter del rey para deshacer las intrigas de su esposa, que queria quitar la corona á Alfonso, primogénito de Fernando y doña Urraca de Portugal, para colocarla en las sienes del suyo. . . . . 77
- Huye el príncipe Alfonso del lado de su madrastra.—Fallece el noble Fernando II.—Los prelados y magnates deshacen las cabalas de la reina y proclaman á Alfonso IX, el cual estaba en camino de Portugal. . . . . 77
- Regresa el nuevo rey, ciñe la corona, y se dirige á Castilla para ser armado caballero por su primo Alfonso VIII en las Córtes de Carrion. . . . . 77
- Confedérase Alfonso IX con otros soberanos cristianos contra el de Castilla.—Cásase con doña Teresa de Portugal.—Anúlase este matrimonio, por ser ambos esposos hijos de dos hermanos.—Resiste el rey á separarse de doña Teresa. Amenázale el legado del Sumo Pontífice con las censuras eclesiásticas.—Fulminase la excomunion, y los esposos se

separan. . . . .	79
Cásase Alfonso IX con doña Berengueta de Castilla. . . . .	80

### REINO DE NAVARRA.

#### Año 1151 á 1200.

Sube al trono de Navarra Sancho V Garcés, el Sábio.—Confederación contra este de otros monarcas. . . . .	80
Cásase doña Blanca de Navarra con D. Sancho de Castilla. . . . .	80
Invade el navarro la Rioja, que pertenecía á Castilla.—Le rechaza el conde de Minerva, y se retira derrotado.—Poco despues toma algunos puntos por sorpresa.—Continúa la lucha, y nombran arbitro al rey de Inglaterra. . . . .	81
Confederase Sancho V con otros soberanos contra el de Castilla.—Fallece poco despues, y sube al trono Sancho VI, el Fuerte. . . . .	82
El nuevo soberano acepta la invitacion de Alfonso VIII contra los marroquies, pero no se mueve. Despues de la rota de Alarcos invade á Castilla. . . . .	82
El Sumo Pontífice Celestino III le amenaza con la excomunion si no cesa en la injustificada guerra que hace á Castilla, y no se separa de la alianza con el emperador de Marruecos. . . . .	83
Pasa Sancho VI á Africa, para afirmar la alianza, lejos de obedecer al Pontífice.—Aprovechando esta ausencia, el rey de Castilla le quita por fuerza de armas á Guipúzcoa y Alava, y el de Aragon á Aybar y la antigua Ruconia. . . . .	83

### REINO DE ARAGON Y CONDADO DE CATALUÑA.

#### Segunda mitad del siglo XI.

Testamento hecho por doña Petronila, reina de Aragon, al aproximarse el momento de ser madre.—Nace el príncipe Ramon (despues Alfonso), hijo de doña Petronila y de Ramon Berenguer IV. . . . .	84
Hazañas de Berenguer IV.—Avistase en Lérida con Alfonso VII de Castilla, y estipulan el matrimonio de doña Sancha, hija del castellano, niña de dos años, con el príncipe Ramon, que aun no tenia cuatro, y ratifican el tratado de Tudela. . . . .	84
Sosiega Ramon IV la Provenza.—Importantes alianzas de este. . . . .	85
Dirigese á Italia, y enferma en el Burgo de San Dalmacio.—Testamento verbal del conde de Cataluña y rey de Aragon.—Muerte de este gran soberano, y su elogio. . . . .	86
Córtes en Huesca.—Aprueba en ellas doña Petronila, reina propietaria de Aragon, el testamento de su esposo, y dispone que su hijo adopte el nombre de Alfonso II.—En Barcelona ratifica su noble decision.—Jura el rey ante las Córtes de Zaragoza, y á su vez es jurado por aquellas. . . . .	87



- Adquiere Alfonso II el condado de Provenza.—Avistase en Sahagun con Alfonso VIII de Castilla. . . . . 87
- La vizcondesa de Bearne reconoce el vasallaje por aquel estado y por el de Gascuña, declarándose feudataria de Alfonso II.—Dirigese al Guadalaviar, somete á los mahometanos, y deja limpias de estos las montañas de Prades. . . . . 88
- Alfonso II puebla y fortifica á Teruel; le da en feudo á D. Berenguer de Entenza, y concede á la ciudad el fuero de Sepúlveda.—Llega á los muros de Valencia—Regresa á su reino, para oponerse á una invasion del navarro. . . . . 88
- Renuévase la enemistad entre Alfonso II y Alfonso VIII.—Renuncia la mano de doña Sancha de Castilla y pide la de Eudoxia, hija del emperador de Constantinopla—Viene aquella á España, y se encuentra casado al rey de Aragón con doña Sancha. . . . . 88 y 89
- Queda el rey de Aragón dueño de los dominios de Provenza.—Levanta Alfonso VIII el pleito-homenaje y liberta del feudo á su yerno Alfonso II, en agradecimiento del auxilio que este dió á aquel en la reconquista de Cuenca.—Alfonso II adquiere el condado del Rosellon y somete á Athon, vizconde de Nimes, y á Roger, de Carasona—El vizconde de Bearne reconoce el feudo y vasallaje de Alfonso de Aragón. . . . . 89
- Es invitado por su suegro el de Castilla para la guerra contra los africanos, y le deja aislado, como hicieron los demás monarcas.—Enferma Alfonso II y fallece en Perpiñan.—Distribucion de sus dominios. . . . . 90
- Excelentes dotes de este monarca.—Córtes en Daroca, para jurar al nuevo rey D. Pedro II, el cual, á pesar de su menor edad, toma posesion del cetro por mútuo acuerdo entre las Córtes y doña Sancha de Castilla, madre y tutora del nuevo soberano.—Este se prepara para pasar á Castilla en auxilio de Alfonso VIII, su abuelo, contra el rey de Leon y contra el emperador marroquí.—Apodérase de Aybar y de la antigua Ruconia, en tanto que el castellano toma á Guipúzcoa. . . . . 91

## REINO DE PORTUGAL.

## ORIGEN Y FUNDAMENTO DEL ESTADO DE PORTUGAL HASTA CONSTITUIRSE EN REINO INDEPENDIENTE.

- Etimología del nombre de Portugal.—Origen del condado independiente.—Circunstancias del primer conde. . . . . 93
- Reprobable conducta de Enrique de Tolosa, conde de Portugal.—Su muerte. . . . . 94
- Alfonso VII se avista en Zamora con su tia la condesa viuda de Portugal.—Relaciones de esta con D. Fernando Perez, conde de Trava.—Sublévanse los portugueses en favor de D. Alfonso Enriquez, hijo de D. Enrique de Tolosa.—Rómpanse las hostilidades entre la madre y el hijo.—Batalla de San Mamed.—Vence el ejército de D. Alfonso.—Es expul-

- sada del reino la condesa viuda.—Circunstancias del nuevo conde.—Invade á Galicia. . . . . 95
- Tratado entre el rey de Castilla y Leon y el conde de Portugal.—Mala fé de este último.—Da una batalla y derrota en ella á los almoravides, junto á Ourique.—Entusiasmado el ejército con el triunfo, proclama rey sobre el campo de batalla al conde Alfonso.—Este falta nuevamente á lo pactado con su tío el rey de Castilla, é invade á Galicia segunda vez.—Mala fé del conde y de los hidalgos portugueses. . . . . 96
- Es derrotado Alfonso Enriquez diversas veces en Galicia, y en una de ellas herido de un bote de lanza.—Penetra Alfonso VII de Castilla y Leon en Portugal.—Diversos combates personales, ó más bien, justas, sin que llegasen á las manos ambos ejércitos. . . . . 97
- Ajústase la paz entre Alfonso VII y Alfonso Enriquez.—A pesar del segundo tratado, el conde de Portugal comienza á usar el título de rey.—Sitia este á Santarén.—Invita á una armada francesa que navegaba con rumbo á Tierra Santa, y acepta aquella la invitacion de ir contra Santarén, la cual, por entonces, no fué tomada.—Nueva entrevista del rey de Castilla y Leon con el conde de Portugal, en Zamora. . . . . 98
- Demuestra Alfonso Enriquez por tercera vez su mala fé, y pide al Santo Padre reconozca y autorice su soberanía.—Muere el Pontífice sin dar contestacion, y Celestino II, su sucesor, tampoco contesta. . . . . 99
- Alfonso VII, emperador de España, escribe á su vez al Pontífice Eugenio III, el cual contesta satisfactoriamente á la cuestion religiosa, eludiendo el dar respuesta á la politica.—Continúa Alfonso Enriquez llamándose rey, y Alfonso VII firme en no reconocer semejante soberanía.—El Pontífice Alejandro III reconoce de una manera explicita y terminante el título de rey que usaba Alfonso Enriquez . . . . . 100

## ESPAÑA ÁRABE

### Segunda mitad del siglo XII.

- Guerra en África entre almohades y almoravides. . . . . 101
- Recopilacion de lo dicho al tratar de los diversos reinos de la España cristiana.—Sitio de Santarén.—Atrocidad de los almohades. . . . . 102
- Muerte de Yussuf Abu-Yacub, ya referida en otro lugar.—Razones para no ocuparse en lo sucesivo aisladamente de la España árabe. . . . . 103

## SIGLO XIII.

### REINO DE CASTILLA.

#### Año 1200 á 1250.

- Acuerda el rey de Castilla con el de Leon los pactos concernientes á la separacion de este último y la princesa de Cas-



- tilla doña Berengueta. . . . . 104
- Adquiere Alfonso VIII el señorío de Gascuña.—Conciértase y establece un tratado de paz con Sancho VI de Navarra.—Doña Urraca, hija del rey de Castilla, se casa con D. Alfonso de Portugal. . . . . 105
- Entra Alfonso VIII impetuosamente por tierras de Jaen, Baza y Andújar con los caballeros de Calatrava.—Repítese igual invasión, mandando el ejército castellano el príncipe D. Fernando, hijo del rey.—Proclama el aterrado emperador de Africa la guerra santa.—Atraviesa el Estrecho innumerable morisma. . . . . 106
- Sitan los africanos á Salvatierra, y su castillo cae en poder de la muchedumbre africana, despues de tres meses de sitio y de mucha sangre derramada.—Fallece el valeroso príncipe D. Fernando de una maligna fiebre.—Determina Alfonso VIII publicar una Cruzada.—Pasa á Roma el obispo de Segovia, á implorar de Inocencio III las gracias espirituales para aquella.—El arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jimenez de Rada, se dirige á Francia, para pedir á los príncipes católicos se adunen al monarca castellano. . . . . 107
- Llega á Roma el obispo de Segovia.—Solemnidades religiosas y entusiasmo de los romanos. . . . . 108
- Reune Alfonso VIII una asamblea general en Toledo.—Objeto de esta.—Acuerdos tomados en las sesiones.—Impudencia cruel de los auxiliares extranjeros. . . . . 109
- Llega á Toledo D. Pedro II de Aragón con los bizarros aragoneses.—Refuérzase el ejército cristiano.—Idem el mahometano.—Descripción de la vanguardia y cuerpos de ejército mandados en jefe por el rey de Castilla.—Atacan á Malagon.—Vencen y continúan hasta Calatrava, que toman por asalto. . . . . 110
- Disgusto de las legiones extranjeras, porque no permite el rey de Castilla que sean pasados á cuchillo los vencidos.—Quiéren llevar á cabo los de allende su impío propósito; pero los reyes de Castilla y Aragón lo evitan, escoltando personalmente á los vencidos.—Alfonso VIII entrega la ciudad de Calatrava á los caballeros de esta orden.—Abandonan el campo cristiano los extranjeros, quedando muy desmembrado el ejército con esta defección. . . . . 112
- Llega el ejército cruzado á Alarcos, de tan funestos recuerdos; mas los sarracenos, aterrados, huyen y dejan la ciudad á los vencedores de Malagon y Calatrava.—Júbilo del bizarro ejército por la llegada del valeroso Sancho VI con sus valientes navarros.—Animado el africano con la desercion de los extranjeros, avanza y sienta sus reales en Baeza, destacando fuerza que tome los pasos y desfiladeros de la Sierra Morena. . . . . 113
- Descripción del ejército africano.—Llega el ejército cruzado al puerto del Muradal.—Orden con que llegó el ejército. . . . . 114
- La vanguardia, mandada por D. Diego Lopez de Haro, deshace la caballería musulmana que sale á cerrar el paso.—Se apodera de Castro Ferral.—Llegan los tres cuerpos de ejército.—El caudillo está indeciso, porque para forzar el



- paso de la Losa hay que vencer á innumerable morisma, favorecida extremadamente por los accidentes del terreno. . . . . 115
- Reúnese el consejo.—Diversidad de pareceres.—Animo de los reyes de Castilla y Aragon.—Providencial aparicion de un pastor, que indica un camino desconocido para llegar sin ser vistos á la cumbre y á una llanura de diez millas de extension. . . . . 116
- La vanguardia abandona á Castro Ferral tan pronto como tiene noticia de que los cuerpos de ejército han llegado á los llanos de las Navas. . . . . 117
- Los moros creen que los cruzados huyen, aunque se retiran muy en orden.—El emperador africano, inopinadamente, se encuentra frente de sus reales al ejército de la Santa Cruz.—Flaqueza y orgullo del *rey verde*.—Provoca á los cristianos, quienes deciden no responder al reto, por respetar el dia sagrado, que era domingo 15 de Julio de 1212. . . . . 118
- Prepárase cristianamente el ejército para la batalla.—Honroso pleito entre los caudillos y jefes.—Encárgase de ordenar el ejército y preparar la batalla el bizarro catalan D. Dalmau de Crexel, del Ampurdan. . . . . 119
- Número extraordinario de guerreros mahometanos.—Idem reducido, respectivamente, de cristianos.—Comienza la famosa batalla de las Navas.—Brillantes hechos.—Grande valor de Alfonso VIII. . . . . 120
- Justa defeccion de los moros andaluces.—Atacan al cuerpo de 10,000 etiopes que guardaban la tienda real.—Extraordinario valor de Sancho VI de Navarra y de D Alvar Nuñez de Lara.—Rompen y destrozan á los feroces etiopes.—Cobardía del emperador marroquí. . . . . 121
- Huye el emperador.—Enormes pérdidas de los musulimes.—Escasa pérdida de los cristianos. . . . . 123
- Importantes y curiosos detalles. . . . . 124
- Toman los cruzados á Tolosa, Vilches, Ferral, Baños, Baeza. —Sitian á Ubeda.—Asaltan sin fruto.—Osado valor de un soldado aragonés llamado Juan de Mallen. . . . . 125
- Ríndese Ubeda.—Regresa á Aragon el valeroso D. Pedro II. —Regresa el ejército cruzado á Toledo.—Entrada triunfal.—Despídese Sancho VI de Navarra de Alfonso VIII de Castilla.—Generosidad de este.—Ajústase la paz con el rey de Leon. . . . . 126
- Crueldad del cobarde emperador africano.—Muere envenenado.—Alfonso de Castilla conquista á Dueñas.—Sitia y toma á Alcañiz.—Pasa á Santorcaz, á celebrar con su familia la Pascua de Pentecostés. . . . . 127
- Esterilidad y hambre en los dominios de Castilla.—Caridad del rey, del arzobispo y de otros prelados y magnates.—El valeroso D. Diego Lopez de Haro, como auxiliar de Alfonso IX de Leon, por mandado del VIII de Castilla, toma la plaza de Alcántara.—Enferma Alfonso VIII en Gutierre-Muñoz. . . . . 128
- Ultimo disgusto de su vida.—El 6 de Octubre fallece el glorioso vencedor de las Navas.—Su justo elogio.—Desmiente-se la pasion con que suponen falsamente que amó á una he-



- brea llamada Raquel. . . . . 129
- Sube al trono Enrique I, hijo del gran Alfonso VIII —Hijos de este.—Muere la reina doña Leonor. . . . . 130
- Encárgase de la tutela del rey su hermana, la célebre y virtuosa doña Berenguela.—La casa de Lara quiere apoderarse de la tutela.—Por evitar desastres, cede doña Berenguela.—Irrítase el pueblo, á causa de los desmanes del nuevo tutor, D. Alvaro de Lara —Córtes en Valladolid.—Varios nobles, acaudillados por el leal D. Lope Diaz de Haro, piden á doña Berenguela vuelva á encargarse de la regencia. . . . . 131
- Trata D. Alvaro irreverentemente á la princesa.—Esta se refugia en el fuerte de Antillo.—El rey comprende la perversidad de su tutor.—Este trata de casar al rey segun á su ambicion convenia.—Avisa doña Berenguela al Sumo Pontífice, el cual declara la nulidad del matrimonio.—Audacia del regente y desmanes del mismo.—Recorre los dominios de Castilla en compañía del rey. . . . . 132
- Pasa á ver al jóven soberano un mensajero de doña Berenguela.—Es descubierto y ahorcado.—Motin del pueblo y fuga del desatentado regente.—El rey halla medio de escribir á su hermana.—Cae la carta en manos de D. Alvaro.—Reune el ejército en Valladolid, y manda á la princesa y sus partidarios le entreguen los castillos que están en su poder.—Reune un ejército doña Berenguela, con los caudillos Diaz de Haro, los Meneses, Girones, Tellez y otros. . . . . 133
- Muere casual y desgraciadamente Enrique I, en Palencia.—El regente oculta la desgracia; pero llega á noticia de doña Berenguela.—Astucia de esta para sacar á su hijo D. Fernando de Leon, en donde residia con su padre Alfonso IX.—Madre é hijo son recibidos con entusiasmo en Palencia. . . . . 134
- Pasan á Valladolid.—En Dueñas les cierra las puertas el gobernador, y toman la poblacion por asalto.—Nueva audacia de D. Alvaro.—Córtes generales.—Doña Berenguela hace constar que, muerto su hermano Enrique I, la corresponde el trono de derecho; y reconocido así por las Córtes, abdica en su hijo Fernando III (despues San Fernando). . . . . 135
- Prepárase Alfonso IX, instigado por D. Alvaro, á hacer la guerra á su hijo Fernando III.—Rechazan al invasor los castellanos.—Hácese obedecer doña Berenguela del ambicioso Lara —El jóven rey de Castilla toma el castillo de Muñon y las ciudades de Lara y Lerma.—Intrigas del ex-regente. . . . . 136
- Heróico desprendimiento de doña Berenguela.—Cae prisionero D. Alvaro.—Generosidad de los reyes.—Desagradoamiento del ex-regente. . . . . 137
- Muerte de D. Alvaro y de su hermano D. Fernando.—Aliase D. Alfonso de Leon con su hijo el rey de Castilla.—Ajústase el enlace de este con la princesa Beatriz, hija de Felipe de Suavia.—Festejos en Burgos para celebrar los régios espensales. . . . . 138
- Disgusto con D. Rodrigo Diaz, señor de los Cameros —Nace el príncipe D. Alfonso (el Sábio).—Colócase la primera piedra de la catedral de Bürgos.—Aparece un nuevo Lara.—Conjura el peligro y corta la rebelion doña Berenguela.—

Convoca el rey las Cortes de Castilla: objetos de la convocación y reunion de aquellas. . . . .	139
Muerte miserable del emperador africano, hijo de Yussuf.—Escisiones en Africa.—Sale Fernando III á campaña contra los moros.—El emir de Baeza le rinde homenaje. . . . .	140
Destruccion de Quesada por Fernando III.—Toma á Baeza, Andújar, Loja, Alhama, Martos, Salvatierra, Priego, etc.—Recuerdos importantes de la toma de Baeza.—Pasa el rey á Jaen.—Tala la vega de Granada.—Mandan los moros á un caballero cristiano con un mensaje para el rey de Castilla. . . . .	141
Libra á mil trescientos cautivos, y hace sus tributarios á varios emires.—Fallece Alfonso IX, rey de Leon, padre de Fernando III.—Excluye aquel á este de la corona.—Pronta é ingeniosa manera con que doña Berenguela se reúne á su hijo y le hace empuñar el cetro de Leon. . . . .	142
Acogen el clero y magnates á Fernando, y es por todas partes aclamado rey de Leon.—Reúnense las brillantes coronas de Castilla y Leon, para no volver á separarse. . . . .	143

## UNION DEFINITIVA DE CASTILLA Y LEON.

### Año 1230 á 1250.

Avistase doña Berenguela, segunda esposa de Alfonso IX, con doña Teresa de Portugal, que lo fué antes.—Reúnense en Valencia de Alcántara, y acuerdan la manera de indemnizar á las dos infantas hijas del rey de Leon y de doña Teresa, á quien aquel habia legado el reino. . . . .	144
Fernando III visita en Benavente á sus hermanas, y ratifica el convenio acordado entre doña Berenguela y doña Teresa.—Recupera el rey á Quesada —Origen de la dignidad de adelantado de Cazorla.—Etimologia del título de <i>adelantado</i> .—Refuérzase el ejército del arzobispo de Toledo. . . . .	145
Llegan los cristianos hasta Jerez —Batalla del Guadalate.—Victoria completa, é indemnización de la desastrosa batalla dada en aquel mismo terreno más de cinco siglos hacia.—Origen del apellido <i>Machuca</i> . . . . .	146
Concede el rey fueros á Badajoz, Castrojeriz y Cáceres —Toma á Ubeda.—Apodérase de la Axarquía, ó arrabal de Córdoba.—Esfuerzo de Domingo Muñoz. . . . .	147
Crítica posiccion de los cristianos —Llegan refuerzos.—Sale el rey de Benavente.—Llega á Andalucía y establece su campo en el puente de Alcolea.—Curiosos pormenores, relativos á la causa de la morosidad del caudillo sarraceno Aben-Hud. . . . .	148
El emir de Valencia pide socorro á Aben-Hud. . . . .	149
Este es asesinado en Almería.—Los moros de Córdoba piden capitulacion.—Entra en la hermosa ciudad Fernando III. . . . .	150
Conviértese en templo sagrado la magnífica mezquita.—Decláranse tributarios de Fernando III los walis de Ecija, Estepa, Almodóvar, etc.—Gracias concedidas por Gregorio IX.—Matrimonio del rey con la hija del conde de Ponthieu. . . . .	151



- Hambre en Córdoba.—Piedad del monarca.—Atacan los moros la fortaleza de Martos.—Ardid de la esposa del gobernador. . . . . 152
- Llega D. Tello con cuarenta caballeros y rompe las líneas.—Muere D. Alvar Perez de Castro.—Fallece tambien el valeroso D. Diego Lopez de Haro, el ilustre caudillo de la vanguardia del ejército de las Navas.—El rey se dirige á Córdoba, para reemplazar por sí mismo á D. Alvar. . . . . 153
- Toma el rey á Osuna, Cazalla, Aguilar, Zafra, Porcuna, Moron, Moratilla, Marchena, etc.—Incorpórase la universidad de Palencia á la de Salamanca.—Enfermedad del monarca.—El príncipe D. Alfonso reemplaza á su padre.—El emir de Murcia se declara feudatario del rey de Castilla.—Entra el príncipe en Murcia, y le reconocen Alicante, Orihuela, Chinchilla, etc., á excepcion de los walfes de Cartagena, Lorca y Mula.—Toma el velo en las Huelgas la infanta doña Berenguela, hija del rey.—Da de comer á doce pobres, como hoy hacen en el dia de Jueves Santo los monarcas españoles.—Origen del célebre Consejo de Castilla. . . . . 154
- Conquistán á Alcaudete los caballeros de Calatrava.—Los moros granadinos vencen en diversos encuentros, y el rey va en persona á aquellos dominios.—Tala los campos de Jaen y de Arjona.—Toma esta poblacion y las fortalezas de Bejijar, Pegalajar y Carchena.—El conde D. Rodrigo, hermano del rey, tala la vega de Granada.—El monarca lleva á Córdoba á su esposa, y llega á Granada, á tiempo en que su hermano corria grande riesgo. . . . . 155
- El rey encierra á los moros en la plaza.—El hermano del rey se dirige á Martos, sitiada por los moros gazules; rompe las líneas y derrota á aquellos.—El príncipe D. Alfonso somete á los audaces walfes de Cartagena, Lorca y Mula.—La venerable doña Berenguela visita á su hijo el rey en Ciudad-Real.—Quiere que el monarca la releve del peso del gobierno, que de su cuenta corria, en tanto que Fernando III se dedicaba á la guerra. . . . . 156
- El rey la suplica continúe desempeñando su penosa tarea, y la ilustre señora cede á los ruegos de su hijo.—Pónese de acuerdo el soberano con D. Pelayo Correa, maestre de Santiago, para la reconquista de Jaen.—Sitio.—El emir de Granada, de quien era Jaen, se presenta á Fernando III, para entregarle la sitiada plaza, declarándose vasallo del rey de Castilla.—Entra el glorioso rey en Jaen.—Privilegios, franquicias, etc. . . . . 158
- Conciértase con el rey de Aragon y se ajusta el matrimonio del príncipe D. Alfonso con doña Violante, hija de Jaime I, el Conquistador.—Dote de la infanta aragonesa.—Fallece la anciana, ilustre y virtuosa doña Berenguela.—Elogio de esta sabia princesa. . . . . 159
- Fallece el arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada, el historiador.—Su elogio. . . . . 160
- Prepárase el sitio de Sevilla.—Toma el rey á Carmona.—Apoderase de Cantillana, Guillena y Gexena.—Enferma el rey.—Mejora, y se apodera de Alcalá del Rio.—Establécense las líneas del sitio.—Llega el almirante.—Etimologia de esta

palabra.—Construcción de naves ferradas. . . . .	161
El almirante ataca á una armada africana que de Tánger y Ceuta venia al socorro de Sevilla.—Dispersa las naves, incendia una, apresada y echa á pique otras.—Magnífico campamento de Tablada. . . . .	162
D. Pelayo Correa pasa á Atrayana.—Escaramuzas y choques parciales.—Valor de Vargas Machuca. . . . .	163
Tratan los moros de incendiar la armada de Castilla.—El almirante echa á fondo las naves enemigas.—Refuerzase el ejército, y llegan el príncipe D. Alfonso, el arzobispo de Compostela y el bizarro Lopez de Haro.—Trátase de cortar el puente de barcas. . . . .	164
Logra el objeto el almirante con las naves ferradas.—Fiesta militar, celebrada el día de la Santa Cruz.—Es atacada la ciudad simultáneamente por agua y por tierra.—Minan los cristianos el fuerte, y le contraminan los moros. . . . .	165
Sevilla manda parlamentarios á Fernando III.—Son rechazados.—Nuevas proposiciones, que tampoco fueron admitidas.—Vuelven tercera vez los mensajeros.—El rey remite á la decisión del príncipe el resultado del parlamento.—No accede D. Alfonso, y se entrega Sevilla sin condición alguna.—Piedad del rey. . . . .	166
Magnífica entrada triunfal en la bellísima reina del Guadalquivir. . . . .	167
Disposiciones del rey para el arreglo de la reconquistada ciudad.—Alhamar de Granada, tributario y auxiliar de Fernando III, regresa á su reino. . . . .	168

## REINO DE LEON.

### Año 1200 á 1230.

El Sumo Pontífice decide la separación de Alfonso IX y doña Berenguela, á causa de inmediato parentesco. . . . .	168
Queda legitimado el príncipe D. Fernando (Fernando III), en atención á la buena fé de ambos cónyuges.—Las Cortes de Leon le reconocen como príncipe heredero. . . . .	169
Circunstancias del rey de Leon.—Pasa á Portugal, en auxilio de las infantas de este reino.—Vence al ejército portugués en Valdevez.—Toma á Alcántara.—Hace la guerra en Extremadura. . . . .	170
Hace Alfonso IX la guerra á su hijo San Fernando.—Decide este no pelear con su padre.—Ajustan la paz ambos monarcas.—Dirigese Alfonso IX contra los mahometanos. . . . .	171
Toma el rey de Leon á Cáceres.—Gran batalla, en que este soberano vence y derrota á Aben-Hud, que acaudillaba un numerosísimo ejército.—Emprende la reconquista de Mérida, para cuya árdua empresa pide auxilio á su hijo Fernando III de Castilla.—Este manda un fuerte ejército para reforzar el de su padre.—Rendición de Mérida.—Fallece el rey de Leon. . . . .	172



Elogio de este monarca.—Reúnense, para no volver á separarse, las coronas de Castilla y Leon. . . . . 173

## REINO DE NAVARRA.

## Año 1200 á 1250.

Paz entre el rey de Navarra y el de Castilla. . . . . 173  
 Es amenazado Sancho VI de Navarra con la excomunion, por su amistad con los mahometanos y su injusta guerra con don Alfonso VIII de Castilla.—Valor del rey de Navarra en la famosa batalla de las Navas de Tolosa.—Contrae una enfermedad cancerosa. . . . . 174  
 Invaden los castellanos el reino de Navarra.—El rey llama al de Aragon.—Hacen un pacto de mútua sucesion, en caso de fallecimiento de uno de ambos monarcas. . . . . 175  
 Triste estado de Sancho VI.—Fallece el rey en el castillo de Tudela. . . . . 176  
 Á pesar del pacto firmado con el aragonés, sube al trono de Navarra Teobaldo, conde de Campagne, sobrino de Sancho VI.—Parte el nuevo rey á la Tierra Santa. . . . . 177

## REINO DE ARAGON Y CONDADO DE CATALUÑA.

## Año 1200 á 1250.

Carácter enérgico del jóven Pedro II.—Cómo inauguró su reinado.—Se dirige á Roma, para ser ungido y coronado por el Sumo Pontífice. . . . . 178  
 Anécdota curiosa.—Corona y unge á Pedro II el Pontífice Inocencio III.—Le arma caballero tambien.—Jura el rey espontáneamente obediencia y fidelidad á la Santa Sede.—Concesiones del Santo Padre. . . . . 179  
 Tributo de *monedaje*.—Origen del partido de la *Union*.—Se acuerda, pero no se verifica, el matrimonio de Pedro II con una hermana del rey de Navarra.—Ofrecen al rey la mano de la princesa María, heredera del reino de Jerusalem. . . . . 180  
 Cásase Pedro II con María, hija del conde de Montpellier.—El rey no hace vida con la reina.—Engaño piadoso y patriótico de los próceres. . . . . 181  
 Comienza á conocerse la herejía de los albigenses.—Publica el Pontífice una nueva Cruzada, bajo las órdenes de Simon de Monfort. . . . . 182  
 Córtes en Lérida.—Edicto contra los herejes.—Pasa el rey á Narbona.—Toma el ejército cruzado á Carasona.—Ajústase el matrimonio de una hija de Simon de Monfort con el príncipe D. Jaime de Aragon, de edad de dos años. . . . . 183  
 Pedro II se une á Alfonso VIII, y muestra su extraordinario valor en las Navas de Tolosa.—Progresos de los herejes.—Intercede el rey por los caudillos de la herejía.—Le amenaza el Sumo Pontífice.—No desiste el soberano. . . . . 184

Marcha á Tolosa con un fuerte ejército.—Gran batalla de Murret, entre los cruzados y los herejes, auxiliados por Pedro II. —Muere en la accion este bizarro y desgraciado soberano.	185
Pretendientes á la corona.—Algunos prelados y próceres proclaman á Jaime I.	186
Córtes en Lérida —Juran al rey.—Nómbranse caballeros para desempeñar los principales cargos.—Sorda agitacion.	187
Recluyen al rey al castillo de Monzon.—Curiosa noticia de la razon por que el rey llevaba el nombre de Jaime.—Deslealtad del tio del rey.—Miseria de este.—Fuga de su primo Ramon Berenguer, que estaba con él recludo en el castillo de Monzon.	188
Sale tambien del castillo D. Jaime, apoyado por el maestre de los templarios.—El infante D. Sancho sale á detener la fuga del rey.—Valor del rey niño, que llega á Huesca y pasa á Zaragoza.—Concédenle el subsidio del <i>bovage</i> .—Córtes en Tarragona.	189
Reconciliase el infante D. Sancho con el rey.—Agrégase á la corona el condado de Montpellier —Ajustase el matrimonio del rey (tenia trece años) con la infanta doña Leonor de Castilla, hija de Alfonso VIII —Celébranse los desposorios en Agreda.—En Tarazona ármase el rey á sí propio caballero.	190
Córtes en Huesca.—Siguen las turbulencias.—A pesar del valor del rey se apoderan de él los desleales y le llevan á Zaragoza.—Retiéndenle en verdadera prision.	191
El infante D. Fernando, hermano de D. Sancho, tio del rey, es el alma de la conspiracion.—Apercibese D. Jaime de su simulada prision.—Engañan los próceres al pueblo.—Huye el rey disfrazado.—Propónese conquistar á Peñíscola, y solo tres nobles acuden á su llamamiento.	192
El rey moro de Valencia transige con D. Jaime, á condicion de que se aleje de Peñíscola.—Escandaloso hecho de D. Pedro de Ahones, y valor del rey.	193
Llega el rey á Huesca; es aclamado por el pueblo, el cual, por la tarde, le impide salir de la poblacion.—Sale el rey á pesar de esto.	194
El valor, talento y energía de D. Jaime logran que se agrupen en derredor del trono los magnates.—Determina el rey en un banquete la conquista de Mallorca.	195
Embajada al emir.—Desprecio que este hace.—Energica contestacion del embajador de D. Jaime.—Córtes generales en Barcelona.—Entusiasmo general.—Donativos de los prelados y magnates.	196
Generosidad de la ciudad de Barcelona y del rey.—Diversas disposiciones relativas á la conquista de Mallorca —Pide socorro al rey el emir destronado de Valencia.	197
El legado del Sumo Pontífice interviene, á instancia de los aragoneses, para que Jaime I vaya á Valencia y no á Mallorca.—Firmeza del rey.—Notables palabras del cardenal de Santa Sabina.—Sale la poderosa armada del puerto de Salou.	198
Terrible temporal.—Firmeza y piadosa confianza del rey.—	



- Ancla la armada en el islote de Pataleu.—Aparece un moro que da interesantes noticias.—Desembarco de los cristianos. 199
- Primer choque con los hijos de Mahoma.—Valor del rey y del ejército cristiano.—Derrota de los sarracenos y pavor de estos. 200
- Estréchase el sitio de Mallorca.—El enemigo intenta cortar las aguas.—Es derrotado.—Martirio de cristianos, en venganza de la derrota.—Heroicidad de los mártires.—Proposición del emir de Mallorca, rechazada por el rey.—Nuevas proposiciones. 201
- Detalles subsiguientes.—Penetran los cristianos por asalto en la plaza.—Apodérase el rey de la persona del emir.—Queda Mallorca en poder de D. Jaime I, y adquiere el renombre de CONQUISTADOR. 202
- Se disuelve el matrimonio del rey con doña Leonor de Castilla.—Es reconocido y jurado heredero el príncipe D. Alfonso, hijo de ambos.—Cumplimiento de lo acordado en las Cortes de Barcelona antes de la conquista.—Disposiciones para el arreglo religioso y civil de Mallorca.—Pasa el rey a Navarra, llamado por Sancho VI.—Vuelve el monarca a Mallorca y toma a Menorca.—D. Guillermo de Montgri propone la conquista de Ibiza. 203
- Es tomada Ibiza.—Guerra contra los moros de Valencia.—Toma a Morella, Arés, etc., y sitia a Burriana.—El valeroso rey recibe cuatro heridas de saeta. 204
- Quieren levantar el sitio.—Firmeza del rey.—Queda Burriana en poder de D. Jaime.—Entrégase Peñíscola al famoso Conquistador.—Los caballeros de San Juan toman a Cervera.—Idem á Chivet los templarios.—El rey se apodera de Cuevas, Burriol, Alcalasen, etc.—Toma á Moncada y los Museos.—Vuelve á Aragon y contrae matrimonio con Yolanda de Hungría, hija del rey Andrés II. 205
- De nuevo se dirige á Valencia y llega al Puig de Cebolla.—Cortes en Monzon.—40,000 peones y 8,000 ginetes moros sitian el castillo del Puig.—Son puestos en vergonzosa fuga.—Regresa el rey.—Deshace un proyecto perjudicial. 206
- El emir de Valencia hace proposiciones secretas á D. Jaime.—Son desechadas.—Ríndense Paterna, Almenara, Castro, Uxó, Bulla, etc.—Sienta D. Jaime sus reales entre el Grao y Valencia.—Refuérzase el ejército.—Continuacion del sitio. 207
- Una saeta atraviesa el capacete y la frente del rey, penetrando hasta la mitad.—Airado el rey, quiere arrancarla y la quiebra, dejando la mitad dentro de la cabeza.—Hácenle retirar: valor de este gran soberano.—Mejora á los pocos dias y vuelve al sitio.—Derrota de una armada de Túnez que venia á socorrer á los moros valencianos.—Dirigense algunos cristianos á la puerta de Boatella.—Acude el rey, aunque disgustado por la temeridad de aquellos, en su socorro con sus ballesteros.—Sácales del conflicto, y hace prender fuego al castillo que defendia la puerta.—El emir valenciano hace proposiciones de capitulacion á D. Jaime. 208
- Desecha el rey las proposiciones.—Preséntanselas nuevas, y despues de algunas otras, evacuan los moros la plaza.—

- Queda Valencia por el glorioso Conquistador.—Entrada en la sometida ciudad.—Purificanse y se consagran las mezquitas.—Mercedes que otorga el rey.—*Caballeros de conquista*.—Sedición en Montpellier.—Apágala D. Jaime. . . . . 209
- Hace proposiciones el ex-rey moro de Valencia para obtener á Menorca, como vasallo de Aragón.—El rey no las admite.—Este sitia á Játiva.—Cautivos cristianos, por sorpresa.—Levántase el sitio, pero vuelve á D. Jaime el fuerte de Castellon.—Establecimiento del tribunal de la Inquisición en los dominios catalanes . . . . . 210
- Reparte D. Jaime sus dominios entre los hijos de su primera y segunda esposa.—Reunense las Córtes en Daróca. . . . . 211
- Córtes en Barcelona.—Disgústase el príncipe D. Alfonso, hijo de D. Jaime y de doña Leonor de Castilla.—Unense á él el infante D. Fernando su tío, y varios magnates.—Division de los partidos, aunque sin apelar á las armas.—Segundo sitio de Játiva, también sin resultado.—Cuestion de límites entre Aragón y Castilla.—Avistanse los soberanos de ambos reinos. . . . . 212
- Estipúlase el matrimonio del príncipe D. Alfonso de Castilla (después Alfonso X, el Sabio) con la infanta doña Violante de Aragón, hija de D. Jaime.—Córtes en Huesca.—Concesion y reforma de los antiguos fueros.—Ratifica el rey la division de sus dominios.—Detalles de esta division. . . . . 213
- Á consecuencia de esta, amenaza de nuevo la guerra civil.—Unense D. Alfonso de Aragón y el infante D. Pedro de Portugal.—Pasan ambos á Castilla.—Tercer sitio de Játiva.—Amenaza estallar la guerra entre Aragón y Castilla.—Avisantase el rey D. Jaime y el príncipe D. Alfonso de Castilla.—Arréglanse las diferencias, por la eficaz mediacion de doña Violante, hija del de Aragón y esposa del de Castilla.—Circunstancias que precedieron á la avenencia. . . . . 214
- Ratificase la decisión y acuerdo relativos á la cuestion de límites.—Circunstancias de la entrega de Játiva.—Auméntase el recelo de que estalle la guerra civil.—Convoca el rey las Córtes, que se reunen en Alcañiz. . . . . 215

## REINO DE PORTUGAL.

- Continúa como rey de Portugal Alfonso I.—Dirigese el ejército portugués, al mando de D. Sancho, hijo de Alfonso, contra Ciudad-Rodrigo.—Aquel es derrotado por Fernando II, rey de Leon.—Generosidad de este soberano.—El desagradecido portugués pasa personalmente á hacer la guerra en las fronteras de Galicia.—Toma por sorpresa á Tuy.—Toma á Limia y Toroño y regresa á Portugal.—Hace guerra á los mahometanos.—Vuelve de nuevo las armas contra España y se dirige á Badajoz (dominios del rey de Leon), en la cual estaban los mahometanos.—Acude el valeroso Fernando II, y arrebata la conquista á musulimes y portugueses.—Huye Alfonso de Portugal, y en su fuga se fractura una pierna.—



- Nueva y mayor generosidad de Fernando II con Alfonso.—  
Valor de este último. . . . . 216
- Invade el emperador de Marruecos personalmente los dominios portugueses.—Sitia á Santarén.—El infante D. Sancho de Portugal, hijo de Alfonso I, y el arzobispo de Compostela, con un buen ejército, hacen levantar el sitio.—Pide Alfonso auxilio al rey de Leon, á quien tanto ofendió, á pesar de lo cual, el generoso leonés se apresura á socorrerle.—Muere Alfonso I de Portugal.—Sube al trono su hijo don Sancho.—Propone Sancho I una alianza á los soberanos de Leon, Aragon y Navarra, contra el de Castilla. . . . . 217
- Estipúlase el matrimonio del rey de Leon con la hermosa doña Teresa, infanta de Portugal.—Alianza entre Portugal, Aragon y Leon, contra el bizarro Alfonso VIII de Castilla.—Muere Sancho I de Portugal.—Sube al trono su hijo Alfonso II.—Distinguese por la persecucion que suscita á sus hermanas.—Abandóna al rey de Castilla en la famosa Cruzada que dió por resultado la importante y gloriosa batalla de las Navas. . . . . 218
- El generoso castellano, aunque justamente ofendido, interviene en favor del portugués, al ajustarse un tratado de paz entre este último y el rey de Leon. . . . . 219

## REINO DE CASTILLA Y LEON.

### Segunda mitad del siglo XIII.

- Apodérase Fernando III, el Santo, de Cádiz, Puerto de Santa María, Sanlúcar, Jerez, Rota, Arcos, Lebrija y Medina.—Proyecta llevar al Africa sus victoriosas armas.—Enferma gravemente Fernando III.—Grande ánimo del santo rey para prepararse al trance supremo.—Notables circunstancias de su cristiana muerte. . . . . 220
- Consejos que da á su hijo.—Despedida hecha á sus demás hijos y esposa.—Muerte del rey.—Elogio de este grande y santo monarca. . . . . 221
- Sube al trono Alfonso X, el Sábio, hijo de San Fernando.—Notable incidente ocurrido en los funerales del difunto soberano.—Alianza establecida entre el nuevo rey de Castilla y el moro de Granada. . . . . 222
- Perjudiciales medidas dispuestas y llevadas á cabo por Alfonso X.—Consecuencias de aquellas.—Sublevacion de algunas plazas recién arrancadas á los moros.—Acude el rey.—Contra Arcos manda á su hermano D. Enrique, el cual somete á los sublevados.—Determina el rey pasar á Africa, para realizar el proyecto de su glorioso padre.—Construyese una magnífica Atarazana en Sevilla.—Impetra el rey para la Cruzada el favor del Sumo Pontífice Inocencio IV. . . . . 223
- Suspéndense los preparativos.—Reclama Alfonso X las plazas

del Algarbe.—Entrégales el de Portugal, por temor al poder de Alfonso, y ajústase el matrimonio del portugués con una hija del castellano.—Disgústase el pueblo de Portugal.—Interviene el Sumo Pontífice, y anúlase con razon el matrimonio.—No obedecen los desposados, y fulminase contra ellos la excomunion.—Prepara Castilla guerra contra Navarra.—La impiden los prelados y magnates.—Tregua entre Castilla y Aragon. . . . .	224
Apodérase el rey de Castilla de casi toda la Gascuña, que pertenecia entonces á Inglaterra.—Desea la paz el inglés.—Ajústase el matrimonio del príncipe heredero de dicho reino con la hermana del de Castilla, dándola en dote la Gascuña.—Nueva debilidad del castellano.—Comienzan á sublevarse los magnates.—Da la señal de sedicion el señor de Vizcaya. . . . .	225
Confedérase el infante D. Enrique con Aragon, contra Castilla.—Pide el rey las gracias de la Cruzada para los cristianos que pasen al Africa.—Nace el infante D. Fernando de la Cerda.—Ajústase la paz entre Alfonso X y Jaime I, en Soria.—Eligen emperador de Alemania al rey de Castilla. . . . .	226
Prepárase Alfonso á hacer guerra á los mahometanos. . . . .	227
Comienza á conocerse entre los almohades la artilleria.—Atacan los castellanos la plaza de Niebla.—Entrégase la plaza.—Avístase el walí con el rey de Castilla.—Expulsados los moros de Valencia, refúgianse en los dominios de Alfonso X.—Renuévase el pacto de Soria.—Sublévanse los moros de Andalucía y de Murcia. . . . .	228
Perfidia de Alhamar, rey moro de Granada.—Infame conducta del mismo. . . . .	229
Contesta ambiguamente al castellano.—Dirigese este á Alcalá la Real.—Presenta el rey al moro la batalla, y este último es derrotado.—Auxilian á Alfonso algunos walies disidentes.—Toma el rey de Castilla á Jerez, Sanlúcar, Rota, Medina-Sidonia, Lebrija y Arcos y la bellissima Cádiz.—Muere la reina de Portugal.—El Sumo Pontífice accede á la realizacion del matrimonio de Beatriz de Castilla con el portugués, y levanta la excomunion. . . . .	230
Noble y leal conducta de Jaime I con Alfonso X.—Avistanse en Toledo.—Solemnes desposorios del príncipe de la Cerda con Blanca, hija de San Luis, rey de Francia. . . . .	231
Generosidad de Alfonso X con la emperatriz de Constantinopla.—Rebélese D. Nuño Gonzalez de Lara.—Viene á España D. Dionís de Portugal. . . . .	232
Objeto de su viaje.—Concesion que le hizo Alfonso X.—Continúan las rebeliones.—Excesiva bondad é indecision del rey.—Conciértanse los rebeldes con el rey moro de Granada. . . . .	233
Nueva debilidad del monarca castellano.—Unense decididamente con el moro los rebeldes. . . . .	234
Manda Alfonso á Roma una embajada, relativa á la corona de Alemania, que aun pretendia.—Primer <i>cónclave</i> de cardenales.—Deséchase la peticion por los electores del imperio, excepto por el rey de Bohemia, y es elegido emperador Rodulfo de Hapsburg.—Guerrean los rebeldes, en union con el granadino. . . . .	235



Presagio fatal para los moros.—Enferma repentinamente Al-hamar.—Muere, y es proclamado su hijo Mohammed II.—	237
Tratado de paz entre el rey de Castilla y el moro de Granada.—Preséntase este en Sevilla, acompañado de los rebeldes castellanos.	236
Petición de la reina de Castilla al moro.—Este la concede, aunque despues le pesa.—Regresa á su reino.—Prepárase Alfonso para marchar á Italia, firme en su propósito de obtener la corona del imperio aleman.—Perfidia de Mohammed II.—El emperador de Africa, Jacobo Abu-Yussuf, atraviesa el Estrecho y desembarca en Tarifa.	237
Dirígense los mahometanos, divididos en tres cuerpos, contra Sevilla, Jaen y Córdoba.—El gobernador del reino (por Alfonso X, que se hallaba en Italia), D. Fernando de la Cerda, se prepara á la guerra.—El rebelde Lara, ya reconciliado con el rey, empeña una batalla sin fuerzas suficientes, y es vencido y muerto.—Muere en Villa-Real (Ciudad-Real) el malogrado y valeroso infante de la Cerda.	238
El infante D. Sancho, hermano de D. Fernando, se dirige á Villa-Real, y ganando á los magnates, se declara sucesor de su padre, en perjuicio de sus sobrinos los hijos del de la Cerda.—Demuestra D. Sancho su actividad y arrojo contra los moros.—Muere en batalla, en la Torre del Campo, don Sancho, infante de Aragon y arzobispo de Toledo.	239
El valeroso D. Lope de Haro pica la retaguardia á los vencedores, y los destroza —Distinguese por la vez primera el héroe D. Alonso Perez de Guzman.—Regresa el rey de Castilla de Italia á España.—Dolor de este monarca.—No se enoja con su hijo D. Sancho, á pesar de su cariño á sus nietos.—Airado D. Jaime I al saber la muerte de su hijo don Sancho, el arzobispo, manda fuertes socorros á Castilla.—Tregua entre Alfonso X y el africano.—Comienza la cuestion de sucesion á la corona.	239
Reúnese el Consejo.—D. Alfonso decide en favor de su hijo D. Sancho, á pesar de lo dispuesto en el código de las <i>Siete Partidas</i> .—Huye la reina con sus nietos, los hijos del de la Cerda, á Aragon.—Sospechas del rey de Castilla.—Crueldad de este.	241
Blanca, hija de San Luis y esposa del de la Cerda, se queja á su hermano el rey de Francia, Felipe el Atrevido, del desheredamiento de sus hijos.—Interpónese el Sumo Pontifice Juan XI, á fin de evitar la guerra entre Castilla y Francia.—Muere el Papa —Amenaza de nuevo guerra, pero la impide Nicolás III, sucesor de Juan XI.—Espira la tregua pactada con el africano.—Dirigese Alfonso X contra Algeciras —Preparativos.—Sitio.—Hambre y peste.	242
Fatalidad debida al infante D. Sancho.—Es vencido por culpa de este su padre el rey de Castilla.— <i>Hazaña</i> de los marroquies.	243
Reclamacion de Francia en favor de los infantes de la Cerda.—Prepárase una entrevista de los reyes Felipe y Alfonso en Bayona.—D. Sancho impide la realizacion de un convenio que iba á estipularse.—Nuevo desastre de los castellanos.	244

- Valor del príncipe D. Sancho.—Enlaces reales verificados en Búrgos.—Prepárase una expedición contra Granada.—Reúñese el ejército.—Sostiénese el bizarro D. Sancho contra 50,000 mahometanos, y salva al ejército cristiano.—Negociase la paz entre Alfonso X y Mohamed II.—Reúñense las Cortés en Sevilla. . . . . 245
- Disgústase D. Sancho con su padre, por una decision tomada por este en las Cortés.—Palabras irreverentes y airadas de D. Sancho. . . . . 246
- Concede el rey al príncipe el permiso para pasar á Córdoba.—Siguen á su hermano los infantes D. Juan, D. Pedro y D. Manuel.—Alíase el príncipe con Pedro III de Aragon, su tío, y con D. Dionis de Portugal, su cuñado.—Convoca Cortes D. Sancho.—Acuden á la convocatoria casi todos los magnates y doña Violante, madre del rebelde príncipe.—Abandonó del débil é infelice rey. . . . . 247
- Propone este á su hijo una entrevista en Toledo ó Villa-Real.—No acepta el rebelde.—Detiene á los mensajeros de su padre, y pronuncia sentencia contra aquel, aunque sin denominarse rey, y sí solo *regente del reino*. . . . . 248
- El rey celebra Cortés en Sevilla, con asistencia del corto número de leales que permanecian á su lado.—Maldice á su hijo por *impio*, *parricida*, *rebelde* y *contumaz*.—Fulmina la Santa Sede la excomunion contra D. Sancho.—No se detiene este, y sentencia á muerte á los mensajeros del Sumo Pontífice, que afortunadamente no estaban en su poder.—Acude el abandonado Alfonso al africano. . . . . 249
- Este le facilita recursos y le ofrece pasar á España en su auxilio.—Van contra Córdoba las escasas huestes del rey.—Los secuaces de D. Sancho las niegan la entrada.—Desúñese el rey con el africano, por efecto de su voluble carácter.—Yussuf hace la guerra al rey moro de Granada.—Auxilia Alfonso. . . . . 250
- Los auxiliares se separan del africano y se dirigen á Córdoba.—Salen á encontrarlos los rebeldes.—Destrozo y mortandad de estos.—Muerte de Fernando Martinez, caudillo rebelde.—Enojo de D. Sancho, que estaba ausente, al saber que los suyos se han batido contra el pendon de su padre. . . . . 251
- La derrota de los rebeldes quita bastante prestigio á D. Sancho.—Reconciliase el infante D. Juan con su padre.—Este le manda ir contra Mérida, y el infante la rinde al momento, quitándola á D. Sancho.—Piden perdon y regresan al lado de su padre los demás infantes rebeldes, excepto D. Sancho.—Regresa á su lado doña Beatriz, reina de Portugal, su hija.—A ejemplo de los infantes, muchos ricos-hombres imploran el perdon del rey.—Trata D. Sancho de imitar el mismo ejemplo.—Lo impiden algunos ambiciosos. . . . . 252
- Intenta, sin embargo, avistarse con su padre.—Encarga Alfonso X de los preliminares de la entrevista á la infanta doña Beatriz, y D. Sancho á su esposa doña María de Molina.—Enferma D. Sancho en Salamanca, y se le cree muerto.—D. Gomez Garcia pasa á Sevilla y anuncia al rey la muerte de su hijo.—Acerba pena del monarca, por no haber



- alzado antes la terrible maldición.—Agrávanse las dolencias del rey. . . . . 253
- Fallece Alfonso X, el Sábio.—Testamentos de este monarca. . . . . 253
- Juicio del mismo.—Sus obras literarias, históricas y legislativas. . . . . 254
- Sube al trono D. Sancho IV, el Bravo.—Reclama el infante D. Juan los reinos de Sevilla y de Badajoz.—Destruye don Sancho las esperanzas de su hermano. . . . . 256
- Propone la paz el africano al nuevo rey de Castilla.—Dura y acre respuesta de este.—Viene á España por órden del rey el almirante genovés Micer Benito Zaccharia.—Celebranse Cortes en Sevilla.—Disposiciones tomadas por D. Sancho. . . . . 257
- Guerra contra los invasores africanos en Andalucía.—Pide auxilio á D. Sancho su tío Pedro III de Aragon, contra Felipe el Atrevido.—Se escusa el castellano, porque teme que Francia proteja á los de la Cerda.—Dirigense los africanos y zenetas contra Sevilla.—Ingenioso ardid de D. Sancho para salvar, como salvó, á Sevilla. . . . . 258
- Dáse á la vela una escuadra de D. Sancho, compuesta de cien velas, contra Yussuf, quien, intimidado, se repliega á Algeciras.—Quedan resentidos con el valeroso rey el infante don Juan y su suegro D. Lope Diaz de Haro.—Nueva desavenencia entre el rey y los dos antedichos.—Alianza con el africano.—Nace en Sevilla el príncipe D. Fernando, hijo del rey y de doña María de Molina. . . . . 259
- Encomienda D. Sancho la educacion del príncipe á D. Ferrando Ponce de Leon. . . . . 260
- Muere Yussuf, emperador africano.—Fallece el Atrevido, y sube al trono de Francia Felipe IV, el Hermoso.—Envíale D. Sancho una embajada.—El francés, para acceder á las peticiones de D. Sancho, exige que este se case con una de las hermanas de Felipe, Blanca ó Margarita, separándose de la de Molina. . . . . 261
- El abad de Valladolid, uno de los embajadores, se encarga de negociar este asunto.—Proyectada entrevista de los soberanos castellano y francés en Bayona.—Acuden los enviados del primero; mas abandonan la ciudad, al saber que se trataba de que se separase el rey de la reina, á quien amaba mucho.—Manda D. Sancho residenciar al abad.—Desavenencia de los magnates castellanos.—Está á la cabeza de los rebeldes el señor de Vizcaya, aunque disfruta de todo el favor del monarca. . . . . 262
- Ambicion de D. Lope.—Concesiones del rey.—Es nombrado adelantado de la frontera D. Diego, hermano de D. Lope.—Pide el favorito la expulsion de palacio del aya de la infanta doña Isabel.—Accede el rey y disgustase la reina. . . . . 263
- Retírase D. Juan á Valencia (en Leon), llamada desde entonces *Valencia de D. Juan*.—Dirigese D. Sancho á Astorga.—Salen á su encuentro los rebeldes.—El rey les dice que hará justicia en Astorga.—Escándalo ocasionado en el templo por los sediciosos.—Sosiégalos el prelado. . . . . 264
- Satisface el rey á los sublevados en lo que era de justicia.—Comienza el rey á comprender cuánta era la ambicion y mal-

- dad de su favorito.—Prepara con cautela su caída, porque á la sazón era más poderoso que el monarca.—Convoca Córtes en Toro.—Asisten D. Lope y el infante D. Juan.—Nueva desavenencia de estos con el rey.—Talan los territorios de Leon y Salamanca. . . . . 265
- Osadía de D. Lope.—Córtes en Alfaro.—Prudencia y cautela del rey.—Asesinan á D. Lope. . . . . 266
- Prenden al infante D. Juan, que no muere por la oportuna intervención de la reina.—Recupera D. Sancho cuanto le habian usurpado los rebeldes.—Se aumenta la rebelion.—Se pone á su frente D. Diego, hijo de D. Lope.—Proclaman á D. Alfonso de la Cerda.—Proyéctase una entrevista entre Felipe el Hermoso y Sancho el Bravo.—El marroquí pide la paz. . . . . 267
- Dirigese el rey á Búrgos.—Pasa á Portugal.—Su cuñado don Dionis le facilita tropas.—Proclaman en Jaca á *Alfonso undécimo* (el de la Cerda) los rebeldes.—Muere de enfermedad D. Diego de Haro, hijo de D. Lope.—Entrega el rey el mando del ejército á D. Alfonso de Molina, su cuñado, y él toma la vuelta de Bayona.—Llega á San Sebastian, y regresa á su reino, sin querer pasar adelante.—Sale contra los facciosos D. Rui Paez de Sotomayor.—Muere en la pelea.—Proclaman en Badajoz á Alfonso de la Cerda.—Crueldad de don Sancho.—Dirigese este á Toledo y renueva sus crueles castigos, porque en la ciudad se habian cometido muy vituperables desmanes y grandes delitos.—Hace lo mismo en Avila y Talavera.—Favor de D. Juan Nuñez de Lara. . . . . 268
- Intrigas de los nobles contra el de Lara.—Hacen lo mismo con Lara, contra el rey.—Procura evitar la desavenencia entre ambos la previsora reina.—Carácter del rey. . . . . 269
- Fúgase el de Lara á Aragon.—Entra en Castilla en son de guerra.—Propone condiciones *de paz* al rey el favorito.—Accede el soberano.—Realízase en Bayona la entrevista de Sancho el Bravo y Felipe el Hermoso. . . . . 271
- Manda el rey poner en libertad al infante D. Juan, sin que se conozca la causa de tan extraña y perjudicial determinacion.—Toma el monarca la vuelta de Galicia y somete al rebelde Alburquerque.—Conciértase el matrimonio del príncipe don Fernando de Castilla con la infanta doña Constanza de Portugal.—Llega, por fin, á España la anhelada dispensa, y se ratifica el matrimonio del rey con doña Maria de Molina.—Estipúlase el matrimonio de D. Jaime II de Aragon con la infanta doña Isabel de Castilla.—Refúgiase en Francia el rebelde Lara.—Pide auxilio el granadino á D. Sancho contra Yussuf Abu-Yacub, rey de Marruecos. . . . . 272
- Huye el marroquí, temiendo el socorro de Castilla.—Hecho glorioso del almirante Benito Zaccharia.—Dirigese D. Sancho contra Algeciras.—Cambia el rey de parecer y sitia á Tarifa.—Cae la plaza en poder del rey de Castilla.—Queda de gobernador D. Rodrigo Perez Ponce. . . . . 273
- Es reemplazado en el gobierno por D. Alonso Perez de Guzman.—Circunstancias de este hombre leal y valeroso.—Quebrántase la salud del rey. . . . . 274
- Altera la pública tranquilidad en Castilla D. Juan Nuñez el



Mozo.—Refúgiase en Portugal el infante D. Juan.—Favorecenle varios nobles rebeldes . . . . .	275
Extraña del reino el rey de Portugal al infante D. Juan.—Pasa este al Africa y propone al marroquí un ataque contra Tarifa.—Acepta el africano, y encomienda la empresa al perjuo D. Juan.—Llega este con un ejército de mahometanos y sitia la plaza. . . . .	276
Horrible hecho de D. Juan, y gloriosa é incomprendible decision del heróico D. Alonso de Guzman. . . . .	277
Consuma D. Juan el inaudito crimen.—Firmeza estoica de Guzman. . . . .	278
Adquiere este el renombre de BUENO, con el que la historia le conoce.—Agrávase la enfermedad del rey.—Regresa á Castilla el infante D. Enrique, tio del rey é hijo de San Fernando.—Pasa el monarca á Vizcaya, aunque enfermo, á sujetar á D. Diego Lopez de Haro.—Logra su propósito, y regresa más agravado en su enfermedad. . . . .	279
Reune D. Sancho una asamblea, en la que manifiesta su última disposicion.—Determina pasar á Madrid.—De allí se hace trasladar á Toledo, y tienen que conducirle en hombros.—Fallece el rey.—Juicio crítico de este monarca. . . .	281
Sube al trono D. Fernando IV, el <i>Emplazado</i> .—Es proclamado en Toledo. . . . .	283
<i>Proclaman los moros en Granada</i> al infante D. Juan rey de Castilla y Leon.—Entra el pseudo-rey en Castilla.—Sublévase en Vizcaya D. Diego Lopez de Haro.—Acude doña Maria de Molina á los Laras. . . . .	284
Estos aceptan el cargo, pero se rebelan y unen al de Haro.—Levanta ejército en favor del rey menor el infante D. Enrique.—Puesto á la cabeza de las tropas, exige se le entregue la regencia del reino y la tutela del rey.—Convoca la regente las Cortes generales en Valladolid.—Intrigas de don Enrique.—Cierra Valladolid sus puertas al rey y á la regente.—Franquea, por fin, el paso la ciudad al soberano. . .	285
Abandonan los moros á D. Juan, despues de haber robado á mansalva.—El maestre de Calatrava y otros magnates van á sujetar la insurreccion de Vizcaya, y se unen á los sediciosos.—Grandeza heróica de doña Maria.—Abren sus puertas Alcántara y Coria á D. Juan. . . . .	286
D. Dionís de Portugal se declara enemigo de Fernando IV.—Confía la reina á los concejos de Castilla la defensa de la frontera.—Conducta de los concejos.—Prepárase D. Juan á invadir los dominios de su sobrino por el Portugal.—El portugués declara la guerra á Castilla.—Dirigese D. Enrique á la frontera.—Concesiones hechas al rebelde infante D. Juan y al rey portugués. . . . .	287
Nueva infamia de D. Juan.—Trata de proclamar rey de Castilla á D. Alfonso de la Cerda.—Repártense los dominios de Fernando IV D. Juan, D. Alfonso (el de la Cerda), el rey de Aragon y el de Portugal, tomando parte en la alianza el de Navarra y el francés. . . . .	288
Entra en Castilla el ejército de Aragon, al mando del infante D. Pedro.—Reúnesele D. Juan con su ejército.—Proclaman	

- á aquel rey de Galicia y Asturias, en Leon; á D. Alfonso, de Castilla, Toledo y Andalucía, en Sahagun.—Apodérase el aragonés de Alicante y Murcia.—Entra el navarro en Rioja, y el moro de Granada tala, quema y roba por los dominios de Andalucía.—Propone D. Enrique á la reina viuda se case con el infante D. Pedro de Aragon.—Rechaza indignada la reina tal propuesta.—Conducta ambigua de D. Enrique.—Fortaleza y valor de doña María.—Palencia cierra sus puertas al infante D. Juan, en donde este queria celebrar Córtes.—Para convocar las legítimas, se ofrece á la reina la ciudad de Segovia.—Salva nuevamente á Tarifa el siempre heroico Guzman el Bueno. . . . . 289
- Estando el ejército de Aragon sitiando á Mayorga, declárase una mortal epidemia, que arrebató en pocos dias á casi todos los magnates y ricos-homes aragoneses, y priva de la vida al mismo infante D. Pedro.—El destrozado ejército pide humildemente á la reina salvoconducto para retirarse y llevar consigo los cadáveres y los enfermos.—Olvidada la magnánima señora de sus graves ofensas, accede á la petición. . . . . 290
- Invade el portugués el territorio de Fernando IV, y llega hasta Simancas, en donde se hallaban á la sazón los reyes.—Comienzan las deserciones en el ejército portugués.—Huye el rey de Portugal.—Reconoce el infante D. Juan á su sobrino Fernando IV como rey de Castilla y Leon.—Estipúlase el matrimonio del rey D. Fernando con doña Constanza de Portugal, y el del príncipe de este reino con doña Beatriz de Castilla.—Las tropas de la reina arrancan del poder de los rebeldes á Ampudia y otros puntos. . . . . 291

## REINO DE ARAGON Y CONDADO DE CATALUÑA.

### Segunda mitad del siglo XIII.

- Córtes de Alcañiz.—Disposiciones de D. Jaime I respecto de la sucesion de sus reinos. . . . . 292
- Dirigese á Sevilla una comision de las Córtes, para tratar con el príncipe D. Alfonso, primogénito de D. Jaime.—Fallo de los jueces respecto de los asuntos de la sucesion.—D. Jaime I pasa á Cataluña para reunir allí las Córtes.—Muere el infante D. Fernando de Aragon.—Muestra el rey su decidido amor al infante D. Pedro, en perjuicio de D. Alfonso.—Juran las Córtes catalanas á D. Pedro. . . . . 293
- Nuevos arreglos relativos á la sucesion.—Preséntanse á don Jaime dos mahometanos, para proponerle la entrega del fuerte de Biar.—Toma el rey á Biar, no por entrega, sino por fuerza de armas. . . . . 294
- Sométese todo el reino.—Los moros avecindados en él alteran la tranquilidad, y el rey decreta la expulsion.—Pasan á Aragon algunos castellanos y vizcainos de valía, descontentos del rey de Castilla.—Crece la insurreccion mahometana. . . . . 295
- Declárase Al-Azark caudillo de los insurrectos.—Divergencia



de pareceres en Castilla.—Falsa caridad y verdadero egoismo de los próceres.—D. Jaime somete á los sublevados, y verificase la expulsión general. . . . .	296
Proposición de los expulsos.—Generosidad del rey.—Permanece Al-Azark con algunos rebeldes ocupando varios fuertes.—Dirigese el rey á Montpellier para deslindar con Francia la cuestión de fronteras. . . . .	297
Estipúlase el matrimonio de la infanta doña Isabel de Aragón con D. Felipe de Francia (el Atrevido), primogénito de San Luis.—Regresa D. Jaime á sus dominios.—Agítanse los partidos, divididos en favor de los hijos del rey.—Este procura conjurar la tormenta.—No se aquietan los defensores del maltratado y bondadoso príncipe D. Alfonso, primogénito del rey. . . . .	298
Fallece el desgraciado D. Alfonso, primogénito del rey.—Comienza la lucha entre los infantes D. Pedro y D. Jaime.—Anárquico estado del reino.—Fórmase una <i>germania</i> para defender las vidas y haciendas de la gente de órden.—Nueva combinacion del rey, relativa á la sucesion. . . . .	299
Insurreccion de los moros en los dominios del rey de Castilla.—Acude D. Jaime á auxiliar á su yerno D. Alfonso X. . . . .	300
Estipúlase el matrimonio del infante D. Pedro de Aragón con doña Constanza de Sicilia.—Convoca D. Jaime las Cortes de Aragón en Zaragoza, y en Barcelona las de Cataluña. . . . .	301
Escenas ruidosas ocasionadas por los ricos-homes aragoneses.—Acude D. Jaime á Murcia, en defensa del rey de Castilla.—Notables y rápidos triunfos del Conquistador. . . . .	302
Hidalguía de D. Jaime con su yerno el rey de Castilla.—Avísantase ambos en Toledo.—Embajada del khan de Tartaria á Jaime I. . . . .	303
Auxilia el castellano al aragonés, al proyectar este pasar á la Tierra Santa.—Dificultades que se oponen á la realizacion del proyecto.—Desiste el rey de Aragón. . . . .	304
Nueva entrevista de D. Jaime I y Alfonso X en Búrgos.—Matrimonio de D. Fernando de la Cerda con Blanca de Anjou, hija de San Luis.—Regresa D. Jaime á su córte.—Lucha entre los hijos del rey, por la cuestión de sucesion, ya tan debatida.—Encarnízase aquella entre el infante D. Jaime y Fernan Sanchez, su hermano bastardo. . . . .	305
El rey, alternativamente, cree á uno y otro contendiente.—Los descontentos presentan un largo capítulo de quejas contra el soberano.—Son perjudicados los hombres de órden y el reino todo. . . . .	306
Se publica un perdon general.—Ajústase una tregua entre el rey y los descontentos.—Convócanse en Lérida Cortes generales de Aragón y Cataluña.—Concilio general de Lyon, con asistencia de D. Jaime I.—Recibe Gregorio X de muy honrosa manera al rey de Aragón.—Enfriase la amistad del Sumo Pontifice y el rey.—Motivo de este incidente.—Regresa el soberano á Lérida, y se reúnen las Cortes.—Mal resultado de estas. . . . .	307
Pónense en armas los insurrectos.—Fórmase contra ellos dos ejércitos, uno mandado por el rey, y otro por el infante don	

Pedro.—Este alcanza al bastardo.—Sítiale en el castillo de Pomar.—Desgraciado fin de D. Fernan Sanchez (el Bastardo).	308
Termina la lucha civil.—Pretende el rey la corona de Navarra, en virtud del pacto hecho en otro tiempo con Sancho VI, el Fuerte.—Prepárase el infante D. Pedro para pasar á Navarra.—Córtes en Puente la Reina.—Proposiciones del infante á las Córtes navarras.	309
Invasión de africanos en los dominios de Castilla.—Parte el infante D. Pedro en auxilio de D. Alfonso X.—Córtes en Lérida, en las que juran heredero de las coronas de Aragon, Cataluña, etc. al infante D. Alfonso, hijo de D. Pedro y nieto de D. Jaime I.—Sublevacion de moros en Valencia.—Batalla de Alcoy.—Muerte de Al-Azark, caudillo mahometano.—Arteria de los moros.—Se retira, enfermo, á Játiva don Jaime.	310
Batalla de Luxen.—Origen de tener al martes por dia aciago.—Profundo dolor del glorioso soberano, que agrava su enfermedad.—Deja el mando al infante D. Pedro.—Se prepara piadosamente al terrible tránsito.—Exhortacion que hace á su hijo, al entregarle su gloriosa y temida espada.	317
Hácese superior á su enfermedad, y manda le trasladen á Valencia, en donde fallece.—Elogio de este gran soberano.	312
Sobriedad del rey.—Anécdota curiosa.	313
Faltas de D. Jaime, que, como hombre, empañaron la gloria del soberano.—Nombres de sus hijos y otros interesantes pormenores.	314
Sube al trono D. Pedro III, el Grande.	315
Coronacion del rey.—Protesta del mismo.	316
Nuevamente es jurado principe y heredero el infante D. Alfonso.—Prepara el rey el sitio de Montesa.	317
Ríndese la plaza.—Sublevacion en Cataluña.—Atiende el rey á aquella, sin descuidar la guerra de Valencia, y prepárase para hacer frente á Castilla, de quien recela.	318
Sitia el rey á Balaguer.—Ríndense los rebeldes.	319
Avístanse D. Pedro III y D. Sancho de Castilla entre Requena y Buñol.—Prepara el francés una invasion.—Interpónese el Sumo Pontífice.—Proyéctase una entrevista entre Sancho de Castilla y Felipe de Francia.—Avístanse los reyes de Castilla y de Aragon en Campillo.	320
Niégase D. Pedro con especiosas razones á auxiliar al castellano, á pesar de su reciente compromiso.	321
Avístase D. Pedro en Perpiñan con su hermano D. Jaime.—Queda este disgustado.—Recibe embajadas el rey de Aragon de Nicolás III y de Miguel Paleólogo, emperador de Oriente.	322
Sagacidad del rey de Aragon.—Dispone una numerosa y fuerte armada.	323
Política y conveniente disimulo del rey.—Disposiciones de este para partir con la armada.—Dase este á la vela.—Detiéñese en el puerto de Alcoll.—Comienza la guerra en Constantina.—Embajada del rey á Roma.	324
Recibe D. Pedro una embajada de Palermo.—Le invitan á co-	



ronarse rey de Sicilia.—Derechos que tenía á esta corona.— Reúnese el Consejo para resolver. . . . .	325
Leva anclas la armada con rumbo á Trápani.—Desembarca el rey.—Prepárase para asistir á un desafío con Carlos de An- jou, y regresa á Valencia.—Condiciones del reto.—El Sumo Pontífice prohíbe el duelo. . . . .	326
Mala fé y poco valor del de Anjou. . . . .	327
Aconsejan al rey que no asista al reto, sabida la mala fé del francés.—Desentiéndese el valeroso soberano de los avisos y consejos, y se dirige á Burdeos, punto designado para el combate.—Avistase antes en Tarazona con su sobrino don Sancho de Castilla.—Parte á Burdeos disfrazado.—Circunstancias curiosas de este viaje. . . . .	328
Llega el rey á Burdeos.—Valor y caballerosidad del rey.— Lealtad del senescal de Inglaterra. . . . .	329
Valor y nobleza de Pedro III: infamia y cobardía de Carlos de Anjou.—Disgústase Felipe el Atrevido por el mal papel re- presentado por su deudo.—Invade contra razon y derecho los dominios de Aragon.—Suspende las hostilidades, á con- secuencia de la alianza hecha entre Aragon é Inglaterra. . . . .	330
Graves circunstancias del reino. . . . .	331
Formulan los magnates un largo capítulo de quejas contra el rey.—Córtes en Tarazona.—Escandalosas sesiones en pre- sencia del soberano. . . . .	332
Otorga este, en fuerza de las circunstancias, el famoso <i>privile- gio general de la Union</i> .—No se aquietan por esto los descon- tentos.—Nombran <i>conservadores</i> .—Trata D. Pedro de opo- ner con Valencia un dique á Aragon.—Córtes en Barcelona. —Cataluña se muestra muy contenta de D. Pedro III, quien aplaza el cumplimiento de las promesas hechas á los arago- neses. . . . .	333
Ofrece la corte romana al rey de Francia la corona de Ara- gon, á consecuencia de los disgustos habidos con motivo de la guerra de Sicilia.—Acepta el francés, y destina el glorio- so cetro á su hijo Carlos de Valois.—Acude Pedro III á los insurrectos de Albarracin.—Nueva escision en Zaragoza, ocasionada por los de la Union.—Accede el rey á las peti- ciones de aquellos, por temor á la invasion francesa. . . . .	334
Pide auxilio el monarca á varios soberanos.—Sujeta á los de Albarracin.—Hace una incursion en Navarra.—Desmanes de los de la Union.—Prepárase con grande aparato la inva- sion francesa.—Esta se dirige al Rosellon. . . . .	335
D. Jaime, rey de Mallorca y conde del Rosellon, se pone de acuerdo con el francés, contra su hermano D. Pedro.—Este se dirige á Perpiñan, en donde se hallaba su hermano.—Se apodera del castillo, morada de su desleal hermano.—Enér- gica conducta de D. Pedro.—Accede D. Jaime á cuanto le pide su hermano por medio de unos mensajeros.—Se fuga del castillo por una mina.—Generosidad de D. Pedro con su cuñada y sobrina. . . . .	336
Regresa el rey por la Junquera á Cataluña.—Llega al Rose- llon la vanguardia francesa.—Infame conducta del rey de Mallorca.—Barbarie de los franceses al entrar en Perpiñan. . . . .	337

- D. Pedro no encuentra apoyo en su sobrino Sancho el Bravo.—Valor y decision del monarca aragonés. . . . . 338
- Digna respuesta que da D. Pedro á una ridícula embajada del francés.—Nueva infamia del rey de Mallorca.—Providencias tomadas por el rey de Aragon.—Le secunda D. Alfonso, su hijo. . . . . 339
- Heróica lealtad del vizconde de Rocaberti.—Conducta leal del vizconde Folch de Cardona.—Los aragoneses se reunen, arrepentidos de su anterior mala conducta, para auxiliar á su glorioso y heróico soberano. . . . . 340
- Pericia y arrojo de la armada catalana.—Derrota á la armada francesa.—Batalla de Gerona.—Valor personal de D. Pedro III.—Intima el francés á Gerona la rendicion.—Fidelidad de Cardona. . . . . 341
- El vizconde no abusa de la autorizacion del rey.—Llega de Sicilia el célebre almirante Roger de Lauria.—Acuerda el plan de campaña en Barcelona con el rey.—Terrible batalla naval.—Triunfo de Lauria y de Aragon, y derrota de los franceses. . . . . 342
- Espira la tregua de Gerona.—Evacuan con honor la plaza los aragoneses.—Entra en aquella el senescal de Tolosa.—Peste en el campo de los invasores.—Gran mortandad.—Enferma del contagio el rey francés, Felipe III, el Atrevido.—Se retira el ejército.—D. Pedro toma el camino, y amenaza á los invasores un nuevo destrozo como el de Roncesvalles.—Le suplica Felipe, el hijo del francés, para que deje pasar al ejército, convertido en cadáveres y en hombres escualidos y demacrados.—Le asegura el rey de Aragon, respondiendo del ejército regular. . . . . 343
- Los almogávares y compañías sueltas caen sobre la retaguardia.—Rescata D. Pedro á Gerona y otros puntos, dejando libre de franceses el suelo catalan.—Enferma el glorioso y magnánimo rey.—Acude el príncipe Alfonso, su hijo.—Animosas y notables palabras que le dirige el soberano. . . . . 344
- Prepárase el monarca al terrible tránsito con su sólita fortaleza y grandeza de alma.—Reune el Consejo.—Manifiesta su deseo de morir en la católica religion; da un perdon general, y pide la absolucion, que obtiene, por haber incurrido en las censuras eclesiásticas.—Fallece prematuramente don Pedro III, el Grande, en Villafranca del Panadés.—Breve elogio de este soberano, verdaderamente GRANDE. . . . . 345



## INDICE ALFABETICO

DE LOS NOMBRES ANTIGUOS Y MODERNOS DE LA MAYOR  
PARTE DE LAS POBLACIONES DE ESPAÑA.





## INDICE ALFABETICO

DE LOS NOMBRES ANTIGUOS Y MODERNOS DE LA MAYOR PARTE  
DE LAS POBLACIONES DE ESPAÑA.

---

Creemos interesante el índice de la correspondencia de los nombres antiguos de las comarcas y poblaciones de España con los modernos, en virtud de lo cual le insertamos á continuación, redactado por orden alfabético. Debemos advertir, empero, que después de haber examinado con la necesaria detención, y aun prolijidad, todos los documentos históricos que pudieran conducirnos al acierto, hemos creído deber conformarnos casi siempre con lo averiguado por el ilustrado y erudito Sr. Lafuente.

### A.

**AREVACOS.**—Los pueblos así llamados estaban situados en la parte occidental de la *Celtiberia*, confinando por el Mediodía con los carpitanos; por el Poniente, con los vacceos; con los celtiberos por el Oriente, y con los cántabros por el Norte.

**ASTURES** (hoy asturianos).—Confinaban con el territorio de los vacceos por la derecha del Esla; por Oriente estaban limitados por Peñamillera y Llanes; estaban separados de los vettones por el Duero, y por Poniente era su límite natural la cordillera que toca con Galicia, separándola de Leon y de Zamora.

**AUSETANOS.**—En Cataluña. Tomaron el nombre de Ausa, que era la capital de aquel territorio, que llegaba hasta la falda del Pirineo, tocando por el Mediodía con los lacetanos; por Norte y Poniente con los vascones y cerretanos, y por Oriente con los indigetes.

**AUTRIGONES.**—Confinaban por Oriente con los carintios, al Oriente de Vizcaya y al Occidente de Alava, hasta los verones, en Rioja; por Poniente con los cántabros; por Mediodía con los cántabros coniscos, y por el Norte llegaban hasta el mar Cantábrico, cerca de Bermeo.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Abdera (ó Abdara) . . . . .	Adra . . . . .	Almería.
Abobriga (ó Aobriga) . . . . .	Bayona (de Galicia) . . . . .	Pontevedra.
Abila . . . . .	Avila . . . . .	Avila.
Abula . . . . .	Albacete . . . . .	Albacete.
Abula (ú Obila) . . . . .	Avila (de los Cabal- ros) . . . . .	Avila.
Acci (colonia Gemella Julia)	Guadix (el viejo) . . . . .	Granada.
Acige (ó Urium) . . . . .	Riotinto . . . . .	Huelva.
Acinipo ó Acinippo . . . . .	Frenegal . . . . .	Badajoz.
Acontia . . . . .	Tordesillas . . . . .	Valladolid.
Acra Leuka . . . . .	Peñíscola . . . . .	Castellon de la Plana.
Adellum . . . . .	Castalla . . . . .	Alicante.
Æbula (ó Ebura) . . . . .	Talavera (la vieja) . . . . .	Toledo.
Age . . . . .	Ager . . . . .	Lérida.
Agiria . . . . .	Daroca . . . . .	Zaragoza.
Agla minor . . . . .	Luque . . . . .	Córdoba.
Alantones . . . . .	Atondo . . . . .	Navarra.
Alavona (ó Allabona) . . . . .	Alagon . . . . .	Zaragoza.
Alba (ó Virago) . . . . .	Abla . . . . .	Almería.
Albónica . . . . .	Calamocha . . . . .	Teruel.
Albucela . . . . .	Toro . . . . .	Zamora.
Aleo . . . . .	Aledo . . . . .	Murcia.
Alice . . . . .	Alocaz . . . . .	Sevilla.
Anabis . . . . .	Tarrega . . . . .	Lérida.
Anatorgis (Monsterrus) . . . . .	Iztanoraf . . . . .	Jaen.
Andelus . . . . .	Andion (ó Andelon) . . . . .	Navarra.
Andologense . . . . .	Andosilla . . . . .	Idem.
Angella (ó Augellas) . . . . .	Iznajar . . . . .	Córdoba.
Anticaria (ó Antikaria) . . . . .	Antequera . . . . .	Málaga.
Antistania . . . . .	Villafranca de Panadés	Barcelona.
Apiarum . . . . .	Alpera . . . . .	Albacete.
Aquæ (ó Argilla) . . . . .	Archena . . . . .	Murcia.
Aquæ Bilbilitanorum . . . . .	Alhama . . . . .	Zaragoza.
Aquis Origenis . . . . .	Baños de Bande . . . . .	Orense.
Arabi . . . . .	Araya . . . . .	Alaya.
Araceli . . . . .	Huarte Araquil . . . . .	Navarra.
Aracillum . . . . .	Aradillos . . . . .	Santander.
Arbacala (ó Arbucala) . . . . .	Arévalo . . . . .	Avila.
Arci (colonia Arcense) . . . . .	Arcos de la Frontera . . . . .	Cádiz.
Argenomescum . . . . .	Argomeda . . . . .	Búrgos.
Argetiolum . . . . .	Las Médulas . . . . .	Leon.
Arriaca . . . . .	Guadalajara . . . . .	Guadalajara.
Arsa . . . . .	Azuaga . . . . .	Badajoz.
Arsacia . . . . .	Cea . . . . .	Leon.
Antigi Juliensis . . . . .	Alhama . . . . .	Granada.
Arva . . . . .	Alcolea del Rio . . . . .	Sevilla.
Arucci vetus . . . . .	Aroche . . . . .	Huelva.
Arunci (ó Aurigia) . . . . .	Moron de la Frontera . . . . .	Sevilla.



ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Asidonia (Sidonia, ó Asila).	Medina-Sidonia. . . . .	Cádiz.
Aspis (Aspicis, ó Jaspis).	Ape. . . . .	Alicante.
Asso. . . . .	Isso. . . . .	Albacete.
Astigi. . . . .	Ecija. . . . .	Sevilla.
Asturica (ó Asturicis).	Astorga. . . . .	Leon.
Ategua. . . . .	Teba la Vieja. . . . .	Sevilla.
Attacum. . . . .	Ateca. . . . .	Zaragoza.
Attagenis (ó Aracinis).	Ariza. . . . .	Idem.
Attubi (Abttubis, Cliritas Julia, ó Ucubi colonia).	Espejo. . . . .	Córdoba.
Auca. . . . .	Villafranca de Montes de Oca. . . . .	Burgos.
Augustobriga. . . . .	Villar de Pedroso. . . . .	Cáceres.
Aureliana. . . . .	Orellana. . . . .	Badajoz.
Auria Auregensis (Aquæ calidæ). . . . .	Orense. . . . .	Orense.
Ausa, ó Ausona (Vicus aquarius). . . . .	Vich. . . . .	Barcelona.
Axati. . . . .	Lora del Rio. . . . .	Sevilla.

## B.

**BARGUSIOS.**—Confinaban con Lérida, y formaban parte de los ilergetes.  
**BASTITANIA.**—Parte de la provincia cartaginense; tomaba el nombre de la capital, denominada Basti. Llegaba por Mediodía hasta el Mediterráneo; por Occidente partía de Baza, hasta las inmediaciones del Júcar; por Oriente desde Cartagena, á terminar, pasando por Orihuela, en la parte occidental de Játiva.

**BERONES.**—Confinaban por Oriente con los vascones; por Poniente con los autrigones; por Mediodía con los celtiberos y pelendones, belos y arevacos, que estaban separados de los berones por los montes Idúbeda, y por Norte con los vardulos y caristios.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Baccia. . . . .	Baeza. . . . .	Jaen.
Bæcula. . . . .	Bailen. . . . .	Idem.
Bætis civitas. . . . .	Sevilla. . . . .	Sevilla.
Bætullona. . . . .	Badalona. . . . .	Barcelona.
Baniana. . . . .	Baena. . . . .	Córdoba.
Barcino (colonia Favencia Julia). . . . .	Barcelona. . . . .	Barcelona.
Bargiacis. . . . .	Torquemada. . . . .	Palencia.
Bastilippo. . . . .	Viso del Alcor. . . . .	Sevilla.
Basti. . . . .	Baza. . . . .	Granada.
Beatia (Biacia, ó Betula).	Baeza. . . . .	Jaen.
Belia (municipio). . . . .	Belchite. . . . .	Zaragoza.
Bercicalia. . . . .	Casarubios del Monte. . . . .	Toledo.
Bergidum Flavium. . . . .	Castro de la Ventosa. . . . .	Leon.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Berguisia. . . . .	Balaguer. . . . .	Lérida.
Bilbilis (municipio). . . . .	Calatayud. . . . .	Zaragoza.
Birovesca. . . . .	Bribiesca. . . . .	Burgos.
Blanda (municipio). . . . .	Blanes. . . . .	Gerona.
Bletisa. . . . .	Ledesma. . . . .	Salamanca.
Brigantium (ó Flavia Lambris). . . . .	Betanzos . . . . .	Coruña.
Britonia (ó Britonium). . . . .	Bretoña (ó Santa María de). . . . .	Lugo.
Bergitanium (municipium burgitanense). . . . .	Bejijar. . . . .	Jaen.
Bortine (ó Burtina). . . . .	Almudévar. . . . .	Huesca.
Burum. . . . .	Buron. . . . .	Leon.

## C.

**CARISTIOS.**—Confinaban por Oriente con los bardulos; por Poniente con los autrigones; por Mediodía con los berones, y por Norte con el Océano Cantábrico.

**CARPETANOS.**—Confinaban por Oriente con los celtiberos y olcades; por Poniente con los vettones y lusitanos; por Mediodía con los oretanos, y por Norte con los vaccéos y arevacos.

**CELTIBEROS.**—Confinaban por Oriente con los lobetanos y edetanos; por Mediodía con el Tajo, tomando desde una parte de Aragon las provincias de Soria, Guadalajara y parte de Cuenca; por Norte tocaban con los vacones.

**CERRETANOS.**—Estaban situados en el Pirineo, entre los indigetes é ilergetes.

**CONISCOS.**—Comenzaban en los montes de Oca, pasando entre los murosos y autrigones.

**CONTESTANOS.**—Comenzaban entre Cartagena y Vera, y terminaban en Illici, Játiva y Dénia.

**COSETANOS.**—Se extendían desde Tortosa á Tarragona.

**CUNÉOS.**—Estaban situados en el cabo de Santa María, entre el rio Guadiana y el promontorio Sacro.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Calsia (Melisa). . . . .	Barajas (Castillo). . . . .	Ciudad-Real.
Cæpionis turris. . . . .	Chipiona. . . . .	Cádiz.
Cæsaraugusta (colonia). . . . .	Zaragoza. . . . .	Zaragoza.
Calagurris (Julia Nasica). . . . .	Calahorra. . . . .	Logroño.
Calagurris Fibularia. . . . .	Loharre. . . . .	Huesca.
Callet Astigitana. . . . .	Alcalá la Real. . . . .	Jaen.
Calpe (Heraclea, Gebal-Tarik). . . . .	Gibraltar. . . . .	{ Hoy no pertenece á España.
Calpe. . . . .	Calpe. . . . .	Alicante.
Calpurniana. . . . .	Cañete de las Torres. . . . .	Córdoba.
Campus Manium. . . . .	Campomanes. . . . .	Badajoz.



ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Canama (municipium canamense) . . . . .	Villanueva del Rio . . .	Sevilla.
Cappagum (Cipia) . . . . .	Chiclana . . . . .	Cádiz.
Cara (Carense) . . . . .	Santa Cara . . . . .	Guipúzcoa.
Carbona . . . . .	Carmona . . . . .	Sevilla.
Cárica . . . . .	La Calera . . . . .	Badajoz.
Carmonia (municipium) . . .	Carmona . . . . .	Sevilla.
Carthago nova (Colonia victrix Julia) . . . . .	Cartagena . . . . .	Murcia.
Cartima (ó Certima: municipium) . . . . .	Cártama . . . . .	Málaga.
Cascantum . . . . .	Cascante . . . . .	Navarra.
Caspe . . . . .	Caspe . . . . .	Zaragoza.
Castra Cæcilia . . . . .	Cáceres . . . . .	Cáceres.
Castra gemina . . . . .	Marchena . . . . .	Sevilla.
Castra Julia . . . . .	Trujillo . . . . .	Cáceres.
Castra Viniana (Julia regia)	Baena . . . . .	Córdoba.
Castrum Altum . . . . .	Segura de la Sierra . . .	Jaen.
Castrum Bilibium . . . . .	Haro . . . . .	Logroño.
Castrum Octaviani . . . . .	San Cucufat del Vallés . . . . .	Barcelona.
Castrum Vergium . . . . .	Berga . . . . .	Idem.
Castrum Sijerici . . . . .	Castrojeriz . . . . .	Búrgos.
Castulo, ó Castulon (municipium) . . . . .	Ruinas de Cazlona . . .	Jaen.
Catina (municipium) . . . . .	Cieza . . . . .	Murcia.
Cauca . . . . .	Coca . . . . .	Segovia.
Cavidum . . . . .	Torrox . . . . .	Málaga.
Cauria (ó Caurium) . . . . .	Coria . . . . .	Cáceres.
Cella . . . . .	Celda (ó Cella) . . . . .	Teruel.
Cellirium . . . . .	Ceclavin . . . . .	Cáceres.
Celsa (Celsona, ó Setelsis).	Solsona . . . . .	Lérica.
Celsita, ó Celti (municipium Celsitanum) . . . . .	Peñaflor . . . . .	Sevilla.
Centronero . . . . .	Cintruénigo . . . . .	Navarra.
Certima (ó Celtiberia) . . . .	Alconchel . . . . .	Badajoz.
Cetada . . . . .	Hita . . . . .	Guadalajara.
Charisemi . . . . .	Cabo de Gata . . . . .	Alicante.
Cilniana (Silpa, ó Silvia) . . .	Estepona la Vieja . . . .	Málaga.
Circense . . . . .	Chinchon . . . . .	Madrid.
Clunia (Colonia) . . . . .	Coruña del Conde . . . .	Búrgos.
Cojaca (ó Coyanza) . . . . .	Valencia de D. Juan . . .	Leon.
Coimbra (Gemela) . . . . .	Jumilla . . . . .	Murcia.
Colenda . . . . .	Calanda . . . . .	Teruel.
Complutum . . . . .	Alcalá de Henares . . . .	Madrid.
Concana . . . . .	Santillana del Mar . . . .	Santander.
Confloenta (Segontia Lacta)	Sepúlveda . . . . .	Segovia.
Consabrum (ó Consaburum)	Consuegra . . . . .	Toledo.
Contesta . . . . .	Concentaina . . . . .	Alicante.
Contrasta . . . . .	Valencia de Alcántara . .	Cáceres.
Contrebia (ó Contebria) . . .	Trillo . . . . .	Guadalajara.
Corduba (colonia patricia)	Córdoba . . . . .	Córdoba.
Cortense . . . . .	Córtes . . . . .	Navarra.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Corticata. . . . .	Cortegana. . . . .	Huelva.
Cortona. . . . .	Odon. . . . .	Teruel.
Cotina. . . . .	Zalamea la Real. . . . .	Huelva.
Cotinusa (Gades). . . . .	Cádiz. . . . .	Cádiz.
<b>D.</b>		
Damania. . . . .	Mediana. . . . .	Zaragoza.
Darbace. . . . .	Arévalo. . . . .	Avila.
Deobriga (Ambracia). . . . .	Plasencia. . . . .	Cáceres.
Deobrigula. . . . .	Osorno. . . . .	Palencia.
Dertosa (Colonia, Julia Augusta). . . . .	Tortosa. . . . .	Tarragona.
Dessobriga. . . . .	Villasandino. . . . .	Búrgos.
Dianium Artemisium (Hemoroscopium). . . . .	Denia. . . . .	Alicante.
<b>E.</b>		
Ebellino. . . . .	Ayerbe. . . . .	Huesca.
Ebura (Ebura Cercalis). . . . .	Alcalá la Real. . . . .	Jaen.
Ebura Carpetana. . . . .	Talavera de la Reina. . . . .	Toledo.
Edeta (Lauro). . . . .	Liria. . . . .	Valencia.
Egabro (Igabro, municipium). . . . .	Cabra. . . . .	Córdoba.
Egara (municipium). . . . .	Tarrasa. . . . .	Cataluña.
Eldana. . . . .	Dueñas. . . . .	Palencia.
Eliocroca (Elieroa, municipium). . . . .	Lorca. . . . .	Murcia.
Elisana (Erisana). . . . .	Lucena. . . . .	Córdoba.
Emerita Augusta (colonia). . . . .	Mérida. . . . .	Badajoz.
Emporium Catulon (colonia)	Castillo de San Martín de Ampurias. . . . .	Gerona.
Engora (Egosa). . . . .	Camprodon. . . . .	Idem.
Epora (Ipora, Aipora). . . . .	Montoro. . . . .	Córdoba.
Ercavica (Ergavica). . . . .	Cabeza del Griego. . . . .	Badajoz.
Ergavia. . . . .	Milagro. . . . .	Navarra.
Evellinum. . . . .	Ayerbe. . . . .	Huesca.
Exi (Hexi: Firmun Julium; municipium). . . . .	Almuñécar. . . . .	Granada.
<b>F.</b>		
Ficaris (Juncaria). . . . .	Figueras. . . . .	Gerona.
Flaviobriga (Portus Amacum). . . . .	Bermeo (Portugalete). . . . .	Vizcaya.
Flavionavia. . . . .	Navia. . . . .	Oviedo.
Flavium Brigantium (Portus Brigantinus). . . . .	Coruña. . . . .	Coruña.
Flavium Vivertanum (mu-		



ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
nicipium). . . . .	Xarandilla. . . . .	Cáceres.
Fontes Tamarico. . . . .	Velilla de Guardo. . . . .	Palencia.
Fontiente. . . . .	Onteniente. . . . .	Valencia.
Fortunates. . . . .	San Nicolás del Puerto.	Sevilla.
Forum Babilorum. . . . .	Santa María de Me- deiros. . . . .	Orense.
Forum Egurrorum. . . . .	Rioseco. . . . .	Santander.
Furnacis. . . . .	Hornachos. . . . .	Badajoz.

## G.

Gades Augusta (Urbs Julia Gaditana. — Gadir. — Cotti- nusa. — Tartesso. — Oppi- dum civium Romanorum municipium). . . . .	Cádiz. . . . .	Cádiz.
Gallica Flavia. . . . .	Fraga. . . . .	Huesca.
Gallicolis. . . . .	Luna. . . . .	Zaragoza.
Gebala. . . . .	Estella. . . . .	Navarra.
Gerunda. . . . .	Gerona. . . . .	Gerona.
Gibera Julia (Iberia. — Iler- cavonia, municipium). . . . .	Amposta. . . . .	Tarragona.
Gigio. . . . .	Gijón. . . . .	Óviedo.
Gracurris (Illurci muni- cipium). . . . .	Agreda. . . . .	Soria.
Guesoria. . . . .	San Feliu de Guixols. . . . .	Gerona.

## H.

Hellenes (Duos Pontes). . . . .	Pontevedra. . . . .	Pontevedra.
Heraclea. . . . .	Sancti-Petri. . . . .	Cádiz.
Hermandici Emania. . . . .	Cazalla de la Sierra. . . . .	Sevilla.
Henipa. . . . .	Alcalá de Guadaira. . . . .	Sevilla.
Hippo Nova. . . . .	Montefrío. . . . .	Granada.
Hispali (Hispalis. — Colonia Julia Romulea, ó Romu- lensis). . . . .	Sevilla. . . . .	Sevilla.
Honosca (Onosca. — Idera. — Etosca. . . . .	Villajoyosa. . . . .	Alicante.

## I.

ILERGITANOS.—*Estipendiarios del convento cartaginense.*—Correspondían á Lorca.

ILERGETES.—Tenían sus límites en la Vasconia: se extendían desde el Pirineo á Huesca, pasando por Lérida y Fraga hasta el Segre, por donde confinaban con los lacetanos.

INDIGETES.—Ocupaban el Emporium, hoy Ampurdan.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Iacca. . . . .	Jaca. . . . .	Huesca.
Iberi (Ibri). . . . .	Ibros. . . . .	Jaen.
Idanusa (Uranza). . . . .	Irun. . . . .	Guipúzcoa.
Illarcuris. . . . .	Illescas. . . . .	Toledo.
Ileosca (Erosta). . . . .	Aitona. . . . .	Lérida.
Ilerda (municipio). . . . .	Lérida. . . . .	Idem.
Ilici (Ilici.-Elice.-Colonia immune). . . . .	Elche. . . . .	Alicante.
Ilipa (Municipium Ilipense). . . . .	Alcalá del Rio. . . . .	Sevilla.
Ilipa (Julipa.-Municipio). . . . .	Zalamea de la Serena. . . . .	Badajoz.
Ilipallia. . . . .	Cantillana. . . . .	Sevilla.
Iliturgis (caræ). . . . .	Cariñena. . . . .	Zaragoza.
Illiberis. . . . .	Elvira. . . . .	Granada.
Ilunberi. . . . .	Lumbier. . . . .	Navarra.
Ilunum. . . . .	Hellin. . . . .	Albacete.
Illurcum (Illurgi.-Illurcon). . . . .	Pinos Puente (Ilorra la Vieja). . . . .	Granada.
Incibilis (Incibile). . . . .	Chelva. . . . .	Valencia.
Interamnium Flavium. . . . .	Bembibre. . . . .	Leon.
Intercatia Vacceorum. . . . .	Villagarcía. . . . .	Valladolid.
Intibili. . . . .	San Mateo. . . . .	Castellon.
Iturgi (Isturgi). . . . .	Los Villares. . . . .	Jaen.
Ipolcobiluco (Ipcobulco). . . . .	Carcabuey. . . . .	Córdoba.
Iporci (municipio). . . . .	Alaris. . . . .	Sevilla.
Ipsca (Contributa Ipscense). . . . .	Iscar. . . . .	Valladolid.
Iria Flavia. . . . .	El Padron. . . . .	Coruña.
Irippo. . . . .	Puebla del Gastor. . . . .	Cádiz.
Italica (municipio). . . . .	Santiponce. . . . .	Sevilla.
Itucci (Virtus Julia, colonia immune). . . . .	Castro del Rio. . . . .	Córdoba.

## J.

Jacca. . . . .	Jaca. . . . .	Huesca.
Jovis Lucus. . . . .	Chivulco. . . . .	Idem.
Julia Traducta. . . . .	Bolonia (Villavieja). . . . .	Cádiz.
Juliobriga. . . . .	Reinosa. . . . .	Santander.

## L.

- LACETANOS.—En la provincia Tarraconense.—Region mediterránea.—Confinaba por Oriente con los lacetanos, y por Poniente con los ilirgetes.
- LALETANOS.—En la misma provincia.—Comprendia á Rubricata, Barcino (Barcelona), Betulon y Eluso.
- LUSONES.—Al Oriente de las Fuentes del Tajo.—Formaban parte de la Celtiberia.



## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Laudulemium. . . . .	Grazalema. . . . .	Cádiz.
Lacobriga. . . . .	Lagunilla. . . . .	Logroño.
Laconimurgi (Constantia Julia). . . . .	Constantina. . . . .	Sevilla.
Lacurris. . . . .	Alarcos. . . . .	Ciudad-Real.
Lalia. . . . .	Berrocal. . . . .	Salamanca.
Laminium. . . . .	Fuencollana. . . . .	Ciudad-Real.
Lastigi. . . . .	Zahara. . . . .	Cádiz.
Laurona (Edeta). . . . .	Liria. . . . .	Valencia.
Lebunca. . . . .	San Pedro de Auca. . . . .	Coruña.
Legio (Gemina.-Pia.-Felix).	Leon. . . . .	Leon.
Leuciana. . . . .	Herrera del Duque. . . . .	Badajoz.
Libisosa (Libizosa.-Fonum Augustanum, colonia). . . . .	Lezuza. . . . .	Albacete.
Limia (Forum Limicum). . . . .	La Limia. . . . .	Orense.
Litabrum (Britabrum). . . . .	Buitrago. . . . .	Madrid.
Lucia. . . . .	Viniegra. . . . .	Logroño.
Luciferi Fanium (Junonis ara). . . . .	Sanlúcar de Barrameda	Cádiz.
Lucus asturum. . . . .	Santa María de Lugo. . . . .	Oviedo.
Lucus Augusti, colonia. . . . .	Lugo. . . . .	Lugo.
Luparia. . . . .	Lupion. . . . .	Granada.

## M.

MURCIBOS.—Al Norte de Búrgos, en Sisamon.—Confinaban por Oriente con los autrigones; por Poniente, con los vacceos; con los mismos por Mediodía, y con los cántabros por el Norte.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Magonis Portus. . . . .	Mahon. . . . .	Baleares.
Malaca, municipio. . . . .	Málaga. . . . .	Málaga.
Malliacca. . . . .	Mellanzos. . . . .	Leon.
Manlia (Malia). . . . .	Mallen. . . . .	Zaragoza.
Mariana. . . . .	Granátula. . . . .	Ciudad-Real.
Menoba (Mænaca.-Zeles). . . . .	Velez-Málaga. . . . .	Málaga.
Menterrosa. . . . .	Mazarambroz. . . . .	Toledo.
Mentesa (Mentisa.-Bastia).	La Guardia. . . . .	Jaen.
Mergablum. . . . .	Conil. . . . .	Cádiz.
Metala Asturum. . . . .	Puente de Domingo Florez. . . . .	Leon.
Metellum (Metellinum Cœ- cilia Metallinum; castra Vicelliana). . . . .	Medellin. . . . .	Badajoz.
Metercosa. . . . .	Montemayor. . . . .	Córdoba.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Minii Ostium. . . . .	La Guardia. . . . .	Jaen.
Mirobriga, municipio. . . . .	Capilla. . . . .	Badajoz.
Mirobriga. . . . .	Ciudad-Rodrigo. . . . .	Salamanca.
Moneta. . . . .	Malamoneda. . . . .	Toledo.
Morus (Morum). . . . .	Velez-Rubio. . . . .	Almeria.
Munda Bætica. . . . .	Montilla. . . . .	Córdoba.
Munigna (municipium muniguense). . . . .	Mulva. . . . .	Sevilla.
Murella Bugaris (Bucaris municipium). . . . .	Morella. . . . .	{ Castellon de la Plana.
Murus. . . . .	Quesada. . . . .	Jaen.
Muscaria. . . . .	Sadaba. . . . .	Zaragoza.

## N.

Nebrissa Venera. . . . .	Lebrija. . . . .	Sevilla.
Nertobriga (Nergobriga). . . . .	Ricla. . . . .	Zaragoza.
Noela (Novium). . . . .	Noya. . . . .	Barcelona.
Norba cæsarea (colonia cæsariana.-Lancia). . . . .	Alcántara. . . . .	Cáceres.
Nuditatum (Unditanum). . . . .	Alcaudete. . . . .	Jaen.
Numantia. . . . .	Garraiz. . . . .	Soria.

## O.

OLCADES.—Desde la sierra de Alcaráz, á las de Albarracín y Teruel, hasta Chinchilla, parte oriental de Cuenca y otra parte de Murcia.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Oba (Obba.-Olba.-Abba)..	Gimena de la Frontera.	Cádiz.
Obula (Urbs victrix municipium). . . . .	Porcuna. . . . .	Jaen.
Obulcula (Obocula.-Obucula). . . . .	La Moncloa. . . . .	Sevilla.
Ocelloduri. . . . .	Zamora. . . . .	Zamora.
Ocellumduri (Ocella). . . . .	Fermoselle. . . . .	Idem.
Ocellis (Occile). . . . .	Medinaceli. . . . .	Soria.
Octodorum. . . . .	Toro. . . . .	Zamora.
Ortogessa. . . . .	Mequinenza. . . . .	Zaragoza.
Ocurris. . . . .	Ubrique. . . . .	Cádiz.
Olba (Cæsarobriga). . . . .	La Oliva. . . . .	Cáceres.
Olon (Olunt). . . . .	Gibraleon. . . . .	Huelva.
Onova (Onuva). . . . .	Huelva. . . . .	Idem.
Ontonia. . . . .	Mondonedo. . . . .	Lugo.
Orcelis. . . . .	Orihuela. . . . .	Alicante.
Orcia (Orgia). . . . .	Alcaráz. . . . .	Albacete.
Oronda. . . . .	Onda. . . . .	Idem.



ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Osca (Urbs victrix colonia).	Huesca.	Huesca.
Oscar (Osca).	Hués-car.	Granada.
Osiutias (Osciunades).	Pedroches.	Cordoba.
Ostippo (Astapa).	Estepa.	Sevilla.

## P.

PELENDONES.—En la Celtiberia.—En la falda meridional de los montes Idúbedas:

PESICOS.—Entre los rios Navia y Nalon (Asturias).

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Palfuriana (Palsuriana).	Vendrell.	Tarragona.
Palus (Olintigi.—Estrephaca).	Palos.	Huelva.
Pax Augusta (Beturia).	Badajoz.	Badajoz.
Perceina.	Medina de las Torres.	Idem.
Pesicum.	Pergos (Pezos).	Coruña.
Pintia.	Valladolid.	Valladolid.
Planestia.	Benidorm.	Alicante.
Pompeiópolis (Pompelom).	Pamplona.	Navarra.
Portus Magnus.	Almeria.	Almeria.
Portus Menesthei (Portus Gaditanus).	Puerto de Santa Maria.	Cádiz.
Portus Victoriæ.	Santoña.	Santander.
Præsamarci.	Santiago.	Coruña.
Præsidium.	Castro de Caldeas.	Orense.

## R.

Randa (municipium).	Roa.	Burgos.
Regiana.	Rena.	Badajoz.
Regina.	San Pedro de Villacorza.	Idem.
Rhodope.	Rosas.	Gerona.
Roberchum.	Robledo de Sobre-Castro.	Leon.
Rubras.	Cabezas Rubias.	Huelva.
Rudarum.	Rus.	Jaen.

## S.

Sabora.	Cañete la Real.	Málaga.
Sætabi Augustanorum, municipium).	San Felipe de Játiva.	Valencia.



ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Sætabicula.	Alcira.	Idem.
Saguntum (municipium).	Murviedro.	Idem.
Salambina (Selambina).	Salobreña.	Granada.
Salana.	Malagon.	Ciudad-Real.
Salana colonia.	Casas de San Pedro.	Badajoz.
Salduba.	Las Bóvedas.	Granada.
Salientes.	Caldelas.	Pontevedra.
Salman'ica. — (Elmantica. — Helmantica).	Salamanca.	Salamanca.
Saltici (Saltiga).	Chinchilla.	Albacete.
Saltus.	San Sebastian.	Guipúzcoa.
Sebendunum.	Besalú.	Gerona.
Segestica (Segesta).	Iniesta.	Cuenca.
Segisa.	Cehejín.	Murcia.
Segobriga celtibérica.	Cabeza del Griego.	Badajoz.
Segobriga Edetanorum.	Segorbe.	Castellon.
Segontia (Seguntia).	Willavieja.	Guadalajara.
Septimanca.	Epila.	Zaragoza.
Seria (Fama Julia).	Simancas.	Valladolid.
Sessera (Secenas).	Feria.	Badajoz.
Setelsis.	San Celoni.	Barcelona.
Setia (Segia. — Bascontum).	Solsona.	Lérida.
Sexona (Saxona).	Egea de los Caballeros.	Zaragoza.
Sisapon.	Jijona.	Alicante.
Spoletinum.	Almaden.	Ciudad-Real.
Sublancia (Lancia).	Espartinas.	Sevilla.
Suceosa.	Sollanzo.	Leon.
Suizo.	Alcalá de Gurrea.	Huesca.
Suessa.	Cullera.	Valencia.
	Sangüesa.	Navarra.

## T.

TARTESIOS.—En las inmediaciones del Bétis, hácia el mar.—Posteriormente se llamaban tambien así á los que habitaban junto al Estrecho.

TURDETANOS.—En la Bética, desde el Guadiana al centro del Estrecho.—Determinábanse del mismo modo una parte de los lusitanos.

TURDULOS.—Originarios de la Lusitania.—Posteriormente se extendieron desde Mérida, y atravesaron el Guadiana, para fijarse en la parte oriental de la Bética.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Tamega.	Monterey.	Oviedo.
Tarraco (colonia victrix).	Tarragona.	Tarragona.
Tárraga.	Lárraga.	Navarra.
Teresa Fortunatis.	Guadalcanal.	Sevilla.
Térmida.	Sacedon.	Guadalajara.
Theaso.	Talarn.	Lérida.



ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Theba. . . . .	Teba. . . . .	Sevilla.
Toletum. . . . .	Toledo. . . . .	Toledo.
Tosiria (Osaria). . . . .	Torre Don Jimeno. . . . .	Jaen.
Travasosonense (sigitanorum municipium). . . . .	Aylo. . . . .	Segovia.
Tritium. . . . .	Rodilla. . . . .	Burgos.
Tritium Publicum (Tuboricum). . . . .	Motrico. . . . .	Guipúzcoa.
Tucci (Civitas Martis, colonia Gemella Augusta). . . . .	Martos. . . . .	Jaen.
Tucci vetus. . . . .	Monturque. . . . .	Córdoba.
Tude (Tyde). . . . .	Tuy. . . . .	Pontevedra
Tulonium. . . . .	Alegria. . . . .	Alava.
Turania. . . . .	Nijar. . . . .	Almería.
Turbula (Turba). . . . .	Villena. . . . .	Alicante.
Turia (Turupia.-Tintania). . . . .	Teruel. . . . .	Teruel.
Turiaso (municipio). . . . .	Tarazona. . . . .	Zaragoza.
Tutela. . . . .	Tudela. . . . .	Navarra.

## U.

Ucia. . . . .	Castilleja de la Cuesta. . . . .	Sevilla.
Ucubi (Succubo, municipio)	Cubillos. . . . .	Valladolid.
Udura. . . . .	Cardona. . . . .	Barcelona.
Ulia (Ulla Fidentia). . . . .	Montemayor. . . . .	Córdoba.
Urbiaca. . . . .	Puente de Torres. . . . .	Albacete.
Urbíca. . . . .	Arbeca. . . . .	Lérida.
Urcio (Urgabo. — Municipium albense). . . . .	Arjona. . . . .	Jaen.
Urci. . . . .	San Juan de las Aguilas. . . . .	Murcia.
Urgia (Ugia.—Castrum Julium). . . . .	Cabezas de San Juan. . . . .	Sevilla.
Utica (Utia). . . . .	Marmolejo. . . . .	Jaen.
Uniculum (Unicula). . . . .	Utrera. . . . .	Sevilla.
Uxama (Oxama.—Naxama-Argela). . . . .	Osma. . . . .	Soria

## V.

**VACCEOS.**—Ocupaban las que hoy son provincias de Valladolid, Palencia y Segovia; una parte de Burgos, así como de Zamora y Leon.—Confinaban por Oriente con los murgobos y arevacos; por Poniente con los astures y vettones; por Mediodía con los carpetanos, y con los cántabros por Norte.

**VARDULOS.**—Tenian sus límites por Oriente, confinando con los vascones; por Poniente con los caristios; por Mediodía con los verones, y por Norte con el Océano cantábrico.

**VETTONES.**—Por Mediodía tenian su límite en el Tajo; por Oriente con los vacceos y carpetanos; por Poniente con los lusitanos, y por Norte, el Duero los separaba de los astures agustanos.

## POBLACIONES.

ANTIGUO.	MODERNO.	PROVINCIA.
Valentia (Hanosca colonia).	Valencia del Cid. . . . .	Valencia.
Valeria (Castrum Altum) .	Valera de Arriba. . . . .	Cuenca.
Valvæ Augustæ. . . . .	Torquemada. . . . .	Palencia.
Varcile (municipio). . . . .	Arganda. . . . .	Madrid.
Vellica (Belgia.-Bellica)..	Aguilar de Campoo. . . . .	Valladolid.
Vergellium Julii Genitoris.	Ginés. . . . .	Sevilla.
Vergi. . . . .	Berja. . . . .	Almería.
Virgilia (Vergelia). . . . .	Cabrilla. . . . .	Guadalajara.
Vercelia. . . . .	Benasque. . . . .	Málaga.
Vesci Faventia. . . . .	Archidona. . . . .	Idem.
Vialata. . . . .	La Calzada. . . . .	Oviedo.
Vicus cuminiarius. . . . .	Santa Cruz de la Zarza. . . . .	Toledo.
Vicus Spacorum. . . . .	Vigo. . . . .	Pontevedra.
Visontium. . . . .	Vinuesa. . . . .	Soria.
Voluce. . . . .	Calatañazor. . . . .	Idem.

## Z.

Zoela. . . . .	Avilés. . . . .	Oviedo.
----------------	-----------------	---------

## GUIA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

- ALFONSO VIII, EL DE LAS NAVAS, página 61, dando frente á la 60.  
 BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA, 121, id. á la 120.  
 FERNANDO III, EL SANTO, 134, id. á la 135.  
 CAMPAMENTO DE TABLADA, 160, id. á la 161.  
 JAIME I, EL CONQUISTADOR, 187, id. á la 186.  
 CONQUISTA DE MALLORCA, 198, id. á la 199.  
 GUZMAN EL BUENO, 279, id. á la 278.  
 PEDRO III, EL GRANDE, se dirige á Burdeos; 328, id. á la 329.

NOTA. Al tomo III corresponden ocho láminas, como al II, tanto para repartir proporcionalmente las cincuenta ofrecidas, cuanto para complacer á la mayor parte de nuestros suscritores, que desean mayor abundancia de aquellas al tratar de los sucesos recientes, y de los personajes que han figurado en su realizacion.



# ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
8	44	atribuye	atribuyen
10	28	libres	libre
16	16	y al	y á los del
35	10	Lérida	Tortosa
41	29	murallas	murallas
43	30	Safad	Amad
43	34	Safad	Amad
43	37	Safad	Amad
44	8	Safad	Amad
53	21	D.	Fr.
53	39	D. Ramiro	Fr. Raimundo
55	10	le	la
57	17	pesado	pensado
58	9	exposicion	oposicion
66	42	individuos	mueertos
72	39	el	del
83	1	V	VI
84	4	VI	IV
88	2	Tarragona	Tarazona
93	17	IV	VI
107	3	Somosierra	Sierra-Morena
108	18	iglesia	Iglesia
112	3	consideraacion	consideracion
112	6	defensores	defensores
113	32	IV	VI
115	8	IV	VI
115	39	terrible	temible
119	20	faltaba	faltaban
133	19	Castilla	Leon
139	5	entrada	entrega
140	1	sus	los
164	36	mejorarla	superarla
168	8	fué	fué
169	6	Padre. Llevó	Padre, llevó
172	40	el	en el
198	4	sirvió	sirvieron
215	10	de Aragon	de Castilla
219	última	trece	quince
220	39	forma	Forma

























HISTORIA  
GENERAL  
DE ESPAÑA

3

4327

